PLUTARCO

VIDAS PARALELAS

VOL. III

EDITORIAL GREDOS

PLUTARCO

VIDAS PARALELAS

III

CORIOLANO - ALCIBÍADES
PAULO EMILIO - TIMOLEÓN
PELÓPIDAS - MARCELO

INTRODUCCIONES, TRADUCCIÓN Y NOTAS DE
AURELIO PÉREZ JIMÉNEZ
Y
PALOMA ORTIZ



EDITORIAL GREDOS

BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS, 354

Asesor para la sección griega: CARLOS GARCÍA GUAL.

Según las normas de la B. C. G., la traducción de este volumen ha sido revisada por JUAN MANUEL GUZMÁN HERMIDA.



Sánchez Pacheco, 85, Madrid, 2006.
www.editorialgredos.com

La introducción, traducción y notas de *Coriolano-Alcibíades* y *Paulo Emilio-Timoleón* han sido realizadas por AURELIO PÉREZ JIMÉNEZ.

La introducción, traducción y notas de *Pelópidas-Marcelo* han sido realizadas por PALOMA ORTIZ.

Depósito Legal: M. 45072-2006.

ISBN 84-249-1795-2. Obra completa.
ISBN 84-249-2860-1. Tomo III.

Impreso en España. Printed in Spain.

Impreso en Top Printer Plus, S. L.

CORIOLANO – ALCIBÍADES
PAULO EMILIO – TIMOLEÓN

INTRODUCCIÓN

I

LAS BIOGRAFÍAS DE CORIOLANO, ALCIBÍADES, PAULO EMILIO Y TIMOLEÓN

Si tuviéramos que buscar una nota común a estos cuatro de los seis personajes reunidos en este nuevo volumen de las *Vidas Paralelas* de Plutarco, ésta podría ser su destacado papel, positivo o negativo, en las crisis internas y externas de sus respectivos pueblos. En efecto, Alcibíades y Coriolano, en las confrontaciones respectivas de Atenas con los espartanos y de Roma con los volscos, aparecen como responsables individuales de sus éxitos y de sus fracasos y en su haber se cuenta al final la salvación de la patria; lo mismo cabe decir de Paulo Emilio respecto de la guerra macedonia, que puso en jaque la estabilidad internacional de Roma. Por último, los cartagineses son el enemigo exterior al que se enfrenta y vence Timoleón, hacedor de la libertad para toda Sicilia, convertida en su auténtica patria.

Las diferencias de enfoque entre estos cuatro personajes están sin duda en el carácter colectivo o individual de sus antagonistas, compatriotas o enemigos exteriores, que sir-

ven para perfilar los contornos éticos de su personalidad. En el caso de Alcibíades y de Coriolano, la antítesis viene marcada por los atenienses y los romanos, pero también por figuras individuales como Nicias, en el primer caso, y el caudillo de los volscos, en el segundo. Pero, mientras ambos personajes son ejemplo de los rasgos que Plutarco atribuye y critica a los tiranos, un *leitmotiv* de su pensamiento político (a saber, egoísmo, autoritarismo, etc.) y se comportan como tales precisamente en el trato hacia sus pueblos, en el otro extremo quedan, con su espíritu de sacrificio y entrega a la lucha por la libertad, las figuras de Emilio y de Timoleón, que se realizan como verdaderos padres de la patria precisamente en y por combatir a tiranos reales, como son los de Sicilia y concretamente Hícetes, en el caso de Timoleón, o Perseo, en el caso de Emilio. Sin embargo, también tienen que vencer el descontento de sus conciudadanos (Emilio de sus soldados) o la desconfianza de un pueblo ya escarmentado de los salvadores de la metrópolis (Timoleón respecto a los siracusanos[1]).

Por otra parte, a estos dos pares (*Coriolano-Alcibíades* y *Emilio-Timoleón)* les es común el hecho de que en la mayor parte de (o en toda) la tradición manuscrita precede el personaje romano al griego, como también sucede con el par *Sertorio-Éumenes*. En el caso de *Coriolano,* es bastante seguro que la preferencia remonta al propio Plutarco[2], según

[1] Una relación que ha sido analizada en concreto por S. Spada, 2004.

[2] Cf. Maria Cesa en *Plutarco,* 1993, pág. 124, que menciona la observación de Manfredini de que sólo en pocos manuscritos se invierte el orden y, en ese caso, la comparación está entre ambas *Vidas*, es decir, detrás del *Alcibíades,* lo que confirma el carácter originario de la secuencia Coriolano-Alcibíades. La sucesión no se discute (cf. Pelling, 1886, págs. 94-96; T. Duff, 1999 (1), págs. 205-206; S. Verdegem, 2005 (2), pág. 479).

Ziegler por razones cronológicas. En cuanto al *Emilio-Timoleón,* la tradición manuscrita es unánime en el orden; sin embargo, la alusión que el propio Plutarco hace a este libro en *Aem.* 1.6 («Entre éstos hemos recurrido ahora para ti a la vida del corintio Timoleón y de Emilio Paulo») permite discutir ese orden[3], razón por la cual probablemente la Aldina y otras ediciones basadas en ella invirtieron el de todos los manuscritos, que colocan el prólogo delante de la *Vida de Emilio* y ésta delante de la de *Timoleón.* No ayuda a clarificar el tema el hecho de que las dos *Vidas* comienzan directamente, cuando lo habitual (aunque hay excepciones) es que la segunda se ligue a la anterior mediante la partícula *dé,* generalmente en correlación con un *mén* del último párrafo de la *Vida* precedente[4]. No obstante, hay razones que quitan importancia a esos argumentos y otras que nos animan a asumir con Ziegler (y en contra de Babbit y Flacelière, que aceptan la secuencia de la Aldina) el orden de los manuscritos. Así, respecto a que Plutarco se refiera a «la vida del corintio Timoleón y de Emilio Paulo», aunque importante para hacernos pensar en un orden distinto, no es significativo. Pues también en el prólogo del par *Dión-Bruto*, cuyo orden está fuera de dudas, Plutarco habla del libro «que contiene la vida de Bruto y de Dión» (con la secuencia también invertida[5]) sin que sea discutible que *Bruto*

---

[3] Véase al respecto la nota de Anna Penati en *Plutarco,* 1996, pág. 140.

[4] Por esta razón Ziegler, en su edición, sustituye en *Tim.* 1.1 el *mén* de los manuscritos por *dé,* aunque no es necesario. *Alcibíades, Antonio* y *Rómulo* comienzan sin la partícula.

[5] Quizá porque la referencia se inserta en un contexto en que se habla del provecho que pueden obtener de su lectura romanos y griegos (en este orden). También en otro pasaje (*Num.* 23[1]) se habla de «la vida de Numa y Licurgo», pero es al comienzo de la comparación en que el orden

sigue a *Dión*. Es probable que en la inversión de los personajes tenga mucho que ver, en el caso que nos ocupa, el hecho de que este par se escribe al mismo tiempo que el de *Dión* y *Bruto,* de manera que el *lapsus* de Plutarco puede deberse a la conciencia de estar tratando el mismo contexto histórico con los personajes griegos. De todos modos, el mayor interés de Plutarco por la personalidad de Emilio[6] y que en la comparación siempre se cita en primer lugar, justificaría de sobra que dé prioridad al romano sobre el griego. Pero hay al menos un rasgo formal que no deja lugar a dudas: la *Vida de Emilio* concluye con una de esas frases con que se cierran primeras *Vidas* («Así dicen que fue la conducta y vida de Paulo Emilio»)[7] y que nunca encontramos al final de las segundas.

Respecto a la cronología relativa y a la motivación de estos dos pares, *Emilio-Timoleón,* compuesto a la vez que el *Dión-Bruto* (duodécimo par, según el propio Plutarco), se publicó antes (undécimo), como ha demostrado convincentemente G. Nikolaidis[8]; la Introducción que precede la biografía de Emilio lo coloca, con el *Pericles-Fabio,* en el grupo de *Vidas* escritas para provecho propio. Mientras con estas *Vidas* Plutarco se aproxima al encomio y la hagiogra-

suele estar invertido por la proximidad de la historia del segundo personaje.

[6] Más reelaborada que la de *Timoleón,* como advierte M. Sordi en *Plutarco,* 1996, pág. 250. Además, si, como sostiene G. Nikolaidis, 2005, pág. 298, la pareja se publicó inmediatamente detrás del *Pericles-Fabio,* hay razones cronológicas, además de las morales, religiosas e ideológicas, para que Plutarco alumbre la idea de escribir primero la *Vida de Emilio* y no la de *Timoleón.*

[7] Frases similares cierran el *Cimón, Demóstenes, Filopemén, Licurgo, Lisandro* y *Nicias.*

[8] 2005, págs. 294-297, con discusión de la bibliografía. Vease también Swain, 1989, pág. 315 y nota 6.

fía, con la serie iniciada en el *Demetrio-Antonio,* a la que pertenece *Coriolano-Alcibíades* (par dieciocho del conjunto), analiza los efectos morales de personajes negativos que merecen su reprobación y acercan la biografía al vituperio[9].

Estos dos personajes, Coriolano y Alcibíades, sufrieron un destino similar (ambos se enfrentaron con sus pueblos y fueron juzgados, condenados y obligados a vivir en el exilio; ambos encontraron asilo entre sus enemigos y lucharon contra sus conciudadanos; y ambos murieron en el exilio, víctimas de la envidia o del miedo de los enemigos); pero presentan, sin embargo, notables diferencias, tanto por su orientación, el uno más político y el otro un soldado, según ha mostrado recientemente Simon Verdegem (2005), como por su condición, el uno refinado y culto y el otro rudo, sin formación e inflexible[10]; aquél fue ambivalente y *polytropos* —como el Odiseo de Homero— y éste directo, simple y monolítico[11]; pero los dos responden al concepto platónico-plutarqueo de «grandes naturalezas», capaces de alcanzar los mayores logros, aunque también de causar los peores males[12] a los suyos. Es cierto que Plutarco podría haber comparado a Coriolano con Temístocles[13]; pero es que entre sus grandes defectos la tradición literaria ponía ante los ojos de Plutarco uno que va mejor con la personalidad de Alcibíades (tal como se configura ya en Tucídides[14]) que con la de Temístocles y es precisamente el que asocia las cuatro

[9] Cf. NIKOLAIDIS, 2005, págs. 313-314.

[10] F. FRAZIER, 1987, pág. 74.

[11] Cf. D. GRIBBLE, 1999, págs. 269-270.

[12] Sobre el tema, cf. T. DUFF, 1999 (2); especialmente para estos dos personajes, págs. 318-321.

[13] Como ya hiciera Cicerón en *Brut.* 42 y *Amicit.* 42.

[14] Véase C. BEARZOT, 1988.

figuras del grupo: sus pretensiones tiránicas. En efecto, Coriolano fue acusado de tirano por sus enemigos[15], razón oficial del exilio; de Alcibíades, sus actitudes son vistas bajo este prisma por los atenienses de más experiencia[16] y el mismo biógrafo se permite dudar sobre sus opiniones verdaderas sobre la tiranía y sobre si habría deseado o no convertirse en tirano[17]. Estos personajes no son tan radicalmente tiranicidas, como en general los héroes virtuosos de las *Vidas Paralelas,* sino ejemplo ellos mismos de actitudes tiránicas; aunque también en esto hay una diferencia entre ambos: mientras que los antagonistas individuales de Coriolano pertenecen a la denostada especie del demagogo (con el tirano, otro de los tipos políticos más detestables para Plutarco[18]), representada en los tribunos de la plebe, con Alcibíades se personaliza tanto aquél como éste[19].

Tiranos y demagogos son en cambio los enemigos que hacen brillar las virtudes de Emilio y Timoleón. Al combatir a los primeros nos enseñan que el buen estadista deja a un lado los problemas personales y los egoísmos, cuando lo exige el bien de la patria (Roma para Emilio y Sicilia para Timoleón) y, por encima de intereses mezquinos, de ambiciones inconfesables y, sobre todo, de la codicia, enarbola la bandera de los valores más sagrados de la virtud política: el buen orden, las tradiciones y la libertad. De esto es un buen ejemplo Emilio frente a Perseo; pero también lo es Timoleón frente a Hícetes, los demás tiranos y los car-

---

[15] *Cor.* 20.2. Cicerón en carta a Ático de marzo del 49 a. C., lo pone como ejemplo de traidor junto con los tiranos Tarquinio el Soberbio e Hiparco (*Att.* 9.10,3).

[16] *Alc.* 16.7.

[17] *Alc.* 35.1.

[18] Cf. F. Frazier, 1996, págs. 128-130.

[19] D. Gribble, 1999, pág. 271.

tagineses. Ambos, revestidos de la *auctoritas* que genera el respeto a las tradiciones y el sacrificio por los conciudadanos, superan la plaga de los envidiosos y demagogos. Pero al lado de este elemento de moral política, el interés especial de Plutarco por ambos personajes está en el papel de la providencia en la historia y, en las relaciones de aquéllos con la fortuna. La forma como los dos utilizan a su favor los prodigios naturales, interpretándolos correctamente como signos de información divina, a partir del conocimiento científico, los sitúa a la altura de un Pericles o de un Fabio Máximo; y la forma en que la divinidad colabora con su virtud para llevar a buen término su misión, hace de ellos sacerdotes y hombres divinos, razón de más para llevar el interés de Plutarco por sus *Vidas* a los límites de la hagiografía. Tan sólo una nota importante, a favor de Emilio, los diferencia: mientras los hechos son sin excepción obra de la fortuna, que colabora siempre en positivo con su virtud (una asociación extraña al pensamiento platónico del biógrafo), el tratamiento de la virtud de Emilio en guardia ante la fortuna responde más a los planteamientos morales de Plutarco: en él sobresale la virtud por encima y a pesar de la fortuna, y su figura se perfila como un modelo de sabio platónico, armado de auténtica *paideia,* próximo a los ideales de Licurgo o, sobre todo, de Numa. En efecto, su vigilancia constante ante la futilidad de los éxitos humanos es la guía de conducta que le marcan las pautas morales de Plutarco y por medio de ella afrontará con una dignidad casi sobrehumana los más graves infortunios familiares anteponiendo al amor paternal el debido a la patria; en esto es a todas luces superior a Timoleón.

Veamos ahora algunos aspectos concretos sobre la tradición literaria de estos personajes que determina directa o

indirectamente la tarea biográfica de Plutarco y la originalidad con que modifica, amplía o selecciona los materiales de sus fuentes el biógrafo:

1. Coriolano

Coriolano ha sido exageradamente definido como «a noble savage», representante de una Roma pre-helénica, sin corrupción, de patriarcas. Su naturaleza es *gennaía* y *agathé* y él desarrolla cualidades naturales de *enkráteia, dikaiosýne* y *andreía* fruto de su *apátheia* ante el placer, las fatigas y el dinero; pero sufre por su falta de *paideía* y su naturaleza es un buen campo al que le falta el cultivo[20]. Por otra parte, sus condiciones especiales (un hombre público que siempre actuó a título privado en Roma) y esos rasgos propios de héroe épico han hecho dudar incluso de su realidad histórica, reivindicada con argumentos convincentes por Tim Cornell[21].

Plutarco sigue casi exclusivamente a Dionisio de Halicarnaso[22] (también a Tito Livio[23]), por lo que el *Coriolano* es entre las *Vidas Paralelas* un documento excepcional para

---

[20] Cf. S. C. R. Swain, 1990, pág. 136.

[21] 2003, especialmente págs. 84-94.

[22] VI 92-94; VII-19 y 21-67; VIII 1-62, 78 y 84. Hay otras referencia al personaje en Cicerón, *Brut.* 41-43; *Att.* 9, 10, 3, en Dión Casio, V 18; Zonaras, VII 16 y Tzetzes, *Chil.* 532-560 y en otros autores más o menos tardíos (Valerio Máximo, I 8.4; IV 3.4; V 2.1. Frontino, *Strat.* 1.8, 1. Aulo Gelio, XVII 21.11. Floro, I 5.9; 17, 3. Apiano, *Bell. Civ.* 1.1; Ampelio, *Lib. Mem.* 27.1. Eutropio, *Brev. Urb. Cond.* 1.14, 15. *De vir. illust.* 19. Jerónimo, *Eus. Chron.* 1524).

[23] II 33-35; 37-40; 52.4; 54.6; cf. VII 40.12; XXVIII 29.1; XXXIV 5.9.

conocer la forma en que Plutarco reelabora, sintetiza y, cuando es necesario, amplía los materiales de que dispone. Una buena síntesis de esos recursos puede leerse en el artículo ya clásico de D. Russell (1963), así como en otros trabajos de conjunto[24], por lo que no insistiremos en ello. Pero sí quiero ofrecer una pequeña muestra de la originalidad de Plutarco incluso cuando sigue de cerca el relato de su fuente principal, Dionisio de Halicarnaso. A propósito de la amenaza de Coriolano y sus volscos sobre Roma, son los pequeños detalles, como la condición de los primeros embajadores (amigos y familiares), el uso de una imagen (la del ancla sagrada) para referirse a la segunda embajada (los sacerdotes) o las reflexiones sobre la acción de la Providencia, que no anula el libre albedrío (intervención de las mujeres), los que revelan la maestría literaria del queronense. Gracias a ellos, Plutarco nos hace percibir el contraste entre la situación psicológica de los dos antagonistas (los romanos y Coriolano) y la gradual evolución del conflicto, hasta el clímax y la solución. La desesperación de los romanos los lleva, en su esfuerzo por derretir el hielo de un Coriolano vengativo e intransigente, a utilizar como instrumentos para ello la amistad, el respeto que infunden los representantes de los dioses y, por último, el amor filial; es decir, los pilares en que se articula la vida humana: relaciones sociales, religiosas y familiares. Coriolano, sin embargo, es insensible a lo primero y a lo segundo, pero no puede resistirse al amor filial y sucumbe a las razones de la madre; es éste un tema presente en Dionisio de Halicarnaso, pero que Plutarco recrea con todos sus recursos dramáticos y retóricos, para extraer los

---

[24] Por ejemplo, F. Frazier, 1996, pág. 110, subraya cómo a partir de una referencia de Dionisio de Halicarnaso a la envidia de Tulo, Plutarco expande como tema psicológico el motivo de esa envidia que llevará al asesinato del héroe.

matices espirituales de los interlocutores en su condición de madre e hijo, pero también en su enfrentamiento de patriota y enemigo, como hemos demostrado en otro lugar[25].

En cuanto al esquema de esta biografía, se articula sobre los principales hechos del personaje, quedando reducidos al máximo (probablemente por falta de información) los detalles sobre su origen, infancia y primeros hechos, de los que Plutarco destaca o inventa aquellos que mejor pueden explicar la conducta moral y política del personaje. Se presentan como sigue:

1) Orígenes de Coriolano: 1.1.
2) Infancia (orfandad) y formación (ausencia de *paideía*): temperamento: 1.2-1.6.
3) Vocación y primeros hechos: 2-3.
4) Actitud ante la retirada de la plebe al Monte Sagrado: 5-7.
 —Descontento de la plebe y amenaza externa. La plebe se niega a obedecer la llamada a las armas: 5.1-3.
 —Marcio toma posición contra quienes proponen una actitud blanda ante la plebe: 5.4.
 —Retirada de la plebe al Monte Sagrado y embajada del Senado: 6.1-2.
 —Fábula de Menenio Agripa: 6.3-5.
 —Reconciliación y nombramiento de los primeros tribunos de la plebe: 7.1-3.
 —Actitud de Marcio contraria a los demócratas: 7.4.
5) Campaña y conquista de Coriolos: 8-11.
 —Asedio de Coriolos por Cominio y primeros lances a favor de los sitiados: 8.1-2.
 —Actitud heroica de Marcio y conquista de la ciudad: 8.3-6.
 —Nueva acción heroica junto al cónsul Cominio: 9.
 —Reconocimiento a los méritos de Marcio: 10

[25] A. Pérez Jiménez, 2000.

—Concesión del nombre de Coriolano. Digresión sobre los nombres romanos: 11.
—Guerra con los etruscos (9.1-8).
—Triunfo de Publícola y funerales de Bruto (9.9-9.11).
—Críticas a Valerio y actitud de éste. El nombre (10).

6) Revueltas de la plebe, colonia a Vélitras y guerra contra los anciates: 12-13.
—Malestar del pueblo por la escasez de alimentos: 12.1-3.
—Propuesta de una colonia a Vélitras y de una expedición contra los volscos; oposición de los tribunos de la plebe: 12.4-13.3.
—Actitud de Marcio contra los tribunos: expedición particular y éxito de la misma: 13.4-6.

7) Fracaso de su candidatura al consulado: enfrentamientos con la plebe y juicio: 14-20.
—Méritos de Marcio para el consulado y actitud en principio favorable de los romanos: 14-15.1.
—Fracaso de Marcio por su carácter arrogante y oligárquico: 15.2-7.
—Oposición de Marcio al reparto del trigo siciliano; enfrentamiento con los tribunos: 16.
—Acusaciones de éstos y juicio: 17-20.

8) Exilio de Marcio y asilo entre los volscos: 21-24.
—Exilio: 21.
—Escena de súplica a Tulo Atio y recibimiento por éste: 22-23.
—prodigios en Roma: 24-25.

9) Campañas de Coriolano y Tulo contra los romanos: 26-29.
—Nombrado general con Tulo. Incursiones de saqueo contra los romanos: 26-27.
—Campaña de Coriolano contra las ciudades aliadas de los romanos: asedio de Lavinia y cambio de opinión de la plebe: 28-29.

10) Conducta de Coriolano ante Roma: 30-37.
—Marcio ante Roma: primera embajada de los romanos y duras condiciones de Coriolano: 30.

—Nuevas conquistas de Coriolano y segunda embajada romana: 31.
—Tercera embajada (sacerdotes): 32.
—Valeria propone la mediación de la madre, que acude con la esposa e hijos al campamento volsco: 33-34.
—Diálogo con la madre y claudicación de Coriolano. Fin de la guerra: 35-36.
—Celebraciones en Roma: templo de *Fortuna Muliebris:* 37-38.

11) Decadencia de Marcio, muerte y exequias: 39.
—Complot de Tulo contra Marcio: 39.1-7
—Asesinato de Marcio: 39.8.
—Honras fúnebres y luto: 39.9-11.
—Suerte de los volscos y muerte de Tulo: 39.12.

2. Alcibíades

Con la *Vida de Alcibíades* nos encontramos ante uno de los ejercicios de caracterización psicológica más ricos de la historia del género biográfico. No sin razón este personaje, magistralmente dibujado a partir de los elementos de una vasta y controvertida tradición (Aristófanes y la Comedia, Tucídides, Jenofonte, Platón, Teofrasto, la filosofía socrática y, probablemente, los estoicos Zenón y Cleantes[26], los oradores y la retórica (Lisias, Esquines, Antístenes, Andócides, Antifonte, Isócrates, Demóstenes)[27], la historiografía

[26] Cf. F. Alesse, 2004, especialmente para las coincidencias entre Plutarco y el estoicismo a propósito de este personaje, págs. 196-197.

[27] Véase el reciente trabajo de J. L. Calvo Martínez sobre «Oratoria y biografía. El retrato de Alcibíades en Lisias e Isócrates», en A. Pérez Jiménez, J. Ribeiro Ferreira y Maria do Céu Fialho, *O Retrato e a Biografia como estratégia de teorização política*, Coimbra-Málaga, 2004, págs. 37-48.

del siglo IV/III (Éforo, Teopompo, Timeo, Duris), la literatura biográfica (Sátiro, Nepote) y los historiadores de época romana (Diodoro y Pompeyo Trogo/Justino))[28], pero dotado de vida por la reinterpretación ética del moralista, sigue ejerciendo una fascinación inusual en la crítica moderna. Lo prueba la gran cantidad de estudios (algunos de ellos excelentes, como el de Jacqueline de Romilly) con que la bibliografía de los últimos diez años intenta desentrañar los numerosos perfiles del Alcibíades plutarqueo. Esa sensación de riqueza se crea ya en la primera parte de la *Vida,* una biografía de anécdotas hasta el capítulo dieciséis[29], aparente yuxtaposición de pequeños relatos, como dice D. Russell[30]; pero que, lejos de producir dispersión, genera en el lector, como si fuera un retrato impresionista, una imagen unitaria en su ambigüedad y en sus contradicciones[31]. En ello está precisamente la originalidad de Plutarco y la clave de esa atracción ejercida por su personaje. De entre las numerosas anécdotas de esta biografía y de los dramáticos vaivenes de su conducta política emerge un personaje que, con ser negativo como sus conmilitones del grupo (Demetrio, Antonio,

---

[28] Excelentes análisis de las fuentes pueden verse en los libros de D. Gribble, 1999; precisa y certera es la síntesis que sobre la interpretación del personaje en los distintos momentos de la tradición anterior a Plutarco hace L. Prandi en la introducción a *Plutarco, 1993*, págs. 260-280. Según algunos autores, y en especial D. A. Russell, 1966, seguido por V. Ramón Palerm, 1992, págs. 135-166, el uso de esas fuentes es relativo, pudiendo limitarse con seguridad a Tucídides, Jenofonte, Éforo y Teopompo, y para el resto a colecciones de anécdotas.

[29] Cf. T. Duff, 2005, pág. 157.

[30] D. Russell, 1966.

[31] Estas anécdotas de la primera parte anticipan en gran medida los rasgos de la personalidad de Alcibíades que van a determinar sus acciones de la parte central de la biografía. Detalles sobre la técnica de Plutarco al respecto pueden leerse en T. Duff, 2004 y en Beck, 2000, que se centra en su importancia como recurso literario.

Nicias, Craso y Coriolano), exhibe cierta dignidad mayor, fundamentada en el interés que le concede Sócrates en la primera etapa de la biografía y en un patriotismo que hasta el final mitiga los egoísmos de su naturaleza tiránica y demagógica. De todos modos, la impresión que deja esta biografía de Plutarco es la de un Alcibíades radicalmente contradictorio en su naturaleza (femenino y feroz como un león), desenfrenado y capaz de los mayores sacrificios, querido y denostado por sus conciudadanos, tirano y demagogo al mismo tiempo, desprendido e interesado, y que, pese a tan diversos perfiles, a fin de cuentas presenta una línea de actuación tan unitaria como la de su compañero romano. Alcibíades es desde el principio hasta el final víctima de su deseo de victoria y de su deseo de prevalencia, siempre dominado por la ambición que explica sus vaivenes, como ya hemos señalado, entre el despotismo y la demagogia, entre el éxito y el fracaso. Y Plutarco encuentra en esos vaivenes su destino final dramático, trágico[32], que liga aún más la biografía del ateniense a la de los otros miembros del grupo (en especial Coriolano y Demetrio).

Anécdotas y hechos que ilustran por igual (a modo de anticipación y retrospetiva) las razones de su conducta, se reparten el esquema casi en un cincuenta por ciento:

1) Ascendencia, orfandad y crianza: 1.1-1.3.
2) Caracterización física (belleza y tartamudez): 1.4-1.8.
3) Carácter: anécdotas de su infancia y juventud: 2-9.
—Infancia: *philonikía* y *philóprotos*: 2-3.
—Juventud: amantes/Sócrates: 4-7.
—Matrimonio con Hipáreta: 8.
—Anécdota del perro: 9.

---

[32] Marcado de manera clara en los últimos capítulos de la *Vida* como observa S. Verdegem, 2004/2005, págs. 148-149.

4) Ingreso en la vida pública y rivales políticos: 10-14
 —Anécdota de su iniciación pública: 10.1-2.
 —Capacidad de persuasión oratoria: 10.3-4.
 —Fama por los caballos: victorias olímpicas: 11-12.
 —Rivalidad política con Nicias y Féace: 13-14.
5) Alcibíades estratego: 15-16.
 —Habilidad en el ámbito público: acciones de acoso a los lacedemonios: Mantinea, Argos, Patras: 15.
 —Excesos en su vida privada: relaciones con sus conciudadanos: 16.
6) Expedición a Sicilia: 17-21.
 —Posición intervencionista de Alcibíades: 17.
 —Nicias y Lámaco: política contraria a la expedición de Nicias: 18.1-3.
 —Presagios: asunto de los hermes: 18.4-8.
 —Acusaciones contra Alcibíades: 19.
 —Primeras acciones en Sicilia: 20.1-3.
 —Decisión de hacer volver a Alcibíades: medidas contra los sacrílegos de los hermes: 20.4-21.
7) Exilio y estancia en Esparta: 22-23.
 —Huida a Turios: 22.1-3.
 —Detalles de la acusación y condena: 22.4-5.
 —Huida a Argos y el Peloponeso: 23.1.
 —Acogido en Esparta. Actuación contra Atenas: 23.2.
 —Conducta en Esparta: 23.3-6.
 —Amores con Timea, la esposa de Agis: 23.7-9.
8) Amistad con Tisafernes: 24-25.
 —Problemas con los espartiatas: 24.1-4.
 —Se entrega a Tisafernes. Amistad con él: 24.5-7.
 —Política con Tisaferenes favorable a Atenas y gestiones con la flota de Samos para cambiar la actitud de los atenienses hacia él: 25.
9) Regreso de Alcibíades: 26-34.
 —Instauración de los Cuatrocientos en Atenas: 26.1-2.
 —Alcibíades nombrado estratego por los atenienses de Samos: 26.3-9.

—Acciones en Jonia previas al regreso: 27-31.
—Regreso de Alcibíades: 32-34.

10) Decadencia: 35-38.
—Acciones de Alcibíades en Jonia: Lisandro y la derrota de Antíoco en Éfeso: 35.
—Actuación de Trasibulo contra él y destitución del mando: 36.1-4.
—Huida de Alcibiades a Tracia: 36.5.
—Egospótamos: consejos de Alcibíades y derrota ante Lisandro de los atenienses: 36.6-37.5.
—Huida de Alcibíades a Bitinia e intento de ir ante Artajerjes: 37.6-8.
—Alcibíades única esperanza para Atenas. Orden de los espartanos a Lisandro para procurar su muerte: 38.

11) Muerte y exequias: 39
—Sueño premonitorio: 39.1-3.
—Asesinato: 39.4-6.
—Timandra recoge el cadáver y le tributa honras: 39.7-8.
—Otra versión sobre los motivos de su asesinato: 39.9.

12) Comparación: 40(1)-44(5).
—Conducta militar y política: 40(1).
—Relación política con sus pueblos: 41(2).
—Actitud ante el dinero y repercusión de su conducta entre los ciudadanos: 42(3)-43(4).
—Consideraciones finales: 44(5).

3. Paulo Emilio

Aparte de la relación cronológica inmediata con Fabio Máximo (segundo personaje del libro publicado antes del *Emilio-Timoleón)* y de la no disimulada admiración de Plutarco por su hijo Escipión, hay motivos suficientes que justifican la preferencia del biógrafo por este personaje, excepcionalmente en el primer puesto de la comparación.

Aunque las principales fuentes de Plutarco para esta biografía son Polibio y Tito Livio, como ha dejado claro la discusión sobre las mismas[33], junto con otros historiadores menores (Nasica y Posidonio, a quienes él mismo cita, o tal vez Filarco), dibujan la imagen de un noble romano de factura tradicional, Plutarco reelabora esa imagen idealizada del personaje de la tradición[34] para acercarlo al de un sabio platónico al estilo de su Numa[35]. No nos cabe duda de que al escribir esta biografía tiene *in mente* su idea del segundo rey de Roma, aunque los diferencie que uno vive para la guerra y el otro para la paz. En efecto, Emilio es un filósofo al que se vincula genealógicamente con Pitágoras (como

[33] El tema de la *Quellenforschung* de esta *Vida* cuenta con abundante literatura moderna, desde los trabajos específicos de Schwarze, 1891 hasta la discusión de W. Reiter, 1988 (especialmente págs. 99-100), pasando por estudios más generales como el de H. Peter, 1865, págs. 86-89 y las puntualizaciones bibliográficas de B. Scardigli, 1979, págs. 57-59.

[34] Véase la síntesis que hace de ésta R. Vianoli, 1972.

[35] Como un Sócrates lo analiza L. Holland, 2005. Notemos que, como Numa, Emilio es llamado en la vejez y contra su voluntad a su hazaña más importante, la guerra macedónica que, en conjunto, ocupa treinta de los treinta y nueve capítulos de la *Vida* y, como el sabino, es convencido para que acepte el segundo consulado por sus familiares y amigos.

Numa); es un augur (igual que el sabino), interpreta los fenómenos sobrenaturales desde el saber científico (como tantas veces hace Plutarco en sus obras) y es, como Plutarco (y aquí Licurgo), un educador moral de los jóvenes[36]. Son esas precisamente las virtudes cuya imitación se propone a sí mismo en la introducción. En cuanto a los otros rasgos, la condición militar de su vida le aparta, es cierto, tanto de Plutarco como de Numa; pero este hecho, más que alejarlo de su ideal, por la forma en que el personaje se plantea la campaña contra Perseo —ejercicio de reflexión filosófica personal y de educación para los jóvenes y sacrificio por la patria y por la liberación de Grecia en contra del tirano[37]— lo acerca al concepto plutarqueo de estadista. Además, su amor por la cultura griega, presente en la literatura romana a partir de Cicerón[38], lo convierte definitivamente en un héroe estimulante para el queronense, que imprime a la imagen del Emilio tradicional, epítome de la nobleza republicana como lo define W. Reiter y como aparece en Livio, su sello personal. Así, seleccionando, ampliando y modificando las fuentes, inventa para él detalles como el de su formación helénica[39], lo descarga de la responsabilidad por el saqueo final de Grecia, transferida al Senado, y, con su actitud ante la fortuna y superación de la posible envidia de un *demon*

---

[36] L. L. Holland, 2004, señala la coincidencia entre esta imagen plutarquea de Emilio y la interpretación que ofrece de él Cicerón y propone la posibilidad de una fuente común para ambos, si es que no un conocimiento directo del autor romano por parte de Plutarco.

[37] Esta condición de libertador de Grecia es una de las razones que influyen en la decisión de escribir las biografías tanto de Emilio como de Flaminino. Sobre el tema, véase J. Maarten Bremer, 2004.

[38] L. L. Holland, 2004, pág. 278.

[39] *Aem.* 2.6 (cf. S. Swain, 1989, pág. 316). La educación que se le atribuye en las fuentes se inscribe en la *mos maiorum* (cf. W. Reiter, 1988, pág. 102).

malévolo[40], lo convierte en uno de esos sabios virtuosos que vale la pena imitar.

En cuanto al esquema, contiene los tópicos habituales (precisiones sobre los orígenes y los padres, formación, vocación y virtudes políticas, primeros hechos y referencias familiares). Y aunque el primer consulado (cap. 6) podría considerarse como la *acmé* del personaje, ésta realmente corresponde al segundo consulado y la Guerra de Macedonia, que el personaje asume como Numa, en la madurez, y en la que exhibe todas las virtudes del viejo sabio, que busca Plutarco en esta biografía. Veamos en sus detalles ese esquema:

1) Introducción programática: 1.
2) Orígenes: la familia de los Emilios; padres: 2.1-5.
3) Vocación y virtudes políticas: 2.5-2.6.
4) Carrera pública inicial: 3-4.
   —Edilato: 3.1.
   —Augur: 3.2-3.7.
   —Pretor procónsul en Iberia: 4.
5) Familia: 5.
   —Matrimonio y divorcio con Papiria: 5.1-4.
   —Segundo matrimonio: 5.5.
   —Hijos: 5.5-5.10.
6) Primer consulado: guerra con los ligures: 6
   —Los ligures: 6.1-3.
   —Guerra y victoria de Emilio sobre ellos: 6.4-7.
   —Paréntesis político: educación de los hijos: 6.8-6.10.
7) Segundo consulado: Guerra macedónica: 7-27.
   —Precedentes de la guerra de Perseo: 7-8.
   —Éxitos de Perseo contra los romanos: 9.
   —Nombramiento de Emilio como cónsul; actitud: 10-11.
   —Llegada de Emilio a Grecia: 12.1-2.

[40] *Aem.* 34.8.

—Claves de la derrota de Perseo: mezquindad con galos e ilirios: 12.3-13.3.
—Competencia de Emilio: abastecimiento de agua del campamento del Olimpo: 13.4-14.2.
—Digresión sobre las corrientes de agua subterráneas: 14.3-11.
—Estrategia previa a Pidna: 15-16.
—Batalla de Pidna: 17-22.
—Huida de Perseo a Pela y Samotracia: 23.
—Elementos divinos en relación con la batalla: la noticia de la misma: 24-25.
—Captura de Perseo y entrega a Emilio: 26.
—Reflexiones didácticas de Emilio a los jóvenes comandantes sobre la fortuna: 27.

8) Gira por Grecia y medidas en Macedonia: 28-29.
—Visita cultural por Grecia: 28.1-6.
—Conducta de Emilio en Grecia: desprendimiento y amor por la cultura griega: 28.7-13.
—Recompensa a los soldados: el asunto del Epiro: 29.

9) Regreso a Roma y celebración del triunfo: 30-37.
—Comitiva de regreso: 30.1-3.
—Descontento de los soldados y discusión del triunfo: 30.4-31.
—Descripción del triunfo: 32-34.
—Muerte de los hijos: nobleza de Emilio frente a los golpes de la fortuna: 35-36.
—Suerte de Perseo y de sus hijos: 37.

10) Últimos cargos: 38.
—Balance de su conducta política: 38.1-6.
—Desempeño de la censura: 38.7-9.

11) Muerte y honras: 39
—Enfermedad y muerte: 39.1-5.
—Honras fúnebres: 39.6-9.
—Patrimonio: 39.10-11.

4. Timoleón

Redactada al mismo tiempo que la de Dión[41], la *Vida de Timoleón* se articula sobre dos temas retóricos habituales en Plutarco: la virtud y la buena fortuna como causa del éxito militar y político[42]. Una cuestión que ya hemos visto tratada en el *Emilio;* pero mientras allí la fortuna presenta ciertos tintes irracionales que justifican la actitud preventiva de Emilio y que se materializan en las desgracias personales de éste, en *Timoleón* la protección de la fortuna es completa desde su nombramiento hasta su muerte[43]. Plutarco también ahora encuentra la mayoría de los datos en los historiadores y biógrafos (Diodoro, Nepote, Timeo y Atanis[44]); pero lejos de atenerse a la realidad de los hechos históricos, más que en ninguna otra biografía, subordina aquí tendenciosamente todo el personaje a la interpretación religiosa, como afortunado instrumento de la Providencia divina. La fortuna de

[41] Vid. *supra* y F. Muccioli, 2000, págs. 297-298.

[42] Cf. L. de Blois, 2000, pág.131, 133 y, sobre todo, H. G. Ingenkamp, 1997, que destaca la posición especial de este personaje sobre el que Plutarco subraya precisamente el papel de la fortuna en la realización de sus hechos.

[43] Incluso respecto a su enfermedad Plutarco se cuida de señalar que era una enfermedad congénita, no debida por tanto al azar (cf. S.-T. Teodorsson, 2004, pág. 223).

[44] Sobre el tema de las fuentes, véase A. J. M. Talbert, 1974, págs. 22-38, así como los estudios de M. Sordi, 1977, que apunta una lectura directa de Atanis, cambiando su posición anterior a favor de Timeo como fuente casi exclusiva (1961, págs. 91-92) y de V. Ramón Palerm, que se inclina claramente por Timeo (1992, págs. 237-252), rechazando por principio la propuesta de una posible fuente biográfica peripatética que había hecho H. D. Westlake, 1938.

Timoleón no es la fuerza irracional enfrentada, en términos platónicos, a la virtud, sino, como ha señalado recientemente Teodorsson, la *Fortuna* benevolente de la época imperial, que colabora con aquélla convirtiéndola en *eutychoûsa aretḗ*[45]. Este enfoque determina ampliaciones, exclusiones y mayor insistencia en aquellos aspectos del material histórico sobre el personaje que subrayan el papel de la providencia representada por la Fortuna. En ese sentido, Lukas de Blois[46] llama la atención sobre cómo Plutarco exagera el número de enemigos derrotados en las batallas o minimiza y evita datos estructurales que no hacen depender los éxitos de Timoleón de la buena fortuna y virtud del personaje, como las cualidades militares de los mercenarios corintios, la intendencia y la logística militar. Quizá este deseo de exaltar el papel de una fortuna providente explique la decisión por parte de Plutarco de hacer entrar en escena a Timoleón después de veinte años de retiro y soledad[47], y de que su nombramiento responda a una casual inspiración divina (ficción del queronense) y no a la consideración de los méritos como estratego experimentado del personaje; con ello no hay duda de que los éxitos inesperados de Timoleón tienen a la providencia como guía de su vida.

Por lo demás, con Timoleón Plutarco sigue el modelo de líder representado en su tiempo por el Agesilao de Jenofonte, el Evágoras de Isócrates, Timoteo, Pelópidas y Epaminondas: bueno, amistoso, respetuoso con las leyes, campeón de la libertad de Grecia y de la cultura helénica, objeto de la *eúnoia* de su pueblo, que diferencia al buen rey del tirano[48].

---

[45] Véase H. G. Ingenkamp, 1997 y S.-T. Teodorsson, 2004, pág. 222.

[46] 1997, págs. 219-224 y 2000, pág. 139.

[47] S.-T. Teodorsson, 2004, págs.

[48] Cf. De Blois, 2000, pág. 136.

Así se le representa a modo de general afortunado, con menoscabo de otras virtudes suyas, como la inteligencia táctica y la capacidad financiera, que responden a la realidad histórica derivada de las fuentes, pero que minimizarían la imagen retórica pretendida por el biógrafo.

El esquema, en el que están presentes los principales tópicos del esquema biográfico de Plutarco, es el siguiente:

1) Situación en Sicilia previa al envío de Timoleón: 1-2.
   —Predominio de los tiranos tras la muerte de Dión: 1
   —Intervención de los cartagineses en Sicilia en connivencia con los tiranos. Decisión de los siciliotas de pedir ayuda a los corintios: 2.
2) Presentación de Timoleón: familia: 3.
   —Embajada de los corintios y mención del nombre de Timoleón como general: 3.1-3.
   —Padres y carácter: 3.4-3.5.
   —Contraste con su hermano Timófanes: 3.6-3.7.
3) Primeros hechos: fratricidio y retirada de la vida pública: 4-6.
   —Salva a su hermano en la batalla contra los argivos y cleoneos: 4.1-3.
   —Timófanes se erige en tirano: 4.4.
   —Participa en el complot para asesinar al tirano: 4.5-4.7.
   —Retirada de la vida pública y depresión del personaje: 5.
   —Digresión de Plutarco sobre la verdadera virtud y ejemplos: 6.
4) Nombramiento de Timoleón como general y preparativos: 7.
5) Expedición hasta Sicilia y llegada a Tauromenio: 8-11.
   —Partida: prodigio de las dos diosas: 8.
   —Noticias sobre la situación en Sicilia y llegada a Regio: 9.
   —Estratagema de Timoleón y los de Regio para engañar a los cartagineses y permitir la llegada de los corintios a Sicilia: 10.

—Posición de Timoleón en Tauromenio y asedio de Hícetes y los cartagineses a Siracusa: 11.

6) Primeros éxitos: batalla de Adrano y rendición de Dionisio: 12-15.
 —Victoria sobre Hícetes en Adrano: 12.
 —Consecuencias de la victoria: Alianza de Mamerco, tirano de Catania: 13.1-2.
 —Dionisio se entrega a Timoleón con la acrópolis de Siracusa: 13.3-8.
 —Dionisio enviado a Grecia. Ecos y anécdotas de su exilio: 13.9-15.11.

7) Campaña de Siracusa: 16-21.
 —Llegada de refuerzos corintios a Turios: 16.1-4.
 —Hícetes intenta asesinar a Timoleón en Adrano: 16.5-12.
 —Hícetes llama a Magón y pone sitio a Siracusa con los cartagineses: 17.
 —Timoleón ayuda desde Catania e Hícetes y Magón se dirigen hacia allí contra él. Regreso ante la noticia de que los corintios han tomado la Acradina: 18.
 —Llegada de los refuerzos de Turios a Sicilia burlando a Hannón: 19.
 —Toma de Mesina y de Siracusa por Timoleón: 20-21.

8) Medidas sobre Siracusa: repoblación: 22-23.
 —Destrucción de la ciudadela: 22.1-3.
 —Repoblación de Siracusa: 22.4-23.8.

9) Acciones contra los tiranos de Sicilia: 24.

10) Expulsión de los cartagineses de Sicilia: batalla de Crimiso: 25-29.

11) Derrocamiento de los tiranos: 30-34.
 —Suerte de los mercenarios que abandonaron a Timoleón: 30.1-3.
 —Alianza de Mamerco e Hícetes contra Timoleón con ayuda de los cartagineses: 30.4-10.
 —Victoria sobre los tiranos: 31.
 —Toma de Leontinos y suerte de Hícetes y su familia: 32-33.

—Toma de Catania y suerte de Mamerco: 34.
12) Últimos años de Timoleón: 35-37.6.
—Papel de Timoleón en la consolidación política de Sicilia: 35.
—Balance y gloria de los hechos de Timoleón: 36.1-4.
—Gratitud de Timoleón a la Fortuna: 36.5-6.
—Renuncia al regreso a Corinto: 36.7-9.
—Superación del ataque de los demagogos: 37.1-6.
13) Enfermedad, muerte y honras: 37.7-39.
—Enfermedad: 37.7-10.
—Muestras de agradecimiento de los siracusanos: 38.
—Muerte: 39.1.
—Honras fúnebres: 39.2-5.
—Tumba y pervivencia de su labor: 39.6-7.
14) Comparación: 40(1)-41(2).
—Victorias sobre los tiranos: 40(1).
—Balance en relación con la carrera pública y la actitud ante el dinero y las desgracias: 40(2).

II

NUESTRA TRADUCCIÓN

Para la traducción de estas cuatro primeras biografías seguimos los criterios aplicados en el volumen anterior (II) y que recordamos aquí de nuevo. Ante una lengua como el griego, pródiga en participios y oraciones completivas y que utiliza más la pasiva personal que el castellano, nos hemos visto obligados a sustituir construcciones de este tipo con giros alternativos. Por ejemplo, oraciones impersonales del tipo «dicen que...», «parece que...», se sustituyen a veces por adverbios, o por expresiones como «al parecer», «según se dice», «según dicen», etc.; los infinitivos se traducen en

ocasiones por sustantivos y su sujeto como complemento del nombre; oraciones de relativo, por adjetivos; y, para los participios, hacemos uso de las múltiples opciones que en cada caso nos brinda nuestra lengua: adjetivos, giros con el infinitivo, giros preposicionales, oraciones subordinadas, oraciones de relativo e incluso la coordinación, según las circunstancias. A veces mantenemos el gerundio, pero huimos de excesos en el recurso a esta forma. Hemos reducido también en general los adverbios en -mente, inevitables de cuando en cuando, dada la gran cantidad de adverbios que utiliza la lengua griega y que encontramos en el estilo de Plutarco.

Renunciamos de igual modo a respetar los períodos en exceso largos del estilo narrativo y discursivo de Plutarco, que sigue con ello las pautas normales en los prosistas áticos y en los historiadores griegos de su época. Sustituimos, por tanto, la concatenación de oraciones subordinadas y completivas por períodos más cortos, a base de oraciones independientes cuyas relaciones mutuas se marcan, bien con la coordinación —como decíamos arriba— o mediante adverbios y expresiones temporales, causales, consecutivas, etc. Partículas e ilativas, también muy abundantes en los autores griegos y de manera especial en Plutarco, mostramos tendencia a eliminarlas (aunque no lo hacemos de manera sistemática), salvo que encierren un sentido muy relevante y no marquen la simple sucesión de las frases o su contexto.

Esto por lo que atañe a algunos recursos de estilo frecuentes en la traducción del griego al castellano. En cuanto a los nombres propios griegos, se siguen las normas del libro de M. Fernández Galiano, *La transcripción castellana de los nombres propios griegos,* Madrid, 1969. Los nombres de dioses y determinados héroes en las biografías de Coriolano y Emilio (salvo que el pasaje se refiera expresamente a una divinidad griega) son traducidos a su forma la-

tina (Júpiter, Hércules, Fortuna, etc.), así como el término *agorá* a foro y *boulé* a Senado.

Hagamos ahora algunas indicaciones sobre las partes complementarias del libro, es decir, sobre las notas, la bibliografía, la tabla cronológica, el aparato crítico y los índices de nombres.

1. Notas

En las notas hemos tratado de evitar la erudición de citas bibliográficas (las principales referencias en este sentido se incluyen de forma global en las introducciones) pero no hemos renunciado, por su interés sobre todo para los comentarios literarios e historiográficos, a recoger el testimonio de las fuentes directas o paralelas a la obra de Plutarco o a indicar las aportaciones originales del biógrafo a la tradición sobre el personaje.

Para las notas biográficas y de *realia,* hemos tenido en cuenta sobre todo los artículos del *Der kleine Pauly,* Munich, 1979, del *Der neue Pauly,* Stuttgart, 1996-2005, y de los trabajos citados en la bibliografía.

Respecto a los autores antiguos, sus nombres se recogen traducidos y completos, salvo en los siguientes casos en que, salvo que se integre su nombre en la sintaxis de la frase, por la gran cantidad de referencias y la longitud en algunos casos de éstos, hemos optado por abreviarlos: Diodoro Sículo, a quien nos referimos normalmente como Diodoro (D. S.); Dionisio de Halicarnaso (D. H.), Jenofonte (Jen.), Tito Livio (Livio) y Tucídides (Tuc.). Los nombres de las obras de Plutarco se abrevian según la lista recogida en el volumen I de *Vidas Paralelas* en esta misma colección.

2. Tabla cronológica

Dada la utilidad que tiene, como guía para el lector, y siguiendo la costumbre iniciada en el volumen II, hemos decidido incorporar también para estas seis biografías una cronología del período histórico a que corresponden, situando en el tiempo los sucesos mencionados por Plutarco en ellas. La elaboración es obra de Aurelio Pérez Jiménez y se han tenido en cuenta para ella, además de la bibliografía citada en esta Introducción, los artículos de las enciclopedias citadas en el apartado anterior y, en especial, los libros de Samuel y de Broughton. Dado el mayor consenso respecto a la cronología de este período, mejor conocido que el que correspondía al volumen II, hemos eliminado las notas en esta tabla; cuando hay alguna discusión al respecto, se indica en nota al pasaje correspondiente. Para mayor claridad, y tal como se hizo en el volumen anterior, establecemos dos apartados cronológicos, uno para Grecia y otro para Roma. Las fechas de nacimiento y muerte de los personajes protagonistas de estas biografías se resaltan con negrita (la fecha) y con versales (el nombre).

3. Bibliografía y referencias bibliográficas de las notas

La bibliografía sobre estas biografías o sobre los personajes a que corresponden es amplísima, sobre todo —una vez más— en el caso de los griegos. En nuestra lista reco-

gemos los trabajos más recientes y algunos antiguos significativos, a los que se hace referencia en las notas.

En el primer apartado se reúnen todas las ediciones y/o traducciones que nos han sido útiles.

En el segundo, aquellos trabajos que, por su carácter global, atañen a más de uno de los personajes biografiados.

Y en el tercero, organizado por los nombres de los personajes en el orden seguido en nuestra traducción, se relacionan todos los trabajos específicos de cada una de las *Vidas,* que se citan en las notas o en la Introducción.

Pues bien, las referencias en nota, de acuerdo con esta organización, se abrevian del modo siguiente: títulos comprendidos en el apartado I: nombre del autor y página(s) de la cita; títulos comprendidos en el apartado II: nombre del autor, año y página(s) de la cita. Si hay más de un título para el mismo año, éste irá seguido de un número arábigo entre paréntesis; si se trata de una obra con varios tomos (lo que sucede en algunos casos del grupo I), el nombre del autor irá seguido de un número romano que indica el volumen correspondiente.

4. Variantes textuales

Aunque para el orden de nuestra traducción seguimos el de la edición francesa (cf. *Vidas,* I, pág. 124), el texto en que se basa es el de la edición alemana de K. Ziegler (cf. *Vidas,* I, pág. 143). No obstante, en algunos pasajes hemos preferido lecturas distintas cuya elección razonamos en nota. Las siglas de los manuscritos o familias de ellos que aparecen en las variantes preferidas por nosotros, corresponden al *conspectus siglorum* de K. Ziegler, cuando no

se hace ninguna indicación. En otro caso, se menciona el nombre del editor a cuya lista corresponde.

5. Índice de nombres

El índice de nombres propios y términos institucionales se rige por los criterios establecidos en *Vidas,* I, págs. 144-145 y II, págs. 45-46. Respecto a su distribución, siguiendo el esquema de los volúmenes anteriores, establecemos cinco grupos:

I. Personajes: se incluyen aquí los nombres propios correspondientes a dioses, héroes y hombres. En el caso de nombres de dioses romanos, que en el texto griego aparecen en su forma griega, se remite para las citas al nombre griego. Eliminamos del índice, por considerar que no tiene valor para la figura del personaje, su mención en exclamaciones (Zeus, Heracles), salvo que, a nuestro juicio, la referencia pueda ser significativa.
II. Fuentes: se incluyen aquí los nombres de autores y/u obras citados en el texto como referencias documentales. Se excluyen los nombres de estos autores cuando se citan por cuestiones relacionadas con su comportamiento o participación en anécdotas o situaciones de la vida, no como fuente. En este caso, la referencia deberá buscarse en el apartado I.
III. Étnicos: aquí se recogen todas las referencias a pueblos y razas.
IV. Lugares geográficos: ciudades, ríos, mares, lagos, montes, lugares, etc.

V. *Realia*: en este apartado recogemos los términos griegos y latinos transcritos en el texto, así como los que designan objetos, obras de arte, costumbres, fiestas, oráculos, los nombres dados a grupos sociales o a personajes, cuando se explican, los que designan instituciones, días, meses, etc., siempre que sean especialmente significativos. Hemos añadido algunos temas de especial interés, como el de las actividades y oficios, animales, plantas, etc. En algunos casos, cuando el concepto descrito en el texto es muy conocido y en éste no se menciona por el nombre habitual, el índice lo lematiza por la denominación habitual entre corchetes.

III

TABLA DE VARIANTES TEXTUALES

Coriolano

	Ziegler	*Nosotros*
3.4	τῶν [νεμομένων τε καὶ] πτηνῶν	τῶν πτηνῶν (*Codd.*)
4.5 (12)	ὥρμησε πρὸς..., μάλιστά πως	ὥρμησέ πως πρὸς... μάλιστα (*Codd.*)
12.7	ἔλαττον	⟨οὐκ⟩ ἔλαττον (Reiske)
20	τρεῖς ἐγένοντο***.	τρεῖς ἐγένοντο
27.1	[καὶ πολεμικὸς]	καὶ πολεμικὸς (*Codd.*)
29.1	[εἶναι] λέγοντες	εἶναι λέγοντες (*Codd.*)
32.5	†ἄπιοτον	ἄμοιρον (Hartmann)

Alcibíades

	Ziegler	Nosotros
1.4	[σῶματος]	σώματος (*Codd.*)
1.6	ἐπιτρέχουσαν	ἐπιτελοῦσαν (*Codd.*)
7.3	[λὸγον 'Αθηναίοις]	----------------------
7.4 (12)	στερροτέρᾳ	στερρότερον (Lipsius)
35.3 (27)	[γέμουσα]	----------------------
36.1	[ἐχθρὸς ὢν]	ἐχθρὸς ὢν (*Codd.*)
41(2) 8	⟨καίτοι⟩	----------------------

Paulo Emilio

1.3	⟨καὶ⟩ πρὸς	πρὸς (*Codd.*)
3.7	θυσίας	στρατείας (Aldina)
5.4	†ἄλλας	οὐ πολλὰς (Ziegler)
9.3	γεμούσας *** ⟨πεν⟩τηρικὰ τέσαρα καὶ***σεν (FL²M)	γεμούσας κατέδυσε· ἐκπάτησε δὲ καὶ πεντηρικὰ τέσσαρα. (*Codd.* exe. FL²M)
9.6	Βαστέρναι	οἱ Βαστέρναι (L²P)
12.7	εἶχεν *** ἐκείνους, οἷ⟨ς ἄνευ τῆς⟩ ἄλλης παρασκευῆς *** τῶν	εἶχεν ἐκείνους, οἷ⟨ς ἄνευ τῆς⟩ ἄλλης παρασκευῆς ⟨στρατιω⟩ τῶν (corr. ant.)
16.7	*** καὶ πέδιον ἦν τῇ	καὶ πέδιον ἦν ἐπιτήδειον τῇ (Reiske)
24.1	λέγονται ⟨γεγονέναι⟩	λέγονται (*Codd.*)
30.3	***ως καὶ πανηγυρ*** ἔξωθεν, ὥστε ⟨τρόπ⟩ον τινα θριαμβι⟨κῆς⟩	ὡς καὶ πανηγυρίζειν ἔξωθεν εἴς τινα θριαμβικῆς (C)
31.4	Λιγύων	Λιβύων (*Codd.*)

TIMOLEÓN

	Ziegler	*Nosotros*
9.1	ὦς ****τὸ πέλαγος διαπλέοντες	ὡς ⟨τάχιστα⟩ τὸ πέλαγος διαπλεῖν
14.3 (13)	ἐν ****δαῖς	ἐν ταῖς ᾠδαῖς (*Codd.*)
14.3 (13)	⟨**** Λο⟩κρικῶν	καὶ περὶ θεατρικῶν (FL²M)
14.3 (14)	****	ἐρίζειν (ZL²)
14.3 (14)	περὶ μέλους ⟨καὶ⟩ ἁρμονίας	καὶ περὶ μέλους ἁρμονίας (*Codd.*)
20.8	δυναστείας	δυναστείας (R. FLACELIÈRE)
23.7 (13)	τοὺς ⟨τῶν τυράννων⟩ ἀδριάντας	τοὺς ἀδριάντας (*Codd.*)
28.6	****	⟨ὥσθ'⟩ (REISKE, R. FLACELIÈRE)
31.2	Γαλαρίαν (dos veces)	Καταρίαν
36.2	τις (error)	τίς

IV

TABLA CRONOLÓGICA

1. GRECIA

Siglo V a. C.

c. 450 a. C.: Nacimiento de ALCIBÍADES[49].

447-446 a. C.: Muerte en Coronea de Clinias, padre de Alcibíades (*Alc.* 1.1). Pericles tutor de Alcibíades y Clinias, hermano de éste.

[49] Según P. BICKNELL, 1975, pág. 59, en 451/0 o 450/49.

433 a. C.: Revuelta de Potidea (*Alc.* 7.3-5).

425 a. C.: Batalla de Pilos (*Alc.* 14.1). Paz de Nicias (*Alc.* 14.2).

424 a. C.: Batalla de Delio (*Alc.* 7.6). Paz de Gela.

421 a. C.: Paz de Nicias (*Alc.* 14.1-2).

420 a. C.: Embajada lacedomonia en Atenas; engaño de Alcibíades (*Alc.* 14.6-12). Alianza cuádruple entre Atenas-Argos-Mantinea-Élide (*Alc.* 15.1).

418 a. C.: Batalla de Mantinea (*Alc.* 15.2).

417 a. C.: Revuelta de los argivos contra los Mil y ayuda de Alcibíades (*Alc.* 15.4).

416 a. C.: Victoria olímpica de Alcibíades (*Alc.* 11-12). Expedición contra Melos (*Alc.* 16.5-6). Ostracismo de Hipérbolo (*Alc.* 13.4-9).

415 a. C.: Expedición de Sicilia (*Alc.* 17-21). Escándalo de los hermes y de los misterios (*Alc.* 17.6-19). Partida de la expedición ateniense a Sicilia y reclamación de Alcibíades (*Alc.* 20-21). Huida de Alcibíades al Peloponeso y Esparta (*Alc.* 22-23.1).

414/412 a. C.: Estancia de Alcibíades en Esparta. 414 a. C.: embajada de los sicilianos y corintios a Esparta y propuestas de Alcibíades (*Alc.* 23.2). 414-412: conducta de Alcibíades en Esparta y relaciones con Timea (*Alc.* 23.3-9).

413 a. C.: Ocupación espartana de Decelea (*Alc.* 23.2). Final de la expedición ateniense a Sicilia (*Alc.* 24.1).

412 a. C.: Revuelta de los aliados en el Egeo: embajada de Quíos, Lesbos y Cízico a Esparta y decisión de ayudar a los quiotas (*Alc.* 24.1-2).

412/411 a. C.: Trama de Agis contra Alcibíades y huida de éste a la corte de Tisafernes. Amistad con el persa (*Alc.* 24.3-7). Alcibíades aconseja a Tisafernes no ayudar a los espartanos (*Alc.* 25.1).

411 a. C.: Conversaciones de Alcibíades con la flota de Samos. Golpe de estado oligárquico en Atenas. Contrarrevolución de Samos. Marcha de Míndaro al Helesponto (*Alc.* 27.2) y victoria ateniense en Cinosema (interrupción de las *Historias* de Tucídides).

410 a. C.: Participación de Alcibíades en los hechos del Helesponto y victoria de Abido. Alcibíades prisionero de Tisafernes en Sardes (*Alc.* 27.1). Huida de Alcibíades a Clazómenas. Campaña de Cízico: toma de la ciudad, muerte de Míndaro y huida de Farnabazo (*Alc.* 28).

410/405? a. C.: Probable fecha del nacimiento de PELÓPIDAS (*Pel.* 3.1).

409/408 a. C.: Alcibíades y Trasilo fortifican Lámpsaco (*Alc.* 29.1). Derrota de Trasilo en Éfeso (*Alc.* 29.2). Victoria sobre Farnabazo en Abido y guerra con los calcedonios; reclamaciones de Alcibíades a los bitinios (*Alc.* 29). Asedio de Calcedón, toma de Selibria (*Alc.* 30) y acuerdos con Farnabazo y los calcedonios (*Alc.* 31.1-2). Campaña y toma de Bizancio (*Alc.* 31.3-8).

408 a. C.: Probable fecha del nacimiento de TIMOLEÓN.

407 a. C. Vuelta de Alcibíades a Atenas. Celebración de la procesión eleusina (*Alc.* 32-34). Victoria de Andros (*Alc.* 35.2).

406 a. C.: Victoria de Lisandro sobre Antíoco en Nocio (*Alc.* 35.6-7). Alcibíades provoca a Lisandro sin éxito (*Alc.* 35.8). Acusaciones de Trasibulo contra Alcibíades en Atenas y nombramiento de otros generales. Retirada de Alcibíades a Tracia (*Alc.* 36.5). 405 a. C. Batalla de Egospótamos (*Alc.* 36.6-37.4).

404 a. C.: Rendición de Atenas (*Alc.* 37.5). Alcibíades acude a Farnabazo con intención de huir a Persia (*Alc.* 37.6-8). Los espartanos deciden

la muerte de Alcibíades y Lisandro se lo ordena a Farnabazo (*Alc.* 38.6-39.1) Muerte de ALCIBÍADES (*Alc.* 39.2-9). Exilio de los demócratas a Tebas (*Pel.* 6.5).

404/403 a. C.: Expedición de Trasibulo desde Tebas contra los Treinta (*Pel.* 7.2).

Siglo IV a. C.

385 a. C.: Alianza entre Tebas y Esparta. Expedición espartana contra Mantinea en la que participan Pelópidas y Epaminondas (*Pel.* 3.5-3.8).

382 a. C.: Golpe oligárquico en Tebas apoyado por los espartanos dirigidos por Fébidas: Tiranía de Arquias y Leontiades. Huida de Pelópidas. Epaminondas se queda en Tebas (*Pel.* 5).

382-379 a. C.: Actividad de Pelópidas en Atenas para preparar el regreso (*Pel.* 5-7).

379 a. C.: Regreso de Pelópidas y los exiliados a Tebas: derrocamiento de los tiranos (*Pel.* 8-12). Pelópidas beotarca: expulsión de los espartanos de la Cadmea (*Pel.* 13.1-3). Invasión de Beocia por los espartanos. Los atenienses dejan solos a los tebanos (*Pel.* 14.1).

378 a. C.: Engaño a Esfodrias para que ataque el Pireo y fracaso del ataque (*Pel.* 14.2-6). Segunda Liga Ática (*Pel.* 15.1). Batalla de Tespias y muerte de Fébidas (*Pel.* 15.6).

378/377 a. C.: Campaña de Agesilao contra Beocia (*Pel.* 15.2-4).

377 a. C.: Batalla de Tanagra y muerte de Pantidas (*Pel.* 15.6).

375 a. C.: Pelópidas al frente del batallón sagrado. Batalla de Tégira (*Pel.* 16-19).

373/372 a. C.: Batalla de Platea (*Pel.* 15.6 y 25.8).

371 a. C.: Invasión de Cleómbroto. Batalla de Leuctra (*Pel.* 20-23).

371/370 a. C.: Beotarquía de Pelópidas y Epaminondas (*Pel.* 24.1).

370/69 a. C.: Expedición de los tebanos contra Esparta (*Pel.* 24.2-24.8). Sinecismo de Ítome (*Pel.* 24.9). Victoria en Céncreas sobre los atenienses (*Pel.* 24.10).

369/368 a. C.: Batalla de Cleones entre los corintios y los argivos, en la que salva Timoleón a su hermano (*Tim.* 4.1-3).

369 a. C.: Proceso contra Pelópidas y Epaminondas (*Pel.* 25). Campaña de Pelópidas a Tesalia y toma de Larisa. Huida del tirano Alejandro de Feras (*Pel.* 261-3). Intervención en Macedonia. Filipo como rehén en Tebas (*Pel.* 26.4-8).

368 a. C.: Pelópidas e Ismenias embajadores en Tesalia. Intervención de Pelópidas en los conflictos de Tesalia y apresamiento por Alejandro de Feras (*Pel.* 27). Los tebanos envían un ejército a Tesalia que fracasa (*Pel.* 28).

367 a. C.: Nuevo ejército tebano contra Tesalia bajo las órdenes de Epaminondas, beotarca, y liberación de Pelópidas e Ismenias (*Pel.* 29). Pelópidas enviado como embajador a Susa (*Pel.* 30.1-7).

366 a. C.: Regreso de Pelópidas de Persia (*Pel.* 30.8-31.1).

366/5 a. C.: Timoleón participa en el complot que da muerte a su hermano Timófanes, por haberse erigido en tirano de Corinto (*Tim.* 4.6-4.8).

364 a. C.: Segunda intervención de Pelópidas en Tesalia, batalla de Cinoscéfalas y muerte de PELÓPIDAS (*Pel.* 31.3-32). Expedición tebana para vengar la muerte de Pelópidas y rendición de Alejandro (*Pel.* 35.2-3).

358 a. C.: Asesinato de Alejandro por su esposa Tebe (*Pel.* 35.4-12).

357/6 a. C.: Dión expulsa de Siracusa a Dionisio II (*Tim.* 1.2).

354/3 a. C.: Muerte de Dión a manos de Calipo (*Tim.* 1.2).

353-347 a. C.: Gobiernan Siracusa como tiranos Calipo, Hiparino y Niseo (*Tim.* 1.2).

346 a. C.: Regreso de Dionisio II a Siracusa, tras expulsar a Niseo (*Tim.* 1.4). Expedición de Hícetes contra Dionisio II (*Tim.* 1.6).

346/5 a. C.: Los siracusanos piden ayuda a Corinto contra Dionisio II (*Tim.* 2.1-4).

345/4 a. C.: Nombramiento de Timoleón como general. Preparativos de la expedición (*Tim.* 7.1-5). Los siracusanos e Hícetes advierten de que los cartagineses impedirán la intervención corintia en Sicilia (*Tim.* 7.5-7).

344 a. C.: Timoleón en Delfos (*Tim.* 8.1-3). En primavera parte hacia Sicilia (*Tim.* 8.4-9.6). Llegada a Regio y estratagema para burlar a los cartagineses (*Tim.* 9.7-10.5). Desembarco en Sicilia y acogida en Tauromenio (*Tim.* 10.6-11.3). Victoria de Timoleón sobre Hícetes en Adrano (*Tim.* 11.4-12). En junio, cincuenta días después del desembarco de Timoleón, Dionisio II entrega la isla de Ortigia y la ciudadela con los mercenarios a los soldados de Timoleón (*Tim.* 13). Destierro de Dionisio a Grecia (*Tim.* 14-15). En septiembre, llegada a Sicilia de los refuerzos corintios con Demáreto y Dinarco (*Tim.* 16-19; *cf.* 21.3).

343 a. C.: Campaña de Siracusa: en el verano Timoleón parte de Mesina hacia Siracusa (*Tim.* 20.1-3). En verano-otoño se retira Magón con los cartagineses (*Tim.* 20.10-11) y Timoleón se apodera de Siracusa (*Tim.* 21-22.3).

343/2 a. C.: Primera legislación de Timoleón y primera repoblación de Sicilia (*Tim.* 22.4-23).

342/340 a. C.: Ataque de Timoleón a Hícetes y Leptines (*Tim.* 24.1-2). Expedición de Demáreto y Dinarco contra los dominios cartagineses y organización de la *symmachía* (*Tim.* 24.3-4).

339 a. C.: Desembarco en Lilíbeo de los cartagineses bajo el mando de Asdrúbal y Amílcar y batalla del Crimiso (*Tim.* 25-29).

339/8 a. C.: Campañas de Timoleón contra Hícetes y Mamerco y muerte de los dos tiranos (*Tim.* 30-34).

338 a. C.: Segunda repoblación de Sicilia (*Tim.* 35). Victoria de Filipo en Queronea (*Pel.* 18.7).

337/6 a. C.: Timoleón renuncia al mando único y se retira (*Tim.* 37.7-10).

***Post* 336 a. C.:** Muerte de TIMOLEÓN.

2. ROMA

Siglo V a. C.

499/496 a. C.[50]: Batalla del lago Régulo con victoria de los romanos sobre Tarquinio y los latinos (*Cor.* 3).

494 a. C.: Dictadura de Manio Valerio (*Cor.* 5) y retirada de la plebe al Monte Sagrado (*Cor.* 6.1).

493 a. C.: Embajada para conciliar a la plebe (*Cor.* 6.2) y discurso de Menemio Agripa (*Cor.* 6.3-5). Nombramiento de los primeros tribunos de la plebe (*Cor.* 7.1-2). Consulado de Póstumo Cominio y Espurio Casio: guerra contra los volscos y toma de Coriolos (*Cor.* 8-11). Fir-

[50] La datación del 499 corresponde a Tito Livio, mientras que, para Dionisio de Halicarnaso, tanto la batalla como la dictadura de Postumio fueron en 496 a. C.

ma del *foedus Cassianum* entre romanos y latinos.

492 a. C.: Carestía (*Cor.* 12.1-3). Envío de una colonia a Velitras (*Cor.* 12.4-6). Nueva guerra contra los volscos (*Cor.* 12.6). Incursión de Coriolano contra los anciates (*Cor.* 13.5-6).

491 a. C.: Coriolano fracasa en su candidatura al consulado (*Cor.* 14-15.3). Campaña contra los anciates (*Cor.* 19.1). Proceso de Coriolano (*Cor.* 18-20).

490 a. C.: Exilio de Coriolano (*Cor.* 21).

489 a. C.: Los romanos expulsan a los volscos de sus juegos, dando un pretexto para la guerra (*Cor.* 26.2). Declaración de la guerra de los volscos contra Roma (*Cor.* 26) e incursión de Marcio en territorio de los romanos (*Cor.* 27). Toma de Circeyos (*Cor.* 28).

488 a. C.: Coriolano se apodera de las ciudades latinas (*Cor.* 28.5-29.1) y pone sitio a Lavinio (*Cor.* 29.2-3). En diciembre Coriolano se retira de Roma (*Cor.* 36) y se instaura la fiesta de la *Fortuna Muliebris* (*Cor.* 37). Muerte de CORIOLANO, asesinado en una conjura de Tulo (*Cor.* 39.1-8).

487 a. C.: Luchas entre los volscos y los ecanos (*Cor.* 39.12). Victoria de Tito Sicinio sobre Tulo y muerte de éste (*Cor.* 39.12).

486 a. C.: Los volscos se convierten en súbditos de los romanos, tras su derrota ante Espurio Casio (*Cor.* 39.12).

Siglo III a. C.

c. 270 a. C.: Nacimiento de MARCELO (*Marc.* 1.1).

c. 229/228 a. C.: Nacimiento de PAULO EMILIO.

228 a. C.:	Enterramiento de dos griegos y dos galos en el Foro Boario por prescripción de los Libros Sibilinos (*Marc.* 3.5-3.7).
226 a. C. (?):	Marcelo edil curul (*Marc.* 2.5-2.8).
226 a. C.-223 a. C.:	Movimiento de los galos contra Roma y primeros combates (*Marc.* 3.2 y 4.1).
223 a. C.:	Campaña de Flaminio y Furio contra los galos insubres y victoria contra las órdenes del Senado (*Marc.* 4.2-4.7). Los flámines Cornelio Cetego y Quinto Sulpicio depuestos de sus cargos por errores rituales (*Marc.* 5.5).
222 a. C.:	Marcelo nombrado cónsul (*Marc.* 6.1). Campaña contra los galos: asedio de Acerras, victoria en Clastidio y toma de Mediolano (*Marc.* 6-7). Celebración del triunfo (*Marc.* 8).
221 a. C.:	Destitución del dictador Minucio y su jefe de caballería Cayo Flaminio por un presagio en el momento del nombramiento de éste por aquél (*Marc.* 5.6).
216 a. C.:	Se confía la flota a Marcelo en Ostia para ir a Sicilia contra los cartagineses. Derrota de Cannas. Se le encarga el relevo del cónsul Varrón y se enfrenta con Aníbal cerca de Nola (*Marc.* 9.1-11).
215 a. C.:	Elegido *consul suffectus* a la muerte de L. Postumio Albino, renuncia al cargo por un mal agüero en el proceso. Campaña en Nola como procónsul (*Marc.* 12).
214 a. C.:	Marcelo cónsul por tercera vez (*Marc.* 13.1).
213 a. C.:	Campaña de Sicilia como procónsul: conquista de Leontinos, asedio de Siracusa y toma de otras ciudades, entre ellas Mégara Hiblea (*Marc.* 13-18.2).
212 a. C.:	Primeros éxitos en Siracusa: toma Epípolas, Tique, Neápolis. Muerte de Arquímedes (*Marc.* 18.3-19.7).

211 a. C.: Marcelo se apodera por traición de la Acradina. Muerte de Arquímedes (*Marc.* 19.7-12). Regreso a Roma. Se le niega el triunfo, que celebra en el Monte Albano, y se le concede la *ovatio* en Roma (*Marc.* 20-22).

210 a. C.: Cuarto consulado de Marcelo con mando en Sicilia. Quejas de los siracusanos, de las que es absuelto (*Marc.* 23); pero se le retira de Sicilia y se le encomienda la campaña contra Aníbal: batalla indecisa de Numistrona. Marcelo, por orden del Senado, nombra dictador a Q. Fulvio Flaco (*Marc.* 24-25.1).

209 a. C.: Como procónsul se enfrenta a Aníbal cerca de Canusio en una batalla incierta, a raíz de la cual se repliega a Campania. Acusaciones de sus enemigos en Roma (Publio Balbilo) de las que es absuelto (*Marc.* 25.2-27).

208 a. C.: Quinto consulado de Marcelo. Provocación con su colega Crispido a Aníbal, asentado en Vanita y Venusia. Emboscada de la caballería númida en la que cae Crispido. Muerte de MARCELO (*Marc.* 28-29). Honras de Aníbal a Marcelo (*Marc.* 301-5).

202 a. C.: Victoria definitiva de Escipión sobre Aníbal en la batalla de Zama (*Aem.* 7.3).

Siglo II a. C.

197 a. C.: Victoria de los romanos sobre Filipo V de Macedonia en Cinoscéfalas (Tesalia) en junio, con lo que concluye la Segunda Guerra Macedónica (*Aem.* 7.3; 8.5).

193 a. C.: Paulo Emilio edil curul (*Aem.* 3.1).

192 a. C.: Paulo Emilio es nombrado sacerdote (*Aem.* 3.2). Se declara la guerra contra Antíoco, rey de Siria (*Aem.* 4.1).

191/190 a. C.:	Destinado como pretor, con dignidad consular, a *Hispania ulterior* (*Aem.* 4.1-2). Victoria sobre los lusitanos (*Aem.* 4. 3).
189 a. C.:	Paulo Emilio regresa de *Hispania* (*Aem.* 4.4). Se le concede el título de *imperator* y obtiene el triunfo. Figura entre los diez legados del senado encargados de arreglar Asia tras la derrota de Antíoco III de Siria.
188 a. C.:	Paz de Apamea e imposiciones a Antíoco III (*Aem.* 7.2).
187 a. C.:	Se opone a la concesión del triunfo a Gneo Manlio Vulsón.
182 a. C.:	Primer consulado de Paulo Emilio y guerra con los ligures (*Aem.* 6.1-3).
181 a. C.:	Victoria de Paulo Emilio sobre los ligures ingaunos, en calidad de procónsul (*Aem.* 6.4). Celebra su primer triunfo en Roma (cf. *Aem.* 5.8).
180 a. C.:	Muerte de Demetrio, hermano de Perseo (*Aem.* 8.9).
179 a. C.:	Paulo Emilio figuraba entre los augures patricios para ese año (*Aem.* 7.7). Muerte de Filipo y subida al trono de Perseo (*Aem.* 8.9).
172 a. C.:	Se inicia la guerra de Perseo contra los romanos (*Aem.* 9.1).
171 a. C.:	Victoria de Perseo sobre P. Licinio (*Aem.* 9.2-3).
170 a. C.:	Victoria de Perseo sobre A. Hostilio (*Aem.* 9.4).
168 a. C.:	Segundo consulado de Paulo Emilio (*Aem.* 10.1-5). Lucio Anicio vence y apresa a Gencio, rey de los ilirios (*Aem.* 13.1-3). Termina la tercera guerra macedonia con la victoria de Pidna (finales de junio).
168/7 a. C.:	Gira de Emilio por Grecia (*Aem.* 28).

167 a. C.:	Celebra el segundo triunfo en Roma (*Aem.* 32-33).
164 a. C.:	Censor con Quinto Marcio Filipo (*Aem.* 38.7-9).
163 a. C.:	Tiberio Sempronio proclama cónsules a Escipión Nasica y Cayo Marcio y luego el Senado les hizo renunciar a sus cargos por haber ignorado aquél una prescripción religiosa en el nombramiento (*Marc.* 5.1-4).
160 a. C.:	Se retira a Elea a causa de las malas condiciones de su salud. Vuelve a Roma, tras una aparente mejora, para celebrar los ritos sagrados: muerte de PAULO EMILIO.

BIBLIOGRAFÍA

I. EDICIONES Y TRADUCCIONES

Plutarch. Greek Lives. A new translation by Robin Waterfield. With Introduction and Notes by Philip A. Stadter, Oxford-New York, 1998 (Incluye *Alcibiades,* págs. 218-259).

Plutarch. Roman Lives. A new translation by Robin Waterfield. With Introduction and Notes by Philip A. Stadter, Oxford-New York, 1998 (Incluye *Aemilius Paullus,* págs. 36-76).

Plutarch Lives, with an English Translation by B. Perrin, in eleven volumes, IV, Alcibiades and Coriolanus; Lysander and Sulla, Londres-Cambridge (Massachusetts), 1916.

Plutarch Lives, with an English Translation by B. Perrin, in eleven volumes, V, Agesilaus and Pompey; Pelopidas and Marcellus, Londres-Cambridge (Massachusetts), 1917.

Plutarch Lives, with an English Translation by B. Perrin, in eleven volumes, VI, Dion and Brutus; Timoleon and Aemilius Paullus, Londres-Cambridge (Massachusetts), 1918.

Plutarchi Vitae Parallelae, recognoverunt Cl. Lindskog & K. Ziegler, vol. I, fasc. 2, tertium recensuit K. Ziegler, editionem correctiorem cum addendis curavit H. Gärtner, Stutgardiae-Lipsiae, 1994.

Plutarchi Vitae Parallelae, recognoverunt Cl. Lindskog & K. Ziegler, vol. II, fasc. 1, iterum recensuit K. Ziegler, Lipsiae, 1964.

Plutarchi Vitae Parallelae, recognoverunt Cl. Lindskog & K. Ziegler, vol. II, fasc. 2, iterum recensuit K. Ziegler, Lipsiae, 1968.

Plutarco. Vidas Paralelas. Alejandro-César, Pericles-Fabio Máximo, Alcibíades-Coriolano. Traducción, Introducción y notas de Emilio Crespo Güemes, Barcelona, 1983. Una nueva edición, actualizada, se ha publicado en Madrid, 1999.

Plutarco. Vita di Coriolano, Vita di Alcibiade, introduzione, traduzione e note di F. Albini, prefazione di C. B. R. Pelling, Milano, 1996.

Plutarco. Vite parallele. Coriolano, introduzione e note di M. Cesa, traduzione e note di L. M. Raffaelli; *Alcibiade,* introduzione e note di L. Prandi, traduzione e note di L. M. Raffaelli, testo greco a fronte, con il saggio «Plutarco come lo leggeva Shakespeare» di J. Denton e contributi di B. Scardigli e M. Manfredini, Milano, 1994.

Plutarco. Vite parallele. Pelopida, introduzione di Aristoula Georgiadou, traduzione di Pierangiolo Fabrini, note di Lucia Ghillie; *Marcello,* introduzione di Stefano Bocci, traduzione di Pierangiolo Fabrini, note di Lucia Ghillie, testo greco a fronte, Milano, 1998.

Plutarque. Vies, tome III, Périclès-Fabius Maximus, Alcibiade-Coriolan, texte établi et traduit par R. Flacelière & É. Chambry, París, 1964.

Plutarque, Vies IV: Timoléon-Paul Émile, Pélopidas-Marcellus, texte établi et traduit par R. Flacelière & É. Chambry, París, 1966.

II. COMENTARIOS Y OBRAS DE CARÁCTER GENERAL

Brenk, F. E., *In Mist Apparelled. Religious Themes in Plutarch's Moralia and Lives,* Leiden, 1977.

De Blois, L., «The Perception of Politics in Plutarch's Roman 'Lives'?», *ANRW* II 33.6 (1992), págs. 4568-4615.

DESIDERI, P., «Teoría e prassi storiografica di Plutarco: una proposta di lettura della coppia *Emilio Paolo-Timoleon», Maia,* n.s., 41 (1989), 199-215.

DUFF, T., *Plutarch's Lives: exploring virtue and vice,* Oxford, 1999 (1).

— «Plutarch, Plato and 'Great Natures'», en A. Pérez Jiménez, J. García López & R. M.ª Aguilar, *Plutarco, Platón y Aristóteles. Actas del V Congreso Internacional de la I.P.S.,* Madrid, 1999, págs. 313-332 (2).

FRAZIER, F., «À propos de la composition des couples dans les *Vies Parallèles* de Plutarque», *RPh,* 61 (1987) 65-75.

— *Histoire et morale dans les* Vies parallèles *de Plutarque,* París, 1996.

GEIGER, J., «Plutarch's *Parallel Lives:* The Choice of Heroes», *Hermes,* 109 (1981) 85-104, reimpr. en B. Scardigli págs. 165-190.

JACOBY, F., *Die Fragmente der Griechischen Historiker,* I-III, Leiden, 1953-1969.

MUCCIOLI, F., «La critica di Plutarco a Filisto e a Timeo», en L. Van der Stockt (ed.), *Rhetorical Theory and Praxis in Plutarch,* Louvain/Namur, 2000, págs. 291-307.

NIKOLAIDIS, A. G., «Plutarch's Contradictions», *Class. et Mediaev.,* 42 (1991), 153-186.

— «Plutarch on Women and Marriage», *WS,* 110 (1997), 27-88.

— «Plutarch's Methods: His Cross-references and the Sequence of the *Parallel Lives»,* en A. Pérez Jiménez & F. Titchener (eds.), *Historical and Biographical Values of Plutarch's Works. Studies Devoted to Professor Philip A. Stadter by the International Plutarch Society,* Málaga-Logan, 2005, págs. 283-324.

PELLING, CHR., «Synkrisis in Plutarch's Lives», en F. E. Brenk & I. Gallo (eds.), *Miscellanea Plutarchea. Atti del I convegno di studi su Plutarco (Roma, 23 novembre 1985),* Ferrara, 1986, págs. 83-96.

PETER, H., *Die Quellen Plutarchs in den Biographien der Römer,* Halle, 1865 (reimpr. 1965).

RAMÓN PALERM, V., *Plutarco y Nepote. Fuentes e Interpretación del Modelo Biográfico Plutarqueo,* Zaragoza, 1992.
RUSSELL, D. A., *Plutarch,* Londres, 1973.
SAMUEL, A. E., *Greek and Roman Chronology,* Múnich, 1972.
SANTONI, A., *Plutarco, Vite Parallele. Pericle (Introduzione di Philip A. Stadter). Fabio Massimo (Introduzione di Roberto Guerrini). Traduzione e note di...,* Milán, 1991.
SCARDIGLI, B., *Die Römerbiographien Plutarchs,* Múnich, 1979.
SEALEY, R., *A History of the Greek City States 700-338 B.C.,* Berkeley, Los Angeles, Londres, 1976.
STROBACH, A., *Plutarch und die Sprachen,* Stuttgart, 1997.
SWAIN, S. C. R., «Plutarch's *Aemilius and Timoleon*», *Historia,* 38 (1989), 314-334.
— «Hellenic Culture and the Roman Heroes of Plutarch», *JHS,* 110 (1990), 126-145.

III. ESTUDIOS PARTICULARES

1. CORIOLANO

CORNELL, T., «Coriolanus. Myth, History and Performance», en D. Braund & Chr. Gill, *Myth, History and Culture in Republican Rome. Studies in honour of T. P. Wiseman,* University of Exeter, 2003, págs. 73-97.
DAVID, J.-M., «Les étapes historiques de la construction de la figure de Coriolan», en M. Coudry & Th. Späth, *L'invention des grands homes de la Rome antique,* París, 2001, págs. 17-26 (1).
— «Coriolan, figure fondatrice du procès tribunicien. La construction de l' événement», en M. Coudry & Th. Späth, *L'invention des grands homes de la Rome antique,* París, 2001, págs. 249-270.
FREYBURGER, M.-L., «Coriolan, ou la construction littéraire d'un grand homme chez les historiens grecs de Rome», en M. Cou-

dry & Th. Späth, *L'invention des grands hommes de la Rome antique,* París, 2001, págs. 27-46.

Pérez Jiménez, A., «La retórica del silencio: el discurso de Volumnia en la *Vida de Coriolano»,* en L. Van der Stockt (ed.), *Rhetorical Theory and Praxis in Plutarch,* Louvain/Namur, 2000, págs. 341-354.

Russell, D. A., «Plutarch's *Life of Coriolanus», JRS,* 53 (1963) 21-28, reimpr. en B. Scardigli, *Essays on Plutarch's Lives,* Oxford, 1995.

2. Alcibíades

Alesse, F., «Fonti socratiche e stoiche nella *Vita Alcibiadis»,* en L. de Blois, J. Bons, T. Kessels & D. M. Schenkeveld (eds.), *The Statesman in Plutarch's Works. Vol. II: The Statesman in Plutarch's Greek and Roman Lives,* Leiden, 2005, págs. 141-156.

Bearzot, C., «Strategia autocratica e aspirazioni tiranniche. Il caso di Alcibiade», *Prometheus,* 14 (1988), 39-57.

Beck, M., «Anecdote and the representation of Plutarch's ethos», en L. Van der Stockt (ed.), *Rhetorical Theory and Praxis in Plutarch,* Louvain/Namur, 2000, págs. 15-32 (espec. 25-29).

Bicknell, P., «Alkibiades and Kleinias; a Study in Athenian Genealogy», *Museum Philologicum Londiniense,* 1 (1975), 51-64.

Calvo Martínez, J. L., «Oratoria y biografía. El retrato de Alcibíades en Lisias e Isócrates», en A. Pérez Jiménez, J. Ribeiro Ferreira & M.ª do Céu Fialho (eds.), *O retrato literário e a biografia como estratégia de teorizaçâo política,* Coimbra-Málaga, 2004, págs. 37-48.

De Romilly, J., *Alcibiade ou les dangers de l'ambition,* París, 1995 (trad. esp. *Alcibíades,* Barcelona, 1996).

Duff, T., «The First Five Anecdotes of Plutarch's *Life of Alkibiades»,* en L. de Blois, J. Bons, T. Kessels & D. M. Schenkeveld (eds.), *The Statesman in Plutarch's Works. Vol.*

II: The Statesman in Plutarch's Greek and Roman Lives, Leiden, 2005, págs. 157-166.

Ellis, W., *Alcibiades,* Londres, 1989.

Forde, S., *The ambition to rule: Alcibiades and the Politics of Imperialism in Thucydides,* Ithaca, 1989.

González Almenara, G., «Honor sin seducción: Alternativa masculina para la castidad femenina», en M. Jufresa, F. Mestre, P. Gómez & P. Gilabert (eds.), *Plutarc a la seva època: paideia i societat. Actas del VIII Simposio Internacional de la Sociedad Española de Plutarquistas,* Barcelona, 2005, págs. 587-594.

Gribble, D., *Alcibiades and Athens: a study in literary Presentation,* Oxford, 1999.

Littman, R. J., «The Loves of Alcibiades», *TAPhA,* 101 (1970), 263-276.

Nagy, B., «Alcibiades' Second 'Profanation'», *Historia,* 43 (1994), 275-285.

Perrin, B., «The Death of Alcibiades», *TAPhA,* 37 (1906), 25-37.

Russell, D. A., «Plutarch's 'Alcibiades'», *PCPhS,* 192 (1966) 37-47, reimpr. en B. Scardigli, *Essays on Plutarch's Lives,* Oxford, 1995, págs. 191-207.

Salcedo Parrondo, M.ª C., «*Alcibíades* 34. ¿Un incumplimiento religioso, un conflicto social?», en A. Pérez Jiménez & F. Casadesús Bordoy (eds.), *Estudios sobre Plutarco: Misticismo y religiones mistéricas en la obra de Plutarco. Actas del VII Simposio Español sobre Plutarco,* Málaga, 2001, págs. 389-400.

— «Retórica visual y carácter político, *Alc.* 10: un modelo negativo de *enargeia»,* en L. de Blois, J. Bons, T. Kessels & D. M. Schenkeveld (eds.), *The Statesman in Plutarch's Works. Vol. II: The Statesman in Plutarch's Greek and Roman Lives,* Leiden, 2005, págs. 179-186 (1).

— «Un león en la ciudad: El perfil leonino del *Alcibíades* de Plutarco», en J. Boulogne (ed.), *Les Grecs de l'Antiquité et les animaux. Le cas remarquable de Plutarque,* Lille, 2005, págs. 135-141 (2).

— «'A la caza del león'. El modelo de *paideia* socrática en el *Alcibíades* de Plutarco», en M. Jufresa, F. Mestre, P. Gómez & P. Gilabert (eds.), *Plutarc a la seva època: paideia i societat. Actas del VIII Simposio Internacional de la Sociedad Española de Plutarquistas,* Barcelona, 2005, págs. 631-636.

VERDEGEM, S., «On the Road again. Alcibiades' Restoration of the Eleusinian πομπή in Plu., *Alc.* 34.3-7», en A. Pérez Jiménez & F. Casadesús Bordoy (eds.), *Estudios sobre Plutarco: Misticismo y religiones mistéricas en la obra de Plutarco. Actas del VII Simposio Español sobre Plutarco,* Málaga, 2001, págs. 451-460.

— «*De Gloria Alcibiadis.* Alcibiades' Military Value and its Relation to his *doxa* in Plutarch's *Alcibiades*», en L. de Blois, J. Bons, T. Kessels & D. M. Schenkeveld (eds.), *The Statesman in Plutarch's Works. Vol. II: The Statesman in Plutarch's Greek and Roman Lives,* Leiden, 2005, págs. 167-178 (1).

— «Plotting Alcibiades' Downfall. Plutarch's Use of his Historical Sources in *Alc.* 35.1-36.5», *Ploutarchos, n.s.*, 2 (2004/2005), 141-150.

— «An Intriging Beginning. The Proemial Functions of Plu., *Alc.* 1», en A. Pérez Jiménez & F. Titchener (eds.), *Historical and Biographical Values of Plutarch's Works. Studies Devoted to Professor Philip A. Stadter by the International Plutarch Society,* Málaga-Logan, 2005, págs. 479-486 (2).

3. PAULO EMILIO

BREMER, J. M., «Plutarch and the 'Liberation of Greece'», en L. de Blois, J. Bons, T. Kessels & D. M. Schenkeveld (eds.), *The Statesman in Plutarch's Works. Vol. II: The Statesman in Plutarch's Greek and Roman Lives,* Leiden, 2005, págs. 257-268.

HOLLAND, L., «Plutarch's *Aemilius Paullus* and the Model of the Philosopher Statesman», en L. de Blois, J. Bons, T. Kessels &

D. M. Schenkeveld (eds.), *The Statesman in Plutarch's Works. Vol. II: The Statesman in Plutarch's Greek and Roman Lives,* Leiden, 2004, págs. 269-280.

MAARTEN BREMER, J., «Plutarch and the 'Liberation of Greece'», en L. de Blois, J. Bons, T. Kessels & D. M. Schenkeveld (eds.), *The Statesman in Plutarch's Works. Vol. II: The Statesman in Plutarch's Greek and Roman Lives,* Leiden, 2005, págs. 257-267.

MEISSNER, E., *Lucius Aemilius Paullus Macedonicus und Seine Bedeutung für das Römische Reich (229-160 v. Chr.),* Bischberg/ Oberfranken, 1974.

NISSEN, H., *Kritische Untersuchungen über die Quellen der 4. und 5. Dekade des Livius,* Berlín, 1863.

REITER, W., *Aemilius Paullus. Conqueror of Greece,* Londres-New York-Sidney, 1988.

SCHWARZE, W., *Quibus fontibus Plutarchus in vita L. Aemilii Pauli usus sit,* tesis, Leipzig, 1891.

VIANOLI, R., «Carattere e tendenza della tradizione su L. Emilio Paolo», en M. Sordi (ed.), *Contributi dell'Istituto di storia antica,* I, Milano, 1972, págs. 78-90.

4. TIMOLEÓN

BIEDENWEG, W., *Plutarchs Quellen in den Lebensbeschreibungen des Dion und Timoleon,* Leipzig, 1884.

DE BLOIS, L., «Political concepts in Plutarch's Dion and Timoleon», *Ancient Society,* 28 (1997), 209-224.

— «Traditional commonplaces in Plutarch's image of Timoleon», en L. Van der Stockt (ed.), *Rhetorical Theory and Praxis in Plutarch,* Louvain/Namur, 2000, págs. 131-140.

DREHER, M., «Die syrakusanische Verfassung in Plutarchs Biographien über Dion und Timoleon», en I. Gallo & B. Scardigli, *Teoria e prassi politica nelle opere di Plutarco. Atti del V Convegno plutarcheo,* Napoli, 1995, págs. 135-146.

INGENKAMP, H. G., «᾿Αρετὴ εὐτυχοῦσα und die Last der Leichtigkeit», *RhM,* 140 (1997), 71-89.

JULIUS ARNOLDT, J. F., *Uber die Quellen zu Timoleon Leben,* Gumbisnnen, 1848.

POUCEAU, A., *Timoléon,* Paris, 1950.

PRANDI, L., «Le dediche di Timoleonte a Corinto per la vittoria del Crimiso», *RIL,* 111 (1977), 35-43.

SMARCZYK, B., *Timoleon und die Neugründung von Syrakus,* Göttingen, 2003.

SORDI, M., *Timoleonte,* Palermo, 1961.

— «Timeo e Atanide, fonti per le vicende di Timoleón», *Athenaeum,* n.s., 55 (1977), 239-249.

SPADA, S., «I Siracusani nelle Vite di Dione e di Timoleonte», en I. Gallo (ed.), *La Biblioteca di Plutarco,* Nápoles, 2004, págs. 443-482.

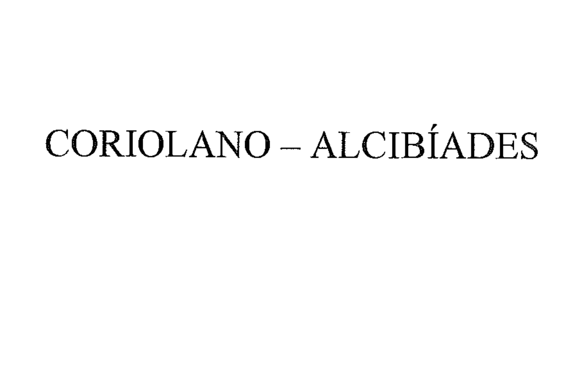
TALBERT, A. J. M., *Timoleon and the revival of Greek Sicily 344-317 B.C.,* Cambridge, 1974.

TEODORSSON, S.-T., «Timoleon, the Fortunate General», en L. de Blois, J. Bons, T. Kessels & D. M. Schenkeveld (eds.), *The Statesman in Plutarch's Works. Vol. II: The Statesman in Plutarch's Greek and Roman Lives,* Leiden, 2005, págs. 215-226.

WESTLAKE, H. D., «The Sources of Plutarch's *Timoleon*», *CQ,* 32 (1938), 65-74.

— «Timoleon and the reconstruction of Syracuse», *Cambridge Hist. Journal,* 7 (1942), 73-100 (= *Essays on the Greek historians and Greek history,* Manchester, 1969, págs. 276-312).

— *Timoleon and his relations with tyrans,* Manchester, 1952.



CORIOLANO – ALCIBÍADES

GAYO MARCIO CORIOLANO

Familia, infancia y naturaleza

La casa de los Marcios en Roma, 1
perteneciente a los patricios, proporcionó muchos hombres famosos; entre ellos estaba Anco Marcio[1], nieto de Numa por parte de madre, que sucedió como rey a Tulo Hostilio[2]. Marcios eran también Publio y Quinto, que trajeron a Roma agua más abundante y mejor[3], y Censorino a quien el pueblo de los romanos de-

[1] Cuarto rey de Roma. Que era nieto de Numa (hijo de Pompilia) lo leemos también en TITO LIVIO (en adelante LIVIO), I 32.2 y CICERÓN, *rep.* 2.33. Frente a Tulo Hostilio, que se apartó de la línea religiosa trazada por Numa, Anco Marcio restauró el ordenamiento sagrado de Roma.

[2] Sucesor de Numa y nieto de Hosto Hostilio, compañero de armas de Rómulo. Su política fue fundamentalmente militar, combatiendo contra Fidenas, Veyes y los sabinos. Destruyó Alba Longa y reinó, según la tradición, entre el 672 y el 641 a. C.

[3] Las fuentes sólo hablan de la actividad edilicia de Quinto Marcio Rex, pretor urbano en el 144 a. C. (T. R. S. BROUGHTON, I, pág. 471) que reparó varios acueductos y construyó el de *Aqua Marcia* (cf. PLINIO, *NH* 31.41; 36.121 y FRONTINO, *Aq.* 1.7). Sobre Publio Marcio Rex (T. R. S. BROUGHTON, I, pág. 418), aparte de esta referencia de Plutarco, sólo tenemos noticia por LIVIO, XLIII 1.12 de su envío como embajador al cónsul Casio Longino para ordenarle suspender la expedición por Iliria contra Macedonia en el 171 a. C.

signó dos veces censor; luego, persuadido por él, votó y dictó una ley que prohibía a cualquiera desempeñar ese cargo 2 dos veces[4]. Gayo Marcio[5], sobre el que versa esta obra, al haber sido criado por su madre, huérfano de padre, demostró que la orfandad, aunque encierra otros males, no es obstáculo para convertirse en un hombre importante y superior a la mayoría y que, sin razón, sirve de pretexto a la gente vulgar para echarle la culpa y criticarla como responsable 3 de su corrupción por falta de cuidados. Este mismo varón sirvió de prueba a quienes creen que la naturaleza, cuando es noble y buena, si está falta de educación, produce muchas cosas malas mezcladas con las buenas, igual que, en la agri- 4 cultura, un buen campo cuando no se cultiva. En efecto, la solidez y fortaleza de su decisión en cualquier trance producía grandes impulsos cuyo resultado eran nobles acciones; pero, a su vez, como se movía por violentas pasiones y enconadas rivalidades, hacía su trato con las personas nada fácil e inadecuado; sin embargo, la gente admiraba su impasibilidad en el placer y el sufrimiento y ante las riquezas, a la que daban los nombres de templanza, justicia y fortaleza; en cambio, en las relaciones públicas, les molestaba, como 5 desagradable, ruda y propia de un oligarca. Y es que ningún otro fruto mayor sacan los hombres del favor de las musas que el atemperamiento por la razón y la enseñanza de la naturaleza, que se somete así a la moderación y pierde el exce-

---

[4] Se trata de C. Marcio Rutilio luego llamado Censorino, cónsul en 310 a. C., que destacó en la guerra contra los samnitas (T. R. S. Broughton, I, pág. 162). Desempeñó el cargo de censor en 294 a. C. (T. R. S. Broughton, I, pág. 179) y, por segunda vez, en 264 a. C., cuando dictó la ley a que se refiere Plutarco; Valerio Máximo, IV 1.3 lo presenta como ejemplo de moderación (T. R. S. Broughton, I, pág. 202).

[5] Sólo lo llaman Gayo Plutarco y Dionisio de Halicarnaso, mientras que en las demás fuentes (Valerio Máximo, IV 3.4, Aulo Gelio, XVII 21.11 y Livio, II 33.5) el *praenomen* es Gneo.

so[6]. Pues bien, en general entonces Roma, de la virtud, pri- 6
maba lo relativo a las acciones de guerra y militares y así lo demuestra el hecho de que se refieren a la virtud con el mismo nombre que al valor y que el término común es precisamente aquél con que designaban en concreto al valor[7].

Vocación de Marcio

Marcio, que era más apasionado 2
que otros en los combates de guerra, ya desde niño tenía entre manos las armas y, pensando que de nada le sirven las de fuera a quienes no tienen en forma y preparada el arma natural y congénita, ejercitó de tal modo su cuerpo para toda clase de combate, que en la carrera era ágil y en el contacto y cuerpo a cuerpo con el
enemigo tenía una robustez invencible. Al menos, quienes 2
siempre contendían con él en coraje y valor, cuando eran vencidos, echaban la culpa a su fuerza física, que era infatigable y no cedía a ningún esfuerzo.

Primeras campañas

Tomó parte en su primera expedi- 3
ción siendo todavía un adolescente, cuando a Tarquinio, el que había reinado en Roma, después de muchos combates y derrotas y de echar, por así decirlo, sus últimos dados, se unieron la mayoría de los latinos y muchos de los demás italiotas y juntos atacaron Roma, no tanto por complacerlo como por miedo, tratando de hundir la creciente potencia de los romanos, y por envi-

---

[6] Una idea que Plutarco repite en *Mar.* 2.4 y que pone énfasis en los problemas que para las grandes naturalezas implica la falta de una adecuada educación de tipo griego (cf. S. C. R. Swain, 1990, pág. 136).

[7] La *virtus* latina equivale, en efecto, a la *areté* («virtud») y la *andreía* («valor») griegas.

2 dia. En esta batalla[8], que presentaba muchos cambios en ambos sentidos, Marcio estaba combatiendo con fuerza; entonces, ante los ojos del dictador[9], vio caer a su lado a un soldado romano y, en vez de despreocuparse de él, se puso delante y lo defendió, matando a cualquier enemigo que pre-
3 tendía atacarlo. Por ello, tras la victoria, el general lo coronó entre los primeros con una corona de encina[10].

Y es que la ley concede esta corona a quien salva a un ciudadano, ya sea quizá para honrar la encina por los arcadios, pues en un oráculo el dios los llamó 'comedores de bellotas'[11], o porque enseguida y por todas partes encuentran abundancia de encinas en las expediciones, o bien porque, al estar consagrada a Zeus Polieo[12], consideraba que la corona de encina era la más adecuada que se podía conceder por
4 salvar a un ciudadano. Es la encina el árbol silvestre de mejores frutos y el más robusto de los cultivados. De él se ob-

---

[8] La batalla del lago Regilo tuvo lugar en el año 499 a. C., según Livio (II 19.3-20.13). Sin embargo, otras fuentes, y en particular Dionisio de Halicarnaso (en adelante D. H. VI 2.3-22.3 y 33) la sitúa en el año 496 a. C.

[9] El dictador para el año 499 ó 496 (según las fuentes) era A. Postumio Albo Regilense. Celebró un triunfo por su victoria sobre los latinos y consagró un templo a Ceres, Líber y Líbera (Broughton, I, págs. 10-11).

[10] En D. H., VIII 29.4 se ponen en boca del propio Coriolano los detalles que aquí recoge Plutarco, en concreto, su comportamiento defendiendo a un ciudadano y la obtención de la corona de manos del general por este hecho. Respecto a la corona cívica de encina, también la encontramos en Aulo Gelio, V 6.11-12. La estrecha relación de los arcadios con la encina se indica en *Quaest. Rom.* 92.286A.

[11] Sin duda se refiere al oráculo dado por la Pitia a los espartanos en Heródoto, I 66, donde los llama así. La importancia de los arcadios para los romanos viene dada por su llegada a Italia guiados por Evandro y su establecimiento a orillas del Tíber en Roma (cf., por ejemplo, D. H., I 31 y Plu., *Quaest. Rom.* 32. 272C, 76.282A).

[12] «Protector de la ciudad». La encina tenía un papel importante en relación con Zeus, por ejemplo, en el oráculo de Dodona.

tenía como comida la bellota y como bebida el hidromiel y proporcionaba como vianda la mayoría de las aves, al llevar el muérdago, que se utilizaba para la caza[13].

En aquella batalla dicen que se aparecieron también los 5
Dioscuros[14] y que, inmediatamente después de la batalla, se
les vio con sus caballos chorreando de sudor anunciar la
victoria en el foro, donde ahora está, junto a la fuente, el
templo levantado en su honor. Por eso aquel victorioso día, 6
que fue el de los Idus del mes de julio[15], lo han consagrado
a los Dioscuros.

En los hombres jóvenes, el lustre y los honores cuando 4
llegan antes de tiempo apagan las naturalezas poco ambicio-
sas y satisfacen enseguida su ardiente sed y los llenan de
inapetencia; pero a los caracteres fuertes y sólidos los esti-
mulan los honores y los hacen brillar, como empujados por
un viento hacia la belleza que se les ofrece. Pues no como si 2
los recibieran en pago, sino como si se les dieran a cuenta,
se avergüenzan de no estar a la altura de su gloria y no su-

[13] El muérdago es una planta parásita de determinados árboles y, en particular, de la encina, que produce una sustancia viscosa.

[14] La noticia de la aparición de los dioses, inclinando la balanza a favor de los romanos, está en Cicerón, *De nat. deor.* 2.6, Valerio Máximo, I 8.1 y, con gran lujo de detalles, en D. H., VI 13, cuya versión resume Plutarco. Livio no habla de ello, aunque dice que después de la batalla el dictador prometió un santuario a Cástor (II 20.12; cf. Cicerón, *De nat. deor.* 3.13).

[15] El 15 de julio. El detalle del anuncio por los Dioscuros, que está también en Dionisio de Halicarnaso, *l.c.*, vuelve a contarse, con más detalles (el que escuchó la noticia se llamó Enobarbo, porque los dioses le cambiaron la barba de negra en roja) en *Aem.* 25.2. Pero otras fuentes latinas (Cicerón y Valerio Máximo, *l.c.* nota anterior) atribuyen el anuncio por parte de los Dioscuros no a la batalla del lago Regilo, sino a la de Paulo Emilio sobre Perseo en Pidna. Al parecer hay aquí una contaminación entre los dos episodios.

3 perarse con las nuevas hazañas. Con esta sensación, Marcio se propuso a sí mismo como modelo de valor[16], deseando siempre renovarse en las acciones, e iba ligando premios con premios y añadía despojos a despojos; y a los jefes del día siguiente siempre los tenía rivalizando en aventajar a los del día anterior en honores y muestras de reconocimiento
4 hacia él. Pese a que entonces los romanos celebraron muchos combates y guerras[17], de ninguna regresó sin corona ni
5 premio. Para los demás la gloria era la meta de su virtud, pero para aquél la meta de la gloria era la alegría de su madre. Pues que aquélla oyera las alabanzas que se le rendían y lo viera coronado y lo abrazara llorando de placer, pensaba que
6 lo colmaba de honores y felicidad[18]. Este mismo sentimiento lo confesó también, según dicen, Epaminondas: que consideraba su mayor dicha el que su padre y su madre vieron
7 todavía en vida su expedición y victoria en Leuctra[19]. Pero aquél disfrutó de que sus dos progenitores compartieran su felicidad y su éxito, mientras que Marcio creía que a la madre le debía también la gratitud a su padre y por ello no se

[16] Sin duda esta autoimitación es un elemento original de Plutarco que incluye el tópico en su esquema y que en esta biografía abunda en elementos innovadores respecto a la tradición anterior, como ha señalado D. A. Russell, 1963, págs. 21-28.

[17] Contra los volscos, auruncos y sabinos.

[18] Se trata sin duda de una ampliación de Plutarco, como observa D. A. Russell, 1963 y acepta C. B. R. Pelling, «Truth and Fiction in Plutarch's *Lives*», en D. A. Russell, *Antonine Literatur*, Oxford, 1990, págs. 19-52, en concreto págs. 40-41. Véase también C. B. R. Pelling, «Childhood and Personality in Biography», en Idem (ed.), *Characterization and Individuality in Greek Literatur*, Oxford, 1990, págs. 213-244 (págs. 227-228).

[19] La frase de Epaminondas se repite en varios tratados de *Moralia* (*Apophth.* 193A, *An seni ger. resp.* 786D y *Non posse suav.* 1098A). La victoria de los tebanos sobre Esparta en Leuctra tuvo lugar en 371 a. C.

cansaba de dar alegrías y honrar a Volumnia[20], sino que incluso se casó con la mujer que aquélla deseaba y le propuso y siguió compartiendo su casa con la madre cuando tuvieron hijos.

Retirada de la plebe al Monte Sagrado

Cuando ya era grande la gloria e 5
influencia que tenía en la ciudad por su virtud, el Senado se puso a favor de los ricos y provocó una revuelta contra el pueblo, que se consideraba víctima de muchos malos tratos por parte de los usureros.
Pues a los que tenían una pequeña fortuna los despojaban de 2
su hacienda con las fianzas y las ventas y a los que eran completamente pobres, los llevaban a juicio y metían en prisión sus cuerpos llenos de cicatrices por las muchas heridas recibidas y los sufrimientos que habían pasado en las expediciones por la patria. La última fue contra los sabinos, en la que aceptaron participar, ante la promesa de moderación de los ricos y el voto del Senado apoyando las garantías que les
daba el dictador Manio Valerio[21]. Pero cuando, pese a su 3

[20] Sólo Plutarco da este nombre a la madre de Coriolano. Las otras fuentes la llaman Veturia (D. H., VIII 39.4, Valerio Máximo, V 2.1 y Livio, II 40.1).

[21] El *praenomen* e identificación de este personaje plantea problemas. En los manuscritos de Plutarco aparece como Marcio, mientras que en D. H., VI 23 y 39, e *Inscr. Ital.* 13.78 es Manio; los manuscritos de Livio registran Marco, lo mismo que Cicerón, *Brut.* 54. Los editores han corregido bien a partir de D. H. a Manio que, en el segundo de los pasajes citados arriba, dice que era el hermano de Publícola. Pero es distinto del Marco que aparece en la *Vida de Publícola* (20.1), también llamado hermano de éste por D. H., V 37, a propósito de su consulado con Postumio Tuberto del 505 a. C., que participó en la embajada de 501 a. C. y que murió en la batalla del lago Regilo el 499 a. C. (D. H., VI 12.1 y Livio, II 20.8-9). Preferimos mantener la corrección a Manio, aunque no podemos saber si el error es de la transmisión del texto (fácil corrupción de M' a M, favorecida por la tradición, ya que tanto Marco como Manio figuran en ella como herma-

arrojo en la batalla y a la victoria sobre los enemigos no se les trató con ninguna indulgencia por los usureros, tampoco el Senado daba la impresión de recordar lo convenido, sino que le importaba poco que volvieran a ser apresados y tomados en fianza; por ello había alborotos y penosas sediciones en la ciudad; y no se ocultó a los enemigos que el pueblo andaba revuelto, sino que invadieron y prendieron fuego a los campos. Y cuando los magistrados llamaron a las armas a quienes estaban en edad militar, nadie obedeció. Entonces se volvieron a dividir las opiniones de los gober-
4 nantes: unos pensaban que había que ceder a los pobres y suavizar el exceso de disciplina y legalidad; en cambio algunos se oponían y entre ellos estaba Marcio[22], que no daba mucha importancia al asunto del dinero, sino que aconsejaba, si eran sensatos, poner fin y apagar lo que era principio y ensayo de insolencia y temeridad de la plebe al levantarse contra las leyes.

6 El Senado se reunió muchas veces en poco tiempo para tratar esta cuestión, pero no tomó ninguna decisión definitiva; entre tanto, se agruparon de pronto los pobres y, animándose unos a otros, abandonaron la ciudad y se establecieron a orillas del río Anio, ocupando el monte que ahora se llama Sagrado[23]; lo hicieron sin violencia alguna ni en actitud provocativa, sino gritando que ya hacía tiempo que habían

---

nos de Publícola) o del propio Plutarco, que nunca habla de dos hermanos de Publícola. Por desgracia, en *Pomp.* 13, donde vuelve a mencionarse a este Valerio, por ser con Pompeyo el único que ha llevado el sobrenombre de *Maximus*, no se menciona el *praenomen*.

[22] La posición de Marcio en estos conflictos no se indica en las fuentes. Es sin duda una consecuencia del protagonismo biográfico que da Plutarco a su personaje.

[23] El río Anio era un afluente del Tíber (cf. nota a *Publ.* 21.10). En cuanto al Monte Sagrado, Livio, II 32.2, precisa su distancia (tres mil pasos) de Roma. La secesión de la plebe tuvo lugar en el 494 a. C.

sido expulsados de la ciudad por los ricos, que Italia les proporcionaría aire, agua y un lugar para ser enterrados donde quiera que fuese, a ellos que no tenían más que eso viviendo en Roma, salvo ser heridos y morir luchando por
los ricos. El Senado tuvo miedo de esto y envió a los más 2
moderados y favorables al pueblo de sus miembros más an-
cianos. Habló en nombre de ellos Menenio Agripa[24], que, 3
entre ruegos a la plebe y palabras sinceras en defensa del Senado, cuando estaba acabando su discurso se expresó con esas palabras, a modo de fábula, que tanto han sido repeti-
das. Dijo que todos los miembros de un hombre se rebela- 4
ron contra el estómago y lo acusaron de que sólo él pasaba el tiempo sentado en el cuerpo sin hacer ni pagar nada, mientras los demás soportaban grandes sufrimientos y servicios para satisfacer sus deseos. Entonces el estómago se rió de su ingenuidad, pues ignoraban que recibe todo el alimento en él, pero lo devuelve fuera de él y lo distribuye a
los demás. «Pues bien», dijo, «ésa es también la respuesta 5
del Senado, ciudadanos, a vosotros; en efecto, las decisiones y medidas que en él se toman para la adecuada administración os aportan y distribuyen a todos vosotros utilidad y provecho»[25].

Después de esto se reconciliaron, tras pedir al Senado y 7
conseguir que se eligieran cinco hombres como defensores

---

[24] Según una tradición distinta, presente en CICERÓN, *Brut.* 54, el que pronunció este discurso fue el dictador Valerio. En cuanto a Menenio Agripa, fue cónsul en 503 a. C. cuando obtuvo un triunfo por su victoria sobre los sabinos; pero es famoso sobre todo por la intervención que aquí cuenta Plutarco, con motivo de la secesión al Monte Sagrado.

[25] Plutarco simplifica y cuenta a su modo (por ejemplo, el efecto teatral de la risa del estómago ante la ingenuidad del resto de los miembros, que sólo aparece en la *Vida*) la historia incluida con lujo de detalles en LIVIO, II 32.9-12 y, sobre todo, en D. H., VI 86. Referencias a la fábula hay en FLORO, I 17, *De vir. illust.* 18 y DIÓN CASIO, IV 17.10-12.

de los que necesitaran ayuda, que ahora se llaman tribu-
2 nos de la plebe. Los primeros elegidos fueron los jefes que tuvieron en la retirada (al monte sagrado): Junio Bruto y Ve-
3 luto Sicinio[26]. Cuando la ciudad se reunificó, inmediatamente la plebe tomó las armas y se puso con entusiasmo a las ór-
4 denes de los jefes para que los llevaran a la guerra. Pero Marcio, como ni él mismo estaba satisfecho con la fuerza que consiguió el pueblo por cesión de la aristocracia, y veía los mismos sentimientos en muchos de los otros patricios, los animaba en cambio a no ceder a los plebeyos en los combates por la patria, sino mostrarse superiores a ellos en valor más que en poder.

Toma de Coriolos

8 En el pueblo de los volscos, contra los que estaban en guerra, la ciudad de más renombre era la de los coriolanos. A ésta le había puesto asedio el cónsul Cominio[27]; los demás volscos, asustados, acudieron de todas partes en su ayuda contra los romanos, con la intención de presentar batalla cerca de la
2 ciudad y atacarlos desde dos frentes. Como Cominio dividió su ejército, enfrentándose él personalmente a los volscos que atacaban desde fuera y dejando en el asedio a Tito Lar-

[26] D. H., VI 89 da los nombres de los cinco tribunos; en cuanto a los principales, cabecillas de la revuelta, todas las fuentes coinciden en Lucio Sicinio (aunque Livio, II 32-33, no lo cuenta entre los dos primeros). Respecto a Bruto, la tradición que lo coloca en primer lugar, con Sicinio, sólo está representada por Dionisio de Halicarnaso, Plutarco y la *Suda*. El resto lo sustituye por Albino. Para más detalles, véase la nota de T. R. S. Broughton, I, pág. 16.

[27] Póstumo Cominio fue cónsul por primera vez en 501 y ahora (493 a. C.) comparte el consulado con Espurio Casio (Broughton, I, págs. 14-15).

cio[28], uno de los mejores romanos, los coriolanos menospreciaron a los que se habían quedado allí y salieron para atacarlos. En los primeros lances del combate estaban venciendo y perseguían a los romanos hasta el campamento. Fue entonces cuando Marcio salió con unos cuantos, abatió 3
sobre todo a los que se enfrentaron con él y resistió el ataque de los demás, mientras llamaba a grandes gritos a los romanos; pues era, como debe ser el soldado, según palabras de Catón[29], no sólo por el golpe de su brazo, sino también por el tono de su voz y por el aspecto de su cara, terrible para cualquier enemigo que se encontraba con él e irresistible. Muchos acudieron a reunirse con él, formando un bloque a su alrededor, por lo que los enemigos se retiraron asustados. Pero él no se contentó, sino que los persiguió 4
y presionó, mientras huían en desorden hasta las puertas. Allí, al ver que los romanos abandonaban la persecución 5
dándose la vuelta, a causa de los muchos dardos que les lanzaban desde la muralla, y como nadie se atrevía a plantearse continuar con la persecución de los que huían hacia una ciudad llena de enemigos en armas, empezó a llamarlos a pie firme y darles ánimo, gritando que el azar abría las puertas de la ciudad más a los perseguidores que a los fugitivos. No había muchos que quisieran acompañarle, por lo que se 6
abrió paso a empujones entre los enemigos y se lanzó precipitándose con ellos al interior por las puertas, sin que al

[28] Había sido cónsul y dictador (probablemente el primer dictador romano, según Livio, II 18.1-5) en 501 a. C. y 498 a. C., prefecto de la ciudad en 494 y formó parte de la embajada del 493 a. C. para convencer a la plebe (para la cuestión de su ausencia en la lista de Dionisio de Halicarnaso, cf. Broughton, I, pág. 16, nota 2). Aquí lo menciona D. H., VI 92, pero no Livio, II 33.

[29] Plutarco recoge estas palabras de Catón en *Cat. Ma.* 1.8 y en *Reg. et Imp. Apophth.* 23.199B.

principio nadie osara ponerse delante y hacerles frente. Pero luego, cuando vieron que eran muy pocos los que estaban dentro, acudieron juntos en ayuda y presentaron batalla; se encontró envuelto entonces en un torbellino de amigos y enemigos, afrontando en la ciudad un combate increíble tanto por las obras de su brazo como por la rapidez de sus pies y las pruebas de valor de su espíritu; y venciendo a todos aquellos contra los que se lanzaba, dicen que a unos los empujó hasta los lugares más apartados y los otros se rindieron y depusieron las armas; con ello dio a Larcio mucha seguridad para introducir desde fuera a los romanos[30].

9 De esta forma fue tomada la ciudad y, cuando la mayoría estaba ocupada en el pillaje y transporte de riquezas, Marcio les daba gritos irritado, pues consideraba terrible que mientras el cónsul y sus soldados tal vez estaban chocando y entablando combate con los enemigos, ellos se dedicaban a enriquecerse despreocupados o huían del peligro
2 con el pretexto del enriquecimiento. Como no eran muchos los que le hacían caso, cogió a los voluntarios y anduvo el camino por donde se dio cuenta de que había avanzado el ejército; durante la marcha, unas veces animaba a los que iban con él y los exhortaba a no pararse, y otras suplicaba a los dioses que no le dejaran fuera de la batalla, sino que llegara en el momento en que iba a celebrarse el combate para
3 compartir el peligro con los ciudadanos. Tenían en aquel tiempo costumbre los romanos, en el momento de adoptar la formación de combate y cuando iban a coger los escudos y

---

[30] Con este episodio de la toma de Coriolos tiene lugar en D. H., VI 92.3 y Livio, II 33.5, la primera mención sobre Coriolano; según Livio se lanzó al interior de la ciudad con intención de prenderle fuego con una antorcha (II 33.7) y fue el griterío de terror de las mujeres y niños lo que infundió ánimo en los romanos (II 33.8). Plutarco resume el relato de D. H., VI 92.4-6 a propósito de la actuación de Coriolano.

ceñirse el casco, de hacer testamento oral, nombrando alba-
cea a tres o cuatro de los que los podían oírlos[31]. Cuando es- 4
taban en ello los soldados, Marcio los reunió a la vista de
los enemigos. Al principio, a algunos este hecho los cons- 5
ternó, pues se presentaba ante ellos con unos cuantos, lleno
de sangre y de sudor; pero cuando, corriendo hacia el cónsul
muy alegre, le tendió la mano derecha y anunció la toma de
la ciudad y Cominio le dio un fuerte abrazo, unos se lle-
naron de valor al enterarse del éxito logrado y otros, al de-
ducirlo; y todos a gritos lo invitaban a ponerse a guiarlos y
entablar combate. Marcio le preguntó a Cominio cómo es- 6
taba dispuesto el ejército de los enemigos y dónde estaba si-
tuada la tropa más aguerrida. Aquél le dijo que, según creía,
las cohortes del centro eran de anciates, muy belicosos y no
inferiores a nadie en orgullo, ante lo cual Marcio dijo: «En-
tonces, te lo pido y suplico, colócanos frente a esos solda-
dos». Pues bien, el cónsul se lo concedió, admirando su
arrojo. Cuando empezaron los golpes de lanzas y Marcio se 7
echó por delante a la carrera, no pudieron contenerlo los
volscos de enfrente, sino que la parte de la falange con la
que chocó quedó al punto destrozada; pero los de ambos la-
dos se volvieron contra él y lo estaban envolviendo con las
armas, por lo que el cónsul tuvo miedo y envió a los más
valientes de los suyos. Se produjo entonces una encarnizada 8
lucha en torno a Marcio y en un momento cayeron muchos
muertos; pero con su presión y violencia lograron rechazar a
los enemigos. Cuando ya se daban la vuelta para perseguir-

[31] Hay referencias literarias a esta forma de *testamentum in procinctu* (descrito por Gayo, *Inst.* 2.101) en Cicerón, *De orat.* 1.228 y *De nat. deor.* 2.9, Aulo Gelio, XV 27.3 y Veleyo Patérculo, II 5.3. La erudita precisión de Plutarco (no está ni en Livio ni en Dionisio) busca un mayor efectismo literario para la aparición de Coriolano ante los soldados, así distraídos.

los, pidieron a Marcio, que se movía con lentitud por el can-
9 sancio y las heridas, que se retirara al campamento. Pero
aquél les respondió que la fatiga no es propia de vencedores
y se lanzó a perseguir a los fugitivos. Fue derrotado también
el resto del ejército, con muchos muertos y muchos prisio-
neros.

10 Al día siguiente el cónsul, con Larcio a su lado y los
demás reunidos en torno, subió a la tribuna y, después de
dar a los dioses el agradecimiento debido por tales éxitos,
2 se volvió a Marcio. Primero pronunció un admirable elogio
de él, como testigo personal en el combate de unos hechos
y, en cuanto a los otros, informado por el testimonio de Lar-
3 cio. Luego, de las muchas riquezas, armas, caballos y per-
sonas que se habían capturado, lo invitó a coger un diezmo
de todo antes de repartirlo a los demás. Además de aquello
4 le regaló como premio un caballo enjaezado. Marcio avanzó
entre los aplausos de los romanos y dijo que aceptaba el ca-
ballo y agradecía los elogios del magistrado, pero lo de-
más, considerándolo un pago y no un honor, lo rechazaba; y
que se contentaría con la parte que le tocara, como cada
cual. «Pero un favor especial pido», dijo, «y ruego que se
5 me conceda. Había entre los volscos un huésped y amigo
mío, hombre honesto y moderado. Éste se encuentra preso
ahora y se ha convertido de rico y feliz en esclavo. Pues
bien, siendo muchos sus males presentes, me basta con evi-
6 tarle uno solo, la venta». Ante estas palabras fue mayor el
griterío en respuesta a Marcio, y más los que admiraron su
indiferencia ante las riquezas que su valor en las guerras.
7 Pues incluso a quienes todavía tenían alguna envidia y celo
hacia él por tan destacados honores, también a ellos les pa-
reció que con no tomar nada era digno de coger grandes co-
sas, y apreciaron más su virtud, por la que menospreciaba
tales bienes que aquella por la que era merecedor de ellos.

Pues hacer buen uso de las riquezas es más hermoso que 8
hacerlo de las armas, pero mejor que usarlas es no necesitar
las riquezas[32].

Cuando la plebe cesó en su griterío y alboroto, tomó la 11
palabra Cominio y dijo: «En cuanto a aquellos regalos, ca-
maradas, no podéis obligar a éste, que ni los quiere ni los
acepta, a que los coja; pero concedámosle el que no está en
su mano rechazar, y votemos que reciba el nombre de 'Co-
riolano', si es que no ya antes que nosotros su propia hazaña
se lo ha otorgado». Desde entonces tuvo como tercer nom- 2
bre el de 'Coriolano'. En cuanto a sus nombres, es evidente
que tenía como propio el de Gayo y como segundo, común
de la familia o de la estirpe, el de Marcio. El tercero lo usa-
ron luego los romanos como sobrenombre por alguna ac-
ción, suceso, detalle físico o virtud, igual que los griegos
ponían por una acción el nombre de Soter y Calínico[33], por
una peculiaridad física el de Fiscón y Gripo[34], por una vir-
tud el de Evérgetes y Filadelfo[35], y por un éxito el de Eu-
demón a Bato II[36]. A algunos reyes se les dieron también 3
apodos en tono de burla, como el de Dosón a Antígono y el

---

[32] Comparado este capítulo con el correspondiente de Dionisio de Halicarnaso (XCIV 1-2) en el que se inspira Plutarco y que se limita a decir que de todo lo ofrecido sólo cogió el caballo y un esclavo («y que le bastaba con el caballo, por la brillantez de su significado y con un prisionero, que casualmente era huésped suyo»), percibimos el arte de la amplificación del biógrafo (cuando normalmente se ve obligado a la simplificación) para mayor gloria de su personaje.

[33] «Salvador», epíteto de Tolomeo I y «De hermosa victoria», epíteto de Seleuco II.

[34] «Barrigudo», de Tolomeo VIII y «Aguileño», de Antíoco VIII.

[35] «Benefactor», de Tolomeo III y «Fraternal» de Tolomeo II.

[36] «Afortunado», de Bato II, rey de Cirene.

4 de Látiro a Tolomeo[37]; pero a este tipo de nombres han recurrido con más frecuencia los romanos, que llamaron Diadémato a uno de los Metelos[38], porque anduvo mucho tiempo con una cinta en la frente por causa de una llaga; y a otro Céler[39], porque a los pocos días de la muerte de su padre organizó juegos fúnebres de gladiadores, admirando la rapidez
5 y celeridad en prepararlos; a algunos todavía les dan nombres por alguna circunstancia de su nacimiento: Proclo, si el niño nace cuando el padre está de viaje, y Póstumo[40], si cuando ya ha muerto; si uno es gemelo y sobrevive a la muerte del otro,
6 lo llaman Vopisco. Por los detalles físicos ponen los apodos no sólo de Sila, Nigro o Rufo[41], sino también Ciego y Clodio[42]. Está bien, pues con ello habitúan a la gente a no considerar como una vergüenza o insulto ni la ceguera ni cualquier otro defecto físico, sino a que respondan a estos nombres como propios; mas esto es tema de otro tipo de obras.

---

[37] «Que dará», a Antígono de Macedonia y «Garbanzo» (igual significado que Cicerón), a Tolomeo X. Sobre Dosón y el motivo por el que se le dió este apodo, véase Plu., *Aem.* 8.3.

[38] Se trata de L. Cecilio Metelo, pretor en 120 a. C. y cónsul en 117 a. C.

[39] «Rápido», alusión a Q. Cecilio Metelo Céler, cónsul en el 60 a. C. (cf. *Rom.* 10.3). El interés por este tema de los nombres romanos llevó a Plutarco a escribir un tratado titulado *Sobre los tres nombres,* que se ha perdido (*Catálogo de Lamprias,* n.° 100). En *Mar.* 1.1 vuelve a tratar sobre ello, teniendo como fuente a Posidonio. Remitimos para el tema a A. Strobach y, en concreto, para la explicación sobre estos nombres del *Coriolano* a págs. 109-111.

[40] Proclo viene del adverbio *procul* («lejos») y Póstumo del adjetivo *postumus* («posterior»). *Vopiscus* significa «que sobrevive».

[41] «Rojo»; una explicación de este nombre se ofrece en *Syll.* 2.2. «Negro», como Aquilio Nigro, citado en Suetonio, *Aug.* 11 y «Rojo», como M. Minucio Rufo, el *magister equitum* de Fabio Máximo.

[42] El primer epíteto tiene como representante a Apio Claudio el Ciego, censor en 312 a. C. Clodio significa «Cojo» y es, en realidad, un nombre de familia, procedente, según el propio Plutarco (*Publ.* 10) de Apio Clauso, no un *cognomen.*

Revueltas populares. Colonia a Velitras y guerra contra los volscos

Recién terminada la guerra, los cabecillas de la plebe volvieron a suscitar la revuelta, sin nuevos motivos ni quejas justificadas, sino simulando como pretexto contra los patricios los males que necesariamente siguieron a sus anteriores divergencias y desórdenes; pues la mayor parte del país quedó sin sembrar ni cultivar[43]. Y la situación no propició la entrada de provisiones del mercado exterior a causa de la guerra. En consecuencia, había una gran escasez y los cabecillas del pueblo, al ver que éste ni tenía mercado ni, si lo había, tampoco tenía suficiente dinero, hicieron correr acusaciones y calumnias contra los ricos, en el sentido de que aquéllos les traían el hambre por resentimiento[44]. En esto vino una embajada de los velitranos[45], ofreciéndoles su ciudad y pidiéndoles que enviaran colonos de entre ellos; pues una epidemia se había cernido sobre ellos produciendo tanta muerte y destrucción de vidas humanas que apenas quedaba la décima parte del total. Pareció entonces a los sensatos que la petición de los velitranos les llegaba en el momento más oportuno, cuando necesitaban un alivio debido a la carestía, y albergaban la esperanza de que a la vez desaparecería la revuelta, si se limpiaba como excreción enfermiza y

[43] Un dato que también menciona Livio, II 34.2: «otro mal mucho más grave invadió la ciudad, la carestía primero de víveres a causa del abandono de los campos por la secesión de la plebe».

[44] La situación social de inestabilidad que aquí refiere Plutarco y que liga a la guerra de Coriolos, no se encuentra ni en Livio ni en Dionisio de Halicarnaso.

[45] Velitras era una ciudad del Lacio en la ladera meridional de los montes albanos y al norte del *Ager Pomptinus* y de la región de los volscos. Según D. H., V 61.3, era de origen latino, ocupada por los volscos y conquistada por Anco Marcio; según Livio, II 30.14, fue siempre de los volscos (Cf. *Cam.* 42.1).

tumultuosa de la ciudad la facción más alborotadora y pro-
6 pensa a dejarse soliviantar por los demagogos. Fue a éstos a los que alistaron los cónsules para enviarlos a la colonia[46]; y a los demás les anunciaron una expedición contra los volscos, con la intención de quitarles el tiempo para alborotos civiles; pensaban además que, cuando de nuevo coincidieran en las armas, en el campamento y en combates comunes, ricos, pobres, plebeyos y patricios, tendrían una actitud más favorable y amable unos hacia otros[47].

13 Pero se opusieron los tribunos Sicinio y Bruto[48]. Gritaban que, designando la acción más cruel con el nombre más suave, el de 'colonia', como a un abismo los empujaban a ellos, hombres pobres, enviándolos a una ciudad infestada

[46] Tanto Livio, II 34.6, como Dionisio de Halicarnaso se refieren a esta colonización de Velitras, aunque sus relatos contrastan con el de Plutarco. Para Livio, los romanos se habrían aprovechado de la peste que azotaba a los velitranos para enviar colonos a una ciudad ya colonizada en 494, tras la victoria de Valerio sobre los sabinos y de Aulo Virginio y Tito Veturio sobre los ecuos y los volscos. Livio no menciona el descontento de parte de la plebe ni el deseo del Senado de librarse de los sediciosos. Dionisio sí alude a las razones sociales para enviar colonos a las tierras tomadas a los volscos (no menciona aquí Velitras), cuando dice que Valerio «envió como colonos a hombres escogidos de entre los pobres, capaces de defender la tierra enemiga y que dejarían en la ciudad una situación menos inestable» (VI 43.1), aunque más adelante (VII 12) menciona el envío de colonos a esta ciudad como resultado de su diezmación por la peste y alude a las ventajas (prevención de revueltas) de aprobar esa colonización (VII. 12.2).

[47] Coincide Plutarco en estas motivaciones para la guerra contra los volscos con lo que dice D. H., VII 19.1.

[48] Las posiciones de Sicinio y Bruto se desarrollan con detalle en D. H., VII 14-18, que Plutarco resume tomando sólo los argumentos principales. De todos modos, Dionisio diferencia los dos aspectos del problema, la colonia a Velitras, sobre la que se discute en los capítulos citados, y la leva para la guerra contra los volscos, de la que se habla en VII 19.1-2. Plutarco da más dramatismo a la situación, al ensamblar las dos acciones.

de aire insalubre[49] y de cadáveres sin enterrar, a convivir
con un dios extraño y vengador; además, como si no les 2
bastara con matar a unos ciudadanos de hambre y arrojar a
otros a la peste, encima provocaban voluntariamente una
guerra, para que no le faltara ningún mal a la ciudad, por
negarse a ser esclava de los ricos. El pueblo, soliviantado 3
con tales argumentos, no acudió al reclutamiento de los cónsules[50] y tenía una actitud negativa hacia el envío de los colonos.

Mientras el Senado estaba indeciso[51], Marcio, ya hen- 4
chido de orgullo y que con su temple se había convertido en
un referente importante y gozaba de la admiración de los
más poderosos, se enfrentó abiertamente a los tribunos. En- 5
viaron la colonia, obligando a partir, bajo amenaza de grandes castigos, a los designados por sorteo; mas, como se negaban absolutamente a la expedición, el propio Marcio cogió a sus clientes y a todos los demás a los que logró persuadir[52] e hizo una incursión contra el país de los anciates,
donde encontró mucho trigo y consiguió un gran botín de 6
ganado y esclavos. Nada eligió para sí y con sus compañeros de expedición, conduciendo mucha parte del botín y llevando otra mucha, regresó a Roma. Ante eso los demás,

---

[49] Esta idea se encuentra formulada en D. H., VII 14.4 («lugares insalubres»).

[50] Coincide con D. H., VII 19.2.

[51] En realidad Dionisio de Halicarnaso no refiere esta indecisión a la actitud ante el desacato de la plebe respecto a la leva, sino respecto a la situación de revuelta general planteada con las posiciones de los tribunos en relación con la colonia a Velitras (VII 15.1-2).

[52] Aquí Plutarco centra el protagonismo en Coriolano, cuando D. H., VII 19.2 dice que ante la negativa al reclutamiento por parte de la plebe, algunos patricios se alistaron voluntariamente con sus clientes y luego se unió a la expedición una pequeña parte del pueblo. Es ahora cuando se menciona a Coriolano, como jefe de los voluntarios (VII 19.3).

arrepentidos y llenos de envidia hacia los que se habían enriquecido, se indignaron con Marcio y no sufrían su gloria y su poder que, según ellos, aumentaba en detrimento del pueblo[53].

Fracaso de la candidatura al consulado y enfrentamientos de Marcio con la plebe

14 Al poco tiempo Marcio se presentó al consulado. La plebe se plegó ante él y al pueblo lo embargaba cierta vergüenza de deshonrar a un varón primero en linaje y virtud y de humi-
2 llarlo, a la vista de tantos y tan importantes éxitos. Y es que era costumbre para los candidatos al cargo, que apelaran a los ciudadanos y los saludaran, bajando con su manto al foro, sin túnica; bien sea porque con ese aspecto se rebajaban para la petición o para que así mostraran con claridad, aque-
3 llos que tenían cicatrices, las señales de su valor; pues de ningún modo fue por sospecha de un reparto de dinero y de sobornos, por lo que querían que se presentara ante los ciudadanos sin ceñidor ni túnica quien venía a pedir algo de ellos[54]. En efecto, fue más tarde, mucho tiempo después, cuando empezó la compra y venta y se ligó el dinero a los
4 votos de las asambleas. Desde ese momento la corrupción alcanzó a jueces y campamentos y dirigió hacia la monarquía la ciudad, poniendo las armas al servicio del dinero.
5 Pues no iba descaminado quien dijo que el primero en des-

[53] La expedición de Marcio no se menciona en Tito Livio, pero sí en Dionisio de Halicarnaso que, sin embargo, da una interpretación distinta de la actitud que generó en la plebe el resultado de la misma (VII 19.2-4). Así, mientras que para Dionisio el pueblo se indigna con los demagogos por haberles privado de esa fortuna, Plutarco aprovecha para introducir el motivo de la envidia y la indignación contra Coriolano, que justifica su posterior juicio y destierro.

[54] Los argumentos expuestos aquí para esta costumbre son los mismos que encontramos en *Quaest. Rom.* 49. 276C-D, donde cita como fuente a Catón.

truir al pueblo fue el primero que lo agasajó con banquetes y sobornos. Y parece que en Roma este mal se introdujo en secreto y poco a poco y no apareció de pronto ni a las claras. En efecto, ignoramos quién fue el primero que sobornó 6
en Roma al pueblo o a un tribunal; en cambio, en Atenas, dicen que el primero en dar dinero a los jueces fue Ánito el de Antemión, cuando fue juzgado por traición a propósito de Pilos[55] al final de la guerra del Peloponeso, época en la que todavía la raza de oro e intachable ocupaba el foro en Roma[56].

Como Marcio mostraba muchas cicatrices procedentes 15
de numerosos combates en los que obtuvo el primer puesto luchando ininterrumpidamente durante diecisiete años[57], sin-

[55] Se trata del Ánito que acusó a Sócrates en el 399 a. C. y que en 409 a.C fue enviado a Pilos como estratego (Aristóteles, *Ath. Pol.* 27.5 y Diodoro de Sicilia (en adelante D.S.), XIII 64.8). Plutarco lo menciona también en *Alc.* 4.4-6, lo que puede considerarse un indicio más de la intertextualidad entre las *Vidas* emparejadas.

[56] Con este dato comparativo, Plutarco está reforzando su argumento de que la costumbre no se debía a los posibles sobornos, ya que más de ochenta años después (409 a. C.) de estas elecciones a las que concurría Marcio (491 a. C.) Roma mantenía sus tribunales al margen de la corrupción.

[57] Error cronológico cometido por Plutarco, por una mala interpretación de D. H., VII 1.5 (así L. M.ª Raffaelli, 1993, nota 55) donde, al mencionar el arcontado de Hibrílides, contemporáneo al envío de la embajada a Sicilia coincidente con la candidatura de Marcio al consulado, dice que era «diecisiete años después de la expulsión de los reyes»; esto puede haber inducido a Plutarco, que en todo este pasaje tiene presente el mencionado capítulo de Dionisio, a atribuir esos años a la actividad militar de Marcio. La otra alternativa, propuesta también por Raffaelli (que las palabras de Coriolano en D. H., VIII 29.4 a su papel destacado en la lucha contra los reyes que deseaban regresar a Roma puedan aludir a la batalla del prado Nevio en vez de a la del lago Regilo), no es convincente con el texto citado de Dionisio, ya que la mención en el mismo de la corona obtenida del general no deja lugar a dudas sobre la intención de Coriolano

tieron vergüenza ante su valor e hicieron correr la voz entre
2 ellos de que se aprobara su nombramiento[58]. Pero, llegado el día en el que había que llevar el voto, Marcio entró arrogante en el foro, escoltado por el Senado y todos los patricios que había a su alrededor mostraban un interés como nunca antes con nadie. Entonces la plebe volvió a dejar sus buenas intenciones hacia él, abandonándose al odio y a la
3 envidia. Se añadía a estos sentimientos también el temor de que, si se adueñaba del poder un hombre aristocrático y con tanto prestigio entre los patricios, privaría totalmente al pueblo de la libertad. Con estos pensamientos, votaron en
4 contra de Marcio. Puesto que fueron proclamados otros[59], al Senado le sentó mal, pensando que se le ultrajaba más a él que a Marcio; y tampoco aquél mantuvo la compostura ni se conformó con lo ocurrido, pues se guiaba de la parte del alma irascible y pendenciera, en que radicaba, según él, la grandeza y el orgullo; y, en cambio, no tenía la firmeza y la afabilidad de que consta en su mayor parte la virtud política y que se adquiere por la razón y la educación; en cuanto a la arrogancia «compañera de la soledad» como decía Platón[60], tampoco sabía que debe evitarla quien se dedica a los asun-

---

respecto a su primera campaña militar en el lago Regilo; otra cosa es que puedan haber inducido al error (en esta misma línea) las palabras pronunciadas por Marcio en Livio, II 34.10 (*Tarquinium regem qui non tulerim, cur Sicinium potentem uideo,...?*), un tópico (cf. Ogilvie, 1978, pág. 322) generalmente referido a la expulsión de Tarquinio e instauración de la República (cf. Livio, III 39.5).

[58] La actitud en principio favorable del pueblo al nombramiento no se lee en Dionisio de Halicarnaso; parece una invención de Plutarco, que refuerza su enseñanza moral sobre las consecuencias de una actitud demasiado orgullosa e intransigente.

[59] Los cónsules para aquel año fueron M. Minucio Augurino y A. Sempronio Atratino (Broughton, I, pág. 17).

[60] *Epist.* 4.321c, citado también en *Cor.-Alc.* 3.3, *Dio* 8.4 y 52.2 y *De adul. et am.* 69F.

tos públicos y trata con las personas, y que debe ser un ena-
morado de la resignación, a menudo puesta en ridículo por
algunos. Él, por el contrario, era siempre rudo e inflexible y 5
consideraba que vencer y dominarlos a todos en cualquier
circunstancia era una prueba de valor, no de debilidad y
blandura, que como resultado del dolor y sufrimiento del
alma produce a modo de hinchazón la cólera[61]; por ello, se
retiró lleno de agitación y resentimiento contra el pueblo.
Los patricios en edad militar, que eran la clase de la ciudad 6
más orgullosa de su nobleza y más floreciente, y que siem-
pre lo rodeaban con extraordinario entusiasmo, entonces se
arrimaban a él y lo acompañaban no para bien suyo[62]; pues
encendían su cólera al compartir con él la indignación y el
dolor. Y es que era para ellos un guía y benévolo maestro de 7
las cuestiones de guerra en las expediciones y (les infundía)
emulación de virtud sin envidia entre ellos (haciéndoles) es-
tar orgullosos de sus éxitos[63].

Entre tanto llegó a Roma trigo, en gran parte comprado 16
de Italia y no menos por una donación, procedente de Si-
racusa, que enviaba el tirano Gelón[64]. Con ello la mayoría

---

[61] Como advierte A. G. Nikolaidis, 1991, pág. 172, con esta reflexión Plutarco rechaza, en consonancia con las ideas expuestas en *coh. ira* 456F, 457A-B, 458E, la tesis peripatética de que la cólera está vinculada a la *andreía*.

[62] D. H., VII 21.3 menciona también esta circunstancia y su efecto contraproducente.

[63] El texto, en la situación en que nos ha llegado por los manuscritos, es gramaticalmente incomprensible en su última parte; la crítica coincide en que el texto es lacunoso, aunque el sentido se entiende bien.

[64] Gelón era entonces tirano de Gela, donde reinó entre el 491 y el 485 a. C. y no de Siracusa, a cuyo trono accedió en ese último año, hasta el 478 a. C.; por tanto, esta donación se produce inmediatamente después de su subida al trono de Gela. La imprecisión cometida por Plutarco se debe sin duda a la mayor importancia de Siracusa y a la polémica de D. H., VII 1.4, donde indica que fue él (aunque también menciona que era tirano de

empezó a albergar buenas esperanzas, confiando en que la ciudad se libraría al mismo tiempo de la carestía y de sus
2 divergencias. Así pues, el Senado se reunió inmediatamente y el pueblo, aglomerado en los alrededores, aguardaba impaciente el final, con la esperanza de que gozaría de un trato de favor en el mercado y que las partidas de trigo regaladas
3 se repartirían gratuitamente, ya que también había dentro
4 quienes proponían esto al Senado[65]. Sin embargo Marcio[66] se levantó y atacó violentamente a los que trataban de favorecer a la plebe, llamándolos demagogos y traidores a la aristocracia, pues estaban alimentando malas semillas de violencia y soberbia echadas a la chusma en contra de sí mismos, cuando lo correcto era no despreocuparse de ellas en el comienzo de su crecimiento ni fortalecer al pueblo con semejante cargo[67]; pero ya era temible por el hecho de que todo se hacía a su voluntad y a nada eran obligados si no querían, ni obedecían a los cónsules, sino que, sumidos en la anarquía, llamaban magistrados a sus propios cabecillas.
5 «Por lo tanto, sentarnos a votar donaciones y repartos, como

---

Gela) y no Dionisio I de Siracusa (tirano del 405 hasta el 367 a. C.) como sostienen, en contra de la cronología, los analistas Licinio y Gelio, entre otros, el protagonista de esta donación. De todos modos, que Plutarco toma de ese pasaje su información, parece claro. Dionisio menciona la llegada de este grano en VII 20.3.

[65] D. H., VII 20.4.

[66] La focalización biográfica lleva a Plutarco a subrayar el protagonismo aislado de Marcio en esta oposición oligárquica, que D. H., VII 20.4 refiere en principio a «los más arrogantes y de más arraigados sentimientos oligárquicos» y, luego (VII 21.1) concreta en Marcio.

[67] Plutarco juega aquí con las palabras, ya que pone en paralelo *en archêi* («en el comienzo») a *archêi* (que significa al mismo tiempo «con semejante comienzo» y «con semejante cargo», refiriéndose a los tribunos de la plebe, verdadero comienzo del poder adquirido por la plebe). El texto que así termina, tiene muchas similitudes con el argumento utilizado por Marcio en su discurso de D. H., VII 22, en particular en el párrafo 3.

hacen los griegos más demócratas[68]», dijo, «es favorecer su
indisciplina para nuestra ruina común. Pues en absoluto di- 6
rán que se les agradecen las expediciones de las que desertaron y las secesiones con que traicionaron a la patria y las calumnias a que dieron pábulo contra el Senado, sino que esperando que acordéis concerles esto, cediendo por miedo y por adulación, ya no tendrán límite de indisciplina, ni ce-
sarán en sus disensiones y revueltas. Por consiguiente esto 7
es simplemente de locos; y, si somos sensatos, aboliremos el tribunado de la plebe[69], pues destruye el consulado y fomenta la división de ciudad, que ya no es una sola como antes, sino que se ha cortado en dos, y nunca nos permitirá crecer juntos ni ponernos de acuerdo ni dejar de hacernos daño y molestarnos unos a otros».

Con muchos argumentos de ese tipo Marcio consiguió 17
maravillosamente que los jóvenes y casi todos los ricos compartieran su entusiasmo, gritando que aquél era el único varón que tenía la ciudad inquebrantable y contrario a la

[68] Referencia a la conducta de los atenienses, que acostumbraban a repartirse los beneficios de las minas de Laurión; realmente no se trata de un anacronismo (como dice Flacelière, 1969, nota en pág. 251 y pág. 168, nota 2, seguido por L. M.ª Raffaelli, 1993, nota 62), pues la alusión es coherente con la época del discurso de Coriolano; como mucho se trata de una ficción razonable por parte de un biógrafo como Plutarco que, siempre que puede, hace extensiva a la Antigüedad el conocimiento de la cultura griega entre los romanos y romana entre los griegos.

[69] Plutarco incluye en el discurso de Coriolano lo que en Dionisio de Halicarnaso (VII 21.2) sólo eran temores de la plebe y uno de los argumentos por los que se opuso a su nombramiento como cónsul; pero en la intervención ante el Senado (VII 22-24) la propuesta de Coriolano es que se vendan las provisiones a precio más alto (24.2) y en ningún momento dice que se anule el tribunado de la plebe. En este punto se acerca más al texto de Livio, II 34.7-8, donde el tema principal es la recuperación por parte del Senado de su antiguo poder, ahora mermado por los tribunos de la plebe.

2 adulación[70]; pero algunos de los más ancianos estaban en contra, previendo lo que iba a suceder[71]. Y no sucedió nada
3 bueno. En efecto, los tribunos de la plebe, que estaban presentes[72], como se daban cuenta de que Marcio estaba ganando con su opinión, salieron corriendo hacia la chusma, incitando a la plebe a que formara una piña con ellos y les
4 ayudara. Se celebró una tumultuosa asamblea y repitieron las palabras pronunciadas por Marcio. Poco faltó para que el pueblo, arrastrado por su indignación, irrumpiera en el Senado; pero los tribunos echaban la culpa a Marcio y en-
5 viando a por él lo citaron para defenderse[73]. Como echó violentamente a los ayudantes enviados, ellos mismos fueron con los ediles, para llevárselo por la fuerza y trataron de
6 apresarlo. Pero los patricios, agrupados con él, rechazaron a
7 los tribunos y molieron a golpes también a los ediles[74]. Pues bien, entonces cayó la tarde y puso fin al altercado; pero con el día, al ver los cónsules que la plebe estaba irritada y acudía corriendo de todas partes hacia el foro, temieron por la ciudad y, después de reunir al Senado, lo invitaron a considerar cómo calmarían y tranquilizarían a la plebe con amables palabras y buenas razones; pues no era momento de ri-

[70] Un detalle que Plutarco toma de D. H., VII 35.2, sacándola de contexto (en el historiador se expresan así los patricios durante los sucesos que en la *Vida* leemos *infra,* cap. 18).

[71] Esta división de opiniones entre los senadores se encuentra en D. H., VII 25.1-2 que, sin embargo, da la nota de vejez a los partidarios de Marcio y no, como Plutarco, a los más sensatos.

[72] Dionisio precisa que por invitación de los senadores (VII 25.3).

[73] La potestad por parte de los tribunos de la plebe de iniciar un proceso a un miembro de la aristocracia (*coercendi potestas*) no está atestiguada hasta el siglo III a. C. El juicio a Coriolano, supuesto aquí y mencionado a partir de ahora, es, por tanto, un anacronismo. Véase sobre el tema el comentario de OGILVIE, 1978, págs. 333-326.

[74] Plutarco resume en los párrafos 4-6 el texto de D. H., VII 26.

validades ni se combatía por la gloria, si eran sensatos, sino que la situación era peligrosa y crítica y exigía una política prudente y humana. Cedió la mayoría, por lo que salieron a 8
dialogar con el pueblo y apaciguarlo lo mejor posible, defendiéndose de las calumnias y empleando un tono moderado en sus reproches y críticas; en cuanto al precio de los productos y de los víveres, decían que no habría desacuerdo con ellos[75].

Juicio de Coriolano

Como la mayoría de la plebe esta- 18
ba entrando en razones y claramente se dejaba convencer y seducir con las palabras templadas y prudentes que oía, se levantaron los tribunos y dijeron que, ante la sensatez del Senado, el pueblo cedía en todo lo que era razonable; pero invitaban a Marcio a defenderse y negar que buscaba la ruina del Estado y la derogación de la democracia con sus incitaciones al Senado y con su negación a comparecer cuando fue citado por ellos; y, en fin, que, golpeando a los ediles en el foro e insultándolos, trataba de provocar la guerra civil con todas sus fuerzas y empujar a las armas a los ciudadanos. Con estas palabras querían 2
humillar a Marcio, obligándolo a que, por miedo, tratara respetuosamente a la plebe y le rogara en contra de su naturaleza, o a que, si mantenía su orgullo y se mostraba como era, volviera implacable la cólera contra él; más bien era esto lo que esperaban, pues se habían formado una idea co-

[75] En D. H., VII 27, se habla de dos asambleas paralelas, una convocada por los tribunos en el foro y otra en el Senado, presidida por los cónsules, que es a la que da prioridad Plutarco. Los términos acordados por el Senado son expuestos en el historiador por el cónsul más anciano, Minucio, en los capítulos 28-32.

3 rrecta del hombre[76]. En efecto, se puso en pie como para defenderse y el pueblo le guardó silencio y calma; pero, cuando, ante hombres que esperaban un discurso lleno de ruegos, comenzó a emplear una franqueza insufrible y a acusarlos más que a defenderse, haciendo gala aún más con el tono de su voz y con la configuración de su semblante de una falta de temor que rayaba el desdén y el desprecio, el pueblo se irritó y era evidente su indignación y enfado con lo que aquél decía. Entonces, el más osado de los tribunos, Sicinio, tras unas breves palabras con sus colegas, salió al centro y gritando que por los tribunos se condenaba a la pena de muerte a Marcio, ordenó a los ediles llevárselo a la cima de la colina[77] y arrojarlo inmediatamente por el precipicio que había
5 bajo ella. Pero cuando los ediles pusieron su mano en él, hasta muchos plebeyos pensaron que aquel suceso era terrible y excesivo, y los patricios, completamente desencajados
5 y horrorizados, se lanzaron a gritos en su ayuda. Unos apartaban con sus manos a los que querían cogerlo y mezclaban con ellos a Marcio; y algunos tendían sus brazos en actitud de súplica a la plebe, puesto que de nada servían las palabras y las voces entre tanto desorden y alboroto. Por fin comprendieron los amigos y familiares de los tribunos que, sin una gran matanza de patricios, no era posible llevarse y castigar a Marcio y los convencieron para que le quitaran a la pena su elemento excepcional y terrible y no aplicaran el castigo por la fuerza y sin juicio, sino dando al pueblo la po-
6 sibilidad de emitir su voto[78]. Calmado Sicinio con esto, preguntó a los patricios con qué intención le arrebataban a
7 Marcio al pueblo, cuando quería castigarlo. Aquéllos, por su

[76] La interpretación está ya en D. H., VII 34.2 que se expresa igual que Plutarco a propósito de las palabras de Sicinio.

[77] Se trata del Capitolio y la roca Tarpeya (cf. D. H., VII 35.4).

[78] En D. H., VII 36.1-2 estos consejos son de L. Junio Bruto.

parte, le respondieron: «¿Y cuáles son vuestros planes e intenciones, al conducir así, sin juicio, a un hombre que se cuenta entre los mejores romanos hacia un castigo cruel y contrario a las leyes?». «Bien», respondió Sicinio, «vosotros 8
abandonad esta excusa de desacuerdo y sedición contra el pueblo; pues os conceden lo que pedís, que aquél sea juzgado. En cuanto a ti, Marcio, te emplazamos a que comparez- 9
cas el tercer día de mercado[79] y convenzas a los ciudadanos, si efectivamente no eres culpable de ningún delito, puesto que ellos deciden con su voto»[80].

Pues bien, entonces los patricios se conformaron con la 19
tregua, y se marcharon contentos con Marcio. En el intervalo hasta el tercer día de mercado —los romanos celebran los mercados cada nueve días[81] y los llaman *nundinas*— les daba esperanzas de que se aplazara el juicio la campaña declarada contra los anciates[82], puesto que sería larga y daría tiempo a que el pueblo se ablandara, calmándose su cólera o desapareciendo por completo a causa de las ocupaciones y la guerra. Pero luego, tan pronto como hicieron la paz con 2

[79] Cf. D. H., VII 58. Se trata del *trinundinum,* observado también para las elecciones. Era el período de tiempo que debía transcurrir entre el anuncio oficial de que un tema iba a ser tratado en los *comitia* y su celebración. Los romanos tenían el día de mercado cada nueve días *(nundinae),* pero considerando que el cómputo antiguo incluye el día a partir del que se cuenta, tres períodos de tres días serían una semana (9 = 1-2-3-3-4-5-5-6-7).

[80] En realidad, Plutarco reelabora este pasaje, dándole una forma más dramática. En D. H., VII 36.3-4, las dos referencias (a los patricios y a Coriolano) en realidad son argumentos que baraja Sicinio en su discurso para calmar a la plebe, antes de disolverla, mientras que en VII 45.3, después de la guerra contra los anciates y en el contexto de la asamblea del Senado para redactar el decreto preliminar *(infra* cap. 19), Decio (y no Sicinio) en su discurso ante los senadores dirige esas palabras directamente (como en Plutarco) a Coriolano.

[81] Dionisio de Halicarnaso hace la misma aclaración en VII 58.3.

[82] La guerra de los anciates se describe en D. H., VII 37.

los anciates y regresaron, los patricios celebraron muchas reuniones, temiendo y estudiando la forma de no entregar a Marcio y no dar motivos a los demagogos para que volvie-
3 ran a soliviantar al pueblo. Entonces, Apio Claudio[83], que tenía fama de hostil a la plebe entre los que más, protestaba diciendo que destruirían el Senado y traicionarían completamente a la república, si aceptaban que el pueblo pudiera votar contra los patricios. Los más ancianos[84] y favorables al pueblo por el contrario consideraban que con esa posibilidad el pueblo no sería duro ni terrible, sino suave y huma-
4 no; pues el juicio sería un honor y serviría para calmar a los que no despreciaban al Senado, sino que se consideraban objeto de desprecio, de forma que, con el derecho al voto, depondrían también su cólera.

20 Al ver Marcio las dudas del Senado por buena voluntad hacia él y miedo al pueblo, preguntó a los tribunos con qué acusaciones y para juzgarlo sobre qué pretendían llevarlo
2 ante el pueblo. Aquéllos dijeron que la acusación era de tiranía y que demostrarían sus planes de erigirse en tirano. Entonces se levantó por propia voluntad y dijo que ya estaba dispuesto a ir ante el pueblo para defenderse y que no se oponía a ninguna clase de juicio, ni de castigo, si era condenado. «La única condición», dijo, «es que sólo me acuséis de esto y no engañéis al Senado»[85]. Aquéllos estuvieron de

---

[83] Apio Claudio fue cónsul en el 495 a. C. y aparece siempre en las fuentes con posiciones contrarias a la plebe. El discurso a que se refiere aquí Plutarco se desarrolla en D. H., VII 48-53.

[84] El portavoz de esta posición moderada es, en D. H., VII 54-56, Manio Valerio.

[85] Plutarco simplifica, aumentando la tensión, al establecer este diálogo directo con los tribunos, cuando en D. H., VII 57.2, es a los senadores a quienes les pide que pregunten ellos a los tribunos y en VII 58.1, tampoco se dirige a los tribunos, silenciándose la alusión a un posible engaño al Senado.

acuerdo y se celebró el juicio en estos términos. Pero, una 3
vez reunido el pueblo, primero forzaron a que la votación se
realizara no por centurias, sino por tribus, dando superiori-
dad con los votos a la chusma pobre, intrigante y despreocu-
pada del bien, sobre los ricos, principales y combatientes[86].
Luego eliminaron la acusación de tiranía que no era demos- 4
trable y volvieron a recordar aquellas palabras que dijo
Marcio al principio en el Senado, cuando se opuso a la ven-
ta de los productos a precios ridículos e incitaba a la aboli-
ción del tribunado de la plebe. Presentaron además una acu- 5
sación nueva contra él: el reparto del botín que cogió del
país de los ancíates y no entregó al tesoro público, sino que
lo distribuyó entre sus compañeros de campaña. Esta fue la
acusación que, según dicen, más sacó de sus casillas a Mar-
cio[87]. Y es que le cayó por sorpresa y no le fue fácil encon- 6
trar de momento argumentos convincentes ante la chusma,

---

[86] De nuevo tenemos aquí un anacronismo (los *comitia tributa* se constituyen como muy pronto en el siglo IV a. C.), presente también en DIONISIO DE HALICARNASO, VII 59, que describe con detalle los procedimientos de votación en las asambleas: en los *comitia centuriata,* formados por ciento noventa y tres centurias divididas en seis clases, votaba primero la primera (dieciocho centurias de *equites* y ochenta de infantería) y, si de las noventa y ocho centurias, noventa y siete coincidían en el resultado, ya no se consultaba a las otras noventa y seis centurias en que se organizaban las seis clases restantes, de ciudadanos gradualmente cada vez menos pudientes; en caso contrario, se continuaba la consulta a la segunda, tercera, etc. clase, hasta que se conseguía el acuerdo de noventa y siete centurias y, entonces, se interrumpía ya la votación. De este modo, los de las últimas clases prácticamente nunca votaban. En los *comitia tributa,* organizados por circunscripciones territoriales y no por censo, votaban todas las tribus y el resultado era, por tanto, más democrático. Además, los convocaban los tribunos de la plebe. Por las palabras últimas está claro que Plutarco no comparte la opinión de Dionisio sobre el carácter más justo de este procedimiento (VII 59.10).

[87] El nuevo cargo es presentado por Decio en D. H., VII 63.2, en un momento en que los ánimos de los plebeyos parecen inclinarse a favor de Marcio ante la defensa que éste hace de sí mismo.

sino que, mientras elogiaba a los que participaron en la expedición, empezaron a abuchearlo los que no participaron,
7 que eran más numerosos[88]. Pues bien, cuando por fin se hizo la votación, las tribus que decidieron la condena fueron
8 tres[89]. Y la pena impuesta fue el destierro para siempre. Tras su anuncio el pueblo jamás presumió tanto de haber vencido en combate a los enemigos como entonces se retiraba orgulloso y contento; en cambio al Senado lo embargaba el dolor y una terrible tristeza, apesadumbrado y arrepentido de no haber asumido todas las medidas y sufrimientos necesarios antes que pasar por alto los excesos y el uso de tanto poder
9 por parte del pueblo. No había necesidad entonces de fijarse en las ropas o en otros signos, sino que al punto estaba claro que era plebeyo el contento y, el triste, patricio.

Exilio de Coriolano

21 Sólo el propio Marcio no estaba asustado ni abatido y con su aire, andares y semblante, tranquilo entre todos los demás, que estaban afligidos, parecía el único que no compartía su propia desgracia; no era por reflexión ni paciencia, ni porque sobrellevara con moderación lo ocurrido, sino porque estaba muy afectado por la ira y la indignación, que la mayo-

---

[88] Dionisio (VII 64.5-6) se limita a decir que, ante lo imprevisto de esta nueva acusación, ni Marcio, ni el cónsul ni ningún otro supo qué responder y los tribunos procedieron a la votación.

[89] En total votaban veintiuna tribus, por lo que el resultado fue de 9 a favor y 12 en contra, lo que coincide con las nueve que indica D. H., VII 64.6 a favor de Marcio. Para ser absuelto habría necesitado otros dos votos; si se entiende así el pasaje de VIII 6.3 donde el personaje se queja de que sólo fue condenado (es decir, que no fue absuelto) por dos votos, no hay ninguna contradicción entre el testimonio de Plutarco y el de Dionisio y no hay que pensar en una corrección de éste por parte de aquél, como señala Raffaelli (1993, nota 77).

ría no sabe que es una clase de dolor. En efecto, cuando se 2
cambia a irritación, abandona, como si se inflamara, el abatimiento y la pasividad; entonces el irritado parece muy activo, lo mismo que caliente el que tiene fiebre, por estar su alma como en un pálpito, en tensión y henchida[90]. Ensegui- 3
da Marcio hizo más evidente esta disposición con sus actos; pues entró en su casa, abrazó a su madre y a su esposa que se lamentaban con gemidos y gritos y, después de pedirles que sufrieran con paciencia lo ocurrido, se marchó inmediatamente y se dirigió a las puertas[91]. Allí, sin coger ni pedir 4
nada a nadie, se apartó de todos los patricios que lo escoltaban juntos, con sólo tres o cuatro clientes a su alrededor. Durante unos cuantos días estuvo en ciertos terrenos suyos 5
sin ponerse en paz consigo mismo a causa de muchas dudas con que la ira le asaltaba; y, convencido de que lo único bueno y apropiado era vengarse de los romanos, decidió provocar una guerra terrible y fronteriza contra ellos[92]. In- 6
tentó entonces probar primero con los volscos, pues sabía que todavía eran potentes en soldados y dinero[93] y pensaba que las derrotas sufridas recientemente más que destruir sus fuerzas los habían llenado de rencor y de cólera.

---

[90] Este contraste entre los patricios y Marcio se encuentra igualmente en D. H., VII 67.1-2, pero las reflexiones sobre la verdadera naturaleza psíquica de la aparente calma de Coriolano pertenecen al posicionamiento filosófico y ético del propio Plutarco.

[91] En D. H., VII 3, que se expresa en los mismos términos respecto a la recomendación de Coriolano a sus mujeres, también se despide de los dos hijos (de diez años y de pecho), que veremos más adelante también en Plutarco.

[92] Este pasaje es una adición personal de Plutarco, que pretende con ello subrayar los efectos negativos que tiene la cólera en este personaje, que se toma un tiempo para meditar y decidir la mejor forma de vengarse de los romanos.

[93] A esta conclusión llega Marcio también en D. H., VIII 1.2.

Coriolano acogido por los volscos. Planes de guerra contra los romanos

22 Había un hombre de la ciudad de Ancio que, por su dinero, valor y pureza de linaje, gozaba de verdadero prestigio entre todos los volscos, lla-
2 mado Tulo Atio[94]. Marcio sabía que éste lo odiaba más que a ningún romano; pues muchas veces se habían amenazado y provocado en los combates y, con las fanfarronadas propias de la rivalidad, como las que produce la ambición de gloria y el celo de los jóvenes guerreros, sumaron a la pública la enemistad particular entre
3 ellos. Pese a todo, viendo que Tulo tenía cierta grandeza de espíritu y que era el volsco que más deseaba humillar a los romanos a la más mínima ocasión que le ofrecieran, sirvió de testimonio al que dijo: «Es difícil combatir con la cólera;
4 pues lo que quiere, lo compra con la vida»[95]. Así pues, cogió la ropa y las cosas con las que menos sería reconocido si lo veían y, al modo de Odiseo, «se introdujo en una ciudad de enemigos»[96].

23 Era la tarde y muchos se encontraron con él, pero ninguno lo reconoció. Se dirigió entonces a la casa de Tulo y entrando de repente se sentó junto al hogar en silencio y,
2 con la cabeza cubierta, se quedó quieto. Los de la casa se extrañaron, pero no se atrevieron a levantarlo —pues su aire y su silencio le conferían cierta dignidad y comunicaron a

[94] Dionisio, con el que coincide Plutarco en la forma del nombre (Livio, II 35.7 lo llama *Attius Tullius* y en Plu., *Cic.* 1.2 encontramos la variante *Tullios Attios*), lo presenta con las mismas cualidades, aunque no alude para nada a la pretendida enemistad tradicional con Coriolano, que parece una invención de Plutarco sobre el modelo de Temístocles y Admeto, como propone Raffaelli, 1993, nota 81.

[95] *Heracl.* fr. 85 Diels-Kranz. Esta frase vuelve a citarse en Plu., *De coh. ira* 9. 457D y en *Amat.* 11.755D.

[96] *Od.* 2.246. El verso se pone en boca de Helena, que se refiere a la forma en que Odiseo se introdujo disfrazado en Troya.

Tulo, que estaba cenando, lo insólito del suceso. Éste se le- 3
vantó, fue hacia él y le preguntó quién era para haber llega-
do allí y qué pedía. Entonces Marcio se descubrió y, tras
contenerse un momento, dijo: «Si todavía no me conoces,
Tulo, o no crees lo que estás viendo, es preciso que me dela-
te a mí mismo. Soy Gayo Marcio, el causante de la mayoría 4
de tus desgracias y de las de los volscos, y portador del so-
brenombre de Coriolano, que no permite negarlas. Ningún 5
otro premio obtuve de aquellos numerosos sufrimientos y
peligros, salvo el nombre que denuncia mi enemistad con
vosotros. Esto es lo único que me queda y que no se me 6
puede arrebatar; de lo demás he sido privado de todo a la
vez, por la envidia e insolencia del pueblo, y por la blandura
y traición de los magistrados, mis iguales. Me he visto obli-
gado a huir y aquí estoy, como suplicante de tu hogar, no
para conseguir indemnidad y salvarme —pues a qué iba a
venir aquí, si tuviera miedo a la muerte— sino porque busco
que se me dé satisfacción y espero conseguirla de quienes
me expulsaron, haciéndote a ti dueño de mi persona. Por 7
tanto, si tienes deseo de atacar a los enemigos, vamos, apro-
véchate de mi desgracia, valiente, y convierte en éxito co-
mún de los volscos mi desventura; pues lucharé tanto mejor
por vosotros que contra vosotros, como luchan mejor los
que conocen las condiciones en que están los enemigos que
los que las ignoran. Pero si ya te has rendido, ni yo quiero 8
vivir, ni para ti es bueno salvar a un hombre antes enemigo
y belicoso, y ahora inservible e inútil»[97]. Cuando Tulo oyó 9

[97] El relato de Plutarco sobre esta presentación de Marcio a Tulo es bastante más elaborado y subraya mejor las motivaciones personales de Coriolano que el de Dionisio de Halicarnaso (VIII 1.4-6) con el que muestra alguna coincidencia puntual, como la referencia a los beneficios que traerá a los volscos su asilo: «Pero te prometo que prestaré tantos servicios al pueblo de los volscos, si me hago amigo suyo, como desgracias le causé

esto, se alegró extraordinariamente y, extendiendo su mano derecha, dijo: «Levántate, Marcio, y ten ánimo. Pues nos traes un gran bien, al entregarte a ti mismo. Espéralo mayor de parte de los volscos». Entonces invitó a cenar amistosamente a Marcio y, en los días siguientes, hicieron planes juntos sobre la guerra[98].

Prodigios en Roma

24 En cuanto a Roma, la animadversión contra el pueblo de los patricios, que sobre todo lo culpaban de la condena de Marcio, la tenía revuelta y los adivinos, sacerdotes y personas privadas anunciaban muchos prodigios que valía la pena tener en
2 cuenta[99]. He aquí uno que, según se dice, ocurrió. Había un tal Tito Latinio, hombre no muy distinguido, pero tranquilo y especialmente moderado y limpio de supersticiones, y aún
3 más de petulancia. Éste tuvo un sueño en el que vio cómo se le aparecía Júpiter y le encargaba comunicar al Senado que el bailarín que le habían puesto al frente de su procesión[100]
4 era muy malo y desagradable. Cuando tuvo esta visión, decía que, al principio, no le dio mucha importancia; pero como, cuando volvió a verla por segunda y tercera vez, tampoco se preocupó, tuvo que presenciar la muerte de su buen hijo y se quedó impedido por una repentina parálisis de su

---

cuando era su enemigo» (VIII 1.6). Hay detalles, como el de ir con la cabeza cubierta o la alusión al nombre de 'Coriolano', que aumentan el efectismo dramático de la escena.

[98] En la misma línea D. H., VIII 2.1.

[99] Dionisio de Halicarnaso cuenta los prodigios, y en concreto el de la aparición de Júpiter a Latinio, cuya versión sigue Plutarco en este capítulo, nada más marcharse Coriolano al exilio y antes de describir su presentación a Atio (VII 68-73). Livio, II 36, que coincide con Plutarco en la posición del relato, comienza con el castigo del esclavo.

[100] La procesión corresponde a los *ludi magni* celebrados en honor de Júpiter; era conducida por un danzarín llamado *praesultator*.

cuerpo. Estas cosas las anunció llevado en litera ante el Se- 5
nado. Y, según dicen, nada más acabar su mensaje su cuer-
po recuperó las fuerzas y, levantándose, se marchó andando
por su propio pie. Maravillados entonces los senadores, hi-
cieron una amplia investigación de este asunto. Era el si- 6
guiente: uno había entregado un criado suyo a otros criados
con la orden de llevarlo por el foro azotándolo y matarlo
luego. Cuando estaban cumpliéndolo y maltratando a aquél,
que se retorcía con toda clase de contorsiones por el dolor y
hacía otros movimientos desagradables a causa del excesivo
sufrimiento, llegó hasta allí casualmente la procesión. Mu- 7
chos de los presentes mostraban su enfado, pues ni el espec-
táculo era alegre ni los retorcimientos decentes; pero nadie
se interpuso, sino que se limitaron sólo a criticar y lanzar
insultos contra quien castigaba con tanta crueldad[101]. En 8
efecto[102], entonces trataban con mucha benevolencia a los
criados y eran más amables y familiares con ellos, pues tra-
bajaban con las manos y compartían su régimen de vida.
Era un gran castigo, si un criado cometía alguna falta, 9
hacerle recorrer la vecindad con el palo del carro, en el que
ponen el timón, a la espalda. Pues el que sufría este castigo
y era visto así por los compañeros y vecinos ya no gozaba

[101] Además de en Dionisio de Halicarnaso y Livio, la anécdota se cuenta en Cicerón, *De divin.* 1.55, Valerio Máximo, I 7.4, Macrobio, *Saturn.* 1.11,3, en este caso con variantes importantes, y Lactancio, *div. inst.* 2.8. Macrobio da el nombre del romano que castigó a su esclavo (Autronio Máximo) y cambia el de la persona a la que se apareció Júpiter (Anio), además de situar el incidente en el año 280 a. C. Los historiadores (Fabio Píctor y analistas) mencionados por Cicerón lo datan en la guerra latina (499 ó 496 a. C.) y sirve como primer caso de *instauratio.*

[102] La explicación que sigue no se encuentra en las fuentes y es un ejemplo más del gusto de Plutarco por la arqueología de las costumbres, en este caso romanas.

10 de confianza; y recibía el nombre de *furcifer*[103]; pues a lo que los griegos le dan el nombre de *soporte*[104] y *fijación*[105], a esto los romanos le dan el de *furca*[106].

25 Pues bien, cuando Latinio les comunicó su visión y estaban preguntándose quién sería el desagradable y mal danzarín que iba delante de la procesión de entonces, algunos recordaron, por lo insólito, el castigo de aquel criado, al que condujeron por el foro a latigazos y luego mataron. Por decisión de los sacerdotes, su dueño recibió un castigo y volvieron a celebrar desde el comienzo la procesión y el espectáculo[107].

2 Según parece, Numa ha sido un intérprete muy experto en todas las cuestiones religiosas y, en concreto, les dio esta
3 norma, excelente para acostumbrarlos a la piedad. Cuando los magistrados o los sacerdotes celebran algún rito divino, el heraldo los precede proclamando a grandes voces: *«hoc
4 age»*. La frase significa «haz esto» y los invita a concentrarse en los rituales y no alternar con ellos entretanto ninguna faena ni cualquier otra clase de ocupación, entendiendo que la mayoría de las tareas humanas se hacen en cierto modo
5 por obligación y a la fuerza[108]. Y es costumbre entre los romanos repetir los sacrificios, las procesiones y los espectáculos no sólo cuando concurre una causa tan importante
6 como ésa, sino también por pequeños detalles. Así, con que

---

[103] Lit. «que lleva una horca», de donde «granuja». El término suele aparecer en la comedia romana (por ej., PLAUTO, *Most.* 1172, y TERENCIO, *Eun.* 989).

[104] *hypostáten,* término utilizado para la «horca».

[105] *stérigma*, término que tiene una acepción técnica para designar la horca que sostiene el timón de un carro.

[106] La misma explicación se da en PLU., *Quaest. Rom.* 70.280E-F.

[107] Se trata de la norma de la *instauratio* (cf. LIVIO, II 36.1: *Ludi fore ex instauratione magni Romae parabantur. Instaurandi haec causa fuerat*).

[108] Cf. *Num.* 14.4-5.

un solo caballo de los que conducen las llamadas *tensae*[109]
flojee, o el cochero coja las riendas con la mano izquierda,
deciden que vuelva a celebrarse la procesión. En época pos- 7
terior llegaron a celebrar un solo sacrificio hasta treinta ve-
ces, porque, según parece, siempre había algún defecto o al-
go que no gustaba. Tal era la piedad de los romanos para
con los dioses.

Guerra de los volscos contra los romanos. Primera incursión de Marcio

Marcio y Tulo mantuvieron con- 26
versaciones secretas en Ancio con los
más poderosos y los animaban a de-
clarar la guerra a los romanos, mien-
tras estaban ocupados en revueltas
internas. Éstos tenían escrúpulos, porque se habían firmado 2
con ellos acuerdos y treguas por dos años. Pero los propios
romanos les dieron un pretexto con el anuncio en los espec-
táculos y los juegos, por alguna sospecha o calumnia, de
que los volscos se marcharan de la ciudad antes de la puesta
del sol. Algunos dicen que esto fue un engaño y trampa de 3
Marcio, que envió a Roma ante los magistrados a un falso
acusador de los volscos, como si proyectaran atacar a los
romanos durante los espectáculos e incendiar la ciudad[110].
Pues bien, a todos ellos este bando los volvió más hostiles 4

---

[109] Carros sagrados en los que se transportaban las imágenes de los dioses en los *ludi circenses* (Cicerón, *De harusp. respons.* 23).

[110] Tanto Livio, II 37-38 como D. H., VIII 2-4.2 son prolijos en detalles sobre este suceso, presentado en ambos como una treta de Marcio y Tulo. En Livio es el propio Tulo el que se presenta a los cónsules, mientras que en Dionisio de Halicarnaso (al que está más próximo Plutarco) es un volsco del círculo de Tulo, aunque ambos difieren de la versión, sólo recogida por Plutarco, de que fue el mismo Marcio quien envió un delator de los volscos.

con los romanos. Tulo exageró el asunto para excitarlos[111] y por fin los convenció para que enviaran una embajada a Roma reclamando las tierras y las ciudades que habían arrebatado a los volscos con la guerra.
5 Los romanos, al oír a los embajadores, se indignaron y respondieron que los primeros en tomar las armas serían los volscos, pero los romanos los
6 últimos en deponerlas[112]. A raíz de esto convocó Tulo una asamblea plenaria[113] y, cuando votaron a favor de la guerra, les aconsejó llamar a Marcio, sin guardarle ningún rencor, sino con la confianza de que como aliado sería tan útil para el pueblo como daño les había causado luchando contra ellos.

27 Cuando fue llamado y se dirigió a la muchedumbre, se mostró no menos hábil con las palabras[114] que con las armas y un hombre de guerra extraordinario tanto por su inteligencia como por su valor. En consecuencia, fue designado con
2 Tulo general de la guerra con plenos poderes[115]. Temiendo

---

[111] En los historiadores esta intervención de Tulo tiene lugar ante los volscos expulsados de Roma. Aquí parece interpretarla Plutarco como parte de sus argumentos para convencer a los gobernantes de los volscos a fin de que declaren la guerra a Roma.

[112] Livio, más escueto en su relato, no habla de esta embajada que Dionisio sitúa después de la aceptación por los volscos de Marcio como parte de la campaña (VIII 5.1) y de la arenga de éste (VIII 5.2-8.6). Los argumentos de unos y otros contenidos en el texto de Dionisio (VIII 10) son los que simplifica Plutarco en su relato; en especial, la última frase es la misma con que acaba la respuesta del Senado a los embajadores enemigos: «Comunicad esto a los volscos y decidles que ellos serán los primeros en coger las armas, pero nosotros los últimos en deponerlas» (VIII 10.3).

[113] Celebrada, según D. H., VIII 4.4, en la ciudad de Ecetra.

[114] Con esta breve nota despacha Plutarco el largo discurso de Marcio en D. H., VIII 5.2-8.6, cuya estructura retórica le lleva a esa consideración, en su línea de juzgar anacrónicamente la oratoria como un rasgo de la antigua Roma, como ha señalado S. C. R. Swain, 1990, n. 52 y pág. 137.

[115] Detalle que señala también D. H., VIII 11.1, pero no Livio, II 39.1.

que el tiempo necesario para equiparse los volscos fuera mucho y retrasara la ocasión de actuar, encargó a los notables y magistrados de cada ciudad reunir las demás tropas y la intendencia, mientras él convenció a los más animosos para que sin alistarse lo siguieran voluntariamente[116] e invadió las tierras de los romanos de improviso y sin que nadie lo esperara[117]. Con esta incursión logró tanto botín que 3
los volscos tuvieron que renunciar a conducirlo, llevarlo y utilizarlo todo en su campamento. Pero para él era un asunto 4
mínimo de aquella campaña la abundancia de botín y los numerosos daños y perjuicios que causó al país. Lo importante era el motivo por el que lo hacía: desacreditar todavía más a los patricios ante el pueblo. Así, mientras saqueaba y 5
destruía todo lo demás, respetaba escrupulosamente sus campos y no permitía devastarlos ni coger nada de aquéllos. En consecuencia, todavía se vieron más envueltos en críti- 6
cas y desórdenes unos con otros: los patricios echaban en cara a la plebe el destierro injusto de un hombre importante y el pueblo los acusaba de haber lanzado a Marcio contra ellos por resentimiento para luego, mientras otros sufrían la guerra, quedarse de espectadores, teniendo fuera, como guardián de su dinero y de sus propiedades, al enemigo mis-

[116] En D. H., VIII 11.2, la propuesta se expone en un breve discurso de Marcio ante la asamblea de los volscos, seguida en 12.1 por la aceptación de éstos y el comienzo de la campaña.

[117] Según D. H., VIII 12.1, en realidad hubo una incursión de Marcio contra los romanos y otra de Tulo contra los latinos, que Plutarco silencia por razones de su método biográfico. Livio, II 39, que no distingue los dos cuerpos de ejército, tampoco habla de una primera y una segunda campaña, sino que la primera, centrada en la figura de Marcio (para explicar que el poder de Roma estuvo más en sus generales que en su ejército) acaba con el asentamiento de Coriolano en las fosas de Cluilio, que es el final de la segunda campaña de Dionisio y de Plutarco.

7 mo[118]. Logrado esto y después de haber sido de gran utilidad para los volscos para que cobraran valor y despreciaran a los enemigos, se los llevó de vuelta con gran seguridad[119].

Campaña general de los volscos contra Roma

28 Cuando por fin se reunió de forma rápida y entusiasta todo el ejército de los volscos, resultó que era muy numeroso, por lo que decidieron dejar un cuerpo de ejército en las ciudades por seguridad y marchar con el otro contra los romanos.
2 Marcio le ofreció a Tulo elegir el mando de uno de los dos. Tulo dijo que en absoluto consideraba a Marcio inferior a él en valor, aunque sí más afortunado en todos los combates, por lo que lo invitó a dirigir las tropas que debían partir, quedándose él para guardar las ciudades y ocuparse de la intendencia para los expedicionarios[120].

3 Más fortalecido con ello, Marcio marchó primero contra Circeyos[121], una colonia de los romanos, y, como se rindió
4 voluntariamente, no le causó daño. Después saqueó la región de los latinos, esperando que los romanos le presenta-

[118] Este detalle sobre la discriminación de trato por parte de los saqueadores a plebeyos y patricios se encuentra tanto en Livio, II 39.6-7, como en D. H., VIII 12.3-4.

[119] La referencia al doble provecho que sacaron los volscos de esta incursión de Marcio parece una adición de Plutarco. D. H., VIII 12.4 se limita a constatar el botín obtenido y la seguridad con que Marcio llevó de vuelta a los volscos.

[120] Coincide exactamente Plutarco con D. H., VIII 13, donde la decisión de dividir el ejército es una propuesta de Marcio, incluso en el fundamento en que basa Tulo su elección: la «buena suerte en las batallas» (VIII 13.3) de Marcio.

[121] Era una ciudad en la costa, al sur de la región habitada por los volscos y los auruncos que, a su vez, constituyen por el sur el límite de los latinos. Sobre esta conquista, también mencionada por Livio, II 39.2, cf. D. H., VIII 14.1-2.

ran batalla para defender a los latinos, pues eran sus aliados y a menudo los llamaban en su ayuda. Pero la plebe estaba 5
desanimada y a los cónsules les quedaba poco tiempo en el cargo y no querían ponerse en peligro en él[122], por lo que despacharon sin más a los embajadores de los latinos[123]; entonces Marcio atacó las ciudades mismas[124] y tomó por la fuerza la de los tolerinos, lavicanos, pedanos y bolanos[125], que le ofrecieron resistencia, convirtió en botín de guerra a las personas y saqueó sus bienes. Pero a los que tomaron 6
partido por él[126], se cuidó mucho de que no sufrieran daño contra su voluntad, y por ello acampaba lejos y evitaba su país.

Con la conquista de Boilas, ciudad que estaba a no más 29
de cien estadios de Roma, se apropió de muchas riquezas y mató a casi todos los que estaban en edad militar[127]; entonces ya ni siquiera los volscos destinados a permanecer en las

---

[122] Este detalle se encuentra también en D. H., VIII 15.3. Se trata de los cónsules del año 489 a. C., C. Julio Julo y P. Pinario Mamertino Rufo.

[123] D. H., VIII 15.1-2.

[124] Para D. H., VIII 17, se trata de una tercera campaña de Marcio (488 a. C.). Plutarco, tal vez por su técnica de simplificación, no distingue ésta de la anterior (la toma de Circeryos).

[125] Las ciudades coinciden con las conquistadas por Marcio en Dionisio de Halicarnaso, aunque el orden cambia ligeramente (es más lógico el de Dionisio, pues va desde la ciudad más lejana a la más próxima a Roma): Tolerio (VIII 17), Bola (VIII 18) Labico (VIII 19.1) y Pedo (VIII 19.3). De estas ciudades, Livio sólo menciona, entre otras distintas, las dos últimas.

[126] Se refiere a Corbión y Coriolos (D. H., VIII 19.4-5).

[127] D. H., VIII 20. La ciudad es distinta de Bola (sus habitantes son los bolanos de *Cor.* 28.5 y en D. H., VIII 18, donde se cuenta su conquista, no se dice que matara a parte de sus habitantes, sino que los convirtió en esclavos), con la que es fácil confundirla (como le ocurre a RAFFAELLI, 1993, nota 107), debido al nombre (que tanto Flacelière, como Raffaelli, traducen por Bola, pese a la forma griega *Boïlas* o, en Dionisio, *Boíllas*).

ciudades se aguantaron, sino que fueron con sus armas a buscar a Marcio, diciendo que sólo él era general y el único al que reconocían como su comandante; así su nombre era grande por toda Italia y admirable la gloria de su valor, que, con el cambio de bando de una sola persona, tanta mudanza había conseguido inesperadamente en la situación.

2 Los asuntos de los romanos estaban en completo desorden: habían renunciado a combatir y se pasaban días enteros inmersos en revueltas y discutiendo unos con otros, hasta que recibieron la noticia del asedio de Lavinio por los enemigos, donde guardaban los romanos los objetos sagrados de sus dioses patrios y estaba el origen de su estirpe, pues
3 fue aquella la primera ciudad fundada por Eneas[128]. A raíz de esta noticia un asombroso cambio de opinión se adueñó del pueblo en su conjunto y otro ciertamente extraño e im-
4 previsto de los patricios. En efecto, el pueblo propuso la anulación del castigo de Marcio y llamarlo a la ciudad; pero el Senado, reunido para deliberar sobre la propuesta, se opuso y la rechazó, bien porque por rivalidad se oponía siempre a todo cuanto proponía el pueblo, o porque no quería que el regreso de aquél se debiera al favor del pueblo, o incluso porque ya se había llenado de cólera contra aquél, por el daño que causaba a todos sin haber sido maltratado por todos, y por su conducta como enemigo de la patria entera, cuando sabía que en ella el partido más influyente y poderoso compartía sus desgracias y las injusticias de que había sido obje-

[128] Plutarco sigue aquí a D. H., VIII 21, aunque añade, por su especial interés por las cuestiones religiosas, el detalle sobre los objetos sagrados, que da un mayor énfasis dramático al asedio por parte de Coriolano y hace más reprobable su acción. El nombre de la ciudad le fue puesto por Eneas en honor a su esposa Lavinia. Livio, II 39.4 dice, a diferencia de Dionisio y Plutarco, que tomó esta ciudad (*inde Lauinium recepit*).

to[129]. Se hizo pública la decisión ante la plebe, pero el pueblo no tenía autoridad para hacer nada con su voto y con la ley, sin disponer de un senadoconsulto[130]. 5

Marcio a las puertas de Roma. Primera embajada de los romanos

Marcio, al enterarse, se irritó aún 30 más y, abandonando el asedio, se dirigió contra la ciudad arrastrado por la cólera; acampó cerca del lugar llamado *Fosas Cluilias*, a cuarenta estadios de la ciudad[131]. Su aparición fue terrible y provocó una gran 2 confusión[132], pero sin embargo de momento puso fin a la revuelta; pues nadie se atrevió ya a contradecir a la plebe, ni magistrado ni senador, respecto al regreso de Marcio, sino que al ver en la ciudad a las mujeres corriendo por ella, a los ancianos acudir como suplicantes a los templos, llorando y rogando, y que por todas partes faltaba valor e ideas salvadoras, comprendieron que el pueblo tenía razón cuando se inclinaba por reconciliarse con Marcio y que el Senado estaba totalmente equivocado, iniciando la cólera y el rencor cuando lo correcto era ponerles fin.

---

[129] También D. H., VIII 21.3-5, es sensible al cambio de actitud de plebeyos y patricios y se pregunta por las razones para ello, aunque las posibles explicaciones que da aquí Plutarco parecen originales.

[130] Interpreta así Plutarco las palabras de Dionisio cuando dice: «Como el Senado no presentó ningún decreto preliminar, tampoco a los tribunos les pareció ya conveniente hacer la propuesta al pueblo» (VIII 21.5).

[131] Se trata de unos canales famosos situados a lo largo de la vía Apia y que marcaban el límite entre el territorio de Roma y el de Alba Longa. Su nombre se debe al del dictador albano Cluilio. La distancia de cuarenta estadios fijada por Dionisio y Plutarco coincide con las cinco millas de Livio, II 39.5, o sea, unos siete kilómetros.

[132] Este comienzo, hasta aquí, coincide casi al pie de la letra con D. H., VIII 22.1, que concreta en un desertor la fuente de información de Marcio.

3 A todos les pareció bien, entonces, enviar una embajada a Marcio para ofrecerle el regreso a la patria y pedirle el ce-
4 se de la guerra con ellos. Los senadores enviados eran parientes de Marcio y recibieron en los primeros encuentros muchas muestras de benevolencia por parte de un hombre
5 que era su pariente y amigo. Pero de nada sirvió esto, sino que, tras ser conducidos por medio del campamento de los enemigos, lo encontraron sentado, con un fasto y un orgullo
6 insufribles. Rodeado de los principales volscos, los invitó a
7 exponer lo que habían venido a pedir. Aquéllos se expresaron, con palabras suaves y amables, en un tono adecuado al momento[133]. Cuando acabaron, respondió él en parte a título personal, con amargura e indignación por el trato que había recibido[134], y en parte en nombre de los volscos[135], como general suyo, exigiéndoles la devolución de las ciudades y todo el país que se habían apropiado con la guerra, y que se decretara a favor de los volscos la igualdad
8 de ciudadanía que tenían con los latinos; pues no había otra salida segura de la guerra, salvo la que se basaba en la igualdad y la justicia. Les dio treinta días para deliberar y, cuando se marchó la embajada, se retiró inmediatamente del país[136].

[133] Plutarco resume así el largo discurso que D. H., VIII 23-28, pone en boca de Minucio.

[134] Estas quejas constituyen la mayor parte de su discurso de respuesta en D. H., VIII 29-34.

[135] D. H., VIII 35, donde se mencionan las dos condiciones que pone Marcio en el texto de Plutarco.

[136] En este capítulo resume Plutarco el relato de D. H., VIII 22-35, incluyendo este plazo de treinta días, aunque aportando algunos detalles descriptivos que denotan el gusto por los efectos teatrales y barrocos (párrafos 4-6) del biógrafo. Livio se refiere a esta primera embajada en II 39.10-11.

Nuevas conquistas de Marcio y segunda embajada de los romanos

Este fue el primer motivo de queja que tomaron los volscos que desde hacía tiempo estaban molestos con su influencia y sentían envidia. Uno de ellos era Tulo, no porque hubiera sufrido en particular ninguna ofensa de Marcio, sino por sentimientos propios de hombres. En efecto, estaba disgustado por la total pérdida de su gloria y la falta de atención que le prestaban los volscos, quienes pensaban que sólo Marcio lo era todo para ellos y estimaban que los demás debían estar contentos con la porción de poder y de mando que él les dejaba. Por eso las primeras acusaciones se difundían en secreto; hacían reuniones para compartir unos con otros su indignación y daban el nombre de traición a la retirada, por haber rendido no murallas ni armas, sino momentos con los que es habitual que se salve y vuelva a perderse todo lo demás; pues había concedido una tregua de treinta días para la guerra, cuando ninguna otra cosa sufre más cambios en menos tiempo. Por su parte, Marcio en este tiempo no estuvo inactivo, sino que, atacando a los aliados de los enemigos, los destruía y saqueaba sus tierras, y tomó siete ciudades importantes y muy pobladas[137]. Los romanos no se atrevían a acudir en su ayuda, sino que sus almas estaban llenas de temor y su actitud hacia la guerra era la propia de quienes tienen el cuerpo completamente entumecido y debilitado. Cuando pasó el tiempo y volvió a presentarse Marcio con todo su ejército, de nuevo enviaron otra embajada para pedir a Marcio que depusiera su cólera y que, tras sacar a los volscos del país, dijera e hiciera lo que considerara mejor para ambos; pues ante el miedo nada cederían los romanos,

31 — 2 — 3 — 4 — 5 — 6

[137] El dato de siete ciudades (en treinta días) lo da D. H., VIII 36.3, que indica los nombres: Lóngula, Sátrico, Ecetra, Cetria, Polusca, Mugila y Coriolos (VIII 36.2).

pero si pensaba que los volscos debían recibir algún trato favorable y humano, todo les sería posible con tal de que
7 depusieran las armas. A esto dijo Marcio que no respondía nada como general de los volscos, pero que, como ciudadano todavía de Roma, aconsejaba y los invitaba a presentarse ante él en el plazo de tres días con una actitud y una decisión más moderada sobre las condiciones justas propuestas. Y que, si su parecer era distinto, supieran que ya no gozaban de inmunidad si volvían al campamento con vanas propuestas.

Fracaso de la embajada de los sacerdotes y visita de las mujeres a Coriolano

32 Cuando regresaron los embajadores y los oyó el Senado, como si la ciudad estuviera en medio de una gran tormenta y del oleaje, cogió y echó el
2 ancla sagrada[138]. A todos los sacerdotes que había de los dioses, u oficiantes de misterios o guardianes o especialistas en la adivinación por las aves, que era tradicional desde antiguo, a todos éstos acordaron enviarlos a Marcio, ataviados con los adornos que son preceptivos para cada uno en las ceremonias sagradas, con las mismas propuestas y la invitación a que apartara de ellos la guerra y entonces discutiera con los ciudadanos sobre los volscos[139].
3 Pues bien, les permitió entrar en el campamento, pero no

---

[138] La comparación de la ciudad (Estado) con una nave y de sus momentos críticos con una tempestad, es un tema clásico en la literatura antigua y muy querido para Plutarco que lo utiliza en este caso para dar mayor patetismo a la situación: aparentemente, la única solución que les queda a los romanos para convencer a Coriolano, es el recurso a los ministros de la religión.

[139] Esta embajada es descrita en forma bastante más prosaica por D. H., VIII 38.1 y Livio, II 39.12, que parece distinguir entre una segunda embajada de los primeros y una tercera de los sacerdotes o bien éstos van con los anteriores.

hizo ninguna otra concesión, ni su actitud o sus palabras fueron más amables, sino que los conminó a firmar la paz en los términos anteriores o a aceptar la guerra. Entonces, al 4
regreso de los sacerdotes, decidieron mantenerse en calma en la ciudad para defender las murallas y resistir a los enemigos, si atacaban, cifrando sus esperanzas en el tiempo, sobre todo, y en los golpes imprevistos de la fortuna; ya que, por propia iniciativa, no encontraban ningún medio de salvación; al contrario, la turbación, el miedo y rumores adversos se adueñaron de la ciudad, hasta que se produjo un suceso semejante al que menciona a menudo Homero y que en absoluto convence a muchos [140].

En efecto, cuando aquél dice y proclama, a propósito de 5
los hechos importantes e imprevistos:

«Entonces la diosa Atenea de ojos glaucos le inspiró» [141]

y también:

«Pero algún inmortal cambió mi espíritu y en mi corazón
puso la voz del pueblo» [142]

y además:

«ya sea porque se le ocurrió algo o así se lo ordenó un dios» [143]

---

[140] Plutarco recoge aquí de nuevo los argumentos de D. H., VIII 38.2, sacrificando los detalles descriptivos de la actuación defensiva de los romanos en favor del efectismo patético y dramático ligado a consideraciones psicológicas (esperanzas, turbación, miedo) y circunstanciales (rumores adversos y, sobre todo, la acción de la fortuna) que justificarán mejor su interpretación sobre la intervención divina.

[141] *Od.* 21.1.

[142] *Il.* 9.459-460.

[143] *Od.* 9.339.

manifiestan su rechazo, pensando que con ficciones imposibles e increíbles invenciones priva a la inteligencia de cada
6 uno de su facultad de elección. Pero Homero no hace esto, sino que las acciones verosímiles, habituales y que discurren según la razón, las deja en nuestra mano y muchas veces, por supuesto, dice:

> «Sin embargo, lo decidí yo en mi animoso corazón»[144]

y

> «Así dijo, y tuvo dolor el hijo de Peleo, y su corazón
> estaba perplejo en su velludo pecho»[145]

y de nuevo

> «pero en modo alguno
> convenció al sabio Belerofonte que tenía honestos pensamientos»[146]

7 En cambio, en las acciones inusuales y extraordinarias y que exigen cierto impulso entusiasta y excitación, no presenta a la divinidad anulando, sino estimulando la facultad de decisión, ni tampoco generando en nosotros impulsos, sino concepciones que dirigen nuestros impulsos, con las cuales no hace la acción involuntaria, sino que da principio a la volun-
8 tariedad y le añade el coraje y la esperanza. Pues o hay que apartar a la providencia divina de toda responsabilidad y puesta en marcha de nuestras acciones, o podría haber alguna otra forma con la que ayudan a los hombres y colaboran con ellos; no, por supuesto, modelando nuestro cuerpo, ni

---

144 *Od.* 9.299.
145 *Il.* 1.188.
146 *Il* 6.161.

manejando ellos mismos como es preciso nuestras manos y pies, sino despertando la facultad práctica y electiva de nuestra alma con determinados principios, concepciones y nociones, o, por el contrario, volviéndola hacia atrás y colocándola en su sitio[147].

En Roma entonces las mujeres, dirigiéndose unas a unos 33
templos y otras a otros y la mayoría y principales agrupadas en torno al altar de Júpiter Capitolino[148], suplicaban a los dioses; entre éstas estaba Valeria, la hermana de Publícola, el que realizó muchas e importantes acciones en beneficio de los romanos en la guerra y en las tareas de gobierno[149].
Pues bien, Publícola ya había muerto antes, como hemos 2
contado en la obra sobre aquél[150], y Valeria gozaba de fama y respeto en la ciudad, pues parecía que no deshonraba con

---

[147] Expone aquí Plutarco, con su habitual recurso a la erudición filológica (citas de Homero) y a la teoría filosófica, sus ideas sobre un tema muy querido para él como moralista y filósofo, que lo acerca al pensamiento cristiano: el de las posibles formas de intervención de la Providencia en las acciones humanas, salvaguardando la libertad y la responsabilidad del hombre. Véase la importancia de este pasaje concreto en T. Duff, 1999, págs. 39-40. Con estas reflexiones quiere subrayar el carácter extraordinario, pero al mismo tiempo previsto por el orden divino, de la actuación de Valeria (*infra*, cap. 33) de la que depende la salvación de Roma. La posible intervención de los dioses en los momentos críticos para la existencia de este pueblo, es objeto de análisis en otros lugares de las *Vidas* (cf., por ejemplo, *Rom.*7.5, *Fab.* 17.1 y 5-6)

[148] *Iuppiter Optimus Maximus,* dios tutelar de los romanos, cuyo templo estaba en el Capitolio y de cuya historia ha tratado ya en detalle el propio Plutarco en *Publ.* 13-15. Este dato se encuentra también en D. H., VIII 39.1.

[149] Plutarco, que ha escrito ya la biografía del personaje, subrayando sus medidas tanto militares como políticas, prefiere este enfoque al de D. H., VIII 39.2, que sólo menciona su actuación en la abolición de la tiranía.

[150] *Publ.* 23.

3 su vida su linaje[151]. Entonces sufrió de repente esa experiencia que digo[152] y por una idea no exenta de inspiración divina[153] recurrió a lo que era conveniente: se puso en pie ella misma y levantando a todas las demás fue a la casa de
4 Volumnia, la madre de Marcio. Cuando entró, la encontró sentada con su nuera y con los niños de Marcio en sus rodillas. Entonces colocó a las mujeres alrededor de aquélla[154] y
5 le dijo: «Nosotras mismas, oh Volumnia, y tú, Virgilia[155], mujeres ante mujeres[156] acudimos, no por decreto del Senado ni por encargo de magistrado. Más bien fue la divinidad la que, compadecida, según parece, de nuestras súplicas, pu-

[151] Parece recoger así Plutarco el pensamiento, esencialmente griego, de Dionisio de Halicarnaso a propósito de la conducta de las mujeres romanas de la época (VIII 39.1: «tras abandonar el sentido de la decencia que las hacía permanecer en casa...»).

[152] La que ha descrito en 32.7-8.

[153] También D. H., VIII 39.2 señala esta intervención divina.

[154] La descripción de Dionisio, más rica en detalles, incluye un diálogo previo entre las mujeres reunidas en el Capitolio, con discursos sobre todo de Valeria (VIII 39.3-5) y, a la llegada, las ve antes Volumnia (en Dionisio la esposa de Coriolano, no la madre), que está sentada junto a Veturia (la madre de Coriolano) y le pregunta a qué vienen (VIII 40.1). En la respuesta (un discurso que ocupa VIII 40) ya se dirige a Veturia. Como se ve, Plutarco, aunque muchísimo más parco en su relato, sin embargo es más descriptivo y caracteriza mejor a los personajes. La mujer de Coriolano queda en un segundo plano en el encuentro (a diferencia de Dionisio) y se apunta la ternura de la madre que tiene cogidos a sus nietos (*en kólpois* como dice el texto griego), un detalle que no aparece en Dionisio, como tampoco el gesto por parte de Valeria de rodear con todas las mujeres a Volumnia y que forma parte de esa puesta en escena más rica de Plutarco. Livio pasa por alto todos los detalles y se limita a decir que las matronas (no menciona a Valeria) fueron a ver a Veturia y Volumnia y consiguieron que, con los hijos de Marcio, las acompañaran al campamento de éste (II 40.1-2).

[155] Es el primer pasaje en que aparece el nombre de la esposa de Marcio, que en los historiadores se llama Volumnia.

[156] Recoge la frase de D. H., VIII 40.3 «compadécete, como mujer, de las mujeres...».

so en nosotras el impulso para dirigirnos aquí ante vosotras
y haceros un ruego que supone la salvación de nosotras
mismas y del resto de los ciudadanos y que implica para vo-
sotras, si nos hacéis caso, una gloria más brillante que la
que tuvieron las hijas de los sabinos, cuando reunieron a sus
padres y maridos en el amor y la paz, apartándolos de la
guerra[157]. Vamos, id ante Marcio con nosotras, sumándoos 6
a nuestra súplica y dad testimonio verdadero y justo en fa-
vor de la patria de que, aunque sufrió mucho daño, no hizo
ni tomó ninguna medida terrible respecto a vosotras por có-
lera, sino que os devuelve a aquél, sin intención de obtener
nada bueno»[158].

Cuando terminó de decir esto Valeria, la aclamaron las 7
demás mujeres y le contestó Volumnia: «También nosotras,
oh mujeres, compartimos por igual las desgracias públicas
y, en privado, somos desgraciadas por haber perdido la glo-
ria y virtud de Marcio y ver su cuerpo protegido más que
salvado con las armas de los enemigos. Pero la mayor de 8
nuestras desventuras es que los asuntos de la patria se en-
cuentren en situación tan crítica que tengan su esperanza en
nosotras. Pues no sé si aquél hará alguna cuenta de nosotras, 9
ya que no la hace de la patria a la que tuvo en más conside-
ración que a su madre, esposa e hijos. De todos modos, ser- 10

---

[157] Esta referencia a las sabinas se encuentra también en D. H., VIII 40.4; pero allí la comparación con ellas, en boca igualmente de Valeria, se refiere a todas las mujeres romanas; la limitación de esa gloria en Plutarco a la madre y la esposa de Coriolano da más fuerza a la petición de Valeria.

[158] Es probable que esta alusión a la renuncia por los romanos de venganza en la familia de Coriolano se encontrara en otra fuente de Plutarco (que la hay, parece evidente por las divergencias de nombres, difícilmente justificables como *lapsus*). De esta idea encontramos como mucho un pequeño atisbo en las dudas de algunos senadores sobre dejar marchar a unas mujeres que podían considerarse rehenes en caso necesario ante los enemigos (D. H., VIII 43.4).

víos de nosotras y, tomándonos, llevadnos ante aquél, por si podemos, aunque no sea más que eso, echar nuestro último aliento en las súplicas por la patria»[159].

34 Después de esto levantó a Virgilia y los niños y se dirigió con las demás mujeres al campamento de los volscos.
2 Su contemplación y llanto infundió en los enemigos respeto y silencio. Marcio estaba ocupado en un juicio, sentado en
3 su tribuna[160] con los comandantes. Pues bien, cuando vio acercarse a las mujeres, se extrañó; y, al darse cuenta de que su madre era la que marchaba primera, quería mantenerse en sus anteriores criterios inflexibles e inexorables[161]; pero, vencido por el dolor y consternado ante el espectáculo, no resistió que le cogieran sentado al llegar, sino que bajó más rápido que al paso y salió a su encuentro. Abrazó en primer lugar y la mayor parte del tiempo a la madre y luego a su esposa e hijos, sin aguantar ya las lágrimas ni escatimar

[159] Da la impresión, por estas palabras y su comparación con las de Veturia en D. H., VIII 41, de que Plutarco, llevado por su idea de lo que tenía que ser un carácter como el que luego hará un magistral discurso ante Coriolano, anulando cualquier posibilidad de réplica, ha prescindido totalmente de su fuente principal para reinventar el personaje en un discurso corto, pero muy superior en dignidad y asunción del papel heroico que la historia le había asignado. En efecto, la Veturia de Dionisio, que, para empezar, se resiste a la petición de Valeria, no tiene ni mucho menos el sentido patriótico y las convicciones de la Volumnia de Plutarco, que la deciden a participar en la embajada. Del largo discurso de aquella Veturia (D. H., VIII 41-42) no puede extraerse ni una frase que coincida con las breves pero magníficas pinceladas con que Plutarco retrata aquí su alma.

[160] Es posible que Plutarco haya tomado esta idea de la alusión de Veturia en D. H., VIII 45.2, cuando pide a Coriolano que se siente «en el lugar donde acostumbraba a hacerlo para administrar justicia a sus tropas».

[161] Esta actitud responde más bien a la del Coriolano de Livio, II 40.3 (*is primo,... multo obstinatior aduersus lacrimas muliebres erat*).

muestras de cariño, sino dejándose arrastrar por sus emociones como por un torrente[162].

Diálogo entre Volumnia y Coriolano. Conclusión de la guerra

Cuando ya estuvo satisfecho de es- 35
tas muestras de cariño y como se daba cuenta de que su madre quería comenzar sus palabras, colocó a su lado a los consejeros de los volscos[163] y se
dispuso a escuchar a Volumnia, que dijo lo siguiente: «Pue- 2
des ver, hijo, aunque no lo digamos nosotras mismas, a juzgar por la ropa y el estado de nuestros desgraciados cuerpos, a qué gran soledad nos condujo tu exilio. Pero date cuenta ahora de cómo somos las más desventuradas de todas las mujeres que han venido; pues la fortuna ha hecho que para nosotras la contemplación más grata se convierta en la más temible: para mí, ver a mi hijo y, para ésta, a su marido
acampado como enemigo ante los muros de la patria. Por 3
otra parte, lo que a los demás les sirve de alivio en cualquier desventura y desgracia, rezar a los dioses, a nosotras nos re-

---

[162] De nuevo la descripción de Plutarco, más breve que la de Dionisio (VIII 44-45.1), juega mejor con los elementos dramáticos y la psicología y emociones de los personajes que ambos historiadores (Livio, II 40.3-5). Como detalles concretos indiquemos que en Plutarco es Marcio quien ve directamente a su madre al frente de las mujeres (en Dionisio envía unos jinetes para saber quiénes son la multitud que se ve venir de lejos) y en Livio es uno de sus amigos íntimos el que reconoce a Veturia; el respeto y silencio que causa en los enemigos el espectáculo es igualmente original de Plutarco; y la precipitación con que se lanza Coriolano al encuentro de la madre, arrastrado por sus emociones, nada tiene que ver con el general que, en Dionisio, se ocupa fríamente de organizar el protocolo para que en la entrevista aquélla no quede por debajo de su categoría como madre ni con la descripción (aunque sea algo más emotiva) que nos ofrece Livio; por último, la comparación con el torrente es otro detalle más de ese barroquismo literario tan propio de nuestro autor.

[163] En D. H., VIII 45.3, sienta a su lado a los jefes y capitanes.

sulta completamente inviable. Pues no podemos pedir a los dioses al mismo tiempo la victoria para la patria y tu salvación, sino que todas las maldiciones que un enemigo podría proferir contra nosotras, todas esas se encuentran en
4 nuestras plegarias. En efecto, tu mujer y tus niños no tienen
5 más salida que verse privados de la patria o de ti. Y yo no esperaré a que la guerra me someta viva a este destino; por el contrario, si no logro convencerte para que antepongas el amor y la concordia a la rivalidad y la maldad y te conviertas en benefactor de ambas[164] y no en torturador de una u otra, ten esto en cuenta y prepárate a pasar por encima del cadáver de la que te parió antes de que puedas tomar al asal-
6 to tu patria. Pues no debo yo aguardar el día en que vea a mi hijo formando parte del botín en un triunfo celebrado por sus conciudadanos o celebrándolo él a costa de su patria.
7 Ahora bien, si te pido que salves la patria causando la ruina de los volscos, esta propuesta, hijo, es una decisión difícil para ti y muy dura de cumplir; pues ni está bien destruir a los conciudadanos, ni es justo traicionar a los que han depo-
8 sitado en uno su confianza. Sin embargo, lo que ahora pedimos es una salida a estas desgracias, que salve por igual a ambas partes y sea gloriosa y bella en mayor grado para los volscos; porque, con esa superioridad, parecerá que dan ellos, sin recibirlos en menor grado, los bienes más importantes: la paz y la amistad; y si así sucede, tu serás el prin-
9 cipal responsable; pero si no, sólo tú tendrás la culpa. La guerra, en cambio, con ser incierta, tiene esto claro: que, si tú vences, resultas ser el azote de tu patria; y si eres vencido, parecerá que por ira fuiste responsable de los mayores males para tus bienhechores y amigos».

---

[164] Se refiere a la familia y la patria.

Mientras Volumnia decía esto, Marcio la escuchaba sin 36
responder nada. Y como, incluso después de terminar, se mantenía en silencio un largo rato, volvió a tomar la palabra
Volumnia y dijo: «¿Por qué callas, hijo? ¿Acaso está bien 2
concederlo todo a la ira y al rencor, y no está bien agradar a una madre que suplica por cuestiones tan importantes? ¿O es que es propio de un gran hombre acordarse de los males que ha sufrido, mientras que venerar y honrar los beneficios que reciben los hijos de sus progenitores no es asunto de un hombre grande y bueno? En verdad nadie debería guardar más gratitud que tú, que con tanta dureza persigues la ingratitud. Sin embargo, de la patria ya te has cobrado grandes castigos, pero a tu madre no le has devuelto ningún
agradecimiento. Pues bien, era cuestión de piedad que sin 3
ninguna obligación yo obtuviera de ti las cosas tan bellas y justas que te pido; pero, como no te puedo convencer, ¿a qué retrasar mi última esperanza?»[165].

[165] Vale la pena que hagamos unas breves consideraciones sobre este diálogo entre Volumnia y Marcio que leemos en los dos capítulos precedentes (y para cuya estructura retórica, igualmente magistral desde el punto de vista literario, remitimos a A. Pérez Jiménez, 2000). En Livio, II 40.5-9, sólo hay discurso de Veturia, que se muestra primero fría y distante ante su hijo cuando se lanza a abrazarla. En cuanto a los argumentos esgrimidos, la madre no es tal, sino únicamente la voz de Roma que expresa su indignación en un catálogo de reproches a Coriolano y que tienen como respuesta, sin más, la retirada de éste. En el otro extremo está Dionisio de Halicarnaso en el que tenemos una contienda retórica al más puro estilo forense (VIII 46: discurso de Veturia; 47: respuesta de Marcio; 48-53: contrarréplica de Veturia que logra el efecto buscado), pero como tal, calculado, frío y plagado de repeticiones y referencias a la historia anterior de Marcio que diluyen los raros atisbos de emoción y los recursos a los sentimientos propios de una relación entre madre e hijo. Plutarco, aumentando la articulación del diálogo (que lo es, aunque Marcio no hable) frente a Livio y reduciendo los largos discursos de Dionisio, del que extrae sólo las ideas esenciales para su construcción psicológica, logra una maestría difí-

4 Tras estas palabras se echó a sus rodillas junto con la mu-
5 jer y los pequeños. Y Marcio, gritando «¡Qué me has hecho, madre!», la levantó y, apretando fuerte su mano derecha, dijo: «Has logrado una victoria venturosa para la patria, pero para
6 mí funesta; pues me voy derrotado solamente por ti». Dicho esto y después de una breve conversación en privado con su madre y su esposa, las envió de vuelta a Roma a petición de ellas mismas y cuando pasó la noche se llevó a los volscos, que no todos reaccionaron de la misma forma ni con la misma
7 actitud[166]. En efecto, unos lo censuraban a él y a su acción, otros ninguna de las dos cosas, pues estaban inclinados a una solución pacífica, y algunos, aunque molestos con lo sucedido, sin embargo a Marcio no lo consideraban malo, sino digno de perdón por haberse plegado a semejantes obligaciones.
8 Pero ninguno protestó, sino que todos lo seguían, admirando su virtud más que su autoridad[167].

Celebraciones en Roma. Culto de la «Fortuna Muliebris»

37 Cuánto fue el miedo y el peligro en que se encontró el pueblo de los romanos durante la guerra, lo dejó ver
2 mejor cuando ésta terminó. Pues justo cuando los de las mu-

---

cilmente igualable. En él se explota el silencio de Marcio y se ponen en su justo lugar las alusiones a los deberes filiales (D. H., VIII 51.1) y a la amenaza de suicidio (VIII 53.2). Con ello el biógrafo nos pinta una madre más patriota que la de Livio e infinitamente más tierna que la de Dionisio de Halicarnaso y más humana que la de ambos.

[166] El desenlace de este episodio sigue de cerca la descripción de D. H., VIII 54, que se extiende en detalles sobre la conversación entre Coriolano y las mujeres.

[167] Plutarco pone en su lugar más apropiado este estado de opinión de los volscos, que Dionisio traslada al regreso del ejército e incluso al momento posterior a su disolución, atribuyendo las opiniones menos favorables a los que se habían quedado en las ciudades y que, por tanto, no habían sacado fruto de la guerra (VIII 57.1-2).

rallas contemplaban a los volscos levantar el campo, en ese momento ya se estaban abriendo todos los templos, mientras acudían los romanos con coronas como por una victoria y hacían sacrificios. Pero sobre todo estaba clara la alegría 3
de la ciudad por las muestras de cariño y los honores del Senado y la plebe para con las mujeres, pues pensaban y decían que sin duda alguna habían sido aquéllas las responsables de la salvación. El Senado decretó que cualquier re- 4
compensa que pidieran, ya se tratara de honores o de favor, la hicieran y concedieran los magistrados[168]; sin embargo no pidieron nada, salvo construir un templo de la Fortuna Femenina[169], contribuyendo por sí mismas al gasto[170], pero asumiendo la ciudad públicamente los sacrificios y honores debidos a los dioses. Como el Senado elogió su pundonor, 5
pero levantó el templo y la estatua con recursos públicos, con el dinero que ellas mismas aportaron, en cantidad no in-

---

[168] La distinción entre honores y recompensa aparece ya en D. H., VIII 55.2, pero los honores se decretan directamente, mientras que sólo la recompensa se concede previa manifestación de su deseo por las mujeres.

[169] Fortuna, identificada luego con la *Týche* helenística, era una divinidad itálica relacionada con la fertilidad y las mujeres. El culto de *Fors Fortuna* fue introducido por Servio y algunas de sus variantes (*Fors Virginalis* y *Fors Virilis*), pertenecen al contexto de la vida sexual, especialmente de las mujeres; es en ese contexto en el que se entiende el culto de la *Fortuna Muliebris,* cuyo templo aquí mencionado se levantó en la *Via Latina.* Plutarco resume la historia también en *De fort. Rom.* 5. 318F. Según D. H., VIII 55.4-5, la primera sacerdotisa nombrada fue Valeria, que hizo los ritos en el altar de la diosa en ese mismo año (488 a. C.). El templo y la imagen se erigieron, según éste, en diciembre del año siguiente (487 a. C.) y fueron consagrados por el cónsul Próculo Virginio Tricosto Rutilo el seis de julio de 486 a. C. Dionisio añade que la fiesta se colocó en las calendas de diciembre, porque en ese día terminó la guerra. LIVIO, II 40.12, se limita a señalar la fundación del templo.

[170] Esta variante sólo aparece en Plutarco. D. H., VIII 56.2, no menciona nada, salvo lo que se dice en el párrafo siguiente (5).

ferior, hicieron una segunda estatua, que, según dicen los romanos, al ser colocada en el templo, gritó algo así: «Mujeres, me habéis dedicado con los ritos caros a los dioses».

38 Cuentan que esta frase se pronunció dos veces, tratando de convencernos de cosas con apariencia de irreales y dífici-
2 les de creer[171]. En efecto, que se haya visto estatuas sudar, llorar y derramar unas gotas de sangre, no es imposible; pues la madera y las piedras muchas veces acumulan un moho que produce humedad y echan de su interior muchos colores o cogen tintes del ambiente, con los que —podría pensarse— nada impide que la divinidad quiera indicar al-
3 go. También es posible que una estatua deje salir un ruido parecido a un murmullo o a un quejido, por una fractura o distensión de sus partes que se produce con más fuerza en su interior. Pero que haya en un objeto inanimado voz articulada y habla tan clara, singular y bien pronunciada es totalmente imposible, cuando ni siquiera ha ocurrido que el alma y la divinidad hagan ruido y hablen sin un cuerpo que les sirva de instrumento y provisto de sus órganos para
4 hablar. Pero cuando la historia nos obliga con muchos y fiables testigos, se trata de una sensación distinta de la percepción que se genera en la parte imaginativa del alma y nos convence de lo que sólo fue una apariencia, lo mismo que
5 en los sueños nos parece oír sin oír y ver sin ver. De todos modos, para los que por devoción y amor hacia la divinidad

[171] El suceso debió ocurrir, según la información de Dionisio sobre la terminación del templo, en el año siguiente a la conclusión de la guerra. Pero en la versión del historiador las palabras se pronunciaron el día de la consagración del templo (hecha, como dijimos, por Próculo Virginio en el 486 a. C.), no de la terminación. Respecto a las reflexiones de Plutarco en este capítulo, parece polemizar con Dionisio de Halicarnaso, que (VIII 56.1-3) acepta la aparición de la diosa. El detalle de las dos veces se encuentra también en su texto que tiene como fuente los registros de los sacerdotes.

son demasiado apasionados y no pueden desentenderse ni negar tales fenómenos, es importante para su fe el carácter extraordinario y fuera de nuestro control del poder divino.
Pues en absoluto se parece a nada humano por su naturale- 6
za, movimiento, industria o poder y no es increíble que pueda hacer alguna cosa irrealizable para nosotros y conseguir algo imposible, sino que, con ser muy diferente en todos los aspectos, sobre todo es distinto por sus obras y está fuera de
nuestra órbita. Sin embargo, la mayoría de las cuestiones 7
divinas, según Heráclito, escapan a nuestro conocimiento por falta de fe[172].

Muerte de Coriolano

En cuanto a Marcio, cuando re- 39
gresó a Ancio de la expedición, Tulo, que hacía tiempo lo odiaba y estaba molesto con él por envidia, tramó matarlo[173] inmediatamente, pues, si esca-
paba ahora, no le ofrecería otra ocasión para cogerlo. Reunió 2
a muchos y los preparó contra aquél y después lo invitó a rendir cuentas ante los volscos, previa renuncia al mando.
Éste tuvo miedo de convertirse en particular cuando Tulo 3

[172] Frg. 36 Diels-Kranz. El tema de esta larga digresión, para cuya discusión remitimos a Flacelière, 1969, págs. 174-175, encuentra sitio en otras obras de Plutarco, como, en particular, *Cam.* 6, un texto en el que se utilizan argumentos muy parecidos a los de éste, *Brut.* 37, *De Genio Socr.* 588C, *Quaest. conv.* 5.674B, *De Pyt. orac.* 397E-398B y 404B-405D. Para estas cuestiones, véase Brenk, 1977, págs. 28-48 y, recientemente, F. Graf, «Plutarch und die Götterbilder», en R. Hirsch-Luipold (ed.), *Gott und die Götter bei Plutarch. Götterbilder - Gottesbilder - Weltbilder,* Berlin-New York, 2005, págs. 251-266, en particular, págs. 255-256.

[173] Nos inclina por esta traducción D. H., VIII 57.3, que habla de la muerte como objetivo de sus planes para con Marcio, tanto si volvía triunfante como si fracasaba; también él señala la envidia como motivación.

todavía era general y tenía mucha influencia entre sus pro-
pios conciudadanos, por lo que dijo que devolvería el man-
do a los volscos, si se lo exigían ellos; pues también lo
obtuvo por encargo de todos; pero que tampoco se negaba
ahora a rendir cuentas y dar razón a los anciates que lo de-
4 searan[174]. Pues bien, cuando se celebró la asamblea, los
demagogos preparados para ello se levantaron y solivianta-
5 ron a la chusma. Pero como, al levantarse Marcio, cedió el
excesivo alboroto por respeto y le permitió hablar sin temor,
y estaba claro que los anciates mejores y más satisfechos
con la paz lo escucharían con buena disposición y decidirían
6 justamente, Tulo temió la defensa de aquél[175]. Y es que era
hábil orador entre los que más y el agradecimiento por sus
gestas anteriores superaba a la responsabilidad posterior; es
más, en una palabra, la acusación probaba la magnitud del
7 agradecimiento. Pues no les habría parecido que era un per-
juicio para ellos no haberse apoderado de Roma, si no
8 hubieran estado a punto de hacerlo gracias a Marcio. Por
tanto, decidieron no esperar más ni conocer la opinión del
pueblo, sino que los conjurados más atrevidos empezaron a
dar gritos, diciendo que los volscos no tenían que oír ni ver
al traidor que los tiranizaba y que no deponía el mando y
atacándolo en grupo lo mataron, sin que lo defendiera nin-
guno de los presentes[176].

9 Que este hecho no respondía al sentir de la mayor parte
de los volscos, lo demostró que inmediatamente salieron co-

[174] Aquí resume Plutarco lo que dice D. H., VIII 57.4-58.1.

[175] Dionisio se refiere a este miedo de Tulo, justificado igualmente por la habilidad retórica de Marcio, en los preliminares de la asamblea, cuando Marcio se presta a rendir cuentas ante todos los volscos (VIII 58.2).

[176] Lo mataron a pedradas, según D. H., VIII 59.1. Cicerón, *Brut.* 42 y *Lael.* 42, sugiere suicidio, lo que puede ser una construcción retórica (cf. T. Cornell, 2003, pág. 74, n. 5).

rriendo de sus ciudades en busca del cadáver y lo enterraron con todos los honores, decorando luego su tumba con armas y despojos como corresponde al mejor y a un general[177]. In- 10
formados de su muerte los romanos, no mostraron ningún signo de honor ni de cólera contra él, pero, a petición de las mujeres, les permitieron llevar luto diez meses, como era costumbre para ellas por el padre, un hijo o un hermano.
Pues éste era el límite que para el luto más largo fijó Numa 11
Pompilio, como queda expuesto en la historia sobre aquél[178].

Los asuntos de los volscos pronto hicieron añorar a 12
Marcio; pues primero, con motivo de una discusión con los ecanos, que eran sus aliados y amigos, por la hegemonía, acabaron en golpes y matanzas[179]; y luego fueron vencidos por los romanos en una batalla[180], en la que murió Tulo y quedó destruida la flor y nata de su ejército, a raíz de lo cual tuvieron que contentarse con acuerdos muy vergonzosos, convirtiéndose en súbditos y aceptando hacer lo que se les mandara[181].

---

[177] D. H., VIII 59.2-4 describe con gran detalle los funerales, la incineración y el entierro de sus restos.

[178] *Num.* 12.3. La noticia del duelo de Marcio se lee también en D. H., VIII 62.2, que es más generoso que Plutarco respecto a la actitud de los romanos al conocer la muerte de Marcio, cuando dice que comprendieron que era una desgracia para la ciudad y estuvieron de luto en público y en privado.

[179] D. H., VIII 63.2.

[180] La batalla tiene lugar en Vélitras, durante la campaña de Tito Sicinio (cónsul en el 487 a. C., cf. BROUGHTON, I, págs. 19-20) contra Tulo (D. H., VIII 67).

[181] La claudicación definitiva de los volscos se hizo ante el cónsul Espurio Casio en el 486 a. C. (BROUGHTON, I, pág. 20) en estos términos, que toma Plutarco de D. H., VIII 68.2.

ALCIBÍADES

Ascendencia, crianza y belleza física

Al parecer el linaje de Alcibíades 1
remonta su origen a Eurísaces, el hijo de Ayante[1]. Por parte de madre fue alcmeónida, pues era hijo de Dinómaca[2], la hija de Megacles[3]. Su padre Clinias combatió gloriosamente en Artemisio con un trirreme equipado por él mismo[4]. Luego murió en Coronea,

[1] Sobre este personaje, cf. *Sol.* 10.3.

[2] Sobrina nieta de Clístenes, casada con Clinias. S. Verdegem, 2005 (2), que analiza todo el capítulo como un Proemio para la *Vida* en el que se resumen con habilidad retórica los principales argumentos literarios de su construcción, llama la atención (pág. 483) acertadamente sobre el papel que tienen las etimologías de este nombre (*deinós* + *máche* = «hábil en el combate») y el siguiente (*mégas* + *kléos* = «gran gloria») en relación con la vida del personaje, caracterizada por su habilidad militar y por el prestigio de que gozó en su tiempo, un tópico éste que está presente desde el anecdotario de los primeros capítulos de la biografía.

[3] Megacles, ostracizado en 487/6, era hijo de Hipócrates de Alópece.

[4] Realmente el Clinias que se distinguió en Artemisio (cf. Heródoto, VIII 17) no era el padre de Alcibíades, sino su tío abuelo, nacido hacia 510 a. C. y representado en una copa del pintor Ambrosio. El padre de Alcibíades, hijo del hermano de aquél, Alcibíades, nació hacia 485 a. C. A. E. Raubitschek, 1955, ha dado crédito al testimonio de Plutarco, pero sus argumentos fueron convincentemente rebatidos por P. Bicknell en un ar-

2 combatiendo con los beocios. Entonces se hicieron cargo de Alcibiades Pericles y Arifrón, los hijos de Jantipo, que eran
3 parientes suyos[5]. Se dice con acierto que la buena disposición y el cariño de Sócrates hacia él no le fue de poco provecho para su gloria; ya que, de Nicias, Demóstenes, Lámaco, Formión, Trasibulo y Terámenes[6], que fueron hombres muy famosos de su tiempo, de ninguno de ellos ni siquiera la madre conservó el nombre; en cambio de Alcibíades incluso sabemos de su nodriza, laconia de origen y llamada Amicla, y del pedagogo, Zópiro, noticias que nos han trans-

---

tículo (1975) en que clarifica los problemas genealógicos de Alcibiades y discute la bibliografía sobre el tema.

[5] Agarista, madre de Pericles y Arifrón, era hermana de Megacles, el padre de Dinómaca; por tanto, Pericles y Arifrón eran tíos segundos de Alcibíades. Platón (*Alcibiades maior* 104b) sólo menciona a Pericles. Pero el papel como tutor de Arifrón está claro por su preocupación por Alcibíades, tal como leemos *infra* cap. 3.1, con referencia a las *Invectivas* de Antifonte como fuente.

[6] Todos coetáneos de Alcibíades y de algún modo relacionados con los principales episodios militares a los que estuvo ligado. Demóstenes, que tuvo un papel destacado en la primera parte de la Guerra del Peloponeso, fue enviado a Sicilia para apoyar a Nicias en 413 a. C. donde fue derrotado; hecho prisionero, como luego Nicias, corrió su misma suerte ajusticiado por los sicilianos (*Nic.* 28-29). Sobre Lámaco, cf. *Per.* 20.1 (nuestra nota 191); aquí se le menciona porque fue nombrado junto con Nicias y Alcibíades para la expedición de Sicilia; Formión fue un general ateniense que mandó una flota contra Samos en 440/439 y tuvo un papel destacado en la Guerra del Peloponeso; fue el general con el que Alcibíades llegó a Potidea (cf. Isócrates, XVI 29); el Trasibulo a que se hace referencia aquí es el conocido político y general que organizó con Trasilo la revuelta contra los oligarcas y promovió el regreso de Alcibíades, con quien venció en 410 a la flota peloponesa en Mindaros; Terámenes participó en el golpe oligárquico de Atenas del 411 y entró en el Consejo de los Cuatrocientos. Fue general también en la última parte de la Guerra del Peloponeso y asistió a la conquista de Bizancio.

mitido, aquélla Antístenes[7] y ésta Platón[8]. Pues bien, sobre 4
su belleza física tal vez sólo haya que decir que tanto de ni-
ño como de adolescente y de hombre, floreciendo en todas
las edades y estaciones del cuerpo, lo hizo encantador y dul-
ce. Pues no, como decía Eurípides, de todas las cosas bellas 5
hasta el otoño es bello[9], sino que esto fue válido sólo para
Alcibíades y otros cuantos, gracias a sus buenas cualidades
y virtudes físicas. Dicen que iba bien con su voz la tartamu- 6
dez y que proporcionaba a su charla una gracia que lograba
persuasión. Alude también Aristófanes[10] a su balbuceo en 7
los versos donde se burla de Teoro:

Entonces Alcibíades me dijo balbuceando:

¿Ves a *Teolo*? Tiene la cabeza de un *kólakos*[11].
Y la verdad es que acertó Alcibíades con su tartamudez.

También Arquípo[12], mofándose del hijo de Alcibíades, 8
dice: «Camina con afectación, arrastrando el manto, para

---

[7] Sobre Antístenes como fuente para detalles de la vida de Alcibíades, cf. Ateneo, V 220c y XII 534c.

[8] En el *Alcibiades I* de Platón, 122b, Sócrates se dirige a él diciendo que Pericles le ha dado como pedagogo al tracio Zópiro, un esclavo demasiado viejo para ser útil.

[9] Respuesta del poeta al rey Arquelao, admirado por sus abrazos, borracho, al viejo Agatón durante un banquete (Eliano, *VH* 13.4 = *TGrF* 39T 22a Snell). Plutarco recoge la anécdota en *Apophth.* 177A y hace referencia a las mismas palabras de Eurípides en *Amat.* 770C.

[10] *Avispas* 44.

[11] El chiste se basa en la diferencia de sentido que tiene esta palabra, según se escriba con -r- (*kórakos* = «cuervo») o con -l- («adulador»).

[12] *PCG* fr. 48. Arquipo fue un comediógrafo contemporáneo de Aristófanes, vencedor en las Dionisias de 415/412. Se conservan 61 fragmentos de obras suyas y 6 títulos, entre ellos un *Anfitrión* y un *Plutos*. Su *Rhinon* y los *Ichthyes* (*Peces*) son tal vez posteriores al 403.

parecerse sobre todo a su padre, y ladea el cuello y balbucea».

Carácter y anécdotas de la infancia y la juventud

2 Su carácter mostró luego, como es normal en asuntos importantes y avatares, numerosas desigualdades y cambios respecto a sí mismo. De las muchas y grandes pasiones que había en él por naturaleza, las más fuertes eran el afán de victoria y de ser el primero, como se ve en las anécdotas de su infancia.

2 En efecto, le hicieron una llave en la lucha y, para no caer, atrajo a su boca los brazos del que lo tenía trabado con
3 la intención de morderle las manos. Como aquél entonces aflojó la llave y dijo: «muerdes, Alcibiades, como las mujeres», respondió: «No así yo, sino como los leones»[13]. Cuando todavía era pequeño, estaba jugando a las tabas en un callejón, y, en el momento en que le tocaba tirar a él, venía
4 un carro de carga. Entonces, primero ordenó al guía del carro que esperara; pues la tirada caía al paso del carro; pero aquél no le obedecía, debido a su rudeza, sino que se echaba encima. Los demás niños se apartaron y Alcibiades, echándose de bruces delante del carro y tendiéndose todo lo largo que era, lo invitó así a pasar por encima si quería. De este

[13] La anécdota se recoge también en *Apophth.* 186D y forma parte de una serie de imágenes, términos y comparaciones con que Plutarco presenta a su personaje con las cualidades, conducta e imagen del león, como señala M.ª CRUZ SALCEDO, 2005 (también T. DUFF, 2005, págs. 160-161). Desde este punto de vista no es extraño que la anécdota se atribuya a Alcibíades, cuya ansia de victoria ilustra (también en 186D), cuando probablemente circulaba en otros contextos (en *Apophth. Lac.* 234D-E las palabras se ponen en boca de un espartano anónimo). T. DUFF, 2005, pág. 159 ve una intención de ambigüedad sexual en la referencia a «como una mujer» de esta anécdota, ya que esa ambigüedad es recurrente en toda la *Vida*.

modo aquél hizo retroceder el carro por miedo y los que lo
vieron se asombraron y acudieron corriendo hacia él. Cuan- 5
do empezó a estudiar, a los demás maestros les prestaba la
atención debida, pero se negaba a tocar el *aulós,* como cosa
innoble e impropia de hombres libres[14]; pues el uso del
plectro y de la lira no alteraban nada la figura ni el aspecto
que corresponde a un hombre libre, pero cuando uno toca
auloí con su boca, hasta los parientes tienen dificultad en
reconocer su cara. Además, la lira suena al ritmo y acompa- 6
ña el canto del que la toca, mientras que el *aulós* obstruye la
boca y amordaza a todos, al impedir la voz y la palabra.
«Por tanto, que toquen el *aulós»* decía, «los hijos de los te-
banos, pues no saben conversar; pero nosotros, los atenien-
ses, como dicen nuestros padres, tenemos como fundadora a
Atenea y como patrono a Apolo; y de éstos, aquélla tiró el
aulós y éste desolló al auleta»[15]. Así, medio en broma y 7
medio en serio, Alcibíades se libró de su aprendizaje a sí
mismo y a los demás. Pues enseguida se corrió la voz entre

[14] El *aulós* es un instrumento de viento, pero que nada tiene que ver con la flauta (término con el que suele traducirse incorrectamente); el sonido no se produce por insuflación directa (como en ésta), sino por la vibración de una lengüeta que se inserta en el tubo del instrumento y que es la que recibe el soplo del músico y mueve el aire del tubo produciendo un sonido distinto del de la flauta. Sobre el rechazo de la aulética por parte de Alcibíades, Sócrates le recuerda en PLATÓN, *Alcibíades Mayor* 106e, que, según su memoria, estudió gramática, cítara y lucha; pero no quiso aprender la aulética.

[15] Auleta es, naturalmente, la persona que tañe el *aulós.* La existencia en castellano de términos profesionales análogos nos anima a traducir así el griego *auletés,* que debería integrarse en el vocabulario técnico del castellano y desterrar definitivamente la traducción inexacta por «flautista». Lo mismo vale para aulética (arte de tañer el *aulós*). Según el mito, Atenea inventó el *aulós,* pero lo tiró al ver que se le deformaba la cara al tocarlo; entonces lo recogió el sátiro Marsias, que retó a competir en música con Apolo. Éste lo venció y, como castigo, lo desolló vivo.

los niños de que tenía razón Alcibíades con su aversión a la aulética y sus críticas contra quienes la estudiaban. En consecuencia, el *aulós* fue eliminado por completo de las ocupaciones libres y totalmente denostado.

3 En las *Invectivas* de Antifonte[16] está escrito que siendo niño se escapó de su casa y se fue con Demócrates, uno de sus amantes. Arifrón quería denunciar la desaparición, pero Pericles no lo dejó, diciendo que, si estaba muerto, con la denuncia aparecería un solo día antes. Y si estaba vivo, ya no tendría salvación el resto de su vida. También está escrito que mató a uno de sus criados en la palestra de Sibircio
2 golpeándolo con un palo. Pero a estas injurias no vale la pena darles crédito ya que las dijo alguien que confiesa criticarlo por enemistad.

Relación con Sócrates y con otros amantes

4 Cuando ya se congregaban con él y le seguían muchos nobles, los demás era evidente que estaban maravillados y cultivaban el esplendor de su lozanía; en cambio el amor de Sócrates era un importante testimonio de las buenas condiciones del joven para la virtud. Viendo que éstas se manifestaban y resplandecían en su belleza, pero temiendo el dinero, el prestigio y la chusma de ciudadanos, extranjeros y aliados que trataba de conquistarlo con adulaciones y favores, estaba dispuesto a defenderlo y no descuidarlo, como si se tratara de una planta en flor que está a punto de perder y corromper el fruto propio.

---

[16] fr. 66B1. Se trata seguramente de Antifonte de Ramnunte (cf. 480-411 a. C.), probablemente identificable con Antifonte el Sofista; fue un orador, líder del golpe del 411, por lo que fue ajusticiado tras la restauración de la democracia.

Pues a nadie envolvió por fuera la fortuna ni lo blindó 2
tanto con los normalmente considerados bienes, como para ser invulnerable a la filosofía e inaccesible a palabras francas y con mordiente. De modo que Alcibíades ya desde el principio, aunque seducido y alejado por los aduladores de atender al que lo reprendía y educaba, sin embargo gracias a su buen natural reconoció a Sócrates y se acercó a él, apartándose de los amantes ricos y famosos. Y al punto hacién- 3
dose amigo íntimo y escuchando las razones de un amante que no iba a la caza de un placer cobarde ni buscaba besos y abrazos, sino que reprendía las debilidades de su alma y reprimía su vanidad y ciega insensatez,

«se asustó, como un gallo vencido inclinando el ala» [17]

y consideró que la tarea de Sócrates era realmente un minis- 4
terio divino para cuidado y salvación de los jóvenes[18]. Y al menospreciarse a sí mismo y admirar a aquél, amando su bondad y avergonzándose ante su virtud, sin darse cuenta iba adquiriendo una imagen de amor, como dice Platón[19], que respondía al amor; de este modo todo el mundo se asombraba al verlo compartir con Sócrates la comida, la lucha y la tienda[20], y ser duro y de difícil acceso para los demás amantes e incluso con algunos comportarse con total insolencia. Es el caso de Ánito el de Antemión[21]. Estaba 5

[17] Verso de FRÍNICO (fr. 17 NAUCK^2), citado también en *Pelop.* 28.11 y *Mor.* 762F.

[18] Se trata de una cita atribuida por el propio Plutarco al socrático Polemón en *Ad princ. indoct.* 780D.

[19] En *Fedro* 255d.

[20] Referencia a PLATÓN, *Banq.* 219.

[21] Se trata del Ánito que luego sería uno de los acusadores de Sócrates. La anécdota que sigue se recoge también en *Amat.* 5 (*Mor.* 762C) y en

enamorado éste de Alcibíades e invitó a unos extranjeros y a aquél al banquete. Éste rechazó la invitación, pero, tras emborracharse en su casa con los amigos, se dirigió con el grupo a casa de Ánito. Luego se quedó de pie a la puerta y, después de contemplar las mesas repletas de vasos de plata y oro, ordenó a los criados que cogieran la mitad y se los llevaran a su casa; pero no se dignó entrar, sino que, cuando
6 hizo esto, se marchó. Entonces, como los extranjeros se mostraban indignados y comentaban con cuánta insolencia y soberbia había tratado Alcibíades a Ánito, «Más bien con mesura», dijo Ánito, «y benevolencia; pues de lo que podía llevarse al completo, nos ha dejado la mitad».

5 Del mismo modo trataba también a los demás amantes, salvo lo ocurrido, según dicen, con un meteco. Éste, que no tenía mucho, lo vendió todo y la suma reunida, unas cien estateras[22], se la llevó a Alcibiades y le pidió que la cogiera.
2 Aquél, echándose a reír, complacido lo invitó a comer; y, después de agasajarlo y mostrarle su cariño, le devolvió el dinero y le ordenó que al día siguiente pujara en contra de los compradores de los impuestos públicos y ofreciera por
3 encima de su precio. Como el hombre se negaba a ello por ser la compra de muchos talentos, lo amenazó con hacerlo azotar, si no lo hacía; pues, además, tenía alguna cuestión
4 personal con los recaudadores. Así pues, al amanecer, el meteco se dirigió al ágora y ofreció por la compra un talento[23]. Y cuando los recaudadores, reuniéndose indignados, le ordenaron que diera el nombre de un fiador, convencidos de que no lo encontraría, ante la confusión de aquél y cuando iba ya a retirarse, Alcibiades se puso de pie y, dirigiéndose

---

ATENEO, XII 534e-f, que cita a Sátiro y dice que ordenó llevárselas a Trasilo, uno de sus amantes que era pobre.

[22] Cien estateras equivalían a doscientas dracmas.

[23] El talento tenía seis mil dracmas.

de lejos a los magistrados, les dijo: «Escribid mi nombre; es
mi amigo y yo soy su valedor». Al oír esto, todos los recau- 5
dadores no sabían qué hacer; pues acostumbrados siempre a
saldar con las segundas compras las deudas de las primeras,
no veían que tuvieran una salida del problema; así que ro-
gaban al hombre ofreciéndole dinero; pero Alcibíades no le
dejaba coger menos de un talento y, cuando le ofrecieron el
talento, le mandó cogerlo y retirarse; de esta forma lo ayudó.

El amor de Sócrates, aunque contaba con muchos e im- 6
portantes antagonistas, en ocasiones lograba vencer a Alci-
biades, pues debido a su buen natural, los consejos prendían
en él, removían su corazón y le hacían verter lágrimas; pero
a veces, se entregaba a los aduladores que ponían bajo sus
pies una alfombra de placeres; se apartaba entonces escurri-
dizamente de Sócrates y sencillamente tenía que ser cazado
como un fugitivo, aunque sólo ante aquél tenía vergüenza y
miedo, mientras que a los demás los despreciaba. Con razón 2
Cleantes[24] decía que el que está enamorado se deja vencer
por sí mismo a través de los oídos y ofrece a los rivales en
el amor muchos asideros intocables para él. Se refiere con
ello al vientre, los genitales y la garganta. Y Alcibíades era 3
sin duda también presa fácil para los placeres; pues los des-
órdenes físicos de su dieta a que se refiere Tucídides[25] in-
ducen a tal suposición. De todos modos, sus seductores, 4
tentando su ambición y afán de gloria, lo lanzaron a des-
tiempo a ocuparse en grandes empresas, haciéndole creer
que tan pronto como empezara a actuar en la vida pública,
apagaría a los demás generales y políticos inmediatamente,

---

[24] frg. 614 ARNIM. Cleantes de Assos (331/0-230/29 a. C.) fue un filósofo estoico, que llegó a Atenas en el 281/0 a. C. y sucedió a Zenón al frente de la Estoa en 262/1 a. C. Subrayó los elementos cosmológicos de la ética y fue autor de un *Himno a Zeus*.

[25] VI 15.4b, a propósito de las reticencias de los atenienses hacia él.

e incluso superaría la autoridad y la fama entre los griegos
5 de Pericles[26]. Pues bien, igual que el hierro se ablanda en el fuego y de nuevo por acción del frío se compacta y se concentra con sus partículas en sí mismo, del mismo modo a aquél, cada vez que Sócrates volvía a cogerlo lleno de molicie y vanidad, lo reprimía con sus palabras y lo reducía hasta hacerlo humilde y dócil, aprendiendo todo lo que faltaba y lo imperfecto que era para la virtud.

7 Cuando estaba saliendo de la edad de la infancia, se presentó en una escuela y pidió un libro de Homero. Como el maestro le dijo que no tenía ninguno de Homero, le dio
2 un puñetazo y se marchó[27]. A otro que le dijo que tenía un Homero corregido por él mismo, le contestó: «¿Y siendo capaz de enmendar a Homero, enseñas a leer, en vez de
3 educar a los jóvenes?». Un día, con la intención de encontrarse con Pericles, fue a la puerta de su casa, pero, informado de que no estaba libre, sino reflexionando cómo rendir cuentas a los atenienses, Alcibiades, se marchó diciendo: «¿Y no sería mejor que estudiara cómo no rendirlas?»[28]. Era todavía adolescente cuando tomó parte en la expedición a Potidea[29], teniendo a Sócrates como compañero de tienda y

[26] Una idea similar encontramos en Platón, *Alcib.* I, 105 a-b, donde Sócrates le recrimina si piensa que cuando tome la palabra ante el pueblo va a superar la estima que los atenienses tienen por Pericles.

[27] La anécdota se encuentra también en *Reg. et Imp. Apophth.* 186D.

[28] Cf. *Reg. et Imp. Apophth.* 186E. D. S., XII 38 recoge la misma anécdota, aunque con algunas variantes. Aquí Alcibíades es recibido por Pericles, le pregunta a éste en qué consisten sus preocupaciones y le dice estas palabras como un consejo que, según Diodoro, acepta y para ello inició la guerra. La versión de Valerio Máximo, III 1, ext. 1, coincide con la de Diodoro tanto en los detalles como en la contextualización (cf. también Aristodemo, *FGrHist* 104, F1).

[29] Sobre Potidea, colonia corintia situada en el istmo de la península calcídica de Palene y la importancia de su revuelta, véase *Per.* 29.6 y nuestra nota 291 en el vol. II dentro de esta colección.

de fila en los combates. Con ocasión de una violenta batalla, 4
ambos tuvieron una actuación destacada, y en un momento
en que Alcibíades cayó herído, Sócrates se puso delante, lo
protegió y quedó muy claro que lo salvó con sus armas. Por 5
tanto, en justicia, la condecoración correspondía a Sócrates;
pero como los generales tenían interés en atribuir la gloria a
Alcibíades, por su prestigio[30], Sócrates, pretendiendo
aumentar su ambición de honores en las acciones hermosas,
fue el primero en dar testimonio y solicitar que se le impu-
siera la corona y le dieran la armadura. En otra ocasión, 6
después de la batalla de Delio[31] y durante la huida de los
atenienses, Alcibiades, que tenía un caballo, al ver a Sócra-
tes retirándose con unos cuantos a pie, no pasó de largo,
sino que lo escoltó y lo protegió del ataque de los enemigos,
que mataron a muchos. Pero esto ocurrió después[32].

Matrimonio con Hipáreta

A Hipónico, el padre de Calias[33], 8
que gozaba de gran fama y autoridad
por su dinero y su linaje, le dio un
puñetazo, no empujado por enfado o alguna discusión, sino

---

[30] El propio Alcibíades reconoce en PLATÓN, *Banq.* 220d-e que el premio correspondía a Sócrates y que así lo manifestaba él mismo, pero que los estrategos se lo concedieron a él por su prestigio (cf. también D. A. RUSSELL, 1966, pág. 41).

[31] Delio era un santuario de Apolo con un pequeño asentamiento y un puerto en la costa oriental de Beocia, perteneciente primero a Tebas y luego a Tanagra. En esta batalla, que tuvo lugar durante la primera parte de la Guerra del Peloponeso (424 a. C.) los atenienses fueron derrotados por los beocios.

[32] Plutarco es consciente de la desviación cronológica, a la que le ha llevado, sin duda, la asociación de ambas anécdotas presentes en el mismo orden (una detrás de la otra) en Platón. En *Banq.* 220e-221a, en efecto, Alcibíades, después de admitir que él fue salvado por Sócrates en Potidea, recuerda los detalles de esta fuga de Sócrates a pie, acompañado de Laques y de él, a caballo, en los mismos términos en que los reproduce Plutarco.

[33] Sobre Hipónico y Calias, véanse nuestras notas 231 y 232 a *Per.* 24.8.

2 porque así lo había acordado en broma con los amigos; este acto de insolencia fue muy comentado en la ciudad y todo el mundo se indignó por ello, como es natural, por lo que al amanecer se presentó Alcibiades en la casa de Hipónico y, llamando a su puerta, entró hasta él; se quitó entonces el manto y, ofreciéndole su cuerpo, le pidió que lo castigara
3 con el látigo. Aquél lo perdonó y depuso su cólera, y luego lo hizo novio de su hija Hipáreta. Según algunos, no fue Hipónico, sino Calias, su hijo, quien le prometió Hipáreta a Alcibiades con una dote de diez talentos. Luego, cuando dio a luz, Alcibíades volvió a exigirle otros diez, como si se
4 hubiera convenido esto, en caso de nacer hijos[34]. Calias, por miedo a alguna maquinación, se presentó ante el pueblo y donó sus riquezas y su casa, si moria sin dejar descendencia[35]. Era Hipáreta mujer recatada y amante de su marido, pero, ofendida en su matrimonio por él, que andaba acostándose con heteras extranjeras y de la ciudad, se marchó de
5 la casa y se refugió en la de su hermano[36]. Como Alcibiades

---

[34] Ps.-Andócides (*Contra Alcibíades* 13) da también estas noticias y, aunque no dice quién casó a Hipáreta con Alcibíades, la referencia a que éste reclamó otros diez talentos a la muerte de Hipónico, como si hubiera convenido con él que se los daría cuando naciera un niño, parece alinear al orador con la versión mayoritaria. Isócrates, XVI 31 sigue la versión mayoritaria.

[35] La posición de esta noticia parece ligarla a la anterior (reacción de Calías ante la codicia de Alcibíades); sin embargo, en Ps.-Andócides, *Contra Alcibíades* 15, se da simplemente como un dato más de la maldad de éste que amenaza de muerte a su cuñado para quedarse con la hacienda de Hipónico, sin establecer una relación aparente de causa-efecto entre ambas anécdotas. De hecho, en el orador, las dos noticias están separadas por la de la denuncia de Hipáreta.

[36] Esta actitud de denuncia ante la infidelidad del marido parece sorprendente en una sociedad que miraba con buenos ojos el trato del varón con prostitutas incluso en el matrimonio, como señala G. González Almenara, 2005, págs. 588-593, a propósito de este pasaje. Ps.-Andócides

no se preocupó por ello, sino que continuaba con su vida licenciosa, tenía que presentar ante el magistrado la denuncia de divorcio no por medio de otros, sino compareciendo ella personalmente. Pues bien, cuando se presentó para hacer esto de acuerdo con la ley, vino Alcibiades, la cogió decididamente y se alejó por el ágora llevándosela a casa, sin que
nadie se le opusiera ni se atreviera a quitársela. Y la verdad 6
es que permaneció a su lado hasta su muerte; murió al poco tiempo, después de zarpar Alcibiades para Éfeso. Así pues, aquella violencia no parece que fuera totalmente contraria a las leyes y al trato humano; pues precisamente la ley establece que la que abandona su casa acuda personalmente al tribunal por esto, para que el marido tenga la oportunidad de coincidir con ella y retenerla[37].

A un perro que tenía, de excelente tamaño y belleza 9
y que había comprado por setenta minas[38], le cortó el ra-
bo, que era muy hermoso. Los amigos lo reprendían y le de- 2
cían que todos estaban que mordían por el perro y que lo criticaban, por lo que se echó a reír y dijo: «Entonces está pasando lo que deseo; pues quiero que los atenienses hablen de esto, para que no digan algo peor sobre mí».

(*In Alcibiadem* 14) precisa más, al decir que Alcibíades introducía las prostitutas en su propia casa.

[37] La traducción que propone Flacelière para el verbo *symbênai* «de se réconcilier avec elle» no encuentra apoyo en las fuentes; además, ni está contemplada juridícamente en la Atenas de la época ni responde a la idea de Plutarco sobre el papel del marido respecto a la mujer ante el divorcio (véase el comentario de A. G. Nikolaidis, 1997, págs. 60-63, sobre este mismo caso).

[38] En *Reg. et Imper. Apophth.* 186D se recoge la misma anécdota con la equivalencia del precio en dracmas (7.000); por tanto, el perro le costó más de un talento (= 6.000 dracmas).

10

Ingreso en política. Rivalidad con Nicias y Féace

Su primera entrada en la vida pública dicen que tuvo lugar con una donación de dinero, no preparada, sino que, al pasar por un sitio, como los atenienses estaban dando gritos, preguntó la causa del tumulto, e informado de que se trataba de donaciones de dinero, fue allí e hizo una donación. Con los aplausos y gritos de alegría del pueblo, se olvidó de la co-
2 dorniz que casualmente tenía en el manto. Ésta, asustada, se escapó, por lo que los atenienses todavía gritaban más, levantándose muchos para cazarla; la cogió Antíoco el piloto y se la devolvió; por ello fue muy querido para Alcibiades.
3 Aunque le abrían grandes puertas para la política su linaje, su dinero y su valor en los combates, y contaba con muchos amigos y parientes, estaba convencido de que a nada debía más su influencia entre el pueblo que a la gracia de su dis-
4 curso. Era un excelente orador, como atestiguan los comediógrafos y el más competente de los oradores, cuando dice en su *Contra Midias*[39] que Alcibiades sumaba a sus demás cualidades una gran elocuencia. Y, si creemos a Teofrasto, hombre comparable a cualquiera de los filósofos en afán de saber y dominio de la historia, Alcibíades era el más experto de todos en hallar y expresar lo que era preciso, buscando no sólo lo que hay que decir, sino también los términos y expresiones con los que hay que hacerlo; y si no le salían, se quedaba en blanco muchas veces y en mitad del discurso guardaba un momento de silencio, porque se le escapaba la frase, reflexionando y tratando de recuperarse[40].

[39] Demóstenes, XXI 145. Cf. D. S., XII 84.1.

[40] frg. 134 Wherli. Plutarco recuerda el mismo testimonio de Teofrasto en *Praec. ger. reip.* 804A y, sin mencionar la fuente, en *De prof. in virt.* 80D.

Eran muy conocidas sus crianzas de caballos[41] y además 11
por el número de carros que tenía; pues ningún otro presen-
tó siete a las Olimpíadas, ni particular ni rey, salvo él so-
lamente. Su victoria, segundo y cuarto puesto, como dice 2
Tucídides[42], y el tercero, según Eurípides, supera en brillo y
fama todas las expectativas en ellas. Eurípides dice así en su 3
canto: «A ti te cantaré, hijo de Clinias; bella es la victoria;
pero más bello, cosa que ningún otro griego ha logrado, ob-
tener en la carrera de carros el primer puesto, el segundo y
el tercero; y marchar sin esfuerzo, dos veces coronado de
olivo, para ser proclamado por el heraldo».

Esta gloria la hizo más brillante la rivalidad de las ciu- 12
dades; pues los efesios le pusieron una tienda magnífica-
mente adornada; la ciudad de Quíos le procuró forraje para
los caballos y gran cantidad de victimas para el sacrificio;
y los lesbios, vino y el resto de provisiones necesarias para
dar un generoso festín a muchas personas. De todos modos 2
dio más que hablar cierto rumor malintencionado que surgió
a propósito de aquella ambición. En efecto, se dice que 3
había en Atenas un tal Diomedes, hombre no de mala con-
dición y amigo de Alcibiades, que deseaba lograr él mismo
una victoria olímpica. Enterado de que los argivos tenían un
carro público y como sabía que Alcibíades era muy influ-
yente en Argos y tenía allí muchos amigos, lo convenció
para que comprara el carro. Alcibíades lo compró, pero lo
inscribió a su nombre y mandó a paseo a Diomedes, que
lo llevó muy mal y ponía por testigos a los dioses y a los

[41] A ello se refiere ya Isócrates, XVI 33.

[42] VI 16.2. Sin duda de él depende igualmente Ateneo, I 5, que alude al epinicio compuesto por Eurípides para estas victorias, sin mencionar el detalle del tercer puesto. Al encomio de Eurípides vuelve a referirse Plutarco en *Dem.* 1.1.

hombres[43]. Al parecer promovió un pleito sobre esto, y hay un discurso escrito por Isócrates sobre la biga[44], en defensa del hijo de Alcibíades, en el que es Tisias, no Diomedes, el que se querelló.

13 Cuando se lanzó a la política, siendo todavía un adolescente, enseguida oscureció a los demás políticos; pero tenía contiendas con Féace el de Erasístrato y con Nicias el de Nicérato; éste era ya avanzado en edad y se le consideraba un excelente estratego; en cuanto a Féace, empezaba como él a destacar entonces y era hijo de padres conocidos, pero
2 inferior a los otros en su discurso; pues, al parecer, era ocurrente y persuasivo en privado, pero estaba menos capacitado para sostener un debate en la Asamblea. Y es que, como dice Éupolis[45], era

«de conversación excelente, pero muy poco hábil con el discurso».

3 Se conserva también un discurso de Féace escrito contra Alcibíades, en el que, entre las demás cosas, se recoge que la ciudad tenía muchos vasos de oro y plata y que Alcibíades
4 los utilizaba todos como propios para la vida diaria[46]. Había un tal Hipérbolo hijo de Périto, al que se refiere Tucídides como mala persona[47] y que tuvo ocupados prácticamente a

[43] En Ps.-Andócides, IV 25-27 sólo se menciona la acción injusta de Alcibíades contra Diomedes, sin mencionar que el carro fue adquirido con dinero de aquél. D. S., XIII 74.3 da una versión similar a la de Plutarco, insertando la anécdota entre las acusaciones que lanzaban los atenienses contra Alcibíades para despojarlo del mando en Asia después de la batalla de Nocio (*infra* cap. 361-5).

[44] Isócrates, XVI. El discurso se inicia reivindicando la adquisición del carro con dinero de Alcibíades.

[45] frg. 95 Caf I, 281.

[46] A ello hace referencia igualmente Ps.-Andócides, IV 29.

[47] VIII 73.3.

todos los cómicos, pues siempre era objeto de burla en los
teatros. Como no se inmutaba y era impasible ante las críti- 5
cas por desprecio a la reputación, que, siendo desvergüenza
e insensatez, algunos llaman decisión y valor, a nadie gus-
taba, pero el pueblo se servía de él muchas veces cuando
quería humillar a los prestigiosos y delatarlos. Pues bien, 6
convencido por él entonces, iba a aplicar el ostracismo, con el
que, truncando siempre la carrera del ciudadano que sobre-
sale en fama y poder, lo destierran, y de este modo mitigan
su envidia más que su miedo. Era evidente que aplicarían el 7
ostracismo para uno de los tres, por lo que Alcibíades puso
de acuerdo las facciones y, entrevistándose con Nicias, vol-
vió la votación del ostracismo contra Hipérbolo[48]. Según 8
algunos, no fue con Nicias, sino con Féace con quien se
entrevistó y, ganándose al grupo de aquél, hizo desterrar a
Hipérbolo, que no se lo habría esperado[49]; pues ningún mi- 9
serable o persona sin prestigio sufría este castigo, como en
cierto modo dice Platón el comediógrafo[50], cuando recuerda
a Hipérbolo:

«Sin duda ha recibido un castigo digno de su conducta,
pero impropio de su persona y de sus manchas;
pues no se inventó para individuos tales el ostracismo».

De todos modos, sobre estas cuestiones ya se han dicho
los detalles históricos con más detalle en otros lugares.

A Alcibíades no menos le molestaba que Nicias fuera 14
admirado por los enemigos, que apreciado por los ciudada-

---

[48] Estos manejos entre Alcibíades y Nicias se describen también en *Arist.* 7.3 y *Nic.* 11.4.

[49] La fuente de Plutarco para esta versión es Teofrasto (frg. 139 W.), como se indica en *Nic.* 11.10.

[50] frg. 187 Caf I '654. El texto se reproduce igual en *Nic.* 11.5-7.

nos. Pues Alcibíades era próxeno de los lacedemonios y, a
2 sus soldados capturados en Pilos[51], les dio un buen trato; pero cuando aquéllos lograron la paz por mediación de Nicias sobre todo y recuperaron a los soldados, como le tenían mucho aprecio a éste y entre los griegos se decía que Pericles les había prendido la guerra y Nicias los había librado de ella, por lo que la mayoría llamaban «de Nicias» a la paz[52], Alcibíades estaba muy molesto y, por envidia, maquinaba una
3 anulación de los acuerdos. Primero, al darse cuenta de que los argivos, por odio y temor hacia los espartanos, pretendían apartarse de ellos, les infundió secretamente esperanzas en la alianza de los atenienses y mantenía su ánimo mediante enviados y conversaciones con los líderes del pueblo, diciéndoles que no tuvieran miedo ni cedieran a los lacedemonios, sino que se pusieran de parte de los atenienses y aguardaran el momento en que no tuvieran reparo en abandonar la paz.
4 Y cuando los lacedemonios firmaron una alianza con los beocios y entregaron a los atenienses Panacto no en pie, como era debido, sino tras haberla destruido, aunque ya tenía irritados a los atenienses, todavía los enfadó más y, respecto a Nicias, alborotaba y calumniaba, lanzando acusaciones verosímiles contra él; decía que a los enemigos apresados en Esfacteria, aquél no quiso capturarlos, siendo estratego, y que, cuando otros los capturaron, los dejó libres y los devolvió haciendo
5 un favor a los lacedemonios; luego, a aquéllos no quiso disuadirlos, siendo su amigo, de que se aliaran con los beocios y corintios; pero se oponía a que cualquier griego fuera amigo

---

[51] Se refiere a la batalla del 425 a. C. en la que el general Demóstenes ocupó la bahía de Pilos, cogiendo a muchos hoplitas espartanos (cf. *Nic.* 7-8). A esta proxenía y al trato dado por Alcibíades a los prisioneros, se refiere él mismo en TUCÍDIDES (en adelante TUC.), VI 89.2 (cf. también sobre los últimos PLU., *Nic.* 9.6).

[52] Resume aquí Plutarco lo que, con más detalles, dice en *Nic.* 9.8.

y aliado de los atenienses, si no les parecía bien a los lacede-
monios. Estaba Nicias enfadado por esto, cuando se le pre- 6
sentaron, como por casualidad, embajadores de Lacedemonia
que traían de allí propuestas razonables, diciendo que venían
con plenos poderes para cualquier acuerdo conciliador y jus-
to. La *Bulé* los recibió y el pueblo iba a celebrar asamblea al 7
día siguiente. Entonces Alcibíades, asustado, se las arregló
para que los embajadores se entrevistaran con él; cuando se 8
encontraron, les dijo: «¿Qué os ha ocurrido, espartiatas?
¿Cómo se os pasó por alto que la actitud de la *Bulé* siempre
es suave y afable con los que comparecen ante ella, mientras
que el pueblo es muy orgulloso y aspira a grandes cosas? Si
decís que venís con autoridad plena, os tratará violentamente,
forzándoos con sus órdenes. ¡Ea!, abandonad esa actitud ino- 9
cente, si queréis tener suaves a los atenienses y no ser obliga-
dos a nada contra vuestro parecer. Por tanto, discutid sobre lo
justo diciendo que no tenéis plenos poderes; yo os ayudaré,
por agradar a los lacedemonios». Tras decir esto, les hizo ju- 10
ramento y los apartó de Nicias, totalmente confiados en él y
admirados de su habilidad e inteligencia, considerando que
no era propia de un cualquiera. Al día siguiente el pueblo se 11
reunió y comparecieron ante él los embajadores. Al ser pre-
guntados por Alcibíades con absoluta amabilidad sobre las
condiciones en que venían, negaron venir con plenos poderes.
Inmediatamente Alcibíades los trató a gritos y airado, como 12
si no fuera él el ofensor, sino el ofendido, llamándolos gente
de poco fiar y tramposos y que no traían hechos ni palabras
sanas. Se indignaba también la *Bulé* y el pueblo se encoleri-
zaba, y a Nicias lo dominaba el estupor y el desánimo por el
cambio de aquéllos, ignorante del doloso engaño[53].

---

[53] La descripción de esta estratagema de Alcibíades coincide en líneas generales con *Nic.* 10.4 y ambos pasajes con Tuc., V 45 (donde promete Alcibíades que convencería a los atenienses para que devolvieran Pilos a

15

Alcibíades estratego: Mantinea

Cuando así fueron despachados los lacedemonios, Alcibíades, designado estratego, enseguida hizo aliados de los atenienses a los argivos, manti-
2 neos y eleos[54]. Nadie aprobaba la forma de su acción, pero era importante lo que había hecho, dividir y hacer temblar casi todo el Peloponeso, poner frente a los lacedemonios tantos escudos en un solo día en torno a Mantinea[55] y prepararles lejos de Atenas un arriesgado enfrentamiento en el que, si vencían, la victoria no les reportaba ninguna ventaja importante, mientras que, si caían derro-
3 tados, era difícil la supervivencia de Lacedemonia. Tras la batalla[56], los Mil intentaron al punto abolir la democracia en Argos y someter la ciudad a los lacedemonios. Aquellos
4 vinieron y disolvieron la democracia[57]; pero cuando el pueblo volvió a tomar las armas y venció, acudió Alcibiades y aseguró la victoria para el pueblo. Los convenció de que prolongaran los muros largos y que, uniendo la ciudad al mar,
5 la ligaran totalmente al poder de los atenienses. Trajo de Atenas carpinteros y pedreros y puso todo su empeño, consiguiendo no menos para sí mismo que para la ciudad grati-

---

los lacedemonios, si los embajadores decían que venían sin plenos poderes) que, sin duda, es la fuente de Plutarco.

[54] Igual en *Nic.* 10.9. Para los detalles de esta alianza (por cien años), cf. Tuc., V 47.

[55] Estas gestiones de Alcibíades para apartar de los lacedemonios las principales ciudades del Peloponeso y provocar la batalla de Mantinea, se describen en Tuc., V 52.2 e Isócrates, XVI 15; cf. también *Praec. ger. reip.* 804F.

[56] Plutarco, que tiene buen cuidado en enfatizar el gran peligro en que puso Alcibíades a los lacedemonios, elude hacer referencia al resultado de la batalla, terminada en derrota de los aliados (cf. Tuc., V 66-74).

[57] Los Mil eran la oligarquía de los argivos. Sobre estas acciones, véase Tuc., V 81 y D. S., XII 80.

tud y fuerza[58]. También persuadió a los de Patras para que 6
igualmente unieran la ciudad al mar con muros largos[59] y, como uno les dijo a los de Patras «Os sorberán los atenienses», Alcibíades respondió: «Quizá, poco a poco y por los pies, pero los lacedemonios por la cabeza y de golpe». De 7
todos modos también aconsejaba a los atenienses conservar sus vínculos con la tierra y asegurar con obras el juramento que siempre se proponía a los efebos en Agraulo. Pues ju- 8
ran que tratarán como fronteras de la tierra ática su trigo, cebada, viñas, higueras y olivos[60], con lo que se les enseña a considerar propia la tierra cultivada y productiva.

Con la inteligencia y habilidad presente en esas medidas 16
políticas y discursos contrastaba en cambio la mucha molicie de su modo de vida, sus excesos en bebidas y amores, el afeminamiento con que arrastraba purpúreos vestidos por el ágora, su lujo insultante, los cortes de los puentes en los trirremes, para dormir más blandamente, echándose las ropas de cama sobre cuerdas y no sobre tablas, y la fabricación de un escudo dorado sin ningún emblema tradicional, sino un

---

[58] Estas acciones, para las que Tucídides (V 82.2-6) omite el nombre de Alcibíades (D. S., XII 81.2-3 solamente habla en líneas generales sobre su actuación como restaurador de la democracia en Argos), se describen en Plutarco de acuerdo con el texto del historiador ateniense, con el que tiene coincidencias evidentes (como la referencia a los carpinteros y pedreros venidos de Atenas). Plutarco, sin embargo, polariza la responsabilidad de las actuaciones hacia su héroe.

[59] Tuc., V 52.2.

[60] El juramento, que reproduce el orador Licurgo en *In Leocrat.* 76, se cerraba, en efecto, con la lista de los dioses a los que se ponía por testigos y con «las fronteras de la patria: trigo, cebada, viñas, olivos e higueras» (la inversión de los dos elementos finales en el texto de Plutarco puede estar determinada por razones rítmicas, para cerrar el período con un ditroqueo: *[sy]kais elaíais,* una de las cláusulas preferidas del biógrafo).

2 Eros con cuernos[61]. Al ver todo esto, la gente importante, aparte de sentirse horrorizados y estar indignados, tenían miedo de su indiferencia y sus transgresiones, que consideraban actitudes tiránicas y extrañas[62]; en cuanto al sentir del pueblo hacia él, lo describe bien Aristófanes con estos versos[63]:

3 «lo desea, lo odia, pero quiere tenerlo».

Y todavía mejor con esta mordaz insinuación[64]:

«Lo principal es no criar un león en la ciudad;
pero, si se cría, hay que aceptar sus costumbres».

4 En efecto, sus donaciones, sus coregías, sus muestras de cariño hacia la ciudad que eran excesivas, la gloria de sus antepasados, su elocuencia, su belleza y fuerza física, unidas a su experiencia en los asuntos bélicos y su valor, hacían que los atenienses perdonaran todo lo demás y lo sobrellevaran moderadamente, dando a sus desmanes los nombres más
5 suaves: bromas y afán de hacerse notar. Un ejemplo fue cuando tuvo encerrado al pintor Agatarco y, una vez que le pintó la casa, lo dejó libre cargado de regalos[65]; también a

---

[61] De este escudo dice Ateneo, XII 534e que era crisoelefantino, pero seguramente se trata de una invención de la comedia, como propone D. A. Russell, 1966, pág. 45, y acepta R. J. Littman, 1970, págs. 267-268.

[62] La técnica utilizada por Plutarco en estas anécdotas, poner en boca de otros su visión crítica del carácter de Alcibíades, es un procedimiento retórico tipificado ya por Aristóteles en *Retórica* 3.17, 1418b 22-33. Sobre el tema, con relación a esta parte de la biografía plutarquea de Alcibíades, véase, M. Beck, 2000, págs. 25-28.

[63] *Ranas* 1425.

[64] *Ra.* 1431-1432.

[65] Ps.-Andócides, IV 17 cuenta la misma anécdota en tono bastante negativo. En él no se dice que lo dejara libre al terminar el trabajo y con

Táureas, que competía con él con un coro, le dio un bastonazo, rivalizando por la victoria[66]; en otra ocasión eligió de entre los prisioneros una mujer melia y se acostó con ella y luego crió al niño que nació de ella[67]. Pues a esto lo lla- 6
maban humanidad, salvo que, en el caso de los melios, tuvo la mayor culpa de que se pasara a cuchillo a su juventud, por haber defendido el decreto. Y cuando Aristofonte pintó 7
una Nemea[68] con Alcibiades sentado en sus brazos, todos acudieron a contemplarlo complacidos. Pero los ancianos estaban descontentos con estas cosas, como propias de tiranos y contrarias a las leyes. Al parecer Arquéstrato no an- 8
daba descaminado al decir que Grecia no habría soportado dos Alcibíades[69]. Timón el Misántropo, en cierta ocasión en 9
que Alcibíades salía acompañado de la asamblea, después de una actuación afortunada, no pasó de largo, ni lo esquivó, como solía hacer con los demás; por el contrario, fue a su encuentro y saludándolo dijo: «Haces bien engrandeciéndote, joven; pues serás un gran mal para todos éstos». Entonces unos se reían, otros le regañaban y a algunos les

---

una generosa recompensa, como afirma Plutarco, sino que se escapó y Alcibíades lo denunció por no haber terminado el trabajo. A esta anécdota alude también D. S., XXI 147.

[66] Ps.-Andócides, IV 20-21 carga las tintas contra Alcibíades diciendo que los jueces le dieron la victoria por miedo o agradecimiento, sin tener en cuenta su juramento. Cf. D. S., XXI 147.

[67] Ps.-Andócides, IV 22-23 le critica que comprara a esta mujer y matara a sus padres y parientes haciéndose más odioso para el hijo tenido de ella y para su ciudad.

[68] Personificación femenina del distrito de Nemea para conmemorar la victoria de Alcibíades en los juegos de Nemea. Se trata del segundo cuadro que, según Ateneo, XII 534d, pintó Agatarco para celebrar sus victorias al regresar a Atenas desde Olimpia (en el primero había una Olimpíade y una Pitíade coronándolo).

[69] De nuevo la fuente para este apotegma es Teofrasto, como leemos en *Lys.* 19.3.

preocupó muchísimo la frase[70]. Tan ambigua era la fama sobre él a causa de la desigualdad de su naturaleza.

Expedición a Sicilia

17 Todavía en vida de Pericles los atenienses deseaban conquistar Sicilia. Y cuando murió se dedicaron a ello. Así que continuamente enviaban las llamadas tropas de auxilio y alianzas a los que eran perjudicados por los siracusanos, conside-
2 rándolas avanzadillas de la expedición principal. Pero el que de manera definitiva les prendió este deseo y los convenció para que no parcialmente ni poco a poco, sino navegando con una gran flota sometieran y conquistaran la isla, fue Alcibiades, persuadiendo al pueblo de que albergara grandes esperanzas y aspirando él a mayores empresas; pues consideraba que Sicilia era el principio de la expedición para lo
3 que él esperaba, no el final, como los demás. Nicias, como era difícil conquistar Siracusa, trataba de disuadir al pueblo, pero Alcibiades, que soñaba con Cartago y Libia y, después de la anexión de éstas, se veía adueñándose de Italia y el Peloponeso, consideraba Sicilia poco menos que despensa para
4 la guerra[71]. En consecuencia, a los jóvenes los tenía ya soli-

---

[70] Según el propio PLUTARCO en *Ant.* 70.1-2, la afirmación de Timón responde a la admiración y pregunta de Apemanto por su aprecio hacia Alcibíades y no se formula dirigiéndose directamente a éste. La fuente principal sobre ese personaje es el tratado que lleva su nombre de Luciano. ARISTÓFANES lo menciona en *Aves* 1549 y *Lisístrata.* 809-815. Como señala M. BECK, 2000, pág. 28, la posición de esta anécdota, cerrando la serie del capítulo 16, parece intencionada por parte de Plutarco, ya que anticipa el desastre de la expedición de Sicilia, promovida por Alcibíades y que se cuenta a partir del capítulo siguiente.

[71] Estos sueños de conquista de Cartago, Italia y el Peloponeso, después de Sicilia, tienen como fuente a TUC., VI 15.2, VI 90.2-3, y se encuentran también en D. S., XII 83.5-84.3, que subraya las dificultades de

viantados con las esperanzas y siempre estaban escuchando
a los viejos contarles muchas maravillas sobre la expedi-
ción, hasta el punto de que muchos se sentaban en las pales-
tras y los hemiciclos dibujando la imagen de la isla y la
situación de Libia y Cartago[72]. En cambio, de Sócrates el 5
filósofo y de Metón el astrónomo[73], dicen que nada bueno
esperaban de aquella expedición; aquél, porque, como se
sabe, tenía su demon privado que le advirtió; y Metón, ya
sea temiendo por cálculo el futuro o porque recurriera a al-
gún tipo de adivinación[74], fingió que estaba loco. Cogió una 6
antorcha encendida y a punto estuvo de quemar su casa. Al-
gunos dicen que Metón no fingió en absoluto su locura, sino
que prendió fuego a su casa por la noche. Luego, al amane-
cer, fue a pedir y suplicar que, en semejante desgracia, su
hijo fuera liberado de la expedición. Y así aquél consiguió
lo que pedía, engañando a los ciudadanos[75].

---

la empresa como razón de la actitud de Nicias, y en el propio Plutarco *(Per.* 20.4).

[72] La actitud de los jóvenes se describe en iguales términos en *Nic.* 13.1.

[73] Como astrónomo, Metón es conocido por haber introducido con Euctemón en Atenas el calendario lunisolar, que en ciclos de diecinueve años (*eniautòs Métonos* o *mégas eniautós*) hacía coincidir año solar y meses lunares. La comedia lo caricaturiza como geómetra, ocupado entre otras cuestiones en la cuadratura del círculo.

[74] Es significativa esta alusión a una innominada *mantiké,* sobre lo que no hay referencia alguna en la *Vida de Nicias* (13.7-8), donde, como mucho, se supone como motivo el miedo del astrónomo a las señales que precedieron la expedición; sin embargo, la inclusión de este detalle a propósito de un experto en astronomía y astrometeorología como Metón, tal vez indica que Plutarco tiene en su pensamiento un anacrónico recurso a la astrología por parte del sabio ateniense.

[75] El orden en que Plutarco se refiere a los dos personajes, Sócrates y Metón, es diferente del que leemos en *Nic.* 13.7-9, lo que se explica por razones contextuales y por el tono de ambas biografías. Aquí el papel relevante del filósofo, implicado en la vida de Alcibíades y el contraste entre

18 Nicias fue elegido estratego en contra de su voluntad, ya que rehuía el mando a causa del colega. Y es que a los atenienses les parecía que la marcha de la guerra iría mejor si no lanzaban a un Alcibiades puro, sino mezclando con su
2 arrojo la previsión de Nicias[76]; pues el tercer estratego, Lámaco, aunque de avanzada edad, sin embargo parece que no era menos fogoso y arriesgado que Alcibiades en los combates[77]. Durante las deliberaciones sobre la cantidad y la forma de los preparativos, intentó de nuevo Nicias manifes-
3 tar su oposición a la guerra y evitarla, pero habló en contra suya Alcibíades, que salió victorioso. Redactó el decreto el orador Demóstrato y dijo que los estrategos debían tener plenos poderes, tanto para los preparativos como para el
4 conjunto de la guerra[78]. Cuando ya el pueblo había votado a favor y todo estaba dispuesto para la expedición, tampoco
5 fueron buenos los presagios de la fiesta; pues casualmente en aquellos días se celebraban las Adonias, y las mujeres llevaban en procesión por muchas partes imágenes como si fueran cadáveres e imitaban entierros, dándose golpes, y

---

la irreflexión de los jóvenes y la sabiduría del viejo maestro, justifica sobradamente la anticipación. Allí, en cambio, la alusión a los dos personajes va precedida por señales premonitorias y la hipótesis de un posible miedo a ellas cuadra mejor al astrónomo (no totalmente separable de posibles conocimientos astrológicos en un grecorromano del siglo I-II a. C.) que al filósofo correctamente instruido por su *demon*.

[76] Hay aquí por los términos griegos (*ákraton/ meichtheíses*) una evidente imagen relacionada con el vino. En cuanto a la involuntariedad de Nicias, está presente ya en Tuc., VI 8.4.

[77] En *Nic.* 12.5, en efecto, la precaución *(euläbeia)* de Nicias se presenta como freno al arrojo *(tólme)* de Alcibíades y Lámaco.

[78] Tuc., VI 25 no da el nombre del proponente, pero sí Plutarco en *Nic.* 12.6. Aristófanes, *Lisístrata.* 391-396 lo menciona como un personaje destacado en esta asamblea.

cantaban trenos[79]. Además, la decapitación de los hermes, 6
que, la mayoría, en una sola noche fueron privados de la ca-
ra, impresionó mucho a los que se preocupan por tales co-
sas[80]. Se dijo entonces que lo hicieron los corintios, por ser 7
los siracusanos colonos suyos, con la intención de que, ante
el presagio, se retrasara la guerra o se arrepintieran de
ella[81]. De todos modos, no convenció al pueblo ni esta ex- 8
plicación ni la de quienes creían que no era ninguna señal
terrible sino, cosas que suele causar el vino puro entre jóve-
nes intemperantes, que se dejan llevar con las bromas a tales
desmanes[82]; pero interpretando con ira y miedo lo sucedido
como temeridad fruto de una conjura con objetivos impor-
tantes, investigaban sin compasión cualquier indicio y tanto
la *Bulé* como la Asamblea se reunieron para tratar sobre es-
tos asuntos muchas veces en pocos días.

Entre tanto, el orador Androcles presentó a unos escla- 19
vos y metecos que acusaron a Alcibíades y sus amigos de
haber decapitado otras estatuas y haber imitado los Miste-
rios bajo los efectos del vino[83]. Decían que un tal Teodoro 2

---

[79] Igual en *Nic.* 13.11, que menciona estos detalles después del episodio de la mutilación de los hermes. Aristófanes se refiere también al ambiente de esta fiesta en el mismo contexto (*Lisístrata* 387-397).

[80] La decapitación de los hermes (pilares normalmente coronados por la cara del dios, que delimitaban los campos y huertos o se ponían delante de la puerta de las casas o de los templos) se menciona naturalmente en todas las fuentes (Tuc., VI 27.1, D. S., XIII 2.3 y Nepote, *Alc.* 3).

[81] Esta es la versión del historiador Cratipo (*FGrHist* 64 F3), contemporáneo de Tucídides, y de Filócoro (*FGrHist* 328 F133).

[82] La justificación del vino y las bromas se lee ya en Tuc., VI 28.1, como denuncia de ciertos metecos, aunque referida a la decapitación de otras estatuas (cf. *infra* 19.1).

[83] Sobre esta denuncia referida a otras estatuas diferentes de los hermes, Tuc., VI 28, de quien depende Plutarco (el historiador habla también de 'sirvientes' y 'metecos'), no menciona aquí el nombre del instigador de

representaba el papel del heraldo, Pulición el del daduco y Alcibíades el del hierofante; y que los demás compañeros
3 asistían como espectadores, llamándose iniciados[84]. Así está escrito en la denuncia de Tésalo[85] el hijo de Cimón, que denunció a Alcibíades de impiedad para con las dos diosas[86]. Como el pueblo estaba irritado y tenía una actitud violenta hacia Alcibíades, y Androcles se encargaba de instigarlo (pues era éste uno de los mayores enemigos de Alcibiades),
4 al principio Alcibiades se inquietó; pero, al darse cuenta de que el ejército y todos los marineros que iban a embarcarse hacia Sicilia estaban de su parte, y oyendo a los argivos y mantineos, que eran mil hoplitas, decir abiertamente que por Alcibíades estaban dispuestos a participar en una expedición

---

la denuncia, aunque, en VIII 65, sí alude a él como uno de los principales responsables del destierro de Alcibíades.

[84] En Isócrates, XVI 5-7 se alude al banquete celebrado en casa de Pulición, donde imitaron los Misterios. Los nombres de los tres principales implicados vuelven a citarse en Plu., *Quaest. conv.* 621c. La no mención del propietario de la casa en Andócides, I1, parece sugerir que, según el acusador Pitónico, la representación tuvo lugar en la propia casa de Alcibíades. En cuanto a los nombres de 'heraldo', 'hierofante' y 'daduco', corresponden a los tres principales oficiantes de los Misterios de Eleusis. El principal era el hierofante, elegido de la familia de los eumólpidas, que presidía las ceremonias sagradas. Era el encargado de revelar a los iniciados los secretos de los misterios (de ahí el nombre, formado a partir de *hierá* = «cosas sagradas» y *phaíno* = «mostrar»); para ello necesitaba un hombre de fuerte voz, el heraldo y era asistido por otro oficiante, el daduco, que llevaba una antorcha *(daidoûchos* significa «portador de antorcha»), ritualmente muy importante, ya que a la diosa Deméter, fundadora de los Misterios, se la representaba buscando a su hija Perséfone (tras el rapto por Hades) con una antorcha.

[85] Véase el texto *infra* 22.4.

[86] Se trata de Deméter y Perséfone, madre e hija, diosas a las que estaban dedicados los Misterios de Eleusis, fundados por la primera y que celebraban la vuelta de Perséfone del Hades para vivir temporalmente con su madre.

larga y de ultramar, pero si se emprendían acciones injustas contra él, inmediatamente se marcharían, se animó y pidió que se fijara el momento para su defensa. Por consiguiente, los enemigos volvieron a acobardarse y a temer que en el juicio el pueblo fuera más blando con él, acuciado por la
necesidad. Ante esa situación, tramaron lo siguiente: los 5
oradores que aparentemente no eran enemigos de Alcibiades, pero que lo odiaban no menos que quienes admitían serlo, intervinieron en la asamblea para decir que estaba fuera de lugar, con quien había sido nombrado general plenipotenciario de semejantes fuerzas y en un momento en que estaba reunido el ejército con los aliados, perder el
tiempo, sorteando el tribunal y midiendo el agua. «Así que 6
zarpe en buena hora y, cuando se acabe la guerra, que com-
parezca para defenderse con las mismas leyes». No se le 7
ocultaba a Alcibíades la mala intención del aplazamiento, sino que subió y dijo que era terrible ser enviado al frente de un ejército tan grande dejando tras sí acusaciones y calumnias; pues lo adecuado era que se le diera muerte, si no rebatía las acusaciones; y, si lo hacía y resultaba inocente, que se dirigiera contra los enemigos sin temor a los sicofantas.

Como no los convenció, sino que le ordenaron zarpar, se 20
hizo a la mar con sus colegas en el mando, con casi ciento cuarenta trirremes, cinco mil cien hoplitas y, en arqueros, honderos y tropas ligeras, cerca de mil trescientos, además
del otro equipamiento importante[87]. Nada más arribar a Ita- 2

[87] Las cifras coinciden *grosso modo* con los datos de TUC., VI 43, que es más preciso. Según el historiador, los trirremes eran ciento treinta y cuatro, el número de hoplitas y del resto de combatientes coincide con el que da Plutarco, aunque concreta que los arqueros eran cuatrocientos ochenta, los honderos setecientos y las tropas ligeras (megarenses exiliados) ciento veinte.

lia y tomar Regio[88], expuso su opinión sobre la forma en
3 que había que hacer la guerra. Con Nicias en contra y Lámaco de su parte[89], zarpó hacia Sicilia y se anexionó Catania, pero no hizo nada más, pues inmediatamente fue obligado a
4 volver por los atenienses para el juicio. En efecto, primero, como se ha dicho, recayeron sobre Alcibiades algunas sospechas poco claras y calumnias a cargo de esclavos y me-
5 tecos; pero luego, cuando estuvo lejos, sus enemigos se emplearon con más vehemencia y, a los desmanes sobre los hermes, sumaron también los de los Misterios, afirmando que obedecían a una sola conjuración para subvertir el orden. A los demás, acusados con cualquier pretexto, los metieron en prisión sin juicio; pero estaban enfadados por no haber cogido entonces a Alcibiades bajo el peso de los votos
6 ni haberlo juzgado por tales inculpaciones. Los parientes, amigos o familiares que se expusieron a la cólera contra aquél sufrieron la mayor dureza por parte de ellos. En cuanto a los delatores, Tucídides olvidó nombrarlos, pero otros los llaman Dioclidas y Teucro; entre ellos se cuenta Frínico el comediógrafo, que ha escrito estos versos[90]:

7 «Oh queridísimo Hermes, guárdate, no sea que cayendo
te rompas y des motivo para la calumnia
a otro Dioclidas, que desee hacerte algún mal.
— Me guardaré; pues no quiero a Teucro
darle recompensa[91], a ese malvado extranjero».

---

[88] Tuc., VI 44, no habla de conquista de Regio, sino de que los atenienses acamparon junto a la ciudad, que decidió mantenerse neutral. Se trata de un probable error de Plutarco, como señala Flacelière, pág. 138, nota 2.

[89] Tucídides recoge las opiniones de los tres y el triunfo del parecer de Alcibíades, asumido también por Lámaco, en VI 47-50.

[90] frg. 58 Caf I, pág. 385.

[91] La recompensa establecida oficialmente para estas delaciones era de cien minas según *And.*, I 40.

Sin embargo los delatores no aportaron ninguna prueba 8
firme ni segura; uno de ellos, cuando se le preguntó cómo
había reconocido la cara de los destructores de hermes y
respondió que a la luz de la luna, cayó por completo en la
trampa, pues era luna nueva cuando se hizo esto[92], y provo-
có el alboroto de los sensatos; pero al pueblo ni siquiera es-
to lo volvió más blando ante las calumnias, sino que, con el
mismo impulso del principio, no paró hasta prender y meter
en prisión a cualquiera a quien se denunciara.

Uno de los que fueron apresados y custodiados hasta el 21
juicio entonces fue Andócides el orador, a quien el historia-
dor Helánico incluyó entre los descendientes de Odiseo[93].
Era, al parecer, enemigo del pueblo y oligarca Andócides, 2
pero lo hizo sospechoso de la decapitación de los hermes
principalmente el gran hermes que había cerca de su casa,
erigido como ofrenda de la tribu Egida[94]. Pues sólo éste de 3
entre unos pocos de personas ilustres permanecía intacto.
Por ello todavía ahora se llama «de Andócides» y todos le
dan este nombre, pese a que la inscripción indica otra cosa.
Casualmente entre los que estaban acusados de lo mismo 4
había en la cárcel un amigo íntimo de Andócides, no tan

[92] Según ANDÓCIDES, I 38, fue Dioclidas el que declaró estas mentiras, indicando que era plenilunio. En D. S., XIII 2.4, leemos prácticamente todos los detalles que da Plutarco, con la noticia de que, en realidad, era luna nueva.

[93] PLUTARCO en las *Vidas de los diez oradores* (*Andócides* 1) recurre de nuevo al testimonio de HELÁNICO (*FGrHist* 4 F 170a) para decir que era hijo de Leógoras (cf. ANDÓCIDES, I 146), que firmó la paz una vez con los espartanos, y descendiente de Hermes (Autólico, abuelo materno de Odiseo, era hijo del dios).

[94] ANDÓCIDES, I 62 se justifica argumentando que Eufileto dijo falsamente a los *hermocópidas* que él estaba dispuesto a participar en el hecho y por eso lo dejaron intacto, pensando que él mismo se encargaría de romperlo.

famoso como aquél, pero de bastante inteligencia y arrojo,
5 llamado Timeo. Éste convenció a Andócides para que se inculpara a sí mismo y a otros cuantos, no muchos; pues si alguien confesaba, había amnistía para él, por decreto del pueblo; en cambio, el resultado del juicio no estaba claro para nadie, pero para los poderosos era muy de temer; y mejor salvarse mintiendo que morir sin gloria con la misma culpa; además, si se tenía en cuenta lo común, era mejor traicionar a unos cuantos sospechosos para librar de la cóle-
6 ra a muchos y buenos. Con estas palabras e instrucciones de Timeo[95] Andócides se dejó convencer y, haciendo de delator de sí mismo y de otros, consiguió la amnistía del decreto; pero todos aquéllos de los que dio el nombre, murieron, salvo los que se escaparon. Para que se le creyera, Andócides incluyó entre ellos a sus propios sirvientes.

7 Lo cierto es que el pueblo no depuso entonces toda su cólera, sino que más libre ya de los destructores de hermes, como si su furia estuviera ociosa, se lanzó con ella exclusivamente contra Alcibíades y terminó por enviar la Salaminia en su busca, aunque con instrucciones muy bien pensadas: que no se usara violencia ni se pusiera la mano en su persona, sino que se dirigieran a él del modo más suave posible, ordenándole que obedeciera al pueblo y los acompañara pa-
8 ra el juicio; pues temían una agitación y revuelta del ejército en tierra enemiga, lo que facilmente habría conseguido Alcibiades con sólo desearlo[96]; y es que su marcha los desanimaba y esperaban que la guerra iba a dilatarse mucho y a alargarse difícilmente en manos de Nicias, cuando él, una

---

[95] Andócides, sin embargo, menciona como instigador a su primo Cármides (I 48), mientras que Tucídides ni le menciona a él ni al que lo indujo (VI 60).

[96] En este texto resume Plutarco, casi a la letra, el pasaje correspondiente de Tucídides (VI 61.1-4).

especie de aguijón, fuera apartado de la acción. En cuanto a 9
Lámaco en verdad era aguerrido y valiente, pero carecía de prestigio y dignidad por su pobreza.

Huida y estancia de Alcibíades en Esparta

Pues bien, en cuanto partió, Al- 22
cibíades evitó que Mesina se pasara a los atenienses; pues había algunos que iban a entregar la ciudad y aquél, que los conocía bien, los denunció a los amigos de los siracusanos, con lo que hizo fracasar el plan[97]. Al llegar a Turios, bajando del trirreme, se ocultó y escapó de los que lo buscaban[98]. Como quiera que alguien 2
lo reconoció y le dijo: «¿No confías, oh Alcibíades, en la patria?», respondió: «En las demás cosas, totalmente; pero tratándose de mi vida, ni siquiera en mi madre, no sea que por ignorancia deposite el voto negro en vez del blanco».
Más tarde, cuando se enteró de que el pueblo había decidi- 3
do su muerte, dijo: «Entonces yo les demostraré que sigo
vivo»[99]. La denuncia la presentaron en estos términos: 4
«Tésalo, hijo de Cimón, del demo laciada, acusó a Alcibíades, hijo de Clinias, del demo escambónida, de cometer un delito contra las dos diosas, Deméter y Core, al imitar sus Misterios y revelarlos a sus compañeros en su propia casa, vestido como se viste el hierofante cuando revela los secretos sagrados, y llamándose a sí mismo hierofante, a Pulición, daduco y heraldo, a Teodoro del demo fegeo, considerando a sus compañeros iniciados y espectadores,

[97] Cf. Tuc., VI 74.1.

[98] Aunque Plutarco no es preciso respecto a si Alcibiades iba en la Salaminia (como afirma Nepote, *Alc.* 4.3-4) o siguiendo en su propio trirreme a aquélla (como dicen Tuc., VI 61.6-7, y D. S., XIII 5.2-3), parece asumir la versión del primero.

[99] Ambos apotegmas se recogen en Plu., *Apophth.* 186D.

en contra de las normas y de lo establecido por los eumólpidas, los heraldos y los sacerdotes de Eleusis». Lo condenaron en ausencia y declararon propiedad pública sus bienes; además decretaron que todos los sacerdotes y sacerdotisas lanzaran imprecaciones contra él; según dicen, sólo Téano, hija de Menón, de Agrilas, se opuso al decreto, diciendo que era sacerdotisa de bendiciones, no de imprecaciones[100].

23 Cuando se votaron y decidieron todas estas medidas contra Alcibíades, pasó un tiempo en Argos, puesto que primero, tras huir de Turios, se dirigió al Peloponeso; pero, por miedo a los enemigos y como no se fiaba en absoluto de la patria, envió representantes a Esparta, pidiendo que se le diera inmunidad y crédito a cambio de servicios y ventajas mayores que los perjuicios que les había causado antes,
2 cuando se defendía de ellos[101]. Los espartiatas se la concedieron y lo acogieron calurosamente. Nada más llegar ya tuvo una actuación decisiva, pues los despertó para que prestaran a los siracusanos la ayuda que iban retrasando y aplazando y los estimuló a que enviaran al mando a Gilipo y destruir así las fuerzas que tenían allí los atenienses. Otra propuesta fue reavivar la guerra de allí contra los atenienses. Y la tercera y

---

[100] La conducta de Téano merece la aprobación de PLUTARCO en *Quaest. Gr.* 275D, donde no da el nombre. Respecto a las maldiciones preceptivas, se refieren a ellas PS.-LISIAS, VI 51, y NEPOTE, *Alc.* 4.5.

[101] TUC., VI 88.9, no habla de esa estancia en Argos, sino en Élide (Cilene); el dato se encuentra, sin embargo, en ISÓCRATES, XVI 9, donde se apuntan los temores de Alcibíades (los atenienses envían una embajada a los argivos para reclamarlo) que lo deciden a ir a Lacedemonia. Según NEPOTE (*Alc.* 4.4), primero huyó a Élide y luego a Tebas; desde allí a Lacedemonia. D. S., XIII 5.4, es impreciso. Se limita a decir que navegó al Peloponeso y se refugió en Esparta.

principal, fortificar Decelía, la medida que más destrucción y ruina trajo a la ciudad[102].

Si ya en público era célebre y admirado, no menos en 3 privado se ganó entonces el favor del pueblo y los tenía encantados, con su modo de vida laconio; de tal modo que, al verlo pelarse al rape, lavarse con agua fría, acostumbrarse al pan espartano y tomar caldo negro, no se lo creían y se preguntaban si alguna vez este hombre tuvo en su casa un cocinero, si vio un perfume o se atrevió a tocar una clámide milesia; pues era ésta una de sus muchas habilidades y re- 4 cursos para cazar a la gente, imitar y acomodarse a las costumbres y formas de vida, adoptando cambios más rápidos que el camaleón; salvo que aquél, según se cuenta, sólo es 5 incapaz de asemejarse al color blanco; mientras que para Alcibiades, que pasaba del mismo modo por el bien y por el mal, nada había que no pudiera imitar o emprender. Así, en Esparta estaba desnudo y era frugal y serio; en Jonia vestía ricamente y era alegre y afeminado; en Tracia, borracho y aficionado a los caballos; y cuando estaba con el sátrapa Tisafernes, aventajaba en boato y lujo la magnificencia persa[103]. Y no es que dejara de ser él pasando fácilmente de

[102] Las tres medidas se incluyen en el discurso que reproduce Tucídides de Alcibíades ante los espartanos con motivo de la embajada de siracusanos y corintios para pedir ayuda, aunque, respecto a Gilipo, Alcibíades no menciona su nombre (Tuc., VI 91.4-6). Nepote se interesa sólo por su papel en la reanudación de la guerra y, en particular, sobre la fortificación de Decelía (*Alc.* 4.6-7). La guerra contra los atenienses es también la principal medida que le interesa a D. S., XIII 5.4 (sobre la participación de Alcibíades con Agis en la guerra de Decelía, cf. XIII 9.2), aunque también alude a su intervención en favor de los siracusanos (XIII 7.1-2).

[103] El tema de estas variaciones (mencionado antes por el propio Plutarco en *Adulat.* 52 E) era un tópico en la tradición biográfica del personaje. Sátiro (*FHG* III160) habla de su actitud en Jonia, Tebas, Tesalia y Esparta, versión que siguen sin duda Nepote, *Alc.* 3-5, y Eliano, *VH* 4.14; este

una conducta a otra, ni que admitiera cualquier cambio en su carácter; sino que, para no molestar a los que le rodeaban comportándose tal como era, se escondía y refugiaba en aquellas actitudes y apariencias que se adecuaban a aquéllos en cada momento.

6 Por ejemplo, en Lacedemón, a la vista de su aspecto externo, se podía decir:

«No el hijo de Aquiles, sino aquél en persona eres»[104]

tal como Licurgo lo educó; pero ante sus verdaderas pasiones y hechos, cualquiera habría gritado:

«Es la mujer de antes»[105].

7 En efecto, a Timea, la mujer del rey Agis, la sedujo de tal modo, mientras aquél estaba fuera en una expedición, que incluso no negó estar embarazada de Alcibíades y al niño varón que parió, de puertas afuera, lo llamaba Leotíquidas; pero dentro el nombre con que se refería a él entre labios su madre, cuando hablaba con las amigas y las criadas, era Al-
8 cibíades. ¡Tanto deseo amoroso la dominaba! Aquél decía complacido que no hizo esto por insolencia ni dominado por el placer, sino para que fueran reyes de los lacedemonios sus hijos. Hubo muchos que denunciaron ante Agis la reali-
9 dad de esta situación. Pero éste más bien lo creyó por las cuentas, pues en cierta ocasión en que se produjo un terremoto, salió corriendo asustado del tálamo donde estaba con su mujer y después ya no mantuvo relaciones con ella du-

último incluye también el comportamiento de Alcibíades en la corte del sátrapa persa, aunque se refiere a Farnabazo y no a Tisafernes.

[104] *TGF adesp.* 363 N^2. Plutarco había recogido ya antes la misma cita en un contexto similar (*Adulat.* 51C).

[105] Eu., *Or.* 129, donde dice esto Electra de Helena.

rante diez meses; como al cabo de éstos nació Leotíquidas, negó que fuera hijo suyo y por ello fue privado después Leotíquidas de la corona[106].

Amistad de Alcibíades con Tisafernes

Tras el desastre de los atenienses 24
en Sicilia, enviaron embajadores a
Esparta los de Quíos, los lesbios y los
de Cícico para tratar sobre su defec-
ción. Apoyaban a los lesbios los beo-
cios y a los de Cícico Farnabazo; pero aquéllos, haciendo 2
caso a Alcibíades, decidieron ayudar a los de Quíos antes
que a todos[107]. Él mismo se hizo a la mar y llevó a la defec-
ción casi toda Jonia y, colaborando con los generales de los
lacedemonios, perjudicó mucho a los atenienses. Agis ya 3
era enemigo suyo, por el ultraje sufrido a causa de su mujer,
y ahora estaba molesto también por su gloria; pues se decía
que la mayor parte de los éxitos y progresos eran debidos a
Alcibíades. En cuanto a los demás espartiatas, los más in-
fluyentes y ambiciosos ya no aguantaban a Alcibíades por
envidia. Así que consiguieron con sus intrigas que los ma- 4
gistrados de casa enviaran instrucciones a los de Jonia para
que lo mataran; aquél lo supo de antemano en secreto y, por
miedo, siguió participando en todas las acciones con los la-
cedemonios, pero evitaba por completo entrar en combate,
hasta que, para su seguridad, se entregó a Tisafernes, el sá-

---

[106] Alude a los manejos de Lisandro que, por estos motivos, llevaron al trono a Agesilao (Plu., *Ages.* 3.8-9, *Lys.* 22.6-8 y *De tranq. an.* 467F; cf. Jenofonte (en adelante Jen.), *Helénicas* 3.3,2-3, Nepote, *Ages.*, Pausanias, III 8.9, y Ateneo, XII 535b y XIII 574d, este último pasaje alusión a los amores de Alcibíades y Timea).

[107] Plutarco sigue aquí el relato de Tuc., VIII 6.1-3 (cf. D. S., XIII 34.2).

5 trapa del Rey[108]. Desde ese momento fue el primero y más importante a su lado; pues el bárbaro, como no era simple, sino malintencionado y amigo de maldades, admiraba su versatilidad y alto grado de inteligencia. Ante sus encantos en los pasatiempos y en la vida diaria con los demás no había carácter inflexible ni naturaleza que no se dejara seducir, sino que, incluso a los que lo temían y envidiaban, estar con él y verlo les producía, sin embargo, cierto placer y
6 alegría. Por ejemplo, Tisafernes, que en general era cruel y odiaba a los griegos como los persas que más, condescendía tanto con Alcibíades, dejándose adular, que trataba de aventajarlo en la forma de corresponder a sus adulaciones.
7 Así de los jardines que poseía, al más bello por sus prados y aguas saludables, y que tenía lugares de esparcimiento y refugios dignos de un rey e insuperables, decidió llamarlo «Alcibiades». Y todos solían referirse a él con este nombre.

25 Pues bien, Alcibíades, renunció a sus relaciones con los espartiatas, como poco fiables, y tenía miedo de Agis, por lo que hablaba mal de ellos y los criticaba ante Tisafernes; a éste no lo dejaba que los ayudara decididamente ni que destruyera a los atenienses[109], sino que los fuera desgastando con pequeñas aportaciones y atormentándolos poco a poco, y que así hiciera a ambos bandos dóciles al Rey y los obli-

[108] La trama de Agis y algunos lacedemonios para matar a Alcibíades se cuenta en Tuc., VIII 45.1, que da el nombre del magistrado al que iba dirigida la carta (Astíoco) y en Nepote, *Alc.* 5.1-2. El rey persa entonces era Darío II.

[109] D. S., XIII 37.4-5 refiere a Farnabazo (que pretendía enviar trescientas naves fenicias para ayudar a los espartanos) esta actuación de Alcibíades, no a Tisafernes, como Tucídides (VIII 45.2-46.1), a quien sigue Plutarco y la tradición en general (Nepote, *Alcib.* 5.2-3). Seguramente la versión de Diodoro (amistad de Alcibíades con Farnabazo) es la que induce a Eliano a decir que Alcibíades en la corte de Farnabazo superaba el boato persa (*supra* nota 102).

gara a debilitarse entre ellos[110]. Aquél era fácil de conven- 2
cer y evidentemente lo amaba y admiraba tanto que Alcibíades era objeto de atención por los griegos de ambos lados. Los atenienses además se arrepentían de las decisiones adoptadas respecto a él, a causa de sus desgracias; pero también aquél sentía ya pesar y miedo de caer en manos de los lacedemonios, por quienes era odiado, si la ciudad era conquistada. Tenían entonces concentrada casi toda su acti- 3
vidad los atenienses en Samos; de allí partían con su flota unas veces para recuperar a quienes se apartaban de ellos y otras para conservarlos; pues, al menos en parte, todavía eran para los enemigos dignos combatientes en el mar; pero 4
tenían miedo de Tisafernes y de los que se decía, puesto que aún no estaban allí, trirremes fenicios, que eran ciento cincuenta, y que, si llegaban, ninguna esperanza de salvación le quedaba a la ciudad. Alcibíades, sabedor de esto, envió en 5
secreto mensajes a los atenienses con poder en Samos, infundiéndoles esperanzas de que haría amigo suyo a Tisafernes, no para granjearse el favor de los demócratas, ni porque confiara en aquéllos, sino en los aristócratas, si, comportándose como hombres valientes y poniendo freno a los desmanes del pueblo, se atrevían ellos mismos por sí solos a salvar la situación y con ella la ciudad. Los demás prestaron bas- 6
tante atención a Alcibíades; pero uno de los generales, Frínico el del demo diradiota, sospechando (y era verdad) que Alcibiades no buscaba más oligarquía que democracia, sino que su objetivo era regresar de cualquier modo, por lo que preparaba el terreno con su crítica al pueblo y trataba de ga-

[110] Esta estrategia de Tisafernes, aconsejado por Alcibíades, se describe bien en Tuc., VIII 46, y, por lo que se refiere sobre todo a lo último, en Jen., *Helénicas* 1.5, 8-9.

7 narse a los potentados, se opuso[111]. Al ser derrotada su propuesta y convertirse ya en enemigo público de Alcibíades, envió mensajes secretos a Astíoco, el almirante de los enemigos, en los que le recomendaba que tuviera cuidado y arrestara a Alcibíades, pues jugaba a dos bandos. Pero no cayó en la cuenta de que era un traidor en conversaciones
8 con otro traidor. En efecto, como (Astíoco) sentía mucha admiración por Tisafernes y veía la importancia de Alcibía-
9 des junto a él, les contó lo de Frínico. Inmediatamente Alcibiades envió mensajeros a Samos para acusar a Frínico y, ante la indignación de todos y su postura unánime contra Frínico, éste, como no encontraba otro modo de escapar de la situación, intentó poner remedio a su mal con otro peor.
10 Envió de nuevo un mensajero a Astíoco, recriminándolo por su delación, y anunciándole que le entregaría las naves y
11 el campamento de los atenienses. La traición de Frínico no afectó a los atenienses gracias a la correspondiente traición de Astíoco; pues también ahora le contó a Alcibíades estas
12 propuestas de Frínico. Frínico, informado de ello y como esperaba una segunda acusación por parte de Alcibíades, anticipándose, comunicó a los atenienses que los enemigos iban a atacar y les aconsejó estar junto a las naves y fortifi-
13 car el campamento. Mientras los atenienses estaban ocupados en esto, llegaron de nuevo cartas de Alcibiades advirtiéndoles de que tuvieran cuidado con Frínico, pues pretendía entregar la flota a los enemigos[112]. Entonces no se fiaron, pensando que Alcibíades, como conocía perfectamente los

---

[111] Sigue en esta parte Plutarco el relato de TUC., VIII 48.1-4, con el que presenta incluso coincidencias textuales que evidencian su fuente. A Frínico lo presenta el escolio a ARISTÓFANES, *Lisístrata* 313, que toma su información de Dídimo y Crátero, como hijo de Estratónides.

[112] Sobre estas actuaciones de Frínico respondiendo a las de Alcibíades, cf. TUC., VIII 50-51, aunque Plutarco enfatiza más el enfrentamiento entre ambos personajes.

preparativos y planes de los enemigos, abusaba recurriendo a las críticas contra Frínico sin ser verdad[113]. Sin embargo, 14 luego, cuando Hermón, uno de los compañeros de Frínico, atacó en público a Frínico con un puñal y lo mató, los atenienses, después de celebrar un juicio, condenaron a Frínico, ya muerto, por traición y dieron una corona a Hermón y a sus cómplices[114].

Instauración del régimen de los Cuatrocientos en Atenas y actuación de Alcibíades a favor de los demócratas

26 En Samos triunfaron entonces los amigos de Alcibíades y enviaron a Pisandro a la ciudad, para que suscitara revueltas políticas y animara a los poderosos a hacerse con la situación y derogar la democracia, ya que a tal fin Alcibíades les procuraría la amistad y alianza de Tisafernes[115]; pues ésta era la excusa y ese el pretexto para los que

[113] Esta desconfianza respecto a Alcibíades se sugiere también en Polieno, *Estratag.* 3.6, que la atribuye más bien a la fe de los atenienses en Frínico.

[114] Evidentemente, aquí se aparta Plutarco de Tuc., VIII 92.2, y deja confusa la secuencia de los hechos, sin duda por la economía que impone el método biográfico. En realidad, Frínico fue destituido de su cargo como estratego a raíz de los incidentes con Alcibíades y Astíoco y regresó a Atenas, donde era uno de los líderes del régimen de los Cuatrocientos (Tuc., VIII 90.1, oradores, Aristóteles, *Política* 1305b, etc.); su muerte tuvo lugar en el ágora, cerca de la *Bolé,* al regreso de una embajada a Lacedemonia de los Cuatrocientos; el que lo mató huyó y un cómplice suyo, que era argivo, fue cogido y torturado por los oligarcas, pero no denunció al instigador de la conjura; en Tucídides no se habla del juicio ni del premio a los asesinos (sólo Plutarco da este nombre de Hermón) y, según la versión de los oradores, éstos fueron Apolodoro de Mégara y Trasibulo de Calidón, a los que dieron honores (entre ellos la ciudadanía) los atenienses tras el juicio *post mortem* de Frínico, impulsado por Critias (Lisias, XIII 70, Licurgo, *Contra Leócrates* 111-114,).

[115] De nuevo casi un calco literal de Tuc., VIII 49 (la embajada tiene lugar, por tanto, bastante antes de la muerte de Frínico e incluso, según

2 instauraron la oligarquía. Cuando triunfaron y se hicieron con el control político —aunque se decían Cinco mil, en realidad eran Cuatrocientos[116]—, ya prestaban menos atención a Alcibíades y afrontaban la guerra más suavemente. Aquello, porque todavía no se fiaban de los ciudadanos, alarmados ante el cambio; y esto, pensando que a ellos les harían más concesiones los lacedemonios, siempre favorables a una oligarquía. Pues bien, en la ciudad, el pueblo, aunque de mal grado, estaba tranquilo por miedo; y es que fueron asesinados no pocos[117] de los que se enfrentaron abiertamente a los Cuatrocientos.

3 En cambio los de Samos, al enterarse de esto, se indignaron y estaban empeñados en embarcarse enseguida hacia el Pireo y, después de traer a Alcibíades y nombrarlo estratego, lo animaban a guiarlos para derrocar a los tiranos.
4 Aquél, al contrario de lo que habría sentido y deseado cualquier otro que de repente se hubiera hecho importante por el favor del pueblo, no pensando que debía estar agradecido en todo y no enfrentarse a los que de errante y fugitivo lo aca-

---

Tuc., VIII 50.1, fue un motivo para iniciar sus conversaciones con Astíoco), aunque éste incluye aquí también el tópico de la preparación del regreso de Alcibíades. La instauración del régimen de los Cuatrocientos, a lo que contribuyen las intrigas de Pisandro y sus compañeros, se describe en Tuc., VIII 67-70. Plutarco, como vemos, resume ahora muy someramente unos hechos que tienen lugar antes de las diferencias de Alcibíades con Frínico; Nepote, *Alc.* 5.3, se limita a señalar las conversaciones de Alcibíades con Pisandro, mediante mensajeros, preparando su regreso.

[116] Como dice Tucídides (VIII 67.3) la nueva oligarquía era teóricamente de cinco mil ciudadanos, aunque el gobierno lo compartirían sólo cuatrocientos (se eligirían cinco proedros que elegirían a cien ciudadanos y, cada uno de éstos, escogería otros tres). Respecto a los cinco mil, el compromiso era que los convocarían los Cuatrocientos cuando les pareciera oportuno.

[117] En este punto cambia conscientemente Plutarco (para explicar el miedo) la versión de Tucídides, que habla de «no muchos» (VIII 70.2).

baban de designar caudillo y general de tantas naves y sol-
dados y de semejante fuerza, sino, como correspondía a un
gran comandante, oponerse a quienes se dejaban llevar por
la cólera, evitó que cometieran algún error y así salvó en-
tonces claramente los asuntos de la ciudad. Pues, si hubie- 5
ran zarpado rumbo a la patria, los enemigos habrían podido
adueñarse al punto de toda Jonia y del Helesponto sin com-
batir, así como de las islas. Y los atenienses habrían comba-
tido con atenienses, metiendo la guerra en la ciudad. El que 6
evitó que sucediera esto fue única o principalmente Alci-
bíades; pues no sólo los convenció e instruyó a todos en
conjunto, sino también aisladamente, suplicando a unos y
censurando a otros[118]. Colaboraba con él Trasibulo el del de-
mo estirieo con su presencia y sus gritos; pues era, según se
dice, el ateniense que más voz tenía. Sin duda fue aquella 7
una hermosa obra de Alcibíades; y la segunda, que, tras pro-
meterles que pasaría a su bando las naves fenicias que espe-
raban los lacedemonios, enviadas por el rey, o que intentaría
que no llegaran hasta aquéllos[119], partió rápidamente. Cuan- 8
do las naves aparecieron cerca de Aspendo, Tisafernes no las
dejó seguir, sino que faltó a su palabra con los lacedemo-
nios. La culpa de que se dieran la vuelta la tenía Alcibíades
según ambos bandos, y todavía más según los lacedemo-
nios, pues decían que daba instrucciones al bárbaro para que
dejara a los griegos destruirse por sí mismos; y estaba claro 9
que, si una fuerza tan grande se sumaba a unos, arrebataba
enseguida a los otros la supremacía en el mar.

---

[118] Corresponden estas palabras de Plutarco a lo que dice Tucídides en VIII 86.4-6.

[119] La misma idea en Tuc., VIII 88. En lo que sigue, Plutarco se aparta del historiador.

Campañas de Alcibíades en Asia previas a su regreso a Atenas

27 Después de esto fueron derrocados los Cuatrocientos, gracias a la fervorosa colaboración de los amigos de Alcibíades con quienes representaban los intereses del pueblo. Pero, cuando los de la ciudad querían y animaban a Alcibiades a que regresara[120], él pensaba que no debía regresar con las manos vacías ni sin haber hecho nada, por la compasión y favor del
2 pueblo, sino gloriosamente. Por eso, primero rodeó con unas cuantas naves desde Samos el mar de Cnido y Cos. Allí habiendo oído que el espartiata Míndaro navegaba con toda la flota hacia el Helesponto, persiguiendo a los atenienses[121],
3 se apresuró a ayudar a los estrategos[122]. Por fortuna llegó

[120] Con estas frases resume Plutarco los capítulos VIII 89-97 de Tucídides, subrayando elementos que se encuentran sobre todo en 89.1 y 97.3 (decisión de los atenienses sobre el regreso de Alcibíades).

[121] Plutarco toma de su fuente (Tuc., VIII 99-102) lo que le interesa y generaliza. En realidad Míndaro se dirige al Helesponto desde Mileto con setenta y tres naves llamado por Farnabazo, para favorecer las revueltas allí contra los atenienses. Tucídides habla de persecución cuando ya la flota de Míndaro está en el Helesponto y tratan de huir las dieciocho naves de los atenienses que había en Sesto (VIII 102.2). El historiador ateniense es seguido literalmente por D. S., XIII 39-40.

[122] La simplificación de Plutarco encierra dos batallas navales. La primera, coincidiendo con la llegada de Míndaro al Helesponto (411 a. C.), termina con la victoria de los atenienses y la erección de un trofeo en el promontorio donde estaba el Monumento de la Perra (de Hécabe según D. S., XIII 40.6), sin participación de Alcibíades. A propósito de ella, la única referencia de Tucídides al personaje es que regresó a Samos y fortificó Cos (VIII 108.1-2; cf. D. S., XIII 41.4-42.3). La segunda, a la que se refiere Plutarco en lo que sigue, tiene lugar en el 410 a. C. y se describe en las historias de Jenofonte y de Teopompo (cf. D. S., XIII 63.5). En ésta es en la que interviene Alcibíades, pero no puede ponerse en relación inmediata, como hace Plutarco, con la travesía de Míndaro desde Mileto hasta el Helesponto. Por otra parte, como leemos en D. S., XIII 46.2, la llegada de Alcibíades (cf. Jen., *Helénicas* 1.1,5) desde Samos al Helesponto no es in-

navegando con dieciocho trirremes en el momento justo en
que ambos bandos acababan de encontrarse con todas las
naves juntas y sostenían una batalla naval cerca de Abido,
enfrentados con una terrible lucha, en parte vencidos y en
parte victoriosos, hasta el anochecer[123]. Su aparición produ- 4
jo la opinión contraria en ambos bandos, de modo que los
enemigos cobraron valor y los atenienses se inquietaron; pe-
ro rápidamente izó la enseña amiga desde la nave capitana y
se lanzó al punto contra los peloponesios victoriosos y per-
seguidores[124]. Tras obligarlos a virar, los empujó hasta la 5
tierra y, atacándolos, golpeaba sus naves y hería a sus ocu-
pantes. Mientras los hombres escapaban a nado, Farnabazo
acudía en su ayuda con la infantería y combatía en la orilla
del mar, tratando de defender las naves. Al fin los atenien- 6
ses, después de capturar treinta naves de los enemigos y sal-
var las suyas, erigieron un trofeo[125].

Con triunfo tan brillante en su haber y movido por el deseo de presumir de ello ante Tisafernes, preparó presentes de hospitalidad y, con una escolta digna de un almirante, se

---

tencionada, sino casual (*katà týche*). Plutarco vincula esta expresión, que toma probablemente de Teopompo/Diodoro (y en otro sentido) al momento de su llegada al combate (*infra*).

[123] Este detalle último está en JEN., *Helénicas* 1.1, 5. La batalla (hasta la intervención de Alcibíades) se describe en D. S., XIII 45.6-46.2, que indica también el resultado incierto, aunque sin la coincidencia textual con Plutarco. D. S., XIII 46.2, habla de la llegada de Alcibíades con veinte naves (probablemente por error o por corrupción textual). En JEN., *Helénicas* 1.1, 5, la cifra es la correcta.

[124] Todos estos detalles se encuentran en D. S., XIII 46.3.

[125] Esta persecusión y la consiguiente ayuda de Farnabazo se describen en JEN., *Helénicas* 1.1, 6 y D. S., XIII 46.4-5. El dato de las treinta naves capturadas lo toma Plutarco de Jenofonte (D. S., XIII 47.1 es impreciso); en cuanto al trofeo, probablemente vuelve a mezclar Plutarco lo que dice TUC., VIII 105.2, sobre el trofeo en Cinosema, y lo que dice Diodoro aquí, que los atenienses añadieron al anterior otro trofeo.

7 dirigió hacia él. Pero no encontró lo que esperaba, sino que, como desde hacía tiempo Tisafernes recibía críticas de los lacedemonios[126] y temía ser castigado por el Rey, le pareció que Alcibíades llegaba en el momento oportuno y, apresándolo, lo encerró en Sardes, esperando que esta injusticia borrara aquellas críticas[127].

28 Pasados treinta días, Alcibíades consiguió de algún modo un caballo y escapando de sus guardias se refugió en
2 Clazómenas[128]. Contra Tisafernes hizo correr el rumor de que había sido liberado por aquél. Por su parte, él navegó hasta el campamento de los atenienses y, cuando supo que Míndaro y Farnabazo se encontraban juntos en Cícico, arengó a los soldados, diciéndoles que tenían que combatir por mar, a pie y, ¡por Zeus!, en las murallas, a los enemigos; pues no hay riquezas para quienes no vencen en todas par-
3 tes[129]. Tras llenar las naves, se acercó al Proconeso y ordenó

---

[126] Diodoro atribuye estas críticas a Farnabazo en vez de a Tisafernes, con el que lo confunde habitualmente (XIII 46.5-6).

[127] La noticia del apresamiento de Alcibíades por Tisafernes está en Jen., *Helénicas* 1.1, 9, pero las motivaciones tanto del viaje de Alcibíades como de ese apresamiento, parecen una adición personal de Plutarco.

[128] Se sigue el relato de Jen., *Helénicas* 1.1, 10.

[129] En este pasaje, y en lo que sigue, Plutarco resume a Jen., *Helénicas* 1.1, 11-14, con pequeñas variantes motivadas, en parte, por el carácter sintético del relato biográfico y, en parte, por generalizaciones que sacan las frases de los personajes de su contexto concreto para convertirlas en sentencias gnomológicas. Eso ocurre en este caso, cuando Jenofonte, en realidad, lo que dice es que tenían que luchar en todos los frentes, ya que ellos no tenían dinero y los enemigos mucho, facilitado por el Rey (Jen., *Helénicas* 1.1, 14). También su información sobre la presencia de Míndaro y Farnabazo en Cícico está en Jenofonte, pero (lo mismo que la arenga mencionada *supra*) después de llegar al Proconeso (*Helénicas* 1.1, 14, cf. *infra*). Se sobreentiende que aquí Alcibíades parte de Clazómenas (lo que precisa Jen., *Helénicas* 1.1, 11), mientras que según D. S., XIII 49. 3, lo

interceptar y vigilar las naves ligeras, para que de ningún modo tuvieran los enemigos ninguna información previa de su llegada. Por casualidad cayó de repente una gran lluvia[130] 4
acompañada de truenos y niebla, que ayudó a ocultar sus preparativos. Pues no sólo pasó inadvertido a los enemigos, sino que incluso logró zarpar, tras dar orden a los atenienses, que ya estaban resignados, de que embarcaran. Al poco 5
tiempo se disipó la niebla y se vieron las naves de los peloponesios balanceándose delante del puerto de los cicicenos. Temiendo entonces Alcibíades que, al conocer el elevado 6
número de las suyas, huyeran hacia la tierra[131], ordenó a los comandantes que navegaran con calma más retrasados y él se dejó ver con cuarenta naves y provocó a los enemigos. Aquéllos cayeron en la trampa e infravalorándolas, pues 7
creían que ésas eran todas a las que hacían frente, contactaron con ellas al punto y trabaron combate. Pero, cuando se sumaron a la batalla las demás, aquéllos se asustaron y emprendieron la fuga[132]. Alcibiades con las veinte mejores na- 8
ves se metió por medio, se acercó a tierra y desembarcó. Entonces atacó a los que trataban de huir tirándose de las naves y mató a muchos. Venció a Míndaro y Farnabazo, que

---

hace desde Lesbos. En este historiador la decisión de zarpar hacia el Proconeso es de los generales atenienses (*se.* Alcibíades, Terámenes y Trasibulo) y no exclusiva de Alcibíades (una licencia biográfica apoyada por Jenofonte).

130 El detalle de la lluvia está también en JEN., *Helénicas* 1.1, 16.

131 Esto es lo que ocurre precisamente en JEN., *Helénicas* 1.1, 17, que nada dice de la estrategia de Alcibíades.

132 Como ya hemos dicho, JEN., *l. c.,* ignora esta estratagema de Plutarco, sobre la que encontramos algo en Diodoro, aunque —se desprende así del texto— como parte de una estrategia consensuada con Trasibulo y Terámenes. En el historiador siciliano encontramos el tema de la provocación por parte de Alcibíades y del menosprecio de sus fuerzas por parte de Míndaro, así como el de la posterior huida de los espartanos ante el incremento de la flota ateniense (D. S., XIII 50.1-4).

acudieron en ayuda y a Míndaro lo mató en un violento
9 combate, mientras que Farnabazo escapó[133]. Dueños de muchos muertos y armas, con todas las naves en su poder, tras la conquista de Cícico, con el abandono de Farnabazo y la destrucción de los peloponesios, no sólo se aseguraron el Helesponto, sino que también echaron violentamente a los
10 lacedemonios del resto del mar. Se cogieron además cartas en laconio que comunicaban a los éforos la desgracia ocurrida: «Se perdieron las naves; Míndaro ha muerto; los soldados tienen hambre; no sabemos lo que hay que hacer»[134].

29 Tan ufanos estaban los que combatieron a las órdenes de Alcibíades y de tanto orgullo se llenaron, que ya no consideraban digno tener trato con los demás soldados, que habían sido vencidos muchas veces, ellos que eran invencibles[135].
2 Se daba la circunstancia de que no mucho antes, tras una derrota de Trasilo en Éfeso[136], había sido levantado un trofeo

---

[133] Los detalles de estos hechos se describen en D. S., XIII 50.5-51.7, que da un papel destacado también a los otros dos generales, silenciados por Plutarco. Respecto al número de veinte naves, es el que Diodoro atribuía a Alcibíades cuando se dirigió desde Samos al Helesponto, antes de la primera batalla. JEN., *Helénicas* 1.1, 18, da por sentado también que Alcibíades disponía de veinte naves y no de las cuarenta de que habla Plutarco (lo que le obliga a suponer esta selección de veinte) y es menos preciso sobre la relación entre Alcibíades y la muerte de Míndaro y huida de Farnabazo.

[134] Como dice JEN., *Helénicas* 1.1, 23, se trata de una carta (Plutarco reproduce exactamente el texto que da el ateniense) enviada por Hipócrates, hijo de Míndaro.

[135] Jenofonte refiere esta actitud de los soldados de Alcibíades en relación con los de Trasilo cuando se unieron todos en Lámpsaco (*Helénicas* 1.2, 15). D. S., XIII 66.1, habla de la fortificación de Lámpsaco por los soldados de Alcibíades y Trasibulo (Trasilo en Jenofonte y Plutarco), pero no comenta la actitud de los soldados de Alcibíades.

[136] Sobre esta derrota, cf. JEN., *Helénicas* 1.2, 7-10 (Trasilo), con mención del trofeo y D. S., XIII 64.1 (Trasibulo).

de bronce por los efesios para vergüenza de los atenienses.
Pues bien, los de Alcibíades, orgullosos de sí mismos y de 3
su general, culpaban de esto a los de Trasilo y no querían
compartir con aquéllos ni ejercicios físicos, ni espacio en el
campamento. Pero cuando Farnabazo con mucha caballería 4
e infantería los atacó a raíz de una incursión que habían
hecho a Abido y Alcibíades acudió en ayuda y lo puso en
fuga y persiguió hasta el anochecer con Trasilo, entonces ya
se mezclaron y regresaron al campamento, juntos, alegres y
contentos[137]. Al día siguiente levantó un trofeo y saqueó la 5
región de Farnabazo sin que nadie se atreviera a defenderse.
Sin embargo a los sacerdotes y sacerdotisas que cogió los
dejó libres sin pedir rescate. Luego se dirigió a luchar con 6
los calcedonios, que habían desertado y acogido una guarni-
ción y un gobernador de los lacedemonios; pero cuando se
enteró de que aquéllos habían reunido todo el botín de su
región y lo habían puesto a salvo enviándoselo a los biti-
nios, que eran sus amigos, fue hasta la frontera con el ejér-
cito y por medio de un heraldo se lo echó en cara a los bitinios.
Éstos, asustados, le entregaron el botín y le reconocieron su
amistad[138].

Bloqueada Calcedón de mar a mar[139], vino Farnabazo 30
para romper el asedio e Hipócrates, el harmostes[140], salien-

[137] Sobre este incidente, cf. JEN., *Helénicas* 1.2, 15-17. Diodoro no dice nada.

[138] Este episodio se cuenta en términos parecidos en JEN., *Helénicas* 1.3, 2-3.

[139] Literalmente, con un muro; pero, en realidad, con el campamento de Alcibíades y, en la parte del río, con una empalizada, como leemos en JEN., *Helénicas* 1.3, 4, de quien toma Plutarco la expresión. D. S., XIII 66.1, atribuye esta acción no a Alcibíades exclusivamente, sino a los tres generales, allí reunidos (Alcibíades, Trasibulo y Terámenes que, inicialmente, era el que tenía cercada la ciudad).

do de la ciudad al mando de todas sus tropas, atacó a los
2 enemigos. Alcibíades, que hizo frente con su ejército a ambos a la vez, obligó a Farnabazo a huir vergonzosamente y mató a Hipócrates y a muchos de sus soldados después de la
3 derrota[141]. Luego se embarcó personalmente hacia el Helesponto, recaudó dinero[142] y tomó Selibria, poniéndose en pe-
4 ligro en esa ocasión. En efecto, los que iban a entregar la ciudad acordaron levantarle una antorcha a media noche; pero se vieron obligados a hacerlo antes de tiempo, por miedo a uno de los conjurados que cambió repentinamente
5 de parecer. Como la antorcha fue levantada cuando todavía el ejército no estaba preparado, cogió unos treinta que estaban a su lado y se lanzó a la carrera hacia los muros, tras dar
6 orden a los demás de que lo siguieran rápidamente. La puerta se le abrió y se unieron a los treinta veinte peltastas; pero, al entrar, se dio cuenta enseguida de que los selibrianos se
7 dirigían contra él armados. Como no se veía clara la salvación si ofrecía resistencia y, para huir, era demasiado orgulloso él que hasta aquél día había sido invencible en las expediciones, tras dar la señal de silencio a la trompeta, ordenó a uno de los presentes que invitara a los selibrianos a no
8 enfrentar sus armas a los atenienses. Esta proclama los hizo a algunos más reacios al combate, pues creían que estaban dentro todos los enemigos, y los demás, con las esperanzas,
9 tuvieron mejor disposición hacia el acuerdo. Mientras esta-

[140] Título que se daba al gobernador militar de una ciudad por los lacedemonios (cf. D. S., XIII 66.2). Hipócrates era el hijo de Míndaro.

[141] De la ayuda y huida posterior de Farnabazo no dice nada Diodoro (XIII 66.2); Plutarco sigue en este punto el relato de Jen., *Helénicas* 1.3, 5-7, aunque el detalle sobre la muerte de muchos soldados de Hipócrates está en Diodoro, no en Jenofonte, según el cual todos se refugiaron en la ciudad (1.3, 6).

[142] Jen., *Helénicas* 1.3, 8 y D. S., XIII 66.3, hablan también del Quersoneso.

ban reunidos intercambiando propuestas, llegó el ejército de
Alcibíades y, deduciendo él, como era cierto, que los seli-
brianos tenían intenciones pacíficas, temió que los tracios
destruyeran la ciudad. Eran muchos y combatían con gran
valor por gratitud y amistad con Alcibíades. Así pues, los
envió a todos fuera de la ciudad y, a los selibrianos, ante sus
ruegos, no les hizo daño alguno, sino que cogió dinero y,
tras dejar una guarnición, se marchó [143].

Los generales que tenían asediada Calcedón firmaron 31
acuerdos con Farnabazo bajo estas condiciones: recibir di-
nero, que los calcedonios volvieran a ser tributarios de los
atenienses, no causar daño a la región de Farnabazo y que
Farnabazo facilitara a los embajadores de los atenienses una
misión ante el Rey con garantías [144]. Como en ese momento 2
volvió Alcibíades y Farnabazo consideró justo que también
él ratificara con su juramento los acuerdos, se negó a hacer-
lo antes de que aquél jurara ante ellos [145]. Hechos los jura- 3

---

[143] Ni Jenofonte ni Diodoro hacen este relato tan detallado del episodio de Selibria. Tan sólo el segundo precisa que Alcibíades tomó Selibria mediante traición, cogió el dinero y dejando una guarnición se marchó a Bizancio, a unirse con Terámenes (XIII 66.4). JEN., *Helénicas* 1.3, 10, hace referencia a la toma de Selibria para justificar la ausencia de Alcibíades en el momento en que se está firmando el acuerdo de Farnabazo con los atenienses (*infra* 33.1).

[144] De estas condiciones (D. S., XIII 66.3, sólo dice que Terámenes acordó con los calcedonios que volvieran a pagar a los atenienses los tributos que tenían fijados anteriormente y luego se marchó a la campaña de Bizancio), Jenofonte menciona la primera (cifrando la cantidad en 20 talentos), la última (*Helénicas* 1.3, 8-9) y el compromiso de los calcedonios a pagar a los atenienses el tributo de antes, así como las cantidades debidas, y de los atenienses a no hacerles la guerra hasta el regreso de los embajadores.

[145] Esto coincide con lo que dice JEN., *Helénicas* 1.3, 10-12, aunque con una diferencia notable. Según Plutarco, Farnabazo pide el juramento de Alcibíades porque éste llega de Selibria en el momento de la firma; se-

mentos, se dirigió contra los bizantinos, que habían desertado, y puso cerco a la ciudad. Como Anaxilao, Licurgo y unos cuantos más[146] habían pactado con él la entrega de la ciudad a cambio de su conservación, difundió la noticia de que se marchaba de allí porque habían surgido revueltas en Jonia, y zarpó de día con todas las naves; pero regresando de noche, desembarcó él mismo con los hoplitas y cuando llegó hasta las murallas, se quedó quieto. Entre tanto, las naves entraron súbitamente en el puerto con gran griterío, alboroto y ruido, asustando a los bizantinos por la sorpresa y permitiendo a los partidarios de Atenas recibir a Alcibíades sin problemas,
4 pues todos acudieron en auxilio al puerto y a las naves. Lo cierto es que su avance no se hizo sin combate; pues los peloponesios, beocios y megarenses que había en Bizancio hicieron retroceder a los que bajaban de las naves y los volvieron a encerrar en ellas; pero cuando se dieron cuenta de los atenienses estaban dentro, se organizaron para el comba-
5 te y fueron a su encuentro. Tuvo lugar una violenta batalla en la que venció Alcibíades por el ala derecha y Terámenes por la izquierda y, de los enemigos que sobrevivieron, cogió
6 vivos unos trescientos. Después de la batalla no murió ni fue exiliado ningún bizantino; pues los partidarios de Atenas entregaron la ciudad con estas condiciones y así lo acordaron,
7 sin incluir ninguna cláusula particular a su favor[147]. Por eso,

---

gún Jenofonte, Farnabazo quiere esperar en Calcedón hasta que vuelva Alcibíades de Selibria y de Bizancio (cf. *infra* 31.3), a donde marchó antes de volver a Calcedón. También Jenofonte se extiende en detalles sobre los juramentos (realizados en ciudades distintas y ante delegados de uno y otro).

[146] En Jen., *Helénicas* 1.3, 18, leemos los nombres de todos los traidores; además de los dos que cita Plutarco, se menciona a Cidón, Aristón y Anaxícrates.

[147] Plutarco sigue una fuente distinta de Jen., *Helénicas* 1.3, 14-22. En el historiador no se alude para nada a la estratagema de las naves ni se dan

cuando Anaxilao tuvo que defenderse en Lacedemonia de la acusación de traición, se vio con sus palabras que no se avergonzaba de la acción. En efecto, dijo que, como no era 8
lacedemonio, sino bizantino, y no veía en peligro a Esparta, sino a Bizancio, pues la ciudad estaba bloqueada, nadie podía entrar y el trigo que había en ella se lo comían los peloponesios y beocios, mientras que los bizantinos se encontraban en la penuria con sus hijos y mujeres, no entregó la ciudad a los enemigos, sino que la libró de la guerra y de sus males, a imitación de los mejores lacedemonios. Pues para éstos sólo hay una cosa bella y justa: el bien de la patria. Entonces los lacedemonios, cuando oyeron esto, se mostraron complacidos y absolvieron a los acusados [148].

---

detalles sobre la entrada de Alcibíades en la ciudad. Se habla sólo de que los traidores aprovecharon la ausencia del harmostes, Clearco, que había ido a ver a Farnabazo, en busca de dinero, que los traidores abrieron las puertas de noche a Alcibíades y que le hicieron frente por poco tiempo Helixo y Crátadas. La coincidencia es mayor con Diodoro Sículo (XIII 66.5-67.7), aunque hay diferencias significativas: no se dan los nombres de los traidores, cuya decisión se justifica por la crueldad de Clearco (y aprovechando su ausencia, como en Jenofonte). No se habla de beocios ni megarenses, aunque se alude a mercenarios; la resistencia a los atenienses de las naves no se explicita como en Plutarco y, en cambio, respecto a la entrada de Alcibíades en Bizancio, se habla de una señal con que le avisan los traidores y de escalada de los muros (en Jenofonte le abren las puertas). En Diodoro, además, sólo la mitad de los peloponesios se vuelven a la ciudad para hacer frente a Alcibíades y no hay referencia alguna a Terámenes ni al número de prisioneros ni, por supuesto a Anaxilao y su juicio en Esparta.

[148] Jenofonte menciona brevemente esta defensa y absolución de Anaxilao como una digresión parentética al dar los nombres de los traidores (*Helénicas* 1.3.19).

Regreso de Alcibíades a Atenas

32 Alcibiades deseaba ya ver la patria y todavía más quería ser contemplado por los ciudadanos, avalado por tantas victorias sobre los enemigos. Por ello regresó con los trirremes áticos a su alrededor y engalanados con muchos escudos y despojos, seguido de muchos trirremes apresados, y trayendo todavía en mayor número los mascarones de proa de los que habían sido vencidos y destruidos por él. Pues entre unos y otros
2 eran no menos de doscientos[149]. Lo que Duris de Samos, que afirma ser descendiente de Alcibíades, añade a esto, que tocaba el *aulós* para los remeros Crisógono el vencedor pítico y que les daba órdenes Calípides el actor de tragedias, envueltos en mantos de recta caída, finas túnicas y demás adornos propios de los juegos —la nave capitana se acercaba al puerto con una vela de púrpura— como si estuvieran al frente de un *comos* que vuelve de sus borracheras, no lo registra ni Teopompo, ni Éforo, ni Jenofonte[150]. Y no era lógico que hiciera ostentación de tantos refinamientos cuan-

---

[149] El espectáculo de la llegada se describe de forma parecida, aunque sin personalizar en Alcibíades, en D. S., XIII 68.2, que también concreta la cifra de naves capturadas en no menos de doscientas (*l.c.* 68.3), seguramente tomada de Duris (cf. ATENEO, XII 535d). Con la referencia a Éforo, Teopompo (ambos fuente del relato de Diodoro Sículo), Jenofonte y ahora Duris, Plutarco revela sus principales fuentes, junto con Tucídides para la primera parte, en esta *Vida*.

[150] Véase DURIS, *FGrHist* 76F76. No hay duda de que Ateneo depende de la misma fuente cuando describe el regreso de Alcibíades (XII 535c-d), mencionando de igual modo la vela de púrpura de su nave y la presencia en ella del auleta Crisógono con la ropa de un atleta de los juegos píticos y Calípides con la de la escena. Es posible que la alusión al *comos* de borrachos (grupo festivo que da nombre luego a la Comedia) le venga sugerida a Plutarco por el pasaje platónico (*Banq.* 212c-d) donde aparece Alcibíades borracho al frente de un *comos,* como propone FLACELIÈRE (nota *ad loc.*, pág. 248).

do regresaba de un destierro y de tantas desgracias. Por el contrario, aquél volvía con miedo y, a su llegada, no bajó del trirreme antes de ver desde el puente que estaba allí su primo Euriptólemo y que lo recibían y llamaban otros muchos amigos y parientes[151].

Cuando desembarcó, aquéllos parecían no ver siquiera a 3
los demás generales, sino que fueron corriendo hacia aquél gritando y, acercándose, lo abrazaban, lo acompañaban y le ponían coronas. Los que no podían acercarse contemplaban el espectáculo de lejos y los mayores se lo señalaban a los jóvenes. Con la alegría de la ciudad se mezclaba mucho 4
llanto y, ante la presente dicha, recordaban las anteriores desgracias, considerando que no habrían fracasado en Sicilia ni se les habría escapado ningún otro proyecto de los que tenían, si hubieran dejado a Alcibíades al frente de los asuntos de entonces y al mando de aquel ejército; pues ahora, tras hacerse cargo de la ciudad cuando casi estaba a punto de ser arrojada del mar y cuando por tierra apenas era dueña de los suburbios, enfrascada en revueltas internas, la había levantado de sus maltrechos y humillados restos y no sólo le había devuelto el imperio del mar, sino que incluso la mostraba por todas partes vencedora de sus enemigos por tierra[152].

---

[151] Esta frase corresponde casi exactamente (incluido el tema del miedo y la referencia a su primo Euriptólemo) con JEN., *Helénicas* 1.4, 18-19.

[152] El desembarco de Alcibíades en el Pireo tuvo lugar el veinticinco de mayo del 407 a. C. Respecto a la polarización de la atención del pueblo hacia Alcibíades exclusivamente, Plutarco coincide con el relato de Nepote, *Alc.* 6.1, que además incluye los tópicos de las consecuencias anteriores (también el fracaso de Sicilia) en contraste con la restauración presente de la posición en mar y tierra de Atenas (*idem* 6.2). JEN., *Helénicas* 1.4, 13 y D. S., XIII 69.1, también mencionan la admiración y acogida de Alcibíades por parte del pueblo. Un análisis literario de la llegada, incluyendo los capítulos siguientes, puede leerse en M.ª C. SALCEDO PARRONDO, 2001.

33 Antes se había proclamado el decreto de su vuelta, a propuesta de Critias el hijo de Calescro, como él mismo dice en sus elegías, recordándole el favor a Alcibíades con estos versos:

«La propuesta que te trajo de regreso, yo ante todos la
pronuncié y, tras ponerla por escrito, realicé esta empresa.
El sello de nuestra lengua se encuentra en estos hechos».

2 Reunido entonces el pueblo, Alcibíades compareció ante la Asamblea y, entre llantos y lamentos por sus penalidades, con pequeños y suaves reproches para el pueblo, lo atribuyó todo a su mala suerte y a un demon envidioso; pero la mayoría de sus reflexiones fueron para avivar las esperanzas de los ciudadanos y darles ánimos; luego fue coronado con coronas de oro y elegido general con plenos poderes por tierra
3 y por mar. Decretaron también que se le devolviera su hacienda y que los Eumólpidas y los Cérices[153] volvieran a dejar sin efecto las maldiciones que hicieron por orden del pueblo. Cuando los demás las estaban anulando, Teodoro el hierofante dijo: «Pues yo no lancé contra él ninguna maldición, si no hizo ningún mal a la ciudad»[154].

---

[153] Los Eumólpidas eran una familia de Eleusis, descendientes de Eumolpo, fundador (por encargo de Deméter) de los Misterios; de entre ellos, desde entonces, se elegía tanto al hierofante como a las dos hierofántides (sacerdotisas que ayudaban a éste en los rituales). Los Cérices reciben su nombre del fundador de la familia, Cérix, hijo de Eumolpo; de ella se elegía el «heraldo» para los rituales.

[154] Todos estos elementos de la asamblea y restitución de Alcibíades (salvo el nombramiento de general con plenos poderes, mencionado por Jen., *Helénicas* 1.4, 20 y por D. S., XIII 69.3) se encuentran en Nepote, *Alc.* 6.3-5, aunque en el biógrafo romano las coronas y el llanto de Alcibíades son previos (en el momento de la llegada y en el Pireo) a la asamblea, que tiene lugar en la ciudad y en la que se acuerda la devolución de

Mientras Alcibiades estaba tan radiantemente feliz, a al- 34
gunos sin embargo los tenía turbados el momento del regreso;
pues en el día en que desembarcó se celebraban las Plinte-
rias[155] en honor de la diosa. Ofician los rituales los Praxiér-
gidas[156] el veinticinco del mes de Targelión[157], en secreto,
tras quitar los adornos y cubrir la estatua con un velo. Por 2
ello los atenienses incluyen éste entre los días más nefastos
y lo consideran vetado para cualquier actividad. Así pues
daba la impresión de que la diosa no acogía a Alcibíades
alegre ni favorablemente, y que por ello se cubría y lo apar-
taba de su lado[158].

De todos modos, a Alcibiades todo le había salido según 3
sus planes y se estaban equipando cien trirremes, con los
que iba a embarcarse de nuevo; pero cierta noble ambición

---

sus propiedades y el levantamiento de las maldiciones (detalles también recogidos por D. S., XIII 69.2).

[155] Lo más importante sobre esta fiesta local de Atenas, en la que se lavaba (de ahí el nombre, ya que *plýno* significa «lavar») ritualmente el *xóanon* (estatua de madera) o el peplo de Atenea, puede leerse el artículo de B. Nagy, 1994 o el ya citado de M.ª C. Salcedo Parrondo, 2001, págs. 390-391, con bibliografía y mención de las fuentes antiguas. Plutarco da como fecha de celebración el 25 de Targelión, Focio (*s. vv. Kallynteria kaì Plynteria*) el 29 y, según Proclo (*Coment. al Tim.* 27A), seguían a las Bendileias, que se celebraban el 16 del mismo mes.

[156] Se trata de otra familia sacerdotal de Atenas, que, en las Plinterias, presidía el baño ritual de la estatua de Atenea.

[157] Corresponde al mes de mayo/junio.

[158] Los tres detalles (coincidencia con las Plinterias, cubrimiento de la estatua e interpretación de su significado) parecen tomados de Jen., *Helénicas* 1.4, 12. B. Nagy, 1994, que discute la explicación del error de Alcibíades para hacer coincidir su regreso con ese día como debido a su poco cuidado por los rituales religiosos, piensa en un retraso de la celebración propiciado por los enemigos de Alcibíades que se habrían cuidado de ocultar dicho retraso a los partidarios de aquél. Así Alcibíades habría desembarcado ese día pensando que la fiesta ya había tenido lugar (cf. pág. 285).

4 que le sobrevino lo retuvo hasta los Misterios. En efecto, desde que Decelía fue fortificada y los enemigos, allí apostados, controlaban los accesos a Eleusis, la procesión ritual, como se celebraba por mar, no tenía ninguna vistosidad, sino que los sacrificios, danzas y muchas de las ceremonias sagradas que se celebran por el camino, cuando sacan en
5 procesión a Íaco, se suspendieron a la fuerza. Entonces a Alcibíades se le ocurrió que sería hermoso devolver a los ritos su forma tradicional, tanto por piedad para con los dioses, como por gloria ante los hombres. Así que escoltó a pie la procesión y la protegió frente a los enemigos; pues o rebajaría y humillaría del todo a Agis, si se quedaba quieto, o provocaría una batalla sagrada y grata a los dioses luchando por lo más sagrado y principal a los ojos de la patria, y contaría con todos los ciudadanos como testigos de su valor.
6 Tan pronto como tomó esta decisión y la comunicó previamente a los Eumólpidas y los Cérices, apostó centinelas en las crestas y, al amanecer, envió por delante avanzadillas. Luego cogió a los sacerdotes, iniciados y mistagogos[159] y, protegiéndolos con las armas, los condujo en orden y en silencio, de modo que exhibió como un espectáculo solemne y divino aquella expedición, llamada por los no envidiosos
7 ministerio de hierofante y ceremonia de iniciación. Como ningún enemigo se atrevió a atacar, los condujo sin peligro hasta la ciudad; en consecuencia él mismo se dejó arrastrar por el orgullo y enalteció al ejército, convencido de ser imbatible e invencible bajo el mando de aquél[160]. En cuanto a

[159] En los Misterios de Eleusis eran los sacerdotes que oficiaban la ceremonia de iniciación.

[160] Jen., *Helénicas* 1.4, 20, que es la única fuente de que disponemos para este hecho, aparte de Plutarco, se limita a reseñarlo, sin fijarse en los detalles. El pasaje de Plutarco ha sido analizado en profundidad por S. Verdegem, 2001, trabajo al que remitimos para los detalles. Aquí nos in-

la gente vulgar y a los pobres, sabía llevarlos tan bien que deseaban con admirable pasión someterse a su poder y algunos se lo decían y lo animaban a dar el paso para que, sin hacer caso de la envidia y echando abajo decretos, leyes y charlatanes que habían destruido la ciudad, actuara como *** y gobernara el Estado sin miedo a los sicofantas.

Últimos fracasos y decadencia

Pues bien, la opinión que perso- 35
nalmente tenía aquél sobre la tiranía, no está clara. Pero los ciudadanos más influyentes tuvieron miedo y lo apresuraron a embarcarse cuanto antes, concediéndole, entre otras medidas, los colegas que aquél quiso[161].

Tras zarpar con las cien naves[162], atacó Andros y los 2
venció en una batalla con todos los lacedemonios que allí había; pero no tomó la ciudad, y ésta fue la primera de las nuevas acusaciones que lanzaron contra él sus enemigos[163].
Sin duda fue Alcibiades más que nadie víctima de su propia 3
fama; pues, al ser grande la de su audacia e inteligencia gra-

---

teresa especialmente la actitud que genera en la gente del pueblo, animándolo a erigirse en tirano y que marcará el comienzo de su crisis final (cf. S. Verdegem, 2004/2005, pág. 142-143).

[161] Adimanto y Trasibulo, según D. S., XIII 69.3, y Nepote, *Alc.* 7.1, que indican también que eran los que él quería.

[162] Jenofonte es más preciso en cuanto al contingente con que parte Alcibíades, que incluía, además de las cien naves, mil quinientos soldados de infantería y ciento cincuenta de caballería (*Helénicas* 1.4, 21). En este punto, Plutarco se expresa igual que D. S., XIII 69.4.

[163] Ni Jenofonte ni Diodoro, a quienes parece seguir Plutarco por su referencia a los lacedemonios (cf. *Helénicas* 1.4, 22 y D. S., XIII 69.4), hacen estas conjeturas sobre la repercusión de que no tomara la ciudad; se limitan a decir que obtuvo una victoria en Gaurio y, tras erigir un trofeo o dejar una guarnición allí al frente de Trasibulo, partió hacia Samos (Jenofonte) o a saquear Cos y Rodas (Diodoro).

cias a los éxitos que cosechó, dejaba bajo sospecha que no llegara a su altura, lo que se achacaba a falta de interés, pues no se creía que fuera falta de competencia; en efecto, si se hubiera tomado interés, nada se le habría escapado[164]. Los atenienses esperaban oír que se habían adueñado de Quíos y
4 del resto de Jonia. Por eso se indignaron al saber que no lo había realizado todo rápidamente y al punto, como querían, sin tener en cuenta la falta de medios con que hacía la guerra contra hombres que tenían un gran corego[165] en el Rey y por la que muchas veces se veía obligado a hacerse a la mar y dejar el campamento para conseguir soldadas y alimentos.
5 La última acusación que recibió fue por esta causa. En efecto, Lisandro, que había sido enviado al mando de la flota por los lacedemonios, pagaba al marinero cuatro óbolos en vez de tres, a expensas del dinero que recibió de Ciro. Por su parte él, que ya con dificultades podía proveer incluso los
6 tres óbolos, se dirigió para reunir dinero hacia Caria. Se quedó en las naves a su cuidado Antíoco, que era un buen piloto, pero en lo demás insensato y chulo[166]. Tenía órdenes de Alcibíades de no entablar combate naval si los enemigos navegaban contra él, pero tanta soberbia tuvo y tanto menosprecio que equipó su propio trirreme y uno de los otros y se dirigió a Éfeso haciendo y diciendo muchas intempe-

---

[164] Coincide en estas reflexiones Plutarco con Nepote, *Alc.* 7.1-3 (aunque el romano toma como pretexto que Alcibíades no quiso tomar Cime, en lugar de Andros).

[165] Preferimos mantener este término que alude a las contribuciones fiscales de los atenienses con las que sufragaban los gastos públicos. La necesidad de recursos, como justificación de la ausencia de Alcibíades que causará el desastre de Nocio y la posterior destitución, sólo se encuentra en Plutarco (sobre posibles explicaciones, entre las que no se excluye una ampliación de Plutarco, cf. S. Verdegem, 2004/2005, pág. 143 y 146).

[166] Es el término que más se ajusta al sentido del griego *phortikós* (que implica tanto la insolencia como la falta de decoro).

rancias y payasadas mientras pasaba cerca de las proas de
las naves enemigas[167]. Al principio Lisandro salió al mar 7
con unas cuantas naves y lo persiguió. Pero cuando los ate-
nienses acudieron en ayuda, salió con todas y, consiguiendo
la victoria, mató al propio Antíoco, apresó muchas naves
y soldados y levantó un trofeo[168]. Cuando Alcibíades se 8
enteró de esto, regresó a Samos, partió con toda la flota y
provocó a Lisandro; pero aquél estaba satisfecho con su vic-
toria y no le hizo frente[169].

---

[167] La historia de Antíoco se cuenta en Jen., *Helénicas* 1.5, 11-15 y, con más detalles, en D. S., XIII 71. Respecto a las motivaciones de Alcibíades para marcharse y la primera parte, que nos habla sobre el comportamiento de Antíoco ante las naves de Lisandro, hay algunas diferencias entre estos dos relatos y (algunas compartidas con) el de Plutarco. El motivo (recaudar dinero para pagar más a los soldados atenienses) no está en ninguno de los dos historiadores. Según Jenofonte, va a reunirse con Trasibulo que venía a amurallar Focea (*Helénicas* 1.5, 11) y, según Diodoro, a Clazómenas, que sufría el saqueo de unos desterrados (XIII 71.1). En lo demás, Diodoro (71.2) también caracteriza a Antíoco como 'lanzado' (tal vez el sentido que hay que dar aquí a *prócheiros* y que lo aproxima al *phortikós* de Plutarco, *cf.* nota anterior), pero se aparta de Jenofonte y de Plutarco tanto respecto al número de naves que toma Antíoco (la suya y otra en éstos y diez en aquél), como en su objetivo (dirigirse contra la flota enemiga y provocar la batalla en Diodoro y pasar junto a Lisandro en dirección a Éfeso en Jenofonte (1.5,12) y Plutarco).

[168] En este punto Plutarco sigue de cerca a Jenofonte, que da detalles sobre el desorden de los atenienses y el orden de los espartanos (también recogido por Diodoro en 71, 3-4), pero no dice nada de la suerte de Antíoco. Diodoro simplifica respecto a Lisandro (que sale desde el principio con todas las naves y consigue la victoria) y se refiere al hundimiento de la nave de Antíoco, pero silencia el trofeo de Lisandro (71.3-4).

[169] La razón de Lisandro para no plantar cara a Alcibíades (que estaba satisfecho con la victoria) es sin duda una variante personal de Plutarco que, con ello, censura más todavía la derrota imprudente de Antíoco. En Jen., *Helénicas* 1.5, 15, y en D. S., XIII 71.4, con los que coincide Plutarco en los demás detalles, no se atreve a hacerle frente, según el primero, por su inferioridad en número de naves.

Huida de Alcibíades a Tracia. Consejos a los generales atenienses

36 De los que odiaban a Alcibíades en el campamento, Trasibulo el de Trasón, que era su enemigo, partió hacia
2 Atenas para acusarlo[170]. Tras exaltar los ánimos de los de allí, decía ante el pueblo que Alcibíades había arruinado el Estado y perdido las naves con su ligereza en el mando y encomendando la jefatura a hombres de muchísima influencia en él gracias a la bebida y a las bravuconadas de marineros, para él lucrarse tranquilamente con sus periplos y dar rienda suelta a sus vicios emborrachándose y acostándose con heteras de Abido y de Jonia, mientras los enemigos fondeaban a poca distancia.
3 Le echaban en cara también la construcción de los muros con que rodeó Bisante en Tracia, para refugio propio, puesto
4 que en la patria no podía vivir o no quería. Los atenienses, persuadidos, eligieron otros generales, mostrando su cólera
5 y animadversión contra aquél. Informado de esto Alcibíades, tuvo miedo y se marchó definitivamente del campamento; con un grupo de mercenarios que había reunido se dedicó a combatir con los tracios no sometidos al Rey[171] por su cuenta; de este modo reunió mucho dinero de lo que co-

[170] En Diodoro no se menciona a Trasibulo, pero sí se indica que algunos del campamento de Alcibíades fueron a Atenas para acusarlo. Diodoro enlaza estas acusaciones con el ataque de Alcibíades a Cime (XIII 73.6), silenciado por Plutarco y puesto en relación por Nepote con la nueva caída en desgracia del personaje (*Alc.* 7.7, 1-3).

[171] El término, *abasileútois,* es ambiguo en este contexto. Lo más probable es que se refiera a los tracios no tributarios del Rey (así también R. Waterfield), con lo que se evitaban conflictos con los persas; pero la referencia de Nepote a la amistad de Alcibíades *cum quibusdam regibus Thraciae (Alc.* 7.7, 5) permite pensar en tracios que no dependían de un rey (como parece sugerir la traducción de Emilio Crespo, que mantiene la ambigüedad, «no sometidos al poder real», y la de Flacelière, aunque la generalización del traductor francés, «aux Thraces, qui n'avaient pas de roi», es incorrecta).

gía y proporcionaba a los griegos que vivían cerca protección contra los bárbaros[172].

Los generales Tideo, Menandro y Adimanto, con todas 6
las naves que tenían entonces los atenienses reunidas en Egospótamos, solían salir al amanecer contra Lisandro, que fondeaba cerca de Lámpsaco, para provocarlo; luego regresaban de nuevo y pasaban el día sin orden ni cuidado, como si no hicieran cuenta de él. Ante esa situación, Alcibíades, que estaba cerca, no se despreocupó ni se desentendió, sino que corrió hacia ellos a caballo y advirtió a los generales que hacían mal en fondear en lugares sin puerto y sin una ciudad cerca, puesto que se veían obligados a obtener lo necesario lejos, desde Sesto, y dejaban que la marinería, al llegar a tierra, vagara a su antojo y se dispersara, cuando frente a ellos fondeaba una gran flota, habituada a hacerlo todo en silencio, a la orden de un solo hombre[173].

Ante estas palabras de Alcibiades y sus consejos de que 37
fondearan la flota en Sesto, los generales no hacían caso, y Tideo incluso le ordenó con insolencia que se marchara;

---

[172] Jenofonte, que no hace ninguna de las reflexiones anteriores ni menciona a Trasibulo, se limita a registrar el nombramiento de los nuevos generales, cuyos nombres registra, y la retirada de Alcibíades (al Quersoneso) cuando se entera (*Helénicas* 1.5, 16). Diodoro (III 74.1-2) también da los nombres de los siete nuevos generales y dice que se retira a Pactie, en Tracia, versión seguida por Nepote (*Alc.* 7.7, 4) y, probablemente, por Plutarco, según el cual se dedica a combatir a los tracios. En efecto, como éste, el romano subraya las riquezas obtenidas por Alcibíades en sus correrías por Tracia y su amistad con algunos reyes de aquella región.

[173] Salvo la referencia al comportamiento de la tropa cuando llegaban a tierra, todos los elementos de este pasaje se encuentran igual en JEN., *Helénicas* 2.1, 24-25. En D. S., XIII 105.3 (y lo mismo en NEPOTE, *Alc.* 7.8, 3), la visita de Alcibíades es para ofrecer a los atenienses la ayuda de los reyes tracios Médoco y Seutes, amigos suyos, pero no hay alusión alguna a las posiciones estratégicas de atenienses y espartanos.

2 pues ahora no mandaba el ejército aquél, sino otros[174]. Alcibíades, sospechando incluso de traición en ellos, se marchó, y, a los conocidos que lo acompañaron fuera del campamento, les decía que, si no hubiera sido insultado de aquella forma por los generales, en pocos días habría obligado a los lacedemonios a entablar combate naval con ellos contra su
3 voluntad, o a abandonar las naves. A unos les parecía que fanfarroneaba, y a otros que sus palabras eran razonables, si, echándoles encima desde tierra muchos lanceros y jinetes tracios, combatía contra ellos y ponía en confusión su cam-
4 pamento[175]. Que captó correctamente los errores de los atenienses, lo demostraron enseguida los hechos. Pues de repente y por sorpresa se dejó caer sobre ellos Lisandro y sólo consiguieron escapar ocho trirremes con Conón[176], mientras que los demás, casi doscientos, fueron capturados.
5 En cuanto a los soldados, Lisandro cogió vivos y ejecutó a trescientos[177] y al poco tiempo tomó también Atenas e incendió la flota y derribó los muros largos.

6 Después de esto, Alcibíades, por miedo a los lacedemonios, ya dueños de la tierra y del mar, se trasladó a Bitinia, enviando por delante muchas riquezas, llevando otras consi-
7 go y dejando todavía más entre los muros donde vivía. A su

---

[174] Jenofonte, de quien toma Plutarco la noticia, atribuye esta reacción a Tideo y Menandro (*HG* 2.1, 26), mientras que Diodoro lo refiere al conjunto de los generales atenienses (XIII 105.4).

[175] Estas palabras sugieren, aunque no lo menciona Plutarco, la propuesta de facilitar a los atenienses la ayuda de los reyes tracios a que aluden Diodoro y Nepote (cf. *supra,* nota 168).

[176] Nueve, según Jen., *Helénicas* 2.1, 29, con ocho de los cuales se dirigió Conón a Chipre y envió la Páralo a Atenas para comunicar el desastre (esto explica las ocho naves que menciona Plutarco). Diodoro habla de diez naves (XIII 106.6). Sólo Plutarco da la cifra de naves capturadas.

[177] Sobre la suerte de los prisioneros da más detalles Jen., *Helénicas* 2.1, 30-32.

vez, en Bitinia, tras la pérdida de no pocas de sus propieda-
des y víctima del pillaje de los tracios de allí, decidió aden-
trarse en busca de Artajerjes, pensando que, cuando el Rey
lo pusiera a prueba, no le parecería inferior a Temístocles y,
en cuanto al pretexto, superior. Pues no para atacar a sus 8
conciudadanos, como aquél, síno para defender la patria co-
ntra los enemigos se ponía a su servicio y recurría al poder
del Rey. En la creencia de que especialmente Farnabazo le
facilitaría el viaje con seguridad, acudió a él a Frigia y pasó
un tiempo en su compañía, cultivando su amistad y reci-
biendo honores[178].

Los atenienses difícilmente soportaban verse privados de 38
su hegemonía; pero cuando Lisandro, además de quitarles la
libertad, entregó la ciudad a treinta hombres, recurrieron,
ahora que el Estado estaba perdido, a los consejos que no tu-
vieron en cuenta cuando podían salvarlo, lamentando y repa-
sando sus propios errores y faltas, entre las que consideraba
la mayor su segundo enfado con Alcibíades. Pues se le quitó 2
de en medio sin que hubiera cometido ninguna falta, sino
que, indignados con un servidor por haber perdido vergonzo-
samente unas cuantas naves, con mayor vergüenza desterra-
ron de la ciudad ellos mismos al general más competente y
preparado para la guerra. Ahora bien, todavía sin embargo, 3

[178] Según Éforo en D. S., XIV 11.2, esperaba esta protección de Farnabazo con el argumento de que tenía que revelar a Artajerjes la expedición que organizaba Ciro con los lacedemonios y de la que él había tenido noticia. Esto motivará su muerte, organizada por el propio Farnabazo. Nepote da una versión más favorable a Farnabazo, que recibe a Alcibíades *humanitate* y pone a su disposición un lugar de Frigia para su sustento (Grinio, *Alc.* 9.3); en cuanto al personaje, toma de Éforo el pretexto para el viaje (revelar la conjura a Artajerjes, *Alc.* 9.5) y coincide con Plutarco en presentar los motivos de este viaje como la última muestra de patriotismo de Alcibíades, que desea liberar la patria y, sabiendo que no es posible sin ayuda persa, decide ir a ver al Rey (*Alc.* 9.5).

pese a la situación presente, una leve esperanza volvía a llegarles de que los asuntos de los atenienses no estaban del todo perdidos, mientras Alcibíades siguiera vivo; pues ni antes quiso llevar una vida ociosa y tranquila en el destierro, ni ahora, si sus medios eran suficientes, se iba a desentender de la afrenta de los lacedemonios y de los excesos de los Treinta.

4 Y no les faltaba lógica a estos sueños del pueblo, cuando también los Treinta se preocupaban, trataban de informarse y se tomaban mucho interés por lo que aquél hacía y pla-
5 neaba. Finalmente Critias puso al corriente a Lisandro de que, si los atenienses restauraban la democracia, no les sería posible a los lacedemonios mandar en Grecia; y que, a los atenienses, aunque estuvieran muy dóciles y bien dispuestos hacia la oligarquía, no los dejaría Alcibíades, mientras vivie-
6 ra, mantenerse tranquilos con el orden establecido. Lisandro no les hizo caso[179] hasta que le llegó de los magistrados de la patria una escítale[180] con la orden de desembarazarse de Alcibíades, bien porque aquéllos temían la agudeza y capacidad de acción del personaje, o por complacer a Agis.

Muerte de Alcibíades

39 Pues bien, como Lisandro envió mensajeros a Farnabazo pidiéndole que llevara a cabo esta orden, aquél encargó el asunto a su hermano Bageo y a su tío Susamitres; casualmente vivía entonces Alcibíades en una aldea de Frigia, acompañado de

[179] Estas recomendaciones se las hace Critias a Lisandro enviándole mensajeros a Asia, pero, mientras en Plutarco el general espartano no se deja convencer, según Nepote, *Alc.* 10.1-2, Lisandro actúa movido por ellas.

[180] Se trata de un bastón en el que los éforos enrollaban una tira de cuero muy fina donde habían escrito sus órdenes a los mandos en el exterior. Éstos disponían de otro bastón exactamente igual y las órdenes sólo podían leerse al enrollar el pergamino de uno a otro bastón.

la hetera Timandra y, en sueños, tuvo la siguiente visión: le 2
parecía que él mismo estaba vestido con la ropa de la hetera,
y que aquélla, con su cabeza en los brazos, se la arreglaba,
maquillándole la cara como si se tratara de una mujer y pei-
nándola. Otros dicen que vio en el sueño a Bageo cortándo- 3
le la cabeza y que se prendía fuego a su cadáver. De todos
modos, la visión dicen que se produjo no mucho antes de la
muerte.

Los que fueron enviados contra él no se atrevieron a en- 4
trar, sino que, dispuestos en círculo en torno a la casa, la
incendiaron. Cuando Alcibíades se dio cuenta, reunió la ma- 5
yoría de sus ropas y mantas y las echó al fuego; luego enro-
lló en su mano izquierda la propia clámide y, empuñando
con la derecha el cuchillo, se lanzó impasible por el fuego
antes de que se inflamaran las ropas, y su vista dispersó a
los bárbaros. Pues nadie se atrevió a esperarlo ni a trabar 6
combate con él, sino que, alejándose, trataban de herirlo con
jabalinas y flechazos[181]. Cuando de este modo cayó y se 7
marcharon los bárbaros, Timandra recogió el cadáver, lo
envolvió y cubrió con sus propias túnicas[182] y, teniendo en
cuenta las circunstancias, le tributó unas honras fúnebres
brillantes y dignas[183].

---

[181] La descripción de la muerte se encuentra en términos parecidos en Nepote, aunque éste añade que los asesinos le llevaron la cabeza a Farnabazo (*Alc.* 10.3-6).

[182] Un detalle significativo, ya que significa el cumplimiento del sueño; sobre ello insisten las fuentes romanas, como vemos en NEPOTE, *Alc.* 10.6, CICERÓN, *De div.* 2.143 (*amica corpus eius texit suo pallio*) y VALERIO MÁXIMO, I 7 ext. 9 (*quo enim pallio amicae suae dormiens copertum se uiderat, interfectus et insepultus iacens contectus est* = «en efecto, con el vestido de su amiga con el que se había visto cubierto en sueños, fue envuelto cuando murió y yacía insepulto»).

[183] Ateneo la llama Damasandra (= «Domadora de hombres», tal vez resultado de un juego de la comedia con el nombre de Timandra = «Hon-

8 De ésta dicen que fue hija Laide, llamada la corintia, pero que era de Hícara, ciudad de Sicilia[184], y se convirtió en prisionera de guerra.

9 Algunos coinciden en general con esta versión sobre la muerte de Alcibíades, pero, respecto a la causa, dicen que no la provocó Farnabazo, ni Lisandro, ni los lacedemonios, sino el propio Alcibíades que, tras seducir a una mujercita de familia conocida, la tenía consigo; los hermanos de la muchacha no tolerando la afrenta prendieron fuego de noche a la casa en la se encontraba Alcibíades y, cuando trataba de saltar por medio del fuego, lo abatieron como ya se ha dicho.

COMPARACIÓN DE CORIOLANO Y ALCIBÍADES

Conducta militar y política

40 (1) Una vez expuestas las acciones que consideramos dignas de mención y recuerdo, podemos ver que las de guerra no se inclinan claramente en
2 uno u otro sentido. En efecto, ambos exhibieron por igual

---

radora de hombres», cf. R. J. Littman, 1970, pág. 269) y añade otra hetera que convivía con él (Teódota), a la que le atribuye las honras fúnebres en la aldea de Melisa (Frigia) donde estaba la casa de Alcibíades; allí fue enterrado y Ateneo dice haber visto su tumba (XIII 574e). La asociación de famosas prostitutas a la muerte de Alcibiades se debe a que probablemente esa muerte fue inventada en el siglo iv a. C. cuando era habitual la fama de licencioso del personaje (cf. B. Perrin, 1906, especialmente págs. 28-37).

[184] Sobre la toma de esta ciudad y el apresamiento de sus habitantes por los atenienses habla Tucídides (VI 62.3). Ateneo, a propósito del origen de Hícara, cita como fuentes al historiador siracusano Ninfodoro y a Timeo; para el nombre de 'la corintia' cita unos versos del comediógrafo Estratos (XIII 589a).

muchas obras de arrojo y valor como soldados y muchas de
habilidad y previsión en el mando; a no ser que se quiera
mostrar a Alcibíades como un general más completo por
haber logrado continuas victorias y éxitos en muchos com-
bates por tierra y mar; pues que siempre fueran evidentes
sus éxitos en la administración de los asuntos de la patria,
mientras estuvieron allí y ejerciendo el mando y más evi-
dentes, en cambio, los perjuicios que le infligieron, al cam-
biar de bando, fue común a ambos. En cuanto a la actitud 3
política, la de Alcibíades, demasiado insaciable y su mezcla
de grosería y chocarrería en el trato con la chusma, buscando
la popularidad, les repugnaba a las personas sensatas, mien-
tras que la de Marcio, totalmente impopular, arrogante y
oligárquica, se ganó el odio del pueblo romano. Pues bien, 4
no hay que elogiar ni la una ni la otra; pero el que hace de-
magogia y trata de agradar es menos censurable que los que
insultan a la masa para no parecer demagogos; pues es ver-
gonzoso adular al pueblo para tener poder, pero basar la
fuerza en el miedo, el daño y la opresión, además de ver-
gonzoso también es injusto.

Actitud política con sus pueblos

Que Marcio pasa por haber sido 41 (2)
una persona de carácter sencillo y na-
tural, mientras que Alcibíades, astuto
en la política y falso, está fuera de
duda. Sobre todo se le echa a éste en 2
cara su malicia y la añagaza con que, embaucando a los em-
bajadores de los lacedemonios, como cuenta Tucídides,
rompió la paz. Pero precisamente esa política, aunque metió 3
de nuevo la ciudad en la guerra, la hizo fuerte y temible con
la alianza de mantineos y argivos, conseguida gracias a Al-
cibíades. En cuanto a Marcio, que también él se sirvió del 4
engaño para poner en guerra a romanos y volscos mediante

falsas calumnias contra los que venían al espectáculo, lo
5 cuenta Dionisio[185]. Y el pretexto hace peor su acción. Pues
no por rivalidad ni por batalla o contienda política como
aquél, sino para satisfacer su cólera, de la que según Dión
no se obtiene satisfacción alguna, agitó muchas partes de
Italia y arruinó inútilmente muchas ciudades que no habían
6 cometido ningún delito por el encono contra su patria. Es
cierto que también Alcibíades causó grandes desgracias a
sus conciudadanos por ira. Pero tan pronto como se dio
cuenta de su arrepentimiento, los perdonó; y, cuando de
nuevo fue expulsado, no se alegró con los errores de los ge-
nerales ni se desentendió cuando con sus malas decisiones
se pusieron en peligro, sino que observó la misma conducta
que se elogia de Aristides con Temístocles; pues fue al en-
cuentro de los comandantes de entonces, que no eran sus
7 amigos y les mostró y enseñó lo que se debía hacer. En cam-
bio Marcio, primero causó mal a toda la ciudad, sin haber
sido ofendido por toda, sino que la parte mejor y más pode-
rosa compartió con él el agravio y el dolor. Luego, con no
ablandarse ni ceder ante muchas embajadas y súplicas de
quienes trataban de calmar la cólera y el desprecio de él so-
lo, demostró que había provocado una guerra difícil y sin
tregua para destruir y acabar con la patria, no para recobrar-
8 la y conseguir el regreso. Se dirá que, al menos, existe esta
diferencia: que Alcibíades, ante las maquinaciones de los
espartiatas, por miedo y odio hacia ellos volvió a los ate-
nienses, pero para Marcio no era correcto abandonar a los
9 volscos que le trataron en todo con justicia. En efecto, había
sido nombrado general y contaba con su máxima confianza
además de poder, no como aquél, que, abusando más que
usando de él los lacedemonios, estuvo dando vueltas en su

[185] D. H., VIII 2.

ciudad y luego tumbos en su campamento, hasta que se dejó caer en las manos de Tisafernes; salvo que, ¡por Zeus!, se mostrara solícito con él para evitar la destrucción total de Atenas, añorando el regreso.

Actitud ante el dinero y efectos de su carácter en los ciudadanos

Respecto al dinero, la verdad es 42 (3)
que, según se cuenta, Alcibíades cogió muchas veces sin deber hacerlo de los que trataban de sobornarlo y tenía una mala disposición a favor del lujo y el desenfreno. En cambio a Marcio, cuando los generales le ofrecían presentes para distinción, no lo convencieron de que los aceptara. Por eso sobre todo era molesto para la ple- 2
be en las disputas con el pueblo por el asunto de las deudas, porque no trataba mal a los pobres para obtener ganancias, sino por insolencia y desprecio. Pues bien, Antipatro en una 3
carta, refiriéndose a la muerte del filósofo Aristóteles, dice: «Además de sus otras cualidades, aquél también tenía capacidad de persuasión»[186]. Pero la ausencia de ésta hizo las acciones y virtudes de Marcio odiosas incluso para las personas de buena posición, que no soportaron su actitud distante y la arrogancia que es, como dijo Platón[187], compañera inseparable de la soledad. En cuanto a Alcibíades, por el 4
contrario, como sabía tratar con familiaridad a todo el que se encontraba, no era extraño que en los momentos de éxito floreciera su gloria felizmente acompañada de afecto y honores, pues incluso algunos errores suyos gozaron entonces de popularidad y favor. Por ello éste, a pesar de haber 5
causado no pocos ni pequeños perjuicios a la ciudad, sin embargo fue designado muchas veces gobernante y general,

---

[186] La misma referencia se hace en *Arist.-Cat.Ma.* 2.5. Antípatro era amigo de Aristóteles.

[187] *Ep.* 4.321c.

mientras que aquél fracasó en sus aspiraciones a una magis-
tratura que le correspondía por sus muchas proezas y prue-
6 bas de valor. Así a uno los ciudadanos no podían odiarlo ni
aunque les hiciera daño y el otro, con la admiración, sólo
conseguía que no se le tuviera afecto.

43 (4) Tampoco Marcio logró ningún éxito para la ciudad
como general, sino para los enemigos contra la patria; en
cambio los atenienses sacaron provecho de las muchas cam-
pañas en las que Alcibíades participó y estuvo al mando.
Además, cuando se encontraba con ellos vencía a sus ene-
migos como le daba la gana, y sólo en su ausencia triunfa-
2 ron las calumnias. Marcio, por el contrario, cuando estaba
presente fue condenado por los romanos y de igual modo
presente lo mataron los volscos; es verdad que no fue un ac-
to justo ni lícito, pero él mismo brindó una causa razonable,
al no haber aceptado públicamente las ofertas de reconcilia-
ción y dejarse convencer en privado por las mujeres; pues
con ello no acabó con la enemistad, sino que, al continuar la
3 guerra, perdió y estropeó la ocasión. En efecto, debería ha-
berse marchado después de convencer a los que tenían fe en
él, si hubiera tenido en cuenta sobre todo su deber con aqué-
4 llos. Y si nada le preocupaban los volscos, sino que pro-
movió la guerra para satisfacer su propia cólera y, a pesar de
ello, luego la interrumpió, lo correcto no era perdonar a la
patria por la madre, sino a la madre con la patria; pues tam-
bién eran parte la madre y la mujer de la patria que tenía si-
5 tiada. Que después de haber tratado con dureza las súplicas
públicas, las peticiones de los embajadores y las plegarias
de los sacerdotes, concediera luego, como un favor a la ma-
dre, la retirada, no fue muestra de respeto a la madre, sino
falta de consideración con la patria, que se salvaba con llan-
tos y ruegos, pero de una sola mujer, como si no fuera digna
6 de salvarse por sí misma. Pues ese favor fue odioso, cruel y

en verdad muy poco de agradecer y no tuvo una buena acogida en ninguno de los dos bandos; pues se retiró sin dejarse persuadir por aquellos contra los que hacía la guerra y sin convencer a los que la hacían con él. La causa de todo esto 7
era el carácter intratable, orgulloso e intransigente, que ya de por sí es molesto para la gente, pero que, asociado a la ambición, se convierte en absolutamente cruel e inexorable.
Pues quienes son así no tienen tacto con la gente, como que 8
no necesitan honores, y luego se enfadan si no los obtienen. Pues bien, esa actitud firme y nada condescendiente con la chusma también la tenía Metelo[188], Aristides[189] y Epaminondas[190]; pero como de verdad despreciaban lo que el pueblo es dueño de dar y quitar, aunque muchas veces sufrieron el ostracismo, el fracaso en las elecciones y la condena en los juicios, no fueron rencorosos con los ciudadanos por su desconsideración, sino que, por el contrario, les mostraban su afecto cuando se arrepentían y se reconciliaban con ellos cuando los llamaban. Precisamente a quien menos le gusta 9
halagar a la gente debe ser menos vengativo con ella, puesto que enfadarse demasiado cuando no se obtienen honores significa que se está demasiado pendiente de ellos.

---

[188] Q. Cecilio Metelo Numídico fue cónsul en el 109 a. C.; en el año 100 a. C., fiel a sus convicciones, se negó a jurar la ley agraria de Saturnino que obligaba al Senado a jurar que estaban de acuerdo con los votos del pueblo y no se opondrían, por lo que hubo de salir desterrado (PLU., *Mar.* 29); al año siguiente volvió llamado por el pueblo (*Mar.* 31).

[189] Enviado al ostracismo en el 482 a. C., regresó a instancias de Temístocles antes de Salamina.

[190] El tebano Epaminondas, sobre el que Plutarco escribió una biografía que se ha perdido, fue juzgado en el 369 a. C. por haber conservado el cargo de beotarca más allá del término legal (*infra* PLU., *Pelop.* 25).

Consideraciones finales

44 (5) Pues bien, Alcibíades no negaba su placer por recibir honores y su disgusto cuando era marginado, por lo que procuraba ser amable con los de su entorno y caerles bien. Pero a Marcio su orgullo no lo dejaba halagar a quienes podían darle honores y engrandecerlo, mientras que su ambición le cau-
2 saba encono y dolor cuando no se le tenía en cuenta. Eso es lo que puede censurarse de este hombre; todo lo demás es brillante. Y por su templanza y dominio ante las riquezas, merece compararse con los griegos mejores y más intachables, no, por Zeus, con Alcibiades, que fue el más desvergonzado en esta materia y el menos preocupado por la virtud.



PAULO EMILIO – TIMOLEÓN

PAULO EMILIO

Introducción programática

Casualmente me inicié en la tarea 1
de escribir las *Vidas* por otros, pero sigo en este empeño y me he aficionado a ello ahora también por mí mismo, con el objetivo sencillamente de, igual que en un espejo, organizar y ajustar mi vida a las virtudes de aquéllos con la historia. Pues no parece distin- 2
to al trato diario y la convivencia lo que sucede cuando, acogiendo y recibiendo como huésped a cada uno de esos personajes en particular por medio de la historia, contemplamos

«cuán grande e importante fue»[1]

tomando de sus acciones los valores más importantes y hermosos para conocimiento.

«Oh! ¡oh!, ¿qué alegría mayor que ésta podrías conseguir?»[2] 3

[1] Homero, *Il.* 24.360. Son palabras con las que Príamo se refiere a Aquiles.

[2] Sófocles, frg. 579.

4 ¿y más eficaz para enderezar los caracteres? Demócrito dice[3] que se debe rogar para que nos encontremos con imágenes favorables y nos lleguen del ambiente las afines y las positivas para nosotros en vez de las malas y las funestas, introduciendo en la filosofía una doctrina falsa y que lleva a
5 supersticiones sin fin; pero nosotros, con nuestra familiaridad con la historia y la práctica de escribir, nos disponemos, acogiendo siempre en nuestra alma la memoria de los hombres mejores y más ilustres, a apartar y lanzar lejos cualquier cosa vulgar, mala o indigna que nos echen las obligadas relaciones con los que nos rodean, y a dirigir nuestro pensamiento, con buena disposición y mansamente, hacia
6 los más bellos ejemplos[4]. Entre éstos hemos recurrido ahora para ti a la vida del corintio Timoleón y de Emilio Paulo[5], varones que no sólo se guiaron por su capacidad de elección, sino que también y en igual medida, gozaron de la buena fortuna en sus gestas y dieron pie a que se discuta si sus mayores éxitos fueron debidos a la buena suerte más que a la inteligencia.

Orígenes y vocación

2 La mayoría de los escritores están de acuerdo en que la casa de los Emilios en Roma era una de las antiguas
2 familias patricias. Que el primero de ellos y que dejó el

[3] DK, frg. 55B 166. Las mismas palabras se encuentran en *De def. orac.* 17.419A.

[4] Tenemos aquí un importante texto con algunos de los principios programáticos de Plutarco sobre su quehacer biográfico, que se suma a los de *Alex.* 1, *Artax* 8.1, *Cat. Ma.* 7.3, *Cim.* 2.2-2.5, *Demet.* 1, *Galb.* 2.5, *Nic.* 1, *Per.* 1-2, *Pomp.* 8.7.

[5] El orden en que se refiere aquí a ambos personajes ha llevado a pensar que la concepción del libro era distinta a la que nos ha dejado la tradición manuscrita. Sin embargo, en la comparación figura siempre en primer lugar Emilio.

nombre a la familia fue Ma⟨me⟩rco, hijo del filósofo Pitágo-
ras, llamado Emilio por la seducción y encanto de su pala-
bra[6], lo dicen algunos de los que atribuyeron a Pitágoras la
educación del rey Numa[7]. Pues bien, la mayoría de los de 3
esta familia que alcanzaron la gloria debieron su fortuna a la
virtud por la que se esforzaron; en cuanto a Lucio Paulo, su
desgracia en Cannas demostró su inteligencia y su valor[8].
Pues, al no convencer a su colega cuando trataba de evitar 4
que presentara batalla, participó con él a pesar suyo en el
combate; pero no compartió la huida, sino que, después de
abandonarlo el que lo había metido en el peligro, se mantu-
vo firme y luchó con los enemigos hasta la muerte[9].

La hija de éste, Emilia[10], se casó con Escipión el Ma- 5
yor[11] y su hijo Paulo Emilio, sobre el que trata este relato,
que llegó a la juventud en un momento floreciente por la
gloria y virtud de varones muy ilustres e importantes, brilló
sin aspirar a las mismas ocupaciones de los jóvenes de bue-
na posición de entonces, ni recorrer desde el comienzo el
mismo camino. En efecto, no empleaba su oratoria en jui- 6
cios, y en cuanto a los saludos, apretones de manos y mues-
tras de amistad a que recurría la mayoría para ganarse al

[6] *haimylía* significa «encanto», «poder de seducción».

[7] La explicación de la familia a partir de Mamerco, el hijo de Pitágoras, así como todos los extremos que baraja aquí Plutarco, pueden leerse en el cap. 8 de la *Vida de Numa*. Para Mamerco y el origen de la estirpe, en particular, *Num.* 8.18-19.

[8] Se trata del padre de Paulo Emilio, cónsul en 219 a. C. Véase *Fab.* 14.4 y la nota 128 de nuestra traducción.

[9] El colega de Emilio en Cannas era Cayo Terencio Varrón. *Cf. Fab.* 16.9.

[10] Sobre ella hablan Polibio, XXXI 26.1-6, D. S., XXXI 27.3 y Livio, XXXVIII 57.6-8, en una simpática anécdota a propósito de la concesión en matrimonio de su hija a Tiberio Graco.

[11] Se trata de Publio Cornelio Escipión el Africano Mayor.

pueblo, volviéndose serviciales y diligentes, renunció por completo a ellos; y no es que le faltaran condiciones para lo uno y lo otro[12], sino que consideraba para sí por encima de ambas actividades la gloria que viene del valor, la justicia y la fidelidad, virtudes con las que enseguida destacó entre los de su edad[13].

Carrera pública

3 El primer cargo importante al que se presentó fue la edilidad[14] y resultó elegido entre doce candidatos que luego todos alcanzaron el consulado,
2 según dicen. Fue un sacerdote[15] de los llamados augures, a los que los romanos nombran para supervisar y velar por la adivinación a partir de las aves y presagios celestes; y prestó tanta atención a las tradiciones patrias y observó con tanto cuidado la piedad de los anti-
3 guos en materia divina, que el sacerdocio, que parecía más bien un honor y al que se aspiraba normalmente por fama, lo convirtió en uno de los oficios más importantes y dio la razón a los filósofos que definieron la piedad como ciencia del
4 culto a los dioses[16]. Todo lo hacía con habilidad y diligen-

---

[12] La actividad judicial y la demagogia.

[13] El tono helénico de este pasaje hace pensar con razón a S. C. R. Swain, 1990, pág. 132, en una adición de Plutarco, probablemente a partir de lo que dice Polibio sobre la educación de Escipión, el hijo de Emilio, en XXXI 25-30, donde renuncia a las actividades de los jóvenes romanos (25.8, 29.8-12) para asegurarse una fama de *sophrosýne* y *kalokagathía* (28.10).

[14] Alcanzó este cargo en 193 a. C. Sobre el tema, cf. Livio, XXXV 10.11; 39.56,4. Broughton, I, pág. 347. Vid. *C.I.L.* 1^2.1; *Inscr. Ital.* 13.3.81.

[15] Seguramente al año siguiente de la edilidad (cf. Broughton, I, pág. 352).

[16] Una definición que encontramos en Ps.-Platón, *Definiciones* 413a.

cia, dejando los demás asuntos cuando se dedicaba a esto y
sin omitir nada ni introducir innovaciones; por el contrario,
siempre discutía sobre los pequeños detalles con sus colegas
en el sacerdocio y les enseñaba que, si alguien cree que la
divinidad es complaciente y comprensiva con las negligen-
cias, al menos para la ciudad no es buena la indulgencia y la
ligereza en estos asuntos. Pues nadie remueve un Estado 5
con una importante trasgresión de las leyes ya desde el prin-
cipio, sino que quienes arruinan la custodia de las cosas im-
portantes son precisamente los que descuidan el esmero en
las pequeñas. La misma actitud mostró en el control y vigi- 6
lancia de las costumbres militares y patrias, sin perseguir la
complacencia en el desempeño del mando, ni, como enton-
ces la mayoría, buscando segundos cargos con los primeros
mediante el agrado y la afabilidad con sus soldados; al con-
trario, como un sacerdote en el caso de misterios terribles 7
[extraños] explicando al detalle las normas que rigen en los
sacrificios y siendo implacable con los indisciplinados y
transgresores, trataba de llevar por el camino recto la patria,
considerando casi accesorio vencer a los enemigos compa-
rado con la educación de los ciudadanos[17].

[17] El tema de la actuación sacerdotal de Paulo Emilio está sin duda magnificado por Plutarco a cuya esfera de intereses pertenece de forma muy especial. Incluso, cuando en el párrafo 6 está tratando de las virtudes militares de Emilio, la equiparación con su actuación como sacerdote *(hómoion)* y la comparación con un sacerdote que explica los detalles de misterios extraños, lleva la descripción a ese terreno. No nos debe extrañar que, llevado por la comparación (*hósper hiereús*) inconsciente o intencionadamente Plutarco olvide que está hablando de la conducta de militar del personaje y no de la religiosa y mantenga la ambigüedad (que no hemos querido resolver) de los participios que siguen a la comparación. En ese contexto, nos parece mejor mantener con Ziegler la lectura de los manuscritos *perì thysías* que la corrección introducida por la Aldina, *perì strategías,* aceptada por Flacelière.

4 Cuando comenzó la guerra de los romanos contra Antíoco el Grande[18] y los hombres más capacitados para el mando habían partido contra aquél, se declaró otra guerra en occidente, pues se produjeron grandes revueltas en Iberia[19].
2 Emilio fue enviado como pretor[20] a ésta, no con seis lictores como los pretores, sino con otros tantos además, de manera
3 que la dignidad del cargo fuera consular[21]. Pues bien, venció dos veces[22] en batalla campal a los bárbaros y dio muerte a casi treinta mil; parece que el éxito de su campaña fue muy brillante, porque facilitó la victoria a los soldados con

---

[18] Antíoco III de Siria, subió al trono en el 223 a. C. e inició inmediatamente campañas de anexión por toda el Asia Menor, desde Egipto hasta el Helesponto (221-194 a. C.). El primer encuentro con los romanos tuvo lugar por su intervención en Grecia, en ayuda de los etolios, descontentos con éstos por las condiciones después de la 2.ª Guerra de Macedonia. En la guerra contra el rey Antíoco de Siria (190-188) actuaron los cónsules M. Acilio Glabrión, que lo venció por primera vez en Termópilas (191 a. C.), y Lucio Cornelio Escipión, que, junto con su hermano Publio (legado) puso fin a la guerra, obligándolo a suscribir el tratado de Apamea (188 a. C.).

[19] Después de la 2.ª Guerra Púnica los romanos constituyeron en España dos provincias: Hispania Citerior (cuenca del Ebro) e Hispania Ulterior (cuenca del Guadalquivir), gobernadas, a partir de 197 a. C., por pretores con *imperium* proconsular. La llegada de éstos coincidió con una revuelta, sofocada en 195 a. C. Al año siguiente el pretor Escipión Nasica tuvo que luchar contra los lusitanos que hacían incursiones en Andalucía. La otra guerra, a que se refiere Plutarco, fueron nuevas incursiones de éstos en el 191 a. C.

[20] En 191 a. C. (Livio, XXXV 24.6. Broughton, I, pág. 352, 354). Enviado a España, sucedió a M. Fulvio Nobilior (cf. Livio, XXXVI 2.6-8; 21.10-11, *De Viris Illustribus* 52; cf. Orosio, IV 20.19).

[21] Broughton, I, pág. 357 data la dignidad proconsular de Paulo Emilio en el 190 a. C. (cf. Livio, XXXVII 46.7 y Orosio, IV 20.23). Los pretores tenían derecho a ser precedidos por seis lictores y los cónsules por doce, derecho concedido también a los pretores con esa dignidad.

[22] Plutarco silencia la derrota de Paulo Emilio por los lusitanos en territorio de los bastetanos, que enturbió la alegría en la celebración del triunfo de Marcio Acilio, por su victoria sobre Antíoco en Etolia (Livio, XXXVII 46. 6-7).

las buenas condiciones del terreno y con el paso de cierto
río[23]; conquistó doscientas cincuenta ciudades, que lo reci-
bieron voluntariamente. Cuando dejó la provincia organiza- 4
da, en paz y con lealtad, regresó a Roma, sin haberse hecho
ni una dracma más rico con la campaña[24]. En general no se 5
preocupaba mucho por ganar dinero, pero gastaba mucho y
no ahorraba sus bienes; no eran muchos, sino que incluso
apenas fueron suficientes para pagar la dote que se debía a
su mujer después de su muerte[25].

La familia de Emilio

Se casó con Papiria[26], hija de Ma- 5
són, un varón consular[27], y, después
de haber vivido con ella mucho tiempo, la repudió, aunque

---

[23] Se trata de la victoria a que se refiere Livio, XXXVII 57. 5-6. Plutarco exagera; Livio habla de dieciocho mil muertos y tres mil trescientos prisioneros.

[24] A Roma regresa en el 189 a. C. y la observación sobre su integridad es pertinente, ya que los pretores utilizaban su mando para aprovecharse de las poblaciones locales y enriquecerse. Polibio, XXXI 22.3 (= D. S., XXXI 26.1-2), subraya esta conducta de Emilio, con referencia precisamente a las riquezas que trajo para Roma de sus expediciones en Iberia y Macedonia (cf. Livio, *Perioc.* lib. XLVI) y lo compara con Arístides y Epaminondas.

[25] La misma anécdota se recoge en Polibio, XVIII 35.6 y XXXI 22.4-7 (= D. S., XXXI 26.1) y en Livio, *Perioc.* lib. XLVI, pero no dan el nombre de la esposa, que, naturalmente, debía de ser la segunda.

[26] La inclusión aquí de las referencias a la familia de Emilio es puramente casual, motivada por asociación de ideas, un procedimiento habitual en la técnica de Plutarco como hemos demostrado en otros lugares. En efecto, aquí la observación sobre el regreso a Roma sin ser más rico, que es coherente con el método biográfico (buscar notas de la conducta y del carácter de sus personajes, a partir de los datos históricos), le lleva, por asociación, al dato de la dote sobre su mujer después de la muerte y, por lógica, a hablarnos sobre sus matrimonios e hijos. Papiria, también mencionada por Polibio, XXXII 12.6-8, D. S., XXXI 27.3 y 7-8 y Plinio, *Historia Natural* 15.126, murió en el 159 a. C., después de la muerte de Paulo Emilio.

[27] Gayo Papirio Masón fue cónsul en el 231 a. C. y pontífice con el padre de Paulo Emilio. Murió en el 213 a. C.

tuvo excelentes hijos de ella; pues fue precisamente la que
2 dio a luz al más famoso Escipión y a Fabio Máximo[28]. La
causa del divorcio no llegó escrita hasta nosotros, pero al
parecer se cumple aquí cierta historia que cuentan sobre la
disolución del matrimonio: un romano había repudiado a su
esposa y, cuando los amigos lo reprendían diciendo: «¿No es
3 sensata? ¿No es bella? ¿No te da hijos?», les señaló la sanda-
lia (*calceum* la llaman los romanos) y dijo: «¿No está bien
hecha ésta? ¿No es nueva? Sin embargo ninguno de vosotros
4 puede saber en qué parte sufre un roce mi pie». Pues realmen-
te grandes faltas ⟨y⟩ evidentes no divorciaron a muchas muje-
res de sus maridos, sino que los pequeños y frecuentes roces
causados por algún disgusto y desacuerdo en los hábitos, que
pasan desapercibidos a los demás, son la causa de los más
5 irremediables alejamientos en la convivencia[29]. Pues bien,
Emilio, después de separarse de Papiria, se casó con otra; ésta
parió dos hijos varones, a los que tuvo en la casa; en cuanto a
los primeros, los introdujo por adopción en las casas más im-
portantes y en las familias más ilustres, al mayor en la de Fa-
bio Máximo[30], que fue cinco veces cónsul, y el hijo de Esci-

[28] El primero es Publio Cornelio Escipión el Africano Menor Emiliano (nacido en 185/4 a. C.), vencedor de Aníbal y destructor de Cartago (146 a. C.) y de Numancia (sobre él cf. PLUTARCO, *Fab.* 25.1). En cuanto al segundo, Quinto Fabio Máximo Emiliano, nacido en 186 a. C., fue pretor en Sicilia (149 a. C.) y cónsul en España en el 145 a. C. Murió hacia el 130 a. C., después de haber participado con su hermano en la guerra de Numancia. Ambos combatieron a las órdenes de su padre en la guerra contra Perseo.

[29] Tanto la anécdota como la reflexión que le sigue se formula con pequeñas diferencias (casi siempre de redacción) en *Coniug. praec.* 22. 140A-B.

[30] Fabio Máximo *Cunctator,* de quien escribió Plutarco la *Vida* en pareja con *Pericles.*

pión Africano[31] adoptó al menor, que era su primo, y le dio el nombre de Escipión. De las hijas de Emilio, con una se casó 6
el hijo de Catón[32] y con la otra Elio Tuberón, varón excelente y el romano que con mayor dignidad se comportó en la pobreza. Pues eran dieciséis parientes, todos Elios, pero tenían 7
una casita muy pequeña y un pequeño campo bastaba para todos, que habitaban en un solo hogar con numerosos hijos y sus mujeres. Entre ellas estaba la hija de este Emilio, que fue 8
dos veces cónsul y celebró dos triunfos, sin avergonzarse de la pobreza de su marido, sino admirando la virtud por la que era pobre. En cambio, los hermanos y parientes de ahora, si 9
no delimitan las propiedades comunes con laderas, ríos y murallas y cogen mucho espacio que separe a unos de otros, no dejan de discutir. Pues bien, la historia ofrece estos ejemplos 10
para meditación y consideración a quienes quieren ser felices.

Primer consulado: guerra con los ligures

Nombrado cónsul Emilio[33] marchó 6
contra los ligures que viven junto a los Alpes, a los que algunos llaman ligustinos[34], un pueblo belicoso y violento, enseñado a guerrear

[31] Se trata de Publio Cornelio Escipión, hijo de Escipión el Africano Mayor y de Emilia, la hermana de Paulo. No pudo dedicarse a la política por razones de salud, aunque fue augur en 180 a. C. (Broughton, I, pág. 390).

[32] Ésta era Tercia, como se dice en *Cat.* 20.12; de ella se cuenta una pequeña anécdota con su padre *infra* 10.6. El hijo de Catón a que se refiere Plutarco aquí, protagonizó un episodio a las órdenes de Emilio en la batalla contra Perseo, que se cuenta *infra,* 21, donde da el nombre, Marco Catón (cf. Justino, XXX 2.1).

[33] 182 a. C. Las fuentes literarias se hacen eco de este nombramiento (Livio, XXXIX 56.4; Valerio Máximo, VII 5.3; Veleyo Patérculo, I 9.3; *De Viris Illustribus* 56.1). Su colega fue Cn. Bebio Tánfilo (cf. Broughton, I, pág. 381).

[34] Así debió de llamarlos Fabio Píctor (cf. Plinio, *Historia Natural* 10.71); el nombre también en Livio, XL 27.13. H. Nissen, *Kritische*

2 con habilidad por los romanos, debido a su vecindad. Pues habitan las partes extremas de Italia que terminan en los Alpes y, de los propios Alpes, las regiones bañadas por el mar Tirreno que están frente a Libia, mezclados con los galos y
3 con los iberos de la costa. Entonces se dedicaron al mar y, con barcos piratas, interceptaban y saqueaban los barcos mercantes, navegando hasta las columnas de Hércules.

4 Pues bien, cuando Emilio los atacó, su número era de cuarenta mil y resistieron; aquél se enfrentó con ellos, aunque eran cinco veces más numerosos, con ocho mil en total, y los hizo retroceder encerrándolos en sus murallas; luego
5 les presentó una propuesta humana y conciliadora[35]; pues no tenían los romanos la intención de aniquilar completamente el pueblo de los ligios, que consideraban como una barrera o dique colocado para obstaculizar los movimientos de los ga-
6 los, siempre una amenaza para Italia. Fiándose entonces de Emilio, le entregaron sus naves y ciudades. Éste no hizo ningún daño a las ciudades, salvo destruir las murallas que las circundaban, pero les quitó todas las naves y no les dejó
7 ningún barco mayor de tres filas de remos; y rescató a los que habían sido apresados por ellos en tierra y en mar, que resultaron ser muchos, extranjeros y romanos. En suma, aquel consulado tuvo los mencionados hechos ilustres.

8 Luego manifestó muchas veces su intención de volver a ser cónsul y en alguna ocasión incluso presentó su candidatura; pero como no tuvo suerte y no se le tomó en cuenta, en

Untersuchungen über die Quellen der 4. und 5. Dekade des Livius, Berlín, 1863, pág. 299, piensa en Polibio como fuente para Livio y Plutarco.

[35] Plutarco simplifica esta expedición contra los ligures, eliminando la situación comprometida en que se encontró el cónsul y exagerando los números. La campaña se cuenta con detalle en LIVIO, XL 25-28. La victoria tuvo lugar en 181 a. C., después de cumplir su consulado y en calidad de procónsul (cf. BROUGHTON, I, pág. 384, con las fuentes).

adelante estuvo tranquilo, ocupado en los asuntos sagrados[36] y formando a sus hijos en la educación del país y tradicional, como él mismo se había formado[37], y también, con mayor entusiasmo, en la griega. Pues no sólo rodeaban a es- 9
tos adolescentes gramáticos, sofistas y rétores griegos, sino también escultores, pintores, domadores de caballos y perros y maestros de caza. El padre, si no lo impedía ningún 10
asunto público, asistía siempre a sus estudios y ejercicios, siendo el más amante de sus hijos entre los romanos[38].

Guerra macedónica contra Perseo

En cuanto a las empresas públi- 7
cas, era un tiempo aquel de entonces en que los romanos mantenían una guerra con Perseo, rey de los macedonios; echaban en cara a sus generales que llevaban los asuntos en forma humillante y ridícula por falta de competencia y valor y que sufrían

[36] Posible alusión aquí a las funciones de augur desempeñadas en el año 179 a. C. (cf. Broughton, I, pág. 394).

[37] Respecto a la educación tradicional de Emilio, probablemente significa la formación militar (cf. *Cor.* 1.6) o la forense que, según él y de forma anacrónica, caracteriza la antigua Roma (cf. *Publ.* 2.1, *Galb.* 1.7-9, *Cor.* 27.1). Emilio es el primer personaje de quien se dice que recibió esa educación tradicional.

[38] Con estas observaciones Plutarco trata de evitar el juicio crítico negativo de sus lectores respecto a un hombre que se divorció de su primera esposa y dio en adopción a los hijos que tuvo de ella. La referencia a la educación griega de sus hijos tiene que ver sin duda con el filohelenismo de éstos y, en especial, de Escipión, el amigo y discípulo de Polibio, de quien sin duda (Polibio, XXXI 24.6-7) toma este detalle (cf. S. C. R. Swain, 1990, pág. 132), aunque también en Plinio (*Historia Natural* 35.135) se dice que trajo de Atenas un pintor y un filósofo para la educación de sus hijos. Respecto a la orientación de éste hacia la caza y el papel de Emilio en ello, véase Polibio, XXXI 29.45, aunque no en el contexto en que incluye Plutarco la referencia, sino después de la victoria sobre Perseo.

2 más descalabros de los que causaban. Pues recientemente a Antíoco, que se hacía llamar Grande, lo habían echado al otro lado del Tauro, obligándolo a cederles el resto de Asia y lo habían encerrado en Siria, contento de firmar la paz
3 por quince mil talentos[39]; poco antes batieron a Filipo en Tesalia, y libraron a los griegos del yugo macedonio[40]; finalmente habían derrotado a Aníbal con quien ningún rey
4 era comparable en audacia y poder[41]; por consiguiente, consideraban intolerable verse arrastrados a luchar en pie de igualdad, como si fuera un digno adversario de Roma, con Perseo, que ya les hacía la guerra durante mucho tiempo
5 con los restos de la derrota de su padre; ignoraban que, después de la derrota, Filipo hizo el ejército de los macedonios más fuerte y más belicoso[42]. Pero sobre esto voy a hacer un resumen, empezando desde antes.

8 Antigono, el más poderoso de los herederos y generales de Alejandro, que adoptó para él y para su linaje el nombre
2 de rey, fue padre de Demetrio; de éste era hijo Antígono, de sobrenombre Gonatas; y de éste Demetrio, que por su parte reinó poco tiempo y que, al morir, dejó a su hijo Filipo en la

---

[39] Son las condiciones de paz impuestas por Escipión a Antíoco en los acuerdos de paz de Apamea (188 a. C.), tal como las recoge Livio, XXXVII 45.14.

[40] La segunda Guerra Macedónica, comenzada en 200 a. C., concluyó con la derrota de Filipo V por Flaminino en Tesalia en 197 a. C. en Cinoscéfalas, cerca de Escotusa en Tesalia (cf. *Flam.* 7-8 e *infra,* 8.5).

[41] Se alude con ello a la victoria de Escipión Africano el Mayor sobre Aníbal en la batalla de Zama (202 a. C.) que dio fin a la segunda Guerra Púnica, iniciada en 218 a. C.

[42] Estos preparativos para la tercera Guerra Macedónica por parte de Filipo se señalan en las fuentes historiográficas, en particular Polibio, XXII 10, y D. S., XXII 16; pero el pasaje más concreto sobre este reforzamiento de su posición por parte de Filipo, pensando en una futura guerra contra los romanos, es Livio, XXIX 23.5 ss., en especial, 24.1-2.

edad de la infancia. Por miedo a la anarquía, los principales 3
macedonios hicieron venir a Antigono, que era primo del
muerto, y obligaron a convivir con él a la madre de Filipo;
primero le dieron el título de tutor y general, pero luego,
cuando comprobaron que era moderado y bueno para todos,
el de rey. Le dieron el sobrenombre de Dosón, porque pro-
metía, pero no cumplía sus compromisos[43]. Después de éste 4
reinó Filipo, que floreció entre los principales reyes cuanto
todavía era un adolescente y tuvo fama de que devolvería
Macedonia a su antiguo prestigio y pondría freno él solo al
poder de los romanos que ya se extendía amenazante sobre
todos. Vencido por Tito Flaminino en una gran batalla cerca 5
de Escotusa[44], entonces se asustó, puso toda su posición en
manos de los romanos y se contentó con que se le impusiera
una multa moderada[45]. Luego, como llevaba con dificultad 6
esa situación, considerando que reinar por un favor de los
romanos era propio de un esclavo al que le gusta la vida
muelle más que de un hombre inteligente y valiente, fijó en
la guerra su pensamiento y empezó a organizarse a escondi-
das y con habilidad. En efecto, se cuidó de que las ciudades 7
de los caminos y de la costa quedaran debilitadas y desier-
tas, de modo que no se hiciera cuenta de ellas, y concentró
mucha fuerza, llenando de armas, de muchas riquezas y de
hombres vigorosos los lugares, fortalezas y ciudades del in-
terior, dedicando sus esfuerzos a la guerra, que mantenía
como oculta, en secreto. Pues estaban guardadas treinta mil 8
armas sin usar, había ochocientos medimnos de trigo ence-
rrado en las murallas, y una cantidad de dinero suficiente

---

[43] Sobre el significado del nombre, véase PLU., *Cor.* 11.3.

[44] La victoria tiene lugar en el 197 a. C., siendo Flaminino cónsul en Macedoria (cf. BROUGHTON, I, pág. 334).

[45] De 200 talentos, según POLIBIO, XVIII 39.5.

para alimentar a diez mil mercenarios combatiendo por el
9 país durante diez años. Pero aquél no tuvo tiempo de movi-
lizar estos recursos y llevarlos a la acción, ya que perdió la
vida a causa del dolor y el desánimo; pues se enteró de que
había dado muerte injustamente a uno de sus dos hijos, De-
10 metrio, por calumnias del otro, que era peor[46]. Perseo, el
hijo que le quedó, heredó con la corona la enemistad hacia
los romanos, pero no podía garantizar el llevarla hasta el fin
a causa de la ruindad y vileza de su carácter, en el que había
toda clase de pasiones y enfermedades, aunque destacaba la
11 codicia. Se dice que ni siquiera era legítimo, sino que lo re-
cibió recién nacido la que vivía con Filipo de su madre, una
remendona de Argos, llamada Gnatenion y consiguió que
12 nadie se enterara. Principalmente por eso parece que mató a
Demetrio, temiendo que por tener la familia un heredero le-
gítimo, revelara su bastardía[47].

[46] Perseo fomentó contra él falsas acusaciones de entendimiento con los romanos, por lo que cayó en desgracia ante su padre Filipo hasta que éste dio instrucciones a Didas para que le diera muerte (180 a. C.). Livio describe la muerte (envenenado y asfixiado) en XL 24.5-8; en XL 54 refiere los remordimientos y el dolor de Filipo por la muerte injusta de Demetrio, un tema que recoge también Pompeyo Trogo en JUSTINO, XXXII 3.1-4.

[47] El nombre de la supuesta madre de Perseo sólo aparece en Plutarco (también en *Arat.* 54.7), pero las dudas sobre su condición de hijo legítimo están en Polibio y Livio (que depende de éste). El primero (XXIII 7.10) indica que Demetrio podía esgrimir argumentos que lo hacían digno del trono; según Livio, aunque era menor, aspiraba a él *iusta matre familiae*. Perseo no podía presumir de origen noble por parte de madre (LIVIO, XXXIX 53.3, donde lo llama *paelice ortum* y XLI 23.10). Eliano va más allá al poner en duda también su paternidad (*Var. hist.* 12.43). Sin duda estos rumores fueron propagados por los amigos de Demetrio, cuyas pretensiones al trono eran apoyadas por los romanos ya que propiciaba una política favorable a ellos, con la que estaban de acuerdo prácticamente todos los macedonios, salvo Filipo y Perseo.

De todos modos, aunque era innoble y miserable, arras- 9
trado por la evolución de los acontecimientos a la guerra, se
mantuvo y resistió mucho tiempo, desgastando generales
romanos con dignidad consular, ejércitos y grandes escua-
dras e incluso venciendo a algunos. Pues a Publio Licinio, el 2
primero que invadió Macedonia, lo venció en un combate
de caballería, mató a dos mil quinientos buenos soldados y
capturó vivos otros seiscientos[48]; además, atacando por sor- 3
presa la flota fondeada en Oreo, se apropió veinte barcos de
carga con su cargamento y hundió los demás, llenos de tri-
go; también se apoderó de cuatro pénteres[49]. Al segundo 4
cónsul, Hostilio, lo rechazó mientras presionaba en las Eli-
mias; y cuando se introdujo en secreto por Tesalia, lo pro-
vocó a una batalla y lo hizo huir[50]. Organizó una campaña 5
de distracción de la guerra contra los dárdanos, para dar la
impresión de que no le preocupaban los romanos y tenía
tiempo para otras cosas; en ella mató diez mil bárbaros y
cogió un abundante botín. Sublevó también a los galos que 6
habitaban a orillas del Istro, que se llaman basternas, tropa
de caballería y belicosa. A los ilirios los invitó a sumarse a

[48] Publio Licinio Craso, que fue pretor en el 176 a. C., obtuvo como cónsul en el 171 a. C. la provincia de Macedonia y, en su avance hacia Tesalia sufrió esta derrota en Calínico (fuentes en Brougthon, I, pág. 416). Las cifras no coinciden con las que da el mismo Plutarco en *Reg. et Imp. apophth.* 197E donde dice que Publio Licinio perdió en esa batalla dos mil ochocientos hombres entre muertos y prisioneros. Ésta cifra última coincide con Livio, XLII 60.1, que computa dos mil doscientos muertos entre caballería (200) e infantería (2.000) y seiscientos prisioneros (con lo que coincide también Plutarco en la *Vida).*

[49] Barcos grandes, de cinco filas de remos, a los que los romanos daban el nombre de *quinqueremis.*

[50] Aulo Hostilio Mancino fue cónsul al año siguiente de Publio Licinio (170 a. C.). Sobre estos sucesos, cf. Polibio, XXVII 16 y Livio, XLIII 4-6 y XLIV 2.6 (Brougthon, I, pág. 419-420).

7 la guerra por medio del rey Gencio[51] y los convenció la
afirmación de que los bárbaros, convencidos por él, invadi-
rían Italia por la Galia inferior a lo largo del Adriático.

10 Decidieron entonces los romanos, informados de estos
sucesos, prescindir de los halagos y consignas de quienes
aspiraban al cargo de general y llamar para el mando a un
2 varón sensato y experto en dirigir asuntos importantes. Éste
era Paulo Emilio, ya de edad avanzada y que rondaba los se-
senta[52]; pero por su vigor físico se encontraba en plenitud de
fuerzas y estuvo considerando la propuesta con sus yernos,
hijos jóvenes y gran cantidad de amigos y parientes muy in-
fluyentes, que, todos, trataban de convencerlo para que
aceptara la invitación que le hacía el pueblo al consulado.
3 Éste se hacía rogar ante la plebe y declinaba su empeño e in-
terés con la excusa de que no aspiraba al mando[53]; pero
ellos acudían diariamente a su puerta y lo animaban a ir al
4 foro y lo ovacionaban, hasta que se dejó convencer. En
cuanto apareció entre los candidatos al consulado, dio la im-
presión de que no bajaba al llano[54] para recibir el mando,
sino que ya venía con la victoria y entregaba a los ciudada-
5 nos el fin de la guerra. Con tanta esperanza y entusiasmo lo
acogieron todos y lo nombraron cónsul por segunda vez[55],
sin dejar que se celebrara un sorteo, como era costumbre pa-
ra la adjudicación de las provincias, sino que directamente
le encomendaron con sus votos el mando de la guerra mace-

---

[51] La intervención en la guerra de Gencio se cuenta en Livio, XLIV 23 y Apiano, *Ilírica* 9.

[52] Cf. D. S., XXX 20.

[53] Así en Plutarco, *Reg. et Imp. Apophth.* 197F.

[54] El Campo de Marte.

[55] El nombramiento tuvo lugar en el año 168 (Broughton, I, pág. 427).

donia[56]. Se dice que, tras ser proclamado general contra 6
Perseo, fue escoltado brillantemente hasta su casa por todo
el pueblo y encontró a su hijita Tercia, que todavía era una
niña, llorando; entonces la abrazó y le preguntó por qué es- 7
taba triste; y ésta, entre los abrazos y muestras de cariño, di-
jo: «¿Es que no sabes, padre, que se nos ha muerto Per-
seo?», refiriéndose a un perrito del que cuidaba, que se
llamaba así. Entonces Emilio respondió: «En buena hora, 8
hija, y me viene bien el presagio». Esto lo cuenta el orador
Cicerón en su tratado sobre la adivinación[57].

Como era costumbre que quienes obtenían el consulado 11
mostraran algún tipo de agradecimiento y se dirigieran con
palabras agradables al pueblo desde la tribuna, Emilio re-
unió en asamblea a los ciudadanos y les dijo que, al primer
consulado, llegó pidiendo el cargo él mismo, pero, al se-
gundo, porque ellos necesitaban un general; por tanto, que 2
no les debía ningún agradecimiento, sino que, si pensaban
que el problema de la guerra sería administrado mejor por
otro, lo dejaba; pero si confiaban en él, que no interfirieran
y se dedicaran a hablar, sino que en silencio proveyeran lo
necesario para la guerra; ya que, si intentaban mandar en el
que mandaba, serían más ridículos de lo que ahora lo eran
en las expediciones. Con estas razones generó en los ciuda- 3
danos mucho respeto hacia él y mucha esperanza en el futu-
ro, pues todos estaban contentos de haber prescindido de los

---

[56] Livio, XLIV 17 no dice que el pueblo renunciara al sorteo. Simplemente, que se hizo sobre el mismo Campo de Marte para evitar demoras en la salida para Macedonia. Este reparto *extra ordinem* ha hecho pensar en Polibio como fuente (H. Nissen, *o. c.*, pág. 305), aunque también en Nasica o Posidonio (Miessner, 1974, pág. 69).

[57] *Sobre la adivinación*. 1.103. La anécdota se recoge también en *Reg. et Imp. Apophth.* 197F-198A y Valerio Máximo, I 5.3, que da el nombre correcto del perrito (Persa).

4 aduladores eligiendo un general franco e inteligente. Tan
esclavo era el pueblo romano de la virtud y del bien, con tal
de vencer y ser superior a los demás.

12 Que Paulo Emilio, cuando partió para su expedición, tu-
viera una navegación favorable y una fácil travesía, lo atri-
buyo a la suerte, por lo que llegó al campamento rápidamente
2 y con seguridad; pero, en cuanto a la guerra y a la campaña,
veo que en parte se llevó a buen término por la rapidez de su
audacia, en parte por sus buenas decisiones, en parte por los
servicios entusiastas de sus amigos y en parte por su arrojo
en los peligros y el recurso a bien ajustados cálculos; en
consecuencia, no puedo atribuir a la citada buena fortuna de
aquél su brillante e ilustre gesta, como en el caso de otros
3 generales; a menos que alguien sostenga, por supuesto, que
la codicia de Perseo se convirtió en buena suerte para Emi-
lio en los acontecimientos; pues por su culpa, cuando la si-
tuación de los macedonios era espléndida y magnífica para
la guerra, con las expectativas en alza, le dio un vuelco y la
4 echó a perder a causa de su debilidad ante el dinero. En
efecto, acudieron a su llamada los basternas, diez mil jinetes
y diez mil seguidores a pie[58], todos mercenarios, hombres
que no entendían de agricultura, ni de navegación, ni de ga-
narse la vida con los marjales gracias al pastoreo, sino que
sólo se dedicaban a una única actividad y a un único oficio:
combatir y vencer siempre a quienes se les ponían enfrente.
5 Cuando, acampados en la Médica[59], se mezclaron con el
ejército del rey, hombres de gran estatura, admirables por
sus ejercicios, orgullosos y vehementes por sus amenazas
contra los enemigos, llenaron de ánimo a los macedonios y

---

[58] El término griego es *parabátai,* que son descritos por Livio, XLIV 26.3 como soldados que seguían corriendo a los jinetes y cuando éstos eran derribados subían ellos a los caballos.

[59] Región tracia en la frontera nordeste de Macedonia.

les hicieron creer que los romanos no iban a resistir, sino que se asustarían ante su simple vista y movimientos, que eran extraños y horribles[60]. Esa era la actitud con que tenía 6
Perseo a sus hombres y de semejantes esperanzas los había imbuido, cuando se le pidieron diez mil piezas de oro por cada jefe[61]; entonces, turbado ante la suma de oro que resultaba y sacado de sus casillas por mezquindad, rechazó y abandonó la alianza[62], como si estuviera ahorrando para los romanos, en vez de haciéndoles la guerra y tuviera que dar cuenta del gasto exacto para la guerra a aquéllos con los que la hacía. Y sin embargo tenía buenos maestros en quienes, 7
además del equipamiento restante, habían reunido y dispuesto para el servicio a cien mil soldados. Pero éste, pese a 8

[60] El efecto psicológico sobre los macedonios parece una apreciación personal de Plutarco. Por Livio, XLIV 26.7, sabemos (y también se deduce de Apiano, *Macedónica* 18.2) que los galos acamparon en un lugar diferente de los macedonios, a la espera de que se les pagara el dinero convenido.

[61] Diodoro habla de una suma total de quinientos talentos (XXX 19) y Livio, XLIV concreta las condiciones de esta ayuda de los galos: diez monedas de oro por jinete, cinco por infante y mil por jefe; con éste coincide Apiano, *Macedónica* 18.2, aunque la cantidad de mil estateres de oro se exige sólamente para el jefe de los galos, Clelio; y añade que la suma total ascendía a ciento cincuenta mil piezas de oro (*pentekaídeka muriádon*); la cifra que da Plutarco puede ser un error o un *lapsus* de memoria al recordar su fuente, que debe de ser la misma de Apiano (probablemente Polibio); en efecto, Apiano, *l. c.,* dice que Perseo envió emisarios que, entre otros objetos, llevaban «collares de oro y caballos como regalo para los jefes y diez mil estateres» (trad. A. Sancho Royo). Plutarco ha debido de asociar esta cantidad (que envía como cebo a Clelio, lo mismo que hizo antes con Gencio) con los jefes a los que manda collares y caballos, y confundirla además con la cantidad total estipulada.

[62] Tanto D. S. (XXX 19 y 21.2) como Livio (XLIV 26.1), insisten también en la avaricia de Perseo como causa de su fracaso y mencionan esta retirada de los galos, al no recibir el dinero estipulado, (Livio, en XLIV 27.2-3; cf. Apiano, *Macedónica* 18.2).

encontrarse frente a semejante ejército y ante una guerra en
la que tanta era la tropa que había que alimentar, medía y
marcaba el oro, por miedo a tocarlo como si fuera de extra-
9 ños. Y se comportaba así sin ser hijo de ningún lidio o feni-
cio[63], sino que reivindicaba[64] para él por parentesco la
virtud de Alejandro y Filipo, que vencieron a todos por en-
tender que los negocios se compraban con las riquezas y no
10 las riquezas con los negocios. Por ejemplo, corrió la voz de
que las ciudades griegas las conquistó no Filipo, sino el oro
11 de Filipo. Y Alejandro, al comenzar la expedición contra los
indios, viendo que los macedonios ya arrastraban con pesa-
dez y grandes dificultades las riquezas persas, primero pren-
dió fuego a los carros del rey y luego convenció a los demás
para que hicieran lo mismo y se pusieran en marcha hacia la
12 guerra ligeros y como sin lastre[65]. En cambio Perseo, que se
había cubierto con el oro a sí mismo, a sus hijos y a su rea-
leza, no quiso ser salvado por unas cuantas riquezas, sino,
transportado con muchas, como el rico prisionero, mostrar a
los romanos cuántas, ahorrando, había guardado para ellos.

13 Pues no sólo despachó a los galos fallándoles, sino que
también después de animar al ilirio Gencio a que participara
con él en la guerra por trescientos talentos, puso ante sus
embajadores el dinero ya contado y les permitió marcarlo;
2 pero como Gencio, convencido de tener lo que había pedi-
do, cometió una acción impía y terrible —pues hizo presos
y encadenó a los embajadores romanos que habían venido
ante él— Perseo pensó que ya su ingreso en la guerra no de-
pendía del dinero, puesto que Gencio había dado pruebas
seguras de su enemistad y se había precipitado a la guerra

---

[63] Ambos son ejemplo tradicional de apego al dinero.

[64] Los antigónidas pretendían remontar a Filipo y Alejandro (así lo dice, a propósito de Filipo V, POLIBIO, V 10.10).

[65] Cf. PLU., *Alex.* 57.1.

con esa afrenta. Así pues, privó al desgraciado de los tres- 3
cientos talentos[66] y al poco tiempo se despreocupó de él
cuando fue obligado con sus hijos y su esposa a levantar el
vuelo del trono, como de un nido, por el general Lucio Ani-
cio, enviado contra él con un ejército[67].

Cuando Emilio llegó ante tal contrincante, mostró des- 4
precio por él, pero estaba asombrado del equipamiento y el
ejército a sus órdenes; pues la caballería era de cuatro mil y
a la infantería no le faltaban muchos para una falange de
cuarenta mil. Además, instalado delante del mar, al pie del 5
Olimpo en lugares que de ningún modo tenían acceso y for-
tificados por todas partes con parapetos y empalizadas de
madera, mostraba una gran seguridad y tenía la idea de que
cansaría a Emilio con el tiempo y el gasto de sus recursos.
Pero éste, de una parte, no dejaba de dar vueltas a su pen- 6
samiento, buscando cualquier plan y cualquier estratagema
posible; y, de otra, viendo que el ejército, por sus anteriores
libertades, andaba con críticas y trazando con sus opiniones
la estrategia en relación con muchas de las cosas que no se
hacían, los llamó al orden y les anunció que no se metieran

[66] El relato de esta conducta de Perseo con Gencio es un tanto impreciso en Plutarco, que sigue el relato que encontramos en Livio, XLIV 8-12: una vez presentado el dinero a los embajadores ilirios en Pela y marcado por éstos, envió diez talentos a Pantauco para que se los diera inmediatamente a Gencio y, en cuanto al resto, dio orden a sus portadores para que esperaran en la frontera órdenes suyas. Como Gencio, al recibir los diez talentos, metió en prisión a los embajadores romanos, Perseo ordenó a sus portadores que se dieran la vuelta y no entregaran el resto del dinero a Gencio, convencido de que ya no era preciso para hacerlo entrar en la guerra.

[67] Apiano, *Ilírica* 9, cuenta los detalles de este conflicto de Gencio con los romanos que terminó como, luego, la historia de Perseo, con el rey y sus hijos en el triunfo de L. Anicio Galo (cf. Livio, XL 43.6). La campaña de éste se desarrolló en la primavera del 168 a. C., al mismo tiempo que la de Emilio en Macedonia.

en nada que no fuera de su incumbencia y que cada cual se preocupara sólo de su persona y de su armamento para que uno a uno se mostraran enérgicos y blandieran la espada al modo romano, cuando el general les diera la oportunidad[68].
7 En cuanto a las guardias nocturnas, ordenó que las hicieran sin lanza, para que estuvieran más atentos y combatieran mejor el sueño al no poder defenderse de los enemigos si atacaban[69].

14 Pero por lo que más molestos estaban los hombres era por la falta de agua potable —pues brotaba poca y mala y se dispensaba gota a gota en la orilla misma del mar—, así que viendo Emilio que había allí una montaña grande y cubierta de árboles, el Olimpo, y conjeturando por el verdor de su bosque que allí nacían manantiales que corrían por debajo a profundidad, excavó respiraderos para que salieran y mu-
2 chos pozos en la ladera baja de la montaña[70]. Éstos se llenaron inmediatamente de limpias corrientes al empujar con fuerza y rapidez el agua a presión hacia la parte vacía.

3 Sin embargo algunos niegan que haya manantiales de aguas acumuladas y ocultas en los lugares de los que fluyen y dicen que su salida ni se debe a que se les abra paso ni a fracturas, sino a que nacen y se forman allí donde la materia
4 se vuelve líquida; y se vuelve líquido el vapor húmedo, por condensación y enfriamiento, al ser comprimido en las pro-

---

[68] Estas exigencias de Emilio a sus soldados se recogen más o menos en iguales términos en Livio, XLIV 34.2-4.

[69] Entre las medidas que atribuye Livio a Emilio la más parecida a ésta es la prohibición de que los soldados hicieran guardia con el escudo (XLIV 33.9), ya que se apoyaban en él para dormir y, además, con su brillo se veía de lejos; pero no dice nada respecto a la lanza. En *Reg. et Imp. Apophth.* 198A Plutarco dice que también les prohibió tener la espada, además de la lanza.

[70] Según Livio, XLIV 33.1-3, no hacen los agujeros en la ladera de la montaña, sino en la playa, próximo al mar.

fundidades[71]. Pues como los senos de las mujeres no están, 5
igual que si fueran recipientes, llenos de leche acumulada
que luego fluye, sino que transforman el alimento en ellos y
así producen y destilan leche, del mismo modo tampoco en 6
la tierra los lugares muy fríos y llenos de fuentes tienen
agua oculta ni cavidades que hagan salir, de un depósito
previamente formado, las profundas corrientes de tantos ríos;
sino que, comprimiendo el vapor y el aire, con la presión y
la condensación lo convierten en agua. Por eso, la perfora- 7
ción de los lugares hace que mane y fluya el agua en mayor
cantidad ante esa presión, como los senos de las mujeres
con la lactancia, al humedecer y convertir en fluido las ema-
naciones de vapor; en cambio, las partes de la tierra que 8
quedan cerradas sin tocar, son ciegas para la producción de
agua, por faltarles el movimiento que genera la humedad.
Los partidarios de esta teoría han dado lugar a que los es- 9
cépticos pretendan que tampoco la sangre está dentro de los
seres vivos, sino que nace con las heridas por transforma-
ción de cierto principio vital o de la carne, que los disuel-
ve y convierte en líquido. Pero son refutados por los ríos 10
que corren en las profundidades hacia los subterráneos y las
minas; éstos no se acumulan poco a poco, como es lo nor-
mal, si deben su origen a una remoción súbita del suelo, si-
no que discurren continuamente[72]. Y cuando las montañas o 11
una roca se rompen por un golpe, salta una corriente violen-

[71] Esta doctrina se atribuye también por SÉNECA, *Cuestiones naturales.* 3.9.1, a algunos (cf. ARISTÓTELES, *Meteor.* 349b19, donde dice que el agua puede producirse en el interior de la tierra por condensación y enfriamiento, sin necesidad de que llueva).

[72] La existencia de estas corrientes y depósitos de agua en las profundidades se atribuye también en ARIST., *Meteor.* 349b 3 ss. a 'algunos' (probablemente a DEMÓCRITO, D.-K. 68A 97 y 98 y ANAXÁGORAS, D.-K. 59A 42.5) y en SÉNECA, *Cuestiones naturales* 3.8.

ta de agua que cesa enseguida. Estas reflexiones son suficientes sobre este tema.

15 Emilio estuvo tranquilo algunos días, y dicen que nunca hubo tanta tranquilidad encontrándose tan cerca campamen-
2 tos de ese tamaño. Como, al remover y probar todas las posibilidades, se dio cuenta de que sólo quedaba todavía un paso sin vigilancia, el que iba a través de Perrebia por Pition y Petra, con más esperanzas en el hecho de que el sitio no estuviera vigilado que temor a la dificultad y aspereza del lugar, razón por la que no estaba vigilado[73], convocó un con-
3 sejo. El primero de los presentes en intervenir fue el Escipión apodado Nasica[74], yerno de Escipión Africano[75], que luego gozó de gran poder en el Senado, para ofrecerse a di-
4 rigir la acción de rodeo. En segundo lugar se levantó entusiasmado Fabio Máximo, el mayor de los hijos de Emilio,
5 que todavía era un adolescente. Complacido entonces Emilio les dio no el número de hombres que dice Polibio, sino los que el propio Nasica dice que recibió, en la carta que so-
6 bre estos hechos escribió a uno de los reyes. Los de la formación exterior eran itálicos en número de tres mil, y el ala
7 izquierda casi cinco mil[76]. A éstos añadió Nasica ciento

[73] La versión de Livio, XLIV 35.10, difiere en este punto, ya que aquí Emilio se informa por unos mercaderes perrebos de que el paso no es difícil de atravesar, pero está ocupado por destacamentos del rey; Emilio concibe entonces la esperanza de utilizar el factor sorpresa para desalojar de allí las guarniciones reales.

[74] Publio Cornelio Escipión Nasica *Corculum*, que sería cónsul en 162 y 155. Escribió un relato de la tercera Guerra Macedonia, utilizado como fuente por Plutarco. Livio no menciona este ofrecimiento voluntario que, probablemente, deriva de Polibio o del propio Nasica.

[75] Se trata del Africano Mayor. La hija referida aquí se llamaba Cornelia.

[76] Livio, XLIV 35.14 cifra en cinco mil hombres escogidos el contingente que Emilio pone a las órdenes de Nasica y Fabio.

veinte jinetes y doscientos del combinado de tracios y cretenses a las órdenes de Hárpalo[77]; con ellos partió por el camino en dirección al mar y acampó junto a Heracleo como si tuviera la intención de hacer un periplo con las naves
y rodear el campamento de los enemigos[78]. Cuando cenaron 8
los soldados y oscureció, reveló a los comandantes la verdad y los condujo de noche por el camino opuesto alejándose del mar, y se detuvo para que descansara el ejército bajo
el Pition. Allí alcanza la cima del Olimpo más de diez esta- 9
dios; así se indica en un epigrama del que lo midió:

«De la cima del Olimpo que se alza sobre el templo de 10
Apolo Pitio tiene (y se midió hasta la base) una década completa de estadios, además de un pletro menos cuatro pies. Le fijó la medida de esa distancia el hijo de Eumelo, Xenágoras. Y tu, Señor, salve y concédeme bienes».

Sin embargo, dicen los geómetras que ninguna cima de 11
montaña ni profundidad de mar sobrepasa diez estadios[79]. No obstante, al parecer Xenágoras ha tomado la medida no a la ligera, sino con método y mediante instrumentos.

Pues bien, Nasica pasó la noche allí; en cuanto a Per- 16
seo, que veía a Emilio tranquilo en su lugar y no se imaginaba lo que estaba ocurriendo, un desertor cretense que había huido de la marcha, vino y le reveló la maniobra de
envolvimiento de los romanos. Aquél se turbó, pero no mo- 2
vió el campamento, sino que puso a las órdenes de Milón[80]

[77] Este Hárpalo es mencionado por D. S., XIX 34, como embajador de Perseo en otro tiempo ante el Senado de Roma.

[78] El plan simulado era devastar con las naves la costa de Macedonia central, según Livio, XLIV 35.14.

[79] Así Cleomedes, *Sobre el movimiento circular de los cuerpos celestes*, pág. 102 Ziegler.

[80] Llamado por Livio, XLII 58.7, Midonte de Berea, amigo de Perseo, enviado en 171 a. C. junto con Pantauco como negociador ante P. Licinio Craso.

a diez mil mercenarios extranjeros y dos mil macedonios y
lo hizo partir con la orden de apresurarse y adueñarse de las
3 cimas. Sobre éstos dice Polibio que cayeron los romanos
mientras todavía dormían; pero, según Nasica, se suscitó un
violento y arriesgado combate en las alturas y él mismo le
atravesó con su espada el pecho a un mercenario tracio que
entabló combate con él y lo mató; añade que, rechazados los
enemigos y puesto en fuga Milón vergonzosamente, sin las
armas y con sólo su túnica, los persiguió con seguridad
4 mientras llevaba el ejército a la zona de abajo. Ante estos
descalabros, Perseo rápidamente levantó el campamento y
5 retrocedió, lleno de miedo y frustrado en sus esperanzas. Sin
embargo, estaba obligado a resistir delante de Pidna y pro-
bar batalla, o, con el ejército partido en dos por las ciudades,
afrontar la guerra, que, al haberse introducido de golpe en el
país, no podía ser alejada sin gran matanza y muchos cadá-
6 veres. Pues bien, de momento tenía ventaja en número de
hombres, y era alto el ánimo de aquéllos, pues luchaban por
defender a sus hijos y mujeres, mientras el rey supervisaba
7 todos los detalles y se exponía también él al peligro. Ante
esta situación los amigos animaban a Perseo y, después de
establecer el campamento, se organizó para la batalla: ins-
peccionaba los lugares y distribuía los mandos, para hacer
8 frente a los romanos desde el momento mismo del asalto. El
lugar y la llanura eran apropiados para la falange, que re-
quiere una superficie llana y lugares uniformes, y había co-
linas en sucesión, una tras otra, con posibilidades de retirada
9 y de rodeo para las tropas ligeras y libres de equipo. Por
medio corrían los ríos Esón y Leuco, no muy profundos en-
tonces (pues era la estación del final del verano) que aparen-
temente presentaban cierta dificultad también a los romanos.

17 Emilio, tan pronto como se unió a Nasica, bajó en orden
2 de batalla contra los enemigos. Al ver su orden y gran nú-

mero, detuvo asombrado la marcha, meditando un momento
consigo mismo. Los jóvenes con mando, deseosos de com- 3
batir, se adelantaban y pedían que no hubiera retraso, más
que ninguno Nasica, envalentonado con el éxito del Olimpo.
Mas Emilio, pensativo, dijo: «¡Ojalá tuviera tu edad! Pero 4
mis numerosas victorias, que me enseñaron los errores de
los vencidos, me impiden presentar combate sobre la mar-
cha a una falange ya en orden y compacta»[81]. Después de 5
esto ordenó a las secciones primeras y visibles a los enemi-
gos que, dispuestas en cohortes, adoptaran el esquema de
combate, y a los de retaguardia, darse la vuelta, para poner
una empalizada en aquel lugar y acampar. De este modo, al 6
darse la vuelta en retirada los que iban a continuación de los
últimos, el enemigo no se dio cuenta de que rompía el orden
de batalla y los iba introduciendo a todos en el campamento
tranquilamente[82]. Cuando se hizo de noche y, después de la 7
cena, se fueron a descansar y dormir, de repente la luna, que
era llena y alta, se oscureció y, mientras la abandonaba la
luz, adoptó toda clase de colores y desapareció[83]. Los roma- 8

---

[81] Livio, XLIV 36.9-14, dice que sólo se atrevió a hablar Nasica, mientras los demás guardaban silencio. También en él Emilio, en su respuesta, hace valer su experiencia anterior ante Nasica para rechazar sus propuestas; aunque, en el historiador, la justificación de Emilio se da más bien en XIV 38-39, un discurso silenciado por Plutarco debido a la simplificación propia de su método. Las palabras de Emilio se recogen también en *Reg. et Imp. Apophth.* 198A 5.

[82] Esta táctica se cuenta con detalle en Livio, XLIV 37.1-3, donde el orden de retirada es el siguiente: primero los *triarii,* después los *principes* y luego los *hastati,* mientras que en primera línea, frente al enemigo, se mantenía la infantería ligera y la caballería, que fue la última en retirarse, cuando ya estuvo terminada la empalizada y el foso del campamento.

[83] Según Livio, XLIV 37.5-8, Gayo Sulpicio Galo, tribuno militar de la segunda legión, por encargo de Emilio, reunió a los soldados para anunciarles el eclipse que habría en la noche siguiente y, explicándoles el ori-

nos, según la costumbre, invocaban su luz con ruido de objetos de bronce y elevaban al cielo muchas llamas, con tizones y antorchas[84]. En cambio, los macedonios no hacían nada parecido, sino que el terror y el asombro se adueñaron del campamento y entre la tropa poco a poco fue tomando cuerpo la opinión de que el prodigio indicaba el eclipse del
9 rey[85]. Emilio no desconocía ni era totalmente ajeno a las anomalías de la eclíptica, que hacen entrar la luna, durante su recorrido, en la sombra de la tierra, a períodos fijos y la ocultan, hasta que pasa la región cubierta por la sombra y
10 vuelve a brillar al sol; de todos modos, como atribuía muchas cosas a la divinidad y era aficionado a los sacrificios y a la adivinación, cuando vio que la luna empezaba a reco-
11 brar su pureza, sacrificó en su honor once becerros[86]. Y con el día, mientras sacrificaba bueyes en honor de Hércules, no obtuvo presagios favorables hasta los veinte; con el vigésimo primero, aparecieron las señales que anunciaban la vic-

---

gen natural de los eclipses, les pidió que no interpretaran como prodigio la desaparición de la luna.

[84] Esto es sin duda una ampliación de Plutarco, que recuerda una costumbre popular reflejada también en *De facie* 29.944B, donde se atribuye la costumbre de hacer sonar instrumentos de bronce al deseo de alejar el miedo que la gente tiene a las almas que ululan horrorizadas al acercarse a la cara de la luna. Todavía en el siglo v, Claudiano se hace eco de esta costumbre popular (*Get.* 233-234: *Territat adsiduus lunae labor atraque Phoebe / noctibus aerisonas crebris ululata per urbes*), dato que me recuerda mi colega Cristóbal Macías Villalobos, de la Universidad de Málaga.

[85] Para Livio, XLIV 37.9 tanto los soldados macedonios como sus adivinos, interpretaron el prodigio como señal del «ocaso de su reino». Plutarco, más preciso que Tito Livio al personalizar el efecto del presagio en el propio Perseo, sigue la versión de Polibio (XXIX 16.1).

[86] Plutarco con esta explicación trata de salvar ante sus lectores la figura religiosa de Emilio que, en realidad, parece haber experimentado cierta superstición ante el eclipse (cf. F. E. Brenk, 1977, pág. 45).

toria, si se mantenían a la defensiva[87]. Entonces prometió a 12
la divinidad una hecatombe y unos juegos sagrados y dio
orden a los comandantes de que colocaran el ejército en
formación de combate. Por su parte, esperó a que declinara 13
y girara la luz para que el sol de oriente no les diera de fren-
te en la cara a ellos, durante el combate; pasó ese tiempo
sentado en su tienda, abierta hacia la llanura y hacia el lugar
donde tenían su campamento los enemigos.

Por la tarde, unos dicen que, ingeniándoselas el propio 18
Emilio para que el primer ataque viniera de los enemigos,
los romanos espolearon y lanzaron contra ellos un caballo
sin brida; éste, al ser perseguido, provocó el comienzo de la
batalla[88]; otros, en cambio, que unos tracios a las órdenes de 2
Alejandro atacaron carros romanos que traían forraje y con-
tra éstos se produjo un ataque rápido de setecientos ligios;
entonces acudieron más en ayuda de unos y otros y de este
modo se inició el combate por ambas partes. Emilio enton- 3
ces, como un piloto de nave, conjeturando por la actual agi-
tación y movimiento de los campamentos la importancia del
futuro combate, salió de la tienda y pasando revista a las
formaciones de infantería les daba ánimo. En cuanto a Nasi- 4
ca, dirigiéndose a caballo hacia el lugar de la escaramuza,

---

[87] Livio, XLIV 37.12, presenta este sacrificio como un pretexto ante su ejército para seguir demorando el choque. Plutarco se interesa bastante más por el tema, que ilustra bien el perfil piadoso de Emilio, uno de los rasgos sobre los que se articula la biografía del personaje.

[88] Tal vez sea aportación de Plutarco la intencionalidad de los romanos al lanzar el caballo contra los enemigos. Livio, XLIV 40.7-9, insiste en el carácter fortuito del incidente: una acémila se escapa y se dirige a la orilla opuesta del río que separaba a los macedonios y romanos. Tres romanos van a por ella, pero dos tracios la cogen para llevársela. Aquellos los persiguen y matan a uno de ellos. Entonces los otros, encolerizados, cruzan el río para perseguir a los autores de la muerte y así se desencadena el combate.

5 vio que casi todos los enemigos estaban ya combatiendo. En
primer lugar marchaban los tracios de los que dice[89] que era
terrible su aspecto, hombres de alta estatura, que, bajo la
blanca y reluciente armadura de escudos y grebas, vestían
negras túnicas y agitaban rectas por el hombro derecho sus
6 pesadas espadas de hierro; junto a los tracios formaban los
mercenarios, cuyo equipamiento era de todo tipo *** y con
7 ellos estaban mezclados los péones[90]. Tras éstos, como ter-
cer cuerpo de élite, las tropas escogidas, lo más puro por su
valor y juventud de los propios macedonios, relucientes con
8 sus armas doradas y sus flamantes mantos de púrpura. A con-
tinuación de éstos, conforme se iban poniendo en orden, sa-
lieron del campamento las falanges de los de calcáspides[91] y
llenaron la planicie con el brillo de su acero y del reluciente
bronce, y de griterío y alboroto la parte de las montañas,
9 animándose entre ellos. Con tanto ímpetu y rapidez ataca-
ban que los primeros muertos cayeron a dos estadios del
campamento de los romanos.

19 Mientras se producía el ataque, se presentó Emilio y co-
gió a los macedonios de los cuerpos de élite con la punta de
las sarisas[92] ya clavadas en los escudos de los romanos y sin
2 dejar que los alcanzaran las espadas de aquellos. Cuando los
demás macedonios se quitaron el escudo de su hombro y, a
una orden dada, se aprestaron a resistir con las sarisas incli-
nadas a los portadores de escudos, al ver la solidez de la
formación compacta de escudos y la dureza de las armas

[89] *HRR*, I, pág. 48.

[90] Pueblo tracio o ilirio, o mezcla de ambos, ya citado por Homero (*Il.* 2.848) como aliados de los troyanos. Fueron definitivamente sometidos a Macedonia por Antígono Gonatas.

[91] «De escudo de bronce», soldados con grandes escudos que formaban parte de la falange macedonia.

[92] Típo especial de lanza con asta muy larga.

puestas frente a ellos, se apoderó de él la inquietud y el
miedo; pues jamás había visto espectáculo tan terrible, y
muchas veces luego le vino al recuerdo la experiencia de
aquella visión. Pero entonces se mostró ante los combatien- 3
tes contento y radiante y recorrió las filas a caballo sin casco
ni coraza. El rey de los macedonios, según dice Polibio[93], al 4
comienzo mismo de la batalla se retiró a caballo a la ciudad
por cobardía, con el pretexto de que iba a celebrar un sacri-
ficio en honor de Heracles, que no acepta ofrendas cobardes
ni tiene en cuenta súplicas injustas. Pues no es justo ni que 5
el que no lanza dé en el blanco, ni que quien no resiste ven-
za, ni, en fin, que quien no actúa tenga éxito, ni el malvado
sea feliz. En cambio, a las plegarias de Emilio sí atendía el 6
dios; pues pedía la superioridad en la guerra y la victoria,
mientras blandía la lanza y combatiendo invocaba como
aliado al dios. En todo caso, un tal Posidonio, que dice ha- 7
ber vivido en aquella época y haber asistido a los hechos, y
que ha escrito una historia sobre Perseo en varios libros[94],
asegura que éste no se retiró por cobardía ni puso como pre-
texto el sacrificio, sino que la víspera de la batalla había si-
do herido casualmente por su caballo en la pierna; y, en el 8
momento de la batalla, aunque estaba molesto y sus amigos
trataban de evitarlo, mandó que le trajeran un caballo de los
de carga y montando sobre él, se mezcló con los de la falan-
ge sin coraza; por todas partes caían dardos de toda clase y 9
una jabalina entera de hierro vino a dar en él; no le alcanzó
con la punta, sino que pasó de lado a lo largo de su costado
izquierdo y, con la fuerza del roce le desgarró la túnica y le
enrojeció la carne con un moratón sin herida, que conservó

[93] Cf. XXIX 17.3-4 y 5 (el testimonio de Plutarco). En cambio Livio, XLIV 42.2, dice que huyó con el resto de la caballería cuando ya se había producido prácticamente la derrota de la infantería macedonia.

[94] *FGrH* 169 F 1.

10 la señal mucho tiempo. Eso es lo que dice Posidonio en favor de Perseo.

20 Los romanos hicieron frente a la falange, pero no podían doblegarla; por ello, Salvio, el comandante de los pelignos cogió el estandarte de los que estaban a sus órdenes y lo
2 lanzó hacia los enemigos. Los pelignos (pues no les es lícito ni piadoso a los itálicos abandonar su estandarte) corrieron hacia aquel lugar y, en consecuencia, se produjeron acciones y sufrimientos terribles por parte de ambos al chocar entre
3 ellos. En efecto, unos trataban de golpear con sus espadas las sarisas macedonias y presionarlos con sus escudos y
4 apartarlos, agarrándolos con sus propias manos; y los otros rechazaban el ataque con las dos suyas y atravesaban con sus armas a los atacantes, sin que resistiera escudo ni coraza el ímpetu de la lanza; de modo que echaban hacia arriba con la cabeza por delante los cuerpos de los pelignos[95] y de los marrucinos que, sin ninguna reflexión, sino con salvaje furia se lanzaban a los golpes enemigos y a una muerte segura.
5 Cuando así perecieron los primeros combatientes, se replegaron los de la fila de detrás de ellos; no se trataba de una huida, sino de una retirada hacia la montaña llamada Olo-
6 cro; al verlo, Emilio, dice Posidonio, se rasgó la túnica, puesto que éstos cedían y los demás romanos retrocedían ante la falange, que no ofrecía ningún punto débil, sino que avanzaba contra ellos inexpugnable con su compacta acu-
7 mulación de lanzas, semejante a una empalizada. Pero en cierto momento, debido a que por la desigualdad de los lugares y por su longitud la formación no conservaba ajustada

[95] Livio menciona de pasada este desastre de los pelignos, como ejemplo de lo que les habría ocurrido a los romanos si hubieran atacado de frente con toda su formación la falange macedonia en orden de batalla (XLIV 41.9).

la unión de los escudos, se dio cuenta de que la falange de
los macedonios cogía muchas fracturas y brechas, como es
normal en ejércitos grandes y con variedad en el ímpetu de
los combatientes, de forma que por unas partes se apretaba
y por otras se curvaba hacia adelante; entonces, recorriendo 8
rápidamente sus filas, dividió las cohortes y les ordenó que
se lanzaran hacia las separaciones y huecos de la fila de los
enemigos y lucharan, provocando no un solo combate con-
tra todos, sino muchos combinados y parciales[96]. Tan pronto 9
como, gracias a estas instrucciones de Emilio a sus coman-
dantes y de los comandantes a los soldados, se infiltraron y
abrieron camino por dentro de la infantería, atacando a unos
de costado por la parte desguarnecida y aislando a los otros
con sus maniobras de envolvimiento, inmediatamente se 10
perdió la fuerza y la acción conjunta, al romperse la falange;
en los combates, individuales y en grupos pequeños, los
macedonios golpeaban con pequeñas dagas sólidos escudos
que cubrían hasta los pies y se enfrentaban con escudos li-
geros a las espadas de aquéllos, que, por su propio peso y
por el golpe, atravesaban toda la armadura hasta el cuerpo;
así pues, resistiendo mal, fueron derrotados.

Pero la contienda contra éstos era grande. Precisamente 21
entonces Marco, el hijo de Catón, yerno de Emilio, mientras
exhibía todo su valor, perdió la espada. Como joven educa- 2
do en muy bellas enseñanzas y que debía a su padre pruebas
de gran valor, pensó que su vida no tenía sentido si dejaba
en manos de los enemigos un despojo suyo en vida; corrió,
pues, por el campo de batalla, por si veía algún amigo y com-
pañero, explicarle lo que le había ocurrido y pedir ayuda.
Aquéllos, que eran muchos y buenos, se abrieron camino a 3
un solo impulso entre los otros agrupándose en tomo a él

[96] Según Livio, XLIV 41.6-7, ésta fue la causa de la victoria.

para que los condujera y se lanzaron contra los enemigos.
4 Con un gran combate y mucha matanza y golpes, los echa-
ron de la zona y, cuando dejaron el lugar solitario y des-
5 cubierto, se pusieron a buscar la espada[97]. Como les costó
trabajo encontrarla escondida entre muchas armas y cadáve-
res, se pusieron muy contentos y, entonando un peán, aún
perseguían con más gloria a los enemigos que todavía lu-
6 chaban. Finalmente los tres mil soldados de elite que se
mantenían en formación y seguían combatiendo, todos fue-
ron derribados. De los demás, que huyeron, fue mucha la
matanza, de tal modo que la llanura y la falda de la montaña
se llenaron de cadáveres y, en cuanto a la corriente del río
Leuco, los romanos todavía la atravesaron manchada de
7 sangre al día siguiente de la batalla. En efecto, dicen que
murieron más de veinticinco mil[98]. De los romanos cayeron,
según dice Posidonio, cien y, según Nasica, ochenta.

22 Esta contienda tan importante tuvo un desenlace muy
rápido; pues si empezaron la batalla a la hora novena, an-
tes de la décima alcanzaron la victoria[99]. El resto del día lo
dedicaron a la persecución y, después de llevar ésta hasta
una distancia de ciento veinte estadios[100], ya bien entrada la
2 tarde se volvieron. A los demás les salieron al encuentro los
escuderos a la luz de sus antorchas y los condujeron entre

[97] Plutarco repite la anécdota en *Cat. Ma.* 20.10-11, de forma muy parecida, aunque, como se dice en ese otro pasaje, cuando tiene lugar la batalla de Pidna, todavía no era yerno de Paulo Emilio. Justino, XXXIII 2.1, presenta alguna diferencia, en particular, que todo lo hace solo: al perder la espada, la busca cubriéndose con el escudo y luego vuelve con los suyos, tras haber recibido muchas heridas.

[98] Livio los cifra en cerca de veinte mil (XLIV 42.7).

[99] La batalla se resolvió, por tanto, entre las tres y las cuatro de la tarde, ya que el día comenzaba para los romanos con la salida del sol (las 7 de la mañana). Cf. Livio, *hora circiter nona*.

[100] Veintiún kilómetros y medio aproximadamente.

muestras de alegría y gritos a las tiendas, radiantes de luz y
adornadas con coronas de yedra y laurel. Sólo al general lo 3
embargaba un gran dolor; pues de sus dos hijos que participaban en la expedición, el más joven no aparecía de ningún
modo y era al que más quería y veía mejor dotado por naturaleza para la virtud entre los hermanos. Como era de espíri- 4
tu intrépido y amigo de honores, todavía casi un niño por su
edad[101], pensaba que se había perdido por completo, al mezclarse por inexperiencia con los enemigos en el combate.
Todo el ejército se dio cuenta de su inquietud y de su gran 5
sufrimiento y, mientras aún estaban cenando, se levantaron
y corrieron con antorchas, muchos hacia la tienda de Emilio y muchos delante del campamento buscando entre los
primeros cadáveres. La tristeza y los gritos dominaron la 6
llanura, llamando aquéllos a Escipión; pues todos lo admiraban, ya desde el principio bien templado de carácter para
el mando y el gobierno como ningún otro de sus parientes.
Pues bien, ya tarde, cuando casi se le daba por perdido, vol- 7
vía de la persecución con dos o tres compañeros, lleno de
sangre por la matanza de enemigos, como un perro de raza
que por placer se deja arrastrar violentamente a la victoria[102]. Este es el Escipión que tiempo después destruyó Car- 8
tago y Numancia y llegó a ser con mucho el primero en
virtud de los romanos de entonces y muy poderoso. Pues 9
bien, la fortuna le aplazó a Emilio la venganza por su éxito
para otra ocasión y entonces le concedió completo el placer
de la victoria[103].

---

[101] D. S., XXX 22, y Livio, XLIV 44.3, dicen que tenía diecisiete años.

[102] Una comparación similar, también referida a Escipión, tenemos en Polibio, XXXI 29.7.

[103] El episodio entero está plagado de recursos literarios muy queridos a Plutarco y que dan un aire emotivo y dramático que no vemos en los his-

23 Perseo se fue en su huida de Pidna a Pela, con la caballería, que prácticamente toda había salido indemne de la ba-
2 talla[104]. Cuando los soldados de infantería se dieron cuenta, insultaban a los jinetes tachándolos de cobardes y traidores y los empujaban de los caballos dándoles golpes; entonces, por miedo a aquel alboroto, desvió su caballo del camino[105], quitándose el manto de púrpura para no ser diferente lo puso
3 delante de sí y mantuvo la corona en sus manos. Luego, con la intención de charlar con los compañeros durante la mar-
4 cha, desmontó y llevaba el caballo de la brida. Pero de aquéllos, uno fingiendo atarse la sandalia que se había soltado, otro, refrescar el caballo y otro que necesitaba beber, se quedaban atrás y se escapaban poco a poco, con menos
5 miedo a los enemigos que a la aspereza de aquél. Y es que, irritado por sus males, trataba de quitarse la culpa de la de-
6 rrota echándosela a todos. Cuando ya de noche entró en Pela, salieron a su encuentro Eucto y Euleo, los encargados de su moneda, criticándolo por lo sucedido y hablándole con franqueza a destiempo y dándole consejos[106]. Entonces montó en cólera y él mismo mató a los dos golpeándolos con su daga; ante eso, nadie se quedó a su lado, salvo Evandro el

---

toriadores (D. S., XXX 22 y Livio, XLIV 44.1-2 que, sin embargo, sí subrayan los sentimientos de Emilio, su preocupación y la imposibilidad de disfrutar de la victoria): Contraste entre la alegría de los demás y la pena de Emilio; preocupación del ejército por su general, que denota el cariño hacia él; insistencia en los aspectos sensoriales (antorchas y gritos); admiración hacia el joven por sus virtudes; comparación épica de su aparición; y, finalmente, anticipación de la futura venganza de la fortuna.

[104] Igual en Livio, XLIV 42.1-2.

[105] Plutarco carga las tintas sobre los aspectos negativos del personaje. En realidad, Livio cuenta que se desvió de la ruta principal por equivocación, al haber muchas encrucijadas en la selva de Pieria (XLIV 43.1).

[106] Livio, XLIV 43.5, también menciona que en Pela estaban estos dos personajes, a los que presenta como gobernadores de la ciudad, pero no alude para nada al incidente.

cretense, Arquedamo el etolio y el beocio Neón. De los sol- 7
dados lo siguieron los cretenses, no por afecto, sino arrimándose a las riquezas como las abejas a los panales[107]. Pues 8
llevaba consigo muchísimas y dejó a los cretenses robar de ellas copas, crateras y el resto de enseres de plata y oro hasta el valor de cincuenta talentos. Pero cuando se encontró 9
primero en Anfípolis[108] y de allí luego en Galepso[109] y remitió un poco el miedo, arrastrado de nuevo a la habitual y más antigua de sus enfermedades, la avaricia, se lamentó ante los amigos de haber tirado entre los cretenses algunos objetos de oro de Alejandro Magno por ignorancia e invitaba a sus dueños con súplicas y lágrimas a restituirlos por dinero. Entonces, a los que lo conocían bien, no se les ocultó 10
que se hacía el cretense con los cretenses[110]; pero los que se dejaron convencer y lo devolvieron, se vieron frustrados[111].
Pues no les pagó el dinero, sino que, tras ganar treinta talen- 11
tos de los amigos, que poco después iban a coger los enemigos, navegó con ellos hacia Samotracia[112] y se refugió como suplicante en el templo de los ⟨Cabiros⟩.

---

[107] Tanto la lealtad de Evandro, Arquedamo y Neón, como la compañía de los cretenses (quinientos), se mencionan en Livio, XLIV 43.7-8, naturalmente sin juzgar las razones, lo que hace Plutarco en una ampliación de su propia cosecha, como evidencia la comparación con las abejas.

[108] Colonia griega de la costa meridional de Tracia, en la desembocadura del Estrimón. En la batalla sucedida allí en el 422 a. C. murieron Brásidas, por parte espartana, y el ateniense Cleón. Los macedonios la ocuparon en 358 a. C. y la perdieron en el 168 a. C.

[109] Ciudad también de la costa tracia, al este de Anfípolis.

[110] Era proverbial la fama de los cretenses como mentirosos.

[111] El relato coincide con lo que cuenta D. S., XXX 21, salvo en pequeños detalles. En Diodoro la cantidad que deja robar asciende a sesenta talentos y no se menciona para nada a los cretenses, ni Anfípolis.

[112] Ciudad en la costa noroccidental de Samos, bajo control de los macedonios desde el 340 a. C. y famosa por sus misterios de Cabiros (divinidades probablemente de origen frigio relacionadas con la fertilidad).

24 De siempre a los macedonios se les considera afectos a
sus reyes. Pero entonces, como si todo se hubiera desplo-
mado de golpe al romperse su punto de apoyo, se pusieron
en manos de Emilio y en dos días lo hicieron dueño de toda
2 Macedonia. Esto parece que da la razón a quienes suelen
decir que aquellas gestas se debieron a un golpe de buena
3 suerte. Y también lo que ocurrió con el sacrificio tuvo ca-
rácter divino: mientras Emilio celebraba un sacrificio en
Anfípolis y cuando ya los ritos habían comenzado, cayó un
4 rayo en el altar, prendió fuego y consumó el sacrificio. Pero
lo que ya lo supera todo por su naturaleza divina y fortuna
es lo de la difusión de la noticia. Pues era el cuarto día desde
la derrota de Perseo en Pidna[113], y, cuando en Roma el pue-
blo estaba asistiendo a unas competiciones de caballos, de
repente se corrió la voz en la primera parte del teatro de que
Emilio había vencido en una gran batalla a Perseo y había
5 sometido toda Macedonia. De aquí la noticia se propagó rá-
pidamente hacia la plebe y, entre aplausos y gritos, brilló el
6 júbilo, que se adueñó aquel día de la ciudad. Luego, como
no se podía retrotraer con certeza la noticia a su origen, sino
que resultó que iba circulando de la misma forma entre to-
dos, entonces el rumor de esta noticia se disipó y desapare-
ció; pero, cuando a los pocos días lo supieron con certeza,
se admiraron del anuncio previo, convencidos de que en su
carácter falso encerraba la verdad[114].

---

[113] Por tanto, tres días después, de acuerdo con el cómputo inclusivo.

[114] Livio cuenta la anécdota más o menos en la misma línea que leemos en Plutarco (XLV 1-4) y concreta que la noticia oficial llegó doce días después de haberse celebrado la batalla, cuando al cónsul Gayo Licinio, en el segundo día de los Juegos Romanos (17 de septiembre), le entregaron una carta laureada en la que se comunicaba la victoria (XLV 5-11).

Se dice que también de la batalla de los italiotas en el 25
río Sagra se tuvo noticia el mismo día en el Peloponeso[115],
y, en Platea, de la de Micale contra los medos[116]. La victoria 2
que lograron los romanos contra los tarquinios, que los atacaron con los latinos, se vio anunciarla poco después a dos bellos y altos varones que salieron del ejército como mensajeros ellos mismos[117]. Se supuso que se trataba de los Dios- 3
curos. El primero que se los encontró en el foro delante de la fuente, mientras refrescaban sus caballos chorreando con mucho sudor, se quedó maravillado de sus palabras sobre la victoria; entonces dicen que aquéllos tocaron su barba con 4
las dos manos, sonriendo un poco, y ésta inmediatamente se cambió de negra en roja, dando credibilidad a la noticia y al hombre el apodo de Enobarbo, o sea, «De broncínea barba»[118]. A todos estos sucesos los hace creíbles lo ocurrido 5

[115] La batalla terminó en victoria de los locros sobre los crotoniatas a mediados del siglo VI a. C. y, según CICERÓN, *Sobre la naturaleza de los dioses* 2.6, se anunció el mismo día en los Juegos Olímpicos, probablemente también por los Dioscuros (*Idem* 3.11 y 13) y, según JUSTINO, XX 3.9, se conoció el mismo día en Corinto, Atenas y Lacedemonia.

[116] En este caso se trata de un error de Plutarco, pues fue a la inversa. En efecto, HERÓDOTO, IX 100-101, y D. S., XI 34-35 presentan este hecho como una invención (atribuida por el segundo a Leotíquidas) para animar a los griegos, que acabó convirtiéndose en realidad (cf. también POLIENO, *Estratag.* 1.33).

[117] La anécdota que se cuenta aquí corresponde al episodio de la batalla del lago Regilo, según el mismo Plutarco en la *Vida de Coriolano* (3.5) y con detalle Dionisio de Halicarnaso (cf. *supra*, nota de nuestra traducción de esta *Vida*).

[118] El nombre de Enobarbo pertenece a una rama de la familia *Domitia,* de origen plebeyo y convertidos en patricios con Octavio en el I a. C. Los primeros magistrados importantes de que tenemos constancia entre los Enobarbos, empiezan en el siglo II a. C., aunque el nombre está atestiguado en el IV a. C. Que ni Dionisio de Halicarnaso, ni Cicerón ni Valerio Máximo, que se refieren al prodigio de los Dioscuros mencionen a este personaje, es sospechoso. Y el hecho de que, con Plutarco, el primero que

en nuestro tiempo. Pues cuando Antonio se rebeló contra Domiciano y se temía una gran guerra desde Germania, en medio de la agitación de Roma, de repente y de forma espontánea el pueblo difundió por sí mismo la noticia de la victoria y recorrió Roma el rumor de que Antonio había muerto y que, derrotado su ejército, no había quedado ni una sección[119]; tanto brillo y fuerza tuvo la creencia en esta noticia, que incluso muchos magistrados celebraron sacrifi-
6 cios. Pero cuando se quiso encontrar al primero que la había anunciado, no había nadie, sólo que la noticia, al seguirse la pista de uno a otro, se escapaba y al final, sumergida en la muchedumbre como en un piélago inmenso y sin límites, resultó que no tenía ningún origen seguro; en consecuencia, el rumor al punto desapareció de la ciudad; pero, mientras Domiciano marchaba con su ejército a la guerra, en el camino le salió al encuentro una legación con cartas que revela-
7 ban la victoria. El mismo fue el día del éxito y de la noticia, pese a que los lugares distaban más de veinte mil estadios[120]. Esto no lo ignora nadie de nuestros días.

26 Gneo Octavio, el jefe de la flota de Emilio, fondeó en Samotracia[121] y respetó el derecho de asilo de Perseo por
2 parte de los dioses, pero le impidió embarcar y huir. De to-

recoge esta explicación etiológica del sobrenombre de una familia de emperadores sea Suetonio, da que pensar en una invención propagandística de los emperadores posteriores a Octavio. De haber circulado antes la vinculación de los Domicios con el episodio del Lago Regilo, parece difícil que Dionisio de Halicarnaso, tan profuso en detalles, hubiera silenciado éste, que favorecía a Augusto.

[119] El suceso aquí mencionado es la revuelta de L. Antonio Saturnino (88 d. C.), sofocada en Maguncia (87 d. C.) por el legado de la Germania inferior Lucio Apio Máximo Norbano. La historia se cuenta en Suetonio, *Domiciano* 6.2 y Dion Casio, LXVII 11.1.

[120] Casi tres mil quinientos kilómetros.

[121] Cf. Livio, XLV 5.1.

dos modos Perseo, tal vez en secreto, convenció con dinero
a un tal Oroandes, un cretense que tenía un lembo, para que
lo cogiera. Éste, aplicando el estilo cretense, tomó por la 3
noche el dinero y, después de dar instrucciones a aquél para
que viniera a la noche siguiente al puerto próximo al templo
de Deméter con sus hijos y el servicio necesario, zarpó in-
mediatamente al atardecer. Perseo fue víctima de lamenta- 4
bles sufrimientos, obligado a pasar por una estrecha puerta
junto a la muralla con sus niños y su mujer, no habituados a
las fatigas, y a ir de un sitio para otro; y dejó escapar un la-
mento todavía más lastimoso cuando alguien, mientras él
daba vueltas por la playa, vio y le indicó que Oroandes
andaba ya por alta mar. Empezaba a clarear el día y, sin nin- 5
guna esperanza, intentó retroceder, huyendo hacia la mura-
lla, no a escondidas, sino pasando delante de los romanos
con su mujer. A los niños los cogió y se los entregó Ion, que 6
en otro tiempo había estado enamorado de Perseo, y que en-
tonces, convertido en traidor suyo, le brindó el motivo que
más obliga al hombre, como a una fiera cuando se cogen sus
crías, a luchar y exponerse a los que las tienen en su po-
der[122].

Confiaba entonces en Nasica[123] y lo llamaba; pero como 7
no estaba allí, llorando su fortuna y plegándose a la necesi-
dad, se puso en manos de Gneo. Entonces más que nunca
dejó claro que en él era un vicio más infame que la avaricia

---

[122] Este episodio se cuenta en Livio, XLV 6.1-10, con algunas variantes: coincide el nombre del cretense y del traidor que entrega a sus hijos; pero, en Livio, Perseo pretende huir con tres amigos (no se dice nada de la mujer y los hijos), salta un muro (no pasa por ninguna puerta estrecha) y, cuando no ve a Oroandes, se esconde en un rincón junto a un templo (no pasa abiertamente con su mujer por delante de los romanos); además, Ion entrega sólo a los hijos pequeños (el mayor, Filipo, estaba con él).

[123] Livio no dice nada de esto, por lo que es probable que el detalle lo tome Plutarco del relato del propio Nasica.

el apego a la vida, por la que se privó a sí mismo de la com-
pasión, lo único que no les quita la fortuna a los desgracia-
8 dos. Pues cuando, ante sus súplicas, fue conducido ante
Emilio[124], éste, levantándose, se adelantó llorando con los
amigos a su encuentro como si fuera hacia un hombre im-
9 portante que ha sufrido una caída injusta y desgraciada; pero
aquél, espectáculo muy vergonzoso, echándose de bruces, se
aferró a sus rodillas y profirió gritos indignos y súplicas que
no soportaba ni quiso oír Emilio[125], sino que dirigiéndole
una mirada con el rostro afligido y lleno de dolor, dijo:
10 «¿Por qué, desgraciado, le quitas a la fortuna la mayor de
sus inculpaciones, actuando de forma que parezca que no
eres injustamente desventurado y que no has merecido, no tu
11 suerte de ahora, sino la de antaño? Pero ¿por qué me malo-
gras la victoria y me amargas el éxito, mostrándote como un
12 contrincante miserable e inapropiado para los romanos? En
verdad la virtud en los que son desgraciados encierra una
gran porción de respeto incluso entre los enemigos, pero la
cobardía es para los romanos, aunque sea afortunada, lo más
despreciable de todo».

27 De todos modos, levantándolo, le dio la mano y lo en-
tregó a Tuberón, mientras que él mismo se llevó al interior
de la tienda a sus hijos y yernos y de los demás comandan-
tes sobre todo a los más jóvenes; luego estuvo mucho tiem-
po sentado en silencio consigo mismo de modo que todos
2 estaban extrañados; y después de iniciar una conversación

---

[124] Paulo Emilio se encontraba entonces en Anfípolis, por lo que Perseo tuvo que ser enviado desde Samotracia a esta ciudad (cf. Livio, XLV 6.11-12).

[125] En esto se desvía Plutarco de Livio, según el cual Emilio no permitió que se abrazara a sus rodillas, sino que le dio la mano, lo introdujo en su tienda y lo sentó a su lado frente a los demás (XLV 7.5). Como es habitual, el relato de Plutarco es bastante más emotivo que el del historiador.

sobre la fortuna y los asuntos humanos, dijo: «¿Acaso vale
la pena cuando se tiene éxito envalentonarse siendo hombre
y mostrarse orgulloso de haber abatido un pueblo, una ciu-
dad, o una monarquía? ¿O, más bien, la fortuna, al ofrecer
al que hace la guerra esta mudanza como ejemplo de ⟨la⟩
común debilidad nos enseña que no hay que tener nada por
sólido y seguro? Pues ¿qué ocasión tienen los hombres para 3
ser animosos, cuando la de la victoria sobre otros los obliga
especialmente a tener miedo de la fortuna, y al que está feliz
le reporta tanto desánimo el cálculo del destino con sus gi-
ros y sus inclinaciones unas veces a favor de uno y otras de
otro? ¿O es que cuando habéis colocado bajo vuestros pies, 4
tras caer en menos de una hora, la herencia de Alejandro,
que subió a la cima del poder y tuvo un imperio muy gran-
de, y cuando veis a los reyes que hace poco marchaban ar-
mados con tantas miríadas de infantes y millares de jinetes
recibir de manos de sus enemigos comida y bebida para el
día, creéis que nuestra situación tiene alguna seguridad de
fortuna que perdure en el tiempo? ¿No depondréis vosotros, 5
los jóvenes, la vana arrogancia y orgullo de la victoria, y os
retraeréis con humildad ante el futuro, siempre atentos al
momento en que por fin la divinidad deje caer sobre cada
uno la venganza por la presente dicha?»[126]. Según dicen, 6
después de muchos razonamientos por el estilo, Emilio des-
pidió a los jóvenes, muy bien amonestados con ese discurso
que, como un freno, rebajaba su orgullo y soberbia.

[126] Tiene este discurso todas las trazas de ser una recreación de Plutarco sobre un tema muy querido por él (el de los cambios de fortuna y la prevención que debe tener el sabio ante esa realidad) que, sin embargo, encuentra en las fuentes (cf. LIVIO, XLV 8.6-7 y D. S., XXX 23).

Gira por Grecia y medidas previas a su regreso

28 Después de esto dio descanso al ejército y él se dedicó a ver Grecia y emplear su tiempo en acciones glorio-
2 sas y humanitarias. Pues a su paso reanimaba los pueblos y reponía los gobiernos y hacía donaciones, a unos de trigo del rey, y a
3 otros de aceite. Pues dicen que se encontró tanto almacenado, que faltaron quienes pidieran y recibieran antes de que
4 se gastara la cantidad de lo que se encontró. En Delfos vio un gran pilar tetragonal formado de piedras blancas sobre el que iba a colocarse una estatua de oro de Perseo y ordenó que se pusiera la suya; pues conviene que los vencidos cedan su
5 lugar a los vencedores[127]. En Olimpia dicen que pronunció aquella célebre frase de que Fidias había logrado modelar el
6 Zeus de Homero[128]. Cuando llegaron de Roma los diez enviados, devolvió a los macedonios el país y les permitió habitar sus ciudades en libertad y con autonomía, pagando a

[127] El descubrimiento de la columna a comienzos del siglo XX ha confirmado la validez histórica de esta información de Plutarco, que completa el texto de POLIBIO, XXX 10, corrupto en este punto. El plural utilizado en el texto de Polibio puede explicarse por el carácter generalizante del texto en que se alude a las columnas y estatuas preparadas por Perseo y terminadas por Emilio; sin embargo, LIVIO, XLV 27.7, toma al pie de la letra esa noticia y habla de estatuas. La inscripción, descrita por H. POMTOW, «Delphische Neufunde V», *Klio* 17 (1921), 153-203, se conserva así: «L-Aimilius-L-f-inperator-de-rege-Perse / Macedonibusque-cepet.». Sobre este tema, véase F. E. BRENK, 1977, pág. 237. PH. S. STADTER, en un trabajo reciente («Plutarch and Apollo of Delphi», en R. HIRSCH-LUIPOLD (ed.), *Gott und die Götter bei Plutarch. Götterbilder - Gottesbilder - Weltbilder*, Berlín-Nueva York, 2005, págs. 197-213) señala que este uso por Emilio del monumento de Perseo simboliza tanto los reveses de la fortuna como la implantación de un nuevo orden en Grecia, donde Roma sustituye ahora a Macedonia como heredera de Alejandro (pág. 207).

[128] *Il.* 1.528 ss. LIVIO (XLV 28.5) también apunta la impresión que le produjo la vista de esta magnífica estatua, pero no recoge el apotegma.

los romanos cien talentos, cantidad de la que aportaban más
del doble a los reyes[129]. Además de celebrar espectáculos de 7
toda clase de competiciones y sacrificios en honor de los
dioses, ofreció banquetes y comidas, con un gasto generoso,
a costa de los bienes reales, y exhibiendo en la organización
y ornamento, en la disposición y recepción de los comensa-
les y en el conocimiento, a propósito de cada uno, del honor
debido a su dignidad y de la cortesía correspondiente, tanta
precisión y esmero que los griegos se admiraban de que ni 8
siquiera las diversiones las dejaba al margen de empeño, si-
no que un hombre que realizaba empresas tan importantes,
incluso a las pequeñas cuestiones les prestaba la atención
que merecían[130]. Él también se alegraba con estos elogios, 9
puesto que entre muchos y brillantes preparativos el más gra-
to motivo de disfrute y espectáculo para los asistentes era él
mismo, y a los que se admiraban de su cuidado les decía
que el mismo ingenio requiere organizar bien una batalla y
un simposio, en aquel caso para que sea muy terrible para
los enemigos y en éste para que sea muy grato para los par-
ticipantes[131]. Pero más que nada la gente elogiaba su libera- 10
lidad y magnanimidad, pues ni siquiera quiso ver tanta plata
y tanto oro como se había reunido de los tesoros reales, sino
que lo entregó a los cuestores para el tesoro público. Sólo 11

---

[129] Coincide Plutarco (aunque es más preciso) con Livio (XLV 29.3, donde dice que se impuso un tributo de la mitad de lo que pagaban a los reyes) en estas condiciones estipuladas ante la comisión romana.

[130] Estas reflexiones (en Livio, XLV 32.8-10 tan sólo se habla de los Juegos organizados en Anfípolis y de los banquetes) insisten en el esmero de Emilio por los pequeños detalles, lo que enlaza perfectamente con lo que se dijo en capítulos anteriores, a propósito de su escrupulosidad como sacerdote (*supra* 3.4-7).

[131] La fuente es sin duda Polibio (XXX 15). En *Reg. et Imp. Apophth.* 198B 6 y en *Quaest. conv.* I 2. 615E-F, se recoge el mismo apotegma, sin la moraleja.

permitió a sus hijos, amantes de las letras, que cogieran los
libros del rey y, en el reparto de premios por la batalla, dio a
su yerno Elio Tuberón una vasija con un peso de cinco li-
12 bras. Éste es el Tuberón del que dijimos[132] que vivía con
dieciséis parientes, todos alimentados a costa de un pequeño
13 terruño. Y dicen que aquella plata fue la primera que entró
en la familia de los Elios, ganada por virtud y honor; antes,
ni ellos mismos ni sus mujeres usaron plata ni oro.

29 Cuando le quedó todo bien organizado, se despidió de
los griegos y, tras recomendar a los macedonios que guarda-
ran en la memoria la libertad que se les había dado por los
romanos, conservándola mediante el buen gobierno y la
concordia, levantó el campo hacia el Epiro; tenía orden del
Senado de recompensar a costa de las ciudades de allí a los
soldados que habían combatido a su lado en la batalla contra
2 Perseo. Quería caer sobre todos al mismo tiempo y sin que
nadie lo esperara, sino de repente, por lo que hizo venir a los
diez varones principales de cada ciudad; y luego les ordenó
que llevaran en un día determinado toda la plata y oro que
3 había en sus casas y templos. Con cada grupo envió, como
si fueran para esta misma misión, un destacamento de sol-
dados con su comandante[133] que fingía ir a buscar y recoger
4 el oro. Pero el día fijado, lanzándose todos a la vez a uno
y el mismo tiempo, se pusieron a atacar y saquear las ciuda-
des, de modo que en una sola hora fueron hechos cautivos
ciento cincuenta mil hombres y destruidas setenta ciudades;
5 pero lo que se dio a cada soldado por tanta destrucción y
ruina no pasó de once dracmas y todo el mundo se horrorizó
del fin de la guerra, pues para tan pequeño provecho y ga-

[132] *Supra* 5.7. El dato recogido aquí se menciona también en *Reg. et Imp. Apophth.* 198B-C 8.

[133] Livio habla de tribunos y centuriones: XLV 34.4: *edita tribunis centurionibusque erant quae agerentur.*

nancia como correspondió a cada uno todo un pueblo fue machacado[134].

Regreso de Emilio. Discusión y concesión del triunfo

Sin duda Emilio realizó esto muy 30
en contra de su naturaleza, que era
moderada y buena; después bajó hacia 2
Órico[135] y de allí navegó con sus tropas hasta Italia, remontó el río Tiber en la nave real de dieciséis filas de remos, adornada con las armas capturadas, las túnicas rojas y los mantos de púrpura,
de modo que los romanos se congregaron fuera como para 3
asistir al espectáculo de una comitiva triunfal y disfrutar por anticipado, marchando en paralelo y al ritmo del estruendo
de los remos que hacía avanzar lentamente la nave. Pero los 4
soldados, mirando de reojo a las riquezas reales, por no haber recibido todo lo que consideraban justo, guardaban un enfado contenido por esto y estaban molestos con Emilio; y luego, echándole en cara abiertamente que había sido un jefe duro y despótico para ellos, no respondían con mucho en-
tusiasmo a su interés por el triunfo. Se dio cuenta de esto 5
Servio Galba, enemigo de Emilio, que fue uno de los tribu-

---

[134] Apiano, *Ilírica* 9, inserta este episodio en la guerra contra Gencio, rey de los ilirios, y dice que cometió este acto por orden del Senado en las setenta ciudades de Gencio. El relato de Apiano es parecido al de Plutarco pero ofrece algunas diferencias: la orden de entregar el dinero no la da el propio Emilio a los cabecillas de cada ciudad, sino, por encargo suyo, los jefes de las guarniciones que ha enviado previamente y dan un plazo de tres horas para ello a partir del alba, momento en que debían iniciar el saqueo de cada ciudad.

[135] Livio, XLV 34.7: *Paulus ad mare Oricum descendit...* Órico era un puerto al sur de Iliria, muy cerca del Epiro. También Livio recoge en este texto el malestar de los soldados, que Plutarco enlazará con la actuación de Servio Galba (XLV 35.6-9). La descripción del viaje de la nave, recreándose en los elementos plásticos, es muy propia del estilo de Plutarco.

nos bajo su mando y se atrevió claramente a decir que no
6 había que concederle el triunfo. Difundiendo entre la soldadesca muchas calumnias contra el general y excitando todavía más el enfado existente, pedía a los tribunos de la plebe otro día; pues aquél no era suficiente para la acusación, ya
7 que sólo le quedaban cuatro horas. Pero como los tribunos le ordenaron que dijera lo que quería, comenzó a pronunciar un largo discurso[136] con toda clase de injurias y así consu-
8 mió el tiempo de ese día; Se hizo de noche y los tribunos disolvieron la asamblea, pero los soldados que habían mostrado más atrevimiento corrieron a unirse con Galba y, tras organizarse al amanecer, de nuevo ocuparon el Capitolio; pues allí iban a celebrar la asamblea los tribunos.

31 Hecha la votación con el día, la primera tribu votó contra el triunfo[137] y el conocimiento de este asunto llegó al
2 resto del pueblo y al Senado. La plebe, muy dolida por el ultraje a Emilio, daba voces inútiles, mientras que los senadores más ilustres, gritando que lo sucedido era terrible, se animaban entre ellos a oponerse a la insolencia y atrevimiento de los soldados que desembocaría en toda clase de acciones injustas y violentas, si nada les impedía privar a

---

[136] Efectivamente, consumió las cuatro horas de que disponía, según refiere Marco Servilio en su discurso en defensa de Emilio, donde se refiere a ello con estas palabras: «Ayer pidió un día entero para acusar a Lucio Paulo; se pasó cuatro horas hablando lo que quedaba del día» (XLV 37.6; trad. J. A. Villar Vidal).

[137] Para el procedimiento de votación en los *comitia tributa*, véase *supra Cor.* 20.4, con nuestra nota 83. Plutarco simplifica o pone mayor énfasis a la reacción del Senado, ya que, según Livio, XLV 36.7, dicha reacción se produce después de la votación en contra de las primeras tribus, no de la primera, como dice Plutarco.

Paulo Emilio de los honores por la victoria[138]. Dejaron de 3
lado a la chusma y, subiendo en grupo, exigían a los tribunos que detuvieran la votación hasta que discutieran con la plebe lo que querían. Ellos la detuvieron y, cuando se hizo 4
silencio, subió a la tribuna un varón consular que había dado muerte en desafío a veintitrés enemigos, Marco Servilio[139], y dijo que ahora sobre todo reconocía qué gran general era Paulo Emilio, al ver cómo con un ejército lleno de tanta indisciplina y maldad había realizado con éxito tan bellas e importantes acciones; y que, en cuanto al pueblo, se 5
extrañaba de que, orgulloso con los triunfos a costa de ilirios y libios, se privara, por envidia, de ver al rey de los macedonios vivo y la gloria de Alejandro y Filipo traída en cautividad bajo las armas de los romanos. «Pues ¿cómo no 6
va a ser extraño», dijo, «que cuando llegó por primera vez a la ciudad el rumor sobre una victoria no constatada[140], hiciérais sacrificios a los dioses, pidiendo que enseguida pu-

[138] La referencia aquí a la plebe (*plêthos*) a favor de Emilio es una adición de Plutarco a favor de su personaje. En Livio, XLV 36.7 sólo se habla de *principum* ('principales').

[139] Marco Servilio fue tribuno militar a las órdenes de Emilio en su campaña contra los ligures en el 181 a. C. (Broughton, I, pág. 385) y se le nombró pontífice en el 170 a. C. para suceder a C. Livio Salinator (Broughton, I, pág. 422). Su discurso se encuentra en Livio, XLV 37-39, donde falta el final por corrupción en la tradición manuscrita.

[140] En principio, el adjetivo ἀβεβαίου puede referirse a «rumor» (φήμης) y a «victoria» (νίκης); por razones obvias, los traductores suelen referirlo a φήμης, como hace R. Flacelière («le bruit incertaine») y Barzano («fama incerta»); sin embargo, la evidente contraposición entre νίκης ἀβεβαίου de esta frase y τῆς ἀληθινῆς νίκης de la frase siguiente, nos inclina a vincular el adjetivo a νίκης optando por esta traducción («no constatada») que recoge perfectamente el sentido y evita la ambigüedad del castellano «incierta» que se refiere en nuestra lengua más bien al resultado de la victoria.

diérais comprobar con vuestros ojos esta noticia y cuando viene el general con la verdadera victoria arrebatáis a los dioses el honor y a vosotros mismos la alegría como si os diera miedo contemplar la grandeza de los éxitos o tuviérais consideración con el rey enemigo. Ciertamente sería mejor que el triunfo se rechazara por compasión hacia aquél, no
7 por envidia hacia el general. Sin embargo la malicia» siguió diciendo «alcanza tanto poder por vuestra culpa, que se atreve a opinar sobre la expedición y el triunfo un hombre sin heridas y con el cuerpo brillante por su lisura y su cultivo a la sombra en contra de nosotros que hemos aprendido con tantas heridas a distinguir virtudes y defectos de generales».
8 Conforme hablaba se rasgó las vestiduras y mostró en el pecho un número increíble de heridas. Luego se dio la vuelta y descubrió ciertas partes de su cuerpo que no parece apro-
9 piado desnudar en público y dirigiéndose a Galba, dijo: «Tú te ríes a propósito de éstas, pero yo me siento orgulloso de
10 ellas ante los ciudadanos; pues por haber cabalgado sobre ellas sin cesar de día y de noche, así las tengo. Pero, vamos, cógelos para que voten; yo bajaré para acompañarlos a todos y conocer a los malos, desagradecidos y que en las guerras prefieren que los halaguen a que los dirijan»[141].

Celebración del triunfo

32 Dicen que la soldadesca se echó para atrás por estas palabras y dio un cambio tal que se le confirmó a Emi-

[141] Las palabras recogidas por Plutarco textualmente son más elegantes y con argumentos más críticos que la última parte del discurso en Livio, a las que corresponderían por el gesto que las acompaña. Plutarco imprime más fuerza dramática al gesto, al presentar su reacción como un *vis à vis* con el propio Galba, mientras que en Livio la risa es de los presentes (indeterminada) y cuando pide que se vuelva a votar lo hace dirigiéndose a los tribunos en conjunto.

lio el triunfo por todas las tribus. Cuentan que su celebra- 2
ción fue como sigue. El pueblo en los teatros hípicos, que
llaman circos, con entablados que habían construido por el
foro y cogiendo sitio en los demás lugares de la ciudad, se-
gún las condiciones que ofrecían para ver bien la comitiva,
asistieron al espectáculo arreglados con blancos vestidos.
Todos los santuarios estaban abiertos y repletos de coronas 3
e incienso y numerosos guardias y lictores impedían el paso
a los que en desorden trataban de meterse por medio y atra-
vesar corriendo, dejando las calles expeditas y limpias.

El desfile estaba programado para tres días: el primero, 4
que apenas fue suficiente para las estatuas, cuadros y colo-
sos capturados en la guerra, llevados en doscientos cincuen-
ta carros, se empleó en la exhibición de todo esto[142].

Al siguiente se transportaron las más bellas y más lujo- 5
sas armas macedonias en numerosos carros[143], ellas mismas
relucientes con su hierro y bronce recién pulido y dispuestas
con arte y armonía, simulando que se hubieran acumula-
do al azar: cascos junto a escudos, corazas sobre grebas, 6
peltas cretenses[144], gerros tracios[145] y carcajes revueltos con
frenos de caballos, y espadas desnudas de punta por medio
de éstos y a su lado sarisas clavadas. Todas estas armas te- 7
nían un hueco calculado como para que el choque entre
ellas con el transporte produjera un sonido violento y terri-
ble y ni siquiera vencidas dejara de infundir miedo su vista.

---

[142] El contenido corresponde al que desfiló en el segundo día según D. S., XXXI 8.11, que difiere respecto al número de carros, fijado por él en quinientos.

[143] D. S., XXXI 8.10, dice (para el primer día) que desfilaron mil doscientos carros con escudos blancos, otros tantos con escudos de bronce y trescientos con lanzas, sarisas, arcos, venablos, además de otras armas.

[144] Escudos ligeros en forma de media luna o semicircular.

[145] El gerro era un escudo de origen persa hecho de mimbre y cubierto de cuero.

8 Tras los carros que transportaban las armas seguían a pie
tres mil hombres con monedas de plata en setecientos cin-
cuenta vasos de un peso de tres talentos; y cada uno de éstos
9 lo llevaban en alto cuatro; otros, crateras de plata, cuernos,
vasijas y copas, bien adornadas cada una de ellas para el es-
pectáculo y magníficas por su tamaño y por el grosor de su
labrado.

33 Al tercer día, nada más amanecer, salieron trompetis-
tas[146], animando la marcha con una música no de procesión
ni ceremonia, sino con la que se animan en el combate los
2 romanos. Tras éstos eran conducidos ciento veinte bueyes
de cuadra con dorados cuernos, adornados con cintas y co-
ronas[147]; los que los guiaban eran jóvenes, que iban ceñidos
para la ceremonia del sacrificio con cintas hermosamente
bordadas en púrpura y niños llevaban vasos libatorios de
3 plata y de oro. Luego, después de éstos, iban los que lleva-
ban las monedas de oro, distribuidas, igual que las de plata,
en vasos de tres talentos; la cantidad de los vasos era de casi
4 ochenta y tres. Casi encima venían los que sostenían la vasi-
ja sagrada de diez talentos de peso, que Emilio había man-
dado hacer de oro guarnecida con piedras preciosas[148], así
como los que exhibían las copas de los antígonos, de los se-
léucidas y del artista Tericles[149], además de todo el menaje
5 de mesa en oro de Perseo. Los seguía de cerca el carro de
Perseo con sus armas y la diadema, colocada encima de las
6 armas. Luego, con un pequeño espacio en medio, eran con-

---

[146] En la descripción de Diodoro preceden el desfile del segundo día.

[147] En este número coincide Plutarco con D. S., XXXI 8.12.

[148] También incluida en la descripción de Diodoro.

[149] *Tericles de Corinto era un ceramista del siglo* v *a. C. al que hace* referencia Ateneo, XI 470f, así como a sus copas de una forma peculiar (Ateneo, XI 467e, 469b y 470e, en este caso con alusión a la *Historia de las plantas* de Teofrasto, donde se menciona esta clase de vaso).

ducidos por fin los hijos del rey, esclavos, y con ellos un
tropel de educadores, maestros y pedagogos, que extendían
sus manos hacia los espectadores y enseñaban a los peque-
ños a pedir y suplicar. Eran dos varones y una hembra, que 7
no se daban mucha cuenta de la importancia de sus males a
causa de la edad[150]; por ello eran todavía más dignos de lás- 8
tima, a causa de su insensibilidad ante el cambio, de modo
que Perseo pasó sin que nadie se fijara en él. Tan pendientes 9
estaban los romanos con las miradas puestas en los niños
por compasión; a muchos se les saltaron las lágrimas y, para
todos, el espectáculo era una mezcla de dolor y alegría
mientras pasaron los niños.

Precisamente detrás de los niños y de la servidumbre 34
que los rodeaba, marchaba Perseo, cubierto con un manto
gris y con calzado propio del país, con el aspecto de quien,
por la magnitud de sus desgracias, está completamente ano-
nadado y ha perdido sobre todo la razón. A éste le seguía un 2
coro de amigos y parientes, con el semblante entristecido
por el dolor y que, con su mirada fija en Perseo y su llanto,
inspiraban a los espectadores la idea de que lamentaban la
suerte de aquél y se preocupaban muy poco por su propia si-
tuación. La verdad es que Perseo mandó un mensaje a Emi- 3
lio, pidiéndole no ser incluido en el desfile y tratando de
librarse del triunfo. Pero aquél, según parece, burlándose
de su cobardía y apego a la vida, dijo: «Pues eso estaba an- 4
tes en su mano y también ahora, si lo desea», ofreciendo la
muerte en lugar de la vergüenza[151]; y no soportándola, sino

[150] Diodoro menciona a Perseo con los dos niños y la niña, pero no habla de la servidumbre.

[151] La frase se encuentra también en Cicerón, aunque supone una entrevista personal entre ambos personajes: «Paulo (dijo) a Perseo cuando le rogaba para no ser llevado en el triunfo: 'eso está en tu poder'» (*Tusculanas* 5.118, con referencia a la muerte).

ablandado por algunas esperanzas, allí estaba convertido en 5 parte de sus propios despojos. A continuación de éstos desfilaban las coronas de oro, cuatrocientas en total, que las ciudades enviaron con sus embajadas a Emilio como premio 6 de la victoria; luego venía inmediatamente él mismo, subido en un carro magníficamente adornado, varón muy digno de ser contemplado incluso sin tanto poderío, cubierto por una capa de púrpura bordada en oro y sosteniendo en su mano 7 derecha una rama de laurel. Llevaba laurel también todo el ejército que seguía al carro del general formado por centurias y batallones; entonaban ciertos cantos tradicionales con cierto tono burlón, además de los peanes de victoria y elogios a Emilio por sus empresas; éste era blanco de la mirada y del deseo de imitación de todos, pero sin suscitar envidia 8 en nadie bueno; a no ser en algún demon al que entonces le hubiera tocado rebajar los grandes y excesivos momentos de dicha y empañar la vida humana, a fin de que nadie la tuviera sin mezcla de males y pura y, de acuerdo con Homero[152], parezcan más felices aquéllos para los que la suerte de sus empresas se inclina en ambos sentidos.

Actitud de Emilio ante la muerte de sus hijos

35 En efecto, tenía cuatro hijos, dos entregados en adopción a otras familias, como ya se ha dicho[153], Escipión y Fabio, y dos todavía niños, a los que conservaba en su propia casa, nacidos 2 de otra mujer. De éstos uno murió cinco días antes de que Emilio celebrara el triunfo, a los catorce años de edad y el de doce años también murió tres días después de que cele-

[152] *Il.* 24.525, 533.

[153] Cf. *supra* cap. 5.5.

brara el triunfo[154]; en consecuencia, no había ningún roma- 3
no que no sintiera dolor por esta desgracia, sino que todos se estremecieron de horror ante la crueldad de la fortuna, por su falta de consideración al introducir tanto dolor en una casa llena de admiración, alegría y fiestas y mezclar trenos y llantos con peanes de victoria y triunfos.

Sin embargo, Emilio, pensando con razón que los hom- 36
bres deben mostrar valor y arrojo no sólo ante armas y sarisas, sino de igual modo ante cualquier ataque de la fortuna, puso en tanta armonía y orden la combinación de las presentes circunstancias, que, disipadas las cosas malas en las buenas y las privadas en las públicas, no lograron rebajar la importancia ni dañar el prestigio de la victoria. En efecto, de 2
los hijos, después de enterrar al que murió primero inmediatamente celebró el triunfo, como queda dicho; y tras la muerte del segundo, que ocurrió después del triunfo, reunió en asamblea al pueblo de los romanos y se dirigió a ellos con palabras propias de un hombre que no busca consuelo, sino que consuela a los conciudadanos, sumidos en el dolor por las desgracias que sufrió aquél[155]. En efecto, les decía que, 3

---

[154] Apiano, *Maced.* 19 invierte el número de días y dice que uno murió tres días antes del triunfo y el otro cinco días después, mientras que en *Reg. et Imp. Apophth.* 198 C 9 leemos, por un error, que respectivamente murieron cinco días antes y cinco días después. Valerio Máximo, en cambio, corrobora la versión de la *Vida,* al decir que el entierro del primero tuvo lugar el cuarto día antes del triunfo y que el segundo murió al tercero después (V 10.2).

[155] Plutarco da así una nueva orientación al discurso que Emilio tiene ante los romanos para dar cuenta de sus empresas. En efecto, Livio dice que fue el tribuno de la plebe Marco Antonio quien convocó la asamblea para Paulo (XLV 40.9) y Valerio Máximo, V 10.2, que lo pone como ejemplo de conducta de los padres ante la muerte de lo hijos, habla del discurso *quam de rebus a se gestis apud populum habuit.* D. S., XXXI 11.1, que seguramente recoge la versión de Polibio, está más próximo a Plutarco al vincular la muerte de los hijos y el dolor del pueblo con la

de las cosas humanas, nunca había temido nada, pero que, en cuanto a las divinas, siempre tuvo miedo, como algo muy poco de fiar y voluble, de la Fortuna, que especialmente en aquella guerra estuvo a favor de sus acciones como un viento impetuoso; y por ello vivía esperando algún cambio y
4 vuelta al revés de la situación. «Pues en un solo día», dijo, «atravesé el mar Jonio desde Brindisi y desembarqué en Corcira; y al quinto, desde allí, pude hacer sacrificios al dios en Delfos[156]; de nuevo en otros cinco me hice cargo del ejército en Macedonia y, después de cumplir con la ritual purificación por él y de emprender inmediatamente las acciones de guerra, en otros quice días puse el fin más bello posible a
5 la guerra[157]. Pero desconfiaba de la Fortuna por la buena marcha de los acontecimientos y, cuando ya la seguridad era mucha y ningún peligro había de parte de los enemigos, especialmente durante la travesía temía el cambio del demon por mi dicha[158], pues transportaba un ejército tan grande

---

convocatoria de la asamblea (también aquí hecha por Emilio), aunque no es tan claro el objetivo (consolar a los ciudadanos) como pretende Plutarco.

[156] Este detalle no se encuentra en Polibio, aunque sí lo mencionan Livio, XLV 41, D. S., XXXI 11.1 y Apiano, *Macedónica* 19.

[157] Igual en Apiano, *Macedónica* 19 y, con pequeñas variaciones (el viaje de Italia a Corcira en nueve horas y desde allí al cuarto día en Delfos), en D. S., XXXI 11.1. Livio, XLV 41, como Diodoro, dice que llegó a Corcira a la hora novena; mantiene los cinco días desde Corcira a Delfos, pero habla de cuatro desde Delfos a Macedonia.

[158] Aunque en sentido amplio el demon puede entenderse como «el cambio de la fortuna», las ideas demonológicas de Plutarco nos animan a conservar el término griego, ya que el agente concreto de esos cambios se atribuye normalmente por él a los démones envidiosos; por lo demás, pensamos que no es necesaria la adición («tanta») de Rei (Ziegler) y que es preferible la puntuación de Ziegler (τοῦ δαιμόνος ἐπ'εὐτυχίᾳ ⟨τοσαύτῃ⟩ τοσούτων... κομίζων) que convierte al sintagma ἐπ'εὐτυχίᾳ en causa de la acción del demon (o/y del temor de Emilio) y no en una circunstancia

vencido, con sus despojos y sus reyes prisioneros. De todos 6
modos, cuando me encontré a salvo ante vosotros y veía la
ciudad llena de júbilo, admiración y fiestas[159], todavía seguí
sospechando de la Fortuna, a sabiendas de que no hace a los
hombres ningún favor puro y libre de venganza. Y este mie- 7
do, mi alma, angustiada por él y pensando en el futuro por
la ciudad, no lo dejó hasta que yo sufrí semejante desgracia
en mi familia y, de mis mejores hijos, a los que había dejado
como mis únicos herederos, celebré sucesivamente sus fu-
nerales en días sagrados. Pues bien, ahora estoy por fin libre 8
de peligro y confiado, y creo que la Fortuna se mantendrá
sin daño y segura para vosotros[160]. Pues ya se ha valido su- 9
ficientemente de mí y de mis males para vengar mis éxitos y
no tiene un ejemplo menos claro de la debilidad humana en
el que ha celebrado el triunfo que en el que lo ha sufrido;
con la diferencia de que Perseo conserva, aunque vencido, a
sus hijos y Emilio perdió a los suyos habiendo vencido»[161].

Tan nobles palabras y de tanta grandeza dicen que pro- 37
nunció Emilio en la asamblea movidas por un modo de pen-
sar sin disimulo, sino sincero. En cuanto a Perseo, aunque 2
Emilio se compadeció de su cambio y puso mucho empeño
en ayudarle, nada consiguió, salvo su traslado desde la que
se llama *carcer* entre ellos a un lugar limpio y más humano,
donde, según la mayoría de los escritores, estuvo bajo vi-
gilancia y se dejó morir de hambre; algunos historiadores,

---

más del participio κομίζον como hace pensar el texto de Flacelière (τοῦ δαίμονος, ἐπ'εὐτυχίᾳ τοσοῦτον... κομίζων «du sort jaloux, quand j'avais le bonheur de ramener...»).

[159] Cf. *supra* 35.3.

[160] Hasta aquí lo que se recoge de las palabras de Emilio en la versión de Apiano, *Macedónica* 19 y de D. S., XXXI 11.1-2.

[161] Esta última reflexión del discurso, que falta en las demás fuentes, se puede leer en iguales términos en Livio, XLV 41.10, que es el autor que lo reproduce con más detalles.

en cambio, cuentan una forma particular y extraña de su
3 muerte. Según ellos, los soldados encargados de su custodia enfadados por algún motivo e irritados con él, como no tenían ninguna otra manera de hacerle daño y maltratarlo, lo despertaban del sueño y, con una vigilancia escrupulosa, le impedían dormirse profundamente, manteniéndolo despierto por todos los medios, hasta que de esta forma murió de fati-
4 ga[162]. También murieron dos de los niños; en cuanto al tercero, Alejandro, dicen que tenía talento para cincelar y hacer trabajos finos y que aprendió las letras y la lengua de los romanos, por lo que fue secretario adjunto de los magistrados, siendo apreciado por su habilidad y elegancia en este cargo.

Balance de su vida y últimos cargos

38 Se atribuye a las empresas macedonias el favor tan popular de que gozó Emilio, superior a la mayoría; y es que fueron aportadas por él entonces tantas riquezas al tesoro público, que ya el pueblo no hubo de pagar contribuciones hasta la época de Hircio y Pansa, que fueron cónsules en la primera guerra

[162] Después del discurso de Emilio, la última noticia que da Livio sobre estos sucesos es que el Senado encargó a Quinto Casio (pretor urbano) llevar a Perseo y su hijo Alejandro a Alba para ser metido en prisión allí, conservando su séquito y enseres (XLV 42.4), pero no da más detalles. Diodoro coincide con él con la diferencia de que un pretor urbano lo lleva a Alba con los hijos antes de que decida el Senado qué hacer con él (XXXI 9,1) y describe las malas condiciones de la cárcel (9.2), así como la intervención humanitaria de Emilio para que fuera trasladado a un lugar mejor (9.4 y 7) y su muerte por causa de los soldados que no le dejaban conciliar el sueño (9.5).

de Antonio y César[163]. También es particular y extraordina- 2
rio en Emilio el hecho de que, pese a ser objeto de especial
respeto y honores por parte del pueblo, se mantuvo en los
principios aristocráticos y nada dijo ni hizo por agradar a la
plebe, sino que siempre se alineó en la política con los princi-
pales y más poderosos. Esto, en cambio, se lo criticó Apio a 3
Escipión Africano en época posterior[164]. Pues siendo ambos
muy importantes entonces en la ciudad desempeñaron el car-
go de censor, aquél por contar con el apoyo del Senado y de
los nobles (pues ésta era la línea política tradicional de los
Apios) y éste porque, aunque era importante por méritos pro-
pios, siempre fue grande el favor y admiración de que había
gozado por parte del pueblo. Pues bien, cuando Escipión en- 4
tró en el foro, como Apio vio a su lado gente de baja condi-
ción y libertos, pero que frecuentaban el foro y tenían poder
para reunir a la chusma y forzar cualquier asunto mediante
intrigas y gritos, dijo a grandes voces: «Oh Paulo Emilio, la- 5
méntate bajo tierra, al ver que el heraldo Emilio y Licinio Fi-
lónico conducen a tu hijo a la censura»[165]. Pero Escipión tuvo 6
a su favor al pueblo porque en general lo hacía más fuerte,
mientras que Emilio, aun siendo aristocrático, fue querido por
la plebe tanto como el que más parece conciliarse al pueblo y
tratar con la plebe para granjearse su favor. Fue evidente que, 7
entre los demás honores, también lo consideraron digno de la
censura[166], que es el cargo más sagrado de todos y con gran

[163] Octavio. En cuanto a los cónsules, son los del año 43 a. C., C. Vibio Pansa Cetroniano y A. Hircio (Broughton, II, pág. 334).

[164] Apio Claudio Pulcro fue censor en el 136 a. C. (Broughton, I, pág. 486) y Cornelio Escipión Emiliano lo fue en el 142 a. C. compitiendo con éste por el cargo (Broughton, I, pág. 474).

[165] La anécdota se encuentra también en *Reg. et Imp. Apophth.* 200 C-D 9 y en *Praec. ger. reip.* 810B donde a Filónico se le llama «el recaudador».

[166] 164 a. C. (Broughton, I, pág. 439).

autoridad en todos los asuntos y especialmente en la valora-
8 ción de las conductas. En efecto, los censores pueden expulsar del Senado al que vive sin decoro y declarar al mejor, así como quitar su honor a los jóvenes de conducta licenciosa con la privación de su caballo; también controlan éstos la es-
9 timación de las fortunas y los censos. Pues bien, en su ejercicio del cargo, se censaron trescientas treinta mil personas, y además siete mil cuatrocientas cincuenta y dos[167], registró como primero del Senado a Marco Emilio Lépido[168], que ya disfrutaba por cuatro veces de esta presidencia, expulsó a tres senadores de escasa importancia y, a propósito de la inspección de los caballeros, se mostró igual de moderado, tanto él como Marcio Filipo, su colega.

Muerte

39 Cuando ya estaban en orden la mayoría y más importantes de los asuntos, sufrió una enfermedad, al principio grave, pero que con el tiempo resultó poco peligrosa, aunque difícil y de mal
2 tratamiento. Como, persuadido por los médicos, navegó hacia Elea, en Italia, y allí pasó bastante tiempo en una finca junto al mar y que era muy tranquila, lo añoraron los romanos y muchas veces gritaban en los teatros pidiendo verlo
3 cuanto antes. Con ocasión de un sacrificio imprescindible, le parecía que ya su cuerpo estaba restablecido y regresó a Ro-

[167] El número total (337.452) difiere mínimamente de la cifra que da Livio (XLVI, *periocha*) que es de 337.022 y puede deberse a un error de lectura por parte de Plutarco de su fuente griega, como propone A. Barzano, 1996, nota 223, por el parecido entre las letras cursivas con que se expresaban los números en griego (υνβ = 452/ Νκβ = 22).

[168] Este personaje, con un *cursus honorum* muy completo, en el que destacan sus dos consulados en 187 a. C. y 175 a. C., fue *princeps senatus* seis veces desde el 179 a. C. hasta su muerte, en 152 a. C. (la que se cita aquí es la de 164 a. C.).

ma. Celebró aquel sacrificio con los demás sacerdotes, es- 4
pléndidamente, con el pueblo a su alrededor y manifestando
su alegría. Al día siguiente volvió a hacer él mismo un sa-
crificio en acción de gracias por su propia salud a los dioses.
Concluido el sacrifico según su intención, volvió a casa y se 5
acostó; pero, antes de darse cuenta y tener conciencia del
cambio, empezó a delirar y a perder la razón y al tercer día
murió, sin que le faltara ninguna ni haber dejado de realizar
todas las condiciones que se consideran necesarias para la
felicidad. Pues hasta la pompa de sus funerales fue admira- 6
ble y se organizó con un exquisito celo, que adornó la virtud
de aquél con las mejores y más envidiables honras fúnebres.
Éstas consistieron no en oro ni marfil ni los demás lujos y 7
ostentaciones de sus preparativos, sino en el cariño, honores
y gratitud no sólo de los ciudadanos, sino también de los
enemigos. En efecto, de todos los iberos, ligures y macedo- 8
nios que casualmente estaban allí, los que eran fuertes y jó-
venes cogieron el féretro y poniéndose debajo lo llevaron a
hombros, mientras que los más ancianos se sumaron al sé-
quito invocando a Emilio como benefactor y salvador de sus
patrias. Pues no sólo en la época de su mandato los trató a 9
todos con benevolencia y humanidad hasta que los dejó, si-
no que también durante todo el resto de su existencia siem-
pre vivió preocupado por ellos y haciéndoles algún bien
como si se tratara de familiares y parientes. Dicen que su 10
fortuna apenas llegó a treinta y siete mil dracmas; de ella él
mismo dejó como herederos a sus dos hijos, pero el más jo-
ven, Escipión, acordó con su hermano que la recibiera toda,
pues él había sido dado en adopción a una familia más rica,
la del Africano. Así dicen que fue la conducta y vida de 11
Paulo Emilio.

TIMOLEÓN

Antecedentes históricos: situación en Sicilia

La situación de los siracusanos 1
antes del envío de Timoleón a Sicilia
era la siguiente: cuando Dión[1], nada 2
más expulsar al tirano Dionisio, fue asesinado con engaño, y se dispersaron los que dieron la libertad a los siracusanos con Dión, la ciudad, cambiando continuamente un tirano por otro[2], casi estuvo a punto de quedar desierta a causa de la gran cantidad de males; en cuanto al resto de Sicilia, parte estaba de- 3
vastada y ya completamente deshabitada a causa de las guerras; y la mayoría de las ciudades estaba a merced de bárbaros mezclados y de soldados sin salario que aceptaban

[1] Dión, del que Plutarco escribió también una biografía, era hijo de Hiparino y cuñado de Dionisio I. En 367/6 a. C., momento de subida al trono de Dionisio II, trató de favorecer a sus sobrinos (Hiparino y Niseo) y participar en las reformas constitucionales. Para ello convenció a Dionisio II a invitar a Sicilia a Platón. Fracasado el intento, fue alejado de Sicilia a donde volvió en 357/6 a. C. con una expedición militar y, apoyado por Heraclides, expulsó a Dionisio y se adueñó del poder, eliminando a Heraclides. En 354/3 a. C. fue asesinado por un complot dirigido por el ateniense Calipo, que lo acusó de tiranía.

[2] Entre el 353 y 346 a. C., Siracusa estuvo gobernada por Calipo y los tiranos Hiparino (353-351 a. C.) y Niseo (351-346 a. C.), sobrinos de Dión.

4 fácilmente los cambios de gobierno. Dionisio, al año décimo[3], reunió una tropa de mercenarios y después de expulsar a Niseo[4], que mandaba entonces sobre los siracusanos, recuperó de nuevo el poder y se erigió en tirano como al principio[5]; y si había perdido inesperadamente a manos de un pequeño ejército la mayor de las tiranías que hubo jamás, más inesperadamente volvió a convertirse de fugitivo y aba-
5 tido en señor de los que lo expulsaron. Así pues, los siracusanos de la ciudad estaban esclavizados por un tirano que, si antes no era bueno, entonces se había vuelto totalmente de
6 espíritu cruel por las desgracias, mientras que los mejores y principales, poniendo su esperanza en Hícetes[6], que gobernaba a los leontinos, se encomendaron a aquél y lo designaron general de la guerra, aunque no era mejor que ninguno de los reconocidamente tiranos; pero no tenían otra salida y confiaban en quien era siracusano de linaje y disponía de un ejército adecuado para luchar contra el tirano.

2 Entre tanto llegaron los cartagineses con una gran flota a Sicilia y eran una amenaza para sus gobiernos, por lo que, asustados, los siciliotas decidieron enviar una embajada a
2 Grecia y pedir ayuda a los corintios[7], no sólo por el paren-

[3] De acuerdo con el cómputo inclusivo de la Antigüedad, dado que fue expulsado en el año 356 a. C., Dionisio reúne su tropa de mercenarios en 347 a. C.

[4] Niseo, que asumió la tiranía de Siracusa a la muerte de su hermano Hiparino, asesinado, era hijo de Dionisio I y Aristómaca, la hermana de Dión; sobrino de éste, por tanto, como indicamos en notas anteriores.

[5] El regreso de Dionisio II, que en su exilio gobernó en Locros, ciudad de su madre Dóride, tuvo lugar el 346 a. C.

[6] Hícetes era un noble siracusano, amigo de Dión, que, a la muerte de éste, se convirtió en tirano de Leontinos. Su expedición contra Dionisio II de Siracusa tiene lugar en el 346 a. C.

[7] D. S., XVI 65, y Nepote, *Tim.* 2.1, dicen que los siracusanos piden ayuda (en D. S. limitada a un general) a los corintios contra Dionisio y no contra los cartagineses.

tesco ni por su confianza en ellos debido a los beneficios que les habían hecho ya muchas veces, sino también porque en general veían que la ciudad siempre era amante de la libertad y enemiga de los tiranos y que habían afrontado la mayoría de sus guerras y las más importantes no por hegemonía y ambición, sino por la libertad de los griegos. Hí- 3
cetes, puesto que se había trazado como objetivo de la campaña la tiranía, no la libertad de los siracusanos, en secreto mantenía conversaciones con los cartagineses, mientras que en público daba su aprobación a los siracusanos; por ello sumó a los embajadores enviados al Peloponeso otros suyos, no por el deseo de que llegara de allí una alian- 4
za, sino porque si, como era normal, los corintios rechazaban la ayuda a causa de las revueltas y ocupaciones griegas[8], esperaba que la situación oscilaría con más facilidad hacia los cartagineses y los tendría como aliados y compañeros de lucha contra los siracusanos o contra el tirano. Pues bien, esto se demostró poco después.

Embajada de los corintios. Presentación de Timoleón: familia y primeros hechos. Fratricidio

Cuando llegaron los embajadores, 3
los corintios, acostumbrados a preocuparse siempre por las ciudades colonias y especialmente por la de los siracusanos, como entonces casualmente ningún asunto en Grecia los tenía intranquilos, sino que vivían en paz y disfrutaban de tiempo libre, votaron con entusiasmo la ayuda. Se busca- 2
ba un general y los magistrados estaban haciendo la lista y proponiendo a los que en la ciudad aspiraban a la gloria,

[8] Se refiere a la guerra sagrada por el santuario de Delfos (356-346 a. C.), en la que los corintios junto con los espartanos ayudaban a los focenses y que precisamente estaba terminando o ya había terminado cuando se envía la embajada.

cuando uno del pueblo se levantó y dijo el nombre de Timoleón el hijo de Timodemo[9], que ya no se dedicaba a la política ni esperaba ni tenía inclinación por ese puesto; pero evidentemente fue un dios quien le hizo pensar en él a aquel
3 hombre; tanto resplandeció en su elección la benevolencia de la fortuna[10] desde el principio y tanto favor acompañó a sus demás acciones, adornando la virtud del héroe.

4 Pues bien, era hijo de padres notables en la ciudad, Timodemo y Demáreta, especialmente patriota y afable, salvo
5 que odiaba extraordinariamente a los tiranos y malvados. En las guerras tenía un temperamento natural tan bien combinado y homogéneo que mostró en las empresas de joven mucha inteligencia y no menos valor cuando ya era viejo[11].
6 Tenía un hermano mayor llamado Timófanes, en nada parecido a él, sino que estaba trastornado y corrompido por el deseo de mando único debido a la influencia de malos amigos y soldados mercenarios que siempre lo rodeaban y al parecer contaba con cierta impetuosidad en las campañas y
7 amor al peligro. Con ello se había ganado el favor de los ciudadanos, como hombre aguerrido y enérgico, por lo que se le confiaban mandos y para eso colaboraba Timoleón con él, ocultando sus defectos por completo o minimizándolos y, por otra parte, adornando y exagerando las cualidades que dejaba ver su naturaleza.

4 En la batalla de los corintios con los argivos y los cleoneos[12] casualmente militaba Timoleón entre los hoplitas,

---

[9] Timéneto, según D. S., XVI 65.2.

[10] Un tema que ya aparece en Nepote, *Tim.* 1.2: *multo sapientius tulit secundam quam aduersam fortunam.*

[11] Valor e inteligencia militar, junto con otras virtudes, son los rasgos con que lo caracteriza D. S., XVI 65.2.

[12] Se refiere a la guerra de Esparta y Atenas (con las que estaba aliada Corinto) contra Epaminondas (con quien estaban aliados los argivos), pro-

cuando a Timófanes, que estaba al frente de la caballería, lo amenazó un peligro extremo. Pues su caballo, al caer heri- 2
do, lo tiró en medio de los enemigos; de los compañeros, unos se dispersaron inmediatamente, asustados, y los que se quedaron a su lado eran pocos, por lo que, luchando contra muchos, difícilmente podían resistir. Entonces Timoleón vio 3
lo que pasaba y, acudiendo en su ayuda a la carrera, puso el escudo delante del caído Timófanes y, aunque recibió en su cuerpo y en sus armas muchos disparos y muchos golpes de cerca, a duras penas logró rechazar a los enemigos y salvar a su hermano. Los corintios, por miedo a que les ocurriera 4
lo que en una ocasión anterior, cuando perdieron la ciudad a manos de sus aliados [13], decidieron mantener a cuatrocientos mercenarios y nombraron jefe suyo a Timófanes; pero éste, menospreciando cualquier belleza y justicia, se dedicó desde ese momento a maquinar cómo pondría la ciudad bajo su mando y, después de matar sin previo juicio a numerosos ciudadanos principales, se hizo nombrar tirano [14]. Entonces 5
Timoleón no se resignó fácilmente y, considerando desgracia propia la maldad de aquél, intentó hablar con él y aconsejarle que abandonara la locura e infortunio de aquel deseo y buscara algún medio de compensar a los ciudadanos por esos errores. Pero ante el rechazo y desprecio con que lo tra- 6
tó aquél, cogió entre sus parientes a Esquilo, que era hermano de la mujer de Timófanes, y entre sus amigos al adivino al que Teopompo llama Sátiro y Éforo y Timeo Ortágoras [15]

---

bablemente en el 369/368 a. C. Cléones es una ciudad de la Argólide, entre Argos y Corinto.

[13] Se refiere al episodio en que Atenas, aliada de Corinto, puso una guarnición en la ciudad con el pretexto de protegerla, pero, en realidad, para mantener su fidelidad. Los corintios echaron esa guarnición en el 365 a. C.

[14] Aristóteles, *Política* 5.5-9, 1306a, cita a Timófanes como tirano.

[15] Sobre este personaje, Nepote añade que era cuñado de Timoleón, casado con una hermana de los mismos padres (*Tim.* 1.4).

y, dejando pasar unos cuantos días, de nuevo subió[16] a ver
7 al hermano. De pie a su alrededor los tres le suplicaban que al menos ahora entrara en razón y cambiara. Pero como Timófanes al principio se reía de ellos y luego entró en cólera y se puso violento, Timoleón, se apartó un poco de él y con la cabeza cubierta se puso a llorar, mientras aquéllos, sacaron las espadas e inmediatamente lo mataron[17].

Retirada de la vida pública. Reflexión de Plutarco

5 Difundida la noticia de esta acción, los corintios más influyentes alababan el odio contra los malvados y la magnanimidad de Timoleón, puesto que, aunque era bueno y amante de su familia, sin embargo antepuso la patria a la familia y la belleza y la justicia al interés particular, pues salvó a su hermano cuando destacaba luchando por la patria, y cuando
2 conspiraba contra ella y la tenía esclavizada, lo mató. En cambio, los incapaces de vivir en la democracia y acostumbrados a poner su mirada en los poderosos, fingían alegrarse con la muerte del tirano, pero criticaban a Timoleón, diciendo que había realizado una acción impía, por lo que lo su-

[16] Lógicamente Timófanes se habría instalado en el Acrocorinto.

[17] Nepote, que no menciona los intentos de disuasión, incluye también el detalle piadoso de que Timoleón se mantuvo al margen del asesinato mismo (*Tim.* 1.4: *ipse non modo manus non attulit, sed ne aspicere quidem fraternum sanguinem uoluit*). En *Praec. ger. reip.* 808A el mismo Plutarco insiste en el intento por parte de Timoleón de apartar a su hermano de la tiranía con consejos (*didáskon*) y ruegos (*deómenos*) y su participación en el asesinato al no poder convencerlo. Ambos representan una tradición favorable a Timoleón, que no sigue del todo el texto de D. S., XVI 65.4, donde leemos que lo mató el propio Timoleón cuando paseaba por el ágora y no se menciona para nada a los colaboradores; sin embargo, también D. S. señala los intentos por disuadir al hermano. Sobre el origen distinto de ambas versiones, véase M. Sordi, 1971.

mieron en la depresión[18]. Y cuando se enteró de que tam- 3
bién su madre estaba afligida y lanzaba terribles palabras y
espantosas maldiciones contra él, se encaminó a calmarla;
pero aquella no soportó ver su cara, sino que le cerró la ca-
sa; entonces ya completamente embargado de dolor y con la
razón trastornada, decidió dejar de comer para matarse[19].
Pero los amigos no lo permitieron, sino que trataron de con- 4
vencerlo con todo tipo de súplicas y tanto lo presionaron
que aceptó vivir en soledad quitándose de en medio y aban-
donó del todo la política; al principio ni siquiera bajaba a la
ciudad, sino que andaba de un lado para otro angustiado y
pasaba el tiempo en los lugares más solitarios del campo.

De este modo los juicios, si no se arman de la seguridad y 6
la fuerza que imprime la razón y la filosofía, ante las acciones
se agitan y alteran, alejados fácilmente de sus propios crite-
rios por los primeros elogios y reproches que llegan. Pues es 2
preciso no sólo, como es natural, que la acción sea bella y
justa, sino también que la opinión en la que se basa sea sólida
e inquebrantable, para que actuemos por convicción y no al 3
modo de los glotones, que persiguen con acuciante apetito las
comidas con que saciarse y nada más saciarse ya se sienten
de nuevo a disgusto; de igual forma nosotros no debemos
desanimarnos a causa del cumplimiento de nuestros actos, si
por debilidad se apaga la imagen de su belleza. Pues el cam- 4

---

[18] Plutarco subraya la virtud de Timoleón caracterizando negativamente a los que reprueban su actuación en este hecho. Coincide, en parte, con NEPOTE, *Tim.* 1.5, que atribuye esa actitud contraria a la envidia y, en parte, a la reprobación de la impiedad que supone matar al hermano. En este sentido, el juicio de Plutarco sobre este hecho, es más positivo para la consideración patriótica de su personaje.

[19] El intento de ver a la madre y darle explicaciones parece una adición, motivada por el enfoque positivo del personaje; Nepote se limita a señalar la reacción de la madre y la consiguiente depresión de Timoleón que le lleva casi al suicidio (*Tim.* 1.6).

bio de opinión vuelve vergonzoso incluso lo que está bien hecho, mientras que la firmeza fruto del saber y la reflexión,
5 no se altera ni aunque fracasen nuestras acciones. Por ello el ateniense Foción, aunque se había opuesto a las gestas emprendidas por Leóstenes, cuando parecía que aquél iba a tener éxito y vio a los atenienses celebrando sacrificios orgullosos por la victoria, dijo que le gustaría ser él el autor de esas gestas,
6 pero que sus propuestas fueron las que fueron[20]. Más violenta fue la respuesta del locro Aristides, uno de los compañeros de Platón, cuando Dionisio el Mayor le pidió como esposa a una de sus hijas, pues dijo que prefería ver muerta a
7 la hija antes que casada con el tirano; y como poco tiempo después Dionisio matara a sus hijos y le preguntara insolentemente si seguía manteniendo la misma opinión sobre el matrimonio de sus hijas, respondió que sufría por lo ocurrido, pero que no se arrepentía de sus palabras[21]. Estos ejemplos sin duda lo son de una virtud superior y más perfecta.

Nombramiento como general

7 En cuanto al sufrimiento de Timoleón por lo que había hecho, ya fuera pena por el muerto o vergüenza ante la madre, tanto abatió y quebrantó su juicio, que pasaron casi veinte años sin que se ocupara de ningún asunto de la ciudad[22].

2

[20] *Phoc.* 23.6 (cf. *Reg. et Imp. Apophth.* 188D-E y Valerio Máximo, III 8, ext. 2). Leóstenes inició con la oposición de Foción la guerra lamiaca en la que, aunque al principio tuvo éxitos, fue derrotado finalmente y muerto por los macedonios.

[21] Sobre este personaje, aparte de esta noticia de Plutarco, sólo tenemos un apotegma en Eliano, *Var. Hist.* 14.4, en el que se queja de morir mordido por una comadreja tartesia y no por un león o una pantera.

[22] Plutarco, o la tradición favorable seguida por él, pone tierra de por medio entre la muerte de Timófanes y la llegada de los embajadores sicilianos. Diodoro, que como hemos visto sigue una línea algo menos positi-

Pues bien, cuando se pronunció su nombre, como el pueblo mostraba gran interés en ratificarlo y votar a su favor, se levantó Teleclides, que era entonces el ciudadano de más influencia y prestigio en la ciudad, y exhortó a Timoleón a ser un hombre bueno y noble en los hechos. «Pues si ahora», dijo, «combates bien, pensaremos que has dado muerte a 3
un tirano; pero si lo haces mal, a un hermano»[23]. Mientras Timoleón estaba equipándose para la expedición y reclutando soldados, llegaron cartas de Hícetes a los corintios, que 4
descubrían su mudanza y traición. Pues tan pronto como envió los embajadores, se pasó abiertamente a los cartagineses y negociaba con ellos para, después de echar a Dionisio 5
de Siracusa, convertirse él mismo en tirano. Y por miedo a que, si antes llegaba de Corinto el ejército con su general, se le escapara la oportunidad, envió una carta a los corintios indicando que no era necesario que ellos tuvieran obligaciones y gastos, navegando hasta Sicilia y asumiendo riesgos, 6
cuando, además, también estaban en guardia y dispuestos a impedir con muchas naves la expedición los cartagineses, a los que él mismo, obligado por la tardanza de aquéllos, 7
había hecho sus aliados contra el tirano. Leídas estas cartas, si antes alguno de los corintios estaba remiso ante la expedición, entonces a todos los irritó la cólera contra Hícetes, de modo que ayudaron con gran interés a Timoleón a sufra-

---

va, conecta ambos hechos y relaciona la designación de Timoleón como una medida del Consejo de los corintios para quitarse el problema del tiranicida que había generado una revuelta entre los partidarios y los no partidarios de su condena por ese hecho (XVI 65.5-9). Esto ha llevado a M. Sordi, 1965, *Introd.*, a considerar la designación de Timoleón, como luego la de Demareto y Dinarco, como una forma de alejar de la ciudad en momentos críticos a ciudadanos poco deseables.

[23] Las palabras atribuidas por Plutarco a Teleclides materializan el sentir del consejo de ancianos en D. S., XVI 65.9.

gar los gastos y hacer los preparativos para la partida de las naves.

Primera etapa de la expedición: viaje hasta Regio: estratagema para engañar a los cartagineses y llegada a Sicilia (Tauromenio)

8 Cuando ya estuvieron dispuestas las naves y equipadas con los soldados correspondientes, las sacerdotisas de Core al parecer vieron en sueños a las diosas preparándose para un viaje y diciendo que iban a embarcarse con
2 Timoleón hacia Sicilia[24]. Por ello los corintios equiparon también un trirreme sagrado y le dieron el nombre de las dos diosas. Aquél viajó en persona a Delfos e hizo un sacri-
3 ficio al dios y, cuando bajó al oráculo tuvo una señal. En efecto, de las ofrendas allí colgadas se desprendió y cayó una cinta con coronas y Victorias bordadas en ella que fue a parar sobre la cabeza de Timoleón, de modo que, según parecía, era enviado por el dios ya coronado a esas empresas.
4 Partió con siete naves corintias, dos de corcirenses y la dé-
5 cima proporcionada por los leucadios[25]. Tan pronto como llegó a alta mar, arrastrado por un viento favorable, pareció que de repente se abría el cielo y se derramaba sobre la na-
6 ve una gran cantidad de fuego y muy brillante. De éste se alzó una llama, parecida a las de las antorchas de los misterios y, siguiendo la misma ruta por la que principalmente los
7 pilotos se dirigían a Italia, cayó sobre ella. Los adivinos revelaron que el prodigio confirmaba los sueños de las sacer-

[24] Este sueño de las sacerdotisas del templo de Deméter y Perséfone (cf. PAUSANIAS, II 4.7) se encuentra de igual forma en D. S., XVI 66.4-5, así como el dato de que Timoleón consagró la mejor nave a las diosas, llamándola «Sagrada de Deméter y Perséfone».

[25] El número de diez naves (siete corintias y tres de Córcira y Léucade) es ratificado por D. S., XVI 66.2; éste da además la cifra de mercenarios reclutados por los corintios, que era de setecientos.

dotisas y que el resplandor surgido del cielo anunciaba que
las diosas los acompañaban en la expedición[26]; pues Sicilia 8
estaba consagrada a Core, ya que, según los mitos, allí tuvo
lugar el rapto y se le dio la isla como regalo de boda[27].

Estas señales divinas elevaron entonces el ánimo de la 9
flota; y apresurándose para atravesar el piélago cuanto an-
tes, llegaron a Italia. Las noticias que venían de Sicilia in- 2
fundieron muchas dudas en Timoleón y desánimo en los
soldados. Hícetes había vencido en una batalla a Dionisio[28] 3
y se había apoderado de la mayor parte de Siracusa. Él
personalmente tenía asediado y encerrado en los muros a
aquél, que se había refugiado en la acrópolis y la llamada
Isla[29], mientras que a los cartagineses les encomendó pre- 4
ocuparse de que Timoleón no arribara a Sicilia y, cuando
aquéllos fueran rechazados, ellos se repartirían entre sí la
isla tranquilamente[30]. Éstos enviaron veinte trirremes a Re- 5

---

[26] Estos prodigios que evidencian la colaboración divina (*tò daimónion*) con el personaje, son mencionados también por D. S., XVI 66.3-5 y probablemente estaban en el relato de Timeo de quien Polibio (XII 24) critica la *deisidaimonía*. Las diosas llevan antorchas en los misterios de Eleusis y sus sacerdotes se llamaban 'daducos' ('portadores de antorchas').

[27] El término griego *anakalyptérion* hace referencia al momento de la boda en que se le quitaba el velo a la novia y se le hacía el presente de boda. Los mitos situaban en Sicilia el rapto de Perséfone por Hades.

[28] La victoria de Hícetes sobre Dionisio, en marzo-abril del 344 a. C., se menciona en D. S., XVI 68.1-3, a raíz de la cual lo obligó a refugiarse en la acrópolis de Siracusa.

[29] La ocupación de Siracusa y asedio a Dionisio, refugiado en la Isla puede leerse en D. S., XVI 68.3 y tuvo lugar tres días antes de la llegada de Timoleón a Regio (XVI 68.4). Por acrópolis debe entender Plutarco la misma Isla (Ortigia), amurallada y convertida en una fortaleza por Dionisio I a raíz de su subida al trono en 405 a. C. Se trata de una endíadis, como señala R. Flacelière, 1966, pág. 25, n.1.

[30] Diodoro, que no menciona a Hícetes, habla de una embajada cartaginesa a Metaponto para disuadir a Timoleón de iniciar la guerra y llegar a Sicilia, ignorada por Plutarco (XVI 66.5).

gio[31], en los que iban embajadores de parte de Hícetes a Ti-
6 moleón, con mensajes a tono con su comportamiento. En
efecto, se trataba de bonitos engaños y pretextos que res-
pondían a malvados planes, pues pedían a Timoleón que, si
lo deseaba, viniera él junto a Hícetes como consejero y par-
tícipe de todos los logros ya conseguidos y devolviera a Co-
rinto las naves y los soldados, puesto que la guerra casi ya
había terminado y los cartagineses estaban dispuestos a im-
pedirle el paso y combatir con ellos si intentaban hacerlo
7 por la fuerza. Pues bien, cuando los corintios, tras desem-
barcar en Regio[32], se encontraron con estos mensajes y
vieron a los fenicios fondeados no lejos, se enfadaron con la
afrenta y a todos los embargó la ira contra Hícetes y el te-
mor por los sicilianos, que, según estaba claramente a la
vista, quedaban como premio y pago para Hícetes de su
8 traición y para los cartagineses de su tiranía. Pero parecía
imposible superar las naves de los bárbaros allí fondeadas
que eran el doble y el ejército que había en el otro lado con
Hícetes en cuya ayuda habían venido[33].

10 De todos modos, Timoleón se entrevistó con los emba-
jadores y los jefes de los cartagineses mostrando una actitud
moderada y dijo que aceptaba sus exigencias (pues qué iba a
conseguir con no hacerlo), pero que quería marcharse des-
pués de oír y decir esto ante la ciudad de Regio, que era
2 griega y amiga de ambos; pues para él esto era importante

---

[31] La llegada de los cartagineses con 20 naves (no se menciona a los embajadores de Hícetes) tiene lugar al mismo tiempo que la de Timoleón según D. S., XVI 68.5.

[32] Según Diodoro, el desembarco de Timoleón en Regio se debe a que fue llamado para una alianza por la ciudad y antes de que los cartagineses intentaran cerrarle el paso a Sicilia (XVI 66.6).

[33] La llegada de los cartagineses en ayuda de los tiranos y, especialmente, de Hícetes se describe con detalle en D. S., XVI 67.1-3, donde se relaciona la fuerza total del ejército cartaginés que trajo Hannón a Sicilia.

para su seguridad, y aquéllos se mantendrían más firmemente en sus ofertas sobre los siracusanos, si firmaban los acuerdos ante un pueblo como testigo. Les propuso esto maquinando 3
un engaño para asegurarse la travesía y estaban implicados en su maquinación todos los generales de Regio, que deseaban que los asuntos de los sicilianos estuvieran controlados por los corintios y temían la proximidad de los bárbaros. Por ello reunieron la asamblea y cerraron las puertas, con la 4
excusa de evitar que los ciudadanos se ocuparan de ningún otro asunto, y, compareciendo ante el pueblo consumían largo tiempo en discursos, pasándose uno a otro el mismo argumento sin ningún otro fin que el de dejar transcurrir el tiempo hasta que se hicieran a la mar los trirremes de los corintios y reteniendo a los cartagineses en la asamblea sin sospechar nada, ya que Timoleón estaba presente y daba la impresión de que de un momento a otro iba a levantarse para hablar y a dirigirse a la asamblea. Pero en cuanto alguien 5
le anunció en secreto que todos los trirremes habían partido, y sólo el suyo se había quedado esperándolo, escurriéndose entre la multitud, al tiempo que los reginos se arremolinaban en torno a la tribuna para ocultarlo, y bajando al mar, zarpó rápidamente[34]. Desembarcaron en Tauromenio, en 6
Sicilia, y los acogió Andrómaco, dueño y señor de la ciudad, que desde hacía tiempo estaba llamándolos insistentemente[35]. Éste era padre del historiador Timeo[36] y, siendo 7

[34] La descripción de esta treta se lee en parecidos términos en D. S., XVI 68.5-6.

[35] La llegada de Timoleón a Tauromenio y la acogida favorable de Andrómaco está en D. S., XVI 68.7; el historiador no dice nada sobre su petición a los corintios, que parece una adición de Plutarco, para justificar mejor su toma de partido.

[36] Sobre Andrómaco, véase D. S., XVI 7.1, que se refiere a él también como padre de Timeo y lo describe como rico y de vehemente espíritu. Seguramente era de igual modo un tirano, lo que trata de ocultar Plutarco

con mucho el más poderoso de los que entonces gobernaban en Sicilia, dirigía a sus conciudadanos según las leyes y con justicia y, ante los tiranos, siempre mostraba una actitud de
8 odio y distanciamiento. Por eso le ofreció a Timoleón entonces la ciudad como fondeadero, y convenció a los ciudadanos para que combatieran al lado de los corintios y colaboraran con él en la liberación de Sicilia.

11 Los cartagineses de Regio que, ante la partida de Timoleón y la disolución de la asamblea, no se resignaban a haber sido víctimas de aquella estratagema, dieron ocasión a los reginos para burlas como si, siendo fenicios, no estaban
2 contentos con lo que se había hecho mediante engaño. Entonces enviaron a Tauromenio un embajador en un trirreme; éste, tras una larga conversación con Andrómaco, en la que le levantaba el puño en actitud bárbara y desagradable, si no echaba cuanto antes a los corintios, al final le mostró la mano de revés y luego la giró de nuevo, amenazando que su
3 ciudad era igual y le haría lo mismo. Pero Andrómaco se echó a reír y no contestó nada más, salvo que extendiendo la mano ya vuelta como aquél, ya boca abajo, le ordenó zarpar, si no quería que la nave en vez de así quedara de este otro modo[37].

4 Hícetes, informado de la travesía de Timoleón y asusta-
5 do, hizo venir muchos trirremes de los cartagineses. Entonces ya totalmente los siracusanos perdieron la esperanza de su salvación, al ver a los cartagineses controlando su puerto, a Hícetes dueño de la ciudad y a Dionisio señor de la acrópolis, mientras que Timoleón se mantenía ligado a Sicilia

---

con la referencia a su actitud contraria a los tiranos y la indicación de su gobierno justo.

[37] Sobre estos hechos, véase D. S., XVI 68.6-8, que se limita a señalar la acogida de Andrómaco y no menciona nada sobre el embajador y la anécdota aquí referida por Plutarco.

como desde un fino borde, desde la ciudadela de los tauromenitas, confiado en una débil esperanza y en un potencial escaso; pues tenía mil soldados y no más comida para éstos
de lo necesario; tampoco tenían fe las ciudades, que estaban 6
llenas de desgracias e indignadas con todos los comandantes de los campamentos, sobre todo por la poca credibilidad de Calipo y de Fárace, de los que uno era ateniense y el otro lacedemonio[38]; pues ambos afirmaron que venían para defender la libertad y derrocar a los tiranos, pero en realidad convirtieron en oro para Sicilia las desgracias sufridas en la tiranía e hicieron parecer más felices a los que cayeron en la esclavitud que a los que incrementaron su autonomía.

Batalla de Adrano

Así pues, en absoluto esperaban 12
que el corintio fuera mejor que aquéllos, sino que también él venía a ellos con los mismos engaños y embelesos, resignándose a un nuevo dueño a base de buenas esperanzas y promesas generosas; en consecuencia, todos sospechaban y rechazaban las invitaciones de los
corintios, salvo los adranitas; éstos habitaban una ciudad 2
pequeña, consagrada a Adrano, un dios especialmente venerado en toda Sicilia[39] y estaban divididos entre ellos, por lo que unos llamaron a Hícetes y a los cartagineses y los otros
enviaron mensajeros a Timoleón. Tal vez por azar ocurrió 3
que, al apresurarse ambos por llegar, coincidieron, presen-
tándose al mismo tiempo. Pero Hícetes venía con cinco mil 4

[38] Para Calipo, véase *supra,* notas 1 y 2. El espartano Fárace estuvo a favor de Heraclides y Dionisio en sus enfrentamientos con Dión (PLU., *Dio* 48.7).

[39] La ciudad fue fundada por Dionisio I en la ladera del Etna (400 a. C.) y el templo sagrado de esta divinidad era guardado por más de mil perros, según ELIANO, *Nat. anim.* 11.20.

soldados, mientras que Timoleón tenía en total no más de
5 mil doscientos[40]; los había cogido de Tauromenio y hasta
Adrano había cuatrocientos treinta estadios[41]; el primer día,
sin avanzar mucha parte del camino, acampó al aire libre; en
cambio, el siguiente, tras una marcha sin detenerse y cruzar
lugares difíciles, con el declive del día se enteró de que
Hícetes acababa de llegar al poblado y estaba asentando su
6 campamento. Los jefes de fila y de sección retuvieron a los
primeros, para que comieran y así contar con ellos más ani-
mosos por el descanso; pero Timoleón se dirigió a ellos y
les pidió que no lo hicieran, sino que los guiaran a toda prisa
y entablaran combate con los enemigos, que estaban en de-
sorden, como era normal recién llegados de una marcha, y
7 tranquilos en sus tiendas cenando. Al mismo tiempo que de-
cía esto, cogió el escudo y se puso el primero al frente como
hacia una victoria clara; aquéllos lo siguieron llenos de va-
lor, cuando distaban todavía ⟨no⟩ menos de treinta estadios[42]
8 de los enemigos. Después de recorrerlos, cayeron sobre
ellos, que empezaron a huir en desorden tan pronto como se
dieron cuenta de que los atacaban; de resultas murieron no
mucho más de trescientos y fueron capturados vivos dos ve-
ces otros tantos, pero ⟨también⟩ se tomó el campamento[43].
9 Los adranitas abrieron las puertas y salieron al encuentro de
Timoleón, contándole con terror y admiración que, mientras
se estaba celebrando la batalla, las hojas sagradas del tem-
plo se abrieron espontáneamente, y se vio la lanza del dios

[40] Plutarco coincide con D. S., XVI 68.9 en cuanto a la cifra de soldados de Hícetes y es algo más generoso (en Diodoro son no más de mil) con la de Timoleón.

[41] Unos setenta y seis kilómetros y medio.

[42] Unos cinco kilómetros y medio.

[43] Sobre esta batalla véase D. S., XVI 68.9-10, con menos detalles y coincidencia en el número de muertos y prisioneros.

agitándose desde su punta y su cara chorreando con abundante sudor.

Rendición de Dionisio a Timoleón

Estas señales, naturalmente, no se 13
referían sólo a la victoria de entonces, sino también a los hechos siguientes, para los que aquel combate suponía un principio afortunado. En efecto, las 2
ciudades al punto enviaron embajadores sumándose al partido de Timoleón, y Mamerco[44], el tirano de Catania, hombre aguerrido y poderoso por sus riquezas, se prestó a una alianza. Pero lo más importante fue que el propio Dionisio, 3
que había perdido ya las esperanzas y estaba a punto de rendirse ante el asedio, mostró su desprecio por Hícetes, vergonzosamente vencido, y admirando a Timoleón, le envió un mensajero para entregarse él y la acrópolis a aquél y a los corintios[45]. Timoleón aceptó la inesperada fortuna y 4
envió[46] a Euclides y Telémaco, corintios, a la acrópolis con cuatrocientos soldados, no con todos al mismo tiempo ni abiertamente (pues era imposible con los enemigos fondeados en el puerto), sino en secreto e introduciéndose furtivamente en grupos pequeños. Así pues los soldados tomaron 5
la acrópolis y la residencia del tirano con todo el aparato y útiles para la guerra; pues había dentro no pocos caballos, 6

[44] Diodoro, que considera esta alianza y la adhesión de las demás guarniciones clave del cambio de fortuna a favor de Timoleón, lo llama Marco (XVI 69.3-4).

[45] La versión de Plutarco enfatiza éticamente la admiración de las virtudes del personaje como justificación de la entrega voluntaria a él de Dionisio (lo que se califica como un golpe más de fortuna), cuando D. S. señala que fue Timoleón el que persuadió al tirano para que lo hiciera (D. S., XVI 70.1).

[46] Diodoro sólo dice que Timoleón partió rápidamente de Adrano y se presentó por sorpresa en Siracusa (D. S., XVI 68.11).

toda clase de máquinas y numerosos proyectiles; en cuanto
7 a armas, había setenta mil, atesoradas desde antiguo. Estaban con Dionisio dos mil soldados que aquél, como todo lo demás, entregó a Timoleón, mientras que él personalmente cogió sus riquezas y no muchos amigos y se hizo a la mar
8 sin que se enterara Hícetes. Cuando fue conducido al campamento de Timoleón, entonces por primera vez se le vio como persona privada e insignificante[47]; lo enviaron en una
9 sola nave y con pocas riquezas a Corinto, a él, que había nacido y se había educado en la tiranía más famosa e importante de todas; tras ocuparla diez años, y verse envuelto en combates y guerras otros doce después de la expedición de Dión, sobrepasó con las desgracias sufridas las que causó
10 como tirano. En efecto, vio la muerte de sus hijos adultos y la prostitución de sus hijas vírgenes, y a su propia hermana y esposa, todavía viva, ultrajada en su propio cuerpo con los más impúdicos placeres por los enemigos, y, después de sufrir una muerte violenta con sus hijos, arrojada al mar. Pues bien, estos sucesos están escritos detalladamente en la *Vida de Dión*[48].

---

[47] Nepote, que insiste como Plutarco en el odio a los tiranos de Timoleón, se ve obligado a explicar las razones por las que dejó con vida a Dionisio (su relato, muchísimo más breve que el de Plutarco, da toda la gloria del derrocamiento a su personaje, no mencionando a Hícetes hasta después del episodio de Dionisio). La razón principal es la ayuda que los dos Dionisios prestaron en algunas ocasiones a los corintios y, por supuesto, la *clementia* del héroe y, finalmente, su deseo de que sirviera como ejemplo vivo de la inestabilidad humana (*Tim.* 2.2). La presentación de Dionisio como ejemplo de los cambios de fortuna se encuentra igualmente en D. S., XVI 70.2-3.

[48] La referencia es errónea, ya que en ningún pasaje de la *Vida de Dión* se alude a la suerte de la familia de Dionisio, aunque sí en *Praec. ger. reip.* 821D, donde se atribuyen estos hechos a los italianos (a los locros en Estrabón, VI 1.8 y Ateneo, XII 58.541D, con referencia a Clearco como fuente) y tiene un gran valor para la cronología relativa de aquella *Vida*

Exilio de Dionisio en Grecia

Cuando Dionisio desembarcó en 14 Corinto, no había ningún griego que no deseara verlo y hablarle. Los que 2 por odio se alegraban de sus desgracias, acudieron con gusto como para pisotear a un hombre abatido por la Fortuna, y los que se fijaban en la mudanza y se compadecían ante ella, contemplaban en las debilidades humanas, ahora evidentes, que es mucha la fuerza de las causas ocultas y divinas. Pues aquel 3 tiempo no mostró ninguna obra de naturaleza o de arte semejante a aquélla de la Fortuna, a saber, al que poco antes era tirano de Sicilia consumiendo su vida en Corinto en la tienda de comestibles o sentado en la perfumería; bebiendo vino en las tabernas y convertido en blanco de burlas en público con las mujerzuelas que comercian con su belleza; instruyendo en sus cantos a las cantantes y dedicado a discutir sobre las canciones del teatro con aquéllas y sobre su ritmo melódico. Estas actividades, según unos, las hacía Dionisio 4 porque estaba desorientado y era por naturaleza indolente y desenfrenado; según otros, con la intención de ser mirado con desprecio y no infundir miedo ni sospecha a los corintios, por no resignarse a su mudanza de vida y aspirar a la política, se ocupaba en esas actividades y asumía un papel contrario a su naturaleza, haciendo gala de una gran necedad en el uso de su tiempo libre.

De todos modos, se recuerdan algunas frases suyas, por 15 las que aparentemente se amoldaba a las circunstancias no sin cierta nobleza. Por ejemplo, al desembarcar en Léucade, 2

respecto a la de *Timoleón*. G. Nikolaidis, 2005, págs. 294-295, analiza los problemas planteados por esta aparentemente falsa referencia y postula, con bastante verosimilitud, que podría tratarse de un tema presente al principio en la *Vida de Dión* y eliminada *a posteriori*, cuando ya se había publicado el par *Emilio-Timoleón*.

ciudad colonizada por los corintios como Siracusa, dijo que le había pasado lo mismo que a los jóvenes cuando se les
3 sorprende cometiendo una falta; pues, así como aquéllos se entretienen alegremente con los hermanos, pero evitan por vergüenza a sus padres, de igual modo él por respeto a la
4 metrópolis viviría con gusto allí entre ellos. Otro ejemplo: en Corinto, como quiera que un extranjero se burlaba groseramente de él, aludiendo a las discusiones con los filósofos con las que se divertía cuando era tirano, y le preguntó qué provecho sacaba de la sabiduría de Platón, dijo: «¿Te parece que ninguna utilidad nos ha reportado Platón, cuando así
5 aguantamos la mudanza de nuestra fortuna?». Al músico Aristóxeno[49] y a algunos otros que deseaban saber de dónde surgió y en qué consistía su reproche a Platón, les dijo que, aunque la tiranía está llena de muchos males, no tiene ninguno tan importante como que nadie entre los que se llaman
6 tus amigos te habla con franqueza; pues también él fue privado por aquellos del afecto de Platón. Como uno de esos que se las dan de ingeniosos, para burlarse de Dionisio, se presentó ante él quitándose el manto, como ante un tirano, aquél le devolvió la burla aconsejándole hacer esto cuando se fuera de su casa, por si se marchaba con algún objeto de
7 dentro. En cierta ocasión Filipo de Macedonia durante un banquete inició con cierta ironía la conversación sobre los cantos y tragedias que había dejado Dionisio el Mayor, fingiendo que no sabía cuándo aquél tuvo tiempo para crearlas. Dionisio no estuvo mal con su respuesta diciendo: «Precisamente cuando tú y yo y todos los que se creen felices nos

---

[49] Se trata del peripatético Aristóxeno de Tarento, que se apartó de la escuela tras su fracaso ante Teofrasto por la dirección del Perípato; fue autor de varios tratados sobre música y de diversas biografías, en particular sobre Pitágoras y, en tono crítico, sobre Sócrates y Platón. Debió de nacer hacia el 370 a. C., ya que la *Suda* data su *acmé* en el 336 a. C.

entretenemos en torno a la copa». Pues bien, Platón no vio 8
en Corinto a Dionisio, sino que casualmente había muerto
ya; pero Diógenes de Sinope al encontrarse por primera vez
con él, dijo: «Cuán indignamente vives, Dionisio». Aquél se 9
detuvo y le dijo: «Haces bien, oh Diógenes, en mostrar tu
condolencia con nosotros en la desgracia». «Pues ¿por qué»
respondió Diógenes, «crees que te acompaño en tu dolor y no
que me indigna que, siendo un esclavo tal y mereciendo en-
vejecer y morir en el palacio de un tirano, como tu padre, vi-
ves en medio de diversiones y placeres aquí con nosotros?».
Así, cuando comparo con estas palabras las que pronunció Fi- 10
listo[50] sobre las hijas de Léptines[51], compadeciéndolas por-
que, de disfrutar de los grandes bienes de la tiranía, habían
caído en una vida miserable, me parecen llantos de una mu-
jer que añora sus vasos de ungüentos, sus mantos de púrpu-
ra y sus joyas de oro. Pues bien, estos detalles pensamos 11
que no les parecerán extraños al relato de las vidas ni caren-
tes de utilidad a lectores sin prisa ni ocupaciones.

[50] Filisto de Siracusa (c. 430-356 a. C.) fue consejero, oficial e historiador de Dionisio I y II. Desterrado por motivos personales en el 386 a. C., volvió cuando subió al trono Dionisio II del que fue consejero influyente y, en parte, responsable de la oposición a Platón y Dión. Murió en el 356 como jefe de la flota del tirano en una revuelta de los siracusanos. Como historiador (*FGrHist* 556), escribió una historia de Sicilia (desde la época mítica hasta el 363/362 a. C.), continuada luego por Átanis.

[51] El destierro de Filisto se debió precisamente a que Léptines (hermano de Dionisio I) casó con él a una de las dos hijas que había tenido con una mujer casada, sin informar al tirano. Éste entró en cólera, metió en prisión a la mujer (probablemente la hija de Léptines, aunque esto se discute) y desterró a ambos (cf. PLU., *Dio* 11.6).

Campaña de Siracusa

16 Si la desdicha de Dionisio parecía fuera de toda razón, no menos digna de admiración era la fortuna de Timo-
2 león. Pues nada más pisar tierra en Sicilia, tomó la acrópolis de los siracusanos en cincuenta días, y envió a Dionisio al Peloponeso.
3 Animados con ello, los corintios le enviaron dos mil hoplitas y doscientos caballeros; éstos, cuando llegaron a Turios, al ver que el paso desde allí era difícil, ya que el mar estaba controlado por los cartagineses con muchas naves, como tenían que permanecer allí tranquilos esperando una ocasión,
4 emplearon su tiempo para una acción muy hermosa. En efecto, puesto que los turios tenían que salir en expedición contra los brucios, se hicieron cargo de la ciudad y la guardaron desinteresada y lealmente como si fuera su patria.

5 Hícetes tenía asediada la acrópolis de Siracusa e impedía llevar provisiones por mar a los corintios; respecto a Timoleón, contrató a dos mercenarios para que lo asesinaran y los envió a Adrano, donde normalmente no tenía una escolta que lo protegiera y además entonces vivía completamente confiado y sin sospechas entre los adranitas gracias a
6 la protección divina. Los enviados, informados por casualidad de que iba a hacer un sacrificio él personalmente, fueron al templo con puñales ocultos bajo sus mantos y mezclándose con los que rodeaban el altar, avanzaron poco a poco has-
7 ta situarse más cerca; en el momento en que todavía no habían empezado a animarse entre ellos para ejecutar su plan, alguien golpeó a uno de ellos en la cabeza con una espada; nada más caer ni el que lo hirió se esperó, ni el que venía con el herido, sino que aquél, según estaba con la espada, se lanzó huyendo a una escarpada roca, y el otro, acogiéndose al altar, suplicaba inmunidad a Timoleón pro-
8 metiendo contárselo todo; cuando la obtuvo, explicó sobre

sí mismo y sobre el muerto, que fueron enviados para ma-
tarlo. Entre tanto al de la roca lo traían otros, gritando que no 9
había hecho nada malo, sino que había dado muerte justa-
mente a ese hombre para vengar la muerte de su padre, pues
aquél lo mató antes en Leontinos; confirmaban su versión al- 10
gunos de los presentes, que al mismo tiempo se maravilla-
ban de la habilidad de la Fortuna, ya que moviendo unas
cosas por medio de unos y otras por otros y haciéndolas coin-
cidir todas desde lejos y mezclándolas con las que parecen
más diferentes y sin ninguna relación entre ellas, siempre
utiliza el fin y el principio de unas para otras. Pues bien, a 11
éste lo recompensaron los corintios con diez minas, por po-
ner su justa sed de venganza al servicio del demon que pro-
tegía a Timoleón y porque no satisfizo antes la cólera que
tenía desde hacía mucho tiempo, sino que por una razón
particular la guardó para la salvación de aquél por obra de la
fortuna. La buena suerte de ese momento también aumentó 12
sus esperanzas para el futuro, animándolos a honrar y prote-
ger a Timoleón, viéndolo como un hombre sagrado y que
con ayuda de la divinidad venía de vengador para Sicilia.

Ante el fracaso de este intento y la noticia de que mu- 17
chos se estaban uniendo a Timoleón, Hícetes se reprochó a
sí mismo que, siendo tan importante el ejército que allí
había de los cartagineses, lo estaba utilizando poco a poco y
en secreto, como si se avergonzara de ello, ocultando e in-
troduciendo a escondidas a sus aliados; por consiguiente,
mandó llamar a Magón, el general de aquéllos, con toda la
flota. Éste entró por mar terriblemente, ocupó con ciento 2
cincuenta naves el puerto, desembarcó sesenta mil soldados
de infantería y asentó su campamento en la ciudad de los sira-
cusanos, de modo que todos pensaban que llegaba a Sicilia
la barbarización que desde hace tiempo se hablaba y estaban
esperando. Pues nunca antes pudieron los cartagineses, pese 3

a haber afrontado innumerables guerras en Sicilia, tomar Siracusa; pero entonces, por haberlos acogido y habérsela entregado Hícetes, se podía ver la ciudad convertida en un
4 campamento de bárbaros. Los corintios que ocupaban la acrópolis iban a escapar difícil y peligrosamente, pues ya no tenían suficientes víveres, sino que les faltaba de todo por estar vigilados los puertos; además, siempre estaban envueltos en combates y batallas en torno a las murallas y tenían que dividirse para hacer frente a toda clase de máquinas y a todo tipo de asedios.

18 De cualquier modo, Timoleón trataba de ayudarlos, enviando víveres desde Catania en pequeños pesqueros y estrechas barcazas; éstas, sobre todo con temporal, se lanzaban súbitamente y se deslizaban por entre los trirremes bárbaros, aprovechando la separación de aquéllas a causa de
2 la agitación y el flujo del oleaje. Cuando se dieron cuenta de esto Magón e Hícetes, decidieron tomar Catania, de donde les venían por mar los recursos a los asediados y, cogiendo
3 la parte más combativa del ejército, zarparon de Siracusa. El corintio Neón (pues éste era quien mandaba en los sitiados), viendo desde la altura que los enemigos que se habían quedado montaban la guardia con indolencia y descuido, cayó
4 de repente sobre ellos cuando estaban dispersos; matando a unos y poniendo en fuga a otros, se apoderó y ocupó el sector llamado Acradina; ésta, según parece, era el barrio más fuerte y difícil de destruir de la ciudad de los siracusanos, compuesta en cierto modo por la unión de varias ciudades[52].
5 Bien pertrechado de víveres y enseres, no dejó el lugar ni se volvió de nuevo a la parte alta, sino que fortificó el perímetro de la Acradina, la unió con las empalizadas a la acrópo-

[52] La Acradina era el barrio más próximo a la Isla (al norte de ésta) donde se encontraban el templo de Deméter y Core y el ágora.

lis, y la defendió. Cuando Magón e Hícetes estaban ya cerca 6
de Catania, los alcanzó un jinete procedente de Siracusa que
les anunció la conquista de la Acradina y, turbados por ello,
regresaron rápidamente sin tomar la ciudad contra la que
vinieron ni haber conservado la que tenían.

Pues bien, estos acontecimientos todavía permiten cierta 19
discusión respecto al conflicto de la previsión y la virtud con
la fortuna: pero lo que ocurrió después parece que se debió
por completo a la buena suerte. En efecto, los soldados corin- 2
tíos que se encontraban en Turios, en parte por miedo a los
trirremes cartagineses que los mantenían vigilados con Han-
nón, y en parte porque durante muchos días el mar estaba en-
crespado por el viento, decidieron pasar a pie a través de los
brucios. Bien sea convenciendo u obligando a los bárbaros, 3
llegaron hasta Regio, cuando todavía el mar tenía mucho
temporal. El comandante de la flota cartaginesa, como no es- 4
peraba a los corintios y consideraba inútil estarse quieto, con-
venciéndose a sí mismo de haber tenido una idea inteligente e
ingeniosa para engañarlos, dio orden a sus marineros de po-
nerse coronas, adornó los trirremes con escudos griegos y
telas de púrpura y de este modo navegó hacia Siracusa. Pa- 5
sando junto a la acrópolis con gran ruido de aplausos y risas,
gritó que llegaba tras haber vencido y capturado a los corin-
tios, a quienes había sorprendido en el mar cuando trataban
de pasar, para infundir algún desánimo en los sitiados. Pero 6
mientras aquél profería estas necedades y mentiras, los corin-
tios, que habían bajado desde los brucios hasta Regio, como
nadie vigilaba y el viento, calmado inesperadamente, ofrecía
ante sus ojos el estrecho en calma y fácil de atravesar, llena-
ron rápidamente los barcos y pesqueros que había disponibles
y, haciéndose a la mar, pasaron hasta Sicilia con tanta seguri-
dad y por un mar tan en calma que los caballos, nadando jun-
to a las naves, tiraban de ellas con correas.

20 Cuando pasaron todos, Timoleón los recibió e inmedia-
tamente ocupó Mesina; luego los formó y se dirigió hacia
Siracusa, confiado en su buena suerte y en sus éxitos más que
en su ejército; pues no eran los que lo acompañaban más de
2 cuatro mil. Anunciada su inminente llegada a Magón, aun-
que éste estaba inquieto y con miedo, todavía entró más en
3 sospecha por el motivo siguiente. En las marismas que ro-
dean la ciudad, que reciben mucha agua potable de fuentes y
mucha de pantanos y ríos que fluyen hasta el mar, vive gran
cantidad de anguilas y siempre hay abundante pesca a dis-
4 posición de cualquiera. Los mercenarios de ambos bandos
solían reunirse para pescarlas en su tiempo libre y en las
5 treguas. Y como eran griegos y no tenían entre ellos motivo
de enemistades privadas, en las batallas asumían los riesgos
con decisión, pero en las treguas se reunían con frecuencia y
6 conversaban entre ellos. También entonces mientras estaban
juntos, atareados con la pesca, empezaron a hablar, admi-
rando la belleza del mar y la disposición de aquellos luga-
7 res. Y uno de los que combatían en el bando de los corintios
dijo: «Sin embargo, siendo la ciudad tan grande y provista
de tantas bellezas, vosotros, que sois griegos, os esforzáis
por convertirla en bárbara, consintiendo que se instalen cer-
ca de nosotros los muy malvados y sanguinarios cartagine-
ses, frente a los que habría que pedir que hubiera muchas
8 Sicilias en defensa de Grecia. ¿Acaso pensáis que éstos re-
unieron un ejército y vinieron desde las columnas de Hera-
cles y del mar Atlántico hasta aquí para arriesgarse por el
9 dominio de Hícetes? Pero éste, si tuviera la sensatez de un
jefe, no echaría a sus padres[53] ni traería a la patria a los
enemigos, sino que conseguiría todo el prestigio y poder que
10 merece, convenciendo a los corintios y a Timoleón». Los

[53] Se refiere a los corintios, como fundadores de Siracusa.

mercenarios difundieron estos argumentos en el campamen-
to y despertaron en Magón, que desde hacía tiempo estaba
buscando un pretexto, la sospecha de que era traicionado.
Por eso, aunque Hícetes le pedía que se quedara, y le ense- 11
ñaba cuánto más numerosos eran que los enemigos, con-
vencido de que estaba por debajo de Timoleón en virtud y
fortuna más de lo que lo superaba en cuantía de ejército, le-
vantó el campo y zarpó hacia Libia dejando escapar de sus
manos a Sicilia de forma humillante y sin ningún motivo
humano comprensible[54].

Al día siguiente se presentó Timoleón formado para el 21
combate. Cuando se enteraron de la retirada y vieron la so-
ledad de los arsenales, les sobrevino la risa por la cobardía
de Magón y daban vueltas anunciando en la ciudad una re-
compensa para quien diera pistas sobre la flota de los carta-
gineses, por dónde se les había escapado[55]. No obstante, 2
Hícetes todavía tenía ganas de combate y no estaba dispuesto
a permitir la toma de la ciudad, sino que estaba bien planta-
do en los barrios bajo su control, que eran resistentes y difí-
ciles de asaltar; ante ello, Timoleón dividió sus fuerzas y
atacó él personalmente por el punto más incómodo, a lo lar-
go del cauce del Ánapo[56]. A otros, a cuyo frente estaba el 3
corintio Isias, les encargó atacar desde la Acradina; y a los

---

[54] Diodoro simplifica mucho los sucesos tan detallados por Plutarco, limitándose a decir que la flota cartaginesa, asustada ante la llegada de Timoleón y las naves corintias, zarpó para su tierra, dejando solo a Hícetes (XVI 69.4-5).

[55] Como muy bien advierte Flacelière, 1966, pág. 39, nota 1, se parodia con esta frase el bando público para encontrar a un esclavo fugitivo.

[56] El Ánapo, río de Siracusa, corre por la parte sur de la ciudad, en paralelo a los muros de Gelón que llevan desde la fortaleza de Euríalo hasta el barrio de Neápolis, protegido por alturas del terreno y por una planicie pantanosa (la Lisimelía); todo ello puede explicar el término *biaióteron* traducido por nosotros como 'más incómodo'.

terceros, los dirigieron contra las Epípolas[57] Dinarco y De-
máreto[58], que habían traído de Corinto la última tropa de re-
4 fuerzo. Puesto que el ataque tuvo lugar al mismo tiempo y
desde todos los frentes y los soldados de Hícetes se vieron
obligados a retroceder y huir, es justo atribuir al valor de los
combatientes y a la habilidad de su general la conquista de
la ciudad por la fuerza y que fuera tomada rápidamente tras
5 la derrota de los enemigos; pero que no muriera ni resultara
herido ninguno de los corintios fue obra que la Fortuna de
Timoleón exhibió como suya propia, como si estuviera riva-
lizando con la virtud de aquél para que quienes conocieran
estos hechos admiraran más su fortuna que sus méritos.
6 Pues la noticia no sólo se apoderó de toda Sicilia e Italia, si-
no que en pocos días Grecia se hizo eco de la importancia
del éxito, hasta el punto de que la ciudad de los corintios,
que no sabía si la flota había realizado la travesía, se enteró
al mismo tiempo de que sus soldados estaban a salvo y de
7 que habían logrado la victoria. Tan prósperas fueron sus
gestas y tanta fue la rapidez que la Fortuna asoció a la belle-
za de sus hazañas.

Medidas adoptadas en relación con la ciudad: repoblación

22 Convertido en dueño de la ciudadela, no le ocurrió lo mismo que a Dión y no tuvo miramiento con aquel lugar por la belleza y el lujo de sus construcciones, sino que guardándose de la sospecha que se

---

[57] Se trata de la zona norte de Siracusa, rodeada por los muros de Gelón y defendida en su extremo occidental por la altura (150 m) y castillo de Euríalo.

[58] Ambos son mencionados juntos por Demóstenes, *Sobre la corona* 295, como jefes del partido filomacedonio en Corinto. Este Dinarco es el que triunfó luego como orador en Atenas donde vivió desde ca. 340/348 hasta el 322 a. C. En cuanto a Demáreto, fue seguramente el mismo Demárato de quien nos habla Plutarco en relación con Filipo y Alejandro.

levantó contra aquél y lo arruinó, promulgó un bando ani-
mando a cualquier siracusano que lo deseara a presentarse
con instrumentos de hierro y colaborar en la demolición de
las murallas de los tiranos. Todos subieron, considerando 2
principio de libertad muy firme el bando y aquel día, y de-
molieron y destruyeron completamente no sólo la ciudadela,
sino también las casas y las tumbas de los tiranos. Tras dejar 3
nivelado el lugar, construyó en él los tribunales, compla-
ciendo a los ciudadanos y haciendo la democracia superior a
la tiranía[59].

Cuando tomó la ciudad, ésta no tenía ciudadanos, sino 4
que unos habían perecido en las guerras y las revueltas, y
otros huyeron de las tiranías, de modo que el ágora de Sira-
cusa por la falta de gente había producido tan abundante y
espeso boscaje que los caballos pastaban en ella, mientras
sus cuidadores estaban tumbados en la hierba. Las demás 5
ciudades, salvo unas cuantas, estaban llenas de ciervos y ja-
balíes, y a menudo los que estaban desocupados cazaban en
los arrabales y por las murallas; y ninguno de los que vivían 6
en los muros y las fortalezas era obediente, ni bajaba a la
ciudad, sino que a todos los dominaba el miedo y el odio al
ágora, a la política y a la tribuna, de donde les salieron la
mayoría de los tiranos. Por todo ello, Timoleón y los sira- 7
cusanos decidieron escribir a los corintios, para que manda-
ran a Siracusa colonos de Grecia[60]. Pues la región se iba a 8

---

[59] Cf. Nepote, *Tim.* 3.3, que da como explicación su deseo de que quedara la menor huella posible de la servidumbre a que los tiranos habían sometido Siracusa.

[60] Nepote prescinde respecto a la repoblación del orden cronológico y habla en general de una repoblación de Sicilia después de terminar con los tiranos, expulsar a los cartagineses y capturar a Mamerco, aunque se percibe la doble colonización, primero de sicilianos (en Plutarco se refiere a Siracusa) y luego de corintios (Nepote, *Tim.* 3.1)

quedar sin gente, y esperaban desde Libia una guerra importante, ya que, según sus informaciones, los cartagineses, tras el suicidio de Magón, habían crucificado su cuerpo, indignados por su comportamiento en el mando y estaban reclutando un gran ejército para pasar a Sicilia en la primavera de ese año.

23 Cuando llegaron estas cartas de parte de Timoleón y a la vez los embajadores siracusanos se presentaron y pidieron que se interesaran por su ciudad y volvieran a ser sus fundadores desde el principio, los corintios no se aprovecharon de
2 la ventaja ni se apropiaron de la ciudad, sino que primero acudieron a las competiciones sagradas de Grecia y a las principales fiestas e hicieron proclamar por sus heraldos que los corintios, después de haber derrocado la tiranía de Siracusa y de haber echado al tirano, invitaban a los siracusanos y a los demás sicilianos que quisieran, a vivir en la ciudad con libertad e independencia, repartiéndose el país en térmi-
3 nos de igualdad y justicia[61]. Luego enviaron mensajeros a Asia y a las islas, donde sabían que habitaban dispersos la mayoría de los fugitivos, y los invitaban a ir todos a Corinto, pues los corintios les proporcionarían por cuenta propia una travesía segura con naves y comandantes hasta Siracu-
4 sa. Anunciadas estas medidas, la ciudad obtuvo el más merecido y hermoso elogio y admiración, por haber liberado de los tiranos, salvado de los bárbaros y devuelto a los ciuda-
5 danos el país. Los que se reunieron en Corinto, como no alcanzaban el número suficiente, pidieron que se les unieran
6 colonos de Corinto y del resto de Grecia; y cuando se llegó a no menos de diez mil, zarparon rumbo a Siracusa. Ya se

[61] Para M. Sordi, (1961), págs. 47 y ss., seguida por M. Dreher, 1995, pág. 142, no hubo una sola colonización, sino dos, integradas por simplificación en el relato de Plutarco. La primera tuvo lugar en 343/2, limitada a sicilianos, y la segunda, más general, en 339/8.

habían reunido con Timoleón muchos de los que venían de Italia y de Sicilia y, siendo en total sesenta mil, como dice Átanis[62], les repartió el país, les vendió las casas por mil talentos, reservando a los siracusanos antiguos la posibilidad 7
de comprar las suyas[63] y consiguiendo con ello abundantes recursos para el pueblo, que era tan pobre para hacer frente además de todo a la guerra, que incluso se vendieron las estatuas, previa votación y defensa sobre cada una de ellas, como si se tratara de individuos rindiendo cuentas. Entonces 8
dicen que, mientras las demás fueron condenadas, los siracusanos conservaron la estatua de Gelón, el antiguo tirano, admirándolo y honrándolo por la victoria que obtuvo contra los cartagineses en Hímera.

Acciones contra los tiranos de Sicilia

Reavivada y llena la ciudad de es- 24
te modo, con el flujo hacia ella de ciudadanos de todas partes, Timoleón decidió dar la libertad a las demás ciudades y eliminar por completo de Sicilia las tiranías, con expediciones contra sus regiones[64]. A Hícetes lo obligó a que, abandonando su alianza con los

[62] Átanis de Siracusa (*FGrHist* 562) tomó parte en la expedición de Dión a Sicilia y fue *prostátes* de la ciudad con Heraclides y Arquelao de Dime. Su obra histórica se presenta como una continuación de Filisto, que interrumpió su historia de Sicilia en el 363/362 a. C. Escribió en trece libros (D. S., XV 94.4) los sucesos de Dionisio II y Dión, así como las campañas de Timoleón, para las que es considerado la fuente principal y, como tal, fue utilizado por Timeo (cf. el comentario de Jacoby, IIIb, pág. 522).

[63] En Nepote este detalle va referido a los sicilianos (*Tim.* 3.1: *ciuibus ueteribus sua restituit*).

[64] D. S. resume esta acción sobre la isla (derrocamiento de tiranos, liberación de los pueblos y organización legislativa, según él, de toda Sicilia) en XVI 72.3-6.

cartagineses, se comprometiera a demoler sus acrópolis y vi-
2 vir como particular en Leontinos; a Léptines, el tirano de Apolonia y de otros numerosos poblados, que, ante el peligro de ser apresado por la fuerza, se entregó voluntariamente, lo perdonó y envió a Corinto, considerando hermoso que los tiranos de Sicilia fueran contemplados por los griegos reducidos a una vida de destierro y humillación en la metrópolis[65].
3 Con la intención de que los mercenarios sacaran provecho de la tierra enemiga y no estuvieran ociosos, mientras se dirigió él personalmente a Siracusa para dedicarse a la constitución de la república y acordar con los legisladores venidos de Corinto, Céfalo y Dionisio[66], las normas más importantes y más bellas, envió a Dinarco y Demáreto a la región con-
4 trolada por los cartagineses; éstos, separando de los bárbaros muchas ciudades, no sólo vivían ellos en la abundancia, sino que además conseguían recursos para la guerra con lo que se obtenía.

Batalla de Crimiso

25 Entre tanto los cartagineses desembarcaron en Lilibeo con un ejército de setenta mil hombres, doscientos trirremes y diez mil cargueros que transportaban máquinas, cuadrigas, abundantes víveres y todos los demás preparativos, con la idea de no hacer ya la guerra parcialmente, sino de echar de
2 una vez a los griegos de toda Sicilia[67]; pues era este ejército

[65] D. S., XVI 72.4., da más detalles sobre la expedición contra este tirano de Apolonia y de Engion y coincide con Plutarco en la intencionalidad de Timoleón al enviarlo al Peloponeso «para mostrar a los griegos las desgracias de los tiranos derrotados».

[66] Diodoro sólo menciona al primero, en XVI 82.6-7.

[67] Esta ofensiva final de los cartagineses se describe en D. S., XVI 77.4; según él, el contingente total de los cartagineses era igual, aunque él

suficiente para someter a los sicilianos incluso ahora que no estaban en baja forma ni atacándose unos a otros. Informa- 3
dos de que la región bajo su dominio era saqueada, marcharon enseguida irritados contra los corintios, a las órdenes de Asdrúbal y Amílcar. La noticia llegó rápidamente a Siracu- 4
sa y los siracusanos se impresionaron tanto con la magnitud del ejército, que, entre tantas miríadas, apenas se atrevieron a tomar las armas y reunirse con Timoleón tres mil. Los 5
mercenarios eran cuatro mil en total; y de éstos, a su vez, unos mil desertaron por el camino, acobardados ante la idea de que Timoleón no estaba cuerdo, sino loco a su edad por atreverse a ir contra setenta mil enemigos con cinco mil infantes y mil jinetes[68] y por mantener a su tropa a una distancia de ocho jornadas de Siracusa, de donde no era posible salir vivos para los que escaparan ni encontrar sepultura para los que de ellos cayeran[69]. Pues bien, Timoleón con- 6
sideró ventajoso que éstos hubieran sido claros antes de la batalla e infundiendo valor a los demás los condujo inmediatamente hacia el río Crimiso, donde supo que se juntaban también los cartagineses.

---

refiere la cifra de setenta mil soldados de infantería, al total de los que llegan ahora más los que habían quedado previamente en la isla. POLIENO, *Estratag.* 5.13,7 habla de cincuenta mil soldados cartagineses que ven formados los siracusanos cuando suben la colina desde la que contemplan el ejército enemigo (cf. *infra* 26.1, 27.3).

[68] Los datos de D. S. no coinciden con los de Plutarco, que sin duda pretende enaltecer la heroicidad de su personaje rebajando el tamaño de su contingente; en efecto, D. S., XVI 78.13, computa un total de no más de doce mil soldados (a los que hay que deducir luego los mil desertores, 79.1) en el ejército de Timoleón.

[69] Por Diodoro conocemos el nombre del cabecilla, Trasio, al que permite Timoleón ir con los mil mercenarios que le siguieron a Siracusa para que les pagaran lo debido. Plutarco simplifica los principales argumentos de los desertores, que describe con detalle Diodoro (D. S., XVI 78.3-79.1).

26 Cuando subía a una colina al otro lado de la cual iban a
ver el ejército y las fuerzas de los enemigos, se toparon con
2 él unos mulos que transportaban apio; a los soldados se les
metió que el presagio era malo, por nuestra buena costum-
bre de coronar las tumbas de los muertos con apio; de ahí
viene cierto refrán que dice que el enfermo de gravedad ne-
3 cesita apio. Entonces, queriendo apartarlos de la supersti-
ción y acabar con sus malas esperanzas, Timoleón detuvo la
marcha y entre otras muchas razones adecuadas al momen-
to, les dijo que venía voluntariamente a sus manos la corona
que se ganaba con la victoria, aquélla con que los corintios
coronan a los vencedores de los Juegos Ístmicos, conside-
4 rando corona sagrada y tradicional ⟨la⟩ de apio[70]. En efecto,
todavía entonces en los Juegos Ístmicos, como ahora en los
Nemeos, el apio era la corona y no hace mucho desde que lo
5 ha sido el pino. Pues bien, después de dirigirse Timoleón,
como se ha dicho, a los soldados, cogió apio y fue el prime-
ro en coronarse con él, y luego los comandantes que tenía
6 cerca y la tropa. Los adivinos viendo acercarse dos águilas,
de las que una llevaba una serpiente ensartada entre sus ga-
rras y la otra volaba chillando fuerte y con ánimo, mostraron
el prodigio a los soldados y todos se pusieron a rezar e invo-
car a los dioses.

---

[70] A juzgar por *Quaest. conv.* 676D, donde Plutarco se refiere al mismo suceso y menciona su fuente, tomó el dato de Timeo, de quien sin duda pasa también a D. S. (XVI. 79.3-4); el historiador, sin embargo, no menciona el mal agüero que tenía el presagio para los soldados y que Plutarco menciona por dos razones: una, para informar de ello a su público romano; y otra, para marcar la actitud piadosa de Timoleón que modifica en sentido positivo la superstición de sus soldados. Diodoro también indica que éstos se coronaron de apio y marcharon con júbilo hacia la victoria. El relato de Polieno, *Estratag,* 5.12, puede venir del propio Plutarco o directamente de sus fuentes (en él se reproducen en estilo directo las palabras de Timoleón).

El año se encontraba en la época del comienzo del vera- 27
no y, con el mes de Targelión tocando a su fin, se acercaba
ya al momento del trópico[71]. A causa de la mucha niebla 2
que levantaba el río, primero se cubría de oscuridad la lla-
nura y no se podía ver nada de los enemigos; sólo subía un
murmullo impreciso y confuso a lo lejos hacia la colina, por
la puesta en marcha de un ejército tan grande. Pero cuando 3
los corintios, después de remontar la colina, se detuvieron y,
dejando los escudos, descansaban, el sol apareció y levantó
hacia arriba el vapor; entonces el denso aire se acumuló en
las alturas y concentrándose cubrió las cimas, mientras que, 4
al aclararse los lugares de abajo, apareció el Crimiso y se
vio a los enemigos cruzarlo con las cuadrigas en primer lu-
gar, terriblemente equipadas para el combate, y con diez mil
hoplitas de blancos escudos detrás de éstas. Se comprobaba 5
que éstos eran cartagineses por el brillo de su armadura y
por la lentitud y el orden de la marcha. Después de éstos 6
venían los demás pueblos y hacían la travesía a empellones
y en desorden. Viendo Timoleón que el río les reservaba la
posibilidad de seleccionar el número de enemigos con los
que ellos quisieran luchar, pidió a sus soldados que se fija-
ran en que la falange estaba dividida por la corriente y que
unos ya habían cruzado, mientras que los otros estaban a
punto de hacerlo; entonces ordenó a Demáreto atacar con la
caballería a los cartagineses y alterar su orden cuando toda-
vía no se había restablecido la formación. Por su parte él 7
bajó a la llanura y dejó las alas a los demás sicilianos, mez-
clando con cada una de ellas unos cuantos mercenarios y,
tomando consigo a los siracusanos y a los mercenarios más
aguerridos, aguardó un momento en el centro, observando la

[71] En *Cam.* 19.7 se concreta que la victoria de Timoleón sobre los cartagineses tuvo lugar el veinticuatro de Targelión, mes que corresponde a mayo/junio.

8 acción de la caballería. Cuando vio que aquéllos no podían trabar combate con los cartagineses por culpa de los carros que corrían delante de la formación, sino que, para evitar el desorden, se les obligaba a girar constantemente y volver a intentar las cargas una y otra vez, levantó su escudo y pidió
9 a gritos a la infantería que lo siguiera y tuviera valor. Según parece, el grito que lanzó fue extraordinario y mayor de lo habitual, bien porque con el ardor por el combate y el entusiasmo elevó el tono hasta ese extremo, o porque algún demon, como pensaron muchos entonces, gritó al mismo
10 tiempo que él. Aquéllos respondieron de inmediato al grito y lo exhortaban a conducirlos sin demora, por lo que indicó a la caballería que yendo hacia fuera superara la formación de los carros y atacara por el flanco a los enemigos, mientras él, compactando la formación de la primera fila con la unión de sus escudos, ordenó a la trompeta dar la señal de ataque y se lanzó sobre los cartagineses.

28 Estos aguantaron con fuerza el primer embate y, como tenían su cuerpo bien protegido con petos de hierro y cascos de bronce y habían colocado delante grandes escudos, repe-
2 lieron el golpe de las lanzas. Pero cuando el combate pasó a las espadas, y ya el asunto era cuestión de técnica no menos que de fuerza, de repente desde las montañas resonaron terribles truenos acompañados de brillantes relámpagos[72].
3 Entonces la niebla acumulada en las colinas y las cimas bajó sobre el campo de batalla, mezclada con lluvia, viento y granizo; a los griegos los envolvía por detrás y de espaldas,

[72] Curiosamente Polieno, *Estratag.* 5.12, 3, presenta este fenómeno en boca de Timoleón como prueba de un oráculo sobre la derrota de los enemigos, con que anima a sus soldados cuando desde la colina los ven formados: «Ahora tenemos que vencer a los enemigos; pues hay un oráculo según el cual cuando estén formados en este lugar serán destruidos, y va en apoyo del oráculo la tormenta que se ha levantado de pronto».

mientras que a los bárbaros les golpeaba la cara y les cegaba
la vista, pues desde las nubes caía a la vez una tromba de
agua y surgía un incesante resplandor. En estas condiciones 4
eran muchas las molestias y sobre todo para los inexpertos;
pero, al parecer, no menos era el daño causado por los true-
nos y el resonar de las armas, al ser golpeadas por la fuer-
za del agua y por el granizo, que impedía oír las órdenes de
los jefes. Para los cartagineses, que no estaban armados a la 5
ligera, sino, como se ha dicho, totalmente cubiertos por su
armadura, eran un impedimento tanto el barro como los
pliegues de sus túnicas al llenarse de agua, ⟨de modo que⟩[73] 6
se empleaban en el combate con pesadez y dificultad, y era
fácil derribarlos para los griegos; y después de caer les re-
sultaba imposible volver a levantarse del barro con las ar-
mas. Además, el Crimiso, ya muy crecido por las lluvias, 7
aumentó su nivel por el paso de los que lo atravesaban y la
llanura que lo circundaba, cruzada por muchas confluencias
y grietas, se llenó de corrientes que no seguían el cauce, por
las que los cartagineses iban de un sitio para otro y difícil-
mente podían salir. Finalmente, como la tempestad seguía y 8
los griegos derribaron su primera fila, de cuatrocientos sol-
dados, el grueso se dio la vuelta para la fuga; muchos fueron 9
alcanzados en la llanura y muertos, a muchos el río empu-
jándolos y arrastrándolos los hizo perecer chocando con los
que todavía estaban tratando de pasar y, a la mayoría, cuan-
do pretendían llegar a las colinas, las tropas ligeras corrie-
ron sobre ellos y les cerraron el paso[74]. Se dice que entre 10

[73] El problema de la consecutiva es el modo indicativo, en vez del infinitivo. Podría proponerse una causal ⟨διὸ καὶ⟩, en cuyo caso traduciríamos «por lo que también».

[74] Muy parecida es la descripción de la batalla en D. S., XVI 79.4-80.4, que atribuye la victoria al valor de las tropas de Timoleón y a la ayu-

diez mil cadáveres, tres mil eran de cartagineses, gran duelo
11 para su ciudad. Pues no había otros mejores que aquéllos ni por su nacimiento, ni por su riqueza ni por su gloria, ni hay memoria de que nunca antes en una sola batalla hubieran muerto tantos cartagineses precisamente[75], sino que, como empleaban la mayoría de las veces para las batallas libios, iberos y nómadas, sufrían las derrotas con daños ajenos.

29 Se reconoció por los griegos la importancia de los caídos por los despojos. Pues los saqueadores hicieron poca cuenta de las armas de bronce e hierro; tan abundante era la plata, y abundante el oro. Y es que pasaron al otro lado y
2 tomaron el campamento con las acémilas. De los prisioneros, la mayoría sufrieron el expolio de los soldados y, puesto
3 en común, su número se cifró en cinco mil. También se cogieron doscientas cuadrigas[76]. Pero el espectáculo más hermoso y magnífico que se vio fue la tienda de Timoleón, rodeada de montones de despojos de toda clase, entre los que se expusieron mil corazas de una factura y belleza ex-
4 cepcionales y diez mil escudos. Al ser pocos los que despojaban a muchos y encontrarse con grandes ganancias, se vieron con dificultades para, al tercer día después de la batalla,

da de los dioses, señalando los detalles tácticos y el efecto diferente sobre unos y otros de la tormenta.

[75] Plutarco exagera un poco (a favor de la importancia de la victoria de Timoleón) la cifra de cartagineses muertos, que en Diodoro es de dos mil quinientos (XVI 80.4); en cambio, para el historiador el número de diez mil que menciona Plutarco como pérdidas totales por parte de los enemigos, es una cifra que corresponde a los muertos entre los que luchaban de parte de los cartagineses, excluida la elite de éstos, antes calculada en dos mil quinientos (80.5).

[76] Según Diodoro, los prisioneros fueron quince mil (80.5: *ouk eláttton tôn myríon kaì pentakischilíon*). Seguramente la cifra de cinco mil que da Plutarco es fruto de un *lapsus,* ya que ha podido quedarle en la memoria sólo la última cifra del total dado por su fuente. El número de carros coincide también con el que da Diodoro.

erigir el trofeo. Junto con la noticia de la victoria, Timoleón 5
envió a Corinto las más bellas armas de los prisioneros,
queriendo que su patria fuera objeto de envidia para todos
los hombres, cuando contemplaran sólo en aquélla de todas 6
las ciudades griegas los templos más importantes no adornados con despojos griegos, ni llenos de ingratos recuerdos de ofrendas procedentes de la matanza de parientes y gentes de la misma raza, sino de despojos bárbaros, que demostraran con bellísimas inscripciones además del valor de los vencedores su justicia, como: «Los corintios y el general Timoleón, después de liberar del yugo de los cartagineses a los griegos que habitan Sicilia, nos ofrecieron en acción de gracias a los dioses»[77].

Expulsión de los tiranos Mamerco e Hícetes

Después de esto dejó en tierra 30
enemiga a los mercenarios, llevándose y trayendo las posesiones de los
cartagineses; por su parte él se fue a 2
Siracusa y, a aquellos mil mercenarios por los que fue abandonado antes de la batalla, los expulsó de Sicilia mediante un bando y los obligó a marcharse
de Siracusa antes de la puesta del sol. Éstos navegaron en- 3

[77] Nepote es muy breve en la descripción de la victoria de Timoleón sobre los cartagineses, que se incardina en la secuenciación cronológica Dionisio-Hícetes-cartagineses, como una más de las empresas del personaje en Sicilia (*Tim.* 2.4). En cuanto al destino del botín, también D. S. menciona igualmente la exposición de armas en la tienda de Timoleón (mil corazas y diez mil escudos), pero es más generoso respecto al destino de las ofrendas, pues dice que luego se distribuyeron por los templos de Sicilia, aunque también apunta el envío de las riquezas a Corinto, consagradas en el templo de Posidón (XVI 80.6-81.1); el tono patriótico que encontramos en Plutarco fue, en parte la causa de que Timoleón perdiera parte de sus aliados inmediatamente después de esta batalla (cf. L. Prandi, 1977).

tonces a Italia y murieron traicionados por los brucios; ése
fue el castigo que impuso la divinidad a su traición[78].
4 En cuanto a Mamerco, el tirano de Catania, e Hícetes, ya
sea por envidia de los éxitos logrados por Timoleón o por
miedo de él, considerándolo nada de fiar e implacable con
los tiranos, firmaron una alianza con los cartagineses y les
pidieron que enviaran un ejército y un general, si no desea-
5 ban ser echados totalmente de Sicilia; por tanto, se hizo a la
mar Gescón[79] con setenta naves y un contingente de merce-
narios griegos, siendo así que nunca antes los cartagineses
habían utilizado griegos; pero entonces los admiraron como
6 los más invencibles y belicosos de todos los hombres[80]. Re-
unidos todos y puestos en común unos con otros en Mesina,
mataron a cuatrocientos mercenarios de Timoleón que habí-
an sido enviados como tropa de auxilio y, en los dominios
de los cartagineses, tendieron una emboscada en las llama-
das Hieras y destruyeron a los mercenarios de Éutimo el
7 leucadio; a raíz de estos incidentes todavía se hizo más fa-
mosa la fortuna de Timoleón; pues éstos eran parte de los
que con Filomelo de Focea y con Onomarco se apoderaron
de Delfos y colaboraron con aquéllos en el saqueo del tem-

[78] El destino de los mercenarios se describe en iguales términos (salvo la alusión a la divinidad como ejecutora del castigo) en D. S., XVI 82.1-2.

[79] Sobre Gescón nos informa D. S., XVI 81.3, que era hijo de Hannón y que, estando desterrado, los cartagineses lo hicieron volver y lo hicieron su general por el arrojo y capacidad de mando que lo caracterizaban.

[80] Plutarco añade esta nota patriótica a la mención sobre este contingente de mercenarios griegos que encuentra en su fuente (cf. D. S., XVI 81.4). En cuanto a la formación de este ejército, el historiador la atribuye al temor de los cartagineses a un ataque a su patria por parte de Timoleón, pero no se dice que Gescón fuera a Sicilia para ayudar a los tiranos; según él, los cartagineses enviaron embajadores para negociar la paz con Timoleón (XVI 81.4).

plo[81]. Todo el mundo los odiaba y los evitaban por estar 8
malditos, pero fueron contratados por Timoleón mientras
andaban errantes por el Peloponeso, a falta de otros solda-
dos. Al llegar a Sicilia, lograron la victoria en todas las ba- 9
tallas que afrontaron con aquél, pero ahora que tocaba a su
fin la mayoría de los combates y los más importantes, en-
viados a otras misiones de ayuda por él perecieron y fueron
destruidos completamente, no todos a la vez, sino por par-
tes; pues de este modo se fue imponiendo la Justicia a ellos
en perfecto acuerdo con la Fortuna de Timoleón, para que
ningún daño sufrieran los buenos por el castigo de los ma-
los. En consecuencia, la buena disposición de los dioses 10
hacia Timoleón resultó no menos admirable en los fracasos
que en los éxitos.

La mayoría de los siracusanos estaban molestos por los 31
insultos de los tiranos. En efecto, Mamerco, muy orgulloso
de escribir poemas y tragedias, alardeaba de haber vencido a
los mercenarios y, cuando ofreció sus escudos a los dioses,
escribió este dístico injurioso:

Estos escudos teñidos de púrpura e incrustados de oro,
los cogimos con vulgares escudillos. *[marfil y ámbar*

Después de este suceso y de que Timoleón saliera en 2
expedición hacia Cataría[82], Hícetes invadió Siracusa y co-

[81] Se refiere a la participación de muchos de los 4000 mercenarios reclutados por los corintios en las Guerras Sagradas contra Filipo de Macedonia, sobre cuyo castigo por haber saqueado el santuario habla D. S., XVI 61.2: Filomelo se suicidó y su hermano Onomarco (así recoge Diodoro el nombre) fue derrotado en una batalla y crucificado. Plutarco alude a ello en *De sera num. vind.* 552F y, más adelante, en la *Comparación* 1.4s.

[82] Los manuscritos dan nombres como Calauria (Λ) y Calabria (KPQZ), que no tienen sentido en Sicilia; los editores han propuesto diversas alternativas, entre ellas Galaria (Ziegler) y Camarina (Beloch, adopta-

gió abundante botín y, tras infligir numerosos daños y perjuicios, se retiró precisamente cerca de Cataría, menospre-
3 ciando a Timoleón que contaba con pocos soldados. Aquél lo dejó avanzar y luego lo persiguió con caballería y tropas ligeras; al darse cuenta Hícetes, cuando ya había atravesado el Damirias, se detuvo junto al río para defenderse; pues también a él le infundió valor la dificultad del paso y lo es-
4 carpado de la orilla a ambos lados. Entre los jefes de caballería de Timoleón se suscitó entonces una extraña disputa
5 y cierta rivalidad que demoraba la batalla; pues no había ninguno que quisiera atravesar el río después de otro para atacar a los enemigos, sino que cada uno se consideraba con derecho a combatir él mismo en la primera fila y la travesía
6 no tenía orden, al empujarse y atropellarse unos a otros. Por tanto, decidió Timoleón sortear los comandantes y para ello le cogió a cada uno su anillo; los echó todos en su clámide y, después de mezclarlos, mostró el primero que casualmen-
7 te tenía como figura grabada un trofeo. Cuando vieron esto los jóvenes, empezaron a dar gritos de alegría y ya no esperaron el siguiente sorteo, sino que, con la rapidez con que cada uno podía, atravesaron el río y trabaron combate con
8 los enemigos. Estos no aguantaron su violencia, sino que en la fuga todos por igual fueron despojados de sus armas y perdieron mil muertos.

32 No mucho después marchó Timoleón contra Leontinos y cogió vivo a Hícetes, a su hijo Eupólemo y al comandante

---

do por Flacelière), que llevaría la acción hacia Ragusa, al sureste de Siracusa; el problema está en identificar en esa zona el nombre del río que los manuscritos llaman Damirias, ya que el río próximo a Camarina es el Hípari. Si, como parece, el Damirias se identifica con el actual Mulinello, entre Siracusa y Catania, el nombre podría ser Cataria (= Catania), lo que es coherente con el contexto, ya que Mamerco era tirano de aquella ciudad.

de caballería Éutimo, que fueron atados por los soldados y conducidos a su presencia. Hícetes y el jovencito murie- 2
ron[83], castigados por tiranos y traidores; Éutimo, que era un hombre valiente en los combates y sobresalía por su arrojo, no halló compasión a causa de ciertos insultos contra los corintios de que se le acusaba. Se dice, en efecto, que, cuando 3
los corintios salieron en expedición contra ellos, en sus arengas entre los leontinos dijo que nada temible ni tremendo había ocurrido, si

unas mujeres corintias salían de su casa[84].

Así es la naturaleza de la mayoría, que se sienten más afli- 4
gidos por palabras que por malvadas acciones; pues les es más difícil soportar la insolencia que el daño y a los que combaten se les permite defenderse por cualquier acción, como cosa necesaria, pero los insultos parecen responder a un exceso de odio y de maldad.

Al regreso de Timoleón, los siracusanos llevaron a jui- 33
cio en asamblea a las mujeres de Hícetes y a las hijas y las mataron. Ésta parece que fue la más desagradable de las 2
obras de Timoleón; pues no habrían muerto así las mujeres, si aquél se hubiera opuesto. Pero, según parece, se desen- 3
tendió de ellas y las entregó a la cólera de los ciudadanos, que se vengaron así por Dión, el que expulsó a Dionisio. Pues Hícetes es el que arrojó al mar con vida a la mujer de 4
Dión, Arete, a su hermana Aristómaca y a su hijo, todavía niño, sobre lo que ya se ha escrito en la *Vida de Dión*[85].

---

[83] Diodoro, que no describe esta guerra con los tiranos, se limita a decir que tras la firma de la paz con los cartagineses, Timoleón combatió con Hícetes y lo mató (XVI 82.4).

[84] Eurípides, *Medea* 216.

[85] 58.8-9. Hay que pensar que, en el momento de escribir y publicar esta *Vida*, Plutarco sólo conoce esta versión (secundaria en el pasaje citado

34 Después de esto marchó contra Mamerco a Catania y, tras vencerlo en batalla campal cuando le hizo frente cerca de la corriente del Ábolo y ponerlo en fuga, mató más de dos mil; de éstos una parte no pequeña eran las tropas auxi-
2 liares fenicias enviadas por Gescón. Como resultado, los cartagineses le pidieron e hicieron la paz, de manera que conservaban la región al interior del Lico[86], pero permitían salir de ella a los que quisieran emigrar a Siracusa con sus enseres y familias y renunciaban a la alianza con los tira-
3 nos[87]. Mamerco, desanimado en sus esperanzas, navegó hacia Italia para conducir a los lucanos contra Timoleón y los siracusanos; pero como después de que sus compañeros giraron los trirremes y dirigiéndose a Sicilia entregaron Catania a Timoleón, obligado también él se refugió en Mesina,
4 junto a Hipón, el tirano de la ciudad. Cuando Timoleón los atacó y puso cerco a la ciudad por tierra y por mar, Hipón fue sorprendido tratando de huir en una nave. Los de Mesina lo apresaron y llevando a sus hijos al teatro desde las escuelas como para un espectáculo muy bello, el castigo del

de *Dión*) o que se inclina por ella porque representa una mayor crueldad por parte de Hícetes y justifica mejor así, en cierto modo, la venganza. En *Dión* el biógrafo se decide por otra versión, según la cual mete a la familia de Dión en un barco con el pretexto de enviarla al Peloponeso, pero con la orden de degollar a las mujeres y el niño y tirarlos luego al mar.

[86] Se trata del río Hálico (actual Plátani), uno de los más largos de Sicilia, que nace en el centro de la isla y se dirige hacia el oeste para desembocar en Heraclea Minoa, al NO de Agrigento. Se reservaba así a los cartagineses la parte extrema occidental de Sicilia.

[87] La secuencia de los hechos es distinta en Nepote/Plutarco y Diodoro. Éste, que no se interesa por los detalles de la guerra de Timoleón contra Hícetes ni menciona la de Mamerco, fija la paz con los cartagineses, en la que se establecía la libertad para las ciudades de Sicilia y como límite de ambas fuerzas el río Lico, para evitar que ayudaran a los tiranos que luchaban contra Siracusa, antes de la muerte de Hícetes (XVI 82.3) y no después, como Nepote y Plutarco.

tirano, lo atormentaron y le dieron muerte. Mamerco se en- 5
tregó a Timoleón con la condición de someterse a juicio entre los siracusanos sin contar a Timoleón como acusador.
Llevado a Siracusa, compareció ante el pueblo e intentó 6
pronunciar un discurso compuesto por él desde antiguo, pero, interrumpido por los abucheos y viendo inexorable la asamblea, corrió tirando el manto por medio del teatro y lanzándose a la carrera contra una de las gradas, se abrió la
cabeza con intención de suicidarse. Pero no encontró esta 7
muerte, sino que llevado todavía vivo, sufrió el castigo que reciben los piratas[88].

Últimos años de Timoleón: balance de sus hechos y gloria

Pues bien, Timoleón eliminó de 35
este modo las tiranías y acabó con las guerras. Cogió la isla entera en estado salvaje por culpa de los malvados y aborrecida por sus habitantes y la dejó tan apacible y la volvió tan atractiva para todos, que otros venían por mar, para habitarla, desde los lugares a donde los
ciudadanos huían antes[89]. En efecto, Agrigento y Gela, ciu- 2

---

[88] Nepote se limita a señalar que capturó a Mamerco, *hominem bellicosum et potentem,* que había ayudado a los tiranos (*Tim.* 3.2). La versión que nos da Polieno, *Estratag.* 5.12,2, es menos favorable a Timoleón, por lo que puede haberla simplificado Plutarco. Según éste, Timoleón prometió a Mamerco no acusarlo y, con esa condición, el tirano fue a Siracusa para entregarse. Timoleón lo llevó ante la asamblea y allí dijo que no lo iba a acusar, pero que lo condenaba a muerte ya que era justo que el que había engañado a muchos él mismo fuera engañado.

[89] Los detalles de la repoblación y reconstrucción de Sicilia son mayores en Nepote, que distingue las dos repoblaciones (primero de sicilianos y luego de corintios). También Diodoro describe aquí la repoblación de Siracusa y Sicilia (XVI 82.5-83.1). Es con motivo de esta segunda colonización cuando debe situarse la llegada de los legisladores Céfalo y Dionisio, que Plutarco localiza antes de la batalla del Crimiso (*supra* 24.4). Para la cronología de ambas colonizaciones, cf. M. Sordi, 1961, pág. 104 ss.

dades importantes que después de la guerra ática[90] habían sido arrasadas por los cartagineses, las repoblaron entonces Megilo y Feristo, aquélla, y Gorgo, ésta, tras reunir a los antiguos ciudadanos y navegar desde Elea y Ceos, respectiva-
3 mente. A éstos no sólo les brindó seguridad después de tanta guerra y calma mientras se instalaban, sino también los demás recursos necesarios y colaboraba con ellos entusias-
4 mado, por lo que se le quería como un fundador[91]. Los demás tenían todos la misma actitud hacia él, de modo que no había final de contienda, ni promulgación de leyes, ni repoblación de país, ni constitución que se considerara buena, si aquél no intervenía en ella y le daba sus últimos retoques, aportándole, como un demiurgo[92] a su obra ya casi concluida, cierta gracia divina y conveniente.

36 Sin duda en su tiempo hubo muchos griegos importantes y que realizaron grandes gestas, entre los que se contaban Timoteo, Agesilao, Pelópidas y el más imitado por Timoleón, Epaminondas; pero sus acciones combinan su brillo con cierta dosis de violencia y dificultad, de modo que algunas hasta son censurables y susceptibles de arrepenti-
2 miento; en cambio de las obras de Timoleón, si no contamos la fatalidad en relación con su hermano, no hay ninguna a la que no se le puedan aplicar, como dice Timeo[93], los versos de Sófocles:

---

[90] Se refiere a la expedición ateniense a Sicilia entre el 415 y 413 a. C.

[91] Nepote exagera este honor diciendo que muchas ciudades le consideraban a él su fundador y no a quienes realmente las fundaron (*Tim.* 3.2).

[92] Demiurgo significa 'artesano'; pero preferimos dejar el término griego que recuerda, aplicada a Timoleón, la labor del legislador-demiurgo de la *República* platónica (500d) y la función creadora y ordenadora del demiurgo del *Timeo*.

[93] *FGrHist.* 566F 119b. La cita de Sófocles encaja con el gusto de Timeo por la erudición libresca de que lo acusaba Polibio (cf. F. Muccioli, 2000, pág. 300).

Oh dioses, ¿qué Cipris o qué Hímero
ayudó a éste?

Pues igual que la poesía de Antímaco y las pinturas de Dio- 3
nisio, ambos de Colofón, aunque tienen fuerza y tensión,
son como obras hechas a la fuerza y pesadas, mientras que
en el caso de los cuadros de Nicómaco[94] y de los versos de
Homero, a su fuerza y gracia general se les suma la aparien-
cia de haber sido realizadas sin trabajo y fácilmente; de 4
igual modo, comparadas con las campañas de Epaminondas
y con las de Agesilao, que fueron muy trabajosas y de duros
combates, las de Timoleón, que asociaron generosamente a
la belleza la facilidad, les parecen a quienes las consideran
bien y con justa razón, no obra de la fortuna, sino de una
virtud afortunada. No obstante, aquél refirió a la fortuna to- 5
dos sus éxitos; pues, tanto en sus cartas a los amigos de la
patria como en sus discursos a los siracusanos, dijo muchas
veces que daba gracias a la divinidad porque siendo su vo-
luntad salvar Sicilia, incluyó su nombre en esa empresa[95].
En su casa erigió un santuario del Azar donde hacía sacrifi- 6
cios e incluso consagró la propia casa al Sagrado Demon[96].
Vivía en una casa que le asignaron como premio de sus 7
campañas los siracusanos, así como el campo más agradable
y hermoso; en él pasaba la mayor parte de su tiempo libre,
habiendo traído de su casa a la mujer y los hijos. Pues no 8

[94] Antímaco de Colofón era un poeta épico y elegíaco contemporáneo de Platón, autor de una *Tebaida* en cinco libros, donde trataba el tema de los Siete contra Tebas. Plutarco lo juzga también negativamente en *De garr.* 513A. Dionisio fue un pintor, discípulo de Polígnoto Tasos, citado por PLINIO, *Historia Natural* 35.10,37; a Nicómaco, pintor de la época de Alejandro, lo menciona CICERÓN, *Bruto* 70.

[95] La misma idea se expresa en NEPOTE, *Tim.* 4.3.

[96] Cf. *Praec. ger. reip.* 816E y *De laud. ips.* 542E. La historia seguramente está tomada de Timeo.

regresó a Corinto, ni se inmiscuyó en los conflictos griegos ni se expuso a la envidia política, en que cae la mayoría de los generales por ambición de honores y de poder, sino que permaneció allí, disfrutando de los bienes procurados por él
9 mismo; entre ésos el más importante fue ver tantas ciudades y miles de hombres felices por su causa[97].

Enfermedad, muerte y honores

37 Como, al parecer, es preciso no sólo que todas las alondras tengan su colina, según Simónides[98], sino también cada democracia su sicofanta, atacaron a Timoleón dos demagogos,
2 Lafistio y Deméneto. De ellos, Lafistio le reclamó una fianza para cierto juicio y él no dejó a los ciudadanos que alborotaran ni lo impidieran; pues, decía, él mismo había sufrido tantos esfuerzos y peligros para que recurriera a las leyes
3 cualquier siracusano que lo deseara[99]; en cuanto a Deméneto, lo acusó muchas veces en la asamblea por sus campañas, pero él no respondió nada a sus acusaciones, sino que dijo que debía gratitud a los dioses, pues les había pedido ver a los siracusanos dueños de poder expresarse con franque-
4 za[100]. Pues bien, reconocidamente él fue entre los griegos de su época el que realizó obras más importantes y hermosas y, en las acciones a las que los sofistas siempre invitaban a los
5 griegos en sus panegíricos[101], en éstas sobresalió él solo; en

---

[97] Nepote pone el énfasis en que, cuando pudo, dejó el mando y vivió como un ciudadano privado, gozando del afecto de los sicilianos (*Tim.* 3.4).

[98] frg. 3 Diehl.

[99] En los mismos términos se cuenta esta anécdota en Nepote, *Tim.* 5.2.

[100] Nepote, *Tim.* 5.3.

[101] Se refiere a los panegiricos de autores como Lisias e Isócrates que proponían la unidad de los griegos contra los bárbaros.

cuanto a los males de la época, que aquejaban a la antigua
Grecia, gracias a la Fortuna quedó al margen de ellos, sin
mancha de sangre y puro; pero dio pruebas de su habilidad
y valor a los bárbaros y a los tiranos y de su justicia y afabi-
lidad a los griegos y a los amigos; la mayoría de los trofeos 6
de sus combates los erigió sin llanto ni dolor para los ciuda-
danos y, en menos de ocho años en total, entregó Sicilia a
sus habitantes purificada de sus continuos e inseparables
males y enfermedades.

Ya siendo viejo se le debilitó la vista y poco después la 7
perdió por completo, sin que él mismo se diera ocasión, ni
fuera víctima de la fortuna, sino, al parecer, por una causa
genética y una catarata que se producía con el tiempo[102];
pues se dice que no pocos parientes de su linaje perdieron la 8
vista de igual modo, debilitada por la vejez. Átanis dice[103] 9
que cuando todavía se estaba librando la guerra contra
Hipón y Mamerco en Miles, su vista sufrió un glaucoma en
el campamento y que todos se dieron cuenta de su ceguera,
pero no suspendió por esto el asedio, sino que perseveró en
la guerra hasta apresar a los tiranos. Pero cuando regresó a 10
Siracusa, inmediatamente renunció al mando único y rogó a
los ciudadanos que lo aceptaran, en un momento en que los
asuntos estaban alcanzando el más bello término.

Pues bien, que aquél sufriera su propia desgracia sin do- 38
lor nos extraña menos[104]; en cambio son dignas de admira- 2

---

102 También Nepote indica que la pérdida de la vista no se debió a ninguna enfermedad, aunque aprovecha el suceso para insistir en la moderación del personaje, que no profirió ningún lamento por ello (*Tim.* 4.1).

103 *FGrHist.* 562F3.

104 Posible alusión al énfasis que pone Nepote en ello (*Tim.* 4.1: *quam calamitatem ita moderate tulit, ut neque eum querentem quisquam audierit neque eo minus priuatis publicisque rebus interfuerit*); sin duda a Plutarco, y a diferencia de Nepote, le interesa más la actitud social hacia el personaje que la individual de éste ante el sufrimiento.

ción las muestras de honor y agradecimiento de los siracu-
sanos hacia él, que le tributaron cuando ya estaba ciego;
pues iban y venían a su puerta y, a los extranjeros que llega-
ban de viaje, los llevaban a su casa y a su campo para que
3 contemplaran a su bienhechor, alardeando y orgullosos de
que hubiera elegido vivir el resto de su vida con ellos, des-
preciando un regreso a Grecia tan brillante como se le ha-
4 bía preparado por sus éxitos. Pero entre las muchas medidas
propuestas y adoptadas en su honor, a ninguna era inferior
que el pueblo de los siracusanos decretara que siempre que
se encontraran en guerra con extranjeros, nombrarían gene-
5 ral a un corintio. También lo que ocurría en las asambleas
en su honor ofrecía un bello espectáculo; pues mientras que
decidían las demás cuestiones por sí mismos, para las deli-
6 beraciones más trascendentes lo llamaban a él. Éste se diri-
gía hacia el teatro llevado a través del ágora en un carro; y,
cuando el vehículo entraba con él sentado, el pueblo lo sa-
ludaba a una aclamándolo y el respondía al saludo dejando
cierto intervalo para los silencios de respeto y los elogios;
luego, tras escuchar el asunto de que se trataba, exponía su
7 opinión. Una vez sometida a votación y aprobada ésta, los
criados de nuevo conducían el carro por el teatro y los ciu-
dadanos, después de acompañarlo con gritos y aplausos,
volvían a ocuparse por sí mismos de los demás asuntos pú-
blicos.

39.1 Envuelto en tales honores y cuidado en su vejez con ca-
riño, como si fuera un padre común, murió por un motivo
2 insignificante pero que se sumó a su edad. Después de unos
días, para que los siracusanos hicieran los preparativos del
entierro y acudieran los periecos y extranjeros —en los de-
más detalles el gasto fue generoso— los jóvenes a los que se
designó por sorteo llevaron su lecho muy compuesto a tra-
vés de los palacios del tirano Dionisio entonces ya destrui-

dos. Acompañaban muchas miríadas de hombres y muje- 3
res, cuyo aspecto era propio de una fiesta, pues todos por-
taban coronas y llevaban blancos vestidos; y sus voces y
llantos, mezclados con la celebración del muerto, no deno-
taban la formalidad propia de los funerales ni una liturgia
prefijada, sino que eran muestras de justa añoranza y grati-
tud de verdadero cariño. Cuando por fin se colocó el ataúd 4
en la pira, Demetrio, que era el heraldo con voz más potente
entonces, pronunció el siguiente bando que se había puesto
por escrito: «El pueblo de los siracusanos entierra a Timo- 5
león hijo de Timodemo, corintio, por doscientas minas y
acordó honrarlo para siempre con competiciones de música,
de caballos y gimnásticas, porque, tras derrocar a los tira-
nos, vencer a los bárbaros y repoblar las principales ciuda-
des devastadas, dictó sus leyes a los sicilianos»[105]. Erigieron 6
la tumba con sus restos en el ágora y después de rodearla
más tarde con pórticos y de construir allí palestras, levanta-
ron un gimnasio para los jóvenes y lo llamaron Timoleon-
cio[106]. Por su parte, ellos hicieron uso de la constitución y 7
de las leyes que aquél promulgó y vivieron felices durante
mucho tiempo.

---

[105] El texto de este bando coincide casi exactamente con el que reproduce D. S., XVI 90.1; las diferencias son de escasa importancia (Plutarco escribe en ático los dorismos de Diodoro), salvo en el final, en el que el biógrafo modifica la referencia a la libertad de las ciudades del texto de Diodoro («y, tras repoblar las principales ciudades griegas, fue responsable de la libertad para los sicilianos»), para insistir en la labor legislativa de Timoleón, lo que es más coherente con la secuencia de contenidos (tiene más sentido que después de repoblar las ciudades les diera leyes que la libertad).

[106] Nepote, *Tim.* 5.4, es menos preciso, pues se limita a decir que fue enterrado en el gimnasio de este nombre, no que se levantó allí con posterioridad.

COMPARACIÓN DE PAULO EMILIO Y TIMOLEÓN

Comparación

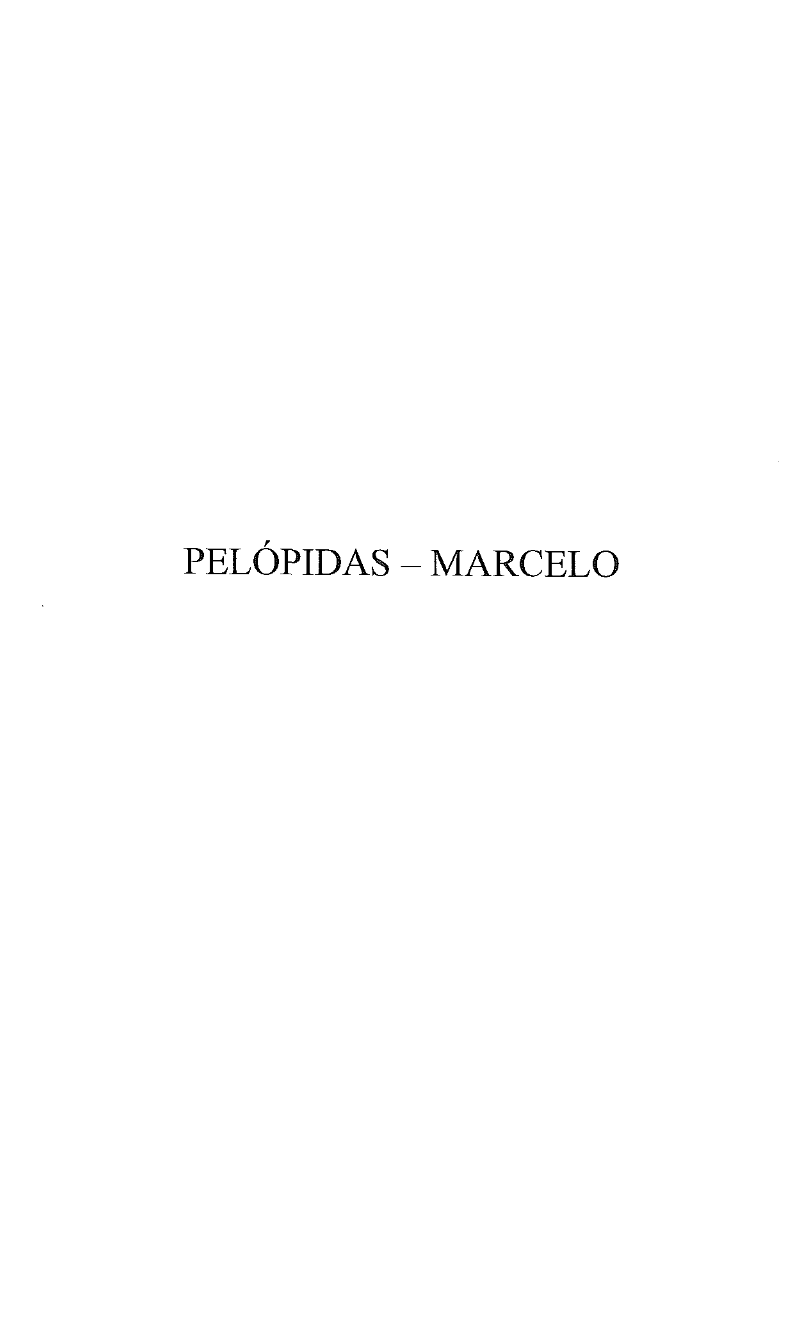
40 (1) Puesto que tales son los datos que tenemos de acuerdo con la historia, está claro que la comparación no encierra muchas diferencias ni faltas de
2 semejanza. En efecto, ambos han mantenido guerras contra enemigos gloriosos, los macedonios en un caso y los cartagineses en el otro; y sus victorias fueron muy renombradas, pues aquél conquistó Macedonia y terminó con la herencia de Antígono en el séptimo rey, y éste abolió todas las tiranías de Sicilia y dio la libertad a la is-
3 la. A menos que, por Zeus, se quiera pretender sin razón que los combates de Emilio con Perseo tuvieron lugar cuando era más fuerte y había vencido a los romanos, mientras que Timoleón lo hizo con un Dionisio totalmente acabado y
4 desgastado; y, en cambio, a favor de Timoleón, que venció a muchos tiranos y al gran ejército de los cartagineses con una tropa de circunstancias, no como Emilio al frente de soldados con experiencia en guerras y que sabían obedecer, sino de quienes eran mercenarios y soldados sin disciplina, habi-
5 tuados a combatir a su capricho. En efecto, los éxitos iguales conseguidos con medios desiguales otorgan el mérito al general.

41 (2) Pues bien, ambos fueron honestos y justos en sus hechos, pero Emilio parece que llegó a ello inmediatamente, preparado por las leyes y la patria, mientras que Timoleón
2 se realizó como tal por sí mismo. Prueba de esto es que los romanos de aquel tiempo todos eran igualmente disciplinados y observadores de las costumbres y temerosos de las

leyes y de los magistrados, mientras que entre los griegos
no hay caudillo ni general que no se corrompiera entonces
al contacto con Sicilia, aparte de Dión. Y la verdad es que 3
de Dión muchos sospecharon que aspiraba a la monarquía
y soñaba con cierta realeza de tipo laconio. Timeo[107] dice 4
que los siracusanos enviaron de vuelta a Gilipo sin fama ni
honra, tras haber reconocido su codicia y su ansia en elmanc
Y la de veces que el espartano Fárace y el ateniense Calipo 5
se saltaron las leyes y violaron los tratados con la esperanza
de mandar en Sicilia, está escrito por muchos. Y sin embar- 6
go, ¿quiénes eran éstos o qué poder tenían para albergar tales esperanzas? De ellos, uno estaba al servicio de Dionisio cuando ya había sido expulsado de Siracusa, y Calipo era
uno de los jefes de mercenarios de Dión. En cambio Timo- 7
león, enviado con plenos poderes a petición y ruego de los siracusanos y no buscando poder, sino obligado a tener el que cogió porque se lo dieron voluntariamente, se impuso como límite de su mando y autoridad el derrocamiento de
los que gobernaban ilegalmente. Sin duda en el caso de 8
Emilio es admirable aquello, que habiendo derribado semejante monarquía, no aumentó su hacienda ni en un dracma ni quiso ver ni tocar las riquezas, aunque dio y regaló mu-
chas a otros. No quiero decir que Timoleón sea censurable 9
por haber aceptado una bonita casa y un terreno; pues no es vergonzoso coger algo por tales servicios, pero no cogerlo es mejor, y hay cierta superioridad en la virtud de quien de-
muestra que no necesita algo cuando puede tenerlo. Pero co- 10
mo, en el caso del cuerpo, más robusto que el que puede soportar o el frío o el calor es el que está bien dotado para ambos cambios de temperatura al mismo tiempo, de igual modo en el caso del alma tiene templanza y fortaleza aque-

[107] *FGrHist* 566F 100c.

lla a la que ni los éxitos quebrantan y ablandan con la insolencia ni la humillan las desgracias. Por esto parece más perfecto Emilio, puesto que en la fortuna adversa y en un sufrimiento tan grande como el de sus hijos en absoluto se
11 dejó ver más rebajado ni menos digno que en los éxitos. En cambio Timoleón, que se comportó noblemente en el asunto del hermano, no afrontó con reflexión el sufrimiento, sino que, abatido por el remordimiento y el dolor no soportó ver
12 la tribuna y el ágora durante veinte años. Y es que debemos huir y avergonzarnos de las feas acciones, pero la precaución ante la mala fama es propia de un carácter bueno y delicado, mas carente de grandeza.



PELÓPIDAS – MARCELO

INTRODUCCIÓN

Aunque no tenemos certeza sobre la fecha precisa de composición ni sobre la cronología relativa de las *Vidas de Pelópidas y Marcelo,* los estudios más autorizados concuerdan en situarlas entre las más antiguas[1] y algunos autores[2] piensan incluso que su redacción debió de ser inmediatamente posterior a la del par inicial —las perdidas biografías de *Epaminondas* y *Escipión*—, viendo razonable que Plutarco aprovechara en el *Pelópidas* los materiales recogidos para el *Epaminondas.*

En lo que se refiere a la elección de los personajes, en la de Pelópidas pudo pesar, junto al motivo recién mencionado, un sentimiento de patriotismo local[3], pues había sido

---

[1] Para la cronología de las *Vidas,* cf. en esta misma colección (B.C.G. 77) PLUTARCO, *Vidas paralelas* I, Introducción general, traducción y notas por A. PÉREZ JIMÉNEZ, págs. 78-85.

[2] Entre los que hay que citar a J. MEWALDT, «Selbstzitate in den Biographien Plutarchs», *Hermes* 42 (1907) 564-578, M. VAN DER VALK, «Notes on the composition and arrangement of the Biographies of Plutarch», en *Studi in onore di Aristide Colonna,* Perusa, 1982, págs. 301-337 y K. ZIEGLER, *Plutarchos von Chaironeia,* Stuttgart, 1964, pág. 265.

[3] Aunque la de Pelópidas es la única biografía de un personaje tebano que ha llegado hasta nosotros, el catálogo de Lamprias testimonia que Plu-

uno de los artífices de la hegemonía de Tebas; haberlo emparejado con Marcelo, el mayor oponente de Aníbal en la Segunda Guerra Púnica, es sin embargo una decisión que la crítica considera algo forzada. En efecto, ambos presentan rasgos comunes, como el amor a su patria y su género de vida —el de la milicia y, secundariamente, la política—, pero también comportamientos que los oponen. Se portaron de un modo bien distinto, por ejemplo, ante los tribunales cuando hubieron de defenderse de las acusaciones de sus enemigos: firme, serena y razonada la actuación de Marcelo ante las reclamaciones de los siracusanos y la malevolencia de Publicio Bibulo; menos brillante la de Pelópidas cuando se pedía para él la pena de muerte por el retraso en concluir su misión como beotarca, hasta el punto de que Plutarco la silencia[4]. Tampoco se asemejan en su comportamiento con los vencidos: cruel el de Marcelo, que causó repetidamente matanzas en ciudades que había tomado, mientras que Pelópidas nunca mató a nadie ni esclavizó ninguna ciudad. Lo mismo ocurre con la actitud de ambos en el terreno religioso: Pelópidas, respetuoso habitualmente, sólo en vísperas del combate en que hallaría la muerte desatiende unos presagios

---

tarco quiso favorecer la imagen de su patria chica dando a conocer las vidas de otros beocios ilustres, como Heracles, Hesíodo, Píndaro y Crates.

[4] Cornelio Nepote (*Vidas, Epaminondas* 8) ofrece una versión más completa del suceso: Epaminondas, que había sido secundado en la decisión de permanecer en el Peloponeso por Pelópidas y algunos otros de los beotarcas, dijo a sus compañeros que descargasen en él toda la responsabilidad del asunto; ellos atendieron su ofrecimiento y salieron del paso gracias a esa defensa. Epaminondas, por su parte, no negó la acusación —haber prolongado, contra lo mandado por la ley, su período de mandato como beotarcas, delito castigado con la muerte—; solo pidió que constara en la sentencia que se le condenaba por haber vencido en Leuctra a los lacedemonios y por haber liberado Mesenia: «Cuando terminó de hablar todos comenzaron a reír a carcajadas y ni uno solo de los jueces se atrevió a votar en contra».

funestos; Marcelo, sin embargo, se muestra más distante ante los signos: cuando su caballo, en formación para el combate contra Britomarto, se desmanda y da media vuelta, él tira de las riendas hasta hacerle completar el giro y arrodillarse como si estuviera adorando a los dioses, con lo que transforma un mal presagio en un rasgo de piedad, y el mismo día de la batalla en que habría de morir desatiende los auspicios que desaconsejaban emprender la lucha[5]. Plutarco, consciente de estos contrastes y de que lo que hay de común en los personajes les viene más de las circunstancias que de sus propios caracteres, deja claro tanto en el proemio como en la comparación final que fue sobre todo la similitud de sus muertes lo que le llevó a enfocar ambas biografías de modo paralelo.

Una de las principales líneas de investigación sobre las *Vidas paralelas* es la que se ocupa del estudio de las fuentes utilizadas por Plutarco, que nos ayuda a valorar estas biografías en su justa medida en su calidad de fuente histórica y también a comprender mejor la técnica de composición de Plutarco. En la mención de los autores de los que se sirvió, Plutarco es poco locuaz en el caso de *Pelópidas,* pues solo cita por su nombre a Éforo, Calístenes y Polibio, y eso en el contexto de la digresión sobre el número de efectivos que componían la *mora* espartana, lo que contrasta con la *Vida de Marcelo,* en la que menciona a Polibio, Tito Livio, Posidonio, Cornelio Nepote, Valerio Máximo, Juba y Augusto.

De esos autores, sólo Cornelio Nepote, en los dieciséis libros que componían las *Vidas de varones ilustres,* se ocu-

[5] Y cuenta Cicerón (*Sobre la adivinación* 2, 77) que cuando, revestido ya como magistrado, se encaminaba a llevar a cabo alguna tarea a la que concedía importancia, se hacía llevar en silla cubierta para evitar ver por el camino algún presagio contrario.

pó de los dos biografiados que componen esta pareja. Sabemos que en uno de los libros perdidos de esta obra, el que versaba *Sobre los generales famosos del pueblo romano,* uno de los personajes incluidos era Marcelo, y en el que versa *Sobre los generales famosos de las naciones extranjeras* —único que se nos ha conservado— Nepote trata sobre Epaminondas y Pelópidas —aunque muy brevemente sobre el segundo, puesto que su biografía es poco más de un tercio de la del primero y las noticias que ofrece se refieren fundamentalmente a la recuperación de la Cadmea, la embajada ante el Rey de Persia y la lucha contra Alejandro de Feras, es decir, a acciones que se atribuyen a Pelópidas en solitario, sin el concurso de su compañero Epaminondas—.

Se ha de tener presente también que el episodio más significado de la vida de Pelópidas, el de su regreso al frente de los desterrados en Atenas para recuperar la Cadmea, la ciudadela de Tebas, que había sido ocupada por una guarnición espartana[6], sirvió de tema a Plutarco en otro de sus tratados, en *Sobre el genio de Sócrates*. No disponemos de datos para saber si este escrito es anterior o posterior a la *Vida de Pelópidas,* pero sí han podido ser comparadas ambas narraciones[7], con la conclusión de que las diferencias entre ellas se explican en razón de sus distintas pretensiones: si aquí el interés se centra en el papel desempeñado por el principal protagonista, y el plan atrevido de los conjurados tebanos y la ejecución del mismo son una ocasión para el encomio del personaje, en *Sobre el genio...* estos hechos ofrecen a Plutarco la oportunidad de estudiar «el panorama completo de

[6] Episodio que en la *Vida* de Nepote ocupa aproximadamente la tercera parte del relato y en la *Vida* de Plutarco cerca de la cuarta parte.

[7] D. Babut, «Le dialogue de Plutarque sur le démon de Socrate. Essai d'interprétation», *Bulletin de l'Association Guillaume Budé* 1 (1984) 51-76.

la humanidad vista desde el ángulo de sus relaciones con la divinidad». En este tratado Plutarco no está tan interesado en describir la intentona como en explorar la antigua dicotomía entre vida activa (πράξεις) y vida contemplativa (λόγοι) mediante la subdivisión esquemática de la humanidad en tres tipos.

Volviendo a la cuestión de las fuentes, para los demás datos relativos al general tebano debió de informarse por la *Historia* de Éforo[8] y las *Helénicas* de Calístenes de Olinto. Ambas obras recogían la historia de este período, pero es difícil saber en qué medida Plutarco se hace eco de la versión de uno u otro de estos autores, entre otras cosas, porque ya en la Antigüedad se acusaba a Éforo de haber plagiado la obra de Calístenes[9]. Por otro lado, algunos de los elementos del relato de Plutarco coinciden con fragmentos transmitidos indirectamente de obras no conservadas de otros historiadores, y eso ha llevado a algunos especialistas a sugerir también los nombres de Teopompo, Polibio, Valerio Máximo, Fanias, Hegesandro y Filisto como posible origen de esos datos.

Para el estudio de los hechos que Plutarco relata en la *Vida de Pelópidas* contamos hoy en día con otras dos fuentes significativas —aparte de las *Vidas* de Cornelio Nepote—, a saber, las *Helénicas* de Jenofonte y la *Biblioteca* de Diodoro de Sicilia; si la segunda de estas obras permite ver que buena parte de las fuentes debió de ser común a ambos autores, de la primera hemos de decir que la marcada tendencia filoespartana de Jenofonte influye en su análisis de

[8] De la que nosotros conocemos sólo el resumen que figura en los libros XV-XVI de la *Biblioteca* de Diodoro de Sicilia.

[9] Las acusaciones de plagiario contra Éforo figuran en Eusebio, *Praeparatio evangelica* 10.3, 464B.

los hechos y penetra el relato de tal modo que Pelópidas apenas figura en él[10].

En cuanto a las fuentes para la *Vida de Marcelo,* ya hemos citado más arriba las que Plutarco menciona. De Valerio Máximo y Posidonio parece que haya tomado más bien datos sueltos que información de conjunto sobre el biografiado[11], y de Juba proceden probablemente las noticias sobre las antigüedades romanas (los *spolia opima,* la *ova*). Son especialmente manifiestos los paralelismos de la narración con lo transmitido por Cornelio Nepote, Tito Livio y Polibio, aunque Plutarco nos ofrece también datos que no figuran en ninguno de estos autores. De Cornelio Nepote pudo tomar, aparte de los datos concretos en los que lo cita como fuente, el esquema biográfico, esquema que Plutarco enriqueció y completó mediante la consulta de obras históricas de mayores pretensiones (Polibio y Tito Livio), y mediante el empleo de las comparaciones, recurso clásico en la retórica. En el relato de los sucesos posteriores a la batalla de Cannas —especialmente para los capítulos 9 a 12 y 24 a 30— la dependencia de Livio es evidente, aunque no faltan las divergencias[12]. Es probable que Plutarco tomara de Li-

---

[10] Sí aparece en el episodio de la embajada ante el Rey de Persia *(Helénicas,* VII 1, 33 y ss.), pero no en el de la recuperación de la Cadmea *(Helén.,* V 4, 1 y ss.), en el que no sólo no lo menciona, sino que incluso atribuye el protagonismo a Fílidas y Melón, ni en el relato de la batalla de Leuctra *(Helén.,* VI 4, 4 y ss.), en donde no son mencionados ni Pelópidas ni Epaminondas.

[11] Aunque algunos autores (así Bocchi, 1998, cf. Bibliografía) piensan que la influencia de Posidonio podría ser importante en un sentido cualitativo más que cuantitativo, pues de él procedería la imagen de humanidad y filantropía del personaje.

[12] La introducción de Flacelière (cf. Bibliografía) a estas *Vidas* (págs. 182-185) y sus notas a los pasajes correspondientes, así como la de Bocci (págs. 344-348) precisan y comentan las diferencias y la libertad con que Plutarco usó esta fuente.

vio también las noticias referentes a la guerra contra los galos (caps. 3-4 y 6-7)[13] y que también conociera la versión de esos mismos hechos dada por Polibio.

Pero al efecto de valorar el peso de Polibio como fuente hemos de tener en cuenta otro punto importante. Plutarco nos dice que tanto Pelópidas como Marcelo fueron presa de un odio especial contra los enemigos que al final fueron causa de su muerte, Alejandro de Feras y Aníbal, respectivamente. Si en el caso de Pelópidas está claro que ese sentimiento nació del hecho de haber sido prendido de modo doloso y posteriormente encarcelado por el tirano, no es tan fácil saber cuáles fueron, aparte del aprecio a su patria, las motivaciones de Marcelo en su encono contra Aníbal. La respuesta a esta cuestión deriva de la situación de la política interior de Roma, en donde, desde el siglo IV a. C., se enfrentaban dos facciones: una, más emprendedora, que animaba proyectos expansionistas de carácter comercial, inclinada a abrir camino a sus empresas hacia el sur y la isla de Sicilia —en proa, por tanto, al enfrentamiento con Cartago— y, en último término, a empeñarse en el dominio del Mediterráneo, encabezada por los Escipiones, mientras que la otra facción haciéndose eco de las ambiciones de la nobleza rural, buscaba la expansión por las tierras del centro y el norte de Italia, más fértiles y menos pobladas. Parece que Marcelo, al igual que Fabio Máximo, apoyaba más bien esta segunda orientación. Plutarco, que hace referencia varias veces a los «enemigos» o los «adversarios» de Marcelo, silencia casi sistemáticamente los nombres de éstos —sólo menciona por su nombre al tribuno Publicio Bíbulo— y no alude directamente a la existencia de dos bandos en la política romana de

[13] Del texto de Tito Livio no se conserva esa parte del relato, pero lo fundamental de las narraciones de Floro, Eutropio y Orosio, autores de epítomes de la obra del primero, coincide con la versión de Plutarco.

la época. Sin embargo, la existencia de esos dos grupos políticos explica bien algunos de los comportamientos de Marcelo, como su indulgencia para con los campesinos romanos —expresada en su generosidad al acoger a los supervivientes de Cannas— o el rigor que usó con las ciudades que conquistaba en el Sur de Italia —dado que no tenía ningún interés en congraciarse con sus habitantes ni pretendía usar después el territorio como base para expansiones posteriores—. Polibio, que fue amigo personal de los Escipiones, tiende a resaltar las hazañas de éstos y minimizar las de sus adversarios políticos, entre los cuales se contaba Marcelo. Plutarco era consciente de esa hostilidad, como hace ver en la comparación (1, 7-9) cuando pone de relieve que aunque Marcelo no obtuviera nunca una gran victoria sobre Aníbal, puso muchas veces en fuga a sus tropas y fue el único general romano al que Aníbal rehuía[14].

Por último, cuando Plutarco cita como fuente a César Augusto se refiere probablemente al discurso fúnebre pronunciado por el emperador en honor del último de los descendientes de Marcelo, otro Marcelo, hijo de Julia, la hermana de Augusto, y yerno de éste, en el cual había pensado Augusto como heredero. Es de suponer que en ese discurso Augusto mencionaría a los nobles antepasados de su yerno en tono laudatorio y que en sus palabras se haría eco de las versiones más favorables al antiguo y heroico general

---

[14] Polibio (*Historias* XV 11, 7, y 16, 5) interpreta la historia en el sentido de que la primera victoria de los romanos sobre Aníbal es la de Publio Cornelio Escipión el Africano en Zama.

No deja de ser una ironía del destino que poco después de la victoria sobre Aníbal el partido de los pequeños propietarios, principales protagonistas de la lucha contra el cartaginés, fuera derrotado políticamente. La muerte de Marcelo le libró de ver la decadencia de su grupo político y el triunfo de las posiciones de sus adversarios.

poniendo de relieve puntos de vista que sin duda ayudaron a Plutarco a contrarrestar los excesos de la propaganda de Polibio.

En cuanto a la composición de estas *Vidas,* el proemio se abre con anécdotas que ilustran un tópico moral: el exceso de valor no es una virtud cuando da en osadía y desprecio de la propia vida, y tal comportamiento no es digno de alabanza en el jefe militar[15]. Pelópidas y Marcelo, dos hombres «belicosísimos», «dispuestos a usar la fuerza de su brazo... frente a los más potentes adversarios», murieron ambos por exceso de arrojo y por desmesura en el ansia de acabar con un enemigo al que llevaban largo tiempo enfrentándose.

En la tarea de presentárnoslos, Plutarco usará las comparaciones repetidamente para confrontar a los protagonistas de estas dos *Vidas* no sólo entre sí, sino también con personajes contemporáneos de cada uno de los biografiados o con personajes secundarios de su biografía o del personaje con quien le empareja; de esas confrontaciones irán saliendo paralelismos y contrastes que, a modo de gradaciones de luces y sombras, dibujarán poco a poco como a carboncillo a estos dos grandes hombres.

Así, junto a Pelópidas aparece, el primero, Epaminondas, el otro gran caudillo de la hegemonía tebana, al que le unían sentimientos de afecto y amistad a pesar de las numerosas diferencias que los separaban: Pelópidas rico, brillantemente casado, con hijos, aficionado al ejercicio físico, mientras que Epaminondas, de situación humilde por su nacimiento, soltero, prefería dedicarse al estudio y la filosofía. Además, la actitud filosófica de Epaminondas influye bené-

---

[15] A pesar de que este tópico cuadra bien con la intención moralizante de Plutarco, no es original, pues ya Polibio (VIII 35) había tratado un tema semejante.

ficamente sobre Pelópidas distanciándolo de Marcelo, que no puede contar con nadie que le ayude a contrapesar su falta de formación filosófica.

En sentido contrario, entre los personajes opuestos a Pelópidas tenemos, primeramente, al tirano Alejandro de Feras, «implacable y bestial y de una gran crueldad y... sumamente disoluto y ambicioso», un cobarde que cuando Pelópidas se adelanta para enfrentarse a él «no aceptó la embestida ni aguantó allí, sino que buscó refugio entre los lanceros», quienes dieron muerte a Pelópidas hiriéndole de lejos con sus picas y, en segundo lugar, al oligarca tebano Arquias, a instancias del cual se produjo el ataque espartano a la Cadmea, cuyo rasgo más llamativo es su tendencia oligárquica.

En el caso de Marcelo, junto a él aparece Fabio Máximo, el otro gran jefe militar romano de la Segunda Guerra Púnica. Las opiniones que tenían sobre ellos los dos bandos de la contienda en que participaron los presentan nítidamente en una visión contrastada: los romanos, «ajustando y mezclando la osadía y eficiencia de éste ⟨scil., Marcelo⟩ con la precaución y previsión de aquél ⟨Fabio Máximo⟩, votaban unas veces a ambos como cónsules a la vez y otras enviaban por turno al uno como cónsul y al otro como procónsul»; Aníbal, por su parte, decía que a Fabio lo temía como a maestro y a Marcelo como antagonista. Poniéndolo en una imagen, Plutarco recoge la de Posidonio, quien dice que a Fabio lo llamaban «el escudo» y a Marcelo «la espada».

Entre los oponentes de Marcelo, Aníbal, que fue su principal enemigo militar, es descrito sin embargo con la imagen de un gran estratega que sabe aprovechar el terreno y las ocasiones, hábil en las relaciones personales, taimado si se presenta la ocasión; el verdadero oponente moral de Marcelo en esta *Vida* no es el cartaginés, sino el matemático siracusano Arquímedes, cuyas máquinas de guerra resultaron

victoriosas frente a todos los ataques del romano a pesar de que la mayor parte de ellas «habían sido resultados accesorios de juegos geométricos»; y es que, frente a un Marcelo que pasó su vida de campaña en campaña[16], Arquímedes «pasó la mayor parte de su vida apartado de la guerra y dedicado a las fiestas»[17].

Del conjunto de los trazos con que Plutarco dibuja estas vidas paralelas acaba resultando una imagen más brillante y modélica de Pelópidas, bien en razón de los afectos filohelénicos naturales en Plutarco, bien como resultado de la propaganda contraria a Marcelo que ya hemos mencionado, pero el lector ha de tener presente que al acercarse a estas *Vidas* no se enfrenta tanto a una obra historiográfica con pretensiones de exactitud como a una obra literaria con intenciones políticas y morales[18], marcada por la tradición retórica y por la propia personalidad, curiosa y erudita, de su autor. A pesar de que la prosa de Plutarco no siempre es modélica —frases larguísimas difíciles de reproducir en español, elevado número de construcciones de participio que hacen el estilo un tanto repetitivo— algunas escenas están

---

[16] A los coetáneos de Marcelo les ocurrió que «en su juventud lucharon contra los cartagineses por Sicilia y en la edad adulta contra los galos en defensa de la propia Italia y, ya ancianos, de nuevo se unieron contra Aníbal y los cartagineses» (*Marc.* 1).

[17] «Plutarco tiende a no reprochar sus actos a Marcelo en la caracterización directa; es sobre todo en contrastes sutiles e insospechados con otros personajes de la *Vida* romana donde el biógrafo despliega toda su maestría en hacer aparecer los aspectos negativos del carácter de Marcelo»: GEORGIADOU, *Plutarch's* Pelopidas. *A Historical and Philological Commentary*, Stuttgart-Leipzig, 1997, pág. 31.

[18] Sobre este punto, cf. los incesantemente mencionados pasajes de la *Vida de Alejandro* 1, 2, y la *Vida de Pericles*, 1-2, en donde Plutarco expresa claramente sus pretensiones a este respecto.

pintadas con tal viveza y sentido plástico que consiguen transformar lo anecdótico en memorable[19].

I

SUMARIOS

1. Pelópidas

1) Proemio: El exceso de audacia no es una virtud en los jefes militares. Rasgos comunes de Pelópidas y Marcelo, 1-2.
2) Linaje, infancia, educación y carácter de Pelópidas. La amistad entre Pelópidas y Epaminondas. Contraste de sus personalidades, 3-4.
3) Toma de la Cadmea por los espartanos. Pelópidas y otros miembros de su partido, desterrados por los oligarcas espartanos y acogidos por los atenienses, 5-6.
4) Por exhortación de Pelópidas y a imitación de Trasibulo, los desterrados tebanos recuperan la Cadmea, 7-13.
5) Invasión lacedemonia de Beocia. Escaramuzas con los lacedemonios, 14-15.
6) Batalla de Tegira. Digresión sobre Apolo Tegireo, 16-17.
7) Digresión: el Batallón Sagrado, 18-19.
8) Nueva invasión espartana del territorio tebano. La historia de las Leuctridas y el sueño de Pelópidas. Victoria de Leuctra, 20-23.
9) Beotarquia de Pelópidas y Epaminondas: operaciones en el Peloponeso. Proceso en Tebas a su retorno por su retraso en abandonar el cargo, 24-25.

[19] Baste pensar en la tristísima historia de las Leuctridas o en la comicidad de la reacción de los soldados romanos ante las máquinas de Arquímedes.

10) Alianza con los tesalios y primeras operaciones contra el tirano Alejandro de Feras. Mediación de Pelópidas en Macedonia. Estancia en Tebas del joven Filipo, futuro Filipo II de Macedonia, en calidad de rehén, 26.
11) Designado Pelópidas embajador ante Alejandro de Feras, es apresado a traición por éste. Cautiverio en Feras. Tebe, esposa de Alejandro, visita a Pelópidas en la prisión. Liberación gracias a la intervención de Epaminondas, 27-29.
12) Embajada ante el Rey de Persia en representación de los beocios, 30.
13) Nuevas campañas contra Alejandro de Feras. Un eclipse de sol, presagio funesto. Muerte de Pelópidas, 31-32.
14) Luto por Pelópidas y funerales en su honor a cargo de los aliados tesalios, 33-34.
15) Castigo y muerte de Alejandro de Feras, 35.

2. Marcelo

1) Linaje y temperamento de Marcelo. Circunstancias históricas. Hechos de juventud, 1-2.
2) Guerras contra los galos. Digresiones: sacrificios humanos en Roma; anécdotas sobre el escrupuloso respeto de los romanos por la tradición y los rituales, 3-5.
3) Triunfos militares sobre los galos y muerte de su rey Britomarto a manos de Marcelo. Digresión: distinción entre *spolia* y *opimia,* 6-8.
4) Tras la derrota de Cannas, el senado encarga a Marcelo diversas operaciones militares. Contraste entre Marcelo y Fabio Máximo, 9.
5) Operaciones de Marcelo en la Magna Grecia. Recuperación del héroe Bandio para el bando romano. Elegido cónsul, presagios funestos le llevan a rechazar el cargo y volver a las campañas en el Sur de Italia, 10-12.
6) Campaña en Sicilia: asedio y toma de Siracusa. Participación de Arquímedes en la defensa de su ciudad patria. Digresiones sobre la vida y obra del gran matemático, 13-19.

7) Digresión: la historia de Nicias. Rasgos de crueldad y compasión en la personalidad de Marcelo. La envidia de sus enemigos le lleva a celebrar el triunfo en el monte Albano. Digresión: el término *ova,* 20-22.
8) Los siracusanos, movidos por los enemigos de Marcelo, lo acusan ante el senado, 23.
9) Acciones contra Aníbal en Italia central, 24-26.
10) Marcelo es de nuevo denunciado por sus enemigos, 27.
11) Operaciones en Etruria. Presagios funestos. Obsesión de Marcelo por enfrentarse a Aníbal. Nuevos presagios funestos. Muerte de Marcelo, 28-29.
12) Funerales de Marcelo. Divergencias de las fuentes sobre lo ocurrido con sus restos mortales. Monumentos en honor de Marcelo. Descendencia, 30.
13) Comparación de Pelópidas y Marcelo, 31-33 (1-3).

Para la presente traducción hemos seguido el texto fijado por Flacelière-Chambry reseñado en la bibliografía; los contados pasajes en que nos hemos apartado de esa versión figuran en notas de modo que se puedan percibir mejor las razones de la elección.

II

TABLA CRONOLÓGICA

1. Pelópidas

386 a. C.:	Batalla de Mantinea, primera aparición histórica de Pelópidas
382 a. C.:	El tebano Fébidas toma la Cadmea. Los tebanos contrarios al régimen espartano se exilian en Atenas.

379 a. C.:	Liberación de Tebas por obra de los exiliados al mando de Pelópidas. Creación de la Liga beocia.
379-78 a. C.:	Cleómbroto invade Beocia.
378 a. C.:	El espartano Esfodrias asalta el Pireo.
378-77 a. C.:	Campaña de Agesilao contra Beocia.
375 a. C.:	Batalla de Tegira.
371 a. C.:	Batalla de Leuctra: primera derrota de la infantería espartana en campo abierto gracias a la táctica de la línea oblicua usada por Epaminondas. Fin de la hegemonía espartana y comienzo de la hegemonía tebana.
370-69 a. C.:	Pelópidas y Epaminondas invaden por primera vez el territorio espartano.
369 a. C.:	Proceso en Tebas contra Pelópidas y Epaminondas. Principio de la actividad de Pelópidas en Macedonia y Tesalia. Alianza de Esparta y Atenas contra Tebas.
369-368 a. C.:	Segunda invasión del Peloponeso por parte de Epaminondas.
368 a. C.:	Segunda misión de Pelópidas en Tesalia. Pelópidas es hecho prisionero por Alejandro de Feras.
367 a. C.:	Epaminondas libera a Pelópidas. Embajada de Pelópidas ante el Rey de Persia. Tercera expedición de Epaminondas al Peloponeso.
364 a. C.:	Muerte de Pelópidas en la batalla de Cinoscéfalas. Acciones tebanas en Tesalia: Alejandro de Feras es expulsado de las ciudades tesalias.
362 a. C.:	Muerte de Epaminondas en la batalla de Mantinea. Fin de la hegemonía tebana.
358 a. C.:	Alejandro de Feras es asesinado a instigación de su esposa por los hermanos de ésta.

2. Marcelo

c. 270 a. C.:	Nacimiento de Marco Claudio Marcelo.
264-41 a. C.:	Primera guerra púnica.
238-219 a. C.:	Guerras gálicas.
222 a. C.:	Primer consulado de Marcelo (junto con Cneo Cornelio Escipión Calvo. Vence a los galos en Clastidio y mata personalmente a su jefe Britomarto (Vindomaro), lo que le vale los *spolia opima*. Conquista de Mediolano. Primer triunfo.
218-201 a. C.:	Segunda guerra púnica.
217 a. C.:	Aníbal derrota al cónsul Cayo Flaminio en el lago Trasimeno.
216 a. C.:	Pretor por segunda vez. Derrota romana en Cannas.
215 a. C.:	Segundo consulado de Marcelo, al que fue obligado a renunciar por serle contrarios los augurios. Alianza de Aníbal con Filipo V de Macedonia. En Hispania, los Escipiones toman Sagunto y aseguran el dominio romano en la costa hispana.
214 a. C.:	Tercer consulado (con Quinto Fabio Máximo como colega). Acciones en el sur de Italia.
213 a. C.:	Es enviado a Sicilia con poder proconsular. Toma y saquea Leontini y asedia Siracusa al impedirle las máquinas de Arquímedes tomar la ciudad.
212 a. C.:	En un ataque por sorpresa consigue tomar algunos de los barrios de la ciudad.
211 a. C.:	La traición abre a Marcelo las puertas de Siracusa, que es sometida a saqueo. Muerte de Arquímedes. Vuelto a Roma, se le niega el triunfo y se le concede la *ova*. Antes de en-

trar en la ciudad celebra un triunfo en el monte Albano.

210 a. C.: Elegido cónsul por cuarta vez, se enfrenta ante el Senado a las acusaciones de los siracusanos, de las que es absuelto.

209 a. C.: Con Quinto Fabio Máximo como cónsul, Marcelo es investido con poder proconsular, y ambos colaboran en las campañas en el Sur de Italia contra Aníbal. Acusado de inactividad por Publicio Bíbulo ante el Senado, vuelve a Roma para defenderse de los cargos. Es absuelto y nombrado cónsul para el año siguiente.

208 a. C.: Quinto consulado de Marcelo. Muerte de Marcelo.

202 a. C.: Victoria definitiva de Roma sobre Aníbal en la batalla de Zama.

BIBLIOGRAFÍA

I. EDICIONES

FLACELIÈRE, R., CHAMBRY, É., *Vies,* IV: *Timoléon-Paul Émile, Pelopidas-Marcellus,* París (Les Belles Lettres), 1966.

ZIEGLER, K., *Vitae parallelae* II 2, Leipzig (Teubner), 1968.

II. ESTUDIOS

AA.VV. *Plutarco. Vite parallele. Pelopida.* Introducción de A. Georgiadou, traducción de P. Fabrini, notas de L. Ghilli; *Marcello,* introducción de S. Bocci, traducción de P. Fabrini, notas de L. Ghilli. Con contribuciones de B. Scardigli y M. Manfredini. (Traducción italiana y reproducción del texto griego de la edición de Ziegler.) Milán (Biblioteca Universale Rizzoli), 1998.

CARAWAN, E. M., «The Tragic History of Marcellus and Livy's Characterization», *Classical Journal* 80 (1985), 131-141.

CÀSSOLA, F., *I gruppi politici romani nel III secolo a. C.,* Trieste, 1962, rp. Roma, 1968.

CLARK, E. D., *A historical commentary on Plutarch's Marcellus* (Tesis), Ottawa, 1991.

GARZETTI, A., «Plutarco e le sue 'Vite parallele', Rassegna di studi 1934-1952», *Rivista di Storia Italiana* 65 (1953), 76 y ss.

GEORGIADOU, A., *Plutarch's Pelopidas. A Historical and Philological Commentary,* Stuttgart-Leipzig, 1997 (con bibliografía).

—, «Bias and Character-portrayal in Plutarch's Lives of Pelopidas and Marcellus», en *Aufstieg und Niedergang der Römischen Welt* 33.6, 1992.

KLOTZ, A., «Die Quellen der Plutarchischen Lebensbeschreibung des Marcellus», *Rheinisches Museum* N. F. 83 (1934), 289-318.

PODLECKI, A. J., DUANE, S., «A Survey on Work on Plutarch's Greek Lives 1951-1988», en *Aufstieg und Niedergang der Römischen Welt* 33.6, 4053-4127.

QUECK, G., *De fontibus Plutarchi in Vita Pelopidae,* Tesis, Dramburg, 1876.

SORDI, M., «Pelopida da Tegira a Leuttra», en H. BEISTER, y J. BUCKLER (eds.): *BOIΩTIKA. Vorträge vom 5. Internationalen Böotien-Kolloquium zu Ehren von Professor Dr. Siegfried Lauffer,* Múnich, 1989, 123-130.

TITCHENER, F. B., «Critical Trends in Plutarch's Roman Lives 1975-1990», en *Aufstieg und Niedergang der Römischen Welt* 33.6, 4128-4153.

PELÓPIDAS

El exceso de audacia no es una virtud

A unos que ensalzaban a un individuo irreflexivamente audaz y osado en las cosas de la guerra, Catón el Viejo[1] les dijo que apreciar uno mucho el valor era distinto de no apreciar uno mucho la vida. Fue una observación correcta. 1 1

Un soldado que luchaba junto a Antígono[2] ⟨y que se 2
mostraba[3]⟩ audaz, débil de complexión y en mal estado de salud, cuando el rey le preguntó la causa de su palidez reconoció ante él cierta enfermedad secreta. El rey, por honrarle, 3
ordenó a sus médicos que, si había algún remedio, no le faltara en absoluto el cuidado más extremo. Curado por completo, el aquel hombre valeroso dejó de ser amante del peligro y vehemente en los combates, de modo que incluso Antígono se lo reprochó y se extrañó del cambio. Pero el 4

---

[1] Catón el Censor (234-149 a. C.). La frase que Plutarco recoge aquí no figura entre las que le atribuye en la *Vida* correspondiente.

[2] Flacelière y Chambry (Plutarco, *Vies,* tomo IV, París, Les Belles Lettres, 1966), cuya edición hemos tomado como base para la presente traducción, se inclinan por identificarlo con Antígono Gonatas, rey de Macedonia de 277 a 239 a. C.

[3] Texto lacunoso que completamos siguiendo la conjetura de Ziegler.

individuo no le ocultó la causa, sino que le dijo: «Rey, tú me
hiciste menos osado al librarme de aquellos males por los
que despreciaba la vida».

5 Además, parece que un hombre de Síbaris dijo de los
espartanos que no hacían gran cosa al morir en la guerra por
6 escapar de tantos trabajos y tal género de vida. Pero a los de
Síbaris, que con el lujo y la vida muelle habían arruinado en
sí el amor a lo bello y el aprecio de los honores, les parecía,
naturalmente, que quienes no temían a la muerte odiaban la
7 vida, mientras que el valor ponía al alcance de los lacede-
monios el vivir placenteramente tanto como el morir, como
lo muestra aquel canto fúnebre, pues dice: «Éstos murieron

no teniendo por hermoso el vivir o el morir
sino el hacer ambas cosas de manera hermosa».

8 Pues ni es reprochable huir de la muerte, si uno ansía la
vida de modo honorable, ni es un bien la audacia si se pro-
9 duce por desprecio de la vida. Por eso Homero siempre hace
salir al combate bien y hermosamente armados a los hom-
bres más valerosos y combativos y los legisladores de los
griegos castigan al que abandona el escudo, pero no al que
deja la espada o la lanza, enseñando que antes conviene no
sufrir daños que intentar causárselos al enemigo, sobre todo
quien dirige la ciudad o al ejército.

2 1 Pues si, como distinguía Ifícrates[4], la infantería ligera se
parece a las manos, la caballería a los pies, la propia falange
al pecho y al tórax, y el general a la cabeza, parecería que al
ponerse en peligro y actuar temerariamente desprecia no su

---

[4] Uno de los más famosos generales atenienses de la primera mitad del siglo IV a. C., al que se atribuyen diversas reformas militares e innovaciones estratégicas.

propia vida, sino la de todos aquellos cuya salvación o lo contrario dependen de él.

Por eso Calicrátidas[5], aunque en lo demás era un gran 2
hombre, no respondió bien al adivino que le pedía que se guardara de la muerte porque las víctimas la predecían, al decirle que los asuntos de Esparta no dependían de un solo
individuo. Pues en la lucha, tanto por mar como por tierra, 3
Calicrátidas era uno solo, pero como general reunía en sí la fuerza de todos, de modo que ya no era uno solo aquél con quien tantas vidas se perdían.

Aún mejor respondió Antígono el Viejo[6] cuando estaba 4
a punto de entablar batalla naval en torno a Andros[7] cuando uno le dijo que las naves de los enemigos eran mucho más
numerosas: «¿Y a mí por cuántas me cuentas?» le dijo, con- 5
cediendo mucho valor, como lo tiene, al mando unido a la experiencia y el valor, cuya primera tarea es salvar al que salva todo lo demás.

Por eso en cierta ocasión que Cares[8] exhibía ante los 6
atenienses unas cicatrices en su cuerpo y el escudo desgarrado por una lanza, Timoteo, acertadamente, le dijo: «Pues yo, participando en el asedio de Samos, sentí mucha vergüenza una vez que me cayó cerca un dardo por haberme comportado más como un jovenzuelo que como un general y jefe militar de tan gran armada».

---

[5] Uno de los almirantes espartanos que participaron en las Guerras del Peloponeso.

[6] Antígono Gonatas.

[7] Una de las Cíclades, hoy Andros.

[8] Cares (400-325 a. C.) fue el más famoso soldado ateniense del s. IV; el otro protagonista de la anécdota, Timoteo, hijo de Conón, fue estratego con fama de especialmente afortunado y cayó en desgracia tras ser denunciado por Cares.

7 Allí donde el riesgo del general tiene un gran peso para
el conjunto ha de usar sin escatimar sus manos y su cuerpo,
mandando a paseo a quienes dicen que un buen general ha
8 de morir de vejez o, al menos, morir viejo. Pero donde hay
poca ventaja si se tiene éxito y se puede perder todo si se fa-
lla, nadie pide al general que lleve a cabo una acción co-
rriendo riesgos propios de un soldado.

9 Se me vino a la cabeza traer esto a colación antes de es-
cribir las biografías de Pelópidas y de Marcelo, grandes
hombres que cayeron en combate de un modo fuera de la
10 lógica. Siendo los dos belicosísimos y estando dispuestos a
usar la fuerza de su brazo y habiendo ambos adornado a su
patria con las más brillantes campañas y, además, frente a
los más potentes adversarios —uno, según se dice, fue el
primero en poner en fuga a Aníbal, a quien nunca habían
11 vencido, y el otro venció en batalla en formación a los lace-
demonios, que dominaban tierra y mar— ambos se arriesga-
ron sin ningún cálculo poniendo en juego su vida cuando en
realidad era más bien la ocasión de mantener a salvo a tales
12 hombres y tales jefes. Por eso hemos escrito, siguiendo sus
similitudes, sus vidas paralelas.

Linaje y carácter de Pelópidas

3 1 El linaje de Pelópidas, hijo de Hi-
poclo, gozaba de buena fama en Te-
bas, como el de Epaminondas, y él,
criado entre riquezas y habiendo reci-
bido aún joven una notable hacienda,
se volcó a ayudar a quienes lo merecían de entre los que se
lo pedían y de entre sus amigos para demostrar que verdade-
2 ramente era dueño de sus riquezas, no esclavo de ellas. Pues
«de la mayoría —como dice Aristóteles—, unos no las usan
por avaricia y otros las usan mal por prodigalidad, y pasan
la vida esclavos éstos de los placeres y aquéllos de los ne-

gocios»[9]. Todos los demás, agradecidos a Pelópidas, parti- 3
ciparon de la liberalidad y la humanidad que mostraba para
con ellos; de los de su entorno, sólo a Epaminondas no le
convenció de participar de su riqueza. Por el contrario, él 4
mismo participaba de la pobreza de aquél adornándose con
su sencillez en el vestir y su frugalidad en la mesa y con su
buena disposición para los trabajos duros y su lealtad en el
campo de batalla, como el Capaneo de Eurípides, 5

que tenía abundantes medios de vida
pero no le produjeron ninguna arrogancia[10],

porque se avergonzaba de que pareciera que gastaba más él
en su persona que el más humilde de los tebanos. A Epami- 6
nondas le hizo más ligera y fácil de soportar la pobreza —a
la que estaba acostumbrado y que le venía de familia— el
hecho de filosofar y el haber elegido desde el principio una
vida de célibe. Pelópidas, sin embargo, hizo un matrimonio 7
brillante, tuvo hijos[11], además; mas al no dejar por ello de
despreocuparse de los asuntos crematísticos ni de entregar
todo su tiempo a la ciudad, fue aminorando su hacienda.
Cuando los amigos le amonestaban y le decían que estaba 8
postergando un asunto ineludible, el de conservar sus bie-
nes, les decía: «Ineludible para éste, ¡por Zeus!, para Nico-
demo», señalando a un individuo cojo y ciego.

[9] La frase no concuerda exactamente con ningún pasaje de las obras aristotélicas, pero está en consonancia con *Ética a Nicómaco* 4, 1.

[10] Los versos son cita de EURÍPIDES, *Suplicantes* 861-862.

[11] Según CORNELIO NEPOTE (*Vidas, Epaminondas* 10, 1) un hijo de Pelópidas era de mala fama notoria.

Amistad y contraste entre Pelópidas y Epaminondas

41 Ambos estaban dotados por igual para todo género de virtud, excepto en que Pelópidas era más aficionado al ejercicio físico y Epaminondas al estudio, y que los pasatiempos de uno en su tiempo libre eran la palestra y la caza y los del otro escu-
2 char alguna lección y dedicarse a la filosofía. Pero teniendo ambos muchas buenas cualidades merecedoras de la fama, las personas de buen sentido consideran que ninguna era de tanta importancia como el afecto y la amistad irrefutable que los unió desde el principio hasta el final en medio de tantos com-
3 bates, desempeño de generalatos y acciones políticas. Pues si alguien echa una mirada a las acciones políticas de Arístides y Temístocles, de Cimón y Pericles, de Nicias y Alcibíades, ¡de cuántas diferencias, envidias y celos mutuos estuvieron llenas!; y si, por otra parte, se observa la benevolencia y respeto de Pelópidas hacia Epaminondas, con razón y justeza llamaría compañeros en las magistraturas como en el generalato a éstos, y no a aquéllos, que pasaron la vida luchando
4 más por triunfar uno sobre otro que sobre el enemigo. La verdadera causa era la virtud, que hacía que con sus acciones persiguieran no la fama, no la riqueza, con las que toma cuerpo la pérfida y pendenciera envidia, sino el amor divino, apasionados ambos desde el principio por ver que su patria se hacía la más destacada y la más poderosa gracias a ellos, usando a este fin los éxitos de ambos como propios.

5 Sin embargo, la mayor parte de los autores creen que su gran afecto les nació a partir de la campaña de Mantinea en la que lucharon al lado de los lacedemonios, de los que aún eran amigos y aliados, con la ayuda enviada desde Tebas[12].

[12] La campaña de Mantinea, ciudad del noreste de Arcadia, en el Peloponeso, tuvo lugar en 385 a. C., cuando el rey de Esparta Agesípolis sitió

Formados entre los hoplitas uno junto al otro y luchando 6
contra los arcadios, cuando cedió el ala de los lacedemonios de su lado y se produjo la huida de la mayoría, juntando los escudos mantuvieron la defensa frente a los atacantes. Y Pe- 7
lópidas, que había recibido siete heridas de frente[13], cayó sobre un montón de cadáveres mezclados de amigos y enemigos, y Epaminondas, aunque creyó que ya estaba sin vida, poniéndose delante, resistió defendiendo el cuerpo y las armas y corrió un grave peligro él solo ante muchos, decidido a morir antes que abandonar a Pelópidas que yacía por tierra. Cuando él mismo estaba ya en las últimas, con heri- 8
das de lanza en el pecho y de espada en el brazo, corrió en su ayuda desde el otro ala Agesipolis, el rey de los espartanos, y los salvó a ambos cuando ya no había esperanzas.

Asalto espartano a la Cadmea. Destierro de Pelópidas

Después de esto, los espartanos 51 1
trataban de palabra a los tebanos como amigos y aliados, pero en realidad miraban con desconfianza el sentimiento de seguridad de la ciudad y su poderío, y odiaban sobre todo al partido de Ismenias y Androclidas, al que pertenecía Pelópidas, que tenía fama de favorable a la libertad y a la democracia. Arquias y Leon- 2
tíadas y Filipo, hombres de tendencia oligárquica, ricos y de actitudes nada comedidas, convencieron al laconio Fébidas de que, atravesando por sorpresa el territorio con un ejército, se apoderara de la Cadmea[14] y, tras expulsar a quienes se

y tomó la ciudad; allí se produjo la primera intervención militar testimoniada de Pelópidas.

[13] Prueba de que en ningún momento había vuelto la espalda al enemigo en el combate.

[14] Nombre con el que se conocía a la acrópolis de Tebas. La toma de la Cadmea tuvo lugar en 382 a. C.

les opusieran, estableciera un gobierno oligárquico obedien-
3 te a los lacedemonios. Le convencieron, y atacando cuando los tebanos menos lo esperaban, pues eran las Tesmoforias[15], se adueñó de la ciudad alta; Ismenias fue detenido y llevado a Lacedemonia, y murió no mucho tiempo después, y a Pelópidas y Ferénico y Androclidas, que huyeron con
4 muchos otros, el heraldo los proclamó desterrados[16], y Epaminondas permaneció en la región, dado que le despreciaban como carente de inquietudes políticas por su ocupación filosófica y como débil por su pobreza.

6 1 Luego los lacedemonios arrebataron el poder a Fébidas y le impusieron una multa de cien mil dracmas, mas no dejaron de mantener una guarnición en la Cadmea; todos los demás griegos quedaron admirados ante lo inusual de la ac-
2 ción de castigar al autor y alabar su comportamiento, y a los tebanos, privados de su constitución patria y sometidos por obra de la facción de Arquias y Leontíadas, no les quedaba ni la esperanza de liberación de la tiranía, pues veían que ésta estaba sostenida por las armas gracias a la hegemonía de los espartanos y que era imposible echarla abajo a menos que alguien pusiera fin también a la primacía de aquéllos en
3 tierra y mar. Pero al enterarse la facción de Leontíadas de que los desterrados vivían en Atenas como amigos de los demócratas y gozando del honor que les tributaban los nobles, tramaban asechanzas contra ellos en secreto. Y a Androclidas lo mataron en una emboscada enviando a unos

[15] Fiesta común a todos los griegos, de protagonismo femenino, que se celebraba en otoño, algo antes del tiempo de la siembra, en honor de Deméter. Según PAUSANIAS, *Descripción de Grecia* IX 16, 15 (B.C.G. 198), en la Cadmea había un templo en honor de Deméter Tesmóforos.

[16] El destierro suele fecharse en el mismo año de la toma de la Cadmea, 382 a. C.

individuos desconocidos, pero con los demás fallaron. Lle- 4
garon también cartas de los lacedemonios a los atenienses
ordenándoles que no los recibieran y que no los animaran,
sino que expulsaran a los desterrados en calidad de enemi-
gos comunes señalados como tales por los aliados[17]. Pero 5
los atenienses, además de sus sentimientos humanitarios
tradicionales y connaturales, correspondiendo a los tebanos,
que habían sido grandes colaboradores del regreso de los
demócratas[18] y que habían aprobado en votación que si al-
guno de los atenienses transportaba armas contra los tiranos
a través de Beocia ningún beocio lo viera ni oyera, no hicie-
ron ningún daño a los tebanos.

---

[17] La Alianza Peloponesia —el nombre es moderno— estaba encabezada por Esparta y Atenas formaba parte de ella desde 404 a. C.: los aliados se comprometían mediante juramento a tener los mismos amigos y enemigos que Esparta y a seguir a Esparta en las expediciones que ésta dirigiera; el juramento no contaba con la reciprocidad de los espartanos, pero éstos se comprometían a acudir en ayuda de un aliado atacado por terceros.

[18] Al concluir la guerra del Peloponeso en 404 a. C. con la derrota ateniense, los espartanos impusieron a la ciudad un gobierno oligárquico, el de los Treinta Tiranos. Éstos, apenas llegados al poder, empezaron a deshacerse de sus oponentes políticos partidarios de la democracia condenándolos a muerte o al destierro o forzándolos a huir para evitar una suerte tal. Entre los desterrados que hallaron refugio en Tebas se contaba Trasibulo, que reunió en torno a sí un grupo de setenta exiliados. Con ellos tomó primero File y después, cuando el número aumentó a cien, el Pireo, donde se enfrentaron a los Treinta y los derrotaron: gracias a ellos Atenas pudo recuperar la democracia. La hazaña de Trasibulo y los suyos quedó hondamente grabada en la memoria histórica, y los atenienses recordaban la inestimable colaboración de los tebanos en la empresa. Plutarco comparará repetidamente esa acción con la recuperación de la Cadmea en 379 a. C. gracias a la decisión y osadía de un grupo de desterrados y conjurados encabezados por Pelópidas.

Los desterrados tebanos recuperan la Cadmea

71 1 Pelópidas, aunque se contaba entre los más jóvenes[19], animaba en particular y uno por uno a los desterrados y ante el grupo se expresaba en el sentido de que no era una acción bella ni piadosa mirar hacia otro lado cuando la patria estaba sometida y vigilada por una guarnición, y que ellos, que sólo deseaban salvarse y seguir con vida, dependían de los decretos de los atenienses y adulaban de modo complaciente a los que eran capaces de expresarse y convencer a la muche-
2 dumbre; que, no obstante, debían arriesgarse por defender lo más importante tomando como ejemplo la osadía y valor de Trasibulo, para que, igual que aquél saliendo primero de Tebas echó abajo la tiranía en Atenas, así también ellos, a su vez, avanzando desde Atenas liberaran a Tebas[20].

3 Hablando en este sentido, los convenció, y enviaron emisarios en secreto a Tebas a transmitir lo acordado a los
4 amigos que quedaban allí. Y éstos también alabaron el acuerdo. Y Carón, que era el que más se destacaba, estuvo de acuerdo en prestar su casa, y Filidas consiguió gracias a sus maniobras que le nombraran secretario de los partidarios
5 de Arquias y Filipo, que actuaban como polemarcos[21]. Epaminondas había llenado desde tiempo atrás a los jóvenes de confianza en sí mismos. Había mandado que se enfrentaran

---

[19] Única referencia a la edad de Pelópidas: de acuerdo con ella suele situarse su nacimiento entre 410 y 405 a. C., aunque algunos autores lo datan en fecha más temprana.

[20] Cf. más atrás 6, 5 y 7, 2.

[21] Cargo político electivo al que correspondía la dirección de los asuntos de guerra. Arquias y Filipo eran, junto con Leontíadas, los cabecillas del partido filoespartano.

Para el comportamiento de Epaminondas en relación con la toma de la Cadmea por los exiliados vueltos de Atenas, cf. también Cornelio Nepote, *Vidas, Epaminondas,* 10, 3.

a los lacedemonios en los gimnasios y lucharan y, después, al ver que presumían con arrogancia cuando les dominaban y les vencían, se lo echaba en cara diciéndoles que más les cuadraba avergonzarse, ya que por cobardía se sometían a gentes a las que aventajaban tanto en fuerzas.

Tras determinar el día de la acción, los desterrados 8 1
acordaron que Ferénico, reuniendo a los demás, les esperara en la llanura Triasia[22], y que unos pocos de los más jóvenes se lanzaran a entrar en la ciudad como avanzada y que, si estos sufrían algún daño por obra de los enemigos, todos los otros se ocuparían de que ni sus hijos ni sus padres quedaran faltos de lo necesario. Apoyó la acción Pe- 2
lópidas el primero, y luego Melón, Damoclidas y Teopompo, hombres de las primeras familias, amigos y leales unos con otros en todo, pero rivales en fama y valor. Eran 3
doce en total, y tras abrazar a los que se quedaban y mandar por delante un mensajero a Carón, salieron en clámide y con perros de caza y estacas[23] para no levantar las sospechas de los que se encontraran por el camino, sino que pareciera que andaban de un lado para otro de caza y sin rumbo fijo. Cuando el mensajero que habían enviado llegó 4
adonde Carón y le dijo que estaban en camino, el propio Carón no se echó atrás de su parecer ante la cercanía del peligro, sino que siguió actuando como un hombre de valor y ofreciendo su casa; pero un cierto Hipostenidas, que 5
no era un malvado, sino un hombre amante de su patria y bienintencionado para con los desterrados, pero carente de

[22] El demo de Tría se encontraba un poco al este de Eleusis, en uno de los caminos que conducían a Tebas. En la *Vida de Pericles* (30, 3) dice Plutarco que esa zona recibió después el nombre de Dípilon.

[23] La clámide era la túnica corta que se empleaba como vestimenta de trabajo; las estacas se usaban para fijar las redes de caza.

la enorme osadía exigida por la ocasión, que era crucial, y
por las acciones acordadas, como trastornado ante la mag-
nitud del combate que tenían entre manos, llegando en sus
razonamientos a la conclusión de que en cierto modo esta-
ban haciendo tambalearse la autoridad de los lacedemonios
e intentando echar abajo la dominación de las fuerzas que
residían allí dando crédito a las esperanzas de unos deste-
6 rrados sin recursos, volvió a su casa y envió con sigilo uno
de sus amigos a Melón y Pelópidas mandando que de mo-
mento lo retrasaran y esperaran a mejor ocasión y que se
7 volvieran de nuevo a Atenas. El nombre del enviado era
Clidón, que se volvió rápidamente a su casa, sacó el caba-
8 llo y pidió la brida. Su mujer no sabía qué hacer, porque no
podía dársela, y dijo que se la había prestado a un conoci-
do: hubo primero reproches y luego palabras de mal augu-
rio, pues la mujer, soliviantada con él, les deseó mal viaje
a él y a los que le enviaban, de modo que Clidón, gastando
buena parte del día en estos asuntos por el enfado y, a la
vez, tomando por un presagio lo ocurrido, dejó de lado por
9 completo el viaje y se dedicó a otra cosa. Por motivo tan
baladí estuvo a punto de dejar escapar la ocasión de la ma-
yor y más bella de las acciones apenas iniciada.

9 1 Pelópidas y los suyos se vistieron de campesinos y se
repartieron en grupos y entraron a escondidas en la ciudad
unos por unos sitios y otros por otros cuando aún era de día.
2 Había cambiado el tiempo y hacía viento y nevaba, y pasa-
ron más fácilmente desapercibidos porque la mayor parte de
la gente ya se había refugiado en sus casas por el mal tiem-
3 po. Pero quienes importaba que supieran lo que se estaba
haciendo recogieron rápidamente a los que habían llegado y
los instalaron en casa de Carón. Con los desterrados eran
cuarenta y ocho.

La situación de los tiranos era la siguiente: Filidas el se- 4
cretario, como se ha dicho, colaboraba y estaba de acuerdo
en todo con los desterrados, y para aquel día había invitado
con antelación a Arquias y los de su círculo a una reunión
para beber a la que asistirían mujeres casadas[24], y actuó
como para dejarlos lo más agotados posible por los placeres
y hartos de vino para entregárselos a los atacantes. Aún no 5
habían bebido mucho cuando les llegó un aviso no falso, pe-
ro incierto y poco claro, de que los desterrados se escondían
en la ciudad. Filidas llevó la conversación por otros de- 6
rroteros, pero Arquias envió de todos modos a uno de los
sirvientes a casa de Carón, ordenándole que acudiera inme-
diatamente. Era ya por la tarde, y Pelópidas y los suyos es- 7
taban organizándose, con las corazas ya puestas y llevando
las espadas consigo. De pronto llamaron a la puerta y acu- 8
dió uno corriendo y preguntó al sirviente, que le dijo que los
polemarcos mandaban acudir a Carón; todo alborotado, lo
contó dentro, y todos pensaron de inmediato que su intento-
na había sido delatada, y que todos estaban perdidos sin
haber llegado a hacer nada digno de su valor. Aun así, acor- 9
daron que era preciso que Carón obedeciera y se presentara
a los arcontes sin levantar sospechas, sobre todo porque él
era un hombre valeroso y grave para enfrentarse a los peli-

[24] Plutarco parece referirse a una fiesta privada, no pública; Jenofonte, sin embargo (*Helénicas,* V 4, 4), indica que se trata de las Afrodisias, la fiesta con que acababa el año oficial beocio. En cuanto a las mujeres mencionadas, algunos comentaristas piensan que se trataría de las esposas de los polemarcos; Plutarco en *Sobre el genio...* emplea la expresión «una mujer de rango»; Jenofonte, sin embargo, habla de «heteras», y el recibimiento «con palmas y alboroto» que dispensan los partícipes en el convite a quienes piensan que son «las mujeres a las que esperaban desde hacía rato», parece apuntar a ese mismo significado. En cualquier caso, de acuerdo con las costumbres griegas, las únicas mujeres admitidas en los banquetes eran danzarinas, flautistas o, simplemente, heteras.

gros, aunque en aquel momento había sido cogido por sor-
presa por los otros y estaba preocupado por si había contra
él alguna sospecha de traición por la que tantos ciudadanos
tan excelentes podían perecer.

10 Cuando estaba a punto de salir, tomando del gineceo a
su hijo, que aún era un niño, aunque destacado entre los de su
edad por su belleza y vigor físico, lo puso en manos de los
compañeros de Pelópidas, mandándoles que si le hallaban
culpable de algún engaño o traición, trataran al niño como
11 enemigo y no lo respetaran. A muchos de ellos se les salta-
ron las lágrimas ante el sentimiento y la prudencia de Carón,
y se indignaban de que pudiera tener a alguno por tan co-
barde e inquieto por las circunstancias como para sospechar
12 de él o echarle en modo alguno las culpas. Y le pidieron que
no dejara al niño con ellos, sino que lo apartara de lo que iba
a suceder, para que el propio niño, si se salvaba y escapaba
a los tiranos, fuera criado en secreto para ser vengador de la
13 ciudad y de los suyos. Pero Carón dijo que no se llevaría a
su hijo, pues qué vida le cabría ver, o qué salvación más
hermosa que la de una muerte honrosa junto con su padre y
con tantos amigos. Tras implorar a los dioses y haber abra-
zado a todos y darles palabras de aliento, se marchó domi-
nándose y acomodando la expresión de su rostro y el tono
de su voz para que parecieran lo más diferente de lo que en
realidad sentía.

10 1 Cuando llegó a la puerta, Arquias se le puso delante y
dijo: «He oído, Carón, que se han presentado unos desterra-
dos y se ocultan en la ciudad y que algunos ciudadanos co-
2 laboran con ellos». Carón se turbó al principio, y después
preguntó quiénes se habían presentado y quiénes los escon-
dían, y cuando vio que Arquias no podía decir nada con cer-
teza, suponiendo que la denuncia no procedía de ninguno de

los que estaban al tanto, les dijo: «Mirad bien, no sea que os 3
esté turbando un rumor vano. No obstante, me fijaré, pues probablemente no hay que despreciar nada».

Filidas, que estaba presente, alabó este parecer, se llevó 4
a Arquias, le sirvió buena cantidad de vino puro y siguió distrayendo la sesión de bebida con esperanzas respecto a
las mujeres. Cuando Carón volvió a su casa y halló a los 5
hombres equipados no como quien espera la victoria o la salvación, sino como quienes van a morir brillantemente entre gran matanza de enemigos, contó la verdad al grupo de Pelópidas, pero engañó a los otros fingiendo que la conversación con Arquias había versado sobre otros asuntos.

Apenas pasado el primer temporal, la suerte deparó un 6
segundo a los hombres. Había llegado de Atenas un indivi- 7
duo de parte de Arquias el hierofante[25] a ver al otro Arquias, que era amigo y huésped suyo, trayéndole una carta que contenía no una sospecha sin fundamento ni fingida, sino que contaba con detalle cada cosa de las que estaban pla-
neando, como se supo después. Introducido el portador de la 8
carta a presencia de Arquias, que ya estaba borracho, al entregársela, dijo: «El que os envía esta carta mandó que la leyérais al punto, porque trata de cosas importantes».
Y Arquias, sonriendo, le respondió: «Pues las cosas impor- 9
tantes, para mañana», y tomando la carta la puso bajo la almohada, y siguió atendiendo a la conversación que mante-
nía con Filidas sobre lo que fuera. Y esa contestación sigue 10
circulando hasta hoy entre los griegos en forma de refrán.

Como les pareció que era ya la ocasión oportuna para 11 1
sus planes, salieron dividiéndose en dos grupos: los de Pe-

[25] El hierofante era el más reverenciado de los sacerdotes de Atenas en tanto que presidente de los ritos de Eleusis.

lópidas y Damoclidas fueron a por Leontíadas e Hipatas,
2 que vivían el uno cerca del otro, mientras que Carón y Me-
lón fueron a por Arquias y Filipo cubriéndose las corazas
con ropas de mujer y ciñéndose espesas coronas de abeto y
3 pino que les dejaban la cara en sombra. Por ello, al principio
de presentarse a las puertas del convite, les recibieron con
palmas y alboroto, creyendo que llegaban las mujeres a las
4 que esperaban desde hacía rato. Pero cuando, después de
mirar en torno a la reunión y haber reconocido con precisión
a cada uno de los que estaban echados, sacaron las espadas
y moviéndose por entre las mesas descubrieron ante Ar-
quias y Filipo quiénes eran, Filidas convenció a unos pocos
de los que estaban echados de que se estuvieran quietos y a
los otros, que intentaron defenderse junto con los polemar-
cos, los mataron sin dificultad, pues estaban fuera de juego
por la bebida.

5 El grupo de Pelópidas se topó con una situación más la-
boriosa, pues iban contra Leontíadas, que estaba sobrio y
era temible, y hallaron la casa cerrada, pues ya dormía, y es-
tuvieron llamando a la puerta mucho tiempo sin que nadie
6 les hiciera caso. Pero apenas se dieron cuenta de que el cria-
do salía y quitaba el cerrojo, en cuanto agarró las puertas y
empezó a abrirlas, entraron todos juntos, derribaron al sir-
7 viente y se lanzaron hacia el dormitorio. Leontíadas, dedu-
ciendo por el ruido y las carreras lo que pasaba, se levantó y
sacó el puñal, pero no cayó en volcar los candiles y hacer
que los hombres chocaran unos con otros en la oscuridad, y
cuando les salió al paso a las puertas de su habitación le veían
a plena luz. Dio un golpe a Cafisodoro, el primero en entrar,
8 y le mató. Tras caer éste, trabó combate en segundo lugar
con Pelópidas; la estrechez de las puertas y Cafisodoro ya
muerto, que yacía en medio, hacían ardua y difícil la lucha.
9 Venció Pelópidas, y tras acabar con Leontíadas fue rápida-

mente con los de su grupo a buscar a Hipatas. Cayeron so- 10
bre la casa de manera semejante; él se dio cuenta de inmediato y mientras buscaba refugio en casa de los vecinos le persiguieron, le atraparon y le mataron.

Tras llevar esto a cabo y reunirse con los de Melón, 12 1
mandaron un mensaje al Ática a los desterrados que habían quedado allí, hicieron un llamamiento a los ciudadanos en favor de la libertad y armaron a los que se presentaron retirando de los pórticos los despojos que estaban colocados en ellos y saqueando los talleres de los fabricantes de lanzas y
espadas que vivían en los alrededores. Vinieron en su auxi- 2
lio con las armas los que estaban con Epaminondas y Górgidas[26], que habían reunido a no pocos de los jóvenes y a
los mejores de los ancianos. La ciudad entera estaba ya toda 3
alarmada, y había mucho alboroto y luces en torno a las casas y carreras de unos a otros, pero el pueblo aún no se había reunido, sino que, estupefactos ante lo que estaba sucediendo y sin saber nada a ciencia cierta, esperaban a que
se hiciera de día. Por ello da la impresión de que los jefes de 4
los lacedemonios se equivocaron al no acudir al punto ni reunirse, cuando la propia guarnición era de unos mil quinientos hombres[27] y muchos de la ciudadela corrieron a reunirse con ellos, pero por temor al griterío, a los fuegos y al mucho alboroto que subía hacia la parte alta[28] se mantuvieron a la
espera en la propia Cadmea que ocupaban. Al alba se pre- 5
sentaron desde el Ática los desterrados armados y el pueblo

[26] A este personaje le atribuye Plutarco más adelante (18) la principal reforma del Batallón Sagrado.

[27] Recuérdese que algo más atrás (9, 3) Plutarco ha indicado que el número de desterrados y conjurados que participaban en la empresa era de cuarenta y ocho.

[28] Es decir, hacia la ciudadela de Tebas.

6 se reunió en asamblea. Epaminondas y Górgidas presenta-
ron a los que iban con Pelópidas rodeados por los sacerdo-
tes, ostentando éstos últimos las ínfulas e invitando a los
7 ciudadanos a acudir en socorro de la patria y los dioses. La
asamblea, al verlos, se puso en pie con aplausos y gritos y
los recibió como benefactores y salvadores.

13 1 Después, elegido beotarca[29] Pelópidas junto con Melón
y Carón, de inmediato bloqueó la acrópolis mediante un mu-
ro y organizó asaltos por todas partes, esforzándose por ex-
pulsar a los lacedemonios y liberar la Cadmea antes de que
2 llegara un ejército de Esparta. Y se les adelantó por poco,
pues los hombres que dejó en libertad por un tratado se los
encontró Cleómbroto[30] que avanzaba contra Tebas con una
3 gran fuerza cuando ellos estaban en Mégara. De los tres
harmostas[31] que había en Tebas, los espartanos juzgaron y
mataron a Herípidas y Arceso, y el tercero, Lisanóridas, tras
ser multado con una cuantiosa suma, se exilió del Peloponeso.

4 A esta acción, que por el valor de los hombres y por los
peligros y combates resultó semejante a la de Trasibulo y se
decidió igualmente gracias a la suerte, la llamaron los grie-
5 gos hermana de aquélla. Pues no es fácil mencionar a otros
que venciendo por su audacia y su excelencia los menos a
los más y los de menos medios a los más poderosos resulta-
6 ran responsables de mayores bienes para su patria. Pero el
7 cambio de la situación hizo aún más famosa a ésta, pues la

[29] Título que recibían los jefes políticos y militares elegidos anualmente por las ciudades de la confederación beocia.

[30] Rey de Esparta entre 380 y 371 a. C.

[31] Nombre dado a los jefes o gobernadores militares espartanos con mando de fuerzas en el extranjero; en la época a que se refiere el relato suelen tener ese título los comandantes de la guarnición de una ciudad ocupada, como es el caso.

guerra que destruyó el renombre de Esparta e hizo que dejaran de mandar en la tierra y el mar tuvo su origen en la noche aquella en que Pelópidas se apoderó no de una guarnición, no de una muralla, no de una acrópolis, sino que volviendo a su casa con otros once hombres, si cabe decir la verdad usando una metáfora, soltó y cortó las ataduras de la hegemonía de los lacedemonios, ataduras que parecían indisolubles e indestructibles.

Los lacedemonios invaden Beocia. Escaramuzas con los lacedemonios

Como entonces los lacedemonios 14 1
invadían Beocia con un gran ejército, los atenienses se asustaron mucho y denunciaron la alianza con los tebanos; llevaron ante el tribunal a los partidarios de Beocia y a unos los mataron, a otros los desterraron y a otros los condenaron a una multa, y daba la sensación de que mal iban los asuntos tebanos, sin nadie que les ayudara, pero dio la casualidad de que eran beotar- 2
cas Pelópidas y Górgidas, quienes, tramando asechanzas para enfrentar de nuevo a los atenienses con los lacedemonios, planearon lo siguiente: a Esfodrias, un espartiata de buen 3
nombre en los asuntos guerreros e ilustre, pero de opiniones vacuas y lleno de vanas aspiraciones y de un ansia insensata de honores, le habían dejado con un contingente en la zona de Tespias[32] para que acogiera y ayudara a los que desertaran de los tebanos. A éste le enviaron los de Pelópidas en 4
secreto y de modo particular un comerciante amigo de ellos que le llevara dinero y la idea, que le convenció más que el dinero, de que había que emprender asuntos de importancia y tomar el Pireo cayendo impensadamente sobre los atenien-

[32] Importante ciudad de la confederación beocia en la falda oriental del Helicón, próxima a las poblaciones actuales de Erimokastro y Kaskaveli.

5 ses cuando no estuvieran en guardia, pues a los lacedemonios nada les sería tan grato como tomar Atenas y los tebanos, que estaban en malas relaciones con ellos y los
6 consideraban traidores, no irían en su ayuda. Convencido por fin Esfodrias, tomando a sus soldados por la noche invadió el Ática[33]. Avanzó hasta Eleusis, pero allí los soldados se acobardaron y él quedó en evidencia y se retiró a Tespias tras haber hecho estallar una guerra no pequeña ni fácil para los espartanos.

15 1 Después de esto, los atenienses mantuvieron con mucho interés su alianza militar con los tebanos y se hicieron de nuevo con el mar y yendo por todas partes aceptaban y se
2 atraían a los griegos dispuestos a hacer defección. Los tebanos, por su parte, entraban en combate en Beocia con los lacedemonios siempre que podían, y al participar en estas batallas, no muy importantes de por sí pero que requerían gran aplicación y entrenamiento, enardecían sus ánimos y ejercitaban sus cuerpos, adquiriendo en esos combates expe-
3 riencia y ardor gracias al hábito. Por eso cuentan que el espartiata Antálcidas, cuando Agesilao[34] volvió herido de Beocia, le dijo: «Buena paga te devuelven los tebanos por
4 tus enseñanzas, encima que les enseñas a luchar y combatir sin que ellos quieran». Pero la verdad es que el maestro no era Agesilao, sino los que, aprovechando la ocasión y con un plan en mente, lanzaban hábilmente contra los enemigos a los tebanos como si se tratara de perros jóvenes y, tras ha-

[33] La intentona se produjo en la primavera de 378 a. C.

[34] Se refiere al rey de Esparta Agesilao II. Antálcidas fue un destacado político espartano del primer tercio del siglo IV a. C., negociador de la alianza entre persas y espartanos conocida como «Paz de Antálcidas» o «Paz del Rey». Cierta tradición, de la que la presente anécdota es testimonio, le atribuye relaciones de enemistad con Agesilao.

berles dado a probar la victoria y el orgullo, los hacían reti-
rarse sin daños; la mayor fama por ello correspondía a Peló-
pidas. Desde que lo eligieron jefe del ejército por primera 5
vez, no dejaron de votarle todos los años para un puesto de
mando, sino que hasta su muerte actuó como jefe del bata-
llón sagrado o, la mayor parte de las veces, como beotarca.
Se produjeron derrotas y huidas de los lacedemonios en Pla- 6
tea[35] y Tespias, donde murió, precisamente, Fébidas, el que
había tomado la Cadmea y había hecho dar media vuelta a
muchos en Tanagra[36], donde mató al harmosta Pantoidas.

Pero mientras estos combates condujeron a los vencedo- 7
res a la confianza en sí mismos y el coraje, no siempre some-
tieron el espíritu de los vencidos. Pues no plantaban batalla 8
en formación de combate ni con un orden claro y regular,
sino que les vencían entrando en lucha en incursiones oca-
sionales y poniéndoles a prueba en fugas y persecuciones.

Batalla de Tegira. El Apolo Tegireo

El combate que tuvo lugar en Te- 16 1
gira[37], preludiando en cierto modo el
de Leuctra, puso a Pelópidas en exce-
lente posición en cuanto a fama, al no
dejar duda en cuanto a la victoria a
sus compañeros de mando ni excusa a los enemigos respec-
to a la derrota. Tramaba un plan contra la ciudad de los or- 2
comenios (que había tomado partido por los espartanos y

[35] Batalla ecuestre anterior a la de Leuctra en la que las fuerzas tebanas, mandadas por Carón vencieron a los espartanos (cf. 25, 7), probablemente en 373/2. La ciudad de Platea se hallaba en Beocia, en la falda norte del Citerón, y sus restos se encuentran próximos a la actual Kokla.

[36] Importante ciudad beocia cuyos restos se encuentran próximos a las actuales localidades de Schimatari y Vratsi.

[37] En 375 a. C. Tegira se encontraba en Beocia, en el extremo noroccidental del lago Copais, probablemente próxima a la actual Poligira.

había aceptado de ellos dos *moras*[38] para su defensa) y acechaba constantemente la ocasión propicia; y tras oír que se estaba produciendo una expedición a la Lócride[39] con los de la guarnición, confiando en que dejarían desamparada Orcómeno[40], emprendió su campaña con el batallón sagrado y
3 unos pocos jinetes. Cuando, al avanzar hacia la ciudad, halló que había venido de Esparta un relevo para la guarnición, se replegó de nuevo con el contingente por detrás a través de Tegira, por donde estaba el único camino practicable con-
4 torneando el pie de monte. Pues la ruta directa la había hecho impracticable el río Melas, que apenas se apartaba de sus fuentes se ensanchaba en pantanos cenagosos y lagunas.

5 Un poco más allá de los pantanos está el templo de Apolo Tegireo y un oráculo desaparecido no hace mucho que fue floreciente hasta las guerras médicas, cuando Equécrates
6 era su profeta[41]. Cuentan que allí nació el dios, y la montaña próxima se llama Delos[42], y allí desembocan los caudales del Melas, y por detrás del templo brotan dos fuentes de un agua admirable por su suavidad, su cantidad y su frescura, a las que hoy seguimos llamando a la una, la Palmera, y a la

---

[38] Nombre que recibían los batallones de hoplitas espartanos; para el número de efectivos que conformaban estos batallones, v. 17, 4.

[39] Lócride es el nombre de dos regiones de la Grecia central, una en la costa frente a Eubea (Lócride Epicnemidia e Hipocnemidia), otra en la del golfo de Corinto (Lócride Ozolia).

[40] Ciudad de Beocia en el extremo noroccidental del lago Copais, próxima a la actual Skripu.

[41] Sobre Equécrates y el oráculo de Apolo Tegireo, v. Heródoto, *Historia* VIII 135 (B.C.G., 130).

[42] Según la tradición más difundida, la isla de Delos fue el lugar de nacimiento de Apolo y Ártemis, y Leto habría dado a luz a los gemelos entre un olivo y una palmera (Calímaco, *Himno a Delos*, vv. 210 y 262; B.C.G., 33). A lo largo del relato que sigue, Plutarco se hace eco de una versión, menos difundida, que sitúa el nacimiento de los gemelos flechadores en territorio beocio.

otra, el Olivo, así que la diosa no habría dado a luz entre dos
árboles, sino entre dos fuentes. Pues cerca está el Ptoo, don- 7
de cuentan que ella se asustó al aparecérsele de pronto un
jabalí[43]; y los relatos respecto a Pitón[44] y Ticio[45] concuer-
dan también, igual que los lugares, con el nacimiento del
dios. Pero dejo de lado la mayor parte de lo que se aduce
como pruebas, pues el relato tradicional no pone a este dios 8
entre las divinidades que, tras ser engendradas, llegaron a
ser inmortales por una transmutación, como Heracles y
Dioniso[46], que por su virtud se despojaron de su naturaleza
mortal y paciente, sino que es uno de los eternos y no en-
gendrados, si es que se ha de tomar por argumento respecto
a esos asuntos lo que cuentan los más sensatos y antiguos.

Así que en Tegira coincidieron al mismo tiempo los te- 17 1
banos que se marchaban de la región de Orcómeno y los la-
cedemonios que, procedentes de la Lócride, se replegaban en
dirección contraria a éstos. Tan pronto como los vieron salir 2
de los desfiladeros, uno vino corriendo a decir a Pelópidas:
«Hemos topado con el enemigo», y él respondió: «No más
que ellos con nosotros». Y al punto mandó que la caballería 3
pasara de la retaguardia al frente de ataque, y reunió en for-
mación cerrada a los hoplitas, que eran unos trescientos,

---

[43] Plutarco pretende establecer una relación etimológica entre *Ptoion,* nombre del lugar del santuario apolíneo, y *ptoía,* «miedo, susto».

[44] Dragón muerto por las flechas de Apolo junto al Parnaso cuando el dios se disponía a fundar su santuario de Delfos.

[45] Cuando Leto dio a luz a los gemelos Ártemis y Apolo, Hera, celosa de ella, inspiró en el monstruoso Ticio —gigante nacido de los amores de Zeus y Elara, hija ésta a su vez del héroe epónimo de Orcómeno— el deseo de violarla. En unas versiones, Apolo y Ártemis abatieron al monstruo con sus flechas; en otras, Zeus lo arrojó a los Infiernos, en donde dos animales le devoran el hígado, que renace con las fases de la luna.

[46] Considerado aquí un *daímon,* una divinidad menor.

esperando poder atravesar fácilmente las filas de los enemi-
4 gos, que los superaban en número, por donde atacara. Eran dos *moras* de lacedemonios —Éforo dice que una mora eran quinientos hombres; Calístenes, que setecientos, y otros, en-
5 tre los que se cuenta Polibio, que novecientos[47]—. Los polemarcos de los espartanos, Gorgoleonte y Teopompo, se
6 lanzaron vigorosamente contra los tebanos. El ataque se produjo con especial ardor y violencia entre los propios comandantes de ambos bandos y al principio los polemarcos de los lacedemonios cayeron sobre Pelópidas y llegaron a
7 las manos con él. Después, al ir resultando heridos y muertos los que estaban con ellos, el ejército entero se empavoreció y se separó a ambos lados de los tebanos como si éstos
8 pretendieran atravesar las filas hacia delante y escapar. Pero Pelópidas, ⟨despreciando⟩ la ocasión que se les presentaba, avanzó contra los que mantenían la formación y la atravesó haciendo matanza, de modo que todos dieron media vuelta y
9 se pusieron en fuga. La persecución no se mantuvo durante largo trecho, pues los tebanos temían a los orcomenios, que
10 estaban cerca, y a los relevos de los lacedemonios. Les apuraron lo justo para vencer por la fuerza y atravesar por entre todo el ejército vencido, y tras levantar un trofeo y despojar los cadáveres se retiraron a su territorio llenos de orgullo.

11 Al parecer, a pesar de las numerosas guerras entre griegos y contra bárbaros, los lacedemonios no sólo no habían sido vencidos nunca antes en ataques en formación siendo ellos los más numerosos por fuerzas menores, sino ni siquie-
12 ra en igualdad numérica. Por lo cual eran irresistibles por su elevado concepto de sí y llegaban al combate infundiendo temor con su renombre en quienes se les enfrentaban, que

[47] La mención de estos historiadores debe tomarse más en el sentido literal de la aclaración que como una indicación de fuentes.

no se consideraban tan valiosos como los espartanos ni si-
quiera en igualdad de fuerzas. Aquella fue la primera bata- 13
lla, y enseñó a los otros griegos que no son el Eurotas ni la
región entre Babica y Cnación[48] los ⟨únicos lugares⟩ que
producen hombres batalladores y guerreros, sino que los
más temibles para el enemigo son los pueblos en los que
nacen jóvenes dispuestos a abochornarse de lo bochornoso y
a mostrar audacia por conseguir lo bello y que antes rehu-
yen los reproches que los peligros.

El batallón sagrado

El batallón sagrado, según cuen- 18 1
tan, fue Górgidas el primero que lo
formó con trescientos hombres esco-
gidos, a los que la ciudad proporcio-
naba formación y medios de vida y
que tenían sus cuarteles en la Cadmea, y por eso se le lla-
maba «el batallón de la ciudad», porque entonces parece ser
que llamaban «ciudades» a las acrópolis. Algunos dicen que 2
esta formación estaba compuesta de amantes y amados.
Y se recuerda un dicho jocoso de Pammenes[49], que dijo que
no había sido un buen táctico el Néstor de Homero cuando
mandaba que los griegos se organizaran para el combate por
tribus y fratrías,

[48] En la *Vida de Licurgo* (6, 2), citando un pasaje de Aristóteles, Plutarco indica que Cnación es un río y Babica un puente. En cuanto al Eurotas —hoy, Iris—, que riega la llanura en que está situada Esparta, los espartanos se vanagloriaban de que sus enemigos no habían conseguido llegar allí a presentar batalla.

[49] Militar tebano, amigo de Epaminondas, a la muerte de éste le sucedió como principal jefe militar. Para la intervención de este personaje en los asuntos políticos, ver también más adelante 26, 6.

Que las fratrías defiendan a las fratrías, las tribus a las tribus[50],

cuando lo necesario era que el amante se dispusiera junto al
3 amado, pues en las situaciones de peligro los de una tribu no
tienen muy en cuenta a los miembros de su tribu, ni los de
una fratría a sus compañeros de fratría, mientras que el pelo-
tón organizado según el sentimiento amoroso será irrompi-
ble e infranqueable: en la ocasión, los unos porque aman a
sus amados y los otros por vergüenza ante quienes los aman
4 resistirán en los peligros por defenderse unos a otros. Y esto
no es cosa de admiración, pues si los respetan en ausencia,
más lo harán cuando estén presentes, como aquél que, caído,
pedía al enemigo que iba a degollarle y le suplicaba que le
atravesara el pecho con la espada «no sea que mi amado se
avergüence de mí al verme muerto herido por la espalda».
5 Se cuenta también que Yolao, que era el amado de Heracles,
compartía con él los trabajos y luchaba codo a codo con
él[51]. Y Aristóteles afirma que aún en su época amados y
amantes se hacían promesas de fidelidad sobre la tumba de
6 Yolao. Por tanto, es natural que a ese batallón se le llamara
sagrado, en el sentido de que incluso Platón llamó al amante
7 «amigo inspirado por el dios»[52]. Y se dice que fue invenci-
ble hasta la batalla de Queronea[53], y que Filipo, tras la bata-

---

[50] *Ilíada* II 362-363. En cuanto a la fratría, en Homero es un elemento importante del sistema de socialización del varón: un hombre sin fratría es un fuera de la ley, y la fratría es, además de una subdivisión de la tribu, una de las bases de la organización militar.

[51] En las versiones más difundidas, Yolao es sobrino y compañero de trabajos de Heracles, el héroe tebano por excelencia.

[52] En *Fedro* 255 b.

[53] «El batallón sagrado», se entiende. Queronea, ciudad del noroeste de Beocia, cuna de Plutarco, fue en 338 a. C. escenario de una decisiva victoria de las tropas macedonias de Filipo II sobre una coalición de ciudades del sur de Grecia lideradas por Atenas y Tebas.

lla, se detuvo en el lugar en que habían caído los trescientos, y al ver los cadáveres, todos con sus armaduras alcanzados por delante por las sarisas[54] y mezclados unos con otros, se quedó admirado, y al enterarse de que ése era el batallón de amantes y amados, se le saltaron las lágrimas y dijo: «Mala muerte tengan quienes piensen de éstos que hicieron o pasaron por algo vergonzoso».

Y no es en absoluto, como dicen los poetas, que entre 19 1
los tebanos la pasión de Layo diera principio a esta costumbre sobre los amantes[55], sino que los legisladores, queriendo que desde niños relajaran y ablandaran su natural irascible e inmoderado, introdujeron en toda clase de asuntos, tanto serios como festivos, el uso de la flauta, llevándolo a una posición de honor y preeminencia, y favorecieron en las palestras estos amores como cosa distinguida de manera que moderaran la manera de ser de los jóvenes. Con esa finali- 2
dad introdujeron acertadamente el culto de la diosa que se dice que fue engendrada por Ares y Afrodita[56], porque en todas partes donde el temperamento batallador y guerrero más trata y convive con lo que participa de la Persuasión y las Gracias[57], gracias a Harmonía se llega a establecer una forma de constitución más moderada y más ordenada.

---

[54] Largas lanzas de guerra empleadas por los ejércitos macedonios.

[55] Los mitos sobre Layo refieren su amor por Crisipo, hijo de Pélope; por esta razón algunos mitógrafos le atribuyen la invención del amor pederasta.

[56] Harmonía, a quien Zeus casó con Cadmo; los relatos mitológicos cuentan que el matrimonio se celebró en Tebas, en la Cadmea, y que a él asistieron los dioses; de ahí que se atribuya a los tebanos la introducción del culto de Harmonía.

[57] Personificaciones divinizadas que forman parte del cortejo de Afrodita.

3 Así que Górgidas, al repartir el batallón sagrado este en las primeras filas y ponerlos los primeros por toda la falange de hoplitas, no ponía en evidencia el valor de los hombres ni usaba para una empresa común su capacidad, diluida y muy
4 mezclada en una multitud menos valiosa. Pero Pelópidas, una vez que su valor se distinguió nítidamente cuando lucharon en torno a él en Tegira, ya no los repartió ni los diseminó, sino que los puso en vanguardia en los peligros usándolos como un solo cuerpo en los mayores combates.
5 Igual que los caballos uncidos a los carros corren más que librados a su propio impulso no porque al lanzarse aparten más el aire, hendido por su mayor número, sino porque la mutua rivalidad y el afán de victoria encienden su ardor, pensó que del mismo modo los buenos, inspirándose mutuamente el ansia de hermosas hazañas son los más beneficiosos y los más dispuestos para una tarea común.

Nueva invasión espartana de Tebas

20 1 Cuando los lacedemonios, que tenían alianzas de paz con todos los griegos, emprendieron la guerra sólo contra los tebanos y el rey Cleómbroto los invadió con diez mil hoplitas y mil jinetes[58] y el peligro para los tebanos no era como el de antes, sino una amenaza directa y el anuncio de la dispersión, y se apoderó de Beocia un terror como nunca hasta
2 entonces, mientras Pelópidas salía de su casa y su mujer lloraba al despedirle y le pedía que se mantuviera a salvo, le respondió: «Eso, mujer, hay que decírselo a los particulares;

[58] En efecto, en 371 a. C. los espartanos concertaron alianzas con la mayor parte de las ciudades griegas; sólo Epaminondas rechazó las condiciones, que impedían a Tebas actuar en representación de las ciudades beocias. Cf. Jenofonte, *Helénicas* VI 3, 1-20 (B.C.G., 2). Cleómbroto fue uno de los reyes espartanos entre 380 y 371 a. C.

a los que mandan hay que pedirles que mantengan a salvo a
los otros». Tras ir al campamento y hallar que los beotarcas 3
eran de distintos pareceres, fue el primero en unirse al pare-
cer de Epaminondas, que proponía buscar batalla contra
el enemigo —no había sido designado beotarca, pero era el
comandante del batallón sagrado— y se confiaba en él en
calidad de hombre justo, como lo era, que había dado gran-
des pruebas de afecto a la libertad de su patria.

Las Leuctridas. Presagios previos a la batalla de Leuctra

Cuando se acordó correr ese ries- 4
go y se enfrentaron con el ejército de
los lacedemonios en Leuctra[59], Peló-
pidas tuvo en sueños una visión muy
perturbadora. En la llanura de Leuctra 5
están las tumbas de las hijas de Esquedaso, a las que llaman
«las Leuctridas» por el lugar, pues ocurrió que las enterra-
ron allí tras haber sido violadas por unos huéspedes esparta-
nos. Tratándose de una acción terrible e ilícita, el padre, que 6
no obtuvo justicia en Lacedemonia, maldijo a los espartanos
y se degolló él mismo sobre las tumbas de las muchachas.
Había oráculos y predicciones que indicaban constantemen- 7
te a los espartanos que se precavieran y guardaran de la ven-
ganza leuctrida, cosa que muchos no entendían muy bien,
sino que dudaban del lugar, porque también se llama Leuc-
tron una aldea de Lacedemonia junto al mar y hay otro lugar
con el mismo nombre cerca de Megalópolis en la Arca-
dia. Pero el suceso este era mucho más antiguo que lo de 8
Leuctra.

Mientras Pelópidas dormía en el campamento, le pare- 21 1
ció que veía a las muchachas lamentándose en torno a sus
sepulcros y maldiciendo a los espartanos, y a Esquedaso man-

[59] En 371 a. C. Cf. Jenofonte, *Helénicas* VI 4, 14-15.

dándole que sacrificara una virgen rubia a las muchachas si
2 quería vencer al enemigo. Como le parecía que el mandato era terrible y criminal, al levantarse se lo contó a los adivinos y a los comandantes.

3 Algunos de ellos, por un lado, no consentían que se hiciera caso omiso de la premonición ni se la desobedeciera, trayendo a colación de entre los antiguos los casos de Meneceo, hijo de Creonte[60] y de Macaria, hija de Heracles[61], y entre los recientes el del sabio Ferécides[62], muerto por los lacedemonios con su piel guardada por los reyes de acuerdo con cierta predicción, y a Leónidas, que en cierto modo se sacrificó a sí mismo por Grecia obedeciendo a un oráculo[63] y, además, a los que fueron degollados por Temístocles en honor de Dioniso Omestes antes de la batalla naval de Salamina[64]. Los logros obtenidos testimoniaban en favor de
4 aquellos sacrificios. Sin embargo, cuando la diosa[65] requirió

[60] Cuando la expedición de los Siete contra Tebas, el adivino Tiresias predijo que la ciudad no podría asegurarse la victoria si no sacrificaban a Meneceo. Su padre, Creonte, ordenó al joven que huyera sin darle explicaciones, pero Meneceo averiguó la razón y se ofreció voluntariamente al sacrificio. Ésta es la versión que figura en las *Fenicias* de Eurípides.

[61] Cuando los Heraclidas se refugiaron en Atenas huyendo de la persecución de Euristeo, éste declaró la guerra a los atenienses. Un oráculo declaró que los atenienses vencerían sólo si era sacrificada una doncella noble. Macaria se ofreció voluntariamente, y los hijos de Euristeo perecieron en el combate y el propio Euristeo en la persecución posterior al mismo. Tal es el relato en los *Heraclidas* de Eurípides.

[62] Algunos autores consideran que el personaje no puede ser identificado; otros creen que puede tratarse de Ferécides de Siro, teólogo y primer autor de obras en prosa cuya *acmé* suele situarse a mediados del siglo VI.

[63] HERÓDOTO, *Historia* VII 2, 20 (B.C.G., 82), da el texto del oráculo.

[64] «Comedor de carne cruda», así llamado porque se le hacían sacrificios humanos. En la *Vida de Temístocles* (13, 2-4) Plutarco cuenta que por un presagio inmediatamente anterior a la batalla Temístocles mandó sacrificar, forzado por el adivino y la multitud, a tres prisioneros de guerra.

[65] Ártemis.

de Agesilao, que emprendía una campaña desde los mismos lugares que Agamenón y contra los mismos enemigos, el sacrificio de su hija y tuvo esa visión mientras dormía en Áulide, éste no la entregó, sino que, ablandado, renunció a la expedición, que acabó sin gloria y sin resultados[66].

Por otro lado, los otros, en sentido contrario, rechazaban 5
un sacrificio tan bárbaro y criminal en la idea de que a ninguno de los seres superiores que están por encima de nosotros podía serle grato un sacrificio tan bárbaro y contrario a la ley, pues no gobernaban los Tifones aquellos ni los Gigantes, sino el padre de todos los dioses y los hombres. Y ⟨sostenían⟩ que tal vez no era mejor creer que hay divini- 6
dades que se regocijan con sangre y crímenes y que, si eran así, había que desentenderse de ellas como de seres impotentes, pues por debilidad y maldad del alma es como se generan y persisten los deseos insensatos y crueles.

Estando los notables en estas conversaciones y Pelópi- 22 1
das sin saber qué hacer, una yegua se apartó de la manada, pasó por entre las armas y mientras iba corriendo se plantó ante ellos. Para todos era un espectáculo el color brillante de 2
sus crines, de un rubio muy rojizo, su ímpetu y lo impetuoso y firme de sus relinchos. El adivino Teócrito, cayendo en la 3
cuenta, empezó a llamar a voces a Pelópidas: «Aquí viene tu víctima, bendito, y no esperemos otra virgen, sino acepta y emplea la que la diosa te concede». Después de esto, to- 4
mando a la yegua la condujeron a las tumbas de las muchachas, y tras elevar las plegarias y coronar a la víctima, la sacrificaron alegremente y transmitieron al ejército la noticia de la visión de Pelópidas y el sacrificio.

[66] En la *Vida de Agesilao* (6, 6-11) encontramos un relato más completo de la anécdota.

Batalla de Leuctra

23 1 En la batalla, Epaminondas dispuso su falange oblicua hacia la izquierda, para que el ala derecha de los espartanos estuviera lo más lejos posible de los otros griegos y para llevar el empuje contra Cleómbroto cayendo en masa sobre
2 él por el extremo y forzándolo; los enemigos, dándose cuenta de lo que sucedía, empezaron a moverse para cambiar su disposición, desplegaron el ala derecha y la llevaron alrededor como para formar un círculo y encerrar con
3 su superioridad numérica a Epaminondas, pero en ese momento avanzó Pelópidas a la carrera con sus trescientos y se apresura antes de que Cleómbroto pueda extender el ala o reunirlos de nuevo en el mismo lugar y cerrar la formación, y ataca a los lacedemonios cuando aún no están
4 cada uno en su sitio, sino revueltos unos con otros. Sin embargo, los espartanos, a pesar de que son grandes expertos y conocedores de los asuntos bélicos, a nada estaban tan enseñados y entrenados como a no andar dispersos ni alterarse si se disolvía la formación, sino a servirse todos de todos como jefes y compañeros de fila, fuera donde fuera y con quien fuera que les sorprendiera el peligro, y a
5 acoplarse y luchar uno al lado de otro. Pero en aquella ocasión la falange de Epaminondas, atacando sólo a aquéllos sin ocuparse de los otros, y Pelópidas con los hoplitas, con velocidad y osadía increíbles, dieron al traste con su confianza y sus saberes de modo que se produjo una desbandada y una matanza de espartanos como nunca antes hasta
6 entonces se había dado. Y por eso a Epaminondas, que se comportó como beotarca sin serlo y que dirigió a toda la fuerza cuando comandaba sólo una pequeña parte, le correspondió igual parte de gloria en aquella victoria y triunfo.

Pelópidas y Epaminondas, beotarcas. Operaciones en el Peloponeso

24 1 Designados beotarcas ambos, se lanzaron contra el Peloponeso y se les sumaron la mayor parte de los pueblos, pues la Élide, Argos, toda la Arcadia y la mayor parte de la propia Laconia habían hecho defección de los lacedemonios. Sin 2 embargo, estaban ya cerca del solsticio de invierno y quedaban pocos días de la tercera década del último mes, y era necesario que otros recibieran el mando justo al empezar el primer mes o que murieran quienes no lo habían entregado. Los otros beotarcas, en parte por temor a esa ley y en parte 3 por escapar del invierno, se apresuraron a llevarse el ejército a casa, pero Pelópidas, apoyando el primero con su voto a Epaminondas, y excitando los ánimos de los ciudadanos, los llevó contra Esparta y cruzó el Eurotas. Y destruyó muchas 4 ciudades suyas y devastó toda la región hasta el mar conduciendo a un ejército griego de setenta mil hombres, de los cuales los propios tebanos eran menos de la doceava parte. No obstante, la fama de estos hombres hizo que, aun sin 5 mandato común ni votación, todos los aliados les siguieran sin decir palabra cuando mandaban ellos. Y es que, al pare- 6 cer, la ley primera y más importante es que el que reclama salvación, tomando como jefe al que es capaz de salvarle, se ponga naturalmente en sus manos. E igual que quienes na- 7 vegan con buen tiempo o están fondeados cerca de la costa se dirigen a los timoneles con desvergüenza y descaro, pero en la tempestad y cuando les sorprende el peligro los miran a ellos y ponen en ellos sus esperanzas, así también los ar- 8 givos, eleos y arcadios, que en los congresos se irritaban contra los tebanos y mantenían diferencias con ellos por la hegemonía, en los propios combates y en las situaciones de peligro siguieron a sus generales y les obedecieron espontáneamente. En aquella expedición reunieron a toda la Arca- 9

dia en una sola fuerza, y arrebatando la región de Mesenia a los espartanos que se la habían repartido, hicieron un llamamiento a los antiguos mesenios y los establecieron en Ítome mediante un sinecismo[67]. Y cuando volvían a su tierra atravesando Cencreas vencieron a los atenienses, que intentaban entablar escaramuzas en los desfiladeros e impedirles el paso.

Proceso judicial contra Pelópidas y Epaminondas

25 1 Tras estos sucesos, todos los demás apreciaron muchísimo su valor y se asombraron de su buena suerte, pero la envidia de parientes y conciudadanos creciendo al mismo tiempo que la fama de estos dos hombres, les deparó una recepción na-
2 da hermosa ni conveniente: a su regreso, ambos fueron acusados bajo pena de muerte de que, a pesar de que la ley manda que en el primer mes, al que llaman Bucatio, se entregue el cargo de beotarca a los siguientes, habían pasado cuatro meses enteros en los que habían organizado lo de
3 Mesenia, Arcadia y Laconia. Pelópidas fue conducido ante el tribunal el primero, por lo cual también corría más peli-
4 gro, pero ambos fueron absueltos. Epaminondas sobrellevó con calma la denuncia y el proceso, juzgando que en los asuntos políticos la resignación es una buena parte del valor y la grandeza de alma, pero Pelópidas, más colérico de su natural y exaltado por los amigos para que se defendiera frente a los enemigos, aprovechó este motivo.

5 El orador Meneclidas era uno de los que entraron en la casa de Carón junto con Pelópidas y Melón, pero dado que los tebanos no le consideraron merecedor de los mismos

[67] Es decir, reuniendo a la población dispersa de modo que constituyeran una ciudad.

honores, y siendo habilísimo para hablar, aunque licencioso
y de mal carácter, utilizó sus capacidades para acusar falsa-
mente y calumniar a los mejores, y ni siquiera dejó de ha-
cerlo después del proceso. A Epaminondas lo expulsó de la 6
beotarquia y maniobró contra él en los asuntos políticos du-
rante mucho tiempo, pero como no tenía fuerza bastante para
calumniar a Pelópidas ante el pueblo, emprendió el indispo-
nerlo con Carón. Y siendo el consuelo común de la envidia 7
que si no pueden parecer mejores que algunos, al menos
presenten a éstos como peores que los demás, anduvo exa-
gerando mucho ante el pueblo las hazañas de Carón y su
ejercicio del generalato y sus victorias. De la batalla ecues- 8
tre de Platea, en la que habían vencido antes que en Leuctra
siendo dirigidos por Carón, intentó hacer el siguiente mo-
numento: Andrócides de Cízico[68] había recibido de la ciu- 9
dad el encargo de pintar un cuadro de otra batalla y estaba
llevándolo a cabo en Tebas. Cuando tuvo lugar el levanta- 10
miento[69] y empezó la guerra, no faltaba mucho para que el
cuadro estuviera acabado, y los tebanos lo guardaron. Me- 11
neclidas convenció a éste de que inscribiera el nombre de
Carón entre los oferentes, con la intención de oscurecer la
fama de Pelópidas y Epaminondas. Era un ansia de honor 12
estúpida el preferir frente a tantos combates tan destacados
una sola hazaña y una sola victoria, aquella en la que caye-
ron un cierto Geradas, un espartiata sin relieve, junto con
otros cuarenta de los que no se contaba que hubieran lleva-
do a cabo ninguna otra cosa. Pelópidas reclamó la ilegalidad 13
de este decreto apoyándose en que no era tradición entre los
tebanos honrar a un hombre en particular, sino hacer recor-
dar el nombre de la victoria para la patria de modo común.

[68] Destacado pintor de esta época, émulo de Zeuxis y Parrasio.
[69] El encabezado por Pelópidas y Epaminondas contra los espartanos.

14 Y siguió alabando profusamente a Carón durante todo el proceso, aduciendo que Meneclidas era un maledicente y un malvado y preguntando a los tebanos si ellos no habían lle-
15 vado a cabo ninguna hermosa hazaña...†, de modo que Meneclidas fue condenado a una pena pecuniaria tan elevada que, al no poder pagarla por su cuantía, intentó más tarde producir altercados y cambiar el régimen político. También esto es ilustrativo de su conducta.

Alianza con los tesalios. Primeras operaciones contra Alejandro de Feras

26 1 Puesto que Alejandro, el tirano de Feras[70], hacía de modo abierto la guerra a muchos de los tesalios y tramaba asechanzas contra todos ellos, las ciudades enviaron embajadas a Tebas pidiendo un general y un contingente, y al ver Pelópidas que Epaminondas estaba volcado en administrar los asuntos del Peloponeso, se ofreció él mismo y se unió a los tesalios, incapaz de soportar ver con indiferencia sus propios conocimientos y su ejército inactivo y considerando que donde estaba
2 presente Epaminondas no era necesario otro estratego. Cuando emprendió la campaña de Tesalia con una fuerza, al punto tomó Larisa[71] e intentó que Alejandro, que venía a pedir treguas, se transformara de tirano en gobernante de los tesalios,
3 apacible y sumiso a la ley. Pero como era implacable y bestial

[70] Feras era una importante población de la zona occidental de Tesalia, próxima a la actual Velestino. Alejandro, que la gobernó entre 369 y 358 a. C., intentó durante su tiranía recuperar para la ciudad la posición predominante que había tenido dentro de la Liga Tesalia en tiempos del tirano Jasón de Feras. Se piensa que la tradición que lo presenta como un monstruo de crueldad puede tener algo de exageración, para oponer su figura a la de Pelópidas, pero el testimonio de Jenofonte —de tendencia antitebana— confirma que hay un núcleo de verdad en esta fama.

[71] La campaña tuvo lugar en 369 a. C; Larisa, actualmente ciudad del mismo nombre, era la más importante de las ciudades de Tesalia.

y de una gran crueldad, y se le acusaba de ser sumamente disoluto y ambicioso, Pelópidas le trató ásperamente y se enfadó con él, y Alejandro escapó con su guardia personal.

Pelópidas dejó a los tesalios sin temor al tirano y en mutua 4
concordia y partió hacia Macedonia, pues Tolomeo estaba en guerra con Alejandro, rey de los macedonios, y ambos habían mandado a buscarle para que pusiera paz y fuera juez, aliado y socorro de quien le pareciera que estaba siendo tratado injustamente. Tras llegar y resolver las diferencias y hacer volver a 5
los exiliados, tomó como rehén a Filipo, hermano del rey, y a otros treinta hijos de los ciudadanos más ilustres y los llevó a Tebas, haciendo ver a los griegos cuán lejos llegaba la capacidad de acción de los tebanos gracias al renombre de su poder y a la confianza en su sentido de la justicia. Este Filipo era el que 6
después hizo a los griegos la guerra «de la libertad»[72], pero entonces, cuando era un niño, vivía en Tebas en casa de Pammenes. A raíz de esto ⟨algunos⟩ pensaron que tomó a Epami- 7
nondas por modelo, tal vez teniendo en consideración su energía en asuntos de guerra y mando militar. Lo cual era una 8
pequeña parte de la virtud de este hombre[73], pero de su temperancia y sentido de la justicia y magnanimidad y mansedumbre, virtudes en las que él era verdaderamente grande, Filipo no participó en absoluto ni por naturaleza ni por imitación.

Pelópidas cautivo de Alejandro de Feras

Después de esto, los tesalios acu- 27 1
saron de nuevo a Alejandro de Feras de promover altercados en las ciudades, y Pelópidas fue enviado como embajador junto con Ismenias[74]. Y se presentó sin llevar desde su país una fuerza

[72] Es decir, Filipo II de Macedonia.

[73] «De Epaminondas», se entiende.

[74] Este Ismenias, compañero de Pelópidas en la campaña contra Tesalia, y que fue después hecho prisionero junto con Pelópidas por Alejandro

ni esperando una situación de guerra, y se vio obligado a servirse de los propios tesalios ante la urgencia de los asun-
2 tos. En esto que de nuevo se alteraron los asuntos macedonios (Tolomeo había matado al rey y se había hecho con el
3 poder y los amigos del muerto llamaron a Pelópidas); como quería intervenir en los asuntos pero no disponía de soldados propios, tomó allí mismo algunos mercenarios y con
4 ellos se dirigió de inmediato contra Tolomeo. Cuando estuvieron cerca uno del otro, Tolomeo, corrompiendo a los mercenarios con dinero, los convenció de que se pasaran a su bando pero como aún temía la fama y el nombre de Pelópidas, salió a su encuentro como quien va a ver a un superior, y tomándole la mano derecha y suplicándole aceptó el acuerdo de entregar el poder a los hermanos del muerto y de tener en adelante los mismos enemigos y amigos que los tebanos. Dio como rehenes en garantía de estos acuerdos a su
5 hijo Filóxeno y cincuenta hijos de sus compañeros. Pelópidas los envió a Tebas, pero él mismo, irritado con la traición de los mercenarios, al enterarse de que la mayor parte del dinero de estos y sus hijos y mujeres se guarecían en Fársalo[75], de modo que si se apoderaba de ello recibiría compensación bastante por la ofensa, reuniendo a algunos de los
6 tesalios, fue a Fársalo. Apenas se hubo presentado allí, apareció el tirano Alejandro con sus fuerzas. Y los que estaban con Pelópidas, creyendo que venía a disculparse, fueron en persona hacia él, sabiendo que tenía sobre sí los cargos de perjurio y asesinato, sin sospechar que les fuera a pasar nada
7 gracias a Tebas y a su propio prestigio y reputación. Pero él, cuando vio que se acercaban solos y sin armas, los detuvo de inmediato y se apoderó de Fársalo, y provocó en todos

---

de Feras, no es el mismo que el mencionado en el cap. 5, jefe del partido tebano favorable a la democracia, fallecido en Lacedemonia.

[75] Importante ciudad de Tesalia, en la zona occidental de la Ftiótide.

sus súbditos un escalofrío de terror, porque tras semejante injusticia y atrevimiento ya no perdonaría a nadie y trataría todo lo que se le pusiera por delante, personas y cosas, como hombre que da su vida totalmente por perdida.

Los tebanos se irritaron al oír esto y enviaron inmedia- 28 1
tamente un ejército, pero por cierto enfado con Epaminondas pusieron al mando a otros[76]. El tirano llevó a Pelópidas 2
a Feras[77] y al principio permitió que hablaran con él los que quisieran, pensando que la desgracia lo habría vuelto humilde y digno de compasión. Pero cuando Pelópidas exhortó a 3
los fereos que se lamentaban a tener valor, diciéndoles que el tirano recibiría ahora su castigo, y a él mismo le mandó el mensaje de que era insensato someter a tortura y asesinar a pobres ciudadanos que no habían cometido ninguna injusticia y perdonarle a él, del que sabía que se vengaría si conseguía escapar, quedó admirado de su orgullo y su sere- 4
nidad, y le dijo: «¿Por qué tiene prisa Pelópidas en morir?»; y el otro, al oírle le respondió: «Para que tú perezcas antes, volviéndote más odioso a los dioses que ahora». A partir de esto, impidió que los del exterior fueran a verle.

Tebe, que era hija de Jasón[78] y mujer de Alejandro, al 5
enterarse por los que vigilaban a Pelópidas de su valor y su nobleza, quiso verle y hablar con él. Cuando estuvo frente a 6

---

[76] Diodoro de Sicilia, *Biblioteca Histórica* XV 72, 1-2, cuenta que, con el ejército bajo su mando, Epaminondas había sido rechazado ante Corinto. Esto dio ocasión a sus adversarios políticos para acusarle de connivencia con los espartanos, por lo cual participó en la campaña de Tesalia como simple soldado.

[77] En 368 a. C.

[78] Tirano de Feras desde 380 a. C., aliado de los tebanos tras abandonar la anterior política de Feras de acuerdos con Esparta, consiguió para su ciudad una posición predominante entre las ciudades tesalias. Murió asesinado en 370 a. C.

él, como la mujer no percibió de inmediato la grandeza de su carácter en tal desgracia, pero dedujo por su cabellera, su vestimenta y su género de vida que estaba pasando por una situación lamentable e indigna de su renombre, se echó a
7 llorar, y Pelópidas quedó al principio sorprendido, no sabiendo quién era aquella mujer, pero cuando lo supo se dirigió a ella por el nombre de su padre, pues él había sido
8 conocido y amigo de Jasón. Y al decirle ella: «Compadezco a tu mujer», «Y yo a ti —le respondió— porque soportas a
9 Alejandro sin estar encadenada». Estas palabras tocaron el corazón de la mujer, pues ya le pesaban la crueldad y la soberbia del tirano, que además de sus otras costumbres disolutas había tomado por amante al más joven de los hermanos
10 de su mujer. Por ello, visitando con frecuencia a Pelópidas y franqueándose con él sobre lo que le pasaba, se iba llenando de cólera, desprecio y malquerencia contra Alejandro.

29 1 Y como los estrategos de los tebanos, tras invadir Tesalia, no hicieron nada, sino que por inexperiencia o mala fortuna se retiraron de modo bochornoso, la ciudad les impuso una multa de diez mil dracmas a cada uno y envió a Epami-
2 nondas con los efectivos. Inmediatamente se produjo un gran movimiento entre los tesalios, exaltados por el renombre del estratego, y la menor presión hubiera bastado para
3 echar a perder los asuntos del tirano. Tan grande fue el miedo que infundió entre sus generales y amigos, tan gran impulso se apoderó de sus súbditos para volverse contra él y tanta fue la alegría por el futuro, porque ahora iban a ver al
4 tirano pagando sus culpas. Pero Epaminondas, poniendo su propia fama por detrás de la salvación de Pelópidas y temiendo que Alejandro, si se producían alteraciones, se des-
5 esperara y se volviera contra él como una fiera, mantenía en suspenso la guerra, y yendo en círculo en torno a él iba or-

ganizando preparativos y dilaciones e iba haciendo reple-
garse al tirano de modo que ni le permitía dar rienda suelta a
su arrogancia y osadía ni excitaba su ira y su cólera, infor- 6
mado de su crueldad y de su desprecio de la honestidad y la
justicia, porque había enterrado a hombres vivos, a otros les
había puesto encima pieles de jabalíes y osos, y azuzando a
los perros de caza hizo que los desgarraran y los asaeteó,
tomándolo como juego; y en Melibea y Escotusa[79], ciuda- 7
des amigas y con las que estaba en tregua, mientras estaban
reunidas en asamblea, cercó a los hombres en edad de armas
y los degolló, y consagró y coronó de flores la lanza con la 8
que mató a su tío Polifrón y le hacía sacrificios como si fue-
ra un dios, y la llamó Fortunosa[80]. Viendo una vez a un ac- 9
tor trágico que representaba las *Troyanas* de Eurípides salió
y se marchó del teatro y mandó decirle que estuviera tran-
quilo y que no representara peor por ello, pues no se mar- 10
chaba porque despreciara aquello, sino por vergüenza de los
ciudadanos, por si alguien le veía llorar por las desgracias
de Hécuba y Andrómaca a él, que nunca se había compade-
cido de ninguno de los que había asesinado. No obstante, 11
este personaje, asombrado por la propia fama y el renombre
y la apariencia de la capacidad militar de Epaminondas

se encogió como un gallo vencido, bajando las alas[81]

y le envió rápidamente comisionados para presentar sus ex- 12
cusas. Pero él[82] no soportó entablar acuerdos de paz y amis-
tad entre los tebanos y un hombre como aquél, sino que

---

[79] Melibea estaba situada en la costa occidental de Magnesia, y Escotusa en la Tesalia Pelasgiótide, actualmente Supli. La matanza en esta última ciudad tuvo lugar en 367 a. C.

[80] *Tychón*, nombre derivado del de la diosa Fortuna *(Týche)*.

[81] Verso de Frínico.

[82] Es decir, Epaminondas.

acordó una tregua de treinta días para la guerra, tomó consigo a Pelópidas e Ismenias y se retiró.

Pelópidas, embajador ante el rey de Persia

30 1 Los tebanos, al percatarse de que los lacedemonios y los atenienses estaban enviando embajadores al rey de Persia para concluir una alianza, mandaron también ellos a Pelópidas, con-
2 siderando que, de acuerdo con su fama, era lo mejor[83]. Al principio se encaminó atravesando las provincias del Rey como un personaje renombrado y famoso, pues la fama de sus combates contra los lacedemonios había recorrido Asia y se había apoderado de ella no lentamente ni en pequeña medida, sino que una vez que corrió la primera noticia de la batalla de Leuctra, esa fama fue en aumento al añadírsele constantemente la de algún nuevo éxito y llegó hasta muy
3 lejos. Luego, cuando lo vieron los sátrapas y los generales y jefes militares de cámara del Rey, fue motivo de asombro y tema de conversación que aquel hombre era el que había expulsado de la tierra y el mar a los lacedemonios, el que había hecho replegarse junto al Taigeto y el Eurotas a Esparta, la que poco antes había suscitado por medio de Agesilao una guerra contra el gran Rey y los persas por Susa y
4 Ecbatana. Esto agradó a Artajerjes[84] y admiró a Pelópidas aún más que a su fama y le concedió grandes honores, queriendo que se notara que le apreciaban y le servían los más
5 grandes. Pero cuando vio su mirada y comprendió que sus palabras eran más firmes que las de los atenienses y más sencillas que las de los lacedemonios, le tuvo en mayor estima y no ocultó su real sentimiento de honrar a aquel hom-

[83] La embajada tuvo lugar en 367 a. C.

[84] Hijo mayor de Darío II, sucedió a su padre en 405 a. C. y reinó sobre los persas hasta 359 a. C.

bre, y tampoco pasó desapercibido a los otros embajadores
que era a él a quien más honraba. Parece sin embargo que a 6
quien más honraba entre los griegos era al lacedemonio Antálcidas[85], al que envió bañada en mirra la corona con que
se ceñía al beber. Con Pelópidas no tuvo detalles tan exqui- 7
sitos, pero le envió regalos magníficos y mayores de lo
acostumbrado y accedió a sus peticiones: la autonomía de
los griegos, que se habitara Mesene y considerar a los tebanos amigos tradicionales del Rey.

Con estas respuestas, pero sin aceptar ningún regalo que 8
no fuera símbolo de agradecimiento y amistad, emprendió
el regreso; eso fue lo que más trastornos causó a los otros
embajadores. A Timágoras, los atenienses lo mataron tras 9
juzgarlo, y si fue por la cantidad de los regalos, recta y jus-
tamente: pues no sólo había aceptado oro y plata, sino tam- 10
bién un lujoso lecho[86] y servidores para disponerlo, como si
los griegos no supieran, y además ochenta vacas con sus
boyeros, so pretexto de que necesitaba leche de vaca por
una enfermedad[87]; por último, había bajado hasta el mar 11
transportado en litera, y los que le llevaban habían recibido
del Rey como paga cuarenta talentos. Pero parece que no fue 12
la aceptación de los regalos lo que más encolerizó a los atenienses; cuando Epícrates Sacésforo[88], que no negaba haber
recibido regalos del Rey, dijo que iba a proponer un decreto
a votación para acordar que, en lugar de los nueve arcontes,

[85] Que unos años antes, en 387 a. C., había negociado con los persas la paz conocida como Paz común o Paz de Antálcidas.

[86] Téngase en cuenta que los griegos no conocían más mobiliario que lechos, sillas, arcas y mesitas: un lecho lujoso era ya un verdadero exceso.

[87] En los tratados hipocráticos se hace referencia al valor terapeútico de la leche.

[88] El adjetivo *sakesphóros* significa, literalmente, «portador de escudo», pero puede ser también una forma jocosa de designar a un hombre de una gran barba.

se enviaran cada año al Rey nueve hombres pobres del pue-
blo para que mejoraran de situación con las dádivas, el pueblo
13 se echó a reír; pero llevaron a mal que todo les hubiera re-
sultado bien a los tebanos, sin tener en cuenta que la fama
de Pelópidas estaba por encima de las retóricas y los discur-
sos con un hombre que atendía a quienes constantemente
eran superiores gracias a las armas.

Nuevas campañas contra Alejandro de Feras. Un eclipse de sol, presagio funesto

31 1 La embajada le aportó a Pelópidas
a su regreso no pocas simpatías por el
sinecismo de Mesene y la autonomía
2 de los griegos[89]. Pero Alejandro de
Feras había vuelto otra vez a su natu-
ral y había devastado no pocas ciudades de los tesalios,
había impuesto una guarnición a todos los aqueos ftiotas y
al pueblo de los magnesios, y cuando las ciudades se entera-
ron de que Pelópidas estaba de regreso, enviaron inmedia-
tamente una embajada a Tebas pidiendo un ejército y a él
3 como general. Los tebanos así lo acordaron en votación de
muy buena gana, y cuando todo estuvo rápidamente dis-
puesto y el general a punto de partir, hubo un eclipse de
4 sol[90] y la oscuridad se adueñó de la ciudad en pleno día; y Pe-
lópidas, al ver que todos estaban alterados por el fenómeno,
creyó que no debía forzar a quienes estaban atemorizados y
desanimados, ni poner en peligro a siete mil ciudadanos, así
que partió poniéndose solo él a disposición de los tesalios
con trescientos jinetes voluntarios y algunos extranjeros, a
pesar de que los adivinos no lo permitían y los otros ciuda-
danos no compartían su buen ánimo, pues les parecía que se

---

[89] Principales acuerdos obtenidos por Pelópidas en la negociación con Artajerjes II.

[90] También Diodoro de Sicilia, *Biblioteca Histórica* XV 80, 2-3, menciona el eclipse como presagio de la muerte de Pelópidas.

había producido un gran signo del cielo contra un hombre ilustre. Pero él estaba bastante irritado contra Alejandro por 5
coraje ante las ofensas que había sufrido, y esperaba que iba a hallar la casa de éste maltrecha y echada a perder en razón de las conversaciones que había mantenido con Tebe. Pero 6
le atraía sobre todo la belleza de la acción: en la época en la que los lacedemonios enviaban generales y harmostas a Dionisio de Sicilia[91] y los atenienses estaban a sueldo de Alejandro y le habían levantado una estatua de bronce como bienhechor[92], estaba deseoso y ansioso de que los tebanos demostraran que eran los únicos que emprendían campañas en defensa de los que vivían bajo tiranías y echaban abajo en Grecia a los poderes ilegales y violentos.

Batalla en Cinoscéfalas. Muerte de Pelópidas

Así, cuando llegó a Fársalo y re- 32 1
unió sus fuerzas, avanzó inmediatamente contra Alejandro. Éste, viendo que en torno a Pelópidas había sólo unos pocos tebanos mientras que él tenía más de doscientos hoplitas de los tesalios, salió a su encuentro cerca del santuario de Tetis. Cuando uno le dijo a 2
Pelópidas que el tirano avanzaba con numerosos efectivos, respondió: «¡Mejor! Así venceremos a más». Se extendían 3
entre ambos unas colinas escarpadas y abruptas en la zona llamada Cinoscéfalas[93], y ambos bandos se lanzaron a tomarlas con la infantería. Pelópidas lanzó a sus jinetes, que 4
eran muchos y valerosos, contra la caballería enemiga.

[91] Se refiere a Dionisio el Viejo (muerto en 367 a. C.), tirano de Siracusa.

[92] Es decir, en un tiempo en que las ciudades mayores y más poderosas adulaban y se sometían a tiranos extranjeros.

[93] Literalmente, «Cabezas de perro», son unas colinas próximas a Escotusa; la batalla tuvo lugar en 364 a. C.

Cuando los iban dominando y se lanzaron hacia la llanura
sobre los que huían, Alejandro consiguió tomar las colinas
y, atacando con los hoplitas de los tesalios, que venían de-
trás y se habían visto empujados a terrenos ásperos y eleva-
dos, mató a los de las primeras filas, mientras que los otros
5 recibían los golpes sin hacer nada. Pelópidas, al darse cuen-
ta, volvió a llamar a los jinetes y les ordenó lanzarse contra
el grueso de los enemigos, y él mismo, tomando su escudo,
corrió a mezclarse con los que luchaban en torno a las coli-
6 nas. Y empujando por entre los de atrás hacia las primeras
filas, infundió tanta fuerza y ardor en todos que hasta a los
enemigos les pareció que les atacaban transformados en
7 otros en cuerpo y alma. Rechazaron dos o tres ataques[94], pe-
ro viendo que les seguían atacando vigorosamente y que la
caballería volvía de la persecución, cedieron, e hicieron la
8 retirada reculando paso a paso[95]. Pelópidas, viendo desde
las alturas que el ejército entero de los enemigos aún no se
había puesto en fuga pero estaba lleno de alboroto y confu-
sión, se mantuvo en pie y miró en torno a sí buscando al
9 propio Alejandro. Cuando le vio en el ala derecha, exhor-
tando y formando a los mercenarios, no pudo contener su
cólera con la razón, sino que enfurecido al verle, puso en
manos de la ira su persona y el mando de la acción y, dando
un salto muy por delante de los otros, avanzó dando gritos y
10 provocando al tirano. El otro no aceptó la embestida ni
aguantó allí, sino que buscó refugio en los lanceros y se
11 ocultó entre ellos. De los mercenarios, los de las primeras fi-
las llegaron a las manos y fueron rechazados por Pelópidas
y algunos, incluso, murieron por las heridas, pero la mayo-
ría, golpeándole de lejos con las lanzas por entre la armadu-

[94] «Los de Alejandro», se entiende.

[95] Cf. Eurípides, *Fenicias* 1400-1401 y Aristófanes, *Aves* 483.

ra, lo hirieron por todas partes hasta que los tesalios, preocupados por él, bajaron a la carrera desde las colinas en su auxilio cuando él ya había caído; en tanto, los jinetes, atacando, pusieron en fuga a toda la falange, los persiguieron un larguísimo trecho y llenaron de muertos el campo, pues mataron a más de tres mil.

Honras fúnebres de Pelópidas

El pesar de los tebanos presentes 33 1
por la muerte de Pelópidas, al que llamaban padre y salvador y maestro de los bienes más importantes y más hermosos, no era muy de extrañar.
Los tesalios y los aliados sobrepasaron con sus decretos 2
cualquier honra que pueda corresponder al valor humano y mostraron aún más su agradecimiento a aquel hombre con
su duelo. Cuentan que los que estuvieron presentes en la ac- 3
ción ni se quitaron la coraza ni desbridaron los caballos ni se vendaron las heridas cuando se enteraron de la muerte de aquél, sino que se presentaron ante el cadáver acalorados y con las armas, como si aún pudiera darse cuenta, amontonaron los despojos de los enemigos en torno al cuerpo, cortaron las crines a los caballos y se cortaron ellos mismos el
cabello, y que muchos, tras marcharse a sus tiendas, ni en- 4
cendieron fuego ni comieron, sino que el silencio y el abatimiento se adueñaron de todo el campamento, como si en vez de haber vencido con la más brillante y mayor de las victorias hubieran sido vencidos y esclavizados por el tirano.
Cuando les llevaron la noticia a las ciudades, se presentaron 5
los magistrados y con ellos efebos y niños y sacerdotes para recibir el cadáver y llevaron trofeos, coronas y armaduras de
oro. Cuando estaban a punto de transportar el cadáver, se 6
acercaron los más ancianos de los tesalios y pidieron a los tebanos costear ellos mismos el enterramiento del cadáver.

7 Uno de ellos dijo: «Señores aliados, os pedimos un favor
8 que en esta gran desdicha aportará ornato y consuelo: los te-
salios ya no escoltaremos a Pelópidas en vida ni le rendire-
mos los honores que merece, pues él ya no está para verlos,
pero si se nos permite tocar el cadáver y amortajarlo y ente-
rrarlo, os parecerá que no podréis dejar de creer que la des-
gracia ha sido aún mayor para los tesalios que para los
9 tebanos. La desgracia acontecida os ha privado a vosotros só-
lo de un gran general, mientras que a nosotros nos ha priva-
10 do de él y de la libertad. Pues ¿cómo vamos a osar pediros
otro general, cuando no hemos sido capaces de devolveros a
Pelópidas?». Y los tebanos se lo concedieron.

34 1 No ha habido otros funerales más brillantes que aquéllos
según el parecer de quienes piensan que la brillantez no re-
side en el marfil, el oro y la púrpura, como dijo Filisto[96]
cantando y alabando el entierro de Dionisio, que se desarro-
lló como desenlace teatral de la gran tragedia que fue su ti-
2 ranía. Alejandro Magno, al morir Hefestión[97], no sólo hizo
cortar las crines de caballos y mulas, sino que mandó retirar
las empalizadas de los muros para que pareciera que tam-
bién las ciudades estaban en duelo tomando un aspecto
3 rapado y miserable en lugar de su forma anterior. Estas ór-
denes, procediendo de quienes mandan y siendo llevadas a
cabo de modo forzado, produjeron envidia hacia quienes ob-
tenían tales honores y odio hacia quienes las impusieron, y
no fueron manifestación de agradecimiento y honores, sino
de vanagloria propia de bárbaros, de molicie y jactancia de
4 quienes dedican su hacienda a vanidades y bagatelas. Por el

[96] Filisto, al que Plutarco cita también en la *Vida de Timoleón,* fue autor de una *Historia de Sicilia.*

[97] Compañero de armas y el mejor amigo de Alejandro Magno, fallecido súbitamente en Ecbatana en el otoño de 324 a. C.

contrario, un hombre del pueblo muerto en tierra extranjera, sin que estén presentes su mujer, sus hijos, sus parientes, que, sin que nadie lo pida ni obligue a ello, es acompañado y transportado y cubierto de coronas por tantos pueblos y ciudades que insisten en ello, es normal que parezca haber alcanzado la más plena bienaventuranza. Pues, como decía 5
Esopo, la muerte de los que son dichosos no es lo más triste, sino lo más feliz, ya que deposita en sitio seguro las buenas acciones de las personas nobles y no deja lugar a que se altere su suerte. Por eso al abrazar un laconio al vencedor 6
olímpico Diágoras[98], que vio a sus hijos coronados en Olimpia y vio a los hijos de sus hijos e hijas, con toda razón le decía: «Muere, Diágoras, que al Olimpo no vas a subir»[99]. Las victorias olímpicas y píticas, si uno las pusiera 7
todas juntas, no podrían compararse con uno de los combates de Pelópidas, que tras haber librado y tenido éxito en muchos y tras haber vivido la mayor parte de su vida entre fama y honores, murió al fin por la libertad de los tesalios cuando era beotarca por décimotercera vez y ennobleciéndose con la hazaña de haber intentado matar al tirano.

Castigo y muerte de Alejandro de Feras

Su muerte entristeció mucho a los 35 1
aliados, pero les benefició aún más, pues los tebanos, cuando se enteraron 2
de la muerte de Pelópidas, no pospusieron el castigo, sino que rápidamente emprendieron una expedición con siete mil hoplitas y setecientos jinetes al mando de Malécidas y Diogitón. Sorpren- 3

[98] Famoso atleta, natural de Rodas, que alcanzó la categoría de *periodoníka,* es decir, de vencedor en los cuatro juegos panhelénicos. La *Olímpica* VII de Píndaro fue compuesta en su honor.

[99] Es recurrente en la literatura griega la idea de que ningún mortal puede ser llamado feliz mientras no ha llegado al término de su vida.

diendo a Alejandro replegado y separado de sus efectivos, le obligaron a devolver a los tesalios las ciudades de ellos que tenía, a dejar libres a los magnesios y a los aqueos ftiotas, a retirar las guarniciones y a jurar que seguiría a los tebanos en las expediciones que éstos emprendieran cuando se lo mandaran.

4 Los tebanos se contentaron con esto. Pero voy a contar
la pena que pagó un poco después a los dioses por la muerte
5 de Pelópidas. Como dije, a Tebe, la que vivía con él, Peló-
pidas le había enseñado al principio a no temer la apariencia
brillante y la pompa de la tiranía aunque estuviera rodeada
6 de armas y guardias. Pero después, por temor a la deslealtad
de su marido y por odio a su crueldad, se puso de acuerdo
con sus hermanos, que eran tres —Tisífono, Pitólao y Lico-
7 frón—, y preparó el siguiente atentado: el resto de la casa
del tirano la vigilaban los hombres de las guardias noctur-
nas, pero el cuarto en que solían dormir los esposos estaba
en la planta de arriba y a la puerta vigilaba un perro atado,
temible para todos menos para ellos mismos y para uno de
8 los sirvientes, el que le alimentaba. En la ocasión en la que
iba a llevar a cabo su intento, Tebe tuvo a sus hermanos es-
condidos durante el día en una casa cercana, y entró como
solía, ella sola, adonde Alejandro, que ya estaba durmiendo;
un poco después salió de nuevo a la puerta y dio orden al
sirviente de que se llevara fuera al perro, porque él quería
9 descansar tranquilamente. Temiendo que hiciera ruido la es-
calera al subir los jóvenes, la forró de lana y luego hizo su-
bir a sus hermanos con espadas, los puso ante las puertas y
entró ella misma, tomó la espada que estaba colgada sobre
la cabeza de su marido y se la mostró como signo de que lo
10 tenían atrapado y de que estaba dormido. Como los jóvenes
estaban asustados y vacilaban, ella se enfadó y les juró en-
colerizada que ella misma despertaría a Alejandro y le reve-

laría el asunto, a la vez que los introducía, avergonzados y atemorizados a un tiempo, y los ponía rodeando la cama mientras ella llevaba la luz. Entonces uno de ellos le sujetó 11
las piernas, otro tiró de la cabeza para atrás agarrándole del pelo y el tercero lo mató a golpes de espada. Por la rapidez 12
de su fin tal vez murió más dulcemente de lo que le correspondía, pero fue el único o el primero de los tiranos que murió a manos de su propia mujer, y por el mal trato que recibió tras su muerte, arrastrado y pisoteado por los fereos, parece que recibió el merecido castigo a sus fechorías.

MARCELO

Linaje y temperamento de Marcelo. Hechos de juventud

Se dice que Marco Claudio el que fue cinco veces cónsul de los romanos fue hijo de Marco, y que de los de su casa fue el primero en ser llamado Marcelo, que quiere decir «marcial», según afirma Posidonio[1]. 1 1
2 Era un guerrero hábil por experiencia, vigoroso de cuerpo, de mano ligera, belicoso por naturaleza y en los combates se echaba de ver su gran orgullo y altivez.
3 En otro sentido era un hombre prudente, humano, aficionado a la educación y a las letras griegas hasta el punto de venerar y admirar a quienes habían tenido éxito con ellas, mientras que él, por sus ocupaciones, no había podido practicarlas y aprenderlas en la medida que lo deseaba.
4 Pues si a algunos otros hombres el dios, como dice Homero,

les deparó desde la juventud y hasta la vejez andar a vueltas con las dolorosas guerras

[1] En realidad, la etimología de «Marcelo» ha de ser puesta en relación con el *praenomen* latino *Marcus*.

eso les ocurrió a quienes entonces ocupaban puestos desta-
5 cados entre los romanos, que en su juventud lucharon contra los cartagineses por Sicilia y en la edad adulta contra los galos en defensa de la propia Italia y, ya ancianos, de nuevo se unieron contra Aníbal y los cartagineses, sin poder disfrutar, como la mayoría, de un descanso de las campañas por su edad avanzada, sino que siempre se vieron conducidos al generalato y los puestos superiores en las guerras por su nobleza y su valor.

2 1 Marcelo no era perezoso ni le faltaba entrenamiento para ningún tipo de guerra y, como se superaba a sí mismo en la lucha singular, no rehuyó ningún reto, sino que mató a todos
2 los que le retaron. En Sicilia salvó a su hermano Otacilio[2] en peligro cubriéndolo con su escudo y matando a los que le
3 atacaban. Obtuvo como recompensa las coronas y honores que le ofrecieron los estrategos cuando él era aún joven; cuando se hizo más famoso, el pueblo le eligió edil de la
4 clase más elevada, y los sacerdotes, augur (esto es una clase de sacerdocio al que la ley encarga inspeccionar y vigilar la adivinación por el vuelo de los pájaros)[3].
5 Se vio obligado, cuando era edil, a emprender un proceso contra su voluntad. Tenía un hijo de su mismo nombre, joven, de una belleza notable y no menos admirado de los

---

[2] Tal vez se trate de un hermanastro o un hermano adoptivo, que podría ser T. Otacilio Craso, pretor en 217 y 214 a. C.

[3] Con la expresión «edil de la clase más elevada» Plutarco se refiere sin duda al cargo de edil curul; esta magistratura, existente desde 367 a. C., estaba reservada a los patricios, pero en torno a 300 a. C. quedó abierta también a los plebeyos. Aunque no era indispensable en el *cursus honorum,* era la primera que concedía la dignidad senatorial plena; conllevaba también el *ius imaginum.* Algunos autores han supuesto que desempeñó este cargo en 226 a. C.

ciudadanos por su prudencia y educación. Capitolino[4], colega de Marcelo, que era un hombre libertino y descarado,
se enamoró de él y le hizo proposiciones. El propio joven, al 6
principio, rechazó el intento, pero cuando lo intentó de nuevo se lo dijo a su padre y Marcelo, llevándolo a mal, denun-
ció ante el Senado al individuo[5]. Éste maquinó múltiples 7
escapatorias y dilaciones y recurrió a los tribunos de la plebe, pero al rechazar aquellos el recurso quiso librarse negando los hechos. Y al no haber ningún testigo de sus palabras,
acordaron enviar al joven ante el Senado. Una vez que se 8
presentó y vieron su rubor y sus lágrimas y su vergüenza mezclada de cólera, sin requerir ninguna otra prueba declararon culpable a Capitolino y le condenaron a una compensación económica, con la que Marcelo mandó hacer vasos de plata para las libaciones y los consagró a los dioses.

Guerra contra los galos

Tras haberse prolongado la prime- 31 1
ra de las guerras púnicas durante veintidós años[6], a los romanos les tocó de nuevo empezar a luchar contra los galos; los insubres, pueblo céltico que habitaba la región de Italia al pie de los Alpes, que eran ya poderosos por ellos mismos, llamaron fuerzas y mandaron a
buscar a unos mercenarios galos llamados gesatas[7]. Parecía 2
cosa admirable y de buena suerte que la guerra céltica no

---

[4] C. Scantio Capitolino, que era edil de la plebe.

[5] En época republicana esta denuncia hubiera debido presentarse ante los tribunos de la plebe y ser juzgada por la asamblea o las tribus.

[6] Entre 263 y 241 a. C.

[7] Los insubres, asentados al N. del Po, eran el pueblo más poderoso de la Galia Cisalpina; la más importante de sus ciudades, como nos dirá Plutarco más adelante, era Mediolano (act. Milán). Los gesatas recibían ese nombre por el tipo de arma que usaban, la *gaesa,* una especie de jabalina de hierro.

hubiera coincidido en el tiempo con la líbica, sino que los galos, recta y justamente tranquilos mientras aquellos luchaban, se presentaron entonces como si tomaran el relevo en calidad de segundo luchador rival de quienes ya habían
3 vencido, y los provocaron cuando estaban ociosos. Sin embargo, el territorio les produjo ⟨temor⟩ a los romanos, que iban a soportar una guerra en una región limítrofe y próxima a su patria, por la vecindad de la misma y por la antigua
4 fama de los galos, a los que los romanos parecen temer especialmente porque su ciudad había sido tomada por ellos[8] —a partir de aquello establecieron la ley de que los sacerdotes estuvieran exentos de la milicia a menos que volviera a
5 haber una guerra contra los galos—. Hizo patente su miedo tanto la preparación (pues dicen que nunca antes ni después hubo tantas decenas de miles de romanos en armas) como
6 las novedades introducidas en los sacrificios: ellos, que no practicaban ninguna costumbre bárbara ni extranjera, sino que en lo que cabe estaban al modo helénico en sus opiniones y mansamente respecto a los cultos divinos, entonces, al coincidir la guerra, se vieron obligados, cediendo a ciertas palabras de los libros sibilinos[9], a enterrar vivos en el llamado Foro Boario[10] a dos griegos, hombre y mujer y, de
7 modo semejante, a dos galos, en cuyo honor se celebran en el mes de noviembre aún hoy ceremonias secretas y a las que no se puede asistir[11].

---

[8] En 390 a. C.

[9] Los libros sibilinos, llegados a Roma en el tiempo del rey Tarquinio el Antiguo y custodiados en el templo de Júpiter Capitolino, eran consultados por indicación del Senado en caso de signos funestos o desavenencias políticas.

[10] Entre el Aventino y el Capitolio.

[11] Dado que los oráculos anunciaban que galos y griegos tomarían Roma, el peligro se conjuraría al hacerles tomar posesión del territorio en que quedaban enterrados: tal es la explicación que sugieren como origen

Los primeros combates, que trajeron grandes victorias y 4 1
fracasos a los romanos, concluyeron sin ningún resultado
seguro. Pero cuando los cónsules Flaminio y Furio salieron 2
con grandes fuerzas a la campaña contra los insubres[12], se
vio que fluía sangre por el río que atraviesa la región del Pi-
ceno y se dijo que habían aparecido tres lunas en la zona de
la ciudad de Arímino[13], a la vez que los sacerdotes que ob- 3
servaban el vuelo de las aves en los comicios consulares
aseguraban que las proclamaciones de los cónsules habían
sido defectuosas y acompañadas de malos augurios. El Se- 4
nado envió inmediatamente cartas al ejército llamando y
mandando volver a los cónsules, para que regresaran lo más
rápidamente posible, renunciaran al cargo y no emprendie-
ran como cónsules ninguna acción contra el enemigo. Al re- 5
cibir Flaminio las cartas, no las abrió antes de trabar batalla
contra los bárbaros y ponerlos en fuga y devastar su territo-
rio[14]. De modo que cuando volvió con gran cantidad de bo- 6
tín el pueblo no salió a recibirle, sino que poco faltó para
que le negaran el triunfo porque no había atendido el lla-
mamiento ni obedecido a las cartas, sino que las había ultra-
jado y despreciado, y después de celebrar el triunfo le

del sacrificio mencionado por Plutarco FLACELIÈRE-CHAMBRY (PLUTARCO, *Vies,* tomo IV, París, Les Belles Lettres, 1966). Los hechos se produjeron probablemente en 228 a. C.

[12] Los cónsules eran Cayo Flaminio, cuyo nombre han perpetuado el teatro Flaminio y la Vía Flaminia, que él hizo construir siendo censor en 210 a. C., pero más conocido por haber tenido a su mando las tropas romanas que cayeron ante Aníbal en la batalla del lago Trasimeno, y Lucio Furio Bibáculo, aunque sobre esta última identificación no hay acuerdo unánime.

[13] El Piceno, en la costa del Adriático, tiene por centro Ancona; Arímino (mod. Rímini) está algo más al N., en Umbria.

[14] La batalla tuvo lugar en 223 a. C., y sabemos por POLIBIO (*Historias* II 32) que se produjo junto al río Clusio (mod. Chiese).

devolvieron a la condición de particular y le obligaron a re-
7 nunciar al consulado, igual que a su colega. Hasta ese punto ponían los romanos todos sus asuntos en manos de la divinidad, sin admitir el menosprecio de los presagios y las tradiciones patrias ni siquiera en los mayores éxitos, considerando más importante para la salvación de la ciudad el que los gobernantes respetaran la religión que el que vencieran a los enemigos[15].

Respeto de los romanos por la tradición y los rituales

5 1 Así, Tiberio Sempronio, el hombre al que más apreciaban por los romanos por su valor y su honestidad, siendo cónsul designó como sucesores suyos a Escipión Násica y a Cayo Marcio, que ya tenían una prefectura y tropas, pero dio con un tratado de adivinación y halló una costumbre patria desco-
2 nocida por él, y era la siguiente: cuando un gobernante asentado para los auspicios fuera de la ciudad en una casa o una tienda que hubiera alquilado se veía obligado a volver a la ciudad sin que se hubieran producido signos ciertos, era preciso que abandonara el habitáculo alquilado antes y que tomara otro desde el cual haría la observación desde el prin-
3 cipio. Al parecer, esto le había pasado desapercibido a Tiberio, y designó como cónsules a los hombres indicados utilizando dos veces el mismo alojamiento. Percatándose de
4 su error después, dio cuenta de ello al Senado. Éste no despreció la falta en cosa tan pequeña, sino que escribió a los hombres, y éstos, que ya habían abandonado su prefectura,
5 volvieron rápidamente a Roma y renunciaron al cargo. Esto tuvo lugar en fecha posterior, pero por estos mismos años

[15] Los romanos en esta época eran sumamente supersticiosos, lo cual probablemente era también un recurso para manipular la credulidad del común de los ciudadanos.

dos sacerdotes destacados fueron despojados de sus sacerdocios; el uno, Cornelio Cetego, porque había ofrendado las entrañas de la víctima sin respetar el rito; el otro, Quinto Sulpicio, porque mientras él llevaba a cabo el sacrificio se le había escurrido de la cabeza el píleo que portaban los llamados flámines. Cuando el dictador Minucio designó a Ca- 6
yo Sulpicio jefe de la caballería, ambos fueron destituídos y se nombró a otros porque se oyó el chillidito de un ratón de los que llaman *sórex*. Y respetaban con precisión detalles 7
tan pequeños sin mezclar en ello ninguna superstición, para no cambiar en nada ni salirse de las costumbres patrias[16].

Triunfo de Marcelo sobre los galos. Muerte de su rey, Britomarto

Cuando Flaminio y su colega re- 61
nunciaron al cargo, Marcelo fue designado cónsul por los llamados interreyes[17]. Y una vez que hubo entrado en posesión del cargo, designó compañero suyo a Cneo Cornelio[18].

Se ha dicho que Marcelo excitaba al pueblo a la guerra 2
después de ⟨haber presentado⟩ los galos muchas propuestas conciliatorias y mientras el Senado deliberaba sobre acuer-

---

[16] Estas anécdotas aparecen también en VALERIO MÁXIMO, *Dichos y hechos memorables* I 1, 3-5. La primera de ellas ocurrió en 163-2 a. C. y su protagonista era Tiberio Sempronio Graco, el padre los Gracos; la segunda se produjo en 223 a. C. y la última en 221 a. C.

[17] Éste fue el primer consulado de Marcelo, en 222 a. C. La de los interreyes era una institución republicana cuya misión principal consistía en supervisar la elección de uno o dos nuevos cónsules en caso de que los dos anteriores hubieran muerto o cesado en el cargo sin que sus sucesores hubieran sido designados.

[18] Cneo Cornelio Escipión Calvo, que desde 216 a. C. participó en la campaña contra Asdrúbal en Hispania, donde murió en 211 a. C.

3 dos de paz[19] pero, en realidad, aunque se hubiese producido la paz, parece que los gesatas habían reemprendido la guerra después de atravesar los Alpes y sublevar a los insubres;
4 pues éstos, que ya eran treinta mil, se añadieron a aquéllos, que eran mucho más numerosos y, convencidos de su poder, se dirigieron de inmediato contra Acerras[20], ciudad que se
5 levanta más allá del río Po. Desde allí, el rey Britomarto[21], tomando a diez mil gesatas, devastaba la región en torno al Po. Al enterarse Marcelo de esto, dejó a su compañero de consulado ante Acerras con toda la infantería pesada y una
6 tercera parte de la caballería, y tomando él mismo al resto de la caballería y unos seiscientos hombres de infantería ligera avanzó sin abandonar la marcha de día ni de noche hasta que cayó sobre los diez mil gesatas cerca de un lugar llamado Clastidio[22], aldea gala que había quedado sometida
7 a los romanos no mucho antes. No tuvo ocasión de que su ejército se recuperara ni descansara, pues los bárbaros se dieron cuenta rápidamente de su llegada, pero le despreciaron porque había con él muy pocos hombres de a pie y los
8 celtas no tienen en absoluto en cuenta a la caballería: eran los mejores en la guerra a caballo y creían que se distinguían especialmente en ella y entonces, además, superaban mucho en número a Marcelo. Así que para atraparlos se lanzaron contra él con su rey a la cabeza de la caballería con gran
9 violencia y terribles amenazas. Pero Marcelo, para que no le rodearan y le desbordaran cuando estaba en inferioridad numérica, llevando las compañías de caballería hacia delan-

---

[19] Ésa es la versión de Polibio, *Historias* II 34, 1.

[20] En la Galia Cisalpina, al N. del Po, en la ruta que conducía de Mediolano a Cremona; actualmente es Pizzighettone.

[21] Al que las fuentes latinas llaman Virdomaro.

[22] También en la Galia Cisalpina, al S. del Po, modernamente Casteggio.

te y desplegando el ala con pocos en fondo, avanzó hasta que estuvo a poca distancia del enemigo. Cuando ya los di- 10
rigía al ataque, ocurre que su caballo, asustado por la fiereza de los enemigos, se desvía y se lleva violentamente hacia atrás a Marcelo. Temiendo él que la turbación se adueñara 11
de los romanos por su carácter supersticioso, tirando del bocado con la rienda y haciendo dar una vuelta al caballo ante el enemigo adoró al sol como si esto no hubiera ocurrido por azar, sino que hubiera procurado el giro del caballo para ello —pues así es la costumbre de los romanos, adorar a los 12
dioses girando sobre sí mismos[23]—. Y ⟨cuentan que⟩ cuando ya había trabado batalla con los contrarios prometió a Zeus Feretrio[24] consagrarle las armas más hermosas que tomaran a los enemigos.

En esto, cuando el rey de los galos le vio y se dio cuenta 7 1
por las insignias de que era él quien estaba al mando, guió al caballo hasta muy por delante de los otros y se enfrentó a él, provocándole al tiempo con grandes voces y blandiendo la lanza. Era un hombre sobresaliente entre los galos y que se destacaba por su estatura y con su armadura de oro y plata y con pinturas de diversos colores que brillaba como el relámpago. Como a Marcelo, al mirar al escuadrón, le pa- 2
reció que estas eran las más hermosas de las armas y supuso que por ellas había hecho su promesa a los dioses, se lanzó contra aquel hombre y traspasándole la coraza con la lanza y aprovechando el impulso del caballo le derribó aún vivo y asestándole un segundo golpe y un tercero, le mató. Des- 3
montando del caballo y tocando con sus manos las armas

[23] Plutarco atribuye a Numa la institución de este rito (*Numa* 14, 6-8).

[24] «El que se hace con los despojos.» Más adelante (8, 7) Plutarco lo relaciona etimológicamente con *ferire,* «herir»; en realidad está relacionado con la raíz del verbo *fero,* «traer, aportar».

4 del muerto, ⟨dirigiendo la mirada⟩ al cielo dijo: «Zeus Fere-
trio, que miras los grandes trabajos y las hazañas de los ge-
nerales y los jefes en guerras y batallas, te pongo por testigo
de que soy el tercer jefe militar y general romano que ha
vencido por su propia mano a un jefe militar y rey, a es-
te hombre, y que tras matarlo te consagro a ti las primicias
más hermosas del botín. Y tú concédenos a nosotros, que te
lo suplicamos, fortuna semejante para el resto de la guerra».
5 Después de esto, la caballería entró en combate directo con
la caballería pero no por separado, sino también con la in-
fantería que se abalanzaba al mismo tiempo, y obtuvieron
una victoria extraordinaria y asombrosa tanto por el proce-
dimiento como por su actuación, pues se cuenta que nunca
antes ni después tal número de jinetes ha vencido a tal nú-
6 mero de jinetes e infantes juntos. Y tras matar a la mayor
parte y adueñarse de armas y riquezas regresó junto a su
compañero de consulado, que luchaba con grandes fatigas
contra los celtas en torno a una ciudad de los galos muy
7 grande y muy poblada. Se llama Mediolano[25], y los celtas
de por allí la consideran su capital. Por lo cual, luchando
8 animosamente por ella, resistían el asedio de Cornelio. Cuan-
do Marcelo avanzó y los gesatas se retiraron al saber de la
derrota y muerte de su rey, Mediolano fue tomado y los
propios celtas entregaron las demás ciudades y pusieron to-
dos sus asuntos en manos de los romanos. Y en esta situa-
ción obtuvieron unas condiciones de paz comedidas.

Triunfo de Marcelo

8 1 Como el Senado decretó el triunfo sólo para Marcelo, lo celebró de modo admirable por la brillantez y la riqueza y el botín y la elevada talla de los cautivos, pero el espec-

[25] Actualmente Milán.

táculo más agradable y novedoso de todos los que mostró fue el de sí mismo ofreciéndole al dios las armas del bárbaro. Mandó cortar y labrar el tronco alto y recto de un roble 2
tierno[26] y lo coronó como un trofeo y colgó de él los despojos, disponiéndolos con orden y ajustando todo alrededor del tronco. Cuando el cortejo empezó a avanzar, alzándolo 3
él mismo subió a la cuadriga y lo llevó en procesión por la ciudad como la más hermosa y la más notable de las estatuas de trofeo. Le seguía el ejército adornado con las más 4
bellas armas al tiempo que cantaba melodías compuestas expresamente y peanes de victoria en honor del dios y del general. Tras avanzar así, al llegar al templo de Zeus Fere- 5
trio depositó y consagró el trofeo, y fue el tercero y último en hacerlo hasta nuestros tiempos, pues Rómulo fue el pri- 6
mero, con los despojos de Acrón el cenineto; Coso Cornelio el segundo con los del etrusco Tolumnio y, después de ellos, Marcelo con los de Britomarto, rey de los galos, y después de Marcelo, nadie.

El dios al que se le hace la ofrenda se llama Zeus Fere- 7
trio, según cuentan algunos, por el trofeo que se pasea en cortejo (*pheretreuoménou*[27] en lengua griega, ya muy mezclada entonces con la latina); según otros, es la advocación de Zeus Keraunobolúntos, pues los romanos dicen *ferire*[28] por «herir». Otros dicen que el nombre procede de la herida 8
del enemigo, pues también ahora en las batallas, cuando persiguen a los enemigos, se animan a menudo los unos a los otros diciendo *feri,* es decir, «hiere».

---

[26] El texto no es seguro. Flacelière y Chambry proponen cambiar εὐκτεάνου («tierno») por εὐκταίας («votivo»).

[27] *Pheretreúō* significa «llevar en cortejo» y el epíteto Keraunobolúntos, «que hiere con el rayo».

[28] En latín en el original, transcrito al alfabeto griego. Lo mismo sucede con otros términos latinos que irán apareciendo más adelante.

9 A los despojos los llaman comúnmente *spolia*, pero éstos en particular se llaman *opimia*. Sin embargo, cuentan que Numa Pompilio en sus escritos menciona unos *opimia* primeros y segundos y terceros, y que manda que se consagren los primeros que se toman a Zeus Feretrio, los segundos a Ares y los terceros a Quirino, y que por los primeros se reciba una recompensa de trescientos ases, por los segundos
10 doscientos, por los terceros cien. Pero el argumento más difundido y que prevalece es que sólo son despojos *opimia* los primeros que toma el general que ha matado a un general y en batalla con la hueste formada. Esto es lo que hay sobre este tema.

11 Los romanos apreciaron tanto aquella victoria y el final de la guerra que incluso enviaron una crátera de oro de...[29] libras al Apolo Pitio de Delfos como agradecimiento y entregaron a las ciudades aliadas una parte importante del botín y le mandaron muchas cosas a Hierón, el rey de Siracusa, que era amigo y aliado[30].

Operaciones en Sicilia. Contraste entre Marcelo y Fabio Máximo

9 1 Al lanzarse Aníbal contra Italia, Marcelo fue enviado a Sicilia conduciendo una flota[31].
2 Cuando aconteció el infortunio de Cannas y en la batalla perecieron muchas decenas de miles de romanos mientras que unos pocos se pusieron a salvo escapando y refugián-

[29] Laguna en el original.

[30] Se refiere a Hierón II, tirano de Siracusa (271-216 a. C.). Los despojos fueron depositados en esa ciudad, en el templo de Zeus Olímpico.

[31] En 216 a. C., siendo Marcelo pretor por segunda vez. Ése fue también el año de la batalla que se menciona a continuación, la de Cannas (actualmente Canne, en Apulia, junto al río Ofanto —en la Antigüedad, *Aufido*—).

dose en Canusio[32], esperaban que Aníbal avanzara inme-
diatamente contra Roma, pues ya había destruido la parte
más potente de sus fuerzas, pero Marcelo al principio en- 3
vió a la ciudad desde las naves una guarnición de mil qui-
nientos hombres y, después, cuando recibió una orden del
Senado, se dirigió a Canusio y tomando a los que se ha-
bían juntado allí los sacó de las defensas para no entregar
el territorio.

De los hombres de los romanos con habilidad para el 4
mando y capaces, algunos habían muerto en las batallas, y
a Fabio Máximo[33], el que gozaba de mayor prestigio por
su lealtad e inteligencia, le reprochaban que por ser poco
decidido para las acciones y poco osado, para no sufrir 5
pérdidas, era demasiado minucioso en sus cavilaciones.
Y considerando que éste había que usarlo para la seguri-
dad, pero que no les bastaba con un general de defensa,
se fijaron en Marcelo, y mezclando y ajustando la osa- 6
día y eficacia de éste con la precaución y previsión de
aquél, votaban unas veces a ambos como cónsules a la vez,
y otras enviaban por turno al uno como cónsul y al otro
como procónsul. Posidonio dice que a Fabio lo llamaban 7
«el escudo», y a Marcelo «la espada». El propio Aníbal
decía que a Fabio lo temía como a maestro y a Marcelo
como antagonista, «porque el uno me impide hacer algún
daño, el otro me lo hace».

---

[32] A orillas del Ofanto; actualmente, Canosa.

[33] Quinto Fabio Máximo Verrucoso, activo en política al menos desde 233 a. C. y muerto en 203 a. C.; tras la derrota en el lago Trasimeno en 217 comenzó su famosa política de desgaste que le valió el sobrenombre de *Cunctator* («el contemporizador, el dubitativo»).

Recuperación de Bandio como simpatizante de los romanos

10 1 Al haber vencido Aníbal se produjo primero una gran relajación y descaro entre los soldados y lanzándose[34] sobre los que se separaban del ejército y asolaban la región, iba matándolos y
2 desgastando sus fuerzas y después, yendo en ayuda de Neápolis y Nola[35], reforzó a los neapolitanos que ya de por sí eran firmes aliados de los romanos, y al entrar en Nola halló que estaban en luchas civiles al ser el senado incapaz de manejar y poner orden en el pueblo, que era partidario de Aní-
3 bal. Había un hombre que destacaba en la ciudad por su no-
4 bleza y era notable por su valor, de nombre Bandio. A éste, que había luchado de modo destacado en Cannas y había matado a muchos cartagineses, y al final había sido hallado entre los muertos con el cuerpo lleno de gran número de flechas, Aníbal, admirado, no sólo lo dejó libre sin rescate, sino que además le hizo muchos regalos e hizo de él su amigo
5 y su huésped. En correspondencia a este favor, Bandio era uno de los más fervientes partidarios de Aníbal y presionaba
6 al pueblo para llevarlo a la defección. Marcelo consideraba que matar a un hombre de un espíritu tan destacado ⟨y⟩ que había participado con los romanos en los mayores combates era una acción impía, y siendo, además de muy humano por naturaleza, persuasivo en su conversación como para atraerse un carácter deseoso de honores, un día que Bandio le saludó, le preguntó quién era, a pesar de que lo sabía perfectamente desde hacía mucho, pero buscando una ocasión y
7 pretexto para el trato. Cuando le respondió «Lucio Bandio», Marcelo, como si estuviera encantado y admirado, le dijo: «O sea, ¿que tú eres ese Bandio del que tanto se habla en

[34] «Marcelo», se entiende.

[35] Hoy Nápoles y Nola.

Roma, el que estaba entre los que lucharon en Cannas, el
único que no abandonó al cónsul Paulo Emilio y que afrontó
con su cuerpo y recibió la mayor parte de las flechas dirigi-
das contra él?». Cuando Bandio le respondió afirmativa- 8
mente y le mostró alguna de las heridas, continuó: «Y lle-
vando encima tantas muestras de amistad hacia nosotros,
¿no te nos unes de inmediato? ¿O es que te parece que
hemos sido malos para corresponder al valor de los amigos
que han merecido ser honrados hasta por los enemigos?».
Tras tratarle en estos términos amistosos y tenderle la mano, 9
le regaló un caballo de guerra y quinientos dracmas de plata.

Enfrentamiento con Aníbal en Nola

Tras esto, Bandio se convirtió en 11 1
el más firme compañero y aliado de
Marcelo, y en un terrible acusador y
denunciante de los de la opinión con-
traria. Eran muchos, y planeaban asal- 2
tar ellos mismos los bagajes de los romanos cuando éstos
hicieran una incursión contra los enemigos. Por ello Marce- 3
lo al hacer formar a las fuerzas dispuso a los que llevaban
los bagajes dentro, junto a las puertas, y mediante un bando
prohibió a los de Nola que se acercaran a las murallas. No 4
había armas a la vista, y atrajo a Aníbal a atacar bastante en
desorden, en la idea de que había tumultos en la ciudad. En 5
esto, tras mandar Marcelo abrir la puerta que se hallaba de
su lado, lanzó el ataque teniendo consigo a los más destaca-
dos de los jinetes y cayendo de frente sobre los enemigos
llegó a las manos con ellos. Un poco después, la infantería 6
salió por otra puerta a la carrera y con griterío. Y entonces,
cuando Aníbal estaba dividiendo sus fuerzas para enfrentar-
se a éstos, se abrió la tercera de las puertas y por ella salie-
ron a la carrera los restantes y atacaron por todas partes a
los enemigos, que estaban sorprendidos por lo imprevisto de

la acción y que, por causa de los atacantes posteriores, se
7 defendían malamente de los que ya tenían entre manos. Y allí fue la primera vez que los de Aníbal, empujados al campamento por la muerte y las heridas, cedieron a los romanos[36]. Se dice que murieron más de cinco mil y que no mataron
8 a más de quinientos de los romanos. Livio no da por seguro que la derrota fuera tan grande ni que cayeran muertos tantos enemigos, pero sí que Marcelo obtuvo gran fama y que los romanos de sus desgracias sacaron a partir de aquella batalla un coraje admirable, en la idea de que se estaban enfrentando no a un enemigo inatacable e invencible, sino a uno que también podía sufrir pérdidas en los enfrentamientos[37].

Marcelo rechaza el nombramiento de cónsul. Nuevas campañas en el sur de Italia

12 1 Por lo cual, habiendo muerto, además, uno de los cónsules, el pueblo reclamó para sucederlo a Marcelo, que estaba ausente, y pospuso por la fuerza el nombramiento de los cónsules
2 hasta que aquel regresó de la campaña. Fue elegido cónsul por unanimidad[38]; pero el dios tronó y los sacerdotes manifestaron que el signo no era de buen agüero y aunque por temor al pueblo vacilaban en oponerse abiertamente, él re-
3 nunció al cargo. Pero no abandonó la campaña, sino que tras ser proclamado procónsul y haber vuelto de nuevo a Nola al campamento, hacía incursiones contra los que habían elegi-

---

[36] Muchas fuentes coinciden en alabar a Marcelo por esta primera demostración de firmeza ante Aníbal. Cf. en Plutarco, *Vite parallele.-Pelopida-Marcello* (v. «Bibliografía») la nota de Ghilli a este pasaje.

[37] Esta batalla debió de producirse en 216 a. C., durante la segunda pretura de Marcelo.

[38] Se trata del segundo consulado de Marcelo, en 215 a. C.

do el partido del fenicio. Cuando aquél[39] llegó ofreciendo 4
rápidamente ayuda contra él, no quiso luchar cuando le provocó para que saliera de la formación, sino que le atacó cuando había dedicado la mayor parte del ejército a la rapiña y ya no esperaba batalla, después de repartir a la infantería las lanzas largas de los de marina y enseñarles a herir de lejos a los cartagineses, que no eran lanceros, sino que se
servían de jabalinas cortas de mano. Parece que fue por eso 5
por lo que entonces cuantos se lanzaron contra los romanos enseñaron la espalda y escaparon en una fuga manifiesta tras haber perdido a cinco mil de los suyos, que resultaron muertos, y ⟨seiscientos prisioneros⟩[40] y cuatro elefantes que
cayeron y dos que fueron cogidos vivos. Y lo que fue más 6
importante, al tercer día después de la batalla más de trescientos jinetes iberos y númidas mezclados desertaron, cosa que nunca antes le había pasado a Aníbal, que había mantenido con un solo espíritu durante muchísimo tiempo un ejército compuesto de tribus bárbaras diversas y variadas.
Éstos siguieron fieles todo al tiempo a Marcelo y a los gene- 7
rales que vinieron después.

Comienzo de la gran campaña en Sicilia

Designado cónsul Marcelo por ter- 13 1
cera vez[41], navegó hacia Sicilia. Los 2
éxitos militares de Aníbal habían animado a los cartagineses a recuperar la isla[42], sobre todo porque los asuntos de Siracusa estaban muy revueltos tras la

[39] «Aníbal», se entiende.

[40] El texto es lacunoso en este punto; lo incluido entre corchetes es la propuesta de Sintenis a la luz del paralelismo con el pasaje correspondiente de Tito Livio (XXIII 46, 4).

[41] En 214 a. C.

[42] La importancia estratégica de Sicilia era grande para ambos bandos: para Aníbal, porque le facilitaba la comunicación con África; para los ro-

3 muerte del tirano Hierónimo[43]. Por eso había sido enviado
previamente un contingente romano y Apio[44] como general.
Cuando Marcelo recibió este cargo se le acercaron muchos
romanos a los que les había sucedido la siguiente desgracia:
4 de los que se enfrentaron a Aníbal en Cannas unos huyeron
y otros fueron hechos prisioneros vivos en número tan ele-
vado que a los romanos les parecía que no quedaban bastan-
5 tes ni para guardar las murallas. Pero éstos tenían tanto
orgullo y tanta grandeza de alma que no habían querido
aceptar a los prisioneros que Aníbal les ofrecía a cambio de
un pequeño rescate y habían votado en contra de su pro-
puesta y no les había importado que unos fueran muertos,
6 otros vendidos fuera de Italia y que a la mayoría de los que
se habían salvado gracias a la fuga los hubieran enviado a
Sicilia, ordenándoles que no pusieran el pie en Italia mien-
7 tras estuvieran en guerra con Aníbal. Estos últimos, presen-
tándose en masa a Marcelo cuando llegó y echándose al suelo,
le pidieron con muchos gritos y lágrimas que les concediera
un puesto en una campaña honrosa, prometiéndole que de-
mostrarían con los hechos que su retirada se había debido
8 más a su falta de suerte que a su falta de valor. Compade-
ciéndose de ellos Marcelo escribió al Senado pidiendo
cubrir con ellos las bajas que se fueran produciendo en cam-
9 paña. Tras muchas discusiones, el Senado acordó que los
romanos no necesitaban en absoluto hombres cobardes en
los asuntos públicos. Y que si Marcelo de todos modos que-
ría servirse de ellos, que no pudiera ninguno de ellos alcan-

---

manos, porque, por el contrario, les permitía mantener aislado en Italia al cartaginés.

[43] Nieto de Hierón II que alcanzó el poder a la edad de quince años; durante su breve reinado (trece meses) hizo defección de su alianza con los romanos y se pasó al bando cartaginés.

[44] Se refiere a Apio Claudio Pulcher, pretor en Sicilia en 215 a. C.

zar las coronas y honores que se conceden al valor. Este de- 10
creto apenó a Marcelo y al volver tras la guerra de Sicilia reprochó al Senado que no le hubiera permitido, a cambio de sus muchos y grandes éxitos, resarcir a tantos ciudadanos de su mala suerte.

Una vez en Sicilia, en seguida fue ofendido por el gene- 14 1
ral siracusano Hipócrates[45], quien para agradar a los cartagineses y pretendiendo obtener la tiranía había matado a muchos romanos en Leontinos[46] ⟨...⟩ y tomó por la fuerza la 2
ciudad de los leontinos; y a los leontinos no les hizo ningún daño, pero hizo matar después de azotarlos a cuantos desertores cogió. Hipócrates al principio envió a Siracusa la noti- 3
cia de que Marcelo estaba degollando a toda la juventud de Leontinos y luego, cuando ya estaban alterados, cayó sobre ellos y tomó la ciudad, mientras que Marcelo, poniéndose en marcha, se dirigió a Siracusa con todo el ejército. Y tras 4
establecer el campamento cerca de la ciudad mandó embajadores para que informaran de lo de Leontinos. Pero como 5
aquello no dio ningún resultado, porque los siracusanos no le dieron crédito —estaban en el poder los del bando de Hipócrates— se dedicó a atacar a la vez por tierra y por mar, conduciendo Apio un ejército de infantería y él mismo sesenta naves de cinco filas de remeros llenas de toda clase de armamento y proyectiles.

[45] Por despecho contra los siracusanos desde que su abuelo tuvo que exiliarse de Siracusa, Hipócrates y su hermano Epícides «habían convertido Cartago en su segunda patria» (Polibio VII 3, 2); según Tito Livio (*Historia de Roma desde su fundación* XXIV 29, 32), sus simpatías por los cartagineses procedían del hecho de ser hijos de madre cartaginesa.

[46] Actualmente Lentini; la ciudad era una colonia fundada por los naxios en 729 a. C.

6 Tras hacer levantar una máquina sobre un gran puente
de ocho naves atadas entre sí[47], navegó hacia la muralla
confiado en la cantidad y calidad de su preparación y en la
7 fama que le rodeaba. Pero aquello no significaba nada para
8 Arquímedes y para los ingenios de Arquímedes[48]. Este
hombre los tenía por materia nada digna de interés y la mayor parte habían sido resultados accesorios de juegos geométricos, pues ya antes el rey Hierón[49] le apreciaba y había convencido a Arquímedes de que volviera algo de su arte de lo inteligible a lo corpóreo y lo hiciera más conocido para la gente del común mezclando de algún modo lo racional con lo sensible en los asuntos prácticos.

Origen y desarrollo de la Mecánica

9 Esta técnica tan apreciada y famosa de la construcción de mecanismos[50] empezaron a promoverla los del círculo de Eudoxo y Arquitas[51], dando variedad a la geometría con lo elegante y fundamentando problemas de demostración difícil me-

---

[47] Polibio (VIII 4) y Tito Livio (XXIV 34, 6) indican que las naves estaban unidas de dos en dos. La versión de Plutarco parece ser errónea aunque no podamos explicar con certeza el origen de su confusión.

[48] El más destacado de los matemáticos griegos (287-212/211 a. C.). El largo excurso que le dedica Plutarco constituye la fuente más completa —aunque no la más antigua, que lo son Polibio y Tito Livio, ni siempre la más fiable— sobre la vida del matemático siracusano.

[49] Hierón II, tirano de Siracusa.

[50] Gr. *organiké,* derivado de *órganon,* «instrumento». Estos conocimientos formaban parte de la Mecánica, la cual era, a su vez, una rama de la matemática aplicada.

[51] Eudoxo de Cnido (390-340 a. C.) fue un importante matemático griego; a él debemos la teoría de razones y proporciones recogida por Euclides en el libro V de los *Elementos* y la primera hipótesis astronómica fundada en un modelo matemático. En cuanto a Arquitas de Tarento (400-350 a. C.), filósofo y matemático pitagórico, era tenido en la Antigüedad por el fundador de la Mecánica.

diante el razonamiento y los diagramas en ejemplos sensi-
bles y mecánicos —como el problema de las dos medias 10
proporcionales, que es elemental y necesario para muchos
trazados de figuras; ambos lo llevaron a construcciones me-
cánicas, ajustando ciertos mesógrafos obtenidos a partir de
líneas curvas y segmentos[52]—. Pero como Platón se indignó 11
y les reprochó haber destruido y echado a perder la bondad
de la geometría al sacarla de lo incorpóreo e inteligible
hacia lo sensible y hacerla utilizar elementos corporales que
requerían muchos trabajos manuales penosos, entonces se
juzgó que la mecánica caía fuera de la geometría y, despre-
ciada mucho tiempo por la filosofía, vino a ser una de las
artes militares[53].

Participación de Arquímedes en la defensa de Siracusa

Arquímedes, que era pariente y 12
amigo del rey Hierón, escribió que era
posible mover un peso dado con una
fuerza dada. Y presumiendo, dicen, de
la firmeza de su demostración, afirmó
que si tuviera otra tierra podría mover esta trasladándose a
aquella. Como Hierón se quedó admirado y le pidió que 13
trasladara el problema a los hechos y demostrara que una
cosa grande puede ser movida por una fuerza pequeña, en
una de las naves reales de carga, de tres palos, recién sacada

[52] El problema de las dos medias proporcionales es la reducción bajo la cual se intentó resolver el de la duplicación del cubo, también llamado «problema de Delos» y «problema délico». Su origen, planteamiento y soluciones antiguas fueron recogidas por Eutocio, *Comentario al Libro II de la esfera y el cilindro* (en B.C.G., 333, Arquímedes, *Tratados*.- Eutocio, *Comentarios,* introd., trad. y notas de Paloma Ortiz García, Madrid, 2005, págs. 357-388). La expresión «líneas curvas y segmentos» se refiere probablemente a las curvas especiales (concoide y cisoide) y a las secciones cónicas, mediante las cuales se construyeron la mayor parte de las soluciones aportadas al problema clásico.

[53] Con el nombre de *organopoiiké.*

a tierra firme con gran esfuerzo y abundante mano de obra, introdujo muchos hombres y la carga habitual, y sentado él mismo a distancia, no con esfuerzo, sino sencillamente moviendo con la mano el origen de un polipasto, la acercó suavemente y sin sacudidas y como si corriera sobre el mar.
14 Asombrado el rey y considerando la potencia del artilugio, convenció a Arquímedes de que le construyera ingenios tanto para defenderse como para atacar en toda clase de asedio.
15 Ingenios que él no utilizó personalmente, pues pasó la mayor parte de su vida apartado de la guerra y dedicado a las fiestas, pero en aquel momento los siracusanos tuvieron necesidad de sus construcciones y, junto con las construcciones, del constructor.

15 1 Cuando los romanos atacaron por ambos flancos, los siracusanos quedaron asombrados y sin decir palabra por causa del miedo, pensando que no tenían manera de enfrentarse
2 a una violencia y un ejército tan grande. Pero Arquímedes, poniendo en funcionamiento sus máquinas, hizo frente a la infantería con proyectiles de todas clases y piedras de enorme magnitud lanzadas con estruendo y velocidad increíbles y como nada les protegía del peso, iban poniendo patas arriba a todos los que pillaban debajo y sembraban el revuelo
3 entre las formaciones; a las naves, surgiendo de pronto unas vigas desde la muralla, a unas las mandaba al fondo hundidas por el peso que les caía desde arriba y a otras, con unas manos de hierro o unas especies de picos de grulla, tirando de ellas por la proa las sumergía perpendicularmente sobre la popa o les hacía dar la vuelta y las arrastraba mediante unos cables y las golpeaba contra las escarpaduras y los escollos que hay al pie de la muralla, con gran matanza de los
4 tripulantes, que resultaban aplastados. Muchas veces llevaba también hacia allí dando vueltas por el aire una nave, y era

un espectáculo escalofriante verla colgando hasta que, una
vez que los hombres habían caído como lanzados por
una honda, chocaba vacía contra los muros o caía rodando
al soltarse el enganche.

A la máquina que Marcelo acercó desde el puente de 5
embarcaciones, que se llamaba *sambuca* por cierta similitud
de forma con el instrumento musical[54], cuando la aproxi- 6
maban a la muralla, pero aún estaba lejos, le lanzó una pie-
dra que pesaba diez talentos[55] y, después de esta, una
segunda y una tercera, de las cuales alguna cayó sobre la
máquina con gran estruendo y agitación del mar, y las pie-
dras quedaron empotradas en la base y descuajaringaron las
sujeciones y rompieron el puente de naves ⟨...⟩ de modo que 7
Marcelo, sin saber qué hacer, se retiró con las naves rápi-
damente y transmitió a los de a pie la orden de retirada.

Tras deliberar, acordaron que por la noche, si podían, se 8
aproximarían a las murallas, pues los cables de los que
se servía Arquímedes, como tenían mucha potencia, harían
que los disparos de los proyectiles les pasaran por encima, y
de cerca serían completamente ineficaces por no contar con
la distancia adecuada para el tiro. Pero Arquímedes, por lo 9
que se vio, tenía previstos desde tiempo atrás movimientos
de las máquinas proporcionados a cualquier distancia[56] y
proyectiles de corto alcance y series de orificios sucesivos
no grandes, pero muy numerosos, en los que estaban situa-

[54] La *sambuca* era un tipo de arpa; el ingenio bélico consistía en unas escalas que se alzaban mediante poleas sujetas a los mástiles y que, una vez desplegadas, se apoyaban contra la muralla, con lo que permitían a los asaltantes llegar hasta ella.

[55] El talento era una medida de peso, variable según las ciudades y las épocas; el llamado talento ateniense de época imperial equivalía a algo más de 26 kgs., aunque a veces se da para esa medida una equivalencia de 35 kgs.

[56] «A cualquier distancia de tiro», se entiende.

dos, invisibles para los enemigos, escorpiones[57] de cordaje corto pero capaces de golpear de cerca.

16 1 Cuando se acercaron creyendo pasar desapercibidos, al toparse otra vez con gran número de proyectiles y disparos, de piedras lanzadas contra ellos de lo alto como verticalmente y flechazos lanzados desde todas partes de la muralla,
2 se retiraron atrás. Y allí, de nuevo, una vez dispuestos en línea, como los proyectiles les alcanzaban y sorprendían en su retirada, se produjo gran cantidad de bajas y hubo muchos choques de naves sin que pudieran responder a los enemigos
3 con acción alguna. Y es que Arquímedes había dispuesto la mayor parte de los ingenios al abrigo de la muralla, y los romanos parecían estar luchando contra los dioses, pues caían sobre ellos miles de desgracias que venían de un poder invisible.

17 1 No obstante, Marcelo consiguió escapar, y burlándose
2 de los artesanos e ingenieros que estaban con él, dijo: «¿Pero es que no vamos a acabar de luchar con este Briareo geómetra, que usa en el mar nuestras naves como cazos para sacar agua y que ha echado abajo la *sambuca* de un modo bochornoso, como si le diera un trastazo después de beber[58],

---

[57] Ingenio de artillería, probablemente del tipo de las catapultas, pero de menor tamaño. Plutarco usa el término *skorpíos;* POLIBIO (VIII 5,6) el diminutivo *skorpídion* con el mismo sentido.

[58] Las frases de Marcelo, testimoniadas también por Polibio, comparan la temible acción bélica de las máquinas de Arquímedes con situaciones desenfadadas y juegos de banquete: para beber el vino, los griegos lo mezclaban con agua en las cráteras (*kratêres*), de donde lo sacaban mediante una especie de cazos (*kýathoi*): del mismo modo, las manos de hierro de Arquímedes hundían las naves en el mar para luego sacarlas llenas de agua (*kyathízein*). Por su parte, el hundimiento de la *sambuca* recuerda al juego de sobremesa llamado *cóttabos:* en una vasija llena de agua se dejaban flo-

y que sobrepasa a los míticos Hecatónquiros al lanzar al
tiempo tantísimos proyectiles contra nosotros?»[59]. Y es que, 3
en efecto, el cuerpo de la construcción de Arquímedes eran
los restantes siracusanos, pero el alma que lo movía todo y
lo hacía girar era una, ya que el resto de las armas estaban
paradas, y la ciudad se servía sólo de las de él tanto para el
ataque como para la defensa. Y al final, ⟨viendo⟩ Marcelo 4
que los romanos estaban tan asustados que si veían una
cuerdecita o un madero que sobresalía un poco del muro
daban media vuelta y huían gritando que Arquímedes ponía
en marcha otro ingenio contra ellos, renunció a toda clase
de batalla y ataque y a partir de entonces hizo depender el
asedio del tiempo.

Arquímedes llegó a poseer tan gran inteligencia y pro- 5
fundidad de pensamiento, tanta riqueza de conocimientos
que sobre los asuntos en los que tuvo renombre y fama no
humana, sino propios de una inteligencia divina, no quiso
dejar ningún tratado; considerando que las ocupaciones re- 6
lativas a la mecánica y, en general, todo género de arte to-
cante a lo útil era innoble y vil puso su propia estimación
sólo en aquello en lo que la belleza y la excelencia se da sin
mezcla con lo útil, cosas que, por un lado, son incompara- 7
bles con las demás y, por otro, contraponen la materia a la
demostración, aportando aquélla la magnitud y la belleza y
ésta la exactitud y una potencia sobrenatural, pues no cabe 8

---

tando unos platillos de barro que se usaban como «objetivos»; tras haber bebido de la copa, se arrojaban los restos de la bebida contra los platillos, y ganaba quien más hundía.

[59] Los Hecatónquiros o Centímanos eran gigantes de cien manos que ayudaron a los Olímpicos en su lucha contra los Titanes cuando éstos quisieron arrebatarles el poder. De Briareo, uno de los Hecatónquiros, cuenta la mitología que era especialmente fuerte; cuando Hera, Atenea y Poseidón quisieron encadenar a Zeus, Tetis le pidió ayuda, y la sola presencia de Briareo bastó para hacerles desistir de su intención.

encontrar en materia de geometría proposiciones tan difíci-
9 les y arduas escritas en términos tan sencillos y claros. Y esto
unos lo atribuyen a la naturaleza excepcional del individuo,
otros a un trabajo desmedido que hace que parezca que él lo
10 hizo todo sin esfuerzo y fácilmente. Pues nadie podría in-
vestigándolo, hallar por sí mismo la demostración, pero tras
comprenderlo tiene la impresión de que él mismo habría
podido descubrirlo, tan liso y rápido es el camino por el que
11 os conduce a lo demostrado[60]. Así que no es posible dejar
de creer lo que se dice sobre él[61], que como encantado siem-
pre por una sirena familiar y doméstica, se olvidaba de co-
mer y dejaba de lado el cuidado de su cuerpo, y que muchas
veces, mientras le arrastraban al masaje y el baño, escri-
bía en las cenizas las figuras de los problemas geométricos y
trazaba con el dedo las líneas en su cuerpo untado de acei-
tes, estando en poder de un inmenso placer y verdaderamen-
12 te poseído por las Musas. Habiendo sido el descubridor de
muchos teoremas hermosos, se cuenta que pidió a sus ami-
gos y parientes que tras su muerte pusieran sobre su tumba
un cilindro que contuviera una esfera en su interior, y que
inscribieran la razón del exceso del sólido que contenía al
otro sobre el sólido contenido[62].

---

[60] Plutarco, que en su juventud se había dedicado al estudio de la matemática (así lo afirma en *Sobre la E de Delfos* 387 F) nos deja aquí testimonio evidente de su admiración por Arquímedes.

[61] Estas informaciones sobre la vida cotidiana de Arquímedes parecen proceder de alguna biografía del matemático; hasta nuestros tiempos no ha llegado ninguna, pero Eutocio, *Comentario a la medida del círculo* (ed. Heiberg-Stamatis, Leipzig, 1972, vol. III 228, 19-21) menciona una vida de Arquímedes debida a un cierto Heraclides cuya identidad no ha podido ser aclarada.

[62] Uno de los descubrimientos geométricos más importantes que llevó a cabo Arquímedes fue precisamente este, el de que todo cilindro recto que tiene por base el círculo máximo de una esfera y por altura el diámetro

Toma de Siracusa. Muerte de Arquímedes

18 1 Siendo Arquímedes de esta categoría, se mantuvo invencible él mismo y a la ciudad en la medida que estuvo en su mano. Entremedias del 2 asedio, Marcelo tomó Mégara[63] ciudad que se cuenta entre las más antiguas de las de Sicilia, se apoderó del ejército de Hipócrates en Acrilas[64] y mató a más de ocho mil hombres cayendo sobre ellos cuando construían una empalizada, asoló la mayor parte de Sicilia y llevó a las ciudades a hacer defección de los cartagineses y venció en todas las batallas a cuantos se atrevieron a enfrentarse a él.

3 Andando el tiempo, tomó como prisionero a un cierto Damipo, un espartano que intentaba escapar por mar; los siracusanos le pedían que entregara al hombre a cambio de un rescate, y acudiendo muchas veces a conversaciones y reuniones respecto a él, observó que una torre[65] estaba vigilada con descuido y que podía acoger hombres que se escondieran y que el muro que había junto a ella se podía escalar. 4 Cuando con tanto ir y conversar calculó bien la altura junto a la torre y prepararon las escalas, pendiente del momento

---

de la misma tiene un volumen igual a 3/2 del de la esfera y que su superficie total es 3/2 de la de la misma esfera. Las demostraciones pertinentes se nos han conservado en el Libro I de *Sobre la esfera y el cilindro*. En cuanto a la sepultura de Arquímedes, CICERÓN (*Tusculanas* V 23, 64-66) cuenta que en su época los siracusanos no conservaban ya memoria de ella, y que fue él mismo, cuando desempeñó el cargo de cuestor de Sicilia en 75 a. C., quien la localizó, cerca de las puertas Acradinas, gracias precisamente a la inscripción de la esfera y el cilindro.

[63] Se refiere a Mégara Hiblea, la más antigua de las colonias dorias en la zona occidental de Sicilia, que Marcelo destruyó.

[64] Conocida sólo por esta referencia y su paralelo en TITO LIVIO (XXIV 35, 8). Esteban de Bizancio menciona una población no lejos de Siracusa con este nombre, pero su localización no ha sido identificada.

[65] Probablemente la torre Galeagra, próxima al puerto de Trógilo.

en que los siracusanos celebraban una fiesta en honor de Ár-
temis y se entregaban al vino y la diversión, no sólo se apo-
deró de la torre inadvertidamente, sino que además apostó
hombres armados en torno al muro antes de que se hiciera
5 de día, y echó abajo las puertas del Hexápilo[66]. Cuando los
siracusanos, al darse cuenta, empezaron a ponerse en movi-
miento y alborotarse, mandando que sonaran las trompetas
por todas partes a la vez, produjo una huida en masa y tal te-
6 rror que no quedó ninguna zona de la que no se adueñara. Se
mantenía la parte más fuerte y más hermosa y mayor —se
llama Acradina— por estar fortificada del lado de la ciudad
exterior, de la que una parte recibe el nombre de Nea y otra,
el de Tique.

19 1 Cuando tenían estas zonas en su poder[67], Marcelo bajó
por el Hexápilon al alba entre las felicitaciones de los jefes
2 militares bajo su mando. Pero se cuenta que él, mirando hacia
arriba y observando a su alrededor la grandeza y la belleza de
la ciudad, lloró mucho compadeciéndose de lo que iba a su-
ceder al pensar cómo dentro de poco iba a cambiar de aspecto
3 por el pillaje del ejército; pues no hubo ningún oficial que se
atreviera a oponerse a los soldados cuando le pidieron el be-
neficio de la rapiña y muchos, incluso, dieron orden de pren-
4 der fuego a la ciudad y arrasarla. Pero Marcelo no prestó su
acuerdo en absoluto a esta postura, sino que mal de su grado
y obligado concedió que se apoderaran de bienes y esclavos,
5 pero prohibió que pusieran la mano en los libres y dio orden
de que no se matara ni se maltratara ni se esclavizara a ningún

---

[66] El Hexápilo («las Seis Puertas») era una de las puertas de Siracusa, próxima al puerto de Trógilo, al N. de Acradina.

[67] El asedio de Siracusa se prolongó por más de dos años. Para informaciones de más detalle sobre la arqueología de la ciudad, cf. K. Fabricius, «Das Antike Syrakus», *Klio* 28 (1932) 20-30.

siracusano. Sin embargo, a pesar de tomar acuerdos tan mo- 6
derados, consideró que la ciudad estaba padeciendo males
dignos de piedad, y en tan gran alegría su alma mostraba
compasión y condolencia por igual al ver en tan breve tiempo
la desaparición de aquella abundante y magnífica felicidad. Y 7
se dice que este botín no fue menor que el tomado posteriormente en Cartago y que cuando no mucho tiempo después tomaron, gracias a una traición, el resto de la ciudad, ésta fue sometida a la rapiña salvo los tesoros reales, y que éstos quedaron reservados para el erario público.

La suerte de Arquímedes afligió especialmente a Marce- 8
lo. Ocurrió que aquél estaba enfrascado en un diagrama; y entregados a la reflexión su mente y sus ojos, no se percató de la irrupción de los romanos ni de la toma de la ciudad;
cuando súbitamente se plantó ante él un soldado y le mandó 9
seguirle a ver a Marcelo, no quiso hacerlo antes de concluir
el problema y llegar a la demostración. El otro, encoleriza- 10
do, sacó su espada y lo mató. Otros dicen que el romano se presentó de pronto, con intención de matarle, espada en mano, y que Arquímedes, al verlo, le pidió y le suplicó que esperara un momento para no dejar incompleto y sin estudio lo que investigaba, y que el otro le dio sin consideración una
muerte cruel. Y el tercer relato dice que cuando él mismo 11
llevaba a Marcelo unos instrumentos matemáticos —el cuadrante solar y la esfera y el medidor de ángulos— con los que ajustaba a la vista la magnitud del sol[68], se lo encontraron unos soldados y creyendo que llevaba oro en la urna lo

[68] En el *Arenario* (cap. 4) ARQUÍMEDES describe el nada sencillo procedimiento instrumental por el que calculó el ángulo, con vértice en el ojo, que ocupa el sol en el zodíaco —aceptando la hipótesis clásica en el mundo griego de que el mundo es esférico y que el zodíaco es uno de los círculos máximos de esa esfera—. Al revés que Plutarco, Arquímedes describe minuciosamente sus instrumentos, pero no les da nombre.

12 mataron. En todo caso, que Marcelo se apenó y se apartó como de un ser maldito del asesino de aquel hombre y que cuando encontró a sus familiares les trató honrosamente, es cosa en que todos concuerdan.

Argucia de Nicias y compasión de Marcelo

20 1 Los de fuera consideraban que los romanos eran hábiles en el manejo de la guerra y temibles en los combates, pero que no habían dado indicios de nobleza y filantropía ni, en general, de virtud política, y parece que Marcelo fue entonces el primero que hizo ver a los griegos que los romanos eran bastante
2 justos. De tal manera trató a los que se le acercaron y de tantos beneficios colmó a las ciudades y los particulares que si hubo alguna actuación improcedente con los de Ena[69] o con los megarenses o los siracusanos, da la sensación de que ocurrió más por culpa de los que lo sufrieron que de los que
3 lo hicieron. Mencionaré un ejemplo entre muchos: Engion es una ciudad pequeña de Sicilia[70], pero muy antigua y famosa por la aparición de unas diosas a las que se llama las
4 Madres; se dice que el templo es fundación de los cretenses y que mostraban unas lanzas y unos cascos broncíneos consagrados a las diosas que tenían unos la inscripción «De Meriones»[71] y otros «De Ulixes» —esto es, «De Odiseo»—.

[69] Una de las principales ciudades de los sículos, helenizada después. Según Tito Livio (XXIV 37-39) Marcelo masacró a su población. La ciudad ha recibido los nombres de Henna en las fuentes latinas, Enna en las bizantinas y Castrogiovanni en época medieval; desde 1927 ha recuperado el nombre de Enna.

[70] De localización insegura, sus ruinas pueden ser las que se encuentran cerca de Agyrion.

[71] El cretense Meriones, el más fiel compañero de Idomeneo, el homérico rey de Creta, aparece en *Ilíada* X 260-271 prestando su casco a Ulises.

La ciudad era ferviente partidaria de los cartagineses, y Ni- 5
cias, el primero de sus ciudadanos, les convenció hablando
en las asambleas con toda franqueza y a la vista de todos de
que se pasaran a los romanos y reprochando a sus contrarios
sus reflexiones erróneas. Éstos últimos, temiendo su poderío 6
y su renombre, acordaron raptarlo y entregarlo a los cartagi-
neses. Al darse cuenta Nicias de que estaba siendo espiado 7
discretamente, pronunció en público frases injuriosas sobre
las Madres y actuó muchas veces como si no creyera y des-
preciara las supuestas apariciones y su renombre; y sus ene-
migos estaban muy contentos de que fuera él mismo quien
les proporcionara el mejor pretexto para llevar a cabo contra
él lo que le preparaban. Cuando ya estaban listos todos los 8
preparativos para detenerle, hubo una asamblea de ciudada-
nos y mientras Nicias estaba hablando y haciendo sus pro-
puestas ante el pueblo, de pronto, se dejó caer al suelo y se
quedó así un poco de tiempo y en el silencio que, como es
natural, se produjo con la sorpresa, alzando la cabeza y vol-
viéndola a un lado y otro, con voz temblorosa y grave fue
subiendo poco a poco el tono y haciéndolo más agudo y
cuando vio que el terror y el silencio se habían apoderado
del teatro se quitó el manto, rasgó su túnica y medio desnu-
do dio un salto y echó a correr hacia la salida del teatro gri-
tando que las Madres le perseguían. Como nadie se atrevió 9
a ponerle la mano encima ni a enfrentársele, por supersti-
ción, sino que todos se apartaban, corrió hacia las puertas
sin ahorrarse grito ni sacudida alguna de las que convienen
a alguien que está poseído y loco. Su mujer, que estaba en el 10
asunto y era cómplice de su marido, tomando a sus hijos,
anduvo primero de un lado a otro como suplicante en los
santuarios de las diosas y después, fingiendo que buscaba a
su marido perdido, salió con toda tranquilidad de la ciudad
sin que nadie se lo impidiera. Y así se pusieron a salvo junto 11

a Marcelo en Siracusa. Como los de Engion muchas veces les habían ofendido y se habían entrometido en sus asuntos, cuando fue Marcelo los encadenó a todos para castigarlos, pero Nicias, que estaba en pie a su lado, se echó a llorar y, por último, tocándole las manos y las rodillas le pidió compasión para los ciudadanos empezando por sus enemigos y Marcelo, ablandándose, los dejó a todos en libertad y no causó ningún daño a la ciudad y a Nicias le concedió una gran extensión de tierra y otros regalos. Esto lo cuenta el filósofo Posidonio.

Un botín sacrílego

21 1 Cuando los romanos reclamaron a Marcelo para la guerra en su propio territorio, al volver se llevó la mayor parte de las más hermosas ofrendas para que se vieran en su triunfo y sir-
2 vieran de adorno a la ciudad[72]. Pues antes de esto no tenía ni conocía nada de elegante y magnífico ni había en ella[73] esta cosa graciosa y delicada y amable, sino que estando llena de armas bárbaras y despojos ensangrentados y rodeada de una corona de monumentos de triunfos y trofeos, no era un espectáculo alegre ni tranquilizador ni para espectadores
3 temerosos y dados a la molicie, sino que igual que Epaminondas tomó la llanura tebana por escenario de Ares y Jenofonte la ciudad de Éfeso por taller de guerra[74], así también

[72] Marcelo fue el primero en llevar a cabo un traslado masivo de obras de arte griegas, aunque anteriormente se habían dado casos de aportaciones puntuales de este género. Tanto Polibio (*Historias* IX 10) como Tito Livio (*Historia de Roma desde su fundación* XXV 31, 8-11 y 40, 2) critican ese comportamiento.

[73] «En Roma», se entiende.

[74] Así se expresa cuando describe los preparativos llevados a cabo por Agesilao en esa ciudad (*Helénicas* III 4, 17).

me parece a mí que entonces a Roma se la podía llamar, con la expresión de Píndaro, «santuario del profundamente belicoso Ares»[75]. Por eso entre el pueblo gozó de más fama 4
Marcelo, por haber engalanado la ciudad con ornatos que traían consigo el deleite y la gracia y la seducción griegas, pero entre los más ancianos, Fabio Máximo. Y es que éste 5
no había traído consigo ni trasladado nada de la ciudad de los tarentinos cuando la tomó, sino que entregó al erario público los demás tesoros y riquezas, pero dejó las estatuas en su sitio pronunciando la frase célebre: «Dejemos a los tarentinos —dijo— estos dioses encolerizados». A Marcelo le 6
reprocharon primero que había suscitado contra la ciudad la malevolencia no solo de los hombres, sino también de los dioses, traídos a ella y paseados en procesión como cautivos y luego que al pueblo, acostumbrado a la vida guerrera y campesina, desconocedor de la molicie y la pereza y, como el Heracles de Eurípides,

patoso, vulgar, bueno para las mayores hazañas[76]

lo llenó de ociosidad y lo hizo experto en la charla sobre artes y artistas y amigo de pasar en ello buena parte del día. Pero él, por su parte, se vanagloriaba incluso ante los grie- 7
gos de haber enseñado a los romanos, que antes no sabían, a apreciar y admirar las admirables obras de arte de la Hélade.

Envidias contra Marcelo

Como los enemigos de Marcelo se 22 1
oponían a su triunfo, en razón de que aún quedaban acciones pendientes en Sicilia y porque su tercer triunfo[77] suscitaba la envidia, accedió a llevarse fuera el triunfo completo y grande al monte

[75] Píndaro, *Pítica* 2, 1.
[76] El verso pertenece al *Licimnio*, tragedia perdida de Eurípides.

Albano y celebrar en la ciudad el pequeño, al que los grie-
2 gos llaman el *evohé* y los romanos *ova:* desfila, pero no montado en cuadriga, ni lleva corona de laurel ni va acompañado del sonido de las trompetas, sino que avanza a pie en sandalias acompañado de muchos flautistas y tocado de una corona de mirra, de modo que ofrece un aspecto poco gue-
3 rrero y más amable que imponente. Lo cual es para mí la mayor prueba de que en la antigüedad eran los medios para la acción, y no su magnitud, lo que marcaba el carácter de
4 los triunfos: los que habían vencido a los enemigos en batalla y con derramamiento de sangre desfilaban, al parecer, con el triunfo marcial y temible, como solían hacerlo en la purificación de los campamentos, coronando con gran can-
5 tidad de laurel las armas y a los hombres, pero a los generales que no habían necesitado la guerra, sino que lo habían puesto todo en orden mediante los tratos y la persuasión y las conversaciones, la ley les concedía celebrar su victoria
6 con este desfile pacífico y festivo. Y es que la flauta es parte de la paz y el mirto la planta de Afrodita, que es de los dio-
7 ses la que más detesta la violencia y las guerras. Pues el triunfo de *ova* no recibe su nombre de las ovaciones y gritos de *evohé*, como muchos creen[78] —que también en el otro les acompaña el desfile con cantos y gritos de *evohé*—, sino que el nombre se lo asimilaron los griegos, según su costumbre, convencidos de que algo de esas honras le corres-
8 pondía a Dioniso, al que llamamos Evio y Triambo. Pero no es así, en verdad, sino que para los generales era costumbre tradicional sacrificar un buey en el gran triunfo, mientras que en este sacrificaban una oveja. Y los romanos llaman a las ovejas *ovis*, y por esa razón llaman a este triunfo *ova*.

[77] Suele achacarse esta indicación a error de Plutarco, puesto que éste es, en realidad, el segundo triunfo de Marcelo.

[78] Entre ellos, Dionisio de Halicarnaso V 47 2.

Hay que mencionar también que el legislador laconio vio 9
las cosas al revés que el romano al ordenar los sacrificios, porque en Esparta, de los que han concluido su generalato, el que ha conseguido lo que pretendía mediante el engaño o la persuasión, sacrifica un buey, y el que lo consiguió en batalla, un gallo[79]. Y es que, aunque sean los más dados a la 10
guerra, tenían por más importante y más adecuada al ser humano la acción llevada a cabo mediante la razón y la inteligencia que la cumplida mediante la violencia y el valor. Y es para reflexionar sobre ello.

Cuando Marcelo desempeñaba su cuarto consulado[80], 23 1
los enemigos[81] convencieron a los siracusanos de que fueran a Roma a reclamar y denunciar ante el Senado que estaban soportando un trato terrible e irrespetuoso de los acuerdos. Casualmente, Marcelo estaba en el Capitolio llevando a ca- 2
bo un sacrificio. Con el Senado reunido, los siracusanos se echaron a sus pies y pidieron obtener la palabra y justicia, y el colega de mandato de Marcelo empezó a echarlos, irritado porque Marcelo no estaba presente, pero Marcelo acudió rápidamente al oírlo. Y primero, ocupando su puesto, des- 3
empeñó sus funciones como cónsul y después, concluido el resto de los asuntos, bajando de su sillón y colocándose, como un ciudadano particular, en el lugar desde el que suelen hablar los que están siendo sometidos a juicio, se sometió a las reclamaciones de los siracusanos. Ellos se alteraron 4
terriblemente ante la dignidad y la seguridad de aquel hom-

[79] V. *Máximas de Lacedemonios* 238 F, 25.

[80] En 210 a. C.

[81] Según Tito Livio (XXVI 26, 8, y 32, 2) los principales enemigos de Marcelo en este asunto fueron M. Cornelio Cetego y T. Manlio Torcuato. Para más detalles, cf. Ghilli, *op. cit.*, nota a este pasaje y Càssola, *I gruppi politici romani*, 324-325.

bre, y pensaron que el que había sido irresistible con las ar-
mas iba a ser aún más temible y difícil de encarar con la to-
5 ga pretexta. No obstante, animados por los que mantenían
posturas distintas a las de Marcelo, comenzaron su acusa-
ción y expusieron un alegato mezclado de lamentaciones
cuyo punto principal era que siendo aliados y amigos de los
romanos venían sufriendo lo que otros generales excusaban
6 de padecer a muchos enemigos. A esto Marcelo contestó
que en respuesta a los muchos perjuicios que ellos habían
causado a los romanos no habían padecido ninguno salvo
los que no cabe evitar que padezcan hombres cuya ciudad
7 ha sido tomada en guerra y por la fuerza, y que haber sido
tomados de ese modo había sido culpa de ellos, que no
habían querido atenderle cuando él les había invitado mu-
chas veces a rendirse, pues no habían sido forzados por los
tiranos a entrar en guerra, sino que habían elegido a sus tira-
8 nos para guerrear. Pronunciados los discursos, cuando los
siracusanos se marchaban, según era costumbre, Marcelo
salió con ellos mientras el otro cónsul seguía presidiendo la
sesión y siguió de conversación con ellos ante las puertas de
la curia sin alterar su continencia habitual ni por miedo al
juicio ni por irritación contra los siracusanos, sino esperan-
9 do con mucha mansedumbre y serenidad el veredicto. Cuan-
do se hizo el recuento de los sufragios y resultó vencedor,
los siracusanos cayeron ante él y le pidieron con lágrimas
que depusiera su cólera para con los presentes y se compa-
deciera del resto de la ciudad, que recordaba siempre lo que
10 había obtenido de él y le estaba agradecida. Enternecido
Marcelo hizo las paces con ellos y siguió siempre haciendo
algún bien a los siracusanos. Y el Senado confirmó la liber-
tad que él les había concedido y sus leyes y la seguridad pa-
11 ra el resto de sus bienes. A cambio de lo cual obtuvo de
ellos honores sobresalientes, y establecieron una ley según

la cual los siracusanos llevarían coronas y harían sacrificios a los dioses cada vez que Marcelo o alguno de sus descendientes visitaran Sicilia[82].

Campañas contra Aníbal

A partir de entonces se volvió contra Aníbal. Y casi todos los demás cónsules y generales, después de lo de Cannas, habían empleado como único recurso estratégico el de rehuir la lucha contra aquel hombre sin atreverse ninguno a ponerse en orden de batalla y trabar combate, pero él se lanzó por el ca- 24 1
mino opuesto, considerando que antes de que pasara el tiem- 2
po en el que se contaba destruir a Aníbal, éste iría agotando Italia imperceptiblemente y que Fabio, siempre retenido por su deseo de seguridad, no podría curar adecuadamente la enfermedad de la patria esperando a que la guerra se apagara mientras Roma se consumía, como los médicos timoratos y cobardes con los remedios, que piensan que el agotamiento de las fuerzas indica el declive de la enfermedad. Tomando en primer lugar las grandes ciudades samni- 3
tas[83] que habían hecho defección, se apoderó de mucho trigo y riquezas que había en ellas y de los soldados de Aníbal que las guardaban, que eran unos tres mil. Luego, cuan- 4
do Aníbal mató a Cneo Fulvio, que era procónsul en Apulia, junto con once tribunos militares y dispersó a la mayor parte de su ejército, mandó cartas a Roma exhortando a los ciudadanos a tener confianza, puesto que ya él en persona se

[82] Noticia que confirma Cicerón, *Contra Verres* 4, 151.

[83] A la luz del texto de Tito Livio XXVII 1, 1-2, que menciona los nombres de las ciudades samnitas, poco importantes, algunos editores han propuesto sustituir en el texto de Plutarco τὰς Σαυνιτικὰς πόλεις μεγάλας («las grandes ciudades samnitas») por τὰς Σαυνιτῶν τινὰς πόλεις ⟨οὐ⟩ μεγάλας («unas ciudades samnitas poco importantes»).

5 ponía en marcha para quitarle a Aníbal la alegría. Y cuenta
Livio que, leídas las cartas, no se les quitó la preocupación,
sino que su miedo se acrecentó al considerar los romanos
que el riesgo que estaban corriendo era mayor que el ya pa-
sado, en la medida en que Marcelo era superior a Fulvio.
6 Pero él, como había escrito, se lanzó rápidamente en perse-
cución de Aníbal hacia Lucania, y hallándole asentado en
unas colinas escarpadas cerca de la ciudad de Numistrona[84],
acampó él mismo en la llanura.

7 Al día siguiente, fue él el primero en disponer en forma-
ción su ejército para la batalla, y al bajar Aníbal se trabó una
batalla que no tuvo resultado claro, pero fue encarnizada y
larga, pues la lucha se había trabado a la hora tercia y se se-
8 pararon cuando ya casi estaba oscuro. Al alba, haciendo
avanzar de nuevo su ejército, lo formó en orden entre los
muertos y provocó a Aníbal a luchar en combate definitivo.
9 Pero como éste levantó el campo, Marcelo despojó los ca-
dáveres enemigos, enterró a los suyos y continuó la perse-
cución; sufrió muchas emboscadas pero no cayó en ninguna,
y fue objeto de admiración porque en todas las escaramuzas
llevó la mejor parte.

10 Por lo cual, cuando las elecciones ya eran inminentes, el
Senado acordó retirar de Sicilia al otro cónsul mejor que a
Marcelo, que estaba enfrascado en las operaciones contra
Aníbal, y cuando volvió, le mandó que nombrara dictador a
11 Quinto Fulvio[85] —el dictador no es elegido por el pueblo ni

[84] Ciudad de localización insegura en la zona limítrofe entre Lucania y Apulia.

[85] La dictadura era una magistratura extraordinaria de carácter militar en época antigua. El dictador era nombrado en público por un magistrado con *imperium* (cónsul, pretor o interrey) con la autorización del Senado; sus funciones, determinadas previamente, podían consistir en organizar

por el Senado, sino que es uno de los cónsules o generales
que se presenta a la asamblea popular y ésta nombra dicta-
dor al que quiere, y por eso se llama «dictador» al cargo 12
aludido, porque los romanos llaman *dicere* a «decir», y al-
gunos dicen que el dictador se llama así porque no ha de pa-
sar por la votación mediante sufragio o a mano alzada, sino
que manda y dicta según su parecer; de hecho, a las instruc- 13
ciones escritas de los magistrados los griegos las llaman or-
denanzas y los romanos, edictos—.

Como tras llegar de Sicilia el compañero de consulado 25 1
de Marcelo quería nombrar dictador a otro y no estaba dis-
puesto a que le forzaran contra su opinión, partió por mar de
noche hacia Sicilia; así, el pueblo nombró dictador a Quinto
Fulvio y el Senado escribió a Marcelo dándole orden de que
lo proclamara. Éste, obedeciendo, lo proclamó y ratificó el 2
parecer del pueblo, y él mismo fue designado procónsul pa-
ra el año siguiente[86].
Tras ponerse de acuerdo con Fabio Máximo en que éste 3
atacaría a los tarentinos mientras que él mismo, para impe-
dir que recibieran ayuda de Aníbal, trabaría batalla con este
último y lo distraería, lo atacó en Canusio[87] y se le presen-
taba por todas partes a pesar de que Aníbal cambiaba mu-
chas veces el campamento y rehuía la batalla y, por fin,
hostigándole donde estaba asentado, le hizo levantar el cam-
po a fuerza de escaramuzas. Cuando le atacó, aceptó la bata- 4
lla, pero la noche los separó. Al día siguiente, se le vio con el

---

unas elecciones, ocuparse de una sedición o dirigir determinada campaña militar.

Quinto Fulvio Flaco ejerció multiples magistraturas entre 237 y 207 a. C. —entre ellas, cinco veces el consulado— y fue dictador en 209 a. C.

[86] Para el 209 a. C.

[87] Actualmente Canosa, en Apulia, cerca de Cannas.

ejército formado en armas, de modo que Aníbal, muy afligido,
reunió a los cartagineses y les pidió que lucharan en aquella
5 batalla por defender todos sus éxitos anteriores. «Veis —les
dijo— que a nosotros, que tantas veces hemos vencido, no
nos es posible ni respirar después de tantas victorias ni vivir
6 en paz a menos que rechacemos a este hombre». Después de
esto, lanzándose uno contra otro, combatieron, y parece que
Marcelo fracasó, contra lo acostumbrado, al llevar a cabo
7 cierta maniobra de modo inoportuno: estando en mala situa-
ción el ala derecha, mandó que una de las legiones avanzara
hacia delante. Este movimiento perturbó a los combatientes
y dio la victoria a los enemigos; cayeron dos mil setecientos
8 romanos. Marcelo se retiró a la empalizada y reunió al ejér-
cito, y dijo que veía muchas armas y cadáveres de romanos,
9 pero que no veía ningún romano. Cuando le pidieron perdón
les respondió que, vencidos, no se lo daría, pero que si ven-
cían, les perdonaría. Que al día siguiente lucharían de nuevo
para que los ciudadanos oyeran antes la noticia de la victoria
10 que la de la derrota. Tras esta conversación ordenó que a las
cohortes vencidas se les dieran raciones de centeno en vez
de trigo. Por lo cual, cuentan, ninguno de los muchos que
estaban en estado precario o en mala situación de resultas de
la batalla se dolió de sus heridas tanto como de las palabras
de Marcelo.

26 1 Al alba se enarboló la túnica roja, signo, según se acos-
tumbraba, de que iba a haber una batalla, y las cohortes des-
honradas ocuparon, según ellas mismas habían pedido, los
primeros puestos de la formación y los tribunos militares sa-
caron al resto del ejército y lo dispusieron junto a ellas.
2 Cuando Aníbal oyó la noticia exclamó: «¡Por Heracles!
¿Cómo tratar a este hombre que no sabe sobrellevar ni la peor
fortuna ni la mejor? Porque éste es el único que ni da un des-

canso cuando vence ni se lo toma cuando es vencido, sino que siempre, al parecer, vamos a estar en batalla con él, que tiene por pretexto para la osadía el coraje cuando tiene éxito y la vergüenza cuando fracasa». A continuación se entrechoca- 3
ron las tropas y cuando los hombres estaban igualados Aníbal mandó que pusieran los elefantes en las primeras filas y que atacaran con las armas a los romanos. Como todo se volvió 4
rápidamente empujones y revuelo entre los primeros, uno de los tribunos, llamado Flavo, haciéndose con un estandarte se enfrentó al primer elefante y lo hizo dar media vuelta golpeándolo con la pica. Éste, al lanzarse contra el de detrás, excitó a ése y a los que venían a continuación. Y Marcelo, al verlo, 5
mandó que la caballería atacara con todas sus fuerzas donde estaba el alboroto para hacer que los enemigos se entrechocaran aún más unos contra otros. Ésta se lanzó brillantemente e 6
hizo replegarse a los cartagineses hasta el campamento, y la matanza máxima la causaron los animales[88] que iban matando e iban cayendo. Se cuenta que murieron por encima de 7
ocho mil hombres. Los muertos de los romanos fueron tres mil, pero casi todos resultaron con heridas. Y esto le dio a 8
Aníbal la oportunidad de desmontar sigilosamente por la noche el campamento y llevárselo bien lejos de Marcelo. A éste no le fue posible perseguirlo por el gran número de heridos sino que tranquilamente se retiró a Campania y pasó el verano en Sinuesa[89] para permitir a sus soldados reponerse.

Calumnias contra Marcelo

Cuando Aníbal logró escapar de 27 1
Marcelo y pudo usar su ejército libremente, prendió fuego a Italia entera recorriéndola todo alrededor tranquilamente. Y en Roma se

[88] Es decir, «los elefantes».
[89] Ciudad latina en la costa del Tirreno.

2 hablaba mal de Marcelo: sus enemigos exaltaron a Publicio Bíbulo, uno de los tribunos de la plebe, hábil orador y vio-
3 lento, para que le acusara; éste, tras reunir muchas veces al pueblo, los convenció para que entregaran el ejército a otro general, «puesto que Marcelo —decía—, que ha tenido poco entrenamiento guerrero previamente, anda como quien va de la palestra a las termas para cuidarse»[90].

4 Al enterarse Marcelo dejó a los legados al frente del ejército y él volvió a Roma a defenderse de las calumnias.
5 Y se encontró con que basándose en esas calumnias habían preparado una acción judicial contra él. Al llegar la fecha fijada y reunirse el pueblo en el circo Flaminio[91], Bíbulo subió a la tribuna para hacer la acusación y Marcelo se iba
6 defendiendo de modo breve y sencillo, pero los primeros y más notables de los ciudadanos hablaron de un modo muy franco y brillante exhortando al pueblo a no ser peores jueces que el enemigo condenando por el delito de cobardía a Marcelo, el único de los generales a quien Aníbal rehuía, poniendo su empeño tanto en no entrar en batalla con este
7 general como en enfrentarse a los otros. Una vez pronunciados estos discursos, las esperanzas del acusador salieron tan fallidas que Marcelo resultó no sólo absuelto de los cargos, sino que además fue designado cónsul por quinta vez[92].

---

[90] Le reprochaban el ir alternando los avances con los períodos de reposo en campamentos seguros, como un atleta que en tiempo de preparación anduviera yendo y volviendo del entrenamiento a los baños.

[91] Dio posteriormente nombre a una de las regiones en que estaba dividida Roma desde el punto de vista administrativo, zona que viene a corresponderse con el Campo de Marte, entre el Tíber, el Capitolio y la Vía Flaminia (Cf. *Regionarios de Roma* en *Geógrafos latinos menores,* B.C.G., 304, pág. 340).

[92] En 208 a. C.

Presagios funestos. Campaña en Etruria

Tras tomar posesión del cargo de- 28 1
tuvo lo primero un gran movimiento para la defección en Etruria y apaciguó las ciudades presentándose allí.
Después quiso consagrar un templo 2
edificado por él con el botín de Sicilia en honor de la Fama y el Valor, y como se lo impidieron los sacerdotes, que no consideraban adecuado que un solo templo albergara a dos dioses, empezó otra vez a construir otro no porque llevara a bien la oposición que le habían manifestado, sino porque le
parecía un presagio. Y es que le perturbaban otros muchos 3
signos[93], como rayos que caían en otros templos y ratas que habían mordisqueado el oro del templo de Zeus. Se dijo también que un buey había hablado con voz humana y que había nacido un niño con cabeza de elefante, y los augures, que obtenían malos presagios en las expiaciones y ritos apotropaicos, le retenían en Roma encolerizado y fogoso.
Pues nadie sintió nunca por cosa alguna un ansia tan inmen- 4
sa como este hombre por medirse en batalla contra Aníbal.
Ése era su sueño de noche, el único proyecto que comuni- 5
caba a sus amigos y colegas y su única plegaria a los dioses:
pillar a Aníbal en su puesto de batalla. Me parece que nada 6
le habría sido más grato que el enfrentamiento de ambos ejércitos encerrados dentro de una muralla o empalizada, y si no hubiera estado ya lleno de fama, aun habiendo dado muchas pruebas de ser grave y sensato como cualquier general, incluso diría yo que le aconteció experimentar un sentimiento juvenil y más ambicioso de lo propio en un hombre de su edad. Pues fue cónsul por quinta vez cuando ya sobrepasaba los sesenta.

---

[93] Tito Livio refiere estos prodigios y los sitúa en 209 y 208 a. C. (XXVII 11, 4-5 y 23, 1-4).

Nuevos presagios funestos. Muerte de Marcelo

29 1 Así que una vez que tuvieron lugar los sacrificios y purificaciones que los adivinos habían prescrito, partió a la guerra junto con su colega, y provocó repetidamente a Aníbal, que es-
2 taba asentado entre Bantia y Venusia[94]. Pero éste no entró en batalla, sino que al percatarse de que habían enviado un ejército contra Locros Epicefirios[95], tendió una emboscada cerca de la colina de Petelia[96] y mató a dos mil quinientos.
3 Esto puso a Marcelo fuera de sí de ansias de batalla y tras levantar el campamento guió a sus fuerzas a un lugar más
4 próximo. Había entre los ejércitos una colina convenientemente defendida, pero cubierta de bosque de diversas clases de plantas. Tenía también atalayas escarpadas a uno y otro lado y brotaban las fuentes de arroyos que bajaban corrien-
5 do. Los romanos estaban extrañados de que Aníbal, que se había aposentado el primero, no se hubiera apoderado de un lugar tan adecuado, sino que se lo hubiera dejado a los ene-
6 migos. Pero es que a él el lugar le había parecido bueno para acampar en él, pero mejor aún para tender una emboscada. Y prefiriendo utilizarlo con este fin, llenó el bosque y las hondonadas de hombres armados con jabalinas y lanzas, convencido de que los romanos se verían atraídos a este lu-
7 gar por sus buenas condiciones naturales. Y sus esperanzas no quedaron defraudadas, pues en el campamento de los romanos corrió rápidamente la voz de que había que adueñarse del lugar y hacían cábalas sobre las ventajas que ten-

---

[94] Ciudades en la zona fronteriza entre Apulia y Lucania, modernamente Santa María di Banzi y Venosa.

[95] Actualmente Gerace, en el Brucio, había sido fundada en el s. VII a. C. por colonos griegos procedentes de la Lócride Opuntia.

[96] La ciudad de Petelia está en el Brucio, a unos 30 km de Crotona, en la ruta de Tarento a Locros Epizefirios.

drían frente al enemigo, sobre todo si acampaban allí y, si no, fortificando la colina. A Marcelo le pareció conveniente 8
adelantarse con unos pocos jinetes para inspeccionar el terreno, y tomó al augur y llevó a cabo el sacrificio. Cuando sacrificaron a la primera víctima, el augur le indicó que el hígado no tenía cabeza[97]. Cuando llevó a cabo el sacrificio 9
por segunda vez, la cabeza tuvo un tamaño excesivo y los demás signos se mostraron admirablemente convenientes, y pareció que el miedo ante los primeros signos se calmaba. Pero los adivinos dijeron que esto era más de temer y pre- 10
ocuparse, pues el que resultaran auspicios brillantes a continuación de otros pésimos y oscurísimos hacía sospechosa la rareza del cambio. Pero, según Píndaro, 11

Ni fuego ni férreo muro detendrán lo acordado por el [Destino[98]

Así que partió tomando consigo a su colega Crispino, a su hijo en calidad de tribuno militar y un total de doscientos veinte jinetes, de los cuales ninguno era romano, sino cua- 12
renta fregelanos y los demás etruscos, y todos habían dado siempre prueba a Marcelo de lealtad y valor. Como la colina 13
era boscosa e intrincada, un hombre apostado en lo alto tenía un punto de observación sobre el enemigo sin ser visto él mismo y divisaba el campamento de los romanos. Y cuan- 14
do contó lo que sucedía a los que estaban emboscados, permitiendo que Marcelo se les acercara según avanzaba, salieron de pronto y rodeándole por todas partes a la vez les

[97] La ausencia de cabeza del hígado —el lóbulo izquierdo— en un sacrificio era tenido por presagio de muerte próxima: así también en Eurípides, *Electra* 826 y ss., donde este signo augura la muerte de Egisto.

[98] El verso no forma parte de ninguna de las odas conservadas; frg. 232 Schnell-Maehler.

lanzaron las jabalinas, los golpearon, persiguieron a los que
15 huían y trabaron combate con los que resistían (éstos eran los cuarenta fregelanos). Éstos, como los etruscos se habían atemorizado desde el principio, cerraron filas y se defendieron delante de los cónsules hasta que Crispino, alcanzado por dos tiros de jabalina, volvió su caballo para huir y a Marcelo le atravesaron el costado con una pica plana de las
16 que los romanos llaman *lancia*. En esta situación, incluso los pocos fregelanos que aún estaban vivos lo abandonaron caído y recogieron a su hijo herido y lo llevaron al campa-
17 mento. Resultaron muertos no muchos más de cuarenta y fueron hechos prisioneros cinco de los lictores y dieciocho
18 jinetes. También Crispino murió por causa de las heridas, tras sobrevivir unos pocos días. Y a los romanos les aconteció esta desgracia que antes no había tenido lugar, que ambos cónsules murieran en un solo combate.

Destino de los restos de Marcelo. Monumentos en su honor. Su descendencia

30 1 Aníbal se preocupó poco por los demás, pero al enterarse de que había caído Marcelo, salió en persona a la carrera hacia el lugar, y en pie junto al cadáver estudió largo tiempo su vigor corporal y su rostro, y se mantuvo sin dar rienda suelta a gritos de desprecio ni a gestos de alegría, como quien ha
2 matado a un enemigo laborioso y molesto, sino que, sorprendido por lo inesperado del fallecimiento, le quitó el anillo[99], amortajó el cadáver con el ornato conveniente, lo envolvió en un sudario y lo incineró con honores. Y tras reunir los restos en una urna de plata y poner en el interior
3 de la misma una corona de oro, los envió a su hijo. Pero

[99] Con el que después intentó engañar a los habitantes de Salapia (cf. Tito Livio XXVII 28, 4-8).

unos númidas que se encontraron por casualidad con los que lo transportaban los atacaron para apoderarse del vaso, y como los otros se resistieron, con la violencia y la lucha los huesos quedaron dispersos. Cuando Aníbal se enteró, les di- 4
jo a los presentes: «Nada es posible contra la voluntad de los dioses» y les impuso un castigo a los númidas, pero no se ocupó ya de transportar o reunir los restos en la idea de que tanto la muerte como el no poder ser enterrado le habían acontecido inesperadamente a Marcelo por voluntad de algún dios. Esto es lo que cuentan Cornelio Nepote y Vale- 5
rio Máximo, pero Livio y César Augusto dicen que la urna le fue llevada al hijo y enterrada con honores.

Como monumento a Marcelo, aparte de los de Roma, 6
había un gimnasio en Catane[100] de Sicilia y estatuas y cuadros de los que sacaron de Siracusa en Samotracia, en el templo de los dioses que llaman Cabiros y en Lindos en el templo de Atenea. En este último lugar estaba inscrito sobre 7
la estatua el siguiente epigrama, según cuenta Posidonio:

Éste, extranjero, es la estrella de su patria Roma, 8
Claudio Marcelo, de ilustres ancestros,
que siete veces dirigió la guerra con poder consular
y vertió mucha sangre de los enemigos.

(El poder proconsular, que ejerció dos veces, lo cuenta 9
el epigrama sumándolo a los cinco consulados).

Su ilustre linaje se extendió hasta Marcelo, el sobrino de 10
Augusto, el cual era hijo de Octavia, la hermana de Augusto, y de Cayo Marcelo, que murió siendo edil de Roma y recién casado, sin haber convivido mucho tiempo con la hija de Augusto. Octavia, su madre, consagró en honor y recuer- 11

[100] Actualmente Catania.

do suyo una biblioteca y Augusto dio a un teatro el nombre de Marcelo[101].

COMPARACIÓN DE PELÓPIDAS Y MARCELO

31(1) 1 Esto es cuanto nos pareció digno de relación de lo que
han transmitido los historiadores respecto a Pelópidas y
2 Marcelo. En los rasgos comunes de naturaleza y carácter,
como si hubieran sido motivo de rivalidad (pues ambos fue-
ron hombres valientes y esforzados y de carácter fuerte y
3 magnánimos), parece que la única diferencia sería que Mar-
celo llevó a cabo degüellos en muchas ciudades cuando las
sometió[102], mientras que Epaminondas y Pelópidas, cuando
vencieron, nunca mataron a nadie ni esclavizaron a las ciu-
dades. Se dice que los tebanos nunca hubieran tratado a los
orcomenios como lo hicieron, si hubieran estado ellos[103].

4 En sus hazañas, las de Marcelo frente a los celtas fueron
admirables y grandiosas: él rechazó a un elevado número de
jinetes e infantes con los pocos jinetes que tenía consigo,
cosa de la que no es fácil encontrar noticia respecto a otro
5 general, y dio muerte al jefe de los enemigos. Situación en
la cual Pelópidas falló cuando pretendía lo mismo: él fue
muerto antes por el tirano y padeció esta suerte más que la
6 infirió. De todas maneras, a esas hazañas se puede comparar
lo de Leuctra y Tegira, los más notables y mayores comba-
tes, mientras que no tenemos una hazaña de Marcelo reali-

[101] Se conservan sus imponentes restos en Roma.

[102] Plutarco reconoce aquí la crueldad de ciertos comportamientos de Marcelo que más atrás (20, 1-2) pretendía disculpar.

[103] La masacre de Orcómenos tuvo lugar en 364 a. C., poco después de la muerte de Pelópidas.

zada en complot que comparar con las que llevó a cabo Pelópidas cuando regresó de su destierro y mató a los tiranos de Tebas, pero es que esta acción parece destacarse con mucho entre todas las realizadas en secreto y mediante engaño.

Aníbal fue ⟨para los romanos⟩ temible y terrible, como 7
los lacedemonios para los tebanos, y es cosa cierta que éstos cedieron a Pelópidas tanto en Tegira como en Leuctra, mientras que Marcelo, como afirman los que dan crédito a Polibio, no venció ni una sola vez a Aníbal, sino que el individuo parece haberse mantenido invencible hasta Escipión. Nosotros damos crédito a Livio, Augusto y Nepote y, 8
de los griegos, al rey Juba[104], que dice que se produjeron por obra de Marcelo algunas derrotas y desbandadas de los de Aníbal[105]. Pero éstas nunca produjeron un gran desequi- 9
librio, sino que parece que aquellas escaramuzas fueron falsas caídas del libio. Lo que fue adecuada y razonablemente 10
motivo de admiración fue que los romanos consiguieran recuperarse gracias a su valor después de tantas desbandadas de ejércitos y matanzas de generales y de toda la subversión de su poderío.

Pues fue un solo hombre, Marcelo, el que puso de nuevo 11
en el ejército, que había estado mucho tiempo temeroso y acobardado, el ardor y el afán de victoria ante los enemigos

---

[104] En 46 a. C., siendo aún un niño, formó parte del triunfo de César y ya en su ancianidad, en 25 d. C., fue designado rey de Mauritania por Augusto. Fue un hombre sumamente culto y amante de las artes y autor de varias obras en griego —hoy perdidas— entre las que se contaba una historia de Roma.

[105] Cornelio Nepote, *Vidas. Aníbal* 5, 4, afirma que «no hubo quien se le resistiera en el campo de combate y, tras la batalla de Cannas, nadie osó colocar su campamento frente a él en terreno llano» (trad. Manuel Segura Moreno, B.C.G., 79). En general, los comentaristas interpretan esta contradicción como una muestra del descuido de Nepote en lo relativo a la coherencia.

y el no ceder la victoria fácilmente, sino que les alentó a
12 disputarla y a honrarse con ello y les infundió valor. Y es que cuando las desgracias les habían acostumbrado a quedar contentos si en la huida conseguían escapar de Aníbal, les enseñó a avergonzarse de salir sanos y salvos mediante la derrota, a sentir vergüenza de ceder un poco, a dolerse de no vencer.

32(2) 1 Puesto que Pelópidas no fue derrotado en ninguna batalla en la que él fuera general mientras que Marcelo venció en más que cualquier romano de su tiempo, podría parecer quizá que el difícil de vencer quedaría igualado al invencido por el gran número de hazañas que realizó, pues éste tomó
2 Siracusa, mientras que aquél fracasó con Esparta. Pero creo que más importante que apoderarse de Sicilia es atacar Esparta y ser el primer hombre que atravesó el Eurotas en acción guerrera. A menos, por Zeus, que alguien afirme que esta acción corresponde más a Epaminondas que a Pelópidas, como lo de Leuctra, mientras que el renombre de los
3 hechos de Marcelo no es compartido. Pues tomó Siracusa él solo y puso en fuga a los celtas sin su colega y se enfrentó a Aníbal sin ayuda —incluso con todos desviándole de la acción— y fue el primer general dispuesto a atreverse a presentarle batalla y que cambió con ello el planteamiento de la guerra.

33(3) 1 Pero no alabo la muerte de ninguno de estos dos hombres, sino que lo lamento y me irrito con lo inusual de la co-
2 incidencia. Y me admiro de que Aníbal nunca fuera herido en tantas batallas que uno se fatigaría haciendo el recuento de ellas, y aprecio al Crisantas de la *Ciropedia,* que con la espada en alto y a punto de asestar el golpe al enemigo, como la trompeta tocó a retirada, soltando al hombre se retiró

muy apacible y tranquilamente[106]. Pero a Pelópidas lo excu- 3
sa el ardor, que le sacó de sí noblemente a la lucha en el
momento de la batalla, pues lo mejor es que el general ven- 4
cedor se salve, y si ⟨no⟩

que muera inmolando su vida al valor

como dice Eurípides[107]. Así la muerte del que perece resulta
ser no un desdichado suceso, sino una hazaña. Además de la 5
cólera, a Pelópidas lo arrastró su ardor, de modo comprensible, y su propio objetivo de victoria, el de ver al tirano morir, pues es difícil llevar a cabo otra hazaña tan hermosa
y noble. Pero Marcelo, sin que le apremiara ninguna gran 6
necesidad ni le acuciara el entusiasmo que muchas veces en las dificultades le saca a uno del raciocinio, cayó al lanzarse irreflexivamente al peligro, en una acción propia no de un general, sino de un explorador o de un espía, supeditando los cinco consulados, los tres triunfos[108], y los despojos y trofeos de reyes a los iberos y númidas que exponían su vi-
da por los cartagineses. Hasta el punto de que ellos mismos 7
se reprocharon su victoria al ver que entre los exploradores fregelanos habían sacrificado inútilmente al hombre romano más destacado por su valor, y más notable por su poder y al más ilustre por su fama.

Y esto no ha de ser considerado una acusación contra 8
estos hombres, sino una forma de irritación y franqueza en favor de ellos contra ellos mismos y su valentía, en la que gastaron sus restantes virtudes sin miramientos para con su

---

[106] JENOFONTE, *Ciropedia* IV 1, 3.

[107] Cita aproximada de un fragmento de EURÍPIDES que Plutarco ofrece también en *¿Cómo debe el joven escuchar la poesía?* 24 D.

[108] A Marcelo sólo le fueron concedidos dos triunfos, no tres; mismo error en 22, 1.

vida y su aliento, como si murieran solo para sí mismos y no, más bien, para sus patrias, amigos y aliados.

9 Tras la muerte, Pelópidas obtuvo honras funerales de los
aliados por los que había muerto, mientras que Marcelo de
10 los enemigos a manos de los cuales había muerto. Aquello
es cosa envidiable y feliz, pero la enemistad admirando al valor que le ha causado perjuicio es cosa aún más grande y mejor que la benevolencia mostrando gratitud. En este caso, sólo la acción bella recibe la honra, mientras que en aquél el lucro y la utilidad son más apreciados que la virtud.

ÍNDICE DE NOMBRES

I

PERSONAJES (DIOSES, HÉROES, HOMBRES)

II

FUENTES (AUTORES Y OBRAS)

III

ÉTNICOS, GENTILICIOS, PATRONÍMICOS

IV

NOMBRES GEOGRÁFICOS Y DE LUGARES

V

«REALIA» (INSTITUCIONES, ACTIVIDADES, OBJETOS, PLANTAS, ANIMALES, FIESTAS, MESES, TÉRMINOS GRIEGOS Y LATINOS, ETC.)

ÍNDICE GENERAL